

Carmen Hertz, Apolonia Ramírez y Manuel Salazar

Operación Exterminio

La represión contra los comunistas chilenos (1973-1976)

LOM



Carmen Hertz, Apolonia Ramírez y Manuel Salazar

Operación Exterminio

La represión contra los comunistas chilenos (1973-1976)

LOM

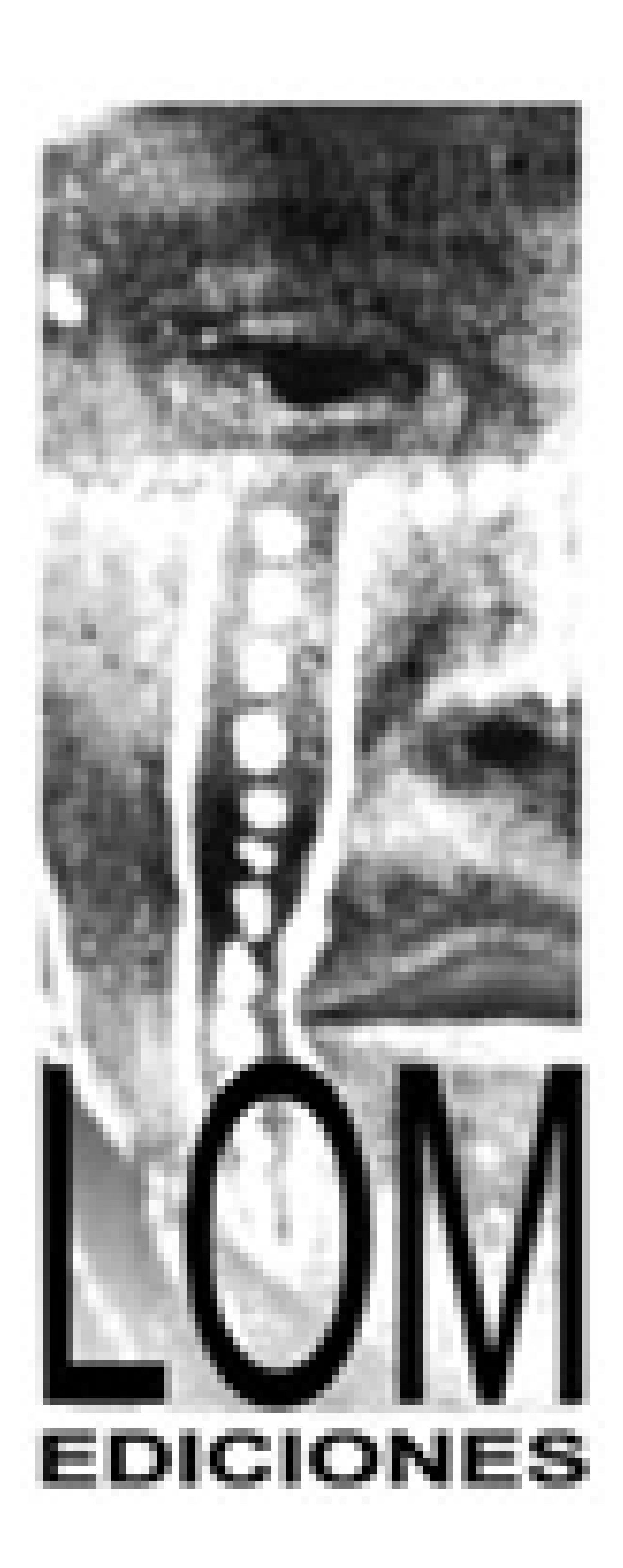
Carmen Hertz, Apolonia Ramírez

y Manuel Salazar

Operación exterminio

La represión contra los comunistas chilenos

(1973-1976)


LOM
EDICIONES

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Primera edición, 2016

ISBN Impreso: 978-956-00-0827-5

ISBN Digital: 978-956-00-0877-0

Motivo de portada: Allanamiento en población de sector El Salto, Santiago, 1973.

(Archivo personal de Manuel Salazar).

Todas las publicaciones del área de Ciencias Sociales y Humanas

de LOM ediciones han sido sometidas a referato externo.

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 • Fax: (56-2) 696 63 88

www.lom.cl

lom@lom.cl

Dedicado a los asesinados y perseguidos por la dictadura militar.

Y a todos sus familiares, amigos y compañeros

que han demandado Justicia por décadas.

Introducción

No existen para la conciencia de la sociedad atentados más odiosos y brutales que el genocidio y los crímenes contra la humanidad, como las ejecuciones, torturas y desapariciones forzadas, métodos de exterminio implementados por la Dictadura militar que se impuso en Chile a partir del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

Los ideólogos del terror no fueron originales: se inspiraron en directrices y metodologías nazis tales como el decreto de 1941 llamado Noche y Niebla, según el cual «los prisioneros se desvanecerán sin dejar rastros», lo que aseguraría «el efecto duradero de la disuasión».

En Chile se cometieron terribles crímenes de exterminio, se ejecutó a miles de personas, la mayoría de ellas arrojadas al mar; funcionaron decenas de campos de concentración donde fueron confinados miles de prisioneros políticos; se instalaron cárceles clandestinas regentadas por la DINA, el Comando Conjunto o la CNI, verdaderos centros especializados en torturas y métodos crueles y degradantes; se violó sistemáticamente a las mujeres prisioneras; se ejecutó a mujeres embarazadas; se implementaron técnicas de eliminación de cadáveres en hornos crematorios, fosas comunes y lanzamientos al mar.

Chile se convertiría en un reducto del terror bajo la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional, concepto ideológico y político impulsado por los Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría y materializado en Panamá en la Escuela de las Américas, donde recibieron instrucción cientos de oficiales de los ejércitos latinoamericanos.

Se trataba de neutralizar o eliminar a los movimientos y gobiernos progresistas de nuestra región, tarea que se inicia con el derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala, en 1954.

El terrorismo de Estado que se instaló en los países del Cono Sur en la década de los setenta constituye el aspecto más notorio de la Doctrina de la Seguridad Nacional, traducido en un total desconocimiento del derecho a la vida de los opositores políticos. El terrorista de Estado hizo uso de la totalidad del aparato

del Estado para delinquir, ocultarse, protegerse y asegurar su impunidad.

Es así como la figura criminal conocida como «Desaparición Forzada de personas» corresponde a la expresión más perversa de ese terrorismo de Estado, constituyendo una de las violaciones más flagrantes y globales que se conozca a los derechos fundamentales de las personas.

La desaparición del opositor político es el último eslabón de una fatídica secuencia que comienza con el secuestro, el encarcelamiento secreto, la tortura feroz, el asesinato clandestino y el ocultamiento de los restos, concretándose la Desaparición Forzada, es decir la sustracción del mundo social que genera en la familia y la sociedad una ausencia inexplicable, dolorosa y reiteradamente traumática, que provoca amedrentamiento no sólo en quienes se identifican políticamente con las víctimas, sino en el conjunto de la sociedad.

La ausencia inexplicada y violenta de una persona enfrenta a la sociedad a un temor permanente y a un sentimiento de indefensión profundamente dañino. Es más aún, la Desaparición Forzada es una tortura permanente para los familiares del detenido desaparecido, como ha sido reconocido por la Justicia Internacional.

Es en Chile donde se conoce y divulga por primera vez el concepto de detenido desaparecido. El método de la Desaparición Forzada de personas tuvo como objetivo central la eliminación física de un sector de la sociedad chilena, aquel que se resistió y opuso al proyecto político económico refundacional y revanchista de la Dictadura, proyecto sostenido fundamentalmente por la derecha política y económica.

Las víctimas corresponden a dirigentes políticos, sociales, estudiantiles, sindicales, poblacionales. En nuestro país se trató desde el mismo día del golpe de Estado de la destrucción del tejido social que apoyó las transformaciones del gobierno de Salvador Allende y con posterioridad eliminar a los resistentes antidictatoriales, a quienes se identificó como el enemigo interno al que había que destruir.

Recordemos que durante el primer periodo (septiembre-diciembre de 1973) la política de exterminio presentó múltiples formas, entre ellas los fusilamientos como consecuencia de «consejos de guerra» que funcionaron a lo largo de todo el país, verdaderas farsas de juicio que intentaban enmascarar ejecuciones sumarias de detenidos políticos, generalmente no reconocidas, con métodos de

eliminación que incluyeron el uso de corvos, como los empleados en la operación Caravana de la muerte. En este periodo represivo la norma fue no entregar los cadáveres, los cuales eran lanzados a fosas clandestinas.

La negación del asesinato y el ocultamiento de los cadáveres tiene un proceder más anárquico y obedece más bien a un modo de ocultar o encubrir los crímenes cometidos, antes que el resultado de acciones sujetas a una coordinación central.

En el periodo siguiente, entre 1974 y 1978, se aplica sistemática y masivamente la Desaparición Forzada de personas.

Las víctimas corresponden a dirigentes y militantes de los partidos de izquierda.

Se persiguió sistemáticamente a los militantes del MIR, del Partido Socialista, del MAPU y del Partido Comunista.

El principal organismo represivo es la denominada Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), creada formalmente en julio de 1974, aunque operaba desde noviembre de 1973. Contó con la más amplia colaboración de personal que trabajaba en el aparato estatal, especialmente reparticiones como el Registro Civil, Cancillería, Lan, Ferrocarriles, empresas navieras del Estado, etcétera. En paralelo, siguieron operando los organismos de inteligencia de las distintas ramas de las fuerzas armadas (SIFA, SICAR, SIM) y se coordina la creación del Comando Conjunto (Fuerza Aérea y Carabineros mayoritariamente) creado en 1975 y que operó hasta fines de 1976 y cuyo objetivo central fue la represión contra las Juventudes Comunistas y el Partido Comunista.

La larga lucha contra la impunidad

En este periodo predomina un método de trabajo previo de detección de la víctima, estudio de sus hábitos y selección cuidadosa del modo, hora y lugar en que se le secuestraría. En general, no hay testigos de los secuestros y existen pocos testigos en los centros clandestinos de reclusión. Recién en el año 2007 se descubre el Centro de Exterminio Simón Bolívar, donde serían recluidos y asesinados la mayoría de los comunistas secuestrados en ese periodo.

¿Qué ha ocurrido con la verdad y la justicia en el proceso de transición de Chile? En nuestro país el desafío de imponer como valores sociales, políticos, morales y jurídicos principios como la verdad y la justicia, soportes ineludibles de la reconstrucción de nuestra sociedad, ha sido un camino lleno de obstáculos puestos por todopoderosos intereses, determinados por las características propias del proceso de transición a la democracia, proceso que no era inevitable ni el único posible.

En nuestra transición, la permanencia de los llamados poderes fácticos significó que desplegaran toda su influencia para asegurar la impunidad de los crímenes cometidos y la constante intervención del poder político para buscar «salidas políticas» al tema de las violaciones de los derechos humanos, salidas que intentaron siempre excluir el tema de la justicia. La presión de los llamados poderes fácticos fue especialmente patente durante la detención de Pinochet en Londres y el posterior desarrollo del «caso Pinochet» en Chile.

La detención de Pinochet evidenció dramáticamente en nuestro país los pactos de silencio e impunidad con que las maquinarias oficiales de la transición sellaron la denominada «democracia de los acuerdos».

La impunidad en sí misma constituye una violación flagrante al derecho a la justicia consagrado en todos los pactos internacionales de derechos humanos.

La impunidad no es sólo la falta de sanción penal, sino también la falta de verdad sociabilizada, la ausencia de sanción social, política y ética de los perpetradores y sus cómplices civiles, los que en Chile han tenido y continúan teniendo plena vigencia política.

La impunidad es a fin de cuentas intentar borrar la memoria colectiva, imponer el olvido y la desmemoria con graves consecuencias para la reconstrucción de la cohesión social.

La detención del dictador horada por primera vez el blindaje jurídico y legal que había construido en torno suyo para asegurarse la impunidad, poniendo en la agenda nacional de manera prioritaria el tema de las graves, masivas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos perpetradas en nuestro país.

Pinochet es enviado a Chile producto de las intensas maniobras diplomáticas y políticas desplegadas por el Gobierno chileno. Esta situación provoca en el poder judicial una dinámica nueva, ya que de alguna manera, con nuevos ministros

integrando los tribunales de justicia, sintió la obligación de ejercer sus obligaciones jurisdiccionales y reivindicar su papel en la sociedad, dado el descrédito en que estaba sumido.

No obstante, las pretensiones de impunidad y desmemoria no se han impuesto del todo, gracias a la perseverancia de los familiares, la acción de abogados de derechos humanos, de un puñado de jueces y periodistas, y el apoyo silencioso de la mayoría de este país, que sabe que la impunidad y la desmemoria significan proponer un pacto social excluyente y validar el crimen como forma de solución de las diferencias políticas.

La DINA propuso y estableció formas de coordinación con otros organismos de inteligencia de las dictaduras del Cono Sur, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil, para el secuestro, traslado clandestino y eliminación de opositores políticos en cualquier parte de esos países, conocido como Plan Cóndor en «homenaje» al ave nacional de Chile. La DINA incluso implementó operaciones terroristas en países de Europa, en los Estados Unidos y México. Otorgó apoyo y refugio a varios agentes terroristas de grupos de extrema derecha, miembros de grupos cubanos nacionalistas, italianos de ultraderecha, incluyendo a quienes eran buscados por la justicia de varios países.

Algunos de ellos participaron en operaciones de la DINA en el exterior, como en los atentados a Orlando Letelier en Washington y a Bernardo Leighton en Roma. En estas operaciones de exterminio fue fundamental el papel del llamado «departamento de inteligencia exterior» de la DINA, que funcionaba en el cuartel general del organismo.

El papel del Partido Comunista en la resistencia antidictatorial

En su ideología del «enemigo interno» los sectores civiles y militares golpistas hallaron la justificación de su campaña criminal. Como veremos en este libro, la represión a las dirigencias comunistas formó parte del contexto general de la represión al pueblo de Chile, pero estuvo específicamente relacionada con la actividad de resistencia que el Partido Comunista llevó a cabo desde el mismo año 1973. Se trató, por cierto, de una resistencia política, de un conjunto de

esfuerzos por desbaratar

los controles militares, por evadir la férrea represión que el régimen hizo de las comunicaciones, de la actividad pública, de las agrupaciones sociales, en cada hora del día y de la noche. Especialmente de la noche, cuando los escuadrones de la muerte extendían impunemente sobre los pueblos y ciudades su fórmula desenfrenada de horror y de espanto, contando con todos los medios materiales, y con todos los respaldos institucionales –informacionales, judiciales, políticos, comunicacionales– para cumplir con objetivos que eran definidos desde el más alto nivel, pues constituían tareas estratégicas en el gran plan contrarrevolucionario que estaba desatado en esos primeros años.

El libro muestra cómo, en ese contexto extremadamente complejo y lleno de peligros, la orgánica comunista alcanzó los niveles básicos de recomposición de un tejido mínimo para vincular a las bases con las Direcciones, para disponer las estructuras de seguridad y, a partir de ello, mantener encendida esa verdadera llama en el desierto que fue la decisión de crear un Frente Antifascista, realizada por la Dirección del partido. Corría 1975. No es una metáfora si se habla aquí de heroísmo; dos años después, la escena era devastadora: una mayoría de esos dirigentes figuraba en los listados de las organizaciones de Derechos Humanos en condición de detenidos desaparecidos. Entre ambos momentos se libró un capítulo que hemos podido reconstruir, un trozo eterno de la historia de Chile, un testimonio sobre esos dirigentes, uno a uno, protagonistas de la lucha universal entre la razón y la barbarie.

Y a pesar de los intentos de exterminar al Partido Comunista, a través del asesinato de sus cuadros públicos en los primeros meses después del Golpe, del secuestro y asesinato de importantes dirigentes y militantes de su juventud, del secuestro y desaparecimiento de los integrantes de dos de sus direcciones clandestinas durante el año 1976; del secuestro y asesinato de las direcciones de comités regionales clave y de varias de sus comisiones nacionales ese mismo año, este partido sobrevivió y se reorganizó en todos los frentes sociales; ingresaron clandestinamente al país importantes cuadros dirigentes en el marco de la Operación Retorno y se convirtieron en la columna vertebral de las protestas populares de los años ochenta; se creó el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que implementó importantes acciones de resistencia antidictatorial.

Carmen Hertz

Agradecimientos

Queremos agradecer a los numerosos familiares, amigos y compañeros de los ejecutados, detenidos desaparecidos y torturados por la dictadura militar que nos ayudaron a reconstituir una parte de la historia de las víctimas.

También al Museo de la Memoria, a la Corporación Villa Grimaldi, y a los responsables de <www.memoriaviva.com> y a <www.arqueologíadelamemoria.cl>, de cuyos trabajos obtuvimos datos muy importantes. Debemos un especial reconocimiento a Juan Carlos Arriagada y a David Canales por su permanente colaboración y ayuda en este proyecto. Reconocer, además, el aporte de Sergio Ovalle, Inés Cornejo, Jorge Canto, Sandra Vila, Roberto Flores Garrido, Matilde del Canto, Elizabeth González del Canto, Gricel González del Canto, Flor Hernández Zaspe, Mauricio y Roberto Weibel, Fabiola Cáceres Cerda, Lidia Lara Rojas, Nicolás Castillo Tapia, Carolina Gajardo Silva, Vilma Montoya Romero, María Toro Bravo, Familia Donaire Cortéz, Victoria Díaz Caro, Gladys González Medina, Anita Altamirano Aravena, Lilia Concha Carreño, Sonia González González, Alexis Cortés Morales, Familia Cortés Alruiz, Shaira Sepúlveda, Francisco Ugaz, Hugo Pavez, Ariel Valenzuela, María Luisa Ortiz y Paz Rojas. Lo mismo a LOM Ediciones y a Braulio Olavarría, por su constante preocupación en la edición del texto final de este libro.

Los autores.

Capítulo 1

El golpe

1.1. «Es difícil que pueda ir hoy a Isla Negra»

El viernes 7 de septiembre numerosos periodistas comunistas o cercanos al Partido fueron invitados a una comida en el gran hall de la casona del Comité Central en Teatinos. Muy serio, Luis Corvalán habló al comenzar la comida. Su discurso fue breve y alarmante. Había inquietud en las fuerzas armadas, los problemas se multiplicaban, cada vez era más difícil gobernar, arreciaba la ofensiva de la derecha, que atraía a vastos sectores de las capas medias. Las cosas iban mal para el gobierno de Allende.

Más alarmante aún fue Orlando Millas, el otro orador de la noche. Relató una serie de graves sucesos ocurridos en la provincia de Osorno y en otras, signos de un golpe militar en marcha.

El 11 de septiembre, entre las cinco y las seis de la mañana, el periodista José Miguel Varas recibió una llamada dramática desde Valparaíso:

–¡Aquí ya comenzó el golpe! La Armada tomó el control de la ciudad, los infantes de marina asaltaron la radio… –le informaron.

Varas llamó al subsecretario del Interior, Daniel Vergara, a La Moneda.

–Todo indica que en Valparaíso se ha alzado un sector de la Armada y ha iniciado una intentona golpista. La situación es delicada, pero el resto del país está en calma. Manténgase en contacto –le dijo el circunspecto subsecretario comunista.

El periodista marcó el teléfono de Pablo Neruda en Isla Negra. El poeta lo llamaba todas las mañanas para preguntarle si ya había terminado el boletín

matinal. Atendió de inmediato. Varas le contó que la Armada había iniciado un golpe militar en Valparaíso. Era lo que se sabía hasta ese momento. Varas había quedado de ir a verlo aquel martes 11 junto al escritor Fernando Alegría. El viaje debía ser postergado.

–La situación se ve grave, muy grave. Es difícil que pueda ir hoy a Isla Negra con Fernando. Mejor dicho, no es posible. Tal vez más tarde… –señaló Varas

–Tal vez nunca –le respondió Neruda con voz fatigada.

El periodista se puso de acuerdo rápidamente con su esposa Iris. Ella iba a llevar a su madre y a sus dos hijas, de siete y cinco años, a casa de una pareja amiga donde supuestamente iban a estar más seguras. Después iría a la editorial Quimantú, donde trabajaba como secretaria de la división editorial. Se despidieron con besos más cálidos que de costumbre.

Varas informó al chofer sobre lo que sucedía y le pidió que lo llevara a Televisión Nacional. Allí permaneció hasta las 11 de la mañana, escuchando la radio, atendiendo llamadas telefónicas y conversando con los periodistas y otros funcionarios.

El equipo de camarógrafos y reporteros de Canal 7 se había puesto en movimiento de acuerdo con una pauta muy esquemática elaborada esa mañana: unos hacia La Moneda, otro hacia alguno de los cordones industriales o en otras direcciones. Varios quedaron a la espera.

Una llamada telefónica convenció a Varas de la conveniencia de salir del canal, ya que se creía inminente la llegada de alguna unidad militar. Le sugirieron que se «fondeara» lo más pronto posible.

Partió en uno de los taxis de los hermanos Villalobos, contratados por el canal. Tomaron la calle Bellavista. A la altura del puente del Arzobispo sintieron a la distancia el rugido de un avión en picada y la primera explosión. Se detuvieron y miraron en dirección al centro. Vieron un avión que descendía a gran velocidad en dirección norte-sur y escucharon otra explosión. Estaban bombardeando La Moneda.

Llegaron a la puerta de la editorial Quimantú, en la Avenida Santa María. Varas y su esposa Iris miraron por una ventana hacia Plaza Italia. Las aceras que rodean el monumento a Manuel Baquedano estaban repletas de carros blindados,

casi pegados unos a otros, en varias hileras. En unos prados a la orilla del río, entre los arbustos, vieron grupos de soldados agazapados, con sus armas apuntadas hacia el edificio de Quimantú y a la vecina Escuela de Derecho. El matrimonio acordó sus futuros contactos y el periodista abandonó el lugar caminando rumbo a su programado escondite muy cerca de allí, en la calle Ernesto Reyes.

El dueño de casa de su refugio era «el compañero Aysena», un pequeño industrial textil, español republicano de los que llegaron en el barco Winnipeg, vasco y comunista acérrimo, con un historial de relegaciones durante el gobierno de González Videla. Excitado y combativo, lo recibió en la puerta con un abrazo.

Al cabo de un par de horas Varas no tenía dudas de la inseguridad de su refugio. Uno tras otros fueron llegando a la misma casa una serie de personajes «pesados». Los primeros fueron el director de El Siglo, Rodrigo Rojas, y unos minutos más tarde Oscar Riquelme, el encargado de seguridad del Partido. Para completar la selecta concurrencia, apareció después Carlos Toro, el ya ex subdirector de Investigaciones.

Cuando ya caía la noche, aparecieron, además, el secretario y un militante de la Juventud Comunista de la sexta comuna, que llevaban en grandes bolsos un centenar de bombas molotov.

La ansiedad de todos los presentes fue mitigada con vasos de pisco que el dueño de casa les proporcionaba generosamente.

Pasaron las horas. Se sobresaltaban cuando pasaba por la calle desierta algún vehículo militar, y aún más cuando alguno de ellos se detenía en un punto cercano, lo que ocurrió en dos ocasiones; o cuando se escuchaban disparos a cierta distancia o el helicóptero sobre los techos. Las botellas de pisco se agotaban una tras otra y extrañamente, tal vez por el efecto de la adrelanina vertida, nadie mostraba síntomas de embriaguez.

A cierta hora de la madrugada, dos o tres se fueron a dormir, según la distribución de cuartos, camas, sofás y colchones en el suelo que dispuso la dueña de casa. Otros siguieron en vela hasta el día siguiente y se marcharon en diversas direcciones cuando se levantó el toque de queda[1].

1.2. El subsecretario de los combustibles

Hernán Soto Henríquez, el subsecretario de Minería, estaba dedicado a enfrentar la huelga de camioneros que amenazaba parar el transporte, las industrias de Santiago y las principales ciudades. El paro patronal, desencadenado por empresarios, había empezado el 26 de julio, pero desde comienzos de septiembre parecía debilitarse.

Soto, militante comunista, vivía con su madre. La noche del lunes 10 comió algo liviano, leyó algunas páginas de un libro de poemas y se durmió. A las 6 de la mañana del martes 11 le avisaron por teléfono que la Marina había asaltado la estación de bombeo del oleoducto de Las Salinas, en Viña del Mar. Era el golpe, le aseguró el informante.

Cerca de las 8 lo pasaron a buscar en un auto de la Empresa Nacional de Minería, ENAMI, porque su vehículo del ministerio había sido inutilizado horas antes por manos anónimas. El chofer, militante del Partido, también estaba encargado de su eventual protección. Comentaron lo que ocurría mientras se dirigían al centro desde el barrio Matta. Soto vestía ropa liviana, camisa de manga corta y zapatos delgados. En el ministerio las oficinas estaban semivacías y el personal llegaba con dificultad. El subsecretario les pidió que volvieran a sus casas.

Luego se dirigió al Ministerio de Economía, a un costado de la plaza de la Constitución, donde también funciona hasta hoy el Ministerio de Hacienda. No encontró a nadie. Los pasillos estaban oscuros y había una fogata con papeles encendida por un par de funcionarios. Volvió a su oficina para llamar por teléfono a las plantas de combustible, desviar los camiones y dejarlos en condiciones de operar en abastecimientos de emergencia.

Llamó también al Ministerio del Interior. Le contestó Daniel Escobar, ayudante del subsecretario Daniel Vergara, que le confirmó que el golpe militar era una realidad y que el gobierno se defendería.

Las radios transmitían los comunicados de los golpistas. Allende había hablado. Los disparos aumentaban. No era posible pasar hacia La Moneda. En un radio a pilas escuchó con el chofer el segundo discurso de Allende. Decidió despedirse

del ministro, el general de Ejército Rolando González Acevedo, pero ya no estaba en su oficina. Su jefe de gabinete, el coronel Hugo Salas Wenzel, le dio ceremoniosamente la mano[2].

Soto bajó a la entrada del edificio, donde había mucha gente agolpada que no se atrevía a salir. Finalmente llegó a la calle con un ayudante y una amiga, a la que llevaría a una casa segura, caminando por Agustinas hacia el poniente. Más tarde los pasarían a buscar a la plaza Yungay. En la avenida Portales la gente había salido a la calle. No había gritos ni conmoción. Se preparaba el bombardeo de La Moneda.

En la plaza Yungay esperaron largo rato, hasta que pasó el vehículo que los sacaría del centro. A bordo venían el chofer y otro compañero. Partieron hacia el oriente, las calles estaban muy despejadas. En la rotonda Pérez Zújovic vieron a los primeros soldados: una patrulla había emplazado una ametralladora, llevaban cuello y bandas de color anaranjado. Vieron también las primeras banderas con que los «momios» celebraban el triunfo.

Dejó a su amiga en la casa que la acogía y volvieron al centro. Intentaron llegar hasta la ENAMI para saber qué pasaba en el país a través de su red de radio, pero no pudieron cruzar los puentes y siguieron hacia el oeste. Frente a la Vega había un control de vehículos y carabineros armados con fusiles, a los que les llamó la atención el padrón del vehículo fiscal. Bajo el asiento encontraron un par de cartas del Partido. Los sacaron del auto a empellones y los llevaron a una tenencia que ahora ya no existe. Los carabineros estaban borrachos. No había un oficial a la vista. El sargento a cargo los hizo desvestir y los introdujo en un calabozo. Hablaban en voz baja. Se pusieron de acuerdo para avisar a sus respectivas casas si alguno salía libre. De pronto hicieron vestirse a Hernán Soto y lo llamaron, había llegado el teniente, que se veía tranquilo y andaba con sable. Se identificó y conversaron un rato. Le dijo al subsecretario que tenía que informar al Ministerio de Defensa. Convinieron que los dos acompañantes de Soto se podían marchar. La despedida entre ellos fue sin mayores palabras.

Empezaba a lloviznar cuando le avisaron que llegaban a buscarlo del Ministerio de Defensa. Salió a la puerta con el teniente y vio que un camión repleto de soldados se había detenido frente al retén. Lo hicieron subir a la parte trasera mientras los soldados le abrieron paso hasta la cabina, donde tuvo que apoyarse. Le dijeron que lo ponían allí por si había francotiradores, en cuyo caso serían un buen blanco.

En el Ministerio de Defensa lo llevaron a un primer subterráneo que estaba lleno de detenidos con las manos apoyadas en los muros y las piernas separadas. Miraban fijamente a la muralla: algunos parecían golpeados, otros heridos. Posteriormente lo llevaron a uno de los pisos de arriba. Allí lo pusieron en un pasillo junto a una mampara. Pasó un rato y vio venir una fila de ministros custodiados por dos o tres soldados muy armados. Al final venía el general Sergio Nuño, al que Soto conocía. Le dijo al general que lo tenían esperando algo, no sabía qué. Nuño le indicó que se sumara al grupo. Los condujeron a una sala, donde el oficial hizo un discurso insólito. Los militares –dijo– se habían visto obligados a actuar y hacer algo que no querían, que nos daba el pésame por la muerte del presidente Allende y que serían tratados conforme a sus «rangos». Les indicó también que serían llevados a la Escuela Militar.

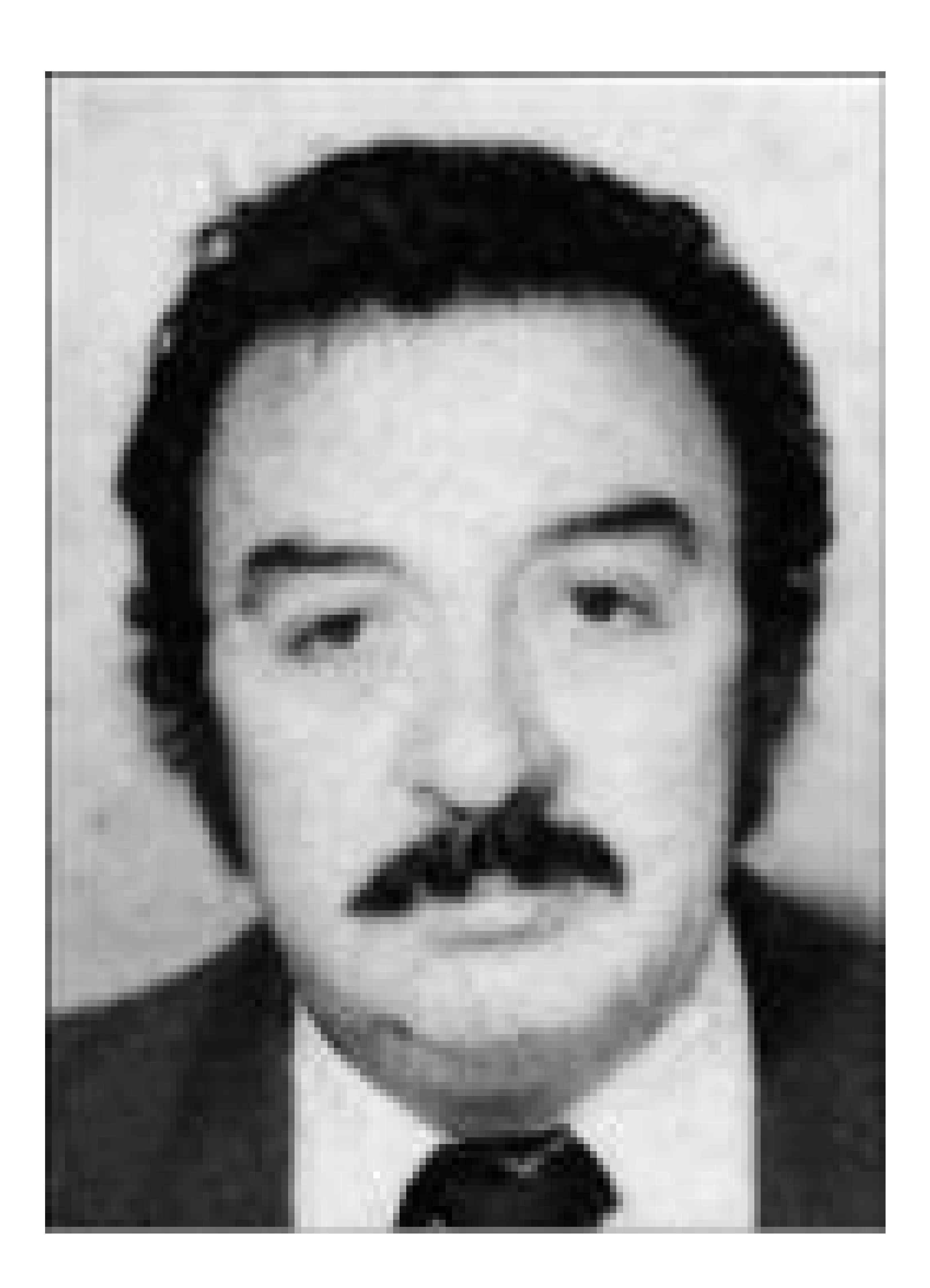
Guiaron a los prisioneros a un par de buses donde los sentaron separados. Los buses y los vehículos de protección partieron a toda velocidad por las calles desiertas. Circulaban esporádicas patrullas.

Llegaron a la Escuela Militar y entraron por una de las puertas laterales rumbo a un pabellón que estaba desocupado. Subieron al piso superior y los distribuyeron en piezas en que había cuatro camas. A Soto le tocó con Jaime Tohá, Fernando Flores y Aníbal Palma.

Esa noche hubo disparos cerca. En dos o tres ocasiones entraron cadetes a la pieza, patearon los catres, los hicieron identificarse. Algunos les dijeron que los iban a fusilar.

Al otro día, a las 6 de la mañana, se ducharon con agua fría e hicieron las camas. Se oían disparos muy espaciados. Desde la terraza veían las casas cercanas engalanadas con banderas chilenas. Celebraban. En muchas de ellas había habido fiesta. A lo lejos, en las poblaciones, se levantaban columnas de humo mientras helicópteros las sobrevolaban a baja altura[3].

1.3. Un intento por saber qué pasaba en la FACH



Sergio Ovalle

Aquella noche del lunes 10 de septiembre, Sergio Ovalle, miembro del Comité Central, salió de la sede de Teatinos en busca de su automóvil, estacionado en una pequeña calle en forma de ele que aún comunica a Compañía con Teatinos. Se le cruzó el doctor Enrique París y le pidió que lo llevara hacia La Moneda, donde tenía que integrarse al turno de emergencia. Se despidieron y Ovalle siguió hacia su oficina en la Central Nacional de Abastecimiento, Cenabast, ubicada en el edificio de la Unctad. Allí cumplía las funciones de coordinador nacional, bajo las órdenes del general Bachelet. Al llegar, un funcionario le informó que una reportera del diario El Siglo, Mónica González, había ido para avisar que el golpe ya estaba en marcha.

Ovalle recuerda:

Me dirigí a una casa de enlace que tenía en la calle Portugal, entre las torres de la remodelación San Borja. Me dijeron que me habían estado llamando desde Tomás Moro. Sonó el teléfono y era Carlos Toro, desde el Comité Central de la Jota, en calle República. Me indicó que el Chicho quería saber qué estaba ocurriendo con las tropas en San Bernardo. Llamé a unos compañeros de la zona sur, uno de los cuales me informó que no había comunicación con Valparaíso, salvo a través de la red interna de ferrocarriles. También me indicó que había salido la Escuela de Infantería y se encontraba tomando posiciones desde el paradero 40 hacia el sur. Le avisé a Carlos Toro, quien me dijo que creía que era el coronel Lionel Koenig Altermatt, el que tenía el compromiso de avisar y mover a la escuela para defender al gobierno si es que había golpe[4].

Cambié el auto en que andaba, un Fiat 125 a nombre del general Bachelet, por un Fiat 600 que me pasó el dueño de casa y partí a un enlace en el pueblito del Parque O’Higgins para saber qué estaba ocurriendo en la FACH. A las 12 de la noche nos sacaron los milicos, cerraron los locales y nos mandaron para la casa. Frente a mí estaba Alejandro Rojas con una niña. Alcancé a hablar con mi

enlace, pero lo único que me dijo es que la situación estaba bastante mala. De ahí me fui a mi casa, en calle Monja Alférez, donde estaban mi esposa, Carmen Correa Silva, también comunista, y mis tres hijos. Me llamaron de San Bernardo y me confirmaron que el golpe estaba en marcha. Le avisé al general Bachelet y acordamos juntarnos a las siete en el edificio de la Unctad. Yo le insistí que no fuera al Ministerio de Defensa. Él confiaba demasiado en Gustavo Leigh.

En la mañana del 11, muy temprano, hablé con Raúl Vergara, el ayudante de Bachelet, y le dije que se fuera a una embajada. Salí hacia la casa de Portugal, dejé el Fiat 600 y me fui a pie a mi oficina. Desde allí llamé a Corvalán, pero me contestó Víctor Galleguillos. Me preguntó si yo tenía algún destino. Sí, le respondí. Cúmplelo, me ordenó. Partí a La Granja a buscar a una compañera que me movilizó en su auto y traté de tomar contacto con la oficialidad de la FACH. No lo logré y decidí contactar al Regional Sur. Encontré a seis compañeros reunidos con Jorge Montes, que les estaba dando la línea.

Volví a Portugal y traté de ir a la Corfo. A la primera cuadra me agarraron a balazos. Regresé a la casa de seguridad y llamé a Patricio Palma y a Carlos Monreal. Les pedí que me ayudaran a enlazar con el Partido por algún lado. No pasó nada[5].

1.4. Los marinos ocupan Valparaíso



Luis Guastavino

En Valparaíso, los cerros Ramaditas, Rocuant y San Roque corresponden al denominado «Barrio O´Higgins», situado al costado sur de la actual avenida Argentina, que sirve de ingreso y salida hacia Santiago. En el cerro Rocuant vivía para el 11 de septiembre de 1973 el diputado Luis Guastavino, miembro del Comité Central y brillante orador del Partido Comunista.

La noche del lunes 10 lo llamó Gaspar Díaz, secretario regional del Partido, para contarle que le habían comunicado el creciente nerviosismo que existía en algunos recintos de la Armada. A las 06:15 de la mañana del martes lo despertó al teléfono Ernesto Díaz, prefecto de Investigaciones de Viña del Mar, quien le dijo que estaban llegando marinos a ocupar la prefectura. Nora, la esposa de Guastavino, levantó a los niños –Ximena, Gonzalo y Carmen– y fueron llevados por Reni –un compañero dispuesto por el Partido para que protegiera al parlamentario– a la casa de la familia Inostroza, en el cerro San Roque.

Luis y Nora cruzaron a la casa de los vecinos de enfrente –Rosa y Miguel– para pedirles teléfono, pero tampoco funcionaba. Trataron de buscar otros contactos, pero el suegro de Rosa le advirtió que no salieran. Nadie podía bajar de los cerros y llegar a la avenida Argentina: la Marina estaba ocupando Valparaíso.

Unas dos horas después llegó un camión con infantes de marina. Entraron a la casa de Guastavino disparando como enajenados. Balearon al perro «Capitán», el regalón de la familia. Revolvieron todo mientras preguntaban a Agustina, mujer que trabajaba con ellos desde hacía diez años, dónde estaba el dueño de casa.

El diputado se encontraba en una pieza, en la casa del frente, mirando un afiche demócrata cristiano, de Eduardo Frei, que decía «Vendrán días mejores». Infantes de marina empezaron a allanar las casas vecinas. De la casa de Guastavino sacaron cajas de libros y papeles que fueron cargando en un camión. Luego se marcharon dejando a dos uniformados de punto fijo frente al domicilio del parlamentario comunista. En la noche, Guastavino y Santiago, un compañero del Partido, salieron hacia la casa de agua potable de Ramadita Alto. Allí el diputado esperaría mientras Santiago buscaba un mejor refugio. Encontraron en

el lugar a unos 15 compañeros. Estaban el regidor José Salomón, Lenin Olmos, Vladimir Vuskovic, Ernesto Venegas y Milo Jorge Méndez, entre otros.



Lenin Olmos lo llevó a su casa, donde luego llegaron Nora y Carmen, una de las hijas. Santiago se fue. Al día siguiente, cerca del mediodía, Nora partió con Carmen. A las cinco de la tarde llegaron Santiago y Lenin. Estaban allanando Rocuant y Ramaditas en su busca. Guastavino se escondió en unas matas varios metros arriba de la casas hasta la noche. Santiago lo fue a buscar y lo llevó a una choza muy aislada en lo más profundo de la quebrada vecina, donde vivía su madre[6].

La noche del día 10 un agitado militante llegó a la sede del Comité Regional Valparaíso del Partido, ubicada frente al Parque Italia. Venía desde Gómez Carreño para contar que un familiar que trabajaba en la zona naval de Magallanes lo había llamado desde Punta Arenas para asegurarle que esa madrugada se levantaría la Armada.

Los militantes que a esa hora cuidaban el local verificaron la filiación del nervioso compañero y luego llamaron al «Tío Pedro», como denominaban a Gaspar Díaz, quien vivía muy cerca de la plaza Victoria. Este había tratado de viajar a Santiago en la tarde del lunes 10 a bordo de un automóvil conducido por un chofer del Partido y en compañía del diputado Luis Guastavino. Cuando llegaron a Casablanca, vieron que camioneros en paro tenían tomada la carretera y se vieron obligados a volver al puerto. En las horas siguientes, Díaz instruyó a los principales dirigentes del Partido sobre sus deberes y responsabilidades para enfrentar la emergencia. Una de las últimas reuniones fue con Eduardo Morris, el jefe operativo del Departamento de Investigaciones Aduaneras, DIA, que en la madrugada del 11 encabezaría un fracasado intento de resistencia armada en los cerros Los Placeres, Barón y Cordillera.

A las cuatro de la mañana un grupo de integrantes de la seguridad comunista llegó a buscar a Díaz a su casa y se dirigieron a la sede del Partido a destruir información antes que los marinos allanaran la sede. Los buques de la Armada que habían zarpado el día anterior para participar en la Operación Unitas, regresaron al puerto y los marinos coparon las calles, la Intendencia y las plantas de la Compañía de Teléfonos.

Gaspar Díaz, oculto en algún lugar de Valparaíso, llamó al alcalde Sergio Vuskovic para informarle las malas noticias. Este se dirigió a la casa del diputado Carlos Andrade, al frente de la Escuela Pedro Montt, en la Plaza Bismark, desde donde pudieron ver cómo el molo se llenaba de marinos. «Cerca de las diez de la mañana nos juntamos unas 200 personas en la escuela y decidimos que se iba a resistir, pero cuando preguntamos "quién tiene armas", yo era el único que tenía una pistola», ha recordado Vuskovic[7].

Los marinos y carabineros, desplegados en el plan y en los cerros, buscaban afanosamente a los dirigentes de la Unidad Popular, de los partidos de izquierda; a dirigentes obreros, estudiantiles y gremiales. Helicópteros sobrevolaban continuamente la ciudad mientras se sucedían los allanamientos.

El arquitecto Sótero Apablaza asumió la dirección clandestina de la Juventud Comunista tras la detención del titular, Juan Orellana, en la madrugada del golpe[8]. La Dirección Regional del partido contaba con 28 integrantes. De ellos, sólo algunos pocos pudieron seguir operando en la clandestinidad. El mismo Apablaza, el «Chico» Leiva y «Tevito» pudieron reunirse en los cerros y en algunos bares del puerto con Gaspar Díaz. El «Tío Pedro» les pidió que cuidaran al Partido, a sus diputados, a los cuadros y a la orgánica. «Por ahora estamos fritos; hay que pasar a la clandestinidad», les dijo.

En los allanamientos de la noche del domingo 18 cayó «Castillito», fotógrafo del diario El Popular, obrero de una familia muy modesta. También detuvieron a cientos de hombres para que limpiaran los muros de la ciudad.

El martes 18, Guastavino se disfrazó de carbonero y bajó al plan, cerca de la Plaza Victoria, a la casa de un amigo[9].

1.5. ¡Hay que evitar que maten a los compañeros!

Jorge Montes Moraga, tenía 46 años al momento del golpe. En 1969 había sido elegido senador del Partido Comunista por Ñuble, Concepción y Arauco, cargo que debía desempeñar hasta 1977. Fue, además, desde comienzos de 1974, el responsable de las estructuras regionales de su partido en todo el territorio

nacional. En 1980 publicó el libro La luz entre las sombras, editado primero en ruso y luego en griego, donde relata su trabajo clandestino y su dramático paso por la Academia de Guerra de la FACH tras ser detenido en 1974. Montes fue canjeado a mediados de 1977 por seis espías estadounidenses que operaban en la República Democrática Alemana, RDA. En su libro, Montes cuenta:



Jorge Montes

La mañana del 11 de septiembre despertamos sobresaltados. Nerviosas noticias radiales nos pusieron en movimiento. Se materializaba el golpe castrense contra el gobierno popular. Mi esposa, María, la preocupación reflejada en los ojos, me abrazó sin decir palabra. Nuestras hijas se preparaban para salir a la universidad. Casi todas las emisoras hacían oír marchas militares. Ninguno podía saber, por cierto, cuando nos volveríamos a encontrar.

Guié el automóvil hasta la sede del Regional Cordillera, en la comuna de Ñuñoa, en calle Julio Prado, entre Rengo y Sucre, donde varios dirigentes y militantes se reunían a esa hora. Eliana Ahumada, secretaria de ese comité, tomaba medidas con otros compañeros. Entre ellos, miraba con sus ojos miopes Carlos Jorquera, «Carucho».

Enseguida visité el Comité Regional Sur. Reinaba una gran actividad. Unos retiraban diversas especies y otros quemaban papeles en la vereda. Como era natural, todos comentaban. Al cabo de un rato escuchamos, con verdadera emoción, el discurso del presidente Allende, difundido por Radio Magallanes, desde La Moneda.

Pasado el mediodía partí otra vez hacia el centro. Un mar humano caminaba de regreso a sus hogares en medio de un incesante tronar de disparos. Pude pasar al norte de avenida Matta, junto a un tanque, y estacionar en calle Lira, muy cerca de la Empresa Horizonte. Abandoné el vehículo para seguir a pie hasta una casa amiga. De ésta, nos dirigimos una hora más tarde al lugar donde pasaría esa noche. Desde allí llamé por teléfono a Sergio Ovalle, quien me dio la dirección de una nueva casa de seguridad en La Cisterna. Había salido, oportunamente, del cuadrante céntrico, clausurado con cerrojo de fuego por los golpistas.

Al día siguiente me llevaron a casa de doña Juanita. Luego, se concretó la idea de viajar a Concepción. Propuse como acompañante a Ruperto Palma y este aceptó de inmediato.

Subimos a un tren en San Bernardo la mañana del 17 de septiembre. Chillán nos recibió al borde del toque de queda. Desde la Estación, apresurados, caminamos en busca de Carlos Figueroa. Anochecía y los disparos saturaban la ciudad de suspenso, prisioneros, heridos y muertos. La esposa de Figueroa nos recibió con afecto. Don Carlos estaba, seguro, en otro lugar.

El 18 de septiembre continuamos viaje por el ramal hacia Tomé, y entre las 12 y las 13 horas pisamos en un paradero previo a la Estación Central penquista. En ese tren viajaba un camarada conocido que nos guió, caminando delante de nosotros bajo un sol pleno, hasta la casa de un profesor amigo. Ruperto Palma, cumplida su misión, se despidió regalándome su yoque de cuero y entré a «tomar contacto».

No terminaba de saludar a los de casa cuando varios vehículos policiales se detuvieron frente a ella y carabineros desplegados coparon el sector. Pasé de inmediato al patio interior con mi pequeña maleta en la mano, encontrándome, azorado, ante un cerco de madera. Sin vacilar lancé la maleta hacia el otro lado y en seguida pasé sobre el cerco al sitio vecino. Caí bajo un enramado bajo el cual una mujer joven escobillaba ropa en una artesa. Levantó la cabeza para mirar quién llegaba por el aire y esperó sin alterarse.

–He venido a visitar a mi amigo profesor… y me encuentro con un allanamiento. No quisiera ser detenido el día de la Patria –le dije, nervioso, intentando una sonrisa.

–Espere aquí. Mi marido es de la Fuerza Aérea y está por llegar.

Continuó el lavado tranquilamente, mientras una niña pequeña jugueteaba alrededor de la batea. Por sobre el cerco podíamos ver a carabineros, con cascos y armas automáticas, entrar y salir de aquella casa.

–Ahí viene mi marido.

Era evidente que llegaba de compras. Vestía de civil y lo acompañaba un niño, parecido a él, también sorprendido y silencioso.

Avancé un paso y le expliqué la razón de mi presencia, en tanto me observaba. Luego, se inclinó para depositar sendas bolsas plásticas que colgaban de sus manos. Contenían, seguramente, parte del festejo dieciochero. Se enderezó, de nuevo.

–Cuando se vayan, usted sale –dijo y entró con los paquetes a la casa seguido por el niño.

Nunca un discurso fue tan elocuente para mí como las palabras de ese aviador de franco. Media hora más tarde, maleta en mano, salí de su vivienda en dirección a la casa de mi amigo.

–Allanaron al lado –explicó, nervioso todavía.

Almorzamos empanadas de horno, cazuela de ave, asado con ensalada y un buen vino de Ñipas. Pero la dueña de casa se veía, con razón, perturbada. Dos hijos adolescentes compartían la mesa. Encargué a la niña llamar a un teléfono, y al regresar, roja de orgullo, me dio el visto bueno y me despedí de esta familia.

Estuve 15 días entre amigos generosos. Me ayudaron, incluso, a tomar contacto con el Partido clandestino, y una tarde de octubre, al caer la noche, encontré a la secretaria de la Jota de Concepción en una esquina. Me condujo a una buena casa, a cargo de la Juventud. Quedé al cuidado de una niña quinceañera y pude observar su agrado al cumplir con la tarea encomendada. Nunca pensó, seguramente, en el peligro. Era hermosa, alegre y optimista. Me ayudó de veras esta muchacha, más allá de la rutina.

Al cabo de unos días hicimos una reunión del Comité Regional de Conce, a fin de reorganizar la dirección y trazar planes necesarios para la nueva coyuntura política. No estuvo presente Tomás Solís, secretario regional. Ahora permanecía en una estricta clandestinidad, tratando de romper el cerco. Juvenal Valdés debía salir del carbón y de la provincia. Así, Luis Gajardo, una vez más, accedió a la dirección política, mientras Padilla asumía en Organización.

Tal vez el acuerdo más aleccionador fue el de trabajar por la vida de los detenidos. Constituyó una consigna máxima. No se trataba de lograr su libertad, sino impedir que los mataran. Marcos Ramírez encabezó esta acción con todo su prestigio universitario y valor moral relevantes. En esa tarea se empeñaba, asimismo, la Iglesia. En su transcurso nos encontramos y fue posible salvar no pocas vidas, aunque muchas otras eran devoradas por el terrorismo de Estado a impulsos de una feroz reacción política.

En la isla Quiriquina, convertida en campo de concentración, sobrevivían centenares de presos políticos. Entre ellos el intendente de la provincia, Fernando Álvarez, quien sucumbió, finalmente, en un cuartel de carabineros, en Concepción, a causa de mortales apremios.

Desde la cárcel de esta ciudad, repleta de presos políticos, fueron sacados una mañana y fusilados Isidoro Carrillo, Danilo González, Wladimir Araneda y Bernabé Cabrera, todos dirigentes comunistas de Lota.

Pronto fui trasladado de lugar. Desistimos de viajar a otros puntos de la zona y, pasados algunos días, planeamos con Padilla mi regreso a Santiago. Dos jóvenes me acompañaron hasta Talca. Allí me reuní con María y mis hijas. Luego, viajé a la capital[10].

1.6. En el Instituto Pedagógico

Los dirigentes de los centros de alumnos de las carreras del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, encabezados por los comunistas Martín Pascual y Carlos Cerda, estaban reunidos desde temprano evaluando el alzamiento de los militares. Uno de los dirigentes de Historia había sido advertido en la madrugada desde Valparaíso sobre tropas que copaban los principales accesos al puerto, mientras los marinos silenciaban las radioemisoras afines a la Unidad Popular. El alumno había llamado a Ángela Jeria, una amiga que estudiaba Antropología, casada con Alberto Bachelet, un general de la Fuerza Aérea simpatizante del gobierno del presidente Salvador Allende. El matrimonio despertó sobresaltado por el teléfono a mitad de la noche. La pareja no sabía nada de movimientos militares en Valparaíso.

Profesores, alumnos y funcionarios de la Unidad Popular en el Pedagógico tenían un sistema de vigilancia nocturno desde hacía tres meses, adoptado luego de varios ataques de miembros de las brigadas derechistas de Patria y Libertad y del Comando Rolando Matus. En uno de ellos, para impedir que los asaltantes les dispararan a algunos de sus alumnos, tuvo que intervenir incluso Hernán Ramírez Necochea, que era el decano de la Facultad de Filosofía y Educación, que contenía las escuelas de Pedagogía, de Periodismo, de Psicología y otras, y era la facultad más numerosa de la Universidad de Chile.

A eso de las cinco de la mañana del martes 11, María Eugenia Horvitz, profesora de la carrera de Historia y esposa de Enrique Paris, también supo del movimiento de tropas en Valparaíso y salió presurosa al Pedagógico, donde llegó como a las seis y media de la mañana. Junto con otros docentes y varios alumnos empezaron a sacar documentos comprometedores, fotocopiadoras y otros materiales que llevaron a la casa de unos colegas que vivían en la calle Doctor Johow, que une a la Plaza Ñuñoa con Avenida Grecia, en la parte de atrás del campus, muy cerca del edificio donde estaba la Escuela de Periodismo.

A las ocho de la mañana ya había mucha gente y a través de radios portátiles se escuchó el primer discurso de Allende[11].

Los alumnos del Pedagógico tenían una apariencia característica: pantalones de mezclilla gastados, morral artesanal, casaca verde oliva, pelo largo y barba incipiente. En la avenida Macul, en la entrada principal de la sede universitaria, frente a la calle Juan Gómez Millas, seguían ingresando decenas de estudiantes que venían de distintas direcciones, principalmente desde las avenidas Grecia e Irarrázaval. La mayoría empezó a concentrarse frente al viejo edificio que albergaba a la Escuela de Filosofía.

Pasadas las nueve de la mañana llegó hasta el campus, frente a la puerta de acceso, un camión con soldados en tenida de combate, fuertemente armados, con brazaletes blancos y pañoletas color naranja en sus cuellos. Algunos estudiantes creyeron que se trataba de tropas leales al gobierno.

La Escuela de Sociología se ubicaba en una casa vecina al Pedagógico, lindando por uno de sus costados con el Comando de Apoyo Logístico de la Fuerza Aérea. En los techos de aquellas instalaciones militares se observaba un piquete de soldados junto a una ametralladora punto 30 orientada hacia la sede universitaria. El centro de alumnos de esa escuela lo controlaba el MIR y era presidido por el alumno nicaragüense Bayardo Salmerón.

Los dirigentes estudiantiles decidieron permanecer en el campus al igual que muchos profesores y funcionarios. Un pequeño grupo de alumnos hizo una fogata en el patio, frente a las instalaciones asignadas al centro de alumnos del Pedagógico, y procedió a quemar documentos que los pudieran comprometer cuando los militares allanaran el lugar. Un estudiante de Literatura miraba cómo sus compañeros hacían desaparecer una lista de militantes de las Juventudes Comunistas que viajaría a Moscú en octubre próximo, al Festival Mundial de

Juventudes Progresistas, lista que incluía su nombre.

Un brasileño, a quien llamaban «El Pantera Negra», por usar un corte de pelo al estilo de Ángela Davis, acusaba a unos jóvenes comunistas de que su partido y el gobierno no habían tenido los cojones suficientes para dar de baja a los generales golpistas. La discusión cesó cuando anunciaron que otro camión con soldados se había ubicado en Avenida Grecia, frente a la Facultad de Ciencias.

Leopoldo Muñoz de la Parra era el único hombre inscrito en la Escuela de Párvulos de la Universidad de Chile, tenía 20 años. «La vida política era intensa, con presencia de muchos grupos políticos, pero con hegemonía comunista manifiesta, con grandes profesores. En el Pedagógico había otros grupos minoritarios, adversarios políticos de la Unidad Popular: los anarquista, que estaban en Filosofía, y los miristas, en Historia. Pero, en definitiva, el grueso del Pedagógico era la Jota», recuerda[12]. También tenían una gran presencia en la sede los integrantes del movimiento de pintores muralistas y de la Brigada Ramona Parra, de la Jota, encabezados por dirigentes como «El Mono», el Pato Madera y el «Gitano» Bahamondes.

Fernando Ortiz, Encargado Nacional Universitario del Comité Central del Partido Comunista, llegó a eso de la 11 de la mañana y se dedicó preferentemente a tranquilizar a los dirigentes y a los estudiantes.

En aquellos años el Pedagógico tenía un internado que albergaba a estudiantes de Brasil, Uruguay, Perú, Argentina y de otros países. Los dormitorios estaban en el denominado «Pabellón J», detrás de Historia y casi al lado de Periodismo, con sus ventanas de cara a la calle Máximo Jeria y a la cordillera. Muchos de aquellos jóvenes terminaron detenidos en el Estadio Nacional.

Juan Carlos Skewes cursaba segundo año de la carrera de Antropología. Era presidente de su curso y había tenido severas contradicciones entre ser un anarquista o apoyar a la Unidad Popular. Poco antes del golpe se incorporó a la Unión Socialista Popular, Usopo. Cuenta que en su carrera no se hacía clases en las mañanas, sólo en las tardes, y que sus compañeros tenían tres referentes sociales importante: Los Cisnes, el restaurante de Macul; el Café Pushkin, en Grecia; y el restaurante Las Lanzas, en la Plaza Ñuñoa.

«En las facultades del Pedagógico había mucha disputa política interna, ya sea por los centros de alumnos o las autoridades universitarias o los sindicatos de los

funcionarios. La gran pelea era entre el Movimiento Anarquista de Liberación, que lideraba Juan Rivano, profesor de Filosofía, y John Pattillo-Hess, alumno de la misma carrera, que encabezaba a otra fracción anarquista. En el campus la política era intensa y esencial, aunque con una fragmentación muy fuerte al interior de la izquierda, con la presencia de trotskistas, del PC Bandera Roja, los Helenos, grupos fraccionados del PS, grupos maoístas, el MAPU, la Izquierda Cristiana», recuerda[13].

El 11 en el Pedagógico hubo mucha gente que quería resistir. Incluso se analizó en el Departamento de Química qué materiales podrían servir. Un profesor hizo un cálculo de los ácidos que había para fabricar bombas incendiarias. Finalmente, tras varias asambleas, se llegó a la conclusión de que se debía pactar la salida de la gente que allí estaba.

Para tratar la salida se armó un grupo encabezado por el vicerrector de la sede, Eduardo Ruiz; la secretaria ejecutiva del campus, Graciela Uribe; y algunos profesores, entre los que estaban Renato Julio, Mario Planet, Fernando Ortiz Letelier y María Eugenia Horvitz. Esta última rememora: «Juntos caminamos por el borde, por donde estaban las Escuela de Sociología y Psicología, salimos por una puerta que ya no existe porque ahora hay un solo acceso. Ahí hablamos con los militares, que eran de la Fuerza Aérea, y finalmente se permitió que la gente pudiera salir por la puerta de Periodismo, la que daba a la calle Los Aromos».

Militantes de las Juventudes Comunistas que no podían volver a sus hogares intentaron refugiarse en una casa provista por las Juventudes Socialistas en las cercanías del Pedagógico, pero debieron regresar, porque la vivienda estaba rebasada. Muchos buscaron cobijo en el Pabellón J hasta el jueves 13, cuando se produjo la retirada final al levantarse el toque de queda. No hubo allanamiento. Los militares entraron después de que los estudiantes y profesores habían salido[14].

1.7. Un llamado a resistir en Concepción

A los 23 años, Millaray Brito, estudiante de Periodismo, era la encargada de

organización de las Juventudes Comunistas de Concepción. Vivía con dos compañeras en unos edificios de la Corhabit en la población Lambe. Tras enterarse del golpe por la radio, salió hacia la sede del Partido, ubicada en calle Caupolicán, entre San Martín y O’Higgins.

Llegó como a las 9 y se encontró con los compañeros que cuidaban el local; entre ellos, Marcos Ramírez –«El Tata»– y unos jóvenes cuadros de la población La Agüita de la Perdiz que vigilaban la puerta. Decidieron quemar todo lo que podía interesar a los militares, en especial lo relativo a organización. Luego partieron a los escondites previstos.

La primera reunión del secretariado se efectuó pasado el mediodía en una casa cerca de Laguna Redonda, propiedad de un hermano de Jorge Sanhueza –«El Choño»–. Acudieron Tomás Solís, secretario del Regional Concepción; Mario Benavente, miembro del Comité Central; Luis Trujillo y Millaray Brito. Sólo no estuvo «El Tata» Ramírez.

Juan Bautista Bravo, presidente de la CUT regional, propuso llamar al pueblo a la insurrección. La mayoría de los presentes estuvo de acuerdo y decidieron ordenar a los muchachos de las JJ.CC. que volaran torres de alta tensión que conducían la energía eléctrica a la ciudad y dinamitaran algunas estaciones de expendio de gasolina. Al mismo tiempo, convinieron en convocar a las calles a la gente el día jueves 13.

Diversos dirigentes empezaron a recorrer las células y los comités locales citando a los militantes a las esquinas de las calles Prat con Barros, frente a la Intendencia, a una cuadra de la Plaza de Armas, a las 11 de la mañana del día acordado. A la hora del inicio del levantamiento estaban congregadas unas setenta personas. Todos se miraban entre sí y nadie se atrevía a empezar a gritar las consignas preparadas. A pocos metros, los militares y carabineros que rodeaban la Intendencia se movían incrédulos y nerviosos. En un momento, primó la cordura y en pocos minutos los coludidos se dispersaron rápidos y silentes.

Al día siguiente, a primera hora, varios miembros de las direcciones regionales del Partido y de las JJ.CC. instruyeron a los comités locales para que la gente se ocultara y no llamara la atención. Se les dijo que había que esperar órdenes superiores y cuidar por sobre todo a la organización.

El Partido estaba acéfalo, sin dirección regional, porque al ex diputado Tomás Solís, que era muy conocido, tuvieron que sacarlo hacia Chillán disfrazado de huaso con la orden perentoria de que no se riera por ningún motivo. Tenía los dientes de oro y lo iban a pillar de inmediato. Lo subieron al tren en uno de los carros de tercera, con una maleta de mimbre, vestido con un terno oscuro y sombrero. A Mario Benavente también lo sacaron de circulación; pertenecía al Comité Central y no lo podían arriesgar. Lo fondearon en la casa de una vieja compañera en la calle Barros.

Así, debieron formar un comité regional improvisado, integrado por Iván Padilla, secretario regional de las JJ.CC.; Ester Araneda[15] y Millaray Brito.

Al momento del golpe, los comunales del Regional Concepción eran Tomé, Penco, dos en Concepción, Santa Juana, San Rosendo, Coelemu, Campanario y Yumbel. También existían los comités regionales de Talcahuano y el Carbón[16].

El día del golpe las diferentes sedes universitarias de la ciudad fueron rodeadas por fuerzas conjuntas del Ejército, la Armada y Carabineros. En el campus central de la Universidad de Concepción los militares cercaron los diferentes edificios y no dejaron salir a nadie. El edificio Virginio Gómez fue completamente saqueado y destruido. Los infantes de marina sacaron a los estudiantes atados de pies y manos y los lanzaban arriba de camiones sin distinción entre hombres y mujeres. Entraron a casi todas las facultades portando listas con nombres de alumnos y profesores. Especial violencia mostraron en las escuelas de Periodismo, Sociología, en la radio de la universidad y en los hogares de los estudiantes.

En número indeterminado, muchachos, profesores y administrativos fueron trasladados hacia la Base Naval de Talcahuano, desde donde un transporte marítimo llevó a los arrestados a la isla Quiriquina, situada frente a la bahía de Concepción.

En otro extremo de la ciudad, en el barrio Puchacay, los soldados rodearon la sede local de la Universidad Técnica del Estado. También llevaban listas de nombres y pusieron a todos los alumnos y profesores boca abajo en la cancha de fútbol, donde los identificaban y desde donde los trasladaban hacia los camiones.

Antonio Leal, un dirigente estudiantil comunista que llamó a resistir, fue rápidamente arrestado y conducido a la isla Quiriquina.

El día 13 hubo un tiroteo en los edificios del Hotel Alonso de Ercilla y de Deportes Concepción. En el primero, varios cubanos se enfrentaron a los golpistas y fueron muertos a balazos. El 20 de septiembre, dos estudiantes ecuatorianos fueron encontrados muertos en la ribera sur del río Bío Bío: perdieron la vida tras ser ejecutados después de estar acreditada su detención en la Cuarta Comisaría de Carabineros de Concepción[17].

1.8. Dinamita en la zona del carbón

En la mañana del 11 de septiembre varios dirigentes del Comité Regional del Carbón se reunieron en la sede de Lota, en calle Galvarino 14, y dado el riesgo inminente de ser allanados, decidieron trasladarse a un sector más seguro en la parte trasera de la empresa carbonífera de Schwager. Entre ellos estaban Isidoro Carrillo, miembro del Comité Central, gerente general de la Empresa Nacional del Carbón, Enacar; Danilo González, Vladimir Araneda y Santiago Concha. Decidieron comunicar a la gente que todos debían estar en sus lugares de trabajo y acordaron también que los principales dirigentes debían partir a las casas de seguridad y activar a los «grupos chicos» para el día 13 lanzar un ataque coordinado a las comisarías de la zona. A las pocas horas ya tenían militantes acuartelados en unos diez lugares previamente convenidos. La instrucción era atacar y ocupar los cuarteles policiales cuando en Concepción se hiciera lo mismo.

El partido ordenó sacar a la gente de la mina. Subieron cerca de las 11 de la mañana y Omar Sanhueza, presidente del Sindicato Industrial, que agrupaba cerca de seis mil mineros, les habló en el patio del pique. Los trabajadores del carbón le pidieron armas, pero no había… Más tarde, Sanhueza acudió a los barrios Chiflín y Arturo. Allí les dijo que las balas no preguntaban color político ni religioso, que debían tener cuidado. Las calles de Lota y Coronel eran patrulladas por militares traídos desde Los Ángeles, mientras en algunas casas se escuchaba Radio La Habana, que transmitía desde Cuba, donde se informaba reiteradamente que los mineros del carbón estaban viajando a Santiago para defender al gobierno del presidente Allende.

El jueves 13, muy temprano, sacaron a Juvenal Valdés, secretario del Regional

Carbón a quien llamaban «Pluma Blanca», y a Mario Benavente, que había llegado a hacer contacto desde Concepción, y se los llevaron para esconderlos. Danilo González y Vladimir Araneda debían salir hacia el sur. Isidoro Carrillo, en tanto, insistía en que debían ir a la Intendencia en Concepción.

Las órdenes eran confusas. Finalmente se decidió recoger todas las armas y explosivos de que disponían y esperar instrucciones. En los cerros que están sobre Coronel habían tomado posiciones cerca de treinta mineros cargados con dinamita a la espera de las órdenes para atacar a los golpistas. Algunos dirigentes ser preguntaban qué harían después, cuando los militares reaccionaran.

A la sede del Partido en Coronel llegó un cohete antiaéreo desarmado y no sabían qué hacer con él. Tres muchachos de las JJ.CC. se lo llevaron por arriba de los cerros hacia Lota. También tenían una ametralladora Punto 50, un par de metralletas, cartuchos de dinamita y varios revólveres. Sacaron todo del local y lo escondieron en piques y socavones ubicados en las afueras de la ciudad.

El Regional Carbón agrupaba a Lota, Coronel y todo Arauco. Entre sus quince dirigentes destacaban Juvenal Valdés, Vladimir Araneda, Danilo González, Lucio García, Juan Garcés, Romilio Garcés, Germán González, Santiago Concha, Abelardo Campos y Luis Fuentealba[18].

1.9. Oculto con miristas en un convento de monjas

Samuel Riquelme Cruz, subdirector de Investigaciones, miembro del Comité Central y por largo tiempo encargado de la Comisión Militar del Partido, recibió un llamado telefónico cerca de la una de la madrugada del 11 de septiembre. Era el prefecto de Investigaciones de Valparaíso, Juan Bustos, quien le comunicaba que la marinería estaba en la calle y que tenía rodeado el puerto. Riquelme se contactó de inmediato con el presidente Allende, quien recibió la información como una confirmación más de que la conspiración estaba en marcha. Riquelme cuenta:

Salí muy temprano hacia la oficina y permanecí allí hasta las 13 horas, cuando, ante la insistencia de los compañeros del Partido, abandoné el lugar. En el Partido no habíamos estado de brazos cruzados, pero lo que habíamos hecho era insuficiente para enfrentar a las Fuerzas Armadas. El haberlo acometido habría sido una masacre para el pueblo.

Le pedí a uno de mis ayudantes que me sacara de Investigaciones y salí en el auto que yo tenía asignado. Me fui a la casa de un muchacho que trabajaba en el servicio, que era aseador. Él vivía con su compañera en una población de Barrancas, en la población Puro Chile. Ahí estuve un par de días y me di cuenta de que la compañera de este muchacho funcionario estaba muy nerviosa. Él no era comunista. Había tiroteos día y noche en esa población.

Solicité al muchacho que hablara con otro funcionario que era comunista, de apellido Díaz. Le señalé que necesitaba cambiarme de allí, que con su padre, al que yo conocía bastante, un funcionario de la salud, buscaran algún medio y me sacaran de ese lugar. Le dije que ojala fuera en camión y seguro.

El compañero buscó el lugar y se consiguió también el camión. Me llevaron a un convento de monjas, en Lo Franco, y con ellas compartí varios días. Había muchos miristas escondidos y les pedí a las monjas que no me vincularan con ellos. Me tuvieron solo en un sector de la parroquia.

Las monjas tenían un pequeño huerto donde yo empecé a trabajar. Pero llegó un momento determinado en que se puso complicado seguir allí. Volví a hablar con el padre de Jesús Díaz y le dije que habían llegado muchos miristas, que no eran cuidadosos con el trabajo en la clandestinidad y le propuse que fueran a ver Oscar Riquelme para que él hablara con una tía mía y le pidiera que me tuviera algunos días. Mi tía –que no era militante– me recibió con mucho gusto. Ahí estuve un buen tiempo hasta que empezaron los tiroteos en la población y tuve que buscar donde irme. Me encontraron una casa en el barrio alto, donde un antiguo militante del Partido. Ahí permanecí hasta que el Partido insistió en que

me tenía que ir a una embajada. Algunos compañeros me dijeron que tenía que buscar refugio en la embajada argentina y salí de la casa rumbo a esa sede diplomática. Estaba esperando locomoción desde el barrio alto cuando pasó una patrullera de Investigaciones. Redujeron la velocidad al llegar a la esquina, pero siguieron viaje. Pienso que me reconocieron, pero no quisieron detenerme. Unos compañeros me estaban esperando en el patio de la iglesia que estaba al lado del Hospital San Borja, ahí a la entrada de Alameda, donde se ubicaba en esos años. Me indicaron una muralla que tenía que saltar hacia el patio de la embajada. Y en eso estaba cuando me detuvieron varios detectives. Les pedí a ellos que tuvieran consideración con mi familia, que eran y son los comunistas. Luego me llevaron a la comisaría de Carabineros que estaba en San Isidro. Allí recibí las primeras brutalidades de la policía de Pinochet. Me aplicaron corriente eléctrica en casi todo el cuerpo, me metieron los electrodos de la corriente en los oídos, en los párpados, en las sienes, en el pene. A ese lugar de tortura llegó Ramón Esquivel, a quien yo había conocido en la primera comisión que designó el compañero Salvador Allende para investigar el asesinato del comandante Araya[19].

Esquivel era oficial de Carabineros y representante del Servicio de Inteligencia de Carabineros. Al llegar, Esquivel me pidió colaboración. Yo le dije:

–¿Qué me pide usted?

–Colaboración.

–Usted sabe que colaboración de mi parte no va a tener.

–¿No va a colaborar? ¡Llévenlo a la tortura…!

Ahí me aplicaron corriente y golpes, haciendo las interrogaciones del caso, preguntándome por el trabajo de los comunistas en los cuerpos armados. Yo me negué, y ante mi respuesta los torturadores me decían: «¿Así que voh soy choro…?».

Al final se cansaron de ponerme tanta corriente y de pegarme[20].

1.10. Destino: Isla Dawson

José Cademártori se retiró del Ministerio alrededor de las 21 horas. Como a las doce de la noche, estando ya en su hogar, recibió una llamada telefónica de Alfredo Jadresic. Este le dijo que tenía información fidedigna acerca del Regimiento de Alta Montaña de Los Andes, con sede en Río Blanco, que se disponía a salir a Santiago con sus implementos de combate. Luego Cademártori llamó a Juan Ibáñez, director de la OIR y a Orlando Millas, que venía llegando a su casa, para transmitirles la información.



José Cademártori

En la mañana del 11 de septiembre, alrededor de las ocho horas, recibió una llamada telefónica de su hermano pidiéndole que sintonizara la radio y, luego, de un periodista que dio detalles de las noticias que se difundían a esa hora. El golpe era una realidad.

Conversó con Xenia, su mujer, y con sus hijos José, Janina y Andrés. Acordaron qué hacer en caso de que él no regresara. Salió de la casa con su hija Janina.

Llegaron a Plaza Italia, lugar donde bajó Janina. En el automóvil del Ministerio que ocupaba y que conducía el chofer de turno, él continuó al centro de Santiago. Al llegar a Teatinos observó movimientos de tropas: se escuchaban disparos, detonaciones de armas automáticas. Una gran cantidad de gente regresaba a sus casas; muchos corrían. Entraron por Agustinas hasta Teatinos. Frente al hotel Carrera giraron a la izquierda para detenerse ante el Ministerio. Muchos empleados de los servicios de Impuestos Internos, Tesorería y otros funcionarios, sobre todo mujeres, salían en grupos hasta la calle. Algunas tanquetas de carabineros mantenían posiciones en la Plaza de la Constitución. Había escasos vehículos estacionados.

En la oficina encontró a algunos compañeros con los cuales examinó la situación. Se planteó, por uno de ellos, la necesidad de organizar la resistencia en el edificio.

Cademártori llamó al subsecretario del Interior, Daniel Vergara, para informarse si era necesario ir a La Moneda.

–El Presidente llegó temprano. Aquí estamos a la expectativa, –contestó.

Cademártori salió a tomar contacto con el Partido. Lo acompañó un compañero. Bajaron al patio en busca del automóvil y salieron por Moneda hacia el oeste, en medio de un intenso tiroteo. Se disparaba desde la calle y los edificios. Hacía pocos minutos que las tanquetas de carabineros habían sido retiradas, dejando a La Moneda desguarnecida. Iban agachados dentro del automóvil, en un inútil e instintivo gesto de resguardo. Siguieron hacia Alameda y luego hasta el local del

Comité Regional Capital, en calle Vergara.

Allí encontró a varios compañeros de dirección con los que intercambió opiniones brevemente. Les informó que haría un recorrido por algunas industrias antes de irse donde correspondía. Enseguida, partieron hacia Quinta Normal.

Bajó a visitar una fábrica en la que trabajaban unos 200 obreros, especialmente mujeres. Ahí había un interventor designado por el gobierno; se trataba del compañero Eduardo Faúndez, viejo comunista. Se reunió con él y con los dirigentes sindicales. En la oficina donde sesionaron se oía la radio transmitiendo himnos marciales, que interrumpían a menudo para dar a conocer los bandos militares. Acordaron que las obreras se fueran a sus casas. Un grupo de voluntarios permanecería en la industria. Por radio se informaron del bombardeo a La Moneda; el Presidente había muerto. Se anunciaba el toque de queda para las cinco de la tarde. Un bando dio una lista de nombres de dirigentes de la Unidad Popular, entre los que estaba el suyo, exigiendo que se entregaran a las nuevas autoridades.

Decidieron que el compañero que lo acompañaba fuera a ver la casa en la que debía alojar. Regresó señalando que la manzana estaba acordonada. Para entrar y salir era necesario identificarse. Informó que las calles eran patrulladas por las tropas y se hacía cada vez más difícil transitar.

Entonces hubo que improvisar otro alojamiento. Fue ubicado en la casa de una obrera de la industria, una vivienda pequeña a pocas cuadras de la fábrica. Tenía dos piezas, baño, cocina y un pequeño patio. Lo acompañaban dos compañeros.

La situación en la casa era precaria, incluso en alimentos. Con los camaradas habían convenido en que ellos ubicarían otro alojamiento. En todo caso, debido al largo toque de queda pasaron allí esa noche, el día miércoles y el jueves. A las doce de este día llegaron los compañeros del partido en su búsqueda.

Bajó del taxi con un camarada a unas dos cuadras del nuevo refugio, al que llegaron sin novedad. La familia estaba compuesta por la madre y tres hijos. Uno de ellos era estudiante de la Universidad Técnica del Estado, otro era un niño y una hija profesora, separada del marido. Lo acogieron con cariño. Las piezas quedaban en un segundo piso, cerca de la esquina de una calle donde hay una panadería y un almacén.

Fue ese día cuando decidió teñirse el pelo. La hija compró el producto y

Cademártori decidió el lavado con la tintura maravillosa, Había observado en el frasco un color negro-azul que no le llamó, mayormente, la atención. Pocas horas más tarde el pelo era de un color azul exuberante. Los miembros de la familia que lo hospedaba no lograban ocultar la risa.

Esa misma noche los compañeros le propusieron otro alojamiento cerca de allí. Según ellos, era más seguro porque esta casa tenía un inconvenient: a menudo llegaban muchachos estudiantes a visitar a su compañero de la Universidad Técnica, y eso significaba que podía ser visto. Así, se decidió el traslado para el día siguiente, viernes 14, en la tarde. Además, la decisión fue adoptada debido a que ese día ocurrió un hecho fortuito: alrededor de las cinco de la tarde el ex marido de la profesora llegó a la casa.

Poco después el hijo menor, niño de doce años, les comunicó que unos amigos suyos oyeron comentar, a los dueños del almacén de la esquina, que personas extrañas habían entrado a esta casa, incluso portando una maleta. La madre, por su parte, le informó, con no disimulada inquietud, que las dueñas del almacén eran dos mujeres enemigas de la Unidad Popular que tenían relación con los marinos de la estación radio naval de Quinta Normal, a los que abastecían.

Cademártori les dijo que se iría de allí al día siguiente.

El viernes en la tarde se acercaba la hora en que debía salir, cuando, de pronto escuchó un ruido de vehículos que se detenían. Eran carabineros armados y con cascos. Golpearon la puerta, entraron a la casa y allanaron sin explicaciones. El ministro decidió enfrentar la situación para evitar daños a la familia. Salió y se encaró con un oficial.

–Soy José Cademártori, ministro de Economía –dijo, mirándolo. Al parecer, no le creyó.

En la calle había un gran despliegue de carabineros y también mucha gente que observaba el operativo con expectación. Ni un grito. Los rostros graves miraban en silencio. Bajaron también al ex marido de la profesora, que también era profesor, y lo ubicaron a su lado. Diez minutos más tarde llegaron a una comisaría.

Lo hicieron pasar a la sala de guardia, donde un tipo de civil, sucio, con los ojos enrojecidos y sonrisa burlona, de aspecto siniestro, le hizo subir a una especie de balanza que utilizaba para el fichaje de los detenidos. Al profesor lo llevaron

adentro y a Cademártori lo metieron en un calabozo.

Después de algunas horas lo llevaron a la oficina del prefecto. Se identificó, exigiendo respeto en el trato. El prefecto escuchó, sentado, hosco, sin decir una palabra.

–Le advierto que yo sé muy bien lo que tengo que hacer, pero voy a consultar –agregó indeciso.

Comenzaba a oscurecer cuando volvió al calabozo. Ahí esperó. De pronto, entró en tropel un grupo de carabineros, los que lo sacaron a empujones hasta la calle. Luego trajeron al profesor y los hicieron subir a un furgón al que entraron, además, cinco carabineros con metralletas..

–Al primer movimiento, cagan, son hombres muertos –advirtió un oficial.

Salieron hacia el centro de Santiago. Reconoció, al pasar, la calle San Pablo: no había tránsito, los negocios estaban cerrados y uno que otro peatón caminaba, temeroso, por las calles semidesiertas.

Llegaron al Ministerio de Defensa. El oficial los bajó a tirones y los condujo, seguido por dos carabineros, hasta la guardia del Ministerio. Lo llevaron a un piso alto del edificio. El profesor quedó allí. Al salir del ascensor, en el quinto piso, vio a un oficial alto, en traje de campaña, que gritaba airado.

–¿Cuántas veces he dicho que no traigan prisioneros aquí?

Lo reconoció. Era el general Brady, jefe de la guarnición de Santiago en el momento del golpe. Se habían conocido hacía unas semanas, cuando Allende lo designó como interventor en el paro de camioneros.

–General, soy José Cademártori, ministro de Economía. Quiero hablar con usted a solas –le habló avanzando hacia él.

–Lo que deseo saber, general, es el destino que me tienen preparado.

–No sé bien que harán con ustedes. Yo no estoy a cargo de los prisioneros. Lo mejor es que usted sea trasladado a la Escuela Militar, donde están los ministros y otros funcionarios.

Llegaron a la Escuela Militar cerca de las veinte horas.

Fue conducido, a empellones, hasta un corredor muy largo donde había medio centenar de mujeres y hombres contra la pared, de rodillas y con las manos en la nuca. Lo obligaron a ubicarse en esa posición. Mientras pasaban los minutos, los dolores en las rodillas, sobre el cemento, fueron agudizándose hasta hacerse intolerables. Pasaron horas.

De pronto oyó su nombre. Se levantó, penosamente, estirando los miembros adoloridos. Un oficial lo condujo hasta un cuarto en el que había una cama y sobre ella un saco de dormir. Al lado, un velador y una puerta abierta dejaba ver un baño, común a otra pieza contigua.

Esa noche quedó allí, hambriento, cansado, sin saber lo que vendría. Se oían ráfagas de armas automáticas y el ruido que producían numerosos vehículos que entraban y salían.

Al día siguiente, sábado 15, vio llegar a Julio Palestro a la habitación contigua. Venía en malas condiciones físicas. Alrededor de las diez de la mañana le permitieron salir. En el pasillo se encontró con un grupo numeroso de ministros y compañeros de la Unidad Popular.

Les dieron desayuno. Luego les entregaron escobas y trapos y les ordenaron asear el comedor y las piezas. Comentaron los hechos, la situación general. El tema principal pasó a ser la proposición de entregar una carta firmada por todos, en la que se rechazaba el ofrecimiento inicial de expulsión del país. Predominaba la idea da enfrentar cualquier acusación judicial por la actuación política y administrativa. Se le encomendó a Carlos Briones entregar la carta y representarlos, pero ya al mediodía Carlos Briones fue llamado y, según supieron, conducido hasta su casa con arresto domiciliario.

De improviso, les ordenaron retirar los bultos –a aquellos que los tenían– y los condujeron a un bus que esperaba en el patio de la escuela. Una vez adentro, sacaron a Alfredo Joignant a empujones. Luego partieron escoltados por una gran cantidad de vehículos militares. El bus salió por la Costanera, Mapocho, Avenida Balmaceda, Matucana hacia Cerrillos. Allí había un impresionante despliegue militar. En el grupo diez, aeropuerto de El Bosque fueron sometidos a un registro personal exhaustivo. Les ordenaron abordar un avión de transporte DC6. Ya en vuelo, observaron que el aparato tomaba rumbo sur. Era de noche

cuando aterrizaron en la austral Punta Arenas.

Bajaron uno tras otro. Los cegaron con la luz de poderosos focos mientras eran fotografiados por seres invisibles. Enseguida, fueron conducidos a un sector sombrío del aeropuerto, más allá de la losa, donde esperaban vehículos blindados. Les pusieron capuchas sobre la cabeza, hasta la cintura, y los introdujeron a los vehículos. Quedaron seis o siete en cada carro, y junto a ellos, al fondo, iba un soldado.

Siguió un largo trayecto. Al bajar, les sacaron el capuchón y entonces vieron el mar. Los hicieron caminar sobre tablones hacia una barcaza. Bajaron a un pequeño camarote donde quedaron como en una lata de conservas, pegados el uno al otro. Fue un viaje de seis horas sobre un mar tranquilo. Todos iban hambrientos, cansados, entumecidos, sin saber si esta travesía era el comienzo o el fin.

Durante la navegación les prohibieron hablar y al cabo de unas horas les dieron una taza de café. Todos iban silenciosos.

Era de noche aún cuando la barcaza se metió en la arena de una playa solitaria y oscura. Cuando subieron, observaron potentes reflectores que se encendían en la playa y cerros cercanos, dirigidos a la barcaza. Numerosos soldados se desplazaban en las cercanías.

Desembarcaron saltando a la blanda humedad de la arena. A los 46 detenidos los formaron de a dos y partieron en una marcha de una hora hacia un lugar llamado Río Chico. Estaban en isla Dawson. Era la helada mañana del 16 de septiembre[21].

1.11. La noche en Teatinos 416

La noche del 10 de septiembre de 1973 en la sede principal del Partido Comunista, en la casona que aún existe en la esquina norponiente de las calles Compañía y Teatinos, a tres cuadras de la Plaza de Armas de Santiago, se reunió de urgencia el Pleno del Comité Central. Orlando Millas, uno de los principales

ideólogos del Partido, integrante de la Comisión Política, informó que el golpe era inminente y que se había reducido al mínimo la cantidad de adeptos con que contaba el gobierno al interior de las Fuerzas Armadas. El presidente Salvador Allende estaba aislado, al igual que la UP y la clase obrera.

Luego intervino Mario Zamorano, el encargado de Organización. Leyó una lista con los nombres de los dirigentes que saldrían al día siguiente rumbo a las provincias con la tarea de informar sobre la situación a los comités regionales. Pasadas las 22 horas se puso término al encuentro. En el segundo piso siguieron trabajando los encargados del aparato militar y de inteligencia. En otras dependencias los miembros del equipo de Autodefensa que protegían el local empezaron a destruir papeles y a preparar las escasas armas y artefactos explosivos que se utilizarían en la defensa del recinto si era necesario.

1.12. Reunión en el Comité Regional Capital

David Canales Úbeda, a los 29 años, era uno de los principales integrantes de la seguridad comunista. Experto en Inteligencia y Contrainteligencia, formado en la República Democrática Alemana, RDA, se especializó en los asuntos más delicados del Partido. Al momento del golpe trabajaba en una oficina al lado del Secretariado, en el local de Teatinos. Recuerda:

Como a las tres me pasó a buscar Carlos Toro. Se había levantado la Marina, y la Escuadra –que había zarpado hacia alta mar con la excusa de la Operación Unitas– regresó sorpresivamente y copó Valparaíso y los puertos estratégicos. Fuimos a la sede de Teatinos 416. Allí permanecían varios de los compañeros de Autodefensa y nos pusimos a «limpiar» el local. Les encargué a los viejos que quemaran todo lo que les dejé para quemar. Con Carlos Toro nos dimos unas vueltas en auto y fuimos a hablar con el equipo de Arnoldo Camú, el jefe del aparato militar del Partido Socialista. La reunión se hizo en una casa de ellos y fue muy mala. Estaban en absoluto desacuerdo con nosotros y nos miraron con mucho desprecio. Ellos querían actuar, resistir. Habíamos trabajado muy bien juntos, pero en ese momento tan crítico no estuvimos de acuerdo.

De allí, con Toro nos fuimos a la sede de calle Vergara, donde debía concentrarse la Dirección del Partido. Llegamos como a las 7:30 de la mañana. En el lugar se constituyó la Comisión Política y todo el Comité Regional Capital, que era muy fuerte políticamente, la base del equipo central de organización de todo el país. El secretario era Jorge Muñoz Poutays, un hombre brillante. La Dirección había previsto en las semanas previas que si se producía el levantamiento militar, el local de Teatinos se cerraba definitivamente, se sacaban todas las cosas, se escondía o se quemaba lo que pudiera ser capturado y el punto de encuentro, sólo para tomar las decisiones de último minuto, sería Vergara, el recinto del Regional Capital, a las 9 de la mañana.

Todos llegaron mucho más temprano de lo previsto, ya que nadie durmió. Hubo una reunión formal para hacer entrega del mando del Partido a la dirección clandestina, que ya estaba nominada y preparada para asumir. El compañero Luis Corvalán se expresó muy brevemente y repitió en forma sucinta las instrucciones del Partido.

En Vergara se reunieron los jefes de los comités regionales de Santiago más algunos de provincias que por diversos motivos estaban en la capital. Se pusieron de acuerdo en ciertos detalles y salieron a cumplir lo que había que hacer. La mayoría de ellos eran viejos dirigentes del partido que habían trabajado en el aparato interno durante muchos años. Me refiero a Víctor Díaz, Óscar Riquelme, Mario Zamorano, Rafael Cortez y Américo Zorrilla, entre otros. Eran reconocidos líderes del Partido y conocedores de la antigua clandestinidad. Luego venía un grupo más joven pero muy capaz. Ahí estaban Jorge Muñoz, José Weibel y Mario Navarro, el mejor y más joven de los que dirigían el área sindical.

En esa misma reunión Corvalán corroboró lo que el Comité Central había decidido.

–Nosotros no estamos más que cumpliendo las instrucciones que nos dio la Comisión Política. Vamos a intentar salvar a esta parte de la Dirección dejándola fuera del equipo clandestino. Algunos tendremos que salir del país y otros tendremos que escondernos largo tiempo. Los que dirigen son los compañeros designados por la Comisión Política –dijo. Y agregó:

–También ratificamos la decisión del Comité Central, que implica que si el golpe tiene las características que parece tener, como lo hemos visto desde hace días, eso indica que no fuimos capaces de atraer a una parte de las Fuerzas Armadas para apoyar a Allende. No somos capaces de resistir a las Fuerzas Armadas unificadas y en plan de guerra. Debemos replegarnos ordenadamente para salvar a la organización de la pérdida y de todas las acciones desmedidas de los golpistas. El Partido pasará a tener un papel más importante, porque va ser el partido que va a quedar más entero. Vamos a pasar a tener mayor incidencia aún en los acontecimientos durante este régimen fascista que se nos viene encima y obviamente las formas de lucha tendrán que ser distintas. Vamos a partir reorganizando el partido y daremos una principal importancia a la propaganda y a la difusión de nuestras ideas.

Eran cerca de las 11:30 de la mañana. Se escuchaba el tableteo de las ametralladoras y disparos desde diversas direcciones. La calle Vergara, que une la Alameda Bernardo O'Higgins con el actual Parque O'Higgins, estaba rodeada de unidades militares que se estaban movilizando hacia el centro de la ciudad. Era necesario salir de ese lugar. Alguien me tomó del brazo. Era Óscar Riquelme, que me ordenó:

–Usted maneja. Voy yo, usted y dos personas más. El resto se va por otro lado. Vamos.

Llegamos a su casa, en la calle Santiaguillo, muy cerca de Avenida Matta, en el barrio San Diego. La vivienda era modesta, aunque muy acogedora, típica de un viejo y esforzado trabajador. Riquelme era el jefe de todo el aparato militar y de

seguridad del Partido, que vivía ya largos años de opacidad política por obvias razones. Su compañera se metió a la cocina a preparar café y en eso llegó el resto de la gente: Víctor Díaz, Mario Zamorano, Rafael Cortez, Jorge Muñoz, Mario Navarro, Américo Zorrilla y José Weibel. La reunión fue muy breve y ejecutiva. Todo se había discutido muchas veces, estaban todos de acuerdo y tenían claros los papeles que debían cumplir. Don Víctor habló –como siempre– en forma pausada, breve y clara:

–De aquí en adelante la vida va a cambiar. Tenemos que aprender a adaptarnos a las nuevas condiciones. Tenemos que ser muy rigurosos en el cuidado del colectivo y ceñirnos a las reglas que hemos pensado y repensado. Vamos a vivir de manera sencilla para pasar desapercibidos.

Se limitó a nombrar no más de un par de responsabilidades, por cuanto el resto les sería informado privadamente. Repasó el método de funcionamiento; los consejos prácticos para constituir los aparatos especiales: enlaces, infraestructura, distribución de los medios materiales, seguridad; y, los aparatos intermedios: los coordinadores zonales, comités regionales, comisiones nacionales.

Luego repitió algunas normas propias de la clandestinidad:

–Lo que cambia es que nunca más nos reuniremos todos, sino por fragmentos. Tampoco nos vamos a ver siempre, usaremos el sistema de buzones y enlaces. No podemos seguir estando juntos todos los días, pero debemos seguir teniendo relaciones inmediatas, mantenerlas pero sin que sean descubiertas. Cada uno sabe sus tareas. Se acabó la reunión. Ahora, un breve tiempo para que ultimemos detalles bilateralmente y nos retiramos.

Pasaron unos 15 minutos donde se trasmitieron datos de enlaces y buzones[22].

–Está bueno, despidámonos.

Tras abrazarse, estrecharse las manos y darse algunos palmazos en las espaldas, comenzaron salir. Yo me paré en el pasillo y los fui revisando uno por uno. Les saqué todo: fotografías, carnets, billeteras, libretas, papeles sueltos y toda identificación o referencia personal. Fue poco agradable. Me miraron hoscos. Uno quería llevarse el carnet del partido como recuerdo, otro quería una foto de su familia. Fui implacable, pero nadie protestó, sólo me miraron feo. Junté todo, lo quemé y lo tiré por el desagüe. Abracé a los últimos con la garganta apretada. Nos marchamos a pie cada uno por una ruta distinta. Sólo don Víctor y don Américo se retiraron en auto. Yo mismo me aseguré de que los vehículos que usamos para llegar fuesen dejados muy lejos del lugar[23].

1.13.- El fallido refugio del Secretario General



Luis Corvalán

Luis Corvalán Lepe, Secretario General del Partido Comunista, despertó esa mañana del 11 de septiembre en su casa, en la calle Bremen 462, entre Simón Bolívar y Estrella Solitaria, en Ñuñoa. La vivienda era propiedad del Partido y había sido adquirida con dinero donado por Pablo Neruda luego de recibir el Premio Stalin de la Paz en 1953. Corvalán vivía con su esposa, Lily Castillo; con sus suegros y dos de sus hijos. Antes de la 6 de la mañana, Orlando Millas, que vivía a la entrada de la comuna de La Reina, le avisó que el golpe militar estaba comenzando y que lo pasaría a buscar para dirigirse al Comité Regional Capital, en calle Vergara. Allí se tomarían las primeras medidas para enfrentar el levantamiento.

Concluida aquella reunión, luego de escuchar por radio el último discurso de Allende, los más conocidos decidieron retirarse hacia los lugares previamente elegidos para esconderse. Corvalán partió adonde una profesora amiga en la calle Los Jardines, cuatro cuadras más arriba de la Plaza Ñuñoa. Al llegar se encontró con que a la casa habían llegado sorpresivamente familiares desde Talca y que era imposible permanecer allí. La profesora hizo urgentes gestiones para encontrarle un nuevo lugar de refugio. Pasadas las 3 de la tarde, cuando ya se había iniciado el toque de queda decretado por los golpistas, Corvalán salió caminando, con el rostro semicubierto por una bufanda, hacia un nuevo refugio, a unas pocas cuadras de allí, en la calle Los Cerezos, cuya dueña de casa era Elizabeth Saintard, jefa de asistentes sociales del Hospital El Salvador[24].

Una ligera llovizna cayó esa tarde sobre Santiago. Corvalán y su anfitriona escucharon radioemisoras del exterior hasta tarde. En sus memorias, el dirigente comunista rememora aquellas horas:

–Mientras seguía la evolución de los acontecimientos, no dejaba de pensar en cómo habíamos llegado a esto. En la mañana del 11 ya no pude hablar con el Presidente, pues era imposible comunicarse, pero el día anterior me había mandado un mensaje vía Joan Garcés y Carlos Toro para que nos juntáramos con los otros jefes de los partidos que lo apoyaban. Habíamos estado en su casa de

Tomás Moro el domingo 9 y él estaba convencido que venía el golpe. Se lo veía muy preocupado. Nos contó que pensaba enviar un proyecto al Parlamento para convocar a un plebiscito y dirimir el conflicto que existía por las áreas de la economía. Si lo perdía, estaba dispuesto a abandonar La Moneda.

En medio de esa reunión, el presidente recibió un llamado de la periodista Frida Modak, quien le comentó el discurso que había pronunciado Carlos Altamirano, Secretario General del PS, en el estadio Chile. «Esto ya no tiene remedio», comentó Allende. Pero había que jugar la última carta con José Cademártori con el respaldo expreso a ese proyecto. Al retirarnos de Tomás Moro, como a las once y media de la mañana, Pinochet estaba fuera, junto al general Urbina. Pinochet era un hombre de su confianza, pues lo había designado por indicación de Carlos Prats, y a él también le contó la idea del plebiscito. Así es que él sabía y el golpe se adelantó teniendo en cuenta ese anunció que se haría el martes 11.

Esa noche, en su última cena en Tomás Moro, junto a sus colaboradores más cercanos. Carlos Briones, Joan Garcés, Augusto Olivares, Orlando Letelier y Hugo Miranda, el presidente leyó en voz alta la carta que le habíamos enviado y la comentó favorablemente. Ahí quedaba claro que el PC fue el partido que estuvo más cerca del presidente en sus posiciones. Incluso, le pasó la carta a Briones para que la leyera. Más tarde, se la pidió de vuelta. Era un documento histórico.

Dado el carácter que habían tomado las cosas, el partido redactó en la tarde del lunes 10, una declaración que titulamos: «Cada uno en su puesto de combate». Le pedimos a Julieta Campusano que la leyera en la noche por radio. A Orlando Millas le encargamos que reuniera al Comité Central para informarlo de la situación y distribuir las responsabilidades. Varios de ellos fueron destacados en varios puntos del país.

Nosotros habíamos previsto, en un caso así, la posibilidad de que los trabajadores se declaraban en paro. Pero ocurrió que el país se paralizó por cerca

de una semana, así es que esa estrategia no sirvió. Fue un golpe muy bien armado. Yo creo que no corresponde a la cabeza de Pinochet ni Leigh ni de Merino. Tuvieron asesoría internacional.

Yo estaba concentrado en la evolución de los hechos del día. A ratos pensaba en la magnitud del golpe que estaba ocurriendo. Mucha gente pensaba que sería una cosa transitoria. Nosotros nos dimos cuenta al tiro de que era un golpe serio, de tipo fascista. Pero, para qué me voy a mandar las porciones: nadie imaginó la duración ni la violencia que se iba a aplicar[25].

Por esos días, Fernando Ortiz le pidió a su cuñada, la doctora Paz Rojas, que escondiera a Jorge Insunza Becker, diputado y miembro de la Comisión Política del Partido. Ingeniero civil, director del diario El Siglo durante cuatro años, era uno de los dirigentes comunistas más conocidos. Había estudiado en el Liceo Alemán y en el Instituto Nacional, estaba casado con Magda Gregorio de Las Heras y mantenía buenos vínculos con dirigentes de todas las tendencias políticas y con algunos miembros de los estratos sociales más acomodados del país.

Un amigo del Partido se había marchado de Chile y dejó las llaves de su departamento, ubicado en el barrio Pedro Valdivia Norte, junto al cerro San Cristóbal, para que se cobijaran algunos de los dirigentes. Fernando Ortiz le dio las señas de Insunza a Paz Rojas y un punto de contacto en una esquina de la avenida Providencia.

La doctora, psiquiatra y neuróloga, docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile en el hospital José Joaquín Aguirre, hija del destacado novelista Manuel Rojas, ya estaba ayudando a los perseguidos y atendía a los refugiados en algunas embajadas europeas.

Recogió en su automóvil a Insunza y lo condujo al departamento acompañado de una enfermera amiga que le prestaría asistencia. Había un único inconveniente: el departamento estaba sin luz eléctrica. Al día siguiente la enfermera la llamó con urgencia a su teléfono.

–A este caballero se le ocurrió arreglar los tapones y dar la luz. Los vecinos creían que el departamento estaba vacío y parece que llamaron a los carabineros. El edificio está siendo rodeado por militares –avisó nerviosa la mujer.

–Salgan inmediatamente de allí y espérenme en Providencia con Manuel Montt. Voy de inmediato para allá –fue la breve respuesta de la psiquiatra.

Paz Rojas condujo a Insunza hasta su casa en la calle Diego de Deza, a escasas cuadras de la avenida Manquehue, en Las Condes, y lo instaló en uno de los dormitorios, señalándole que a partir de ese momento sería un integrante más de la familia.

El «Coke» Insunza –así le dicen hasta hoy sus cercanos– se puso a trabajar de inmediato a través del teléfono, y tras efectuar algunos contactos lo primero que le pidió a la doctora Rojas fue que tratara de ayudar a Julieta Campusano, senadora e integrante de la Comisión Política, quien en la vivienda donde se ocultaba había hecho una obstrucción aguda de vesícula y corría peligro de muerte. Paz Rojas y el doctor Pedro Castillo la sacaron del lugar y la ingresaron secretamente al hospital José Joaquín Aguirre, donde fue sometida a una cirugía por manos amigas. En los días siguientes fue retirada de allí por otro grupo de colaboradores del Partido.

El siguiente encargo para la doctora Rojas fue que se juntara en la Plaza Ñuñoa con una mujer que mostraría ciertas características a quien debía pedirle que le comunicara a Luis Corvalán que debía redactar la primera declaración del Partido tras el golpe.

Paz Rojas cuenta:

–Me junté con la mujer y le pedí la declaración. A la segunda cita me dijo que me la iban a entregar el sábado siguiente en la Plaza Italia, en un quiosco de diarios. La recogí y se la llevé al «Coke». Luego me dijo que había que sacar a Corvalán del lugar donde estaba, porque no era seguro. Yo tenía varios amigos que me apoyaban y le conseguimos una parcela segura en Pirque, perteneciente a

la familia Cuevas Mackenna. Entonces fui de nuevo a reunirme con la mujer que estaba con don Lucho y le dije que debía entregarme a Corvalán para llevarlo a un lugar más seguro. A la tercera o cuarta reunión ella me dijo que no me lo iba a entregar. Pasaron algunos días y supimos que Corvalán había sido detenido el 27 de septiembre. Dos o tres días antes de su captura llegaron el doctor Hernán Sanhueza y José Zapata para avisarle que sería trasladado a otra casa que había conseguido Fernando Ostornol.

Pasaron dos o tres años y yo estaba en Francia. Visitaba con frecuencia a Hernán Ramírez Necochea y a la Maty, su señora. Un día entro a su departamento y había una mujer sentada a quien le preguntan: ¿Conoces a la doctora Paz Rojas? Y entonces ella me mira y me vuelve a mirar y luego se toma la cabeza con las dos manos y me dice: «Doctora, yo desconfié de usted porque iba un día con el pelo corto y otro con el pelo largo y un día rubia y otro morena… Yo le dije a don Lucho que por ningún motivo se fuera…».

La mujer tan arrepentida era Elizabeth Saintard[26].

1.14. La profesora alemana de ojos azules

Pasaban los días y Jorge Insunza no lograba ubicar a Mireya Baltra, la popular suplementera comunista que había llegado a ser ministra del Trabajo e integrante del Comité Central. Finalmente la encontró y le pidió a la doctora Rojas que la recogiera desde una casa ubicada en la calle Escanilla, entre las avenidas Independencia y Vivaceta, a la altura del hospital José Joaquín Aguirre, en la actual comuna de Independencia. La psiquiatra llegó hasta el lugar en una ambulancia, acompañada por un par de enfermeros. Tocó el timbre y abrió un hombre de mediana edad con cara de preocupación.

–Vengo a buscar a la señora Mireya…

–Acaba de salir corriendo hacia Vivaceta…

–Pero…cómo….

–¿Que no se ha dado cuenta que los milicos vienen allanando casa por casa desde Independencia? ¡Me van a detener….!

–¡Sáquese la camisa, tiéndase en esta camilla y quédese quieto..! –le ordenó la doctora.



Uno de los enfermeros le inyectó una sonda en el brazo y empezó a pasarle suero mientras le colocaban una mascarilla con oxígeno y empezaron a llevarlo hacia la ambulancia. Un soldado intentó detenerlos…

–¡Un infarto grave! ¡Por favor déjenos pasar! –pidió la doctora Rojas. El uniformado no supo qué hacer. Los paramédicos subieron al paciente a la ambulancia y con la sirena ululando abandonaron el lugar.

Casi una semana después el «Coke» volvió a encontrar a la escurridiza dirigente comunista.

–La puedes ir a buscar aquí cerca, en el Almac que está en Américo Vespucio, frente a Isabel La Católica. Te va a esperar a la salida, frente a los estacionamientos –le señaló Insunza a Paz Rojas, a quien sólo la había visto por televisión y no la conocía personalmente.

–Voy en el auto para llevarla a mi casa. Paso frente al Almac, miro, nada. Doblo y veo a una pordiosera con una bolsa con zapatos, unas ramas… Doy la vuelta de nuevo y nada. A la tercera…, paro y abro la puerta. Ella se sube y me dice:

–¡Por la puta, compañera! ¿Cómo cresta no me reconoció…?

–¡Claro…! Con esa pinta de huachuchera con la que anda….

La llevé a mi casa y se le ocurrió disfrazarse de profesora alemana. Ella creía que con esos ojos azules que tiene iba a ser fácil. Con unas amigas le cortamos el pelo y se lo teñimos de rubio, tratando de transformarla. La verdad es que quedó más o menos no más, pero ella estaba feliz.

A mi casa llegaban muchos amigos que se iban yendo al exilio, además de los suecos con los que estaba trabajando y funcionarios de otras embajadas. No podía tener más gente. Yo era muy amiga de la «Bisagra», Laura Gonzáles-Vera Marchant, la mujer de Carmelo Soria, que vivía muy cerca de mi casa. Le pedí que escondieran a la Mireya. Carmelo la instaló en la última pieza de la casa, le llevaban la comida para allá y no la dejaban salir de su cuarto.

La «señora Leonor» –como se hizo llamar la Mireya– me telefoneaba a cada rato al hospital para que fuera a verla. Fui y me pidió bastante desesperada:

–¡Compañera, por favor, sáqueme de aquí!

La llevé entonces a la casa de mi padre –que había muerto en marzo de 1973– donde vivía mi hermano con mi madrastra, por ahí entre Pocuro y Pedro de Valdivia. Estuvo allí como dos meses. Después el Partido Comunista tomó como hábito ese lugar. La embajada de Holanda estaba cerquita y a todos los que llevaban allí para asilarlos, antes pasaban por la casa de mi padre.

Mi madrastra, que era muy católica pero también muy partidaria de Allende, después me decía:

–Oiga, m´hijita… a la Gladys se le quedó la peluca… A Orlando Millas se le quedó el piyama…

–Olvídese, por favor, que estuvieron aquí. No lo ande repitiendo –le insistía yo.

Jorge Insunza, en tanto, percibió que los dirigentes del Partido corrían cada vez mayores riesgos y que había que cambiarlos constantemente de refugios. Ubicó a Orlando Millas en una casa de Villanueva, a una cuadra del liceo Manuel de Salas, e instruyó nuevamente a Paz Rojas:



Orlando Millas

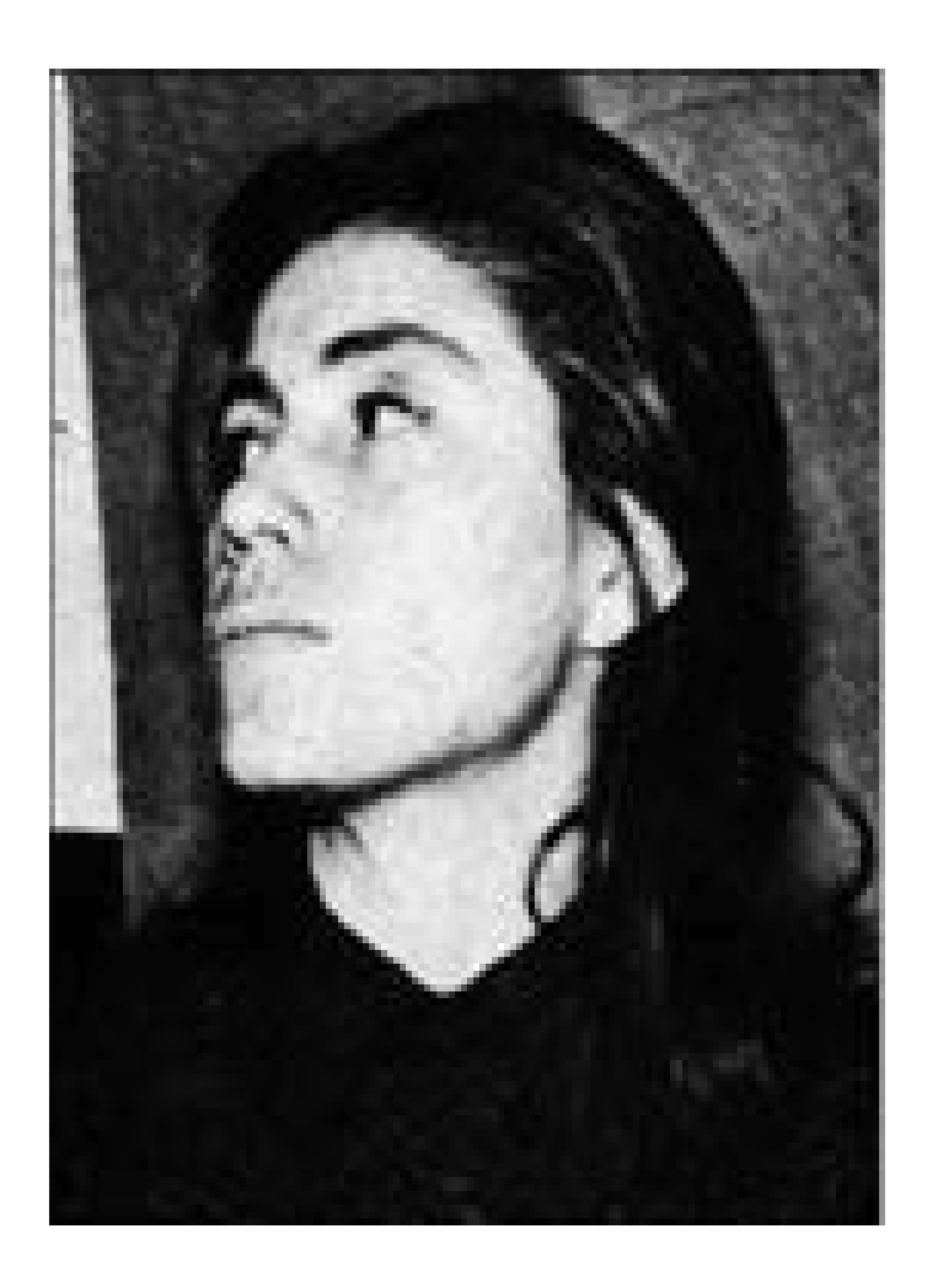
–Tienes que decir que eres la doctora Juana Rojas y que vas a buscar a don Pedro Castro.

Me llevó mi hermano en su auto. Me abrieron la puerta, entré y desde ese instante me empezaron a examinar, a interrogarme y a mirarme raro. Había una o dos mujeres y tres hombres que me preguntaron todo tipo de cosas. Me dijeron que allí no estaba la persona que buscaba. Cuando les anuncié que me iba, me indicaron que quizás podía ser otra persona. No me dejaban irme. Pensé que eran de la DINA, que había caído en una ratonera. Finalmente pude abandonar el lugar. Cuando llegué a mi casa le dije al «Coke» que hasta ahí nomás llegaba…

Abandoné el país en noviembre de 1974. Me buscaba la DINA. Llegué a Suecia y luego me trasladé a París. Mi amiga Quena Horvitz un día me contó que había llegado Orlando Millas y que quería verme en el local del Partido. Fui y estaba Millas, muy correcto como siempre. Se acercó y con un tono muy emotivo me dijo:

–Quiero agradecerle a nombre del Partido todo lo que usted ha hecho por nosotros. También quiero pedirle disculpas por lo que usted vivió aquel día en calle Villanueva, en Ñuñoa.

1.15. La tarea era retomar contactos y proteger a Gladys



Gladys Marín

En 1973, a los 29 años, Juan Carlos Arriagada era el encargado de Organización de las Juventudes Comunistas. Natural de Temuco, creció políticamente en Concepción y en 1965 llegó a ser el secretario regional de las JJ.CC. en la ciudad penquista, cuando reemplazó en esas funciones a Carlos Fuchslocher. En 1970, luego del triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales, fue llamado a Santiago. Llegó en octubre y asumió como el segundo responsable de Organización en la Juventud, inmediatamente detrás de José Weibel, el titular en el cargo. Gladys Marín ya era la secretaria general y la subsecretaría estaba en las manos de Omar Córdova, quien poco después murió en un accidente automovilístico.

El fallecimiento de Córdova obligó a hacer cambios en la dirección de las JJ.CC. Weibel asumió como subsecretario y Jorge Cáceres quedó como encargado de Organización. En 1971, Cáceres fue nombrado encargado de Cuadros y Arriagada pasó a ser el responsable de Organización. La sede de las JJ.CC. estuvo varios años en Avenida Matta, luego un breve tiempo en Marcoleta y, en 1972, ocupó una casona en calle República, donde hoy se yergue un barrio universitario. Arriagada rememora aquellos tiempos:

–La Jota saltó de 20 mil militantes en los sesenta a 80 mil en los comienzos de los setenta. Dictaba la moda entre los jóvenes del pueblo, así como la música. Impuso en Chile la minifalda y los petos entre las muchachas. Tenía su propia revista, que inicialmente dirigió Carlos Berger y donde también trabajaba en esos años la periodista Patricia Politzer. No ha habido otro momento en la historia de este país donde la juventud haya podido vivir más a concho su tiempo y sus sueños.

Llegamos a elegir cinco diputados en marzo del setenta y tres y después de aquel logro nos fuimos varios días a Lonquimay a celebrar lo conseguido. Éramos como 15 los que trabajábamos más cerca de la Gladys. Entre ellos estaban José

Weibel, Carlos Vizcarra, Juan Orellana[27], Jorge Cáceres, Pedro Henríquez, Héctor Trujillo, Carlos Opazo, Sergio Muñoz Riveros, Marco Suzarte, Alejandro Yánez, Leandro Arratia, Raúl Oliva y yo.

«Checho» Weibel hacía la coordinación con la Juventud Socialista. Veníamos trabajando juntos desde hacía tiempo para afianzar el respaldo de masas al gobierno de la Unidad Popular. Con el Tanquetazo decidimos que había que prepararse[28]. Desde mediados de 1973 yo arrendaba una pieza en la casa de una familia que no era del Partido. Allí vivía también Samuel González, un muchacho de la Jota que estudiaba en la Universidad Técnica del Estado, hijo de la Borina Cortés, ex regidora en Antofagasta, que años después llegaría a ser presidente de los pequeños mineros de Copiapó. La casa estaba en la calle Artemio Gutiérrez, al lado de la Plaza Bogotá, muy cerca del barrio Franklin, en lo que hoy es la comuna de San Joaquín.

La Dirección de la Jota nos había ordenado tener habilitadas algunas casas para una semiclandestinidad. En agosto me reuní en la Alameda con Mario Zamorano y hablamos de cinco niveles de seguridad: A, B, C, D y E. En el Comité Central de la Jota teníamos turnos todas las noches. Ante cualquier novedad me llamaban. En las primeras horas de la madrugada del 11 de septiembre me llamó Pancho Díaz, compañero de la Soledad Parada, que trabajaba en la Secretaría Juvenil en La Moneda, y me advirtió de movimientos en algunos cuarteles militares. También me llamó Alejandro Rojas, que me dijo lo mismo. Me trasladé a las tres de la mañana a la sede de República. Había arterias que debíamos cortar con nuestros núcleos de masas.

Todos los miembros del Comité Central tenían un lugar de destino y un pequeño núcleo controlaba las instrucciones, integrado por la Gladys, Weibel, Pedro Henríquez, encargado juvenil de la CUT; Jorge Cáceres y yo. Permanecimos en República hasta más o menos las dos de la tarde. Quemamos todo lo que pudimos.

En el local se estaba velando a Hugo Díaz, hijo del «Ronco» Díaz, que era el más joven en la Dirección de la Jota. Se le había disparado un arma cuando la estaba manipulando. En medio del velorio llegaron los carabineros a allanar y debimos evacuar rápidamente[29].

Cinco partimos hacia San Joaquín, a la primera casa que teníamos prevista. Nos pidieron que nos fuéramos, al igual que en otros dos lugares. Los refugios empezaron a fallar. Llegamos a la casa de Rosita Salinas –hermana de los dos Salinas–, en Última Esperanza. Ella le dio una pastilla tranquilizante a su mamá para que no se diera cuenta. Desde ahí los cinco –la Gladys, Jorge, «Checho», Pedro y yo– conectamos con una población de militares de bajo rango en San Joaquín, muy cerca de la Población Dávila, donde todos quedamos en distintas casas. Me pasaron a mí los carnets y unas medallas que tenía la Gladys. Me pidieron que al otro día fuera a ver si se observaban militares democráticos.

Gladys redactó la primera declaración nuestra. Un muchacho de la Jota que trabajaba en el Hospital Barros Luco la llevó hacia una pequeña imprenta. En ella se llamaba a conformar un Frente Juvenil Antifascista. Lamentablemente no hay copia de ese escrito.

Nuestra tarea principal en esas horas era tomar contacto con los compañeros y resguardar a la Gladys. Salíamos a buscar contactos y volvíamos ahí. En la población mataron a un muchacho cuyo padre era del Partido Nacional. Iban a hacer un funeral y llegaría mucha gente de derecha. Algunos llevaron a la Gladys a la casa de un cojo mientras buscaban un lugar más seguro. Otros empezamos a chequear quiénes habían caído y a montar una red clandestina.

Esa noche la Gladys me llamó por teléfono como a las 2 de la mañana.

–¡Sácame de aquí!–, me dijo muy inquieta.

Habían allanado la vivienda donde estaba allegado el cojo por el soplo de un vecino. El dueño de casa era un funcionario de la Universidad Católica y su compañera era hija de un coronel de la FACH. La Gladys estaba en el segundo piso y se metió debajo de la cama, al lado de una cuna. Los soldados metieron los fusiles, pero no se asomaron. Los dos hombres fueron llevados al Estadio Nacional.

Por ahí por el 17 o 18 de septiembre llevaron a la Gladys a una casa en la calle Los Jazmines, muy cerca de Avenida Grecia, en la comuna de Ñuñoa, que estaba a cargo del «Negro» Pinto. Más tarde la trasladaron a Huechuraba y luego a Las Rejas, en calle Amengual, por Cinco de Abril. El dueño de casa, militante del Partido, era un pequeño empresario de Maipú.

La Gladys iba camuflada, y cuando el compañero la reconoció, se le cayó el alma del cuerpo y pidió que se fuera. Su compañera dijo no, ella se queda, y ahí estuvo varios días.

En octubre logramos restablecer comunicación con el Partido. Acordamos rotar todo. El que estaba en el norte, para el sur, y viceversa. Nadie debía permanecer en sus casas. Surgió también el sistema de mantos, buzones y enlaces[30].

Esa primera etapa fue de repliegue frente a una situación en que no estaba claro cómo se podía actuar. La Jota no tenía la experiencia de los viejos. En ese repliegue y búsqueda de formas para actuar, lo primero era salvar a la gente, irse de las casas, irse los del norte para el sur y viceversa. Hubo compañeros que no tomaron esas decisiones. Y nadie imaginaba la dimensión de la brutalidad de la dictadura[31].

1.16. Las coincidencias que depara el destino



Américo Zorrilla

Américo Zorrilla Rojas, técnico gráfico, sindicalista y ex ministro de Hacienda del presidente Allende, integraba la Comisión Política y era el encargado de Finanzas del Partido. El día del golpe, en la tarde, cerca de una hora antes de que entrara en vigencia el toque de queda, se encontraba en Providencia, encajonado en un atasco vehicular. El Ejército y Carabineros controlaban toda la ciudad e impedían el libre desplazamiento de la gente de un sector a otro.

–Yo tenía una casa prevista para una situación de emergencia en el sector poniente de Santiago, pero me resultaba imposible llegar hasta allí por el bloqueo de los militares. No podía exponerme a un registro porque andaba en un automóvil del Partido y en cuya maleta había una gran cantidad de propaganda. Para complicar las cosas, cerca de las Torres de Tajamar, se pinchó un neumático. Allí aproveché para deshacerme de la propaganda, la que fui metiendo entre las plantas y arbustos de los jardines del lugar.

Me esforzaba por pensar claramente qué hacer, adónde ir a refugiarme. Conocía varias casas en el barrio alto, pero me parecía que no daban ninguna seguridad. En eso me acordé de un viejo amigo artista que pocos días antes del golpe pasó por el local del Comité Central y me dijo: «Compañero, las cosas están mal. Si tiene necesidad, aquí está mi casa». Y me entregó un papel con la dirección.

Me lo dijo un día por la tarde, en un momento en que estábamos abrumados de preocupaciones, de trabajo. No era, creía yo, el momento de andar pensando en casas para ir a refugiarse. Le di las gracias y, por deferencia a él, me eché el papel al bolsillo, para que viera que tomaba en cuenta su ofrecimiento. Había olvidado este hecho por completo, hasta aquel día 11 de septiembre por la tarde. Encontré el papelito arrugado en el bolsillo y al leerlo me di cuenta que estaba a pocas cuadras de esa casa.

Lo que son las curiosas coincidencias que se dan en la vida. En los días de la persecución de González Videla, me fue a ver un viejo compañero para ofrecerme refugio. Tenía una casa en el barrio El Llano y en ese tiempo se la había cedido a su hija y a su yerno, que era precisamente este artista. Aquel fue mi primer domicilio clandestino en ese entonces. Posteriormente, llevamos a Galo González a esa casa y yo me fui a otra parte. Después se fue de allí Galo González y llegó Luis Corvalán. Entonces, por esas cosas extrañas del destino, volví a estar en la casa del artista. Fue la primera donde estuve después del golpe. Por cierto, el dueño de casa no estaba cuando yo llegué, pero él había advertido a su familia de la posibilidad de que yo apareciera por ahí. Me acogieron como alguien a quien se está esperando[32].

Estuve sólo hasta el fin del «toque largo» al día subsiguiente. No era por cierto una casa segura, porque el dueño de casa era un comunista conocido y se suponía que pronto iban a comenzar a buscarlo.

Entonces me fui a la casa que tenía prevista desde antes, pero cuando llegué a aquella casa, me encontré con que era todavía menos segura que la primera. No era posible quedarse ahí. Pero esa misma familia me dio la solución[33].

1.17. Don Víctor en el departamento de La Desideria

El martes 11 Víctor Díaz, subsecretario del Partido Comunista, salió temprano de su casa en calle Miguel Campos, en la población San Joaquín, muy cerca de La Victoria, al sur del centro de Santiago. Lo acompañaba su hijo Víctor, que vestía uniforme escolar. Su esposa Selenisa Caro y sus hijas Victoria y Viviana permanecieron en el hogar.



Ana González, la Desideria.

A primera hora, cerca de las 6 de la mañana, lo había llamado el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, para comunicarle que la Armada estaba ocupando las calles de Valparaíso.

Díaz dejó a su hijo en las cercanías de la vivienda de su cuñada Berenice y se dirigió de inmediato a la sede del Comité Regional Capital, en calle Vergara.

Más tarde, tras haberse constituido la Dirección clandestina donde él asumió como el encargado interior del Partido, partió hacia su lugar de refugio en las inmediaciones del Parque Forestal, a un costado del río Mapocho. Jorge Insunza había conseguido que el «Chino» Díaz fuera acogido por la actriz Ana González, «La Desideria», y su pareja, la arquitecta Luz María «Lute» Sotomayor, en su amplio departamento ubicado en un segundo piso del edificio situado en la calle Miraflores 666.

A la casa del dirigente, en tanto, a las 18:30 llegó uno de los hijos del ex diputado comunista José Díaz Iturrieta, amigo de toda la vida de Víctor y su esposa. El joven trabajaba en la empresa Socoagro y vivía en Vitacura, en el barrio alto de la capital. Selenisa le advirtió al recién llegado los riesgos de quedarse en esa casa, donde en cualquier momento podían aparecer los militares. El padre del muchacho estaba en la sede de Teatinos cuando fue allanada: se lo llevaron al cuartel de Investigaciones y luego al Estadio Nacional.

A esa hora, mientras, en medio del toque de queda, decenas de pobladores vecinos a la casa de los Díaz arrojaban libros, revistas, periódicos, discos, fotografías y afiches comprometedores a las turbias aguas del Zanjón de la Aguada, que serpenteaba por varias de las barriadas más pobres de la ciudad

Los partidarios de la Unidad Popular estaban sumidos en el desconcierto y la confusión, sorprendidos por un golpe militar sin resistencia activa por parte de los uniformados constitucionalistas. El Partido había preparado una respuesta muy diferente. Cualquier iniciativa había perdido sentido, salvo un inmediato repliegue hacia la clandestinidad.

Los trabajadores y estudiantes, concentrados en sus fábricas o en algunos campus universitarios, se habían transformado en un blanco fácil para los insurrectos. Hubo que improvisar medidas de emergencia. Todo lo preparado por los equipos de cuadros de «Rafael Cortez» quedó superado por el peso de los acontecimientos.

Antonio Lobos, 27 años –«Lobito Bueno» para los funcionarios del Partido–, chofer de confianza de Víctor Díaz, había sido enviado la noche anterior a Polpaico en una camioneta para retirar un tambor de gasolina destinado a la sede de Teatinos. Vivía en la población Los Nogales, muy próxima a la Estación Central de ferrocarriles. Allí estuvo escondida en los primeros días la senadora Julieta Campusano.

Su hermano Alberto –«Lobito Malo»–, también chofer del PC, fue asesinado luego de ser detenido por el soplo de otro de los choferes del Partido. Su cadáver fue visto junto a otros en las inmediaciones del Estadio Nacional. Antonio Lobos y su familia se refugiaron en Placilla, una localidad boscosa cercana a Valparaíso[34].

1.18. Un almuerzo en «El Naturista»

Inés Cornejo, integrante de la Comisión Política, decidió abandonar temprano su casa en San Miguel. Los vecinos estaban aterrados y buscó refugio con su familia en la casa de un hermano, donde estuvo cuatro días. Aquella mañana del 11 se dirigió por error al Comité Regional de San Miguel. Llegó Víctor Canteros, y a través de él intentó comunicarse con la Dirección del Partido. Luego partió a la sede de calle Vergara.

En los días siguientes se trasladó a vivir en una casa pareada en Lo Curro. También se juntó con algunas de las compañeras que trabajaban con ella: Germania Obreque y Mónica Araya. Almorzaron en «El Naturista». Pasaron varias semanas antes de ser contactada por «Rafael Cortez» e incorporarse al trabajo clandestino[35].

1.19. La Dirección se reestructura para mantener al Partido

Tras la detención de Luis Corvalán, la Dirección clandestina del Partido se conformó de manera distinta a la convenida a mediados de 1973 y aún más diferente a la acordada en la reunión de la Comisión Política del 11 de septiembre realizada en la sede del Comité Regional Capital. Ello se explica por el violento impacto que provocó la crueldad de la dictadura desde su inicio y la dramática merma de cuadros y organizaciones que le siguió.

También se constató con crudeza que los preparativos para montar el aparato clandestino habían sido precarios e ineficientes. Hacia octubre se percibió claramente la imperiosa necesidad de cambiar las estructuras y redestinar a la mayoría de los dirigentes para mantener en el mayor secreto los distintos niveles de la organización. Luego del obvio recuento de tropas y jefes, cuestión que en los primeros meses se dificultó de modo trágico, se mantuvo en la cúspide de la Dirección sólo una parte de los militantes primitivamente designados y se incorporó una segunda fila en el orden de batalla, quienes asumieron como plenos responsables.

Se optó por constituir una especie de Secretariado de la Dirección, integrado por Víctor Díaz, como secretario; Mario Zamorano, encargado de Propaganda y Conexión Exterior; Uldarico Donaire, en el Frente Sindical, Cuadros y Seguridad; Américo Zorrilla, en Organización; Inés Cornejo, en los frentes Femenino y de Solidaridad;, José Weibel, coordinando los comités regionales; Víctor Canteros, en Finanzas; y Jorge Muñoz, responsable de Relaciones, Universidad, Profesionales y Cultura.

En las semanas y meses que siguieron se produjeron reemplazos y cambios en los frentes de Organización –coordinación de Comités Regionales de Santiago, Norte y Sur–, Finanzas, Cuadros, Juventud, Sindical y Seguridad, que desde entonces se denominó Movilización. De ellos, los dos últimos encargados pronto salieron al exterior: uno a Praga, a la FSM, y el otro a Buenos Aires, como jefe de «Estación», como se denominaba al aparato del PCCh que en Buenos Aires coordinaba la estadía previa a la salida a Europa. Respecto del funcionamiento, se privilegió la relación impersonal, usando enlaces para la mayor parte del intercambio de medios, documentos, opiniones y decisiones. En lo tocante a las reuniones, se asentó el criterio de que no podían participar todos los miembros

del Secretariado al mismo tiempo en ninguna reunión. Se estableció una rotación permanente: si asistían unos, los otros no iban. La misma instrucción bajó a los organismos inferiores.

Simultáneamente, se establecieron las normas de reemplazo para la eventualidad de impedimentos prácticos, caídas o golpes a la integridad, sobre la base de elegir relevos de entre los miembros del Comité Central elegido en el último Congreso y camaradas que habían emergido en el último periodo como probados dirigentes, aptos para el trabajo clandestino.

Así, se dio vida a funciones y entidades partidarias que nunca se concibieron antes en el Partido. Ello ocurrió en la elaboración política, ideológica y de propaganda; en las relaciones internacionales, de alta rotación y corta vida; en la solidaridad, en las relaciones políticas con el resto de los partidos y con las Iglesias, y así sucesivamente. Ese giro en las estructuras partidarias explica por qué se complicaron los testimonios posteriores de distintos dirigentes y militantes sobrevivientes de aquella dura época. No es atribuible a verdades distintas, sino a vivencias distintas en el marco de una muy estricta compartimentación. Los que tenían mayor experiencia como dirigentes reconocieron que las modalidades de la criminal represión y de las normas de la clandestinidad no tenían parangón con las anteriores dictaduras que sufrieron los trabajadores y el Partido Comunista en toda la historia del siglo XX.

Con mayor razón, es comprensible la confusión en los testimonios de los sobrevivientes a las caídas desde el principio de 1976 hasta junio de 1977, y mucho más aún de aquellos que salieron al exilio en los primeros años.

En la dirección de esa compleja pero lógica estructura, el Secretariado se hizo presente en las instancias colectivas sólo a través de uno o dos compañeros; los otros quedaban en las sombras.

Víctor Díaz participó pocas veces en alguna reunión colectiva en la que estuviesen presentes los ejecutores de distintas direcciones orgánicas. En general, se procuró que saliera poco de su lugar de residencia y era asistido por una exclusiva ayudante, Eliana. También se cuidó que Américo Zorrilla se protegiese mejor. Para ambos se buscó una infraestructura de mejor calidad.

Cuando le correspondía participar a Mario Zamorano, no iba Uldarico Donaire. En materia de Finanzas, ámbito de Víctor Canteros, no todo estaba bajo su

responsabilidad y ya se había hecho una división tajante entre la distribución de los fondos escondidos antes del 11 de septiembre y los provenientes del exterior. También se hizo lo mismo en las distintas labores de recolección de medios financieros, una tarea orgánica cotidiana y permanente del Partido, intentando diversificar y no hacer evidente el origen de los fondos. El conocimiento, por ejemplo, del lugar de resguardo de los fondos financieros o de las propiedades del Partido y de la identidad de los propietarios ficticios era responsabilidad de los compañeros Américo y Luis Canales. A su tiempo, se incorporó en esta función Lenin Díaz. De cada operación se enteraba sólo aquel dirigente o colaborador al que le correspondiera la tarea de transferir la propiedad o los haberes, por razones de seguridad. Debían, a veces, ir a retirar a cajas bancarias algunos haberes depositados a nombre de empresarios o comerciantes; otras veces, literalmente, tenían que desenterrar bajo lozas cubiertas por tierra o escondidas bajo parrones añosos, partidas de divisas extranjeras o paquetes de dinero nacional, que iban inmediatamente a resolver angustiosas necesidades de tareas partidarias o a la ayuda de familiares que habían perdido trágicamente a los suyos.

Entre las tareas de los primeros meses estuvo, además, la atención a los miembros de Comité Central desligados de los grupos centrales, que nunca dejaron de trabajar, aislados o relativamente solitarios, y que se propusieron diversos objetivos. Era imprescindible transmitir a ellos los documentos políticos, los medios materiales, la línea y las tareas. Varios de esos miembros del Comité Central formaron, a su vez, grupos de trabajo de diversa índole e importancia para el trabajo partidario postgolpe, por iniciativa propia y porque eran la cabeza natural de sectores de militantes y cuadros que tenían un campo de acción determinado con antelación.

Entre ellos estuvieron al principio Jorge Montes, Jorge Insunza, Waldo Atías, Sergio Ovalle, Fernando Ortiz y otros. Si bien al momento del golpe militar dejaron de ser parte de la restringida dirección clandestina, con los días se probaron como eficientes organizadores. Muchas veces, partiendo de sus relaciones personales o de los compañeros que tenían más a la mano, organizaron equipos, grupos o destacamentos responsables de tareas de enorme importancia.

Jorge Montes, por ejemplo, pronto pasó a ser un insustituible cuadro de organización y enlazó a los Comités Regionales del país hasta su caída a mediados de 1974; Jorge Insunza fue de vital importancia en la elaboración de

los documentos políticos centrales y en las relaciones internacionales e interpartidarias, hasta que, asediado por la represión, se vio obligado a exiliarse; Fernando Ortiz reconstituyó eficazmente el tejido de los organismos universitarios y gremios de la educación; Waldo Atías hizo mucho por reagrupar a los cuadros de la Cultura y de la Propaganda; Sergio Ovalle se destacó formando un muy buen equipo que desarrolló la tan necesaria infraestructura y fue una eficiente ayuda para la solidaridad con los perseguidos y los presos[36].

1 Matías Rivas y Roberto Merino (edits.). ¿Qué hacía yo el 11 de septiembre? Santiago: LOM ediciones, Colección Septiembre, 1997.

2 Hugo Salas Wenzel llegaría a ser director de la Central Nacional de Informaciones, CNI, en la década de los ochenta.

3 Ver: ¿Qué hacía yo el 11 de septiembre? de Matías Rivas y Roberto Merino (edits.), Colección Septiembre. LOM ediciones: Santiago de Chile, 1997.

4 El coronel Koenig había sido apresado por un grupo de oficiales. Se suicidó más tarde en la Fundición Libertad.

5 Los recuerdos de Sergio Ovalle corresponden a una serie de entrevistas realizadas en 2014.

6 Luis Guastavino. Gente en el alma. Crónica de una solidaridad silenciosa. Santiago: Catalonia, septiembre 2005.

7 Semanario El Ciudadano; Santiago de Chile; 23 de enero de 2008.

8 Juan Orellana Catalán fue detenido por primera vez el 11 de septiembre de 1973, en la sede del PC, en Valparaíso, trasladado al Buque Maipo, siendo liberado días despueś. A fines de ese mes sufre su segunda detención, a manos de la Infantería de Marina, permaneciendo detenido en el Buque Lebu. Liberado, se traslada a Santiago y se dedica a la reorganización de su partido hasta el 8 de junio de 1976, cuando cae detenido por el Comando Conjunto, y pasa a ser un Detenido Desaparecido. En encontrado en Cuesta Barriga, en 1993.

9 Entrevista al arquitecto Sótero Apablaza, en Valparaíso, enero de 2013.

10 Montes, Jorge: La luz entre las sombras. Santiago, Chile: Comala Ediciones, 1992.

11 María Eugenia Horvitz es la actual vicedecana de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. En María Elena Acuña y Sonia Montecinos: Anales de la Universidad de Chile: Las huellas de un acecho. Santiago: Tinta Azul /Ed. de la U. de Chile, 2013.

12 Leopoldo Muñoz de la Parra, profesor y educador de Párvulos. En María Elena Acuña y Sonia Sonia Montecinos: Las huellas de un acecho.

13 En Acuña y Montecinos, Ibíd.

14 Entrevista a Patricio Rozas, sociólogo e investigador económico.

15 Esposa de Alfonso Araya, Detenido Desaparecido, el 9 de septiembre de 1976.

16 Entrevistas a Millaray Brito y Mario Benavente en Concepción, octubre de 2013.

17 Mario Valdés Urrutia. «El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Concepción. Las voces de los testigos», en Cuadernos de Historia, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile (diciembre 2012): 159 - 191.

18 Entrevistas a Abelardo Campos, Santiago Concha y Omar Sanhueza; Lota y Coronel; marzo de 2014.

19 El capitán de fragata Arturo Araya Peeters, edecán naval del presidente Salvador Allende, fue asesinado por un comando del grupo derechista Patria y Libertad el 29 de julio de 1973.

20 Entrevista a Samuel Riquelme realizada por Ana María Pino Yáñez, bibliotecaria, historiadora y pedagoga en mayo de 2012; <http://elboletinrojo.blogspot.cl>.

21 Relato que José Cademártori hizo a Jorge Montes. Ver, de este último, La luz entre las sombras.

22 Dado que las relaciones interpersonales abiertas eran un riesgo, se desplegó desde el principio el sistema de transmitir información –documentos, citas o datos– por medio de buzones. Ellos iban desde una simple e insospechada casa a la cual llegaba alguien a dejar el material y otro lo retiraba luego, pasando por lugares más impersonales, como un mesón de almacén de barrio en el cual sólo se dejaba el material previamente empacado para su reconocimiento y otra persona lo retiraba sin tener que identificarse o ser reconocida; muy útiles fueron los quioscos de periódicos o golosinas, donde –por la ventanilla, que muchas veces no permitía mirar a quién se le dejaba el material o quién lo recibía– se depositaba el material sin decir palabra. Otra forma más sofisticada consistía en esconder, pegar con un adhesivo o depositar el material en un lugar lejano de las miradas o escondido o fuera del alcance de un transeúnte normal o de un vigilante, tales como un árbol distante del sendero, un hueco escondido situado en un puente o un muro en las afueras de la ciudad, cosa que exigía previamente dejar una señal de aviso en otro lugar distinto y distante.

La cuestión de los enlaces surgió como necesidad para impedir que los miembros de la dirección debieran salir a la calle y encontrarse con otro dirigente. Es cierto que la primera línea de la dirección clandestina fue elegida por su bajo perfil, pero desde principios de 1974 la contrainteligencia militar, especialmente de la FACH, comenzó a dibujar por descarte quiénes eran los miembros del Comité Central y de la Comisión Política activos. Por otra parte, en forma natural surgió la diferencia entre aquellos que podían o debían vivir con su propia familia y quienes no. Se debe recordar que ninguno de ellos fue detenido o secuestrado desde su propia casa entre 1973 y 1976. Los enlaces fueron escogidos por lo general de entre militantes muy firmes y muy claros políticamente. Muchos de ellos ya eran colaboradores directos del Comité Central y, otros, dirigentes políticos con una clara aptitud para trabajar en los frentes más específicos.

23 Los recuerdos de David Canales corresponden a una serie de entrevistas efectuadas en 2015.

24 Oscar Sepúlveda: Luis Corvalán, ex Secretario General del PC: «Tuvieron asesoría internacional»; revista Cosas, Santiago de Chile, 9 de septiembre de 2013.

25 Luis Corvalán. De lo vivido y lo peleado. Memorias. Santiago: LOM ediciones, 1997.

26 Entrevista con Paz Rojas, psiquiatra y neuróloga, una de las fundadoras del Corporación de Derechos del Pueblo, Codepu.

27 Weibel, Vizcarra y Orellana son detenidos desaparecidos.

28 Weibel también tenía la responsabilidad de la Información y la Inteligencia en las JJ.CC., donde había, además, equipos de autodefensa.

29 Sobre el «Ronco» Díaz, ver Luis Corvalán; De lo vivido y…

30 Los mantos eran las historias ficticias que los militantes comunistas elaboraban para ocultar su verdadera identidad. Los buzones eran lugares donde se dejaban mensajes para otros militantes. Los enlaces eran personas que mantenían los contactos entre dirigentes y/o diversas estructuras del Partido.

31 Los testimonios de Juan Carlos Arriagada corresponden a una serie de entrevistas efectuadas en 2015.

32 Galo González (1894-1958) fue Secretario General del PCCh entre 1949 y 1958.

33 Ver «Don Américo Un Chileno Comunista-Homenaje Póstumo», Santiago de Chile, 4 de noviembre de 1992; s/e.

34 Fernando Villagrán. En el nombre del padre. Historia íntima de una búsqueda. Santiago: Catalonia, 2013.

35 Álvaro Monge Aristegui y José Ángel Cuevas: video «Ningún libro de historia hablará de nosotros». Relatos sobre la clandestinidad comunista. Santiago de Chile, 2004.

36 Serie de entrevistas a David Canales.

Capítulo 2

De los exitosos años sesenta

a la dura clandestinidad

2.1. El Quinto Congreso de las JJ.CC.

En la primavera de 1965 se realizó la Conferencia Nacional de las JJ.CC. y pocos meses después, en el verano de 1966, el Quinto Congreso Nacional de la orgánica. En la Conferencia, constituida por los miembros del Comité Central y los secretarios de los comités regionales de todo el país, se acordó reemplazar al Secretario General, Mario Zamorano, por Gladys Marín. Zamorano asumió en el Partido como Encargado Nacional de Propaganda. También fueron promovidos Jorge Muñoz Poutays, como miembro de la Comisión Nacional de Control y Cuadros; Jorge Insunza, designado en la dirección del diario El Siglo; Elisa Escobar, como integrante de la Comisión Nacional de Organización; e Iván Caro, quien pasó a un trabajo anónimo en la Comisión Militar. Como Subecretario General de las JJ.CC. –un cargo nuevo– fue nombrado Omar Córdoba, joven obrero linotipista de la Imprenta Horizonte, el taller gráfico del Partido, que editaba El Siglo y otras publicaciones de izquierda, donde laboraban unos trecientos trabajadores.

El Congreso se realizó en el Teatro Caupolicán con más de treinta delegaciones invitadas. El balance fue positivo: se había conseguido una gran experiencia en los trabajos voluntarios para la campaña presidencial de 1964 y logrado un significativo aporte en lo cultural, sobre todo en el aspecto musical. Se destacó también el importante desarrollo de la Brigada Ramona Parra, organización a la cual el pintor Roberto Matta le había regalado un nuevo camión, envuelto en cintas tricolores[1].

Carlos Toro trabajaba como ingeniero de Endesa y había sido designado

Secretario General del V Congreso. En la clausura fueron promovidos al Partido el propio Toro y Rodolfo Vivanco, antiguos miembros del Comité Central de las JJ.CC. Vivanco era un líder juvenil, alegre y fraternal. Había sido candidato a regidor por Conchalí en 1963, donde, con dos amigos que poseían un kiosco de diarios, formaron un conjunto llamado Los Compadres Paleteados, que actuaba en un escenario móvil montado en un carretón tirado por un caballo.

En el V Congreso de las JJ.CC. muchos se opusieron a la promoción de Vivanco al Partido, entre ellos el abogado y periodista Carlos Berger; no consideraban conveniente que la Juventud fuera privada de un cuadro de tal envergadura. Vivanco pasó a trabajar en el Comité Regional Oeste de Santiago, recién organizado, cuyo secretario era Jorge Muñoz y donde Jacinto Nazal, ex miembro de la Comisión Ejecutiva del Comité Central de las JJ.CC., era el encargado de Organización. Vivanco asumió como encargado de Finanzas. Hizo un muy buen trabajo creando instancias orgánicas entre los allegados y fundando, entre otras, las poblaciones Herminda de La Victoria, en la actual comuna de Cerro Navia, y Huamachuco, en Renca[2].

Vivanco mantuvo una destacada actividad política tras el golpe. Era el secretario regional en Antofagasta. Más tarde se trasladó a Santiago, donde trabajó en la reorganización del Partido. El año 1983 viajó a Moscú como miembro de la dirección interior. Se le detectó un cáncer a la garganta muy avanzado. Murió cuando era visitado por Luis Corvalán.

En el XIII Congreso del Partido, en tanto, realizado en octubre de 1965, los comunistas agudizaron sus críticas al Partido Demócrata Cristiano y al gobierno de Eduardo Frei Montalva, al que culparon de querer mantener el capitalismo en el país, aunque con medios distintos a los de la derecha. Reiteraron que Frei no lograría sacar a Chile de su crisis y que el PDC poseía una composición pluriclasista, que era la fuente real de sus contradicciones internas.

El Partido planteó que en ese momento la clave era la lucha de masas en pos de las reivindicaciones del pueblo y que había que trabajar con todos los sectores políticos dispuestos a rescatarlo de la influencia burguesa. El gran desafío consistía en aislar a los enemigos principales –el imperialismo y la oligarquía–, para conquistar un futuro gobierno popular antiimperialista y antioligárquico, las bases de lo que sería la Unidad Popular.

2.2. La estructura más secreta de la orgánica

En 1966, Rafael Cortez le pidió a Carlos Toro que se fuera para su casa y cortara todos los vínculos con las JJ.CC. y con el Partido. Debía transformarse en un hombre invisible. Toro vivía en el pasaje Albión, cerca de Rancagua y Vicuña Mackenna, donde actualmente existe una torre del complejo San Borja.

En esos días murieron el Subsecretario General del Partido, José González, y el miembro del Comité Central y dirigente del Magisterio, Jorge Ramírez, en un accidente de aviación en Eslovaquia. González era el encargado del trabajo militar y había propuesto a Vivanco para que asumiera esa tarea. Fue reemplazado por Oscar Astudillo en la Subsecretaría del Partido, un obrero que se había iniciado en El Teniente y llegó a ser presidente de la Federación Nacional de Trabajadores de la Construcción[3].

Carlos Toro se mantuvo en su casa durante cuatro meses. Inquieto por la demora fue a hablar con Mario Zamorano a su domicilio en calle Estrella Solitaria esquina Diagonal Oriente, en Ñuñoa. Zamorano le pidió tranquilidad. Una semana después llegaron a visitarlo Rafael Cortez junto a Oscar Riquelme, a quien no veía desde 1960, cuando Toro era secretario de Organización del Comité Regional Santiago de las JJ.CC. y Riquelme se desempeñaba como secretario del Comité Regional Sur del Partido.



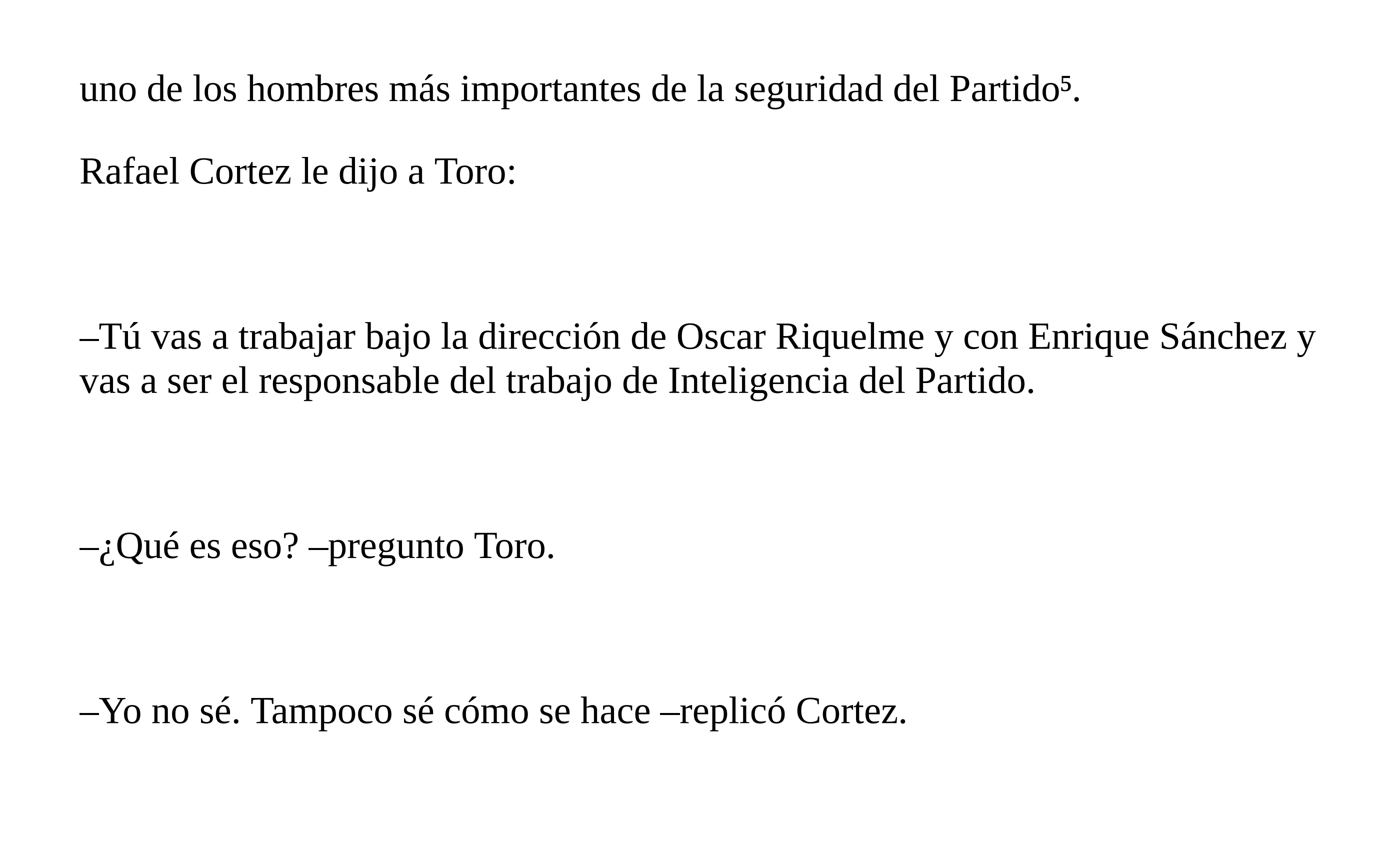
Oscar Riquelme, su madre y su esposa

Riquelme había sido detenido y fuertemente torturado durante la dictadura de Gabriel González Videla, flagelaciones que le provocaron una grave lesión en la columna vertebral. Lo procesaron y relegaron a Máfil –cerca de Valdivia–, donde unos obreros camineros lo ayudaron a salir de allí rumbo a Santiago. El Partido lo envió a Moscú y allí estuvo hospitalizado más de un año en la década del cincuenta. Al término del tratamiento quedó en condiciones de hacer una vida prácticamente normal. Volvió en 1958.

Era huérfano y había trabajado a fines de los treinta en un molino cerca de la estación ferroviaria de Concepción. Entre los 17 y los 18 años empezó a frecuentar un prostíbulo donde las muchachas lo acogieron cariñosamente. Aprendió a tocar el piano y se hizo músico oficial del burdel. El presidente del Sindicato de Molineros le pasó un día un folleto de Lenin y lo llamó al orden. Riquelme hizo caso. Entró a la Jota y pronto llegó a ser el secretario regional en Concepción. Luego se trasladó a Santiago, poco después del resbalón de Luis Hernández Parker, el Secretario General de la Juventud que habría entregado en Buenos Aires los nombres de los asistentes al Congreso de la Internacional Juvenil Comunista. Hernández Parker fue expulsado del Partido y reemplazado por Ricardo Fonseca, joven profesor, integrante del Comité Central y secretario del Comité Regional de la Jota en Santiago[4]. Fonseca trajo a Riquelme a trabajar con él a la capital y lo formó como dirigente.

En 1958 se produjo la división de la estructura partidaria de Santiago en dos comités regionales. Riquelme pasó a ser secretario del Regional Sur, que comprendía desde lo que hoy es calle Isabel Riquelme, la llamada Costanera de los Pobres, hacia todas las comunas del sector sur de la capital. Desde ese cargo, de pronto desapareció.

Ese invierno de 1966 Riquelme –más conocido como «El Viejo Alfredo»– reapareció en la casa de Toro acompañado de Enrique Sánchez Cornejo, un telegrafista, dirigente sindical de Correos y Telégrafos, exonerado y relegado a Pisagua durante el régimen de González Videla. Más tarde fue reincorporado a la empresa estatal y ahora vivía de su jubilación. Sánchez, muy secretamente, era



uno de los hombres más importantes de la seguridad del Partido[5].

Rafael Cortez le dijo a Toro:

–Tú vas a trabajar bajo la dirección de Oscar Riquelme y con Enrique Sánchez y vas a ser el responsable del trabajo de Inteligencia del Partido.

–¿Qué es eso? –pregunto Toro.

–Yo no sé. Tampoco sé cómo se hace –replicó Cortez.



Los visitantes le dejaron a Toro un libro biográfico de Richard Sorge, el agente de la inteligencia soviética infiltrado como periodista en Japón que proporcionó vital información para la resistencia soviética a la invasión alemana en la Segunda Guerra Mundial, más tarde descubierto, juzgado y condenado a muerte en el país asiático.

A los pocos días llegó de la URSS Mundo Chacón, quien había realizado un curso de Inteligencia y cuyas bases se las entregó a Toro y Sánchez en sucesivas sesiones[6]. Toro le propuso a Cortez la incorporación de dos miembros del Comité Central de la Jota: Daniel Escobar y Ricardo Ramírez. Entre los cuatro –Sánchez, Toro, Escobar y Ramírez– empezaron a formar un aparato de Seguridad más vasto y con diversas proyecciones. Tres de ellos –Escobar, Sánchez y Ramírez– son detenidos desaparecidos.

A mediados de 1966 los convocados empezaron a organizar el trabajo del denominado Equipo de Informaciones del Partido, al frente del cual estaba Carlos Toro. Dependían de la Comisión Militar, encabezada por Oscar Riquelme y en la que también participaban Horacio Cepeda («Carlos»), hoy detenido desaparecido; Luis Humberto Moya («Peralta»), hasta hace algunos años gerente del semanario El Siglo; Iván Caro, encargado de Comunicaciones, actualmente dirigente del Partido en Cautín (Caro era obrero, estudió electrónica y construyó equipos de radio para mantener un enlace permanente entre Santiago, Valparaíso, Concepción, Temuco y Antofagasta). También formaban parte de la Comisión Alfredo Tapia («Félix») y Humberto Castro Hurtado («Camarada Díaz» o «Chino»), quien fue asesinado por el Comando Conjunto en septiembre de 1975[7].

Partieron buscando información en las esferas de gobierno, entre los partidos políticos, en las Fuerzas Armadas, en Carabineros e Investigaciones. En el ámbito económico se preocupaban de las cúpulas empresariales, de la Sociedad de Fomento Fabril, de la Confederación de la Producción y el Comercio, de la Cámara de la Construcción, de la Sociedad Nacional de Agricultura, de la Cámara de Comercio y de los propietarios de los bancos, entre otras. También

seguían de cerca las actividades de los diversos credos religiosos, de los clubes sociales más reputados, de la prensa, de las radios y de algunas embajadas. La mayoría de los datos los obtenían de fuentes abiertas.

Al iniciarse la primavera de 1966 apareció un secreto colaborador que les fue de mucha ayuda. Un día llegó a la redacción del diario El Siglo, por correo ordinario, un sobre que contenía las fichas de los miembros de la Policía Política de Investigaciones, la temida PP. El autor, en un escueto mensaje, preguntaba si la información les era útil, y si así fuese, publicaran en El Siglo un aviso económico ofreciendo muebles. En las semanas y meses siguientes se hizo frecuente la llegada de nuevas cartas con las fichas personales, las hojas de vida y las fotografías de los integrantes de la Policía de Investigaciones. Esa información fue de mucha utilidad cuando la Unidad Popular se hizo cargo de ese servicio en 1970[8].

Otro desinteresado contribuyente fue un cabo de Ejército que trabajaba como camarero en el Club Militar. Aquel hombre escuchaba atentamente las conversaciones de la oficialidad y las comunicaba a los integrantes de la Comisión Militar del Partido. Le denominaron «El Cocina» y sus aportes –como la preparación del levantamiento del Regimiento Tacna en 1969– fueron de la máxima importancia. Otro que aportó información relevante fue un sargento del Servicio de Inteligencia Militar, SIM, quien era hermano de José Weibel, dirigente de la Jota.

La información era enviada a Rafael Cortez a través de su enlace, Carmen Vivanco, quien vivía en la calle Diez de Julio y recibía la información a cualquier hora de la madrugada. Ella la hacía llegar en la mañana siguiente a la Comisión Política[9].

En el ámbito financiero ayudó mucho un joven ingeniero egresado de la Universidad Santa María, Gerardo Weisner, quien por sus relaciones familiares disponía de infinidad de vínculos sociales. Él formó un equipo de informantes que recogían valiosos antecedentes sobre la actitud política de las cúpulas empresariales. Tras el golpe salió hacia Moscú y cumplió un importante papel en el apoyo a la lucha contra la dictadura. Era piloto aéreo y murió en un accidente de aviación[10].

En Concepción también se creó un equipo de inteligencia a cargo del ingeniero Eduardo Mayer, que trabajaba en la Petroquímica. Sus despachos permitían

seguir de cerca el estado de ánimo en la base naval de Talcahuano. También se contaba con un estudiante de Derecho de la Universidad de Concepción que se infiltró en el MIR.

A comienzos de 1968 Américo Zorrilla llegó a la casa de Carlos Toro –en calle Eduardo Haitt, un callejón paralelo a Seminario, a la altura del 700– y le dijo que el Partido lo ponía a cargo de mantener las relaciones con la KGB, que para ello entraría en contacto con un compañero de la embajada soviética y que debería ser muy discreto. Pocos días después llegó un papelito de Rafael Cortez donde le pedía a Toro que acudiera a las 20 horas de un día determinado a una casa en La Reina. El dueño de casa estaría regando y Toro debía esperar hasta las 20:20 en punto, momento en que llegaría el soviético. Así lo hizo y conversó con su nuevo contacto, estableciendo un sistema de relaciones entre el equipo de informaciones del PCCh y la inteligencia externa soviética.

El oficial de la KGB cumplía labores en la agregaduría cultural de la embajada de la URSS en Santiago. Se hacía llamar «Vladimir» y se reunía esporádicamente en las noches con Toro. Paseaban conversando unas dos horas por diversas calles del barrio alto. En octubre de 1968 Toro viajó a Moscú para instruirse en inteligencia en las unidades respectivas del Ejército soviético. Vladimir le entregó la visa para que entrara al país socialista.

En 1969 se realizó en Santiago el XIV Congreso Nacional del Partido Comunista bajo la consigna «Unidad Popular para un gobierno popular». Ningún miembro de la Comisión Militar ni de sus diferentes grupos asistió a las reuniones[11].

2.3.- El XIV Congreso del Partido Comunista


COMITE CENTRAL

Reunión del Comité Central del Partido Comunista en 1968

El XIV Congreso del Partido, denominado «Unidad Popular para un gobierno popular», efectuado en noviembre de 1969, constató el fracaso de lo que los comunistas llamaban «el reformismo demócrata cristiano» y sentó las bases para la conquista del poder por parte del movimiento popular para hacer las transformaciones requeridas por el país. El Congreso indicó que la clave era conseguir la unidad del pueblo alrededor de la clase obrera, y el Partido buscaba crear un frente patriótico aún más extenso que el Frente de Acción Popular, FRAP, logrado en 1964. Como resultado de ello, en 1969 quedó conformada la Unidad Popular, UP, con la participación de comunistas, socialistas, radicales, socia-demócratas, la Acción Popular Independiente, API, y el Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU. Cada colectividad puso a disposición un candidato presidencial propio para lograr un consenso que condujera a una sola postulación para La Moneda. El Partido levantó la candidatura del poeta Pablo Neruda.

En el XIV Congreso también fue elegido el nuevo Comité Central, quedando integrado por: Luis Corvalán Lepe, Óscar Astudillo, Víctor Díaz, Américo Zorrilla, Volodia Teitelboim, Mario Zamorano Donoso, Orlando Millas, Manuel Cantero, José Oyarce, Jorge Insunza, Julieta Campusano, Jorge Montes, Gladys Marín, José Cademártori, Pablo Neruda, Enrique Rivera, Rodrigo Rojas, Jacinto Nazal, Omar Córdova, Carlos Contreras Labarca, Bernardo Araya Zuleta, César Godoy Urrutia, Jorge Rodríguez, Gaspar Díaz, Pascual Barraza, Jorge Godoy, David Miranda, Carlos Jorquera, Jorge Muñoz, Fernando Ortiz, Luis Figueroa, Enrique París, María González, Juan Pérez, Víctor Contreras Tapia, Víctor Galleguillos, César Cerda, Silvia Soto, Luis Barría, Enrique Avendaño, Vladimir Chávez, Lucía Chacón, Raúl Sánchez, José Beltrán, Marta Ugarte, Clara Velarde, Julio Campos, Luis Guastavino, Alejandro Toro, Luis H. Orellana, Mario Benavente, Mireya Baltra, Sergio Araya, Ema Gómez, Eliana Ahumada, José Villamán, Waldo Atías, Sergio Ovalle, Rosendo Huenumán, Mario Díaz, Héctor Corvalán, Pedro Muñoz, Fernando Navarro, Isidoro Carrillo, Norma Hidalgo, Carmen Pascual, Marcos Medina, Osvaldo Tello, Carlos Cerda, Nicolás López, Claudio Alemany Rojas, José Salomón Silva, Orlando Moraga, Alejandro Yáñez y Manuel Almendra.



Reunión del Partido Comunista en 1972.

Los miembros suplentes elegidos fueron: Juan Campos, Alberto Molina, Hugo Robles, Juan López, Jorge Texier, Julio Campos, Julio Alegría, Rosa Vargas, Carlos Andrade, Sonia Rossen, Luis Godoy, Víctor Canteros, Jaime Donato, Gabriel Banchero Solari y Osvaldo Ponce.

El nuevo Comité Central designó como Secretario General a Luis Corvalán y como subsecretario a Oscar Astudillo. La Comisión Política, en tanto, quedó integrada por Luis Corvalán, Oscar Astudillo, Víctor Díaz, Orlando Millas, José Oyarce, Gladys Marín, Mario Zamorano, Manuel Cantero, Rodrigo Rojas, Carlos Jorquera, Volodia Teitelboim, Jorge Insunza, Bernardo Araya, Julieta Campusano, José Cardemártori y Américo Zorrilla[12].

Luis Corvalán informó al Congreso que el Partido estaba conformado en 1969 por 3.618 células y que en los últimos cuatro años habían ingresado más de 12 mil nuevos militantes. Agregó que el 66,6 % del total de militantes del Partido eran obreros, 7,7 % campesinos y 20 % artesanos, pequeños comerciantes e industriales, empleados, intelectuales y profesionales. Había 660 militantes que llevaban más de 40 años en el Partido, 2.783 con más de 30 años y 5.388 con más de 20. Todos ellos habían luchado en los duros períodos de clandestinidad sufridos en las últimas décadas. Corvalán se preció de que el 29,4 % de la militancia correspondía a mujeres y que había ciertas instancias –como el Comité Regional Norte de Santiago y el Comité Local de Barrancas– donde las mujeres eran la mitad de los integrantes del Partido.

Durante el Congreso se hicieron algunos ajustes a los Estatutos del Partido, definidos como «la ley que rige la vida interna». Según estos, la organización base del Partido era la célula, de industria o de barrio. Cuando la célula superaba los 20 militantes debía crearse una nueva. Un grupo de células conformaba un Comité Local; varios comités locales constituían un Comité Regional; y la suma de los comités regionales daba vida al Partido, dirigido por un Comité Central, que era elegido en un Congreso Nacional cada cuatro años.

El Comité Central, de 75 miembros, elegía, a su vez, al Secretario General y al Subsecretario General del Partido, a la Comisión Política, al Secretariado y a los

encargados de las comisiones nacionales. El Secretariado equivalía a la directiva pública y estaba integrado por un presidente –el Secretario General–, un vicepresidente –el Subsecretario General–, un secretario –el Encargado Nacional de Organización–, un secretario subrogante –el Encargado Nacional Sindical– y el tesorero –el Encargado Nacional de Finanzas–. Para integrar la Comisión Política o dirigir cualquier publicación central del Partido, había que tener a lo menos siete años de militancia. Para integrar la Comisión Nacional de Control y Cuadros, que entre otros deberes estaba encargada de la promoción de los militantes, se debían tener a los menos diez años de militancia[13].

2.4. Un cuadro de inteligencia formado en la RDA

Cuando David Canales ingresó a la universidad, estuvo el primer año en Sicología y después se cambió al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, a la carrera de Filosofía. Se cautivó con el trabajo político universitario y con las discusiones abiertas y sin límites. Aprovechó todas las oportunidades que tuvo para estudiar marxismo. No recuerda la fecha, pero por ahí por 1966 el Partido lo envió a estudiar a la Escuela de Cuadros de la Juventud, en la RDA. Recuerda:

–Iba por un año, pero los alemanes me dejaron por un periodo más largo porque querían establecer una relación más sólida con los latinoamericanos, especialmente con los partidos que tenían una presencia internacional más fuerte. La vieja Internacional Comunista no tuvo en todo un desarrollo óptimo. Antes campeaba la idea de que la revolución debía ser similar a la rusa. El Partido Comunista chileno se distinguió por tener desde el comienzo, aunque con altos y bajos, una política más independiente e hizo un camino distinto al de la mayoría de los partidos comunistas del mundo.

Cuando asumió Corvalán –para mencionar un hito–, el Partido tenía una política claramente nacional, sobre todo en la caracterización de la revolución, del papel

del Partido, de la dictadura del proletariado y de las alianzas. Obviamente, era un modelo distinto también a la Revolución Cubana y despertaba un interés especial en el movimiento revolucionario y obrero del mundo. Los camaradas de la RDA respetaban mucho la línea del PC chileno.

A mi delegación de estudiantes nos fue bien, cumplimos un buen papel. Éramos seis: Juan Orellana, Carmen Pascual, Jaime Godoy, Quiterio Santander y Humberto Arcos. Yo venía de la universidad, los otros eran empleados, obreros o venían del campo o de la pampa; alguno con segunda preparatoria, algo chuzos para estudiar. Logramos, con enorme esfuerzo, el mejor puntaje entre todas las delegaciones, además de jugar un muy buen papel político.

A la mitad del curso yo sabía un poco más de alemán y empecé a traducirles. En segundo año tuve un plan especial con dos ramos, Socialismo Científico y Filosofía, además de un persistente profesor de Economía que me obligó a terminar El Capital y leer muchas otras obras que son la base del socialismo científico. En ese segundo año me tocó hasta traducir para clases y conferencias. Fue un sufrimiento extra. Con los días, aprendí que toda la ciencia radicaba en conocer la materia con anticipación, lo que obligaba a destinar más horas a la teoría.

Al tercer año me mandaron como profesor auxiliar de Filosofía a la escuela del Partido Comunista alemán, pero se vino el año 68 como un torbellino y el Partido acá estaba pensando ya en las elecciones, y nos ordenó que nos pusiéramos a trabajar por lo que iba a ser el gobierno popular. Regresé a Chile en octubre del 68, después de los acontecimientos de Checoslovaquia.

Cuando volví supe que me habían elegido miembro del Comité Central de la Jota y me designaron secretario de la Dirección de Estudiantes Comunistas, DEC, e Comité Regional de la Universidad de la Chile, donde había variados problemas como resultado del gran crecimiento de sus filas y por la gravitación del movimiento estudiantil en la política nacional.

La Jota de mi universidad saltó de 450 a 3.000 militantes y había que ordenar eso, organizarlo bien, disputando la hegemonía del movimiento a la Juventud Demócrata Cristiana, JDC. Entre los dirigentes universitarios comunistas estaban Carlos Cerda, Raúl Oliva, Nibaldo Mena, Sergio Muñoz Riveros, Augusto Samaniego, Sergio Cochín Muñoz y muchos otros. Hasta 1968, fecha en que se había impuesto definitivamente la Reforma Universitaria, los comunistas teníamos sólo dos representantes ante el Senado Universitario: Gandázegui y Cipagauta; y luego compañeros de mayor figuración en sus facultades, como Manuel Riesco, Samaniego, Jaime Insunza y Orel Viciani. Poco después ganamos la FECH, con Alejandro Rojas, y el Pedagógico. Otras facultades y escuelas fueron baluarte de la Jota, lo que constituyó un gran aporte a las fuerzas que hicieron posible el gobierno de Allende.

Teníamos, además, una fuerte Comisión Nacional Universitaria, donde figuraban Ernesto Ottone, Alejandro Yáñez, Sergio Muñoz, entre otros, que coordinaba las diversas universidades y fue artífice de la Reforma y de la nueva política de la educación superior.

Antes de la elección de Allende hubo cambios en la dirección de la Jota, y en ese reordenamiento yo ingresé al Secretariado del Comité Central de la Jota y estuve ahí en funciones internas que iban desde Finanzas a Cuadros, hasta que pasé al Partido. Yo había sido miembro de la Comisión de Cuadros con Rosendo Rojas, Carlos Toro y Hugo Fazio, desde el 63, más o menos, y fui siempre una especie de comodín allí. Cuando uno se mete en lo interno se especializa y haces yunta con Organización y Finanzas, en los asuntos más delicados. En los frentes internos tuve mayor continuidad.

Los viejos de la dirección se fijaron en mí y desde el 69 empezaron a pololearme para el aparato de Seguridad del Partido, pero mi paso definitivo fue el 70.

Ya entre los viejos, me llamó del Secretariado Mario Zamorano y me dijo:

–Mire, queremos que trabaje con los compañeros de la Seguridad, pero para que no entre tan catrutrito es preferible que vaya a un curso primero[14].

Así partí a un nuevo curso a la RDA, en un grupo que encabezó Daniel Escobar. También viajaron Malaquías Delgadillo, del Regional Norte; Eduardo Valenzuela, de la Universidad de Chile; y José Flores Garrido, «El Juaco», que venía de Ciencias Políticas de la Chile y estaba en Autodefensa. Nos veíamos como una delegación bastante equilibrada. Estuvimos no menos de cinco meses en este curso. La formación fue de gran calidad teórica y práctica, y los resultados fueron buenos[15].

2.5. Suena el teléfono en la noche del triunfo

Los distintos equipos de la Comisión Militar del Partido se reunieron en casas de seguridad a las seis de la mañana del 4 de septiembre de 1970. El grupo de inteligencia que dirigía Carlos Toro se instaló en un departamento ubicado en un segundo piso de una casona en la tercera o cuarta cuadra de la calle Ejército, a escasas cuadras del Palacio de La Moneda. Más tarde ahí se encontraron Daniel Escobar, Ricardo Ramírez, Enrique Sánchez y el propio Toro. Cada uno de ellos consultaba por teléfono a los compañeros que trabajaban bajo su dirección. Mantenían un enlace con el equipo propiamente militar que encabezaba Oscar Riquelme, ubicado en otro lugar de Santiago,

La Comisión Militar se había encontrado a fines de julio con Rafael Cortez, Luis Corvalán y Oscar Astudillo para examinar la posibilidad de que el día de las elecciones se produjera un fraude electoral o se desconociera el triunfo de Salvador Allende. Pocas semanas antes había llegado a la casa de Toro el Subsecretario General de la Jota, José Weibel, y le contó que un joven comunista que trabajaba como junior en la empresa de publicidad Andalién le había

informado que desde ese lugar se dirigía la campaña de amedrentamiento sicológico de la población para impedir el triunfo de Allende. En el departamento en que funcionaba dicha empresa estaba toda la documentación con las indicaciones de la CIA para realizar dicha campaña, e incluso había documentos donde se comprobaban los orígenes de los recursos económicos.

Toro y Weibel decidieron que un grupo de ocho militantes de la Jota, actuando como delincuentes comunes, asaltaran el departamento donde funcionaba Andalién. Se produjo el asalto. Todos los empleados fueron reducidos y maniatados, incluso el junior. Se retiraron los documentos comprometedores.

Tres días después el diario Puro Chile, dirigido por José Gómez López, padre del actual ministro de Justicia, José Antonio Gómez, publicó todos los antecedentes que comprometían a Andalién. Estalló un escándalo político mayúsculo. En la Cámara de Diputados los parlamentarios partidarios de las candidaturas de Allende y Radomiro Tomic formaron una Comisión Investigadora, la que corroboró y condenó la injerencia estadounidense en la vida política chilena. La campaña del terror perdió entonces su impacto y eficacia.

En la reunión para prevenir un posible fraude el 4 de septiembre, los dirigentes comunistas programaron una eventual paralización del país –convocada por la CUT– para defender la victoria en las urnas. Se resolvió también que los equipos de Autodefensa –a cargo de Luis Humberto Moya– ayudarían a las poblaciones obreras a paralizar la locomoción colectiva particular y el transporte de pasajeros.

Los llamados Grupos Chicos, piquetes de siete u ocho militantes preparados para hacer sabotajes y manejar armamento liviano, tendrían a su cargo la destrucción de algunas torres de las líneas de transmisión de energía eléctrica. Los jefes de estas unidades se venían formando desde 1963. Pasaban seis meses en cursos de entrenamiento militar combativo en la URSS. Charlas y clases en una «dasha» durante seis meses y luego práctica en terreno en los campos de Crimea. A mediados de 1970 los jefes disponibles eran cerca de un centenar.

A fines de julio, Oscar Riquelme, Carlos Toro y Horacio Cepeda exploraron las líneas de transmisión de energía eléctrica. Subieron cerros, bajaron valles y vieron dónde y cuáles serían las torres apropiadas para derribar.

Los preparativos del Partido no fueron necesarios. El 4 de septiembre, cerca de

las 23 horas, el abogado demócrata cristiano Jorge Donoso llamó por teléfono a Rafael Tarud, jefe de la campaña de Allende, y le avisó que se estaba preparando un fraude para impedir la victoria en las urnas del médico socialista. Habían llegado tanques a la Plaza Bulnes y el general Camilo Valenzuela, jefe de la plaza, se negaba a autorizar un mitin de celebración. Donoso apremió a Tarud para que Allende se declarara vencedor. Pocos minutos después el abanderado de la Unidad Popular salió a los balcones de la FECH, en Alameda con Carmen, y comunicó su triunfo a los miles de partidarios que allí estaban congregados[16].

2.6. Cada cual en su puesto de combate

La primera semana de junio de 1973 se reunieron en algún lugar de Santiago varios oficiales del Regimiento de Blindados Nº 2, ubicado en la calle Santa Rosa, a escasas cuadras La Moneda, con varios integrantes de la dirección del Frente Nacionalista Patria y Libertad, FNPL. Sus intenciones eran planificar los detalles del levantamiento de esa unidad militar contra el gobierno del presidente Allende y pactar el apoyo que le brindarían los civiles que dirigía el abogado Pablo Rodríguez Grez.

En la mañana del miércoles 27 de junio, el general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército, protagonizó un incidente en la avenida Costanera cuando creyó que iba a ser víctima de un atentado, y al reaccionar amenazó con su revólver a una mujer, identificada como Alejandrina Cox Palma, que al volante de un vehículo lo había insultado. Prats se dirigió a La Moneda y presentó su renuncia ante el presidente Salvador Allende. Luego se reunió con el consejo de generales, donde recibió claras muestras de apoyo y solidaridad.

El viernes 29, el Secretario General de la Comandancia en Jefe, coronel Rigoberto Rubio, informó muy temprano a Prats sobre la sublevación de la unidad blindada. Los tanques estaban amagando La Moneda y el Ministerio de Defensa. Prats le ordenó que se mantuviera en contacto con el jefe del Estado Mayor, el general Augusto Pinochet, y con otros altos oficiales del estado mayor del Ejército, y salió rápido hacia la Escuela Militar, donde se reunió con el comandante de Institutos Militares, el general Guillermo Pickering, y con el director de la Escuela Militar, el coronel Nilo Floody.

Los planes fueron inmediatos: el Regimiento Tacna ocuparía el Blindados para impedir el abastecimiento de los tanques; unidades de artillería saldrían hacia el regimiento Libertadores y la Escuela de Suboficiales avanzaría hacia La Moneda desde el sur.

Pocas horas después, la sublevación fue controlada. Los máximos dirigentes de Patria y Libertad –Pablo Rodríguez, Benjamín Matte, John Shaeffer, Juan Eduardo Hurtado y Manuel Fuentes Welding– se asilaron en la embajada de Ecuador junto a otros dos militantes, Fernando Moro y José Manuel Ruiz, que horas después saldrían de la sede diplomática con instrucciones para la militancia. Otros dos conjurados, Patricio Jarpa y Patricio Souper, se asilaron en las embajadas de Colombia y Paraguay, respectivamente.

Una semana después, los comunistas se reunieron en el Teatro Caupolicán para escuchar al Secretario General Luis Corvalán:

Hace apenas ocho días el país fue conmovido por un intento de golpe de Estado... El motín fue rápidamente conjurado gracias a la acción decidida y oportuna de la Comandancia en Jefe del Ejército, a la lealtad de las Fuerzas Armadas, de Carabineros e Investigaciones, y el hecho de que la clase obrera, apenas supo la noticia, se atrincheró en las industrias dispuestas a tomar parte en el combate si la situación lo hubiese requerido. Las voces de la Central Única de Trabajadores y del presidente de la República pusieron en guardia a todo el pueblo.

La derrota de los amotinados es una gran victoria del pueblo, un triunfo de Chile. Pero el peligro no está totalmente conjurado ni mucho menos, porque la referida asonada sólo fue una manifestación de una política que sigue fríamente la derecha sediciosa. Por eso, el Partido Comunista llama a permanecer alerta, a dormir con un ojo, a no adormecerse en los laureles de aquella victoria.

Siempre hemos sostenido –lo reiteramos hoy a pesar de los sucesos recientes– que en las condiciones de Chile existe la posibilidad real de llevar a cabo la revolución antiimperialista y antioligárquica, y de marchar al socialismo sin

guerra civil, aunque, naturalmente, en medio de una intensa lucha de clases.

La paz social es imposible. No tiene cabida la tregua con El Mercurio, los Jarpa, los Pablo Rodríguez, con los que quieren devolver las grandes fábricas a los antiguos imperios industriales, con los que quieren revertir o paralizar el proceso de transformación del campo. Pero cabe diálogo en el seno de la mayoría ciudadana. Hay gente que no está en el gobierno, pero que tampoco está por derribarlo, que está convencida que no se debe volver al pasado, que los cambios son necesarios y que la guerra civil debe evitarse. Entre los que así piensan sí que cabe el diálogo y, eventualmente, uno que otro entendimiento.

Queremos dejar plenamente establecido que no renunciamos ni podemos renunciar a los cambios institucionales. Los reaccionarios nos acusan de pretender la totalidad del poder. Sí, señores. Pretendemos que todos los poderes estén al servicio del pueblo, cada cual desde su órbita de acción y conforme a los límites que fije la ley. Si las clases hasta ayer del todo dominantes tenían en sus manos la suma de los poderes, ¿por qué el pueblo no puede aspirar a lo mismo? Derecho tiene a hacerlo y necesidad hay de que así suceda. Una revolución debe expresarse en todas las esferas de la vida, en la estructura y en la superestructura de una sociedad dada. Así han sido y serán todas las revoluciones. ¿Cómo dejar incólume el Poder Legislativo o el Poder Judicial si, como hemos dicho, se han convertido en trincheras de los enemigos del proceso, no funcionan de acuerdo con los tiempos, huelen a naftalina y andan con polainas?... El pueblo no renuncia ni podrá renunciar jamás a las modificaciones que se hacen necesarias en las instituciones del Estado.

Hay un sector de las clases reaccionarias con el cual, como ya dijimos, no cabe diálogo y no entiende de razones. Por esto, a la razón que tiene el pueblo hay que unir la fuerza del pueblo. Por lo mismo hay que convertir cada fábrica, cada hacienda, cada servicio público, cada población, cada sindicato, cada organización de masas, en un baluarte del movimiento popular. Lenin decía que cada establecimiento industrial debía convertirse en una fortaleza de la revolución. Apoyamos resueltamente las decisiones de la Central Única de

Trabajadores en el sentido de fortalecer los comités de protección de las industrias y los cordones industriales, bajo su dirección y una disciplina férrea y común.

Hay que estar preparados para todas las circunstancias, dispuestos a combatir en todos los terrenos. Si la sedición reaccionaria pasa a mayores, concretamente al campo de la lucha armada, que a nadie le quepa dudas que el pueblo se levantará como un solo hombre para aplastarla con prontitud.

En una situación tal, que no deseamos, que no buscamos, que queremos evitar, pero que se puede dar, no quedará nada, ni siquiera una piedra, que no usemos como arma de combate. En tal supuesto, la nueva alternativa será derrotar con la máxima rapidez y energía a los que desencadenen la guerra civil y liquidar éste apenas estalle, para evitarle a Chile los daños de una prolongada contienda de este tipo.

Como los trabajadores adoptaron inmediatamente medidas de seguridad ante el reciente intento golpista y mantienen esas medidas de precaución, algunos reaccionarios han comenzado a chillar y han creído encontrar un nuevo tema para tratar de meter una cuña entre el pueblo y las Fuerzas Armadas, sosteniendo que estamos orientados a reemplazar al Ejército profesional.

¡No, señores! Seguimos y seguiremos apoyando el carácter absolutamente profesional de nuestros institutos armados. Sus enemigos no están en las filas del pueblo, sino en el campo de la reacción. El Partido Comunista, junto a los demás partidos de la UP y a todos los revolucionarios dispuestos a actuar bajo una sola dirección responsable y no como francotiradores o por la libre, pondrá en el platillo de la balanza toda la fuerza de su organización, su disciplina y su coraje.

Creemos que tenemos derecho a notificar al enemigo, a los que quieren lanzarse

a una nueva aventura sediciosa. No pasarán y ellos sacarán la peor parte.

Estamos seguros que el mismo espíritu anima a los demás destacamentos de la UP. Más todavía, estamos convencidos que más allá de los efectivos de esta coalición, en las circunstancias de que hablamos, surgirán decenas de miles de combatientes sin partido. La clase obrera y el pueblo en general darán muestras de firmeza, de heroísmo, como aquellas que han dado todos los pueblos que en momentos tales no tienen otro dilema que vencer o morir.

Seguimos y seguiremos empuñando la bandera de la lucha contra la guerra civil y esforzándonos por superar las dificultades por las que atraviesa la nación. Las tareas relativas a la producción siguen a la orden del día.

Parte del juego del enemigo es distraer nuestra atención del cumplimiento de estas tareas. No le daremos en el gusto... hay que tomar las tareas de la producción y del abastecimiento con la máxima responsabilidad. Hay que trabajar más. Ninguna medida de protección de las fábricas debe afectar en lo más mínimo sus actividades normales. Que cada cual esté en su puesto de combate: en el sindicato, en las JAP, en el centro de madres, en dondequiera que sea, sirviendo al pueblo, combatiendo[17].

2.7. Fuerza propia en los cuarteles militares

David Canales prosigue su relato:

Al regreso a Chile me destinaron a trabajar dentro del Comité Central; a Daniel lo enviaron a la Subsecretaría del Interior; a Valenzuela y a «Juaco» con «Santiago» –Ricardo Ramírez–, el jefe de la Inteligencia del Partido; y

Malaquías volvió a su territorio. La intención clara de la Dirección era crear específicamente un aparato de Contrainteligencia, más inserto en el trabajo interno y en la defensa del Partido y del Estado, que implicaba, además, una directa relación con el aparato militar y paramilitar, incluida la Autodefensa. Este aparato debía ser parte y base de la defensa del nuevo gobierno popular. De hecho, este estuvo fuertemente enlazado con el aparato estatal, con sus homólogos del Partido Socialista y con la dirección de la CUT. Por mucho curso, estudio o experiencia que tuviese en ese momento, no me imaginé de inmediato el verdadero carácter de ese organismo. Sólo lo vi a cabalidad en los años siguientes, cuando viví en el exilio y continuó mi formación en ese terreno.

Lo importante es que yo asistí desde el comienzo a la creación de un frente nuevo y distinto, sólo posible de existir a la vera del gobierno popular.

Hacia fines de la década de los sesenta el aparato de Seguridad de los comunistas era dirigido por una sola persona, que también dirigía la Inteligencia, el aparato Paramilitar y la Autodefensa, esta última más masiva, inserta en los regionales, locales y células, según fuese el territorio. Hasta aquí, la formación militar y paramilitar era muy incipiente, porque históricamente le habíamos dado más preponderancia a la autodefensa y no a las formaciones de acción. Había cierto trabajo hacia las Fuerzas Armadas que también era raquítico.

Por todo lo anterior, nos pareció imprescindible crear un destacamento que existiera dentro de las Fuerzas Armadas de manera legal, en concordancia con la particular visión revolucionaria del Partido, que daba la mayor importancia a la integración de los comunistas en todas las instancias republicanas, incluidas las instituciones armadas, las que debían representar en su seno el amplio espectro popular. Nos propusimos incorporar no sólo a gente de nuestra juventud al servicio militar, sino también a jóvenes egresados de la enseñanza media y a universitarios a las escuelas de oficiales y de especialidades de las Fuerzas Armadas, incluidos Carabineros y agentes de Investigaciones. Lo hicimos de manera abierta y fue bastante masivo, aunque los resultados finales fueran escuálidos, por la abrupta interrupción que significó el golpe.

Esto significó reestructurar el aparato desde arriba. Siguió siendo jefe un solo camarada, Oscar Riquelme Cárdenas. Fue jefe de toda la Seguridad –Inteligencia, Contrainteligencia y Aparato Militar–, pero se creó una entidad nueva, la Comisión Militar, abierta al Partido desde el Comité Central hasta la célula, de cara a las Fuerzas Armadas y de Orden, que pasó a dirigir Samuel Riquelme Cruz, miembro de la Comisión Política y del Secretariado.

Cuando volví a Chile me mandaron a trabajar con Samuel. Tuvimos que formar y apoyar a todos los organismos del Partido en este nuevo trabajo, como miembros de la Comisión Militar. Ello significó que yo, a los 26 años, pasara a ser uno de los jefes de la Autodefensa, del Aparato Militar y de la Seguridad. Desde mi ingreso me vieron como un muchachito, frente a duros y experimentados obreros. Me costó ser respetado, pero a la fecha del golpe creo que lo había logrado claramente.

Oscar Riquelme se ligaba preferentemente al Subsecretario General y mantenía habitual coordinación con los encargados nacionales de Organización y de Cuadros. Luis Corvalán creía que quienes condujeran la seguridad y lo militar tenían que tener mucha experiencia y gran autoridad en el Partido.

Al comienzo de la Unidad Popular, Oscar Riquelme Cárdenas, era conocido sólo por un puñado de viejos dirigentes, y por los jefes intermedios de las estructuras de la seguridad. Fue uno de los más destacados jefes del aparato clandestino durante la dictadura de Pinochet y fue el primero en ingresar secretamente a comienzos de 1978 con el grupo de la Comisión Política que reemplazó a los caídos en 1976. Sobrevivió hasta hace pocos años atrás y el Partido de hoy no lo conoce ni sabe de la influencia y de la importancia que tuvo su tesonero quehacer[18].

2.8. Puteados en la embajada de Cuba

Me incorporé a mi trabajo desde la sede del Comité Central en Teatinos haciendo puente con diversos organismos partidarios y estatales. Nos tocó una tarea nueva que no estaba prediseñada y que fuimos moldeando con el correr de los días. El nuevo aparato partidario tenía que trabajar inserto invisiblemente en las estructuras del Partido y del Estado. Me correspondió ser parte, aunque en un escalón subordinado, de una especie de coordinador en el que interactuaban Samuel Riquelme, Mario Zamorano, Rafael Cortez, Oscar Astudillo, Carlos Toro. Allí se trataban los temas más variados de la seguridad del Partido y las relaciones con el Ministerio del Interior, con otros ministerios y organismos y empresas estatales o estratégicas. También con partidos aliados, con los organismos sindicales, los jefes de las Fuerzas Armadas, Carabineros, Investigaciones, e incluso representantes de la seguridad de países socialistas.

Nos relacionábamos colectivamente en la sede del Comité Central, y fuera, reservadamente y por separado, con Oscar Riquelme y con el jefe de la Inteligencia, Ricardo Ramírez. Carlos Toro fue el primer subdirector de Investigaciones de Allende. Poco antes de asumir el gobierno popular, Toro había sido designado como una especie de edecán de la Dirección del Partido para las relaciones con las Fuerzas Armadas y de Orden y con los órganos de seguridad gubernamentales.

El gobierno popular fue una vorágine de trabajo y creación de nuevas conexiones, de relaciones, de coordinación. Cada vez había que abarcar más cosas. Por ejemplo, yo conversaba con oficiales militares para ver cuestiones económicas o administrativas en las que ellos estaban comprometidos con el gobierno. También lo hicimos con una serie de oficiales que se interesaban en dialogar con nosotros acerca del futuro del país, de cuestiones políticas. Y a través de eso teníamos la oportunidad de conocerlos y darnos a conocer, intercambiar visiones y experiencias. Teníamos el deber de darles la oportunidad para que nos conocieran de verdad.

Un coronel de Ejército, en una cordial entrevista, se puso verde al saber que yo

conocía toda la obra militar de Clausewitz y otras yerbas, en tanto él solo leyó resúmenes en la Academia de Guerra. Ningún oficial conoció nunca en aquel entonces las obras militares de Engels, de Lenin, de Mao, de Nguyen Giap o del «Tío Ho». Con suerte leyeron párrafos del Diario del Che en el casino de su unidad. Su básica educación provenía de los manuales norteamericanos y de la vetusta historia militar de la antigüedad. Pero tampoco leyeron nunca ningún texto original del Partido. Todo su sustento fueron las cartillas hechas en las cocinerías teóricas anticomunistas, incluidas las del siglo antepasado. La confrontación de ideas fue, entonces, muy desnivelada.

En el transcurso del gobierno popular me tocó hablar habitualmente con jefes de servicios o empresas estatales o entidades que tuvieran la mayor importancia para el funcionamiento del país. Se me ordenó coordinar y enseñar a los equipos militares del Partido. Tuve que meterme también en cuestiones del gobierno interior con Daniel Escobar.

Daniel Vergara, el subsecretario de Interior, tenía mucha confianza en nosotros. Le ayudábamos a solucionar problemas prácticos. También nos coordinábamos muy bien con el subdirector de Investigaciones, primero con Carlos y luego Samuel Riquelme, quien también recibía encargos del Partido en sus relaciones internacionales, sobre todo conseguir ayuda para pertrechar al aparato. Siguió siendo miembro de la Comisión Política del Comité Central, aunque no del Secretariado.

Tuvimos que traer gente que nos ayudara. Incorporamos a nuestra Comisión Militar a Winston Castillo, un cuadro destacado del Regional Norte, y a uno de los mejores cuadros de Inteligencia, Carlos Sánchez Cornejo, que venía del viejo aparato de seguridad.

El Tanquetazo del 29 de junio de 1973 fue un examen muy duro que nos permitió advertir todas nuestras falencias en los más variados terrenos. Las tareas que iniciamos en 1970 no alcanzamos a terminarlas antes del golpe de

Estado. En el último periodo previo al 11, me entrevisté con la mayoría de los secretarios regionales y encargados militares del país; cerca del 70% de ellos en los últimos tres meses. Talvez la última vez que salí fui a Valdivia a entrevistarme con Guillermo Teillier, secretario de ese regional. Se advertía claramente en esos días que la derrota de la Unidad Popular estaba sellada y que era una derrota política, en ningún momento una derrota militar, porque ni Allende ni los socialistas ni los comunistas vieron el gobierno como una catapulta para tomar el poder por vía de las armas, y porque los instigadores del golpe fueron el gobierno norteamericano y los dueños del capital chileno. El golpe de Estado del 11 fue la última parte de una escalada de toma de posiciones hostiles al gobierno por parte de los partidos de derecha, de la Democracia Cristiana, de la mayoría de las iglesias, de los grandes empresarios y dueños de la tierra, de la mayoría del Poder Judicial, de la mayoría absoluta del Parlamento, sumado al artero y cotidiano ataque desde el exterior de toda la batería de armas del imperialismo.

Cuando llegó el golpe, teníamos tal cúmulo de antecedentes de que éste era inminente, que todas las últimas decisiones políticas de comunistas y socialistas, incluido Allende, fueron en el sentido de aminorar su gravedad, impedir la guerra civil, replegar a las fuerzas populares para no destrozarlas y hacerle frente sólo en aquellos lugares que fueran simbólicos: La Moneda, algunos cordones industriales y algunas empresas emblemáticas. Días antes del 11 la Armada desarticuló el núcleo allendista de la Marina, y la Fuerza Aérea acordonó a la oficialidad y suboficialidad partidaria del gobierno, impidiéndoles llevar a cabo cualquier acción. En el Ejército, luego de la salida de Prats, no salvamos nada. En Carabineros e Investigaciones, la debacle se produjo el mismo día 11.

Después del Tanquetazo nos dimos cuenta de que la situación había cambiado, que no habría un sector constitucionalista de apoyo y que, de no mediar algo así como lo fue el levantamiento de la marinería del año 1931, no íbamos a poder quitarle la iniciativa del golpe a los conjurados. A pesar de que habíamos acumulado algún parque, no poco para el tipo de lucha que suponíamos sobrevendría, no podíamos recibir más armas. Ya en el último momento, quizás en agosto, llegó un cargamento de Cuba con armamento nuevo y nunca pudimos retirarlo de la Embajada porque estábamos horquillados.

Una parte se le entregó al MIR y al Partido Socialista, una pequeña cantidad para cada uno, sacado literalmente a gotas. Nosotros organizamos unas siete veces la caravana de vehículos para sacar lo nuestro, pero siempre hubo un fuerte despliegue militar a la salida de la embajada. Los milicos y los yanquis también sabían que el cargamento estaba en la embajada.

El 10 de septiembre en la mañana me llamaron a mi oficina, en el primer piso del caserón de Teatinos 416, en el sector que daba para la calle Compañía. Subo y en el rincón donde nos reunimos, en el hall, estaban Samuel Riquelme, Zamorano, Cortez, Carlos Toro. Alguien me dice:

–Vas a tener que ir tú a la embajada. Diles que ya no podemos recibir las cosas; hay que decírselo formalmente y explicar las verdaderas razones.

A esa hora, los alrededores de la embajada, ubicada en Providencia, en una calle sin salida, estaban llenos de camiones y microbuses de milicos con armamento pesado. Entré, me identifiqué, aunque me conocía todo el mundo. Me estaba esperando un grupo donde había tres generales, más el primer secretario, todos jefes revolucionarios muy experimentados, entre ellos Ulises Estrada.

–Tengo el encargo de mi Dirección de comunicarles formalmente que no podremos retirar las armas–, dije.

–¡Pendejos!–, fue la única respuesta de Ulises.

No tuve nada que oponer. Ya estaba bastante achunchado, y regresé al Comité

Central con la cola entre las piernas. Creo que fue la peor vergüenza de mi vida militante. Pudimos haber sacado antes de allí centenares de fusiles Aka, lanzagranadas, entre otras armas, para equipar más de un batallón. Pero el enemigo lo tuvo en cuenta y no nos dio oportunidad[19].

2.9. El Partido subestima la disciplina de las FF.AA.

El Partido Comunista había conseguido desde 1960 en adelante una creciente presencia en la sociedad chilena: 18 diputados y 6 senadores en 1965; 22 diputados y 6 senadores en 1969; 25 diputados y 9 senadores en 1973; 149 regidores (concejales) en 1967; 223 regidores en 1971. En el gobierno de la UP sus militantes estaban en todos los estamentos del país, desde el gobierno a las más pequeñas organizaciones de base[20].

Explicar las razones que condujeron al levantamiento militar de septiembre de 1973 no está entre las motivaciones de este libro. En los más de cuarenta años que han transcurrido desde aquella dramática fecha se han efectuado cientos, miles de intentos por hacerlo, y se seguirán realizando nuevas tentativas. Dicho eso, sí se puede sostener que el PC era el Partido que tenía una visión muy clara sobre lo que significaría para el país un acontecimiento como el registrado el 11 de septiembre. El golpe producido en Indonesia en 1965 y el brutal exterminio del Partido Comunista de ese país estaba muy presente en la Dirección del PCCh. Quinientos mil comunistas asesinados y un millón de personas en campos de concentración había sido el balance de esa tragedia. Eslóganes como «Jakarta se acerca» y «Jakarta ya viene» fueron utilizados en la campaña del terror desatada en contra de la Unidad Popular.

El escenario que el Partido previó para Chile en una eventual situación de ese tipo fue la división de las Fuerzas Armadas entre golpistas y constitucionalistas. En función de ello, impartió las instrucciones para reunirse en los lugares de trabajo y en las universidades y desde allí organizar el apoyo a las fuerzas leales al gobierno del presidente Allende. La hipótesis tenía un cierto sustento: el movimiento constitucionalista en la FACH existía, pero las interpretaciones que se dieron en la época al respecto fueron equivocadas. Lo que existía era un germen en vías de organización. En el caso del Ejército, en cambio, fueron

totalmente erradas. No hubo ni un solo regimiento que no se plegara a la asonada militar.

Uno de los errores que cometió el Partido fue subestimar el carácter jerárquico y disciplinado del Ejército chileno. Creyó que los conscriptos y soldados rasos –por ser «hijos del pueblo»– iban a estar con el programa de la Unidad Popular. Tampoco fue capaz de vislumbrar la verdadera dimensión que alcanzó la influencia de los civiles golpistas en los altos mandos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, ni tampoco la real magnitud de la ascendencia de los militares estadounidenses y de algunas naciones europeas, completamente involucrados en la Guerra Fría en contra del «comunismo internacional», que mantuvieron estrechas relaciones con los uniformados chilenos desde mediados de la década del cincuenta.

Pese a diversas advertencias, que no fueron suficientemente atendidas, fue en la Armada y en la FACH donde –desde medianos de los años sesenta– se sembraron las primeras semillas de un golpe militar para impedir que en Chile se instalara un gobierno de cuño socialista, y menos compartido con los comunistas. De allí que enfrentados al triunfo en las urnas de la Unidad Popular en 1970 –un acontecimiento nunca antes registrado en el mundo–, fuese imperativo para el gobierno de los Estados Unidos y de sus aliados, fuera y dentro del país, impedir a como diera lugar que esa administración se consolidara y se transformara en un ejemplo en el resto del planeta[21].

Las doctoras Reszczynski, Rojas y Barceló han explicado algunos de los mecanismos desencadenados para conseguir que en la oposición al gobierno de la Unidad Popular se exacerbaran las conductas destinadas a producir el golpe militar. Entre ellas, la principal era el miedo. Señalan las facultativas:

…miedo al marxismo, a perder su poder económico, sus privilegios, sus esperanzas de lucro, sus valores tradicionales. Ese miedo, engendrado desde muchos años, fomentado y alimentado en base a una clara planificación por parte de la clase dominante, que ha penetrado en el lenguaje cotidiano y que se infiltra en todos los sectores sociales, sin análisis ni reflexión, como una verdad tácita, que no requiere de ninguna fundamentación. Ese miedo fue vehiculizado por todos los medios de comunicación de masas hasta lograr crear una guerra psicológica permanente y progresiva. Es este miedo el que se usó como

instrumento para que finalmente, casi como un «reflejo condicionado», las nociones de caos, muerte, violación, saqueo, desorden, terrorismo, violencia, ilegalidad, etc., se asimilaran al concepto de «marxismo»: fueron los «rojos» en España, los «comunistas» en Vietnam, los «marxistas» en Chile… Ese miedo estaba allí latente desde antes del triunfo electoral de Allende, y fue fría y progresivamente elaborado, impuesto y dirigido. En un principio, la patología se observaba en casos aislados, para luego ir aumentando progresivamente y llegar a constituir una verdadera «psicosis colectiva».

Y añaden:

Es esto lo que no supimos entender en toda su magnitud, a tal punto que más tarde, al verlo transformado en muerte, delación, tortura, terror, nos llenaríamos de asombro.

Detrás de ese odio-miedo/miedo-odio, fácilmente engendrado y conducido para transformarlo en violencia directa e institucionalizada, se escondía la necesidad de continuar con el sistema de explotación y represión.

La guerra psicológica, como una forma aguda e intensa del proceso de ideologización conducido por la clase dominante, que moviliza el miedo, el terror, el odio, e impide el raciocinio, el pensamiento lógico y realista, fue poco a poco creando las condiciones de «aceptabilidad» de la intervención de las Fuerzas Armadas.

Los sectores más susceptibles y por lo tanto más fácilmente afectados por la guerra psicológica fueron los sectores pequeño-burgueses, quienes no dudaron en respaldar y apoyar las provocaciones, los atentados, las acciones de los grupos civiles paramilitares de derecha, las paralizaciones de la producción agrícola e industrial, las múltiples acusaciones constitucionales al gobierno, que

no son otra cosa que la expresión directa de la violencia reaccionaria.

Con rapidez avasalladora prendió la necesidad de apoyar «cualquier acción que salvase» al país, a la «Patria», de la «crítica situación que se vivía». A medianos de 1973, ya estaban dadas las condiciones y no había que avanzar a un gran paso para dar el apoyo incondicional a un golpe de Estado que los librara de la dictadura marxista[22].

2.10. ¡Vente, huevón, a mi casa!

Concluida la reunión de la nueva Dirección clandestina en la casa de Oscar Riquelme, el día 11 de septiembre, David Canales se dirigió a la comuna de Ñuñoa. Prosigue con sus recuerdos:

Yo me fui a la casa de mis padres porque quería despedirme. Tenía varios lugares para instalarme y no sabía distinguir cuál era el mejor. Llegué a casa y encontré una situación dramática; los tres hijos comunistas, mis hermanas tenían niños y mis padres dependían mucho de nosotros. Me puse de acuerdo con mis hermanas. Les voy a causar problemas –dije–; me van a buscar. Me voy y no estoy seguro de volver. Me pesó ser un factor de peligro para la familia. Conversé con los niños, que eran chiquitos, entre tres y diez años. Mis cuñados eran Ricardo Ramírez, jefe de la Inteligencia, y el otro un destacado cuadro público, Mario Insunza Becker, hermano menor de Jorge. En esos minutos llegó un viejo amigo a buscarme. Me llamó desde afuera de la reja a gritos, alborotando al vecindario. Vivíamos en una especie de pasaje. ¡Vente, huevón, a mi casa! Era un hombre que conocía desde muchacho. Se alineaba, ideológicamente, en la extrema derecha, pero éramos muy buenos amigos. Él vivía a pocas cuadras con su mujer y siete hijos. Me llevó a su casa y viví allí unos tres o cuatro meses. Llegaba después de comida para no causar molestias, porque su economía era espartana. Varios otros amigos se enojaron conmigo porque no me fui a vivir a sus casas, pero usé ese circuito para esconder a otros

compañeros. Entre estos amigos había un oficial de Carabineros, un oficial de la Armada, otro de Investigaciones y varios de derecha. Amigo fui también de un tipo que luego fue alcalde pinochetista de Ñuñoa. Cuando me lo encontré, en una oportunidad, me preguntó bajito: ¿Necesitas algo? Eso, tiempo después, cambió cuando se notaron ya los efectos de la dictadura en la gente y la solidaridad inicial se convirtió en un ¡sálvese quien pueda!, pisoteando los cuerpos de los demás para salir indemnes.

A los días de levantarse el toque de queda, se acercó a mí un enlace de Mario Zamorano y me dijo que tal día, a tal hora, y en tal parte quería verme. Fue en el sector de Matta, por Lira o por Carmen. Caminamos algunas cuadras. Fue breve y conciso. Tenía muy poco tiempo. Me preguntó si estaba bien y seguro. Mario trataba a los compañeros más jóvenes de usted.

–Estoy bien, no necesito cambiarme rápidamente–, le dije.

–Usted va a seguir siendo funcionario del Partido–, me informó, lo que quería decir de tiempo completo y rentado.

Yo sentí que era un honor inmenso, y se lo expresé así. Me resultó emocionante. En primer lugar me dijo que los viejos pensaban que debíamos reestructurar el Frente de Seguridad y el Frente Militar. Es obvio que las tareas no iban a ser las mismas.

–Se acabó esto de meter a los cabros al servicio militar. Pero debemos salvar lo que queda de eso-, comentó.

En el reordenamiento, eso pasaba a ser materia de Inteligencia. Muy a pesar mío,

dediqué casi cuatro meses a finiquitar ese asunto, que me obligó a ligarme a dirigentes de la Jota. Yo no quería esa relación, no debía ser y obligaba a riesgos prescindibles. Uno de ellos era René Basoa Alarcón, que ya pertenecía al aparato de Inteligencia. El otro fue un excelente dirigente del Comité Central, de la Comisión de Control y Cuadros de la Jota, encargado de reclutar muchachos para el servicio y las escuelas militares, de apellido Fernández, que venía del norte. Sé que está bien, aunque no sé si vive en Chile. También me tocó hablar con José Weibel de asuntos orgánicos, porque él requería tener claro cómo organizar su equipo y el Comité Central de la Jota, y me pidió ayuda en el mecanismo, tal como se la pidió a Ricardo Ramírez, cosa que se repitió siempre con todos los viejos responsables de frente.

Yo pertenecía a la Seguridad y teníamos una estructura definida, apta para el trabajo clandestino. Si Mario me pedía que trabajara con él significaba que había que hacer cambios inéditos en la organicidad del aparato partidario nuevo que debíamos crear desde entonces. Mario tenía una clara idea de los cambios que se requerían, y que pasaban desde la Dirección clandestina hasta las células, lo que implicaba darle a la estructura central del Partido una modalidad de funcionamiento desconocido para los aparatos represivos de la dictadura, pero tan flexible como para permitir la interrelación de los organismos partidarios.

Los compañeros querían que yo trabajara con él y que les ayudara en la seguridad de la Dirección, en la infraestructura de la misma y en otras cosas. Eso dicho de manera bien general. Ayudé también en cosas prácticas, cuestiones orgánicas o de finanzas. Entre otras tareas, me correspondió atender a miembros del Comité Central que estaban escondidos o sin relación orgánica, hasta que la situación de ellos cambiara.

Obviamente, la tarea implicaba que debíamos reestructurar todo. Oscar Riquelme salió de la cabeza y se fue a trabajar como parte de la Dirección clandestina. Por nuestro lado, creamos un aparato coordinador de la Seguridad. Era un trío de funciones poco ortodoxo pero funcional. Sus secciones eran Inteligencia, Seguridad e Infraestructura, las dos últimas formando parte de la

base de apoyo de la Dirección clandestina. Dividimos muy marcadamente Inteligencia de Contrainteligencia.

Había que desechar, por de pronto, el trabajo militar dando de baja a la Comisión Militar. Hacer de la Autodefensa un organismo operativo ágil, reorientando a los que permanecerían en ese frente. Era obvio que íbamos a tener mayores problemas en la Contrainteligencia, una red abierta en el gobierno, bastante amplia y que debíamos cortar, puesto que iba a ser reprimida violentamente. La mitad fue exonerada de inmediato y la otra mitad el 31 de diciembre, sin hablar de las numerosas víctimas asesinadas o recluidas de los primeros días y meses.

La Contrainteligencia fue el aparato más grande desde el año 71. Era una función que tenía que ver con la seguridad del país, del gobierno, del Partido. La Inteligencia trabajaba desde siempre bajo tierra solo para el Partido y no nos iban a hacer saltar de inmediato. Inteligencia tenía unos 45 oficiales en el país. También debimos reestructurarla. Un solo archivo, un solo laboratorio, documentación, análisis, FF.AA. y órganos represivos, ultraderecha, etc. Y nos repartimos las responsabilidades de la cosa militar. Ricardo Ramírez siguió en su dirección y fue el cuadro más experimentado en el coordinador de la Seguridad.

2.11. Las premuras de la clandestinidad

David Canales recuerda:

Mi trabajo cambió mucho y lo hice más pegado a los viejos de la Dirección. En la Contrainteligencia llegamos a tener en 1973 unos 200 compañeros en todo el país, pero nos quedamos finalmente con un equipo muy pequeño pero muy operativo y multidisciplinario, compuesto en gran medida por dirigentes intermedios profesionales o intelectuales. Pasaron a jugar un rol mucho más importante los profesionales, título que desde siempre les damos a los

compañeros con educación superior que se ubican en los estratos sociales o estatales de mayor importancia económica, administrativa, política y de otros tipos.

Lo militar se movió hacia la Autodefensa y quedó convertido en un solo equipo paramilitar, que no tuvo mayores tareas en el periodo. Esos compañeros generalmente se ocuparon de la exploración para ir agrandando la infraestructura de la Dirección y abrir las rutas de comunicación dentro del país y hacia el exterior. Ellos fueron la base, por ejemplo, del dispositivo Chile-Argentina, porque eran los más duros, los más capaces, los más adiestrados en terreno. Desde el primer día, se dedicaron, por supuesto, a esconder toda arma y parque útil para el futuro y a reordenar sus filas.

Mario Zamorano pasó a ser encargado de Propaganda, aunque yo lo veía siempre como el dirigente más elevado después de don Víctor, pues tenía dotes de gran organizador y el mayor dominio de la línea política. Manejó desde el inicio, en conjunto con Rafael Cortez, la cuestión de la seguridad y la relación con el exterior, de modo que a mí me era muy cómodo trabajar con él. Su antiguo equipo orgánico se redistribuyó en las instancias intermedias. Encargado de Finanzas pasó a ser un compañero que no estaba en la primitiva dirección clandestina. Había que cambiar la forma de trabajo. Fue obvio que el Partido iba a vivir con los dineros que venían de afuera, y había que separar la vieja forma de hacer finanzas del dispositivo de afuera. Los bienes del Partido tampoco los iba a manejar Finanzas, porque pasaron a formar parte de la infraestructura o a su reserva. A Lenin Díaz se le encargaron las propiedades y otros bienes del Partido. Se hizo cargo don Américo de Organización y Checho Weibel siguió dirigiendo la juventud hasta fines de 1975, aunque era mayor su aporte al colectivo de la Dirección clandestina, particularmente la relación con la nueva dirección del Partido Socialista.

Hasta mediados del 74 no logró ordenarse el número y el tipo de frentes internos, las funciones inherentes de cada uno, los colectivos de trabajo compartimentados de ellos, aunque obviamente, en condiciones de

clandestinidad, los organismos políticos más importantes serán siempre Organización, Propaganda y Organizaciones Sociales. Tampoco fue fácil agrupar a los colaboradores directos de cada dirigente. Fue todavía más complicado llegar al convencimiento de que en clandestinidad, la estructura no es simplemente el esquema Comité Central-comités regionales-comités locales-células. Se requiere una conectividad segura, impenetrable, pero no tanto como para que esta camine casi sin moverse, sin informarse, sin desarrollarse, sin mostrar su línea política abiertamente a la gente. Es fácil imaginar una estructura clandestina donde la interacción de sus componentes sea invisible, pero, en la dura realidad, cada miembro del Partido necesita estar ligado diariamente con su entorno, y «alguien» debe hacer ese trabajo conectivo y mostrarse. Quizás lo más complicado de estructurar y lo más cambiante fue, en todo momento, los enlaces, los lugares de reunión, las casas donde habitar temporalmente. Sin embargo, no es efectivo el mito de que la dirección clandestina cayera por culpa de la «institución» de los enlaces, ni mucho menos porque algunos dirigentes y cuadros vivieran con sus familias, cuando se daban las condiciones.

En el caso de la caída del compañero Corvalán, el 27 de septiembre, ¡a 16 días del golpe!, falló su infraestructura, que suponíamos muy segura, de la cual previamente nunca me atreví a preguntar si cumplía todas las condiciones. Hoy, a la luz de los hechos, me culpo de no haber intentado meterme en eso el mismo día 11. En un momento determinado, al constatarse que el lugar donde estaba no era bueno, se le fue a buscar para cambiarlo, pero él mismo rehusó. No se apoyó en el aparato central (ya existía el germen de este), sino en un minúsculo y poco eficiente grupo, por más que fuesen viejos e intachables camaradas. Alguien vio con sospecha el ajetreo del departamento de Elizabeth Saintard, en donde lo detuvieron, y su dueña fue denunciada y allanada. La captura del Secretario General del Partido fue para nosotros una vergüenza inmensa, un bofetón a la moral de la propia Dirección. Los viejos dirigentes acostumbraban a tomar sus propias decisiones, pero en esta clandestinidad las reglas eran distintas. Tras la caída del compañero Corvalán hicimos un formato de procedimiento de conducta y seguridad para cada uno de ellos. Gastamos mucho tiempo en eso, con los dirigentes y los equipos.

2.12. Rubiecitas y pijes en los equipos de asilo

Hubo dos formas para decidir los asilos. Una era decisión del colectivo que rodeaba al dirigente perseguido. Bastantes se asilaron sin autorización expresa de la Dirección, pero eso no fue en sí un problema, porque el exilio fue la salida natural para escapar sanos y salvos. Por lo demás, el que tenía miedo o era realmente perseguido no servía para las tareas que había que asumir. En los primeros días y en la revoltura, prevaleció la tendencia de que la gente decidiera según su criterio, salvo el caso de los dirigentes superiores y nosotros, los funcionarios del aparato. Aunque nosotros distinguimos bien entre valentía y cobardía, este asunto, por aquellos días, no pudo ser visto en blanco y negro.

Fue imprescindible buscar un mecanismo para centralizar esto. Yo recibí la instrucción para crear el equipo y establecer relaciones con entidades diplomáticas y organismos internacionales en Chile, incluidas las iglesias. Creamos un grupo con compañeros que tuvieran experiencia y relaciones previas. Amanda Velasco fue quien dirigió la relación con todas las entidades extranjeras, encabezando un grupo muy virtuoso. Se hizo una organizadora muy capaz, inteligente y ágil. Paralelamente se formó a su lado un sólido y confiable grupo operativo para estos efectos, un poco más numeroso.

Pequeños y variados grupos se organizaron espontáneamente. A algunos de sus componentes los incorporamos al aparato central; otros siguieron su camino. Si al comienzo parecía prevalecer el desorden, al final se impuso la reorganización. Se usaron las redes sociales propias. Dirigí el núcleo operativo central para los asilos y luego las salidas e ingresos clandestinos, y con los días seguimos sumando responsabilidades. Mi equipo eran personas de muy buen nivel político, de gran capacidad intelectual, buena formación política, y de muy buena prestancia. Reclutaban a valientes compañeros que entregaban sus casas, vehículos, choferes, y llegó a tener ocupados a unos cuarenta colaboradores permanentes, más o menos.

Usamos sectores altos de la ciudad. Sólo en Vitacura teníamos unas catorce casas entrelazadas. En Las Condes, el número era algo menos, pero muy efectivo

e invisible. Era gente que antes no había trabajado en el aparato, que no tenía formación anterior o experiencia previa. Los viejos nos podían decir: –necesitamos guardar o sacar del país a cuatro o x cantidad de personas, y lo programábamos y ejecutábamos con rapidez. Trabajamos mucho con monjas y curas. Usamos equipos distintos, con capacidad para pasar bien los filtros de la represión. Para contactar a un diplomático, no podíamos enviar a un «roteque»: necesitábamos gente de buena presencia, que conociera otros idiomas, etc. Las «rubiecitas» y los «pijes» –valerosos compañeros– funcionaron muy bien.

El mecanismo del asilo diplomático fue masivo y variopinto. Colaboraron en ello mucho las iglesias y congregaciones, y usaron sus influencias los viejos republicanos. Pero no todas las embajadas recibieron gente ni tenían intenciones de hacerlo. En algunas se abarrotaban los asilados, chilenos o extranjeros. Otras nunca abrieron sus puertas. También se prestó la situación para beneficio de algunos. Cuando era muy difícil asilar a alguien con premura, pagábamos. Había tres o cuatro funcionarios de embajadas centroamericanas que cobraban cinco mil dólares por cabeza. Lo hicimos unas diez veces, con el dolor de nuestro corazón y sin contarle a nadie.

A Samuel Riquelme le intentó ayudar a asilarse un grupo de compañeros sin experiencia, aunque él equivocadamente identifica gente distinta, y resultó detenido antes de ingresar a la embajada argentina. El culpable no fue René Basoa, puesto que este trabajaba en Inteligencia, un equipo distinto.

En otra oportunidad, y no fue en los primeros años, un grupo trató de ingresar masivamente a la residencia de Bulgaria[23]. Ahí cayeron detenidos compañeros nuestros que estaban desconectados. Varios intentos de asilarse por su cuenta resultaron fallidos y no fue poca la gente detenida por ello, antes de que termináramos manejando este asunto con mano de hierro.

Les causamos serios problemas a las embajadas occidentales que no querían roces con la dictadura en este terreno, convencidos de que podían tener una

influencia mayor con Pinochet en la medida que mantuvieran sus casas limpias. Los alemanes occidentales, entre otros.

Sergio Ovalle, miembro del Comité Central, actuando con un equipo distinto, creado espontáneamente, también ayudó a esconder y luego asilar gente. Otro dirigente, del regional sur, Salvador Barra, descendiente de nuestro viejo Salvador Barra Woll, también lo hizo muy bien, con un equipo propio de su territorio, con valentía, desprecio por su propia vida y buenas relaciones. Pero no eran el aparato central.

Los asilados solían permanecer meses enclaustrados y con guardia militar a la puerta antes de obtener el salvoconducto.

Entre los documentos que aún guardamos está la primera lista de la solicitud de salvoconductos que hizo la embajada de Finlandia, una de las puertas más amplias de asilos, obra conjunta del colectivo de residentes diplomáticos de países socialistas y nosotros, a la Junta militar entre septiembre del 73 y principios del 74. De los nombres, puedo mencionar a Patricia Barbe Rojas, Claudio Jofré Barbe, Enrique Jofré Veas, Luis Herrera Muñoz, Mario Aravena Carrasco, Fleride Quinteros Cuevas, Marisa Aravena Quinteros, Sergio Valdés Valdés, Juan Ferrada Sarmiento, Luis Barahona Muñoz, Víctor Humberto Vega Riquelme, Renato Leal Carrasco, Juan Carlos Concha Gutiérrez, Fernando Curiqueo Vásquez, Silvia Costa Espinoza, Naldi Hernández Gómez, Rodrigo Fernández Fermandois, Ramiro Fernández Fermandois, Hernán Gutiérrez Caballero, Tilio Andaur Gallegos, Jaime Espinoza Correa, Francisco Díaz González, Soledad Parada Maluenda, Rodrigo Díaz Parada, Sebastián Díaz Parada, María Soledad Díaz Parada, Eliana Araníbar Figueroa, Alejandro Toro Herrera, Orel Viciani Escker, Carlos Andrade Vera, Julio Campos Ávila, Luis Chesney Lawrence, Luis Álvarez González, Iván Mella Hidalgo, Valericio Leppe Becerra, Víctor Patricio Díaz Narváez, Eduardo Soto Henríquez, Luis Arraño Oyarzún, Dante Cifuentes Droguett, José Rojas Valencia, Adrián Soto Alarcón, José Miguel Vera Bello, Rudy Carrasco Pacheco, Enrique Escobar Fernandoy, Edmundo Ziede Díaz, Ernesto Ponsot Retamal, Wilson Araya

Villanueva, Leonardo Yáñez Betancourt, Luis Guastavino Córdova, Hugo Fazio, Alejandro Rojas Wainer, Jaime Lazo Salinas, Juan Barattini Carvelli, Carlos Iribarren Valdéz, Cecilia Hernández Bravo, José Manuel Secall Parada, Víctor Carvajal Valenzuela, Florencio Baeza Donoso, Guillermo Montecinos Vásquez, entre otros. Varios de los nombrados regresaron clandestinamente a Chile y se incorporaron a la resistencia. La lista incluye connotados dirigentes y cuadros del PC, algunos compañeros socialistas y del Mapu.

Desde el primer día de clandestinidad surgió otro colectivo que aportó inmensa ayuda solidaria. Eran los residentes de las embajadas de los países socialistas, que sí tenían experiencia en seguridad: búlgaros, húngaros, alemanes, rumanos, rusos. Luego de la ruptura de relaciones, quedaron cuidando sus intereses en Chile. La excepción fue China y Rumania, que abrieron relaciones diplomáticas con la Junta Militar de inmediato. Pero en el caso de los dos rumanos que quedaron en su embajada, se trataba de viejos comunistas que odiaban al régimen de Nicolae Ceaucescu y prestaron gran ayuda a nuestra organización.

Dado que yo dirigí desde el comienzo el colectivo relacionado a los diplomáticos, no tiene nada de extraño que un día me llegara la invitación a conversar con un extranjero recién llegado, que resultó ser el enlace enviado por el Comité Central del Partido de Alemania Democrática. Era un oficial de la Seguridad de mucha experiencia y pasó a ser de allí en adelante el contacto más seguro, eficiente y rápido para nosotros. Luego de un encuentro de Mario Zamorano con él, pasé a ser yo su enlace permanente. De esta forma, mi equipo sumó a sus responsabilidades todo el intercambio interior-exterior de material político, bagaje, medios técnicos y otros, lo que implicó sumar parte de equipos de inteligencia a nosotros; entre otras cosas, documentación. Del mismo modo, agregamos el dispositivo que enlazaba a nuestros oficiales de Investigaciones, especialmente Extranjería.

También me correspondió la tarea de dirigir, por nuestra parte, el mecanismo de ingreso de los dineros que provenían del exterior, que se llevó a cabo, por un par de años, en el ámbito de tres personas: un diplomático extranjero, yo y Betty, la

enlace de la Dirección para este asunto exclusivo. Nadie más; lo que garantizó su supervivencia hasta que fui relevado a fines de 1975. Betty, abnegada y heroica, por este y otros deberes cumplidos más adelante, recibió la Medalla Luis Emilio Recabarren en el año del Centenario[24].

1 Destacan los aportes de artistas como Violeta Parra, Ángel Parra, Quilapayún, Inti Illimani, Rolando Alarcón, Sergio Ortega. La Discoteca del Cantar Popular, Dicap, fue una experiencia única en la historia musical chilena. Creada por las Juventudes Comunistas en 1967 para editar el disco «X Vietnam» de Quilapayún, terminó convertida en el principal soporte discográfico de la Nueva Canción Chilena. Con una vocación más militante que comercial, Dicap completó un registro de casi 70 títulos hasta su clausura impuesta por la Dictadura en 1973. Gran cantidad de sus masters fue destruida por los militares, aunque parte de las grabaciones de sus artistas, en su mayoría desterrados por razones políticas, fue reeditada a contar de 1977 por el sello Alerce, que cumplió tal tarea frente a la censura oficial contra esa música. En el catálogo inicial, editado en Chile entre 1963 y 1967, hay 67 LPs, 18 de ellos publicados bajo la inicial etiqueta Jota-Jota y 49 con el rótulo definitivo de la Discoteca del Cantar Popular. Entre los primeros hay discos de Quilapayún, Víctor Jara, Inti Illimani, el Trío Lonqui y Huamarí. Con la etiqueta de Dicap el sello lanzó discos de Isabel Parra, Ángel Parra, el elenco de la peña Chile Ríe y Canta, los Curacas, Payo Grondona, Tiempo Nuevo y Rolando Alarcón, entre otros. Para mayor información ver <www.musicapopular.cl>.

2 Carlos Berger Guralnik, 30 años de edad, periodista y abogado, director de la Radio El Loa y jefe de Relaciones Públicas de Chuquicamata, fue asesinado el 19 de octubre de 1973, en el camino entre Calama y Antofagasta, por integrantes de la denominada Caravana de la Muerte, comandada por el general Sergio Arellano Stark.

3 José González, ex obrero del salitre, había ganado en 1947 las elecciones para ser regidor y luego alcalde de Iquique. Junto a Salomón Corbalán, dirigente del Partido Socialista, esposo de la doctora María Eliana Carrera, fueron los ejes de la organización de la campaña presidencial de Salvador Allende en 1964.

4 Luis Hernández Parker (1911-1975), conocido como HP, fue un destacado comentarista político radial y obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en 1954.

5 Enrique Sánchez Cornejo es detenido desaparecido desde diciembre de 1975.

6 Mundo Chacón era hijo de Juan Chacón Corona (1896-1965), un destacado dirigente del PCCh.

7 Mayores antecedentes sobre estos militantes comunistas en Capítulos IV y V.

8 La Policía Política, llamada en Investigaciones «La Novena Administrativa», adquirió celebridad en el gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva. La dirigía el prefecto Hernán Romero y dependía directamente del Ministerio del Interior, cuyo titular inicialmente fue Bernardo Leighton y su subsecretario, Juan Hamilton. La opinión pública los denominaba «Los guatones de la PP», por el volumen físico de algunos de los agentes.

9 Carmen Vivanco ha cumplido en 2016 los 100 años de edad. Activa militante del PC, tiene cinco familiares detenidos desaparecidos: esposo e hijo, y su único hermano junto a su esposa e hijo.

10 Gerardo Weisner apareció involucrado en la publicación de las memorias apócrifas del general Carlos Prats, redactadas por el periodista Eduardo Labarca.

11 Ver: Carlos Toro: La guardia muere, pero no se rinde… mierda. Memorias de Carlos Toro; Partido Comunista de Chile. Colección La Vida es Hoy; Santiago de Chile; septiembre de 2007.

12 Diario El Siglo, Santiago de Chile, 29 de noviembre de 1969.

13 Estatutos del Partido Comunista de Chile, aprobados en el XIV Congreso Nacional realizado del 23 al 29 de noviembre de 1969. En Farías, Víctor. La Izquierda Chilena (1969-1973): Documentos para el estudio de su línea estratégica. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000.

14 Catrutro, catrutrito: s/. Dícese de la persona joven que recién se está iniciando en algo. Ejemplo: «Si este cabro está catrutrito, no me lo tratís mal».

15 Mayores antecedentes sobre José Flores Garrido en capítulos 4 y 5.

16 Toro, La guardia muere, pero no se rinde… mierda.

17 Luis Corvalán. Del discurso en el acto de masas del PC en el Teatro

Caupolicán, 11 de agosto de 1973. Ver: Farías, La Izquierda Chilena, ibíd.

18 Conversaciones con David Canales, op. cit.

19 Ibíd.

20 Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Georgetown.

21 Sobre conspiraciones e intentos de sublevación militar en Chile, entre 1960 y 1973, ver Capítulo II en: Manuel Salazar. Las letras del horror. Tomo I: La DINA. Santiago: LOM ediciones, 2011.

22 Katia Reszczynski, Paz Rojas y Patricia Barceló: Tortura y resistencia en Chile. Santiago: Ediciones Radio Universidad de Chile, abril de 2013.

23 Se trató de un intento frustrado de asilo masivo, realizado en junio de 1976, en el marco de la reunión de la OEA que tuvo lugar en Santiago.

24 Conversaciones con David Canales. La verdadera identidad de «Betty» es la de Flora Estay Saavedra.

Capítulo 3

Los inicios de la represión

3.1. Los primeros balances

Más de ciento setenta comunistas fueron asesinados en 1973: setenta y cinco en septiembre, setenta y seis en octubre, trece en noviembre y nueve en diciembre, según datos de la Comisión de Verdad y Reconciliación. En septiembre, cincuenta de ellos fueron detenidos, ejecutados o hechos desaparecer por Carabineros y veinte por miembros del Ejército; en octubre, de los setenta y seis muertos, Carabineros participó en cuarenta casos y el Ejército en veintitrés. En noviembre se registraron siete muertes, donde aparecen agentes de civil acompañando a los soldados; carabineros concurren en cuatro casos. En diciembre, del total de nueve víctimas, agentes civiles y militares figuran como responsables de siete de ellas y en sólo dos casos se menciona a carabineros.

En septiembre y octubre, generalmente en comunas rurales, los testimonios indican que civiles –en muchos casos conocidos por los afectados– acompañaron a los carabineros en las detenciones de las víctimas. Es posible inferir, además, que en la mayoría de los casos los policías uniformados actuaron acicateados por denuncias y/o delaciones de personas interesadas en cobrar cuentas a los militantes comunistas por sus actuaciones durante la Unidad Popular.

Del total de víctimas comunistas en el año del golpe militar, cerca de cincuenta eran dirigentes sindicales o vecinales. Murieron también, por razones políticas, un intendente, un gobernador, dos alcaldes, ocho regidores –los actuales concejales–, cuatro médicos, doce estudiantes, más de quince jefes de servicios del gobierno de la UP, catorce obreros y campesinos, diez ferroviarios y ocho profesores. El Partido sufrió la pérdida de una decena de dirigentes integrantes de su Comité Central y de comités regionales y locales. Fueron ejecutados sumariamente, además, cuatro choferes de dirigentes comunistas[1].

3.2. La primera reestructuración

1974 fue un año de reestructuración, desplegando esfuerzos con un aparato de Organización bastante mejorado. Se reordenaron las direcciones principales de trabajo y se incorporó a las tareas urgentes a buena parte de los miembros del Comité Central que no pertenecían a la dirección clandestina y que tampoco tenían responsabilidades en los comités regionales.

El nombre oficial de los organismos específicos de trabajo político que dirige el Comité Central es Comisiones Nacionales. No obstante, algunos dirigentes formados en las expresiones típicas bolcheviques y de la Tercera Internacional les denominaban frentes. Así, cada una de las comisiones nacionales o frentes del Partido tenía un responsable que era miembro del Comité Central y del cual dependían un grupo de asesores, ayudantes, especialistas o colaboradores.

Normalmente el Partido, desde el Comité Central, pasando por los comités regionales y los comités comunales, hasta las bases o células, contaba con las comisiones de Organización, Finanzas, Cuadros, Propaganda, Sindical, Campesina, Militar, Autodefensa, Universitaria, Cultura y Organismos Sociales, de donde dependían juntas de vecinos, clubes deportivos, asociaciones de jubilados y otras.

La mayoría de las comisiones funcionó en las células, en los comités locales y regionales hasta el golpe, pero después se redujo drásticamente la actividad partidaria y el trabajo político en terreno. Sólo actuaron las comisiones imprescindibles: Organización, Propaganda, Cuadros, Finanzas y Solidaridad.

David Canales recuerda:

Hay que considerar que el Partido sufrió una merma impresionante desde el mismo 11 de septiembre, fruto de la disgregación forzada, el corte de las relaciones inter-partidarias, la confusión creada por la re-dislocación inmediata de los dirigentes y la salida del país de muchos; pero, por sobre todo, el temor y

el desconocimiento de la situación. A fines del 73 se podía contabilizar como activos y presentes en su lugar de lucha, unos tres mil militantes, trabajando con gran inseguridad. En un balance realizado casi a fines del 74, la cifra aumentó a casi cinco mil. Reasignamos nuevamente direcciones en todos los regionales. En provincias –pueblo chico, infierno grande–, los comunistas eran conocidos y los desconocidos eran sospechosos para los dos bandos. Hay que imaginar, entonces, las dificultades para crecer orgánicamente. Hubo zonas en donde la clandestinidad fue tan rigurosa a causa de las debacles, que el Partido estuvo largo tiempo inmovilizado, como es el caso de Iquique, en donde tenían asiento siete unidades militares y existía una sola ruta de salida.

El Partido se fue reacomodando a fuerza de tesonero trabajo organizativo de la Dirección, así como también por la capacidad innata de los viejos militantes por encontrar la salida a las dificultades, y el conocimiento que se tenían entre sí, la confianza y la solidaridad. Nunca más, sin embargo, volvió a ser un partido multitudinario. Paralelamente, la dictadura se hizo más férrea, dominó de más en más con el terror, mejoró notoriamente su acometida al enemigo interno e impidió por medio de las balas, tortura y asesinatos, cualquier reaparición de actividad política y social.

La tarea de reestructuración duró hasta mediados del 74, al menos. Creíamos hacer una reestructuración rápida, pero todos los días le aparecían a la seguridad problemas y asuntos nuevos. Por ejemplo, siempre tuvimos la idea de rescatar gente que estaba presa, pero nunca lo hicimos. Pensamos también usar «kamikazes» para liquidar a alguna autoridad militar o civil; lo estudiamos mucho pero nunca lo hicimos. Nada de aventura y sí muy cuidadosos. No teníamos reemplazos para la primera línea de Dirección de este aparato tan especial por su calidad y que nos costó tanto formar en tiempo record y siempre presionados. Una vez discutimos ir a rescatar una persona a Colina, preso en su domicilio, hicimos el plan y al final lo descartamos. Yo quería hacerlo, pero mis compañeros de equipo dijeron no. –¡Voy yo solo y busco otra ayuda!–, dije encarajinado. Me sacaron la cresta en una discusión muy dura. Tuve que rendirme. Ganó el mejor criterio y yo no perdí ascendiente sobre mis compañeros ni tuve mala disposición hacia ellos[2].

3.3. El papel de Radio Moscú



El equipo que transmitía «Escucha Chile» desde Radio Moscú.

Las transmisiones de Radio Moscú fueron muy importantes desde el día mismo del golpe. Los programas inicialmente fueron anunciados por el locutor argentino Luis Cequini, diciendo «Aquí Radio Moscú», a lo cual se agregaba una voz femenina, la de Katia Olévskaya, con su «¡Escucha Chile!». El creador fue el periodista Babkén Serapioniánts. Se transmitía desde el edificio de la emisora, de diez pisos y tres subterráneos, que abarcaba una manzana, frente a la estación Novokuznétskaya del metro de Moscú. Cada palabra que se irradiaba debía estar registrada previamente en ocho copias para ser revisadas por distintos controles y firmadas por varios jefes. Babkén propuso algo revolucionario al producirse el golpe en Chile: un programa moderno, libre de reglamentaciones y censuras, elaborado por periodistas chilenos. Se produjo la quimera y le concedieron amplios poderes. Las ocho copias eran firmadas sin siquiera ser examinadas. Se sumó otro periodista soviético: Guennadi Sperski, que había estado en Chile. Cada uno de los periodistas chilenos tenía en sus credenciales un timbre, hasta ese momento exclusivo de las altas jerarquías, que los autorizaba para hablar directamente a micrófono abierto.

Todo ello fue posible por el apoyo de Serguei Lapin, ministro que presidía el Comité Estatal de Radio y Televisión de la URSS, que mantenía permanente contacto con Leonid Bréznev. Estaba atento incluso a los requerimientos de alimentación de los periodistas chilenos. Hubo choclos, porotos y lentejas.

El programa lo hacían cinco periodistas y un locutor chileno. José Miguel Varas era el director y con él trabajaron en distintos momentos de las emisiones Ligeia Balladares, Virginia Vidal, Gabriela Meza, Fresia Rojas, Eduardo Labarca, Guillermo Ravest, Marcel Garcés, Rolando Carrasco, Leonardo Cáceres, Hernán Rodríguez Molina, Lautaro Cerda, Mario Ramos, Carlos Cádiz, Carlos Jorquera Toledo, Víctor Vidal, Miguel Gómez, Mario Gómez López, Fernando Quilodrán, Jorge Texier y Miguel Garay. A ellos se agregaban Sperski y Olévskaya.

¡Escucha Chile! era seguido por otro programa que se llamaba Radio Magallanes, que incluía comentarios que profundizaban sobre algunos temas. Ambos se repetían más tarde en la noche, completando un total de tres horas de

emisión todos los días. Con Katia trabajó José García, el actor José Secall y el locutor René Largo Farías, que no sólo hizo libretos, sino que también creó «Chile lucha y canta». En los últimos años se contó con las voces de Carmen Palma y Francisco Aguirre.

Hubo, además, dos audiciones semanales a cargo de dirigentes de tres partidos, Comunista, Socialista y Mapu Obrero-Campesino. El del PC lo hizo Volodia Teitelboim; por el PS estuvieron Jaime Suárez, Hernán del Canto y el comandante Ernesto Galaz; y en el del Mapu, Enrique Correa, Jaime Estévez y Carlos Bau.

Para conseguir información desde Chile se tejió una red de colaboradores en Chile que armó Miguel Gómez, trabajando en estrecha relación con la Dirección del Partido. Cuando cayó Víctor Díaz, debió salir del país y fue reemplazado por Marcel Garcés. Se establecieron también estrechos vínculos con un grupo de periodistas argentinos que eran escuchas y retransmisores de noticias sobre Chile. Además, cada mediodía se llamaba a Mario Gómez López a México, que leía cuanto cable con referencia a Chile había llegado a ese país.

Paralelamente, otro equipo, dirigido por Sergio Villegas transmitía desde Radio Berlín Internacional con una programación diferente. Allí trabajaron los periodistas Mario Cerda, Víctor Vío, Choli Melnick y Jorge Sosa, y como comentaristas estuvieron Orlando Millas, Rodrigo Rojas, Hugo Fazio, Leonardo Cáceres y Luis Alberto Mansilla[3].

3.4. El pulso de la resistencia a través de los documentos oficiales del PC

A los pocos días después del golpe, la Dirección del Partido entendió que debía intentar mantener su comunicación no sólo con la militancia comunista, sino que también con todas las fuerzas políticas y sociales afectadas por la dictadura. Así, el 11 de octubre emitió la declaración «La voz de orden es la unidad», donde analizó el significado de lo ocurrido y convocó a los chilenos a cerrar filas para resistir al régimen militar. En algunos párrafos de ella señaló:

[…]

Cada acto de la Junta Militar es la negación completa de lo que la oposición al Gobierno Popular dijo defender. Hablaban de democracia e imponen la dictadura. Hablaban de libertad y han instaurado los campos de concentración. Hablaban del respeto a la persona humana y han hecho del fusilamiento sin juicio el pan de cada día. Decían defender el pluralismo y la autonomía de las Universidades y las han intervenido militarmente.

[…]

–Todas las libertades públicas han sido liquidadas. No hay libertad de reunión, de asociación ni de expresión oral o escrita. Las operaciones punitivas han alcanzado grados de brutalidad increíble.

Las poblaciones civiles, sobre todo en los barrios populares, han sido sometidas a toda clase de vejámenes que hace hervir la sangre hasta de los más indiferentes. Se ha violado domicilios. Hay gente flagelada. Se ha quemado libros por montones, como si estuviéramos en plena Alemania de Hitler. Los fusilamientos alcanzan ya centenares.

[…]

–Como siempre, pondremos el acento en la organización, la unidad y la lucha de las masas y en el desarrollo creciente de su conciencia política. La confusión y el desaliento que en estos instantes puedan existir en ciertos sectores del pueblo son

estados de ánimo eminentemente transitorios. La clase obrera y el pueblo en general saldrán más fuertes de las pruebas y los combates que vendrán.

[…]

–No pocos de nuestros militantes y dirigentes sufren los rigores de la persecución desencadenada. Pero el Partido Comunista y la gloriosa organización de sus Juventudes sabrán mantenerse en pie y sostener con coraje en sus manos las banderas del combate. Una vez más se templará nuestro Partido en las nuevas y duras condiciones en que actuará en el futuro inmediato. De ellos emergerá más grande y prestigioso, aunque por el momento la baja marea lo afecte parcialmente.

[…]

–Representamos ante todo los intereses de la clase obrera, a la cual hemos sido, somos y seremos fieles hasta las últimas consecuencias. Representamos al mismo tiempo los intereses del pueblo y de la Patria con los cuales se entroncan y confunden los intereses de los trabajadores.

–Hemos sufrido muchos golpes, pero nos recuperaremos.

[…]

¡Hay que detener, con la movilización de masas, la represión y el crimen!

No debe haber más muertes de chilenos honestos. Basta de sangre. Son miles los caídos.

Debemos poner término al terror ejercido contra el pueblo y abrir paso a nuevos horizontes revolucionarios. Para ello, la voz de orden de la hora presente es la de la unidad más amplia del pueblo. Unidad para defender el derecho a la vida y poner fin a la represión y la muerte.

Unidad para defender el derecho al trabajo y terminar con los despidos y represalias.

[…]

Unidad para reconquistar las libertades públicas. En esta unidad tienen un lugar cada hombre, mujer o joven de nuestro pueblo, no importa si ayer estuvo en la oposición confundido por la propaganda de los reaccionarios. Millones han visto el fascismo cara a cara y están dispuestos a luchar contra él.

Luego, el 25 de octubre, emitió un «Llamado a la solidaridad», donde, en parte, expresó:

Es urgente que la opinión pública mundial sepa que entre el 19 y el 22 de octubre, a 50 días del Golpe Militar, han sido fría y cínicamente asesinados 71 ciudadanos inocentes. Nos referimos a los 19 de Copiapó, a los 22 de Antofagasta, a los 26 de Chuquicamata: funcionarios empleados y mineros, y a los 4 mineros del carbón cuyos fusilamientos y condenas fueron publicados oficialmente. Todo esto, mientras la imagen de la televisión exhibe la sonrisa conciliadora de los generales y cuando se ha montado toda una farsa destinada a

convencer de que en Chile se reconstruye en paz, sin rencores y sin peligro para nadie.

[…]

Todo Chile espera que la solidaridad internacional continúe y se pueda detener la masacre sistemática de los que no han cometido otro delito que el de amar la libertad y la justicia.

Enseguida, el 20 de noviembre advirtió: «La libertad de la Iglesia está en peligro»:

Desde hace algunos días, arrecia en la prensa controlada por la Junta Militar, una campaña orientada a desprestigiar al cardenal Raúl Silva Henríquez, primado de la Iglesia Católica en Chile. Su intención manifiesta es el desplazamiento de su alto cargo.

Como siempre, se han repartido los papeles. El Mercurio representa la «objetividad». Sólo repite los cables enviados por agencias extranjeras. A La Segunda de El Mercurio y a Tribuna se les ha encargado el comentarlos, aprovechando esa oportunidad para lanzar el insulto hipócrita, el párrafo venenoso o la afirmación irresponsable, puesta en boca de falsas cartas de lectores. El cardenal, según estos plumarios, «es más izquierdista que Corvalán y Altamirano», marxista-leninista, de acuerdo al lenguaje puesto en boga. ¡Ya sabemos lo que pasa en Chile cuando a una persona se la rotula de marxista!

[…] ¿Por qué tanta saña contra el cardenal? ¿Cuáles son las intenciones de sus valerosos enemigos que escriben seguros de que no podrán tener la respuesta que

se merecen, dado el régimen de opresión que viven la prensa, radio, televisión y el pueblo chileno?

Las intenciones del fascismo son arrastrar a la Iglesia Católica a posiciones liberticidas y acallar así cualquier voz que se levante en contra de los crímenes que a diario se cometen contra Chile.

[…] La libertad y seguridad del cardenal están amenazadas.

El 15 de noviembre empezó a circular una nueva declaración titulada «El Partido Comunista denuncia provocación», donde advirtió:

La Junta Militar fascista, a través de los servicios de inteligencia y de diversas agencias de provocación, trata de crear un ambiente propicio y sangriento contra el pueblo de Chile.

Mediante la difusión de volantes apócrifos a nombre del Partido Comunista de Chile y de las Juventudes Comunistas de Chile y de otras organizaciones políticas de izquierda se difunden consignas falsas sobre una ofensiva de fin de año bajo el lema: «El 11 fue de ustedes, la Pascua será nuestra». Se preparan así acciones provocadoras, preparadas por la misma Junta, que den pretextos a nuevas razias contra la clase obrera y el pueblo.

Poco antes de la Navidad, el 20 de diciembre, emitió «Unir millones para poner término a la pesadilla», donde manifestó:

Frente a la ofensiva abierta del fascismo contra la Patria, que consiguió detener el proceso de transformaciones estructurales, que ha impuesto la persecución más feroz sobre el movimiento popular y los sectores democráticos en general, que sume a millones de chilenos en la miseria y el hambre, que ha logrado que los militares quebraran y atropellaran las mejores tradiciones de Chile y que pretende perpetuarse en el poder, cada chileno honesto tiene un deber que cumplir en las acciones que unan a millones para poner fin a esta pesadilla. Esta terminará sin duda. Pero depende de la voluntad y acción de los patriotas que esto suceda cuanto antes y remplace a la tiranía un nuevo gobierno nacional, mayoritario, democrático, pluralista, capaz de llevar adelante los cambios revolucionarios que el país requiere. Hay condiciones para unir, sin sectarismo, a la mayoría inmensa de los chilenos contra la tiranía porque la lucha contra el fascismo significa combatir por la defensa de los verdaderos intereses y sentimientos de Chile y los chilenos.

[…] Esta unidad incluye el trabajo, por ejemplo, con amplios sectores demócrata-cristianos que se ha pronunciado contra el golpe, con sectores independientes que han comprobado con horror lo que es el fascismo. Tales fuerzas deben ser consideradas en pie de igualdad.

El 29 de diciembre, en la declaración «El oportunismo de los dirigentes chinos», condenó:

[…] vemos con indignación el comportamiento oportunista del gobierno y de los dirigentes del Partido Comunista de la República Popular China. Ellos han prestado pronto reconocimiento diplomático al régimen fascista y se han marginado de cualquier expresión de solidaridad con la clase obrera y el pueblo de Chile que ayude a aliviar los efectos de la ofensiva contrarrevolucionaria.

A continuación, el 3 de enero de 1974, el Partido denunció «El plan Leopardo del asesino Arellano Stark»:

[…] Las vidas de cinco jóvenes militantes comunistas, uno de ellos con antiguos vínculos con la Juventud Obrera Católica, han sido segadas por la dictadura. Han sido asesinados fríamente. Luis Canales Vivanco, Carlos Alberto Cuevas Hoya, Pedro Rojas Castro, Alejandro Gómez Vega y Luis Orellana Pérez fueron detenidos en sus casas el día jueves 20 de diciembre. Su detención se hizo efectiva por personal de la FACH vestido de civil. Operaron con dos vehículos de la empresa Bresler, fábrica ubicada cerca del sector donde se llevaron a cabo estas detenciones. Todo esto consta a centenares de vecinos que han entregado los antecedentes en el Arzobispado de Santiago.

El día 22 de diciembre, la Comandancia en Jefe del Ejército emitió un comunicado informando de un supuesto intento fallido de sabotaje en torres de alta tensión, en el sector de Cerro Navia, Quinta Normal-Barrancas. Según el comunicado, una patrulla militar habría descubierto y enfrentado a los cinco jóvenes aludidos. «El resultado del encuentro fue la muerte de los cinco extremistas», afirma El Mercurio.

Todo esto es la más burda de las mentiras. No ha habido tal enfrentamiento. No se ha producido tal intento de sabotaje. No existe el llamado «Plan Leopardo» de que se habla en el comunicado de la Comandancia en Jefe.

Lo que hubo fue un crimen premeditado contra los detenidos que estaban ya, desde hacía 48 horas, en las prisiones de la Fuerza Aérea, crimen que se pretende explicar urdiendo la trama de un «sabotaje extremista».

Para dar verosimilitud a esta calumnia, la noche del 22 de diciembre se desató una violenta balacera en el sector Cerro Navia, precedida de operativos de intimidación por parte del personal de la FACH.

El 10 de enero de 1974 se difundió una nueva declaración «Salvar la vida de los presos de isla Dawson», que señaló:

[…] el clima riguroso, el trabajo forzado, la incomunicación, la falta de atención médica adecuada, la detención indefinida sin juicio y la falta total de garantías de defensa jurídica, constituye un cuadro que está convirtiendo el campo de concentración de Dawson en un auténtico campo de exterminio de dirigentes y ex funcionarios del gobierno del presidente Allende.

[…] Llamamos a todas las organizaciones, a todos los hombres democráticos del mundo a expresar su repudio a la brutal violación de la dignidad y los derechos humanos que significa la mantención del campo de concentración de Dawson y demás lugares de confinamiento de trabajadores y dirigentes populares y sindicales. Hay que salvarlos de la muerte, hay que exigir a la Junta usurpadora su liberación inmediata y el restablecimiento de las garantías jurídicas elementales.

El 11 de febrero la Dirección se dirigió a sus militantes llamándolos a «¡Reforzar el Partido Comunista!», y, poco más tarde, el 2 de marzo, reflexionó sobre la situación de estudiantes y académicos en la declaración «¡La Universidad no es un cuartel!».

En los meses y años siguientes, pese a la encarnizada persecución, los dirigentes comunistas, a través de múltiples medios, siguieron manteniendo una comunicación permanente con los chilenos[4].

3.5. La AGA y la represión de la FACH

A comienzos de octubre de 1970, el presidente del Senado, el demócrata cristiano Tomás Pablo, declaró que habían ingresado al país unos cuarenta

guerrilleros de origen húngaro.

Por esos días el capitán Jorge Silva, oficial de la contrainteligencia de la FACH, fue llamado por el comandante en jefe de la institución, el general Carlos Guerrati, quien le encargó ir disimuladamente a la base aérea de Quinteros y entrevistarse con el coronel José Berdichewsky, que poseía información sobre una célula comunista que se estaba formando en esa repartición castrense.

Berdichewsky le dijo al capitán Silva que él no tenía ningún antecedente sobre aquella célula y que quien los tenía era el comandante en retiro de la FACH Sergio Montero. Silva acudió donde Montero y éste le confesó que la célula comunista había sido un pretexto para hablar con alguien de la contrainteligencia de la FACH y solicitarle ayuda en un atentado para eliminar a Salvador Allende cuando acudiera pocos días después a un acto público en Valparaíso. Montero pidió ayuda de algunos hombres para cubrir la retirada de los conjurados.

Silva tomó nota, volvió a Santiago y al día siguiente informó al general Guerrati, quien le pidió su opinión sobre el tema. El capitán le replicó que, a su juicio, sería una insensatez que la FACH se involucrara en una acción de ese tipo. Guerrati guardó silencio.

El capitán Silva, inquieto por lo conocido, se contactó con Miguel Labarca, secretario personal de Allende, y le relató lo sucedido. Horas más tarde, Silva y un amigo suyo, el comandante de la FACH Alamiro Castillo, entregaron todos los antecedentes del caso al presidente electo. Dos días antes de viajar al mitin en Valparaíso, Allende informó a algunos periodistas que durante su próxima estadía en el puerto, un tal señor Montero intentaría asesinarlo.

Uno de los organizadores del complot había sido el coronel Mario Jahn Barrera, jefe de contrainteligencia de la FACH, quien luego del triunfo de Allende en las urnas, el 4 de septiembre de 1970, había abandonado el país rumbo a la zona militar estadounidense en Panamá, temeroso de que la Unidad Popular descubriera sus conspiraciones[5].

El coronel Jahn y varios otros oficiales de la FACH –algunos muy bien conectados con las misiones militares y con los agentes de inteligencia de Estados Unidos en Chile– operaron desde la segunda mitad de los años sesenta en procura de que los partidos de izquierda no llegaran al gobierno. Incapaces de evitar el triunfo de la Unidad Popular en 1970, se abocaron a preparar un golpe

militar en contra de Allende, estableciendo estrechos vínculos con núcleos similares en la Armada, en el Ejército, en Carabineros y en los grupos civiles que emprendieron similar propósito. Varios de ellos se sumaron inicialmente a las asonadas que dirigió el coronel Arturo Marshall en 1960 y 1970, y luego el teniente coronel Roberto Souper en el Tanquetazo de junio de 1973. Al fracasar aquellos intentos, trataron de pasar inadvertidos en espera de mejores condiciones para el golpe[6].

En el intertanto, reunieron una considerable cantidad de información sobre los integrantes del gobierno de la UP, de los militantes de los partidos que la integraban y de las principales organizaciones sociales que apoyaban el gobierno popular. La mayoría de los actos públicos de la UP fueron fotografiados y filmados para elaborar archivos con los dirigentes y militantes de izquierda más connotados. Todas las visitas de Allende a cuarteles militares también fueron prolijamente grabadas[7].

Tras producirse el golpe del 11 de septiembre de 1973, la inteligencia y contrainteligencia de la FACH eran las que estaban en mejores condiciones para iniciar la represión selectiva de los dirigentes y militantes de izquierda. El comandante de la institución, el general Gustavo Leigh, prometió ante las cámaras de televisión «exterminar el cáncer marxista» y puso a sus hombres de mayor confianza a trabajar en ello. Un grupo de oficiales, al mando del jefe de Inteligencia, el coronel Horacio Otaíza, se instaló en la Academia de Guerra Aérea, AGA, en un ex convento de monjas en Las Condes, donde fueron conducidos decenas de sus compañeros de filas para ser interrogados y torturados brutalmente en busca de información. Aquellos hombres –oficiales, suboficiales y soldados– habían osado concordar con el programa de gobierno de la UP y participar activamente en su desarrollo. Fueron flagelados, humillados y condenados en consejos de guerra efectuados sin las mínimas garantías de legítima defensa.

En la Escuela de Especialidades de la FACH, en tanto, ubicada en el Paradero 32 de la Gran Avenida, en la actual comuna de El Bosque, se desató la represión sobre todo el sector sur de Santiago. Allí funcionaban las direcciones de Inteligencia y Contrainteligencia, bajo el mando del coronel Mario Jahn, que estaba de vuelta en el país y que muy pronto pasaría a ser el subdirector de la DINA, bajo el mando del coronel Manuel Contreras.

El general Gustavo Leigh, mientras, puso a un cercano amigo y compañero de

curso en la FACH, el general Francisco Herrera Latoja, al frente de una instancia muy pequeña, pero que sería fundamental en las tareas represivas futuras, especialmente las relacionadas al Partido Comunista.

El general Herrera Latoja, cuarta antigüedad de la FACH y miembro original del complot golpista, asumió el mando del Centro Coordinador de Detenidos, CCD, que servía de nexo entre los campos de prisioneros y el Estado Mayor de la Defensa Nacional, encabezado por el general Nicanor Díaz Estrada, también de la FACH. Herrera llevó a trabajar con él a los comandantes Leopoldo Moya Bruce y Napoleón Sergio Bravo Flores. Moya manejó los antecedentes y fichas de los detenidos, mientras que Bravo estuvo a cargo de distribuir la documentación emanada del CCD hacia el Ministerio de Relaciones Exteriores, la Dirección General de Investigaciones y el Campamento del Estadio Nacional.

En el CCD se administraban y tramitaban los antecedentes de los detenidos y se comunicaban las resoluciones sobre el destino de los prisioneros. En una camioneta del Ministerio de Defensa llegaban casi a diario al Estadio Nacional dos corpulentos oficiales de la FACH con las órdenes de liberación y resoluciones dispuestas por el Ministerio de Defensa.

Las decisiones sobre los prisioneros se tomaban sobre la base de los antecedentes con los que ya contaban los distintos servicios de inteligencia de las FF.AA. y Carabineros, más los datos aportados por la Policía de Investigaciones y la información recabada mediante interrogatorios «protocolares» o arrancada bajo tortura. Estos antecedentes eran enviados por los fiscales de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros al Estado Mayor de la Defensa Nacional, siendo procesados por el Departamento II de Inteligencia, al mando del capitán de navío Ariel González Cornejo. En el caso de los extranjeros, cuando era posible también se solicitaban antecedentes a los servicios de inteligencia de sus países de origen, a veces a espaldas de la representación diplomática correspondiente.

Algunos prisioneros, tras ser chequeados sus antecedentes, eran liberados sin más trámite. Otros casos requerían «tratamiento intensivo» de interrogación y torturas antes de que se resolviera liberarlos o mantenerlos detenidos. En casos «especiales», habría mayor deliberación en niveles más altos del poder para decidir su destino. Algunos serían ejecutados sin dejar rastro documental no sólo del crimen, sino incluso de su paso por el Estadio Nacional.

El 28 de septiembre de 1973, el general Díaz Estrada y el general Herrera pidieron, a los agregados de Defensa y de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en Chile, la «asistencia de un asesor calificado para establecer un centro de detención para prisioneros que serán retenidos por un periodo relativamente largo de tiempo».

La petición no era extraña ni nueva para Estados Unidos, el principal aliado de Chile, que invirtió dinero, asignó agentes y no escatimó esfuerzos para desestabilizar el gobierno de Allende y precipitar el golpe militar. Sólo cuatro días después de la toma de poder por parte de la Junta Militar, el jefe de Logística de la Fuerza Aérea ya le estaba pidiendo ayuda urgente: que se enviaran «inmediatamente» mil cascos para soldados y mil luces de bengala «para ser usadas en operaciones militares en contra de grupos extremistas»[8].

La información reunida en el CDD, más la acumulada en la AGA y en la Dirección de Inteligencia y de Contrainteligencia de la FACH, permitió que esta rama de las Fuerzas Armadas obtuviera notorias ventajas por sobre el Ejército y la naciente DINA en las tareas represivas que estaban comenzando. A fines de 1974 se constituyó, además, la Comunidad de Inteligencia como una instancia de coordinación de las cuatro instituciones uniformadas. Funcionó en calle Antonio Ríos 36, en el mismo edificio donde hoy se ubica el Ministerio de Bienes Nacionales. La dirigieron Odlanier Mena, por el Ejército; Enrique Ruiz Bunger, por la FACH: el capitán de Navío Ariel González, por la Armada; y el general Rubén Romero Gómez, por Carabineros. Fue allí donde se dio vida al Comando Conjunto, cuyas principales tareas fueron reprimir inicialmente al MIR y luego al Partido Comunista. La cabeza operativa de esta organización fue el comandante Edgard Ceballos Jones, de la FACH, quien dependía directamente del general Ruiz. Bajo él había una especie de plana mayor que integraron el capitán Álvaro Corbalán, por el Ejército; el teniente Daniel Gimpert, por la Armada; el capitán Agustín Muñoz Gamboa, por Carabineros; y Roberto Fuentes Morrison, por la FACH[9].

3.6. El oculto papel de los civiles

Las investigaciones efectuadas en los últimos años por el juez Mario Carroza

sobre las muertes y torturas ocurridas en la Academia de Guerra Aérea, AGA, en las semanas y meses que siguieron al golpe de Estado, podrían ayudar a precisar el papel que cumplieron algunos civiles en el brusco y dramático aumento de la represión a partir de octubre de ese año. Abogados, defensores de los derechos humanos y familiares de las víctimas de los crímenes ocurridos en aquel periodo se han hecho durante décadas las mismas interrogantes que el ex diputado y jurista Andrés Aylwin Azócar:

¿Por qué se perpetraron tantos asesinatos masivos en el mes de octubre de 1973, en circunstancias de que el país estaba en absoluta calma desde el 12 de septiembre de ese año? ¿Cómo pudo producirse esta determinación de muerte en un mismo momento, surgiendo espontáneamente de autoridades y uniformados esparcidos a través de todo el territorio nacional? ¿Por qué muchas de las autoridades y mandos regionales que habían actuado con una cierta ecuanimidad y humanidad en septiembre de 1973, se convirtieron súbitamente en monstruos en el mes de octubre? ¿Por qué tanta muerte en esos días si no existían enfrentamientos o resistencia en ninguna parte? ¿Cómo no pensar que en ese momento, octubre, se produce una decisión política emanada de los más altos niveles del poder, esto es, desde la Junta de Gobierno o del presidente de dicha Junta, en el sentido de actuar con mayor dureza?[10].

Andrés Aylwin cita una «minuta» enviada por el abogado Jaime Guzmán Errázuriz a la Junta de Gobierno días después del golpe, mencionada por el cientista político Carlos Huneeus en uno de sus libros. Afirmaba el abogado gremialista en aquella «minuta», examinada por Huneeus en la Fundación Jaime Guzmán:

El éxito de la Junta está directamente ligado a su dureza y energía, que el país espera y aplaude. Todo complejo o vacilación a este propósito será nefasto. El país sabe que afronta una dictadura y lo acepta. Sólo exige que ésta se ejerza con justicia y sin arbitrariedades. Véase si no la increíble pasividad con que se ha recibido por el estudiantado la intervención de las universidades, medida que en todas partes ha suscitado violenta resistencia. Transformar la dictadura en

‘dictablanda’ sería un error de consecuencias imprevisibles. Es justamente lo que el marxismo quiere desde las sombras[11].

Por aquellas semanas, a fines de septiembre de 1973, Jaime Guzmán, máximo dirigente del gremialismo e integrante del directorio de la revista Qué Pasa, era parte del núcleo de consejeros más cercanos al general Gustavo Leigh, comandante en jefe de la FACH, quien en la tarde del día 11 había prometido «extirpar el cáncer marxista». Otro de los consejeros civiles del general Leigh era el Secretario General del Colegio de Abogados, Julio Tapia Falk, que en los meses siguientes se transformaría en uno de los hombres que dirigirían el consejo de guerra en contra de los oficiales y suboficiales constitucionalistas de la FACH, en el caso caratulado como «La Fuerza Aérea contra (el general Alberto) Bachelet y otros».

A fines de septiembre, la Junta de Gobierno encargó al historiador Gonzalo Vial, miembro del directorio de la revista Qué Pasa, y a otros dos o tres periodistas cuya identidad aún permanece en las sombras, la redacción rápida del denominado Libro Blanco, que incluyó una serie de documentos aparentemente encontrados en los allanamientos a las reparticiones públicas y sedes de partidos de la Unidad Popular, entre ellos un supuesto «Plan Zeta» destinado a asesinar a la oficialidad de las Fuerzas Armadas y a sus familias.

Los contenidos del Libro Blanco y de aquel afiebrado «Plan Zeta» sirvieron como base de los crueles interrogatorios a los que fueron sometidos el general Alberto Bachelet y sus camaradas de la FACH en los subterráneos de la AGA por sus propios camaradas de armas, encabezados por el general Orlando Gutiérrez Bravo y los comandantes Edgar Ceballos Jones, Sergio Lizosain Mitrano, Ramón Cáceres Jorquera y Gonzalo Pérez Canto, además del ya mencionado abogado Julio Tapia. También fueron la principal excusa para torturar a decenas de miles de otros chilenos en el resto del país[12].

En aquella decisión de endurecer la represión cabe responsabilidad a quienes gobernaban al país, pero también a los altos mandos de las instituciones armadas y de orden, así como de quienes incitaban a la violencia extrema en contra de la disidencia. Andrés Aylwin sostiene que no es posible olvidar la influencia decisiva de los medios de comunicación ni la conducta de la enorme mayoría de los dirigentes políticos de la derecha, quienes vieron en el golpe triunfante la

oportunidad para aplastar a los sectores progresistas y establecer un orden político y económico funcional a sus intereses.

Huneeus, en tanto, señala lo que considera una verdad indiscutible: «No hubo de parte de los grupos de civiles de derecha que apoyaron el golpe de Estado un llamado a la prudencia; por el contrario, algunos rechazaron la moderación en el estilo político, descartando tempranamente que se estableciera una “dictablanda”».

Fue en octubre cuando se intensificaron las torturas y malos tratos a los oficiales y suboficiales detenidos en diversos recintos de la FACH, incluida la AGA. Paralelamente, en esas mismas fechas fueron fusilados once trabajadores en la Maestranza de Ferrocarriles de San Bernardo, fueron asesinados diecisiete campesinos del fundo «El Escorial», catorce del fundo «24 de Abril» y otras sesenta personas de los sectores de Aculeo, Champa y Paine. También en octubre la denominada «Caravana de la Muerte», que encabezó el general Sergio Arellano, asesinó e hizo desaparecer a ochenta y nueve personas detenidas entre Cauquenes, por el sur, y Calama, por el norte. En octubre, asimismo, se cometieron crímenes masivos en Puente Alto, Parral, Talcahuano, Mulchén, Panguipulli, Chihuío, Lago Ranco, Llanquihue y Porvenir. En Santiago, mientras, se asesinó a pobladores de San Gregorio y a vecinos de la remodelación San Borja y de El Arrayán. También los campesinos y pobladores que aparecieron asesinados en los hornos de Lonquén fueron arrestados y exterminados en ese mismo mes de octubre de 1973.

En la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes, en tanto, desde fines de septiembre de ese año el coronel Manuel Contreras se preparaba para encabezar la DINA y se abocó a revisar informes de inteligencia y documentos encontrados en las sedes de los partidos de izquierda. Contreras pidió listas de prisioneros, sugirió órdenes de arresto, ordenó allanamientos, recomendó métodos para interrogar y fijó prioridades para el trabajo represivo. Uno de los informes que recibió fue elaborado por el médico militar Augusto Schuster Cortés, que llegaría a ser subsecretario de Salud del gobierno de Pinochet. Se titulaba «Políticas a seguir con los miembros de la Unidad Popular» y señalaba:

La Unidad Popular en el país alcanzó, en el periodo de su auge, un porcentaje cercano al 50% de los votantes, cantidad ésta que fue progresivamente

disminuyendo hasta que alcanzó el 43,5 en las elecciones de marzo de 1973.

Aquellos que tomaron parte en este contingente pueden ser clasificados, en orden decreciente de peligrosidad y activismo, en varias categorías.

En primer lugar tenemos a los extremistas, elementos fanáticos, desequilibrados, altamente peligrosos por su agresividad y capaces de matar sin titubeos. Pueden ser extranjeros o chilenos. Tienen serias inestabilidades mentales y carecen de espíritu de autocrítica, así como de una clara comprensión de sus acciones. Generalmente, no son inteligentes y no poseen buena preparación técnica. Son irrecuperables.

El segundo grupo está compuesto por activistas de alta peligrosidad e inteligencia, que son técnicamente dotados y ejercen una influencia enloquecedora sobre sus grupos de trabajo. En un momento dado pueden llegar a ser violentos. Son irrecuperables.

El tercer grupo está compuesto por activistas ideológicos, quienes, mientras reflejan características de los grupos antes descritos en cuanto a peligrosidad, odian la violencia directa, prefiriendo ejercerla a través de terceros... Este grupo debiera ser analizado meticulosamente, para determinar cuáles de ellos podrían ser usados técnicamente, sobreentendiéndose que deben estar bajo estricta vigilancia.

El cuarto grupo está compuesto por los militantes de los partidos de la Unidad Popular, los cuales, aun cuando no son inmediatamente recuperables, es posible que con el tiempo puedan apaciguarse. Constituyen ellos una fuente de trabajo que es altamente aprovechable en este país.

El quinto grupo es aquel de los simpatizantes de la UP que sin ninguna peligrosidad, y con más razón que el grupo mayoritario, pueden ser ganados con una inteligente y exitosa política.

A nadie cabe duda alguna acerca de la aplicación absoluta de la norma que establece que cualquier jefe de servicio identificado con la UP, cualquiera sea el grado de su compromiso, debería ser removido de su cargo.

Si deseamos una patria fraternalmente unida, sin ganadores ni perdedores, ocupada exclusivamente en su rápida restauración, no deben permanecer en el país o libres por mucho tiempo extremistas o activistas, sean chilenos o extranjeros.

Los extremistas y activistas más peligrosos deben ser deportados y otros neutralizados en algún lugar dentro del territorio nacional. Aquellos que son utilizables a causa de su menor peligrosidad y de su mayor capacidad técnica, deben ser cambiados de su lugar de trabajo. Que quede en claro que estamos en una firme e inexorable actitud de eliminar todos los elementos desequilibrantes de nuestra patria[13].

No parece una casualidad que este informe fuera elaborado por un médico de la FACH que prestaba asesorías al Ministerio de Salud desde los primeros días después del golpe. El ministerio tuvo como primer ministro a otro médico de la FACH, el coronel Alberto Spoerer Covarrubias, que el 10 de julio de 1974 dejó el gobierno y asumió la dirección del hospital de la FACH. En la cartera de Salud asumió el general de la FACH Francisco Herrera Latoja, el mismo que estuvo al mando de la oficina que recibió toda la información de los prisioneros políticos en los campos de concentración. Herrera abandonó el ministerio el 8 de marzo de 1976, siendo reemplazado por el general Fernando Matthei Aubel, que luego sería comandante en jefe de la FACH.

A fines de septiembre de 1973, Pinochet convocó al coronel Contreras a una

reunión de la Junta de Gobierno con la Comunidad de Inteligencia del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Sus miembros requerían imponer criterios sobre el trabajo de inteligencia y el manejo de la información que cada una de las ramas estaba recogiendo. Los jefes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (Sifa), del Servicio de Inteligencia Naval (SIN), del Servicio de Inteligencia de Carabineros (Sicar), y de la Policía de Investigaciones, habían considerado que para enfrentar la tarea que se avecinaba se debía crear un organismo superior que cotejara y centralizara la información y trazara los lineamientos de las acciones a seguir.

El coronel Contreras pidió la palabra y expuso la estrategia por él diseñada, los planes a desarrollar, las características de la nueva orgánica e, incluso, los nombres de los oficiales de las distintas ramas que él consideraba que deberían incorporarse al nuevo servicio. También les leyó una lista de civiles que, a su juicio, serían de utilidad para ese trabajo. Los asistentes se miraron entre sí sorprendidos, pero comprendieron que la decisión ya había sido tomada por Pinochet y los otros integrantes de la Junta de Gobierno. Sólo quedaba acatar.

En los meses previos y en las semanas que siguieron al golpe del 11 de septiembre, un considerable número de miembros del Frente Nacionalista Patria y Libertad y de otros grupos de derecha se incorporaron a los aparatos de inteligencia de las Fuerzas Armadas como analistas de inteligencia o integrantes de los aparatos represivos. Sus nombres fueron recomendados o sugeridos por dirigentes políticos cuyos nombres hasta ahora tampoco se conocen[14].

3.7. Diecinueve asesinatos a petición de ejecutivos de la CMPC

El teniente de Carabineros Alberto Fernández Mitchel estaba en su casa, facilitada por los ejecutivos de la planta local de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, CMPC, propiedad de la familia Matte, cuando recibió la noticia del golpe. Tenía 22 años, era el jefe de la Tenencia de Laja, y llamó a sus 16 carabineros a acuartelarse. En la mañana recibió la orden de su jefatura de Los Ángeles para que detuviera a todos los principales dirigentes de la Unidad Popular. Cerca de las 16 horas llegó al frente de una patrulla a la planta de la Papelera. Los casi 400 trabajadores estaban terminando sus faenas y los hicieron

formarse en filas en un patio de la planta. El teniente tenía en sus manos una lista que le había entregado el superintendente de la empresa, Carlos Ferrer Gómez, y el jefe de personal, Humberto Garrido. Contenía los nombres de 22 «activistas», que fueron detenidos, llevados a la tenencia y luego enviados en buses de la CMPC a la cárcel de Los Ángeles.



Recreación judicial de la ejecución en Laja

Horas después, el comisario de Los Ángeles, Aroldo Solari Sanhueza, conminó al teniente Fernández que comenzara a detener a todos los dirigentes de izquierda de la comuna. Le explicó que la CMPC tenía una planta química, que los activistas podían tomársela y actuar en contra de los carabineros. Luego llegó el coronel de Ejército Alfredo Rehern Pulido y le reiteró la orden.

La tarde del mismo martes 11, los carabineros de Laja detuvieron a Manuel Becerra Avello en la estación de ferrocarriles, cuando se despedía de su madre para volver a Curacautín, donde asistía a la escuela industrial. Tenía 18 años y era simpatizante del MIR. Luego fue detenido en la Barraca Burgos el obrero comunista Luis Armando Ulloa, 41 años, casado, cinco hijos. El 13 de septiembre, a la salida de la CMPC, fueron apresados Juan de Dios Villarroel, 34 años, cuatro hijos, comunista; Jack Gutiérrez Rodríguez, socialista; Heraldo Muñoz Muñoz, socialista; y Federico Riquelme Concha. A la tenencia llegó también Alfonso Macaya Barrales, comunista, regidor de la comuna, quien se presentó voluntariamente al informarse por radio que se le buscaba. El 14 de septiembre fueron detenidos a la salida de la CMPC Wilson Muñoz Rodríguez y Fernando Grandón Álvarez, comunista, 34 años, ocho hijos.

El 15 de septiembre fueron arrestados en San Rosendo siete trabajadores ferroviarios: Luis Alberto Araneda Reyes, 43 años, maquinista, dirigente del sindicato Federación Santiago Watt, de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado, militante del PS y presidente de la Junta de Abastecimientos y Precios. El mismo piquete llegó hasta la casa de Juan Antonio Acuña Concha, 33 años, tres hijos, también maquinista y dirigente del sindicato de ferrocarriles. Luego fueron aprehendidos el empleado de la CMPC Dagoberto Garfias Gatica, 23 años; Mario Jara Jara, 21 años; Raúl Urra Parada, 23 años, comunista; y el director de la Escuela 45 de San Rosendo, Óscar Sanhueza Contreras, 23 años. A los capturados se les llevó primero a la plaza de San Rosendo, donde sumaron a Jorge Zorrilla Rubio, obrero, 25 años, que se presentó voluntariamente. Luego fueron subidos a un bus puesto a disposición por la CMPC y conducidos a la tenencia de Laja.

La noche del 15 de septiembre se entregó en la tenencia el director del Sindicato Industrial de la CMPC, Jorge Lamana Abarzúa. El 16 de septiembre llegaron detenidos a la tenencia Juan Carlos Jara Herrera, de 17 años, por una riña callejera, y Rubén Campos López, director de la Escuela Consolidada de Laja.

La noche de la víspera de fiestas patrias, el teniente Fernández recibió un llamado del comisario de Los Ángeles, el mayor Solari, quien estaba muy molesto porque desde la Tenencia de Laja se había mandado mucha gente al regimiento sin consultarle. Solari preguntó cuántos detenidos tenía Fernández en la unidad. Fernández le respondió que 19 personas. Solari ordenó eliminarlos. Si el teniente no lo hacía, tenía que atenerse a las consecuencias.

En la madrugada del 18 de septiembre un bus de la CMPC con los diecinueve detenidos, más otros vehículos con todos los policías de la tenencia, a excepción de tres que se quedaron haciendo guardia, tomaron el camino a Los Ángeles por la ribera sur del río Laja, cruzaron el puente Perales y, guiados por el agricultor Peter Wilkens, llegaron a un claro del bosque de pinos, a unos 300 metros del camino, dentro del Fundo San Juan, propiedad de la CMPC, donde cavaron una fosa de un metro y medio de profundidad. Luego hicieron descender del bus a los detenidos, los pusieron de espaldas a ellos frente a la fosa y les dispararon. Los cuerpos de las víctimas que no cayeron a la fosa fueron arrastrados y todos cubiertos con arena. Colocaron unas ramas sobre la tierra removida y volvieron a Laja. Juraron no decir palabra sobre lo sucedido.

El 20 de septiembre se presentó voluntariamente a Carabineros de la ciudad de Los Ángeles el obrero de la CMPC Luis Sáez, dirigente sindical y militante del MAPU, quien habría sido buscado por la autoridad. Fue detenido y su cuerpo apareció seis años después cerca del lugar donde fueron fusilados los 19 detenidos anteriores.

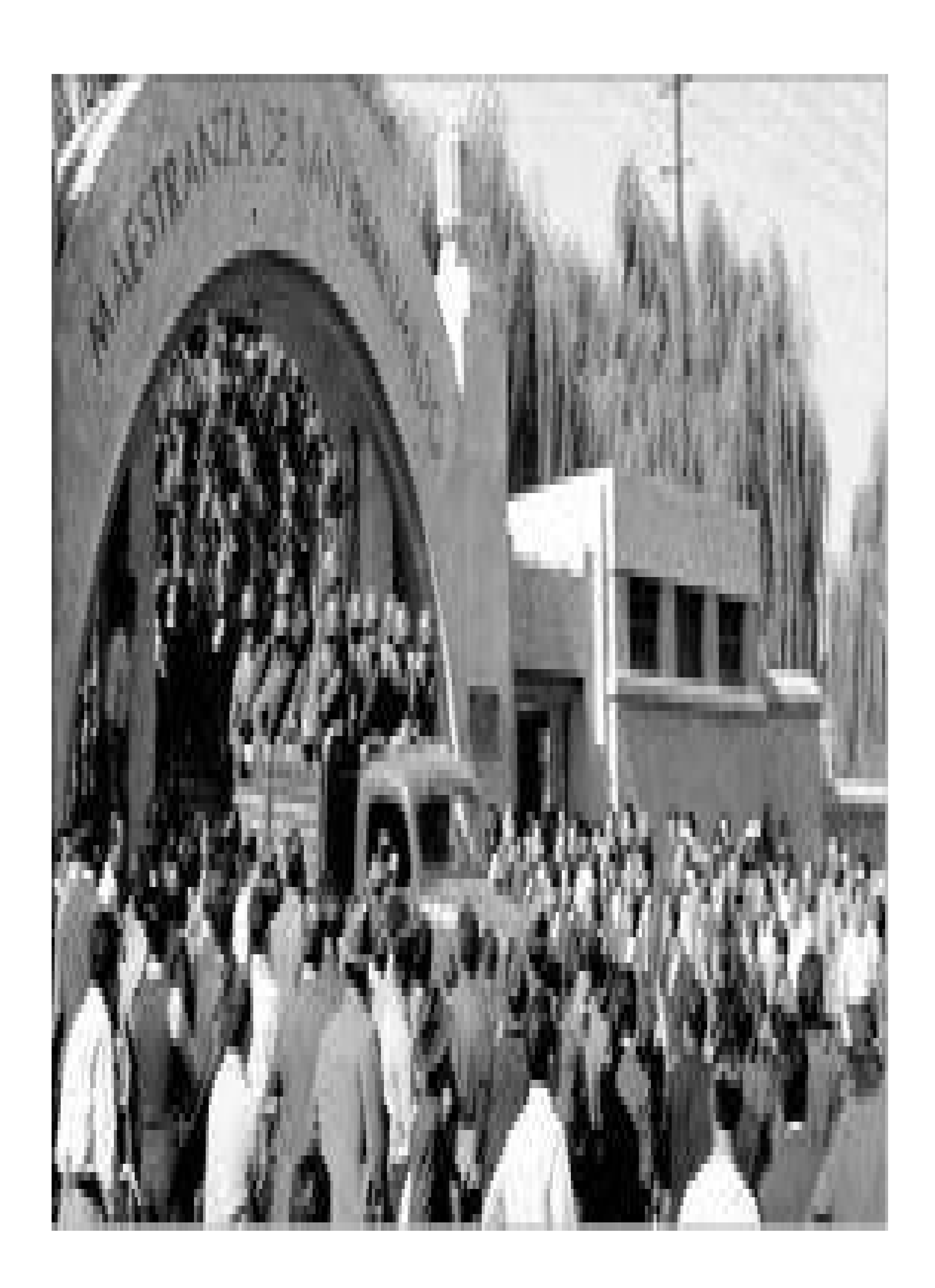
En octubre de 1973, un agricultor de la zona avisó a carabineros de Yumbel, una ciudad a 20 kilómetros al norte de Laja, que sus perros habían encontrado restos humanos. El comisario Héctor Rivera exhumó los cadáveres y ordenó enterrarlos en el cementerio parroquial. El parte oficial del hecho fue enviado al Juzgado de Letras de Mayor Cuantía de Yumbel, pero la jueza Corina Mera derivó el caso a su secretaria, la abogada Rosa Egnem, y salió del tribunal con licencia médica. Egnem –como jueza subrogante– guardó el parte por inhumación en la caja fuerte del juzgado y nunca se investigó. Hoy Rosa Egnem Saldías integra la Corte Suprema.

Por denuncias de la Vicaría de la Solidaridad de Concepción y de familiares de los ejecutados, en 1978 se constituyó en el Tribunal de Laja, en visita extraordinaria para el proceso investigativo Rol N° 2770, el ministro José Martínez Gaensly y logró establecer la ubicación de la fosa común en el cementerio de Yumbel con 18 cuerpos, y en el fundo San Juan –lugar de la primera inhumación de las víctimas– el cuerpo número 19 faltante. Todos fueron entregados a sus familiares. El 18 de marzo de 1980, como había personal uniformado comprometido, el ministro Martínez se declaró incompetente y la causa pasó a la justicia militar, que la sobreseyó y aplicó la Ley de Amnistía. Era el 3 de diciembre de 1981.

En 2010, la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos (AFEP) y el Programa de Continuación Ley 19.123, del Ministerio del Interior solicitaron a la Corte de Apelaciones de Concepción la reapertura de la causa.

El ministro Carlos Aldana revisó los antecedentes, dejó sin efecto el sobreseimiento y reabrió la causa. De los diecisiete carabineros de la tenencia, tres ya habían fallecido, otros tres fueron sobreseídos porque estuvieron de guardia en la tenencia y los otros once fueron procesados y condenados como autores del homicidio, aunque fueron liberados previo pago de sus fianzas[15].

3.8. Matanza de ferroviarios en San Bernardo



Matanza de San Bernardo.

El 28 de septiembre un numeroso contingente de soldados fuertemente armados ingresó a la Maestranza de Ferrocarriles de San Bernardo y detuvo a nueve trabajadores, a los cuales se agregaron otros dos arrestados en sus propias casas. Todos eran comunistas. Los sambernardinos pensaron que pronto volverían a sus hogares y a su trabajo. Más allá de la mayor o menor vehemencia de los arrestados en su calidad de luchadores políticos y sociales, parecía evidente que ninguno de ellos podía ser considerado terrorista, violentista o delincuente. Por otra parte, a la fecha de las detenciones, dos semanas después del golpe militar todo el país y también San Bernardo estaban en absoluto orden y tranquilidad. No obstante, al pasar de los días, comenzaron a circular insistentes rumores de que los once maestrancinos habían sido fusilados.

Parecía inimaginable, pero resultó cierto. Los once ferroviarios habían sido ejecutados en el cerro Chena, vecino a San Bernardo y base de la Escuela de Infantería del Ejército. Los familiares se enteraron de que no les era posible ni siquiera ver los cadáveres y recuperar los cuerpos de sus deudos para, por lo menos, sepultarlos dignamente. Los dirigentes ferroviarios, que conservaban simbólicamente sus cargos, extremaron sus esfuerzos para conseguir que sus compañeros asesinados no fueran enterrados como N.N.

Uno de ellos, Sergio Sotolichio, militante demócrata cristiano, amigo por décadas del abogado Andrés Aylwin, cuya familia vivía al frente de la maestranza, le contó:

Al entrar a la morgue y buscar entre centenares de cadáveres mutilados a nuestros compañeros ferroviarios quedé mudo. Nunca olvidaré sus cuerpos y rostros hechos pedazos. Estaban todos ellos apiñados en montones humanos, prácticamente irreconocibles. No eran sólo los proyectiles de guerra perforando y destrozando sus cuerpos y sus caras, era más que eso, era como si la furia con su máxima crueldad e irracionalidad se hubiera desencadenado sobre ellos despedazando todos sus miembros. Pasé meses sin poder dormir. Desde ese día nunca he vuelto a ser el mismo. ¡Fue algo demasiado fuerte para nosotros los

maestrancinos![16].

En los días siguientes, a distintas horas, en diferentes cementerios, con fuerte resguardo militar, fueron sepultados siete de los trabajadores fusilados el 3 de octubre. Los otros tres no fueron entregados a sus deudos y los enterraron en el Patio 29 del Cementerio General de Santiago. Otro, el último, fue ubicado años después sepultado en la Cuesta Chada, en Paine.

Los comunistas asesinados en aquella oportunidad fueron Alfredo Acevedo Pereira, 27 años; Raúl Castro Caldera, 23; Hernán Chamorro Monardes, 29; Manuel González Vargas, 46; Ariel Monsalve Martínez, 31; José Morales Álvarez, vicepresidente del Consejo Obrero Ferroviario, 31; Pedro Oyarzún Zamorano, 36; Joel Silva Oliva, 36; Ramón Vivanco Díaz, 44; Arturo Koyck, 48; y, Roberto Ávila Márquez, 59, padre del regidor de San Bernardo en esa época, Fernando Ávila.

«Ellos –como lo escribió Andrés Aylwin– eran tan sólo expresión de aquella enorme cantidad de seres humanos pertenecientes a diversas tendencias o ideologías, en este caso militantes del Partido Comunista, que trabajaban abnegadamente en el seno de pueblo y con infinita capacidad de sacrificio»[17]. El 3 de octubre, horas antes del fusilamiento de los ferroviarios, los sambernardinos pudieron leer en el vespertino La Segunda una destacada crónica que, bajo el título «Esta iba a ser la bandera patria del Estado marxista», señalaba:

Uno de los hechos que conmoverá profundamente a los chilenos cuando se den a conocer los detalles del Plan Z elaborado por los afiebrados cerebros marxistas, será el cambio que pensaban introducir a la bandera patria luego de asestar su autogolpe armado, dispuesto para la víspera del 18 de septiembre.

La planificación de una noche de San Bartolomé, donde caerían altos jefes militares, dirigentes políticos de oposición, parlamentarios, dirigentes sindicales y periodistas, era en tal medida siniestra, que espantará a todo ser humano bien conformado cerebralmente y, con seguridad, terminará de una vez por todas con la campaña internacional promovida por los organismos comunistas de todo el

mundo y por los siempre prestos tontos útiles para desprestigiar el pronunciamiento militar que salvó a Chile de una hecatombe sangrienta.

La idea de cambiar la bandera y bautizar a nuestro país como República Socialista Popular de Chile queda graficada en el facsímil de la nueva bandera. Iba a ser con tres franjas horizontales con los colores blanco, azul y rojo, y en vez de la estrella solitaria iba a llevar pomposamente la hoz y el martillo[18].

3.9. Ejecutados en Cabildo

El 11 de octubre de 1973 fueron ejecutados seis militantes comunistas por personal del Ejército en el sector de Las Coimas, en San Felipe. Uno de ellos fue Mario Alvarado Araya, alcalde de Cabildo, quien había sido detenido por primera vez el 17 de septiembre, recuperando su libertad sin cargo alguno. A principios de octubre, en la municipalidad, ante múltiples testigos, fue obligado por la autoridad militar a retractarse públicamente de su militancia. Su segunda detención fue el 8 de octubre, en su domicilio, practicada por carabineros.

Otros cuatro –Faruk Aguad Pérez, 26 años, encargado electoral del Partido en la zona; Artemio Pizarro Aranda, 37 años; José Fierro Fierro, 24 años; y, Wilfredo Ramón Sánchez Silva, 28 años– eran empleados de la Sociedad Abastecedora de la Minería, Sademi. El sexto –Pedro Araya Araya, 27 años–, era el interventor de la mina La Patagua, quien se presentó voluntariamente en la comisaría de Cabildo tras ser citado por carabineros de esa unidad.

Según la versión oficial del jefe de zona en Estado de Sitio de la provincia de Aconcagua y comandante del Regimiento de Infantería Nº 3 Yungay, los seis comunistas fueron ejecutados cuando intentaron huir y agredieron a un suboficial que viajaba en la camioneta del Ejército que los trasladaba desde la cárcel de San Felipe a la cárcel de Putaendo. Se indicó en dicha versión que a todos se les había comprobado participación directa en la organización terrorista del sector minero de Cabildo, habiendo sido detenidos en un operativo donde se les encontró gran cantidad de armas y explosivos.

Ninguno de los hogares de los ejecutados fue allanado en busca de armas ni tampoco existió un operativo militar en su lugar de trabajo, donde algunos de ellos fueron detenidos en forma pacífica y ante numerosos testigos.

El entonces Jefe del Servicio de Salud de San Felipe, quien ordenó practicar las autopsias y devolver los cuerpos a los familiares, fue informado por el médico legista de que los cuerpos registraban múltiples impactos de bala, muchos de los cuales no eran mortales, y también heridas corto- punzantes, cuya existencia no tuvo ninguna explicación razonable.

Casi treinta años después, el martes 2 de septiembre de 2003, el ministro de fuero Daniel Calvo sometió a proceso como autores del homicidio calificado de los seis comunistas al general (r) Héctor Orozco Sepúlveda, al coronel de Sanidad Raúl Navarro Quintana y al suboficial Milton Núñez Hidalgo. El juez logró establecer que aquella noche del 11 de octubre de 1973 seis personas fueron sacadas de la cárcel de San Felipe para ser ejecutados en el sector de Las Coimas, donde luego los cuerpos de las víctimas fueron aplastados por los vehículos motorizados que conformaban la patrulla.

Tres años más tarde, en marzo de 2008, la Corte de Apelaciones de Santiago absolvió de responsabilidad penal a los cuatro militares, quienes habían sido condenados en primera instancia por la ministra Adriana Sottovia Jiménez a penas que iban entre los quince y los tres años de cárcel.

En fallo unánime, los ministros del tribunal de alzada Rosa María Maggi, Juan Cristóbal Mera y el abogado integrante Emilio Pfeffer Pizarro determinaron la absolución de los imputados por los homicidios calificados de los seis comunistas. La ministra Maggi y el abogado Pfeffer acogieron la excepción de la prescripción de la acción penal para determinar la absolución de los sentenciados; mientras que el magistrado Juan Cristóbal Mera fue partidario de aplicar el Decreto Ley de Amnistía 2.191 de abril de 1978 para determinar la absolución.

En primera instancia, la ministra Adriana Sottovia, suplente del juez Joaquín Billard, había determinado las siguientes penas: Héctor Manuel Rubén Orozco Sepúlveda, 15 años de presidio mayor en su grado medio; Rodrigo Alexe Retamal Martínez, 12 años de presidio mayor en su grado medio; Raúl Orlando Pascual Navarro Quintana, tres años y un día de presidio menor en su grado máximo, otorgándose el beneficio de la libertad vigilada; Milton René Núñez

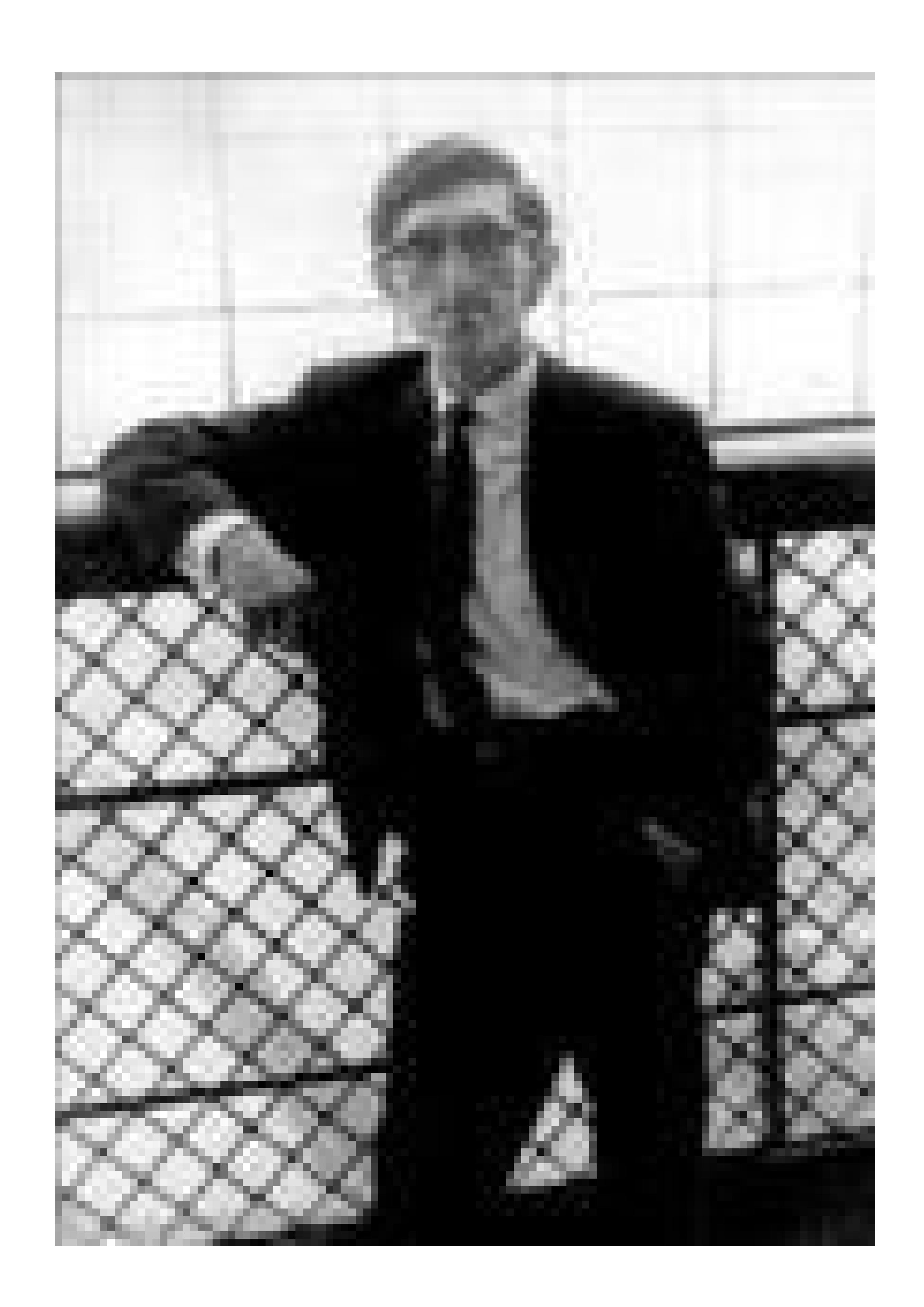
Hidalgo, tres años y un día de presidio menor en su grado máximo[19].

3.10. Dirigentes mineros fusilados en Concepción



Isidoro Carrillo

A comienzos de 1971, el presidente Salvador Allende había anunciado en la plaza de Lota la designación de Isidoro Carrillo Tornería, 46 años, como gerente general de las minas de carbón de la zona. Las empresas carboníferas de la región: Lota, Curanilahue, Trongol, Lebu y Schwager, habían sido estatizadas por la Unidad Popular el 31 de diciembre de 1970. Carrillo, antiguo dirigente sindical, era miembro del Comité Central del Partido Comunista.



Vladimir Araneda

El día del golpe de Estado, Carrillo pasó a la clandestinidad junto a decenas de sus compañeros, pero cuando las autoridades militares afirmaron que sólo se ocultaban aquellos que habían cometido delitos, decidió probar su inocencia y entregarse. Lo detuvieron y encerraron en la cárcel de Concepción. En los días siguientes lo acusaron a él y a Bernabé Cabrera Neira, 39 años, empleado en la Celulosa Arauco, y presidente del Sindicato Celulosa de Concepción; Vladimir Daniel Araneda Contreras, 33 años, profesor de educación básica en Lota y dirigente gremial del Magisterio; y Danilo Jesús González Mardones, 39 años, profesor normalista, alcalde de Lota, de ser cómplices en el llamado Plan Zeta, según el cual la Unidad Popular preparaba el aniquilamiento de sus enemigos en las Fuerzas Armadas. Los cuatro acusados eran comunistas.

Fueron sometidos a proceso y condenados a la pena máxima –el fusilamiento– en un Consejo de Guerra, causa Rol 1645-73, el 18 de octubre de 1973, por presuntas infracciones a la ley 17.798 sobre Control de Armas, como autores de los delitos de organización de grupos de combate armado con bombas explosivas; fabricación, almacenamiento y transporte ilegal de explosivos y de artefactos confeccionados con los mismos; y tenencia ilegal de explosivos y bombas; todos ellos perpetrados en tiempo de guerra[20].

Se les ejecutó en la madrugada del lunes 22, en un terreno eriazo cercano a Carriel Sur. El Ejército se negó a fusilarlos. La jefatura traspasó la responsabilidad a la Marina y esta la derivó a Carabineros y ellos a Gendarmería. El profesor Danilo González fue el único que se quebró, pues ese día había recibido una carta de su único hijo. Pronto se repuso y afrontó los hechos con la misma entereza de sus compañeros.

En la madrugada del lunes fueron despertados y conducidos a Carriel Sur, lugar del fusilamiento. Isidoro Carrillo dirigió breves palabras a quienes supuso serían sus ejecutores: «Ustedes deben cumplir con su deber. Les agradecemos el trato humano que siempre supieron darnos», dijo.

Se hallaban en una ex fábrica de ladrillos, próxima al aeropuerto. Se les ofreció la asistencia de un pastor evangélico, pero lo rechazaron. Se les cubrió el rostro.

Pidieron que no se les taparan los ojos, deseaban ver lo que les pasaba. No les fue permitido. Se les ordenó permanecer de pie. El pastor, al retirarse, musitaba en voz baja sus plegarias. Ingresaron los fusileros.

El profesor Vladimir Araneda pasó lista a sus camaradas. Una vez que oyó sus voces, dijo a los fusileros: «Compañeros, no teman dispararnos. Ustedes deben cumplir con su deber. Nosotros hemos cumplido con el nuestro. Estamos listos».

Vino la descarga. Los cuatro se desplomaron. Uno de ellos, el profesor Araneda, se puso de pie. Hubo que rematarlo.

Los cuerpos no fueron entregados a sus familiares y se les enterró, por instrucciones de las autoridades, en el Cementerio General de Concepción, sin conocimiento de sus parientes. Sólo en julio de 1990 pudieron ser ubicados y exhumados por orden del Segundo Juzgado del Crimen de Concepción.

Mario Benavente, integrante también del Comité Central del Partido, había soportado, durante varios días, prolongados interrogatorios, apremios físicos e incomunicaciones en el Estadio Regional de Concepción. De allí lo llevaron a la Fiscalía Militar, donde se ordenó incomunicarlo en la cárcel pública.

Compañeros y camaradas mineros del carbón se acercaron a recibirlo. El ex presidente del Sindicato Minero de Lota y diputado, Luis Fuentealba; el abogado y diputado Iván Quintana; los mineros Omar y Manuel Sanhueza, Pedro Cid, Juan Alarcón, Ernesto Haunstein; el experimentado dirigente de la CUT Provincial, Lucho Gajardo, y muchos otros.

Todos habían pasado por tormentos. Especial deterioro físico y mental era posible apreciar entre quienes habían pasado por los centros de tortura del Fuerte Borgoño y de la Isla Quiriquina. Mostraban en sus cuerpos las huellas de las llamas de sopletes, cortes de yataganes en el bajo vientre, uñas de los pies arrancadas con tenazas.

Un cabo de Gendarmería se acercó al recién llegado a preguntarle quién era. Benavente le dio su nombre y le dijo que era académico universitario y dirigente nacional comunista.

Benavente le ofreció un cigarrillo. El cabo, cuyo padre era minero, había crecido

en el mismo barrio que los hijos de Isidoro Carrillo, recién fusilado. Con ellos compartió juegos y peleas de infancia. A fines de octubre le habían ordenado integrar el pelotón de fusilamiento. Tuvo que disparar contra un compañero y amigo de su padre. Lloró ante Benavente[21].

3.11. La caravana de la muerte

A fines de septiembre de 1973 el general Augusto Pinochet encomendó al general Sergio Arellano Stark una misión especial que –bajo el pretexto de «uniformar criterios de administración de justicia y acelerar procesos» de los prisioneros políticos– provocó una matanza de más de 75 personas en diversas ciudades del sur y norte del país. Para facilitar su tarea, Pinochet designó a Arellano «Oficial Delegado del Comandante en Jefe del Ejército y Presidente de la Junta de Gobierno».

Sin ninguna pretensión de crear una fachada de legalidad, como fueron los «Consejos de Guerra», Arellano y sus hombres, viajando a bordo de un helicóptero Puma, descendieron en las ciudades elegidas, sacaron a los prisioneros de sus lugares de detención y procedieron a ejecutarlos mediante el fusilamiento o el uso de brutales técnicas de violencia física.

Acompañado por una comitiva de diez oficiales del Ejército, Arellano salió desde el aeródromo de Tobalaba el 30 de septiembre hacia el sur, a las ciudades de Rancagua, Curicó, Talca, Linares, Concepción, Temuco, Valdivia, Puerto Montt y Cauquenes, dejando a su paso cerca de veinte muertos. Regresó a Santiago el 6 de octubre y partió hacia el norte el día 16 de ese mismo mes, descendiendo en La Serena, Copiapó, Antofagasta, Calama, Iquique, Pisagua y Arica, ejecutando sumariamente a más de setenta personas. El retorno a la capital fue el 22 de octubre.

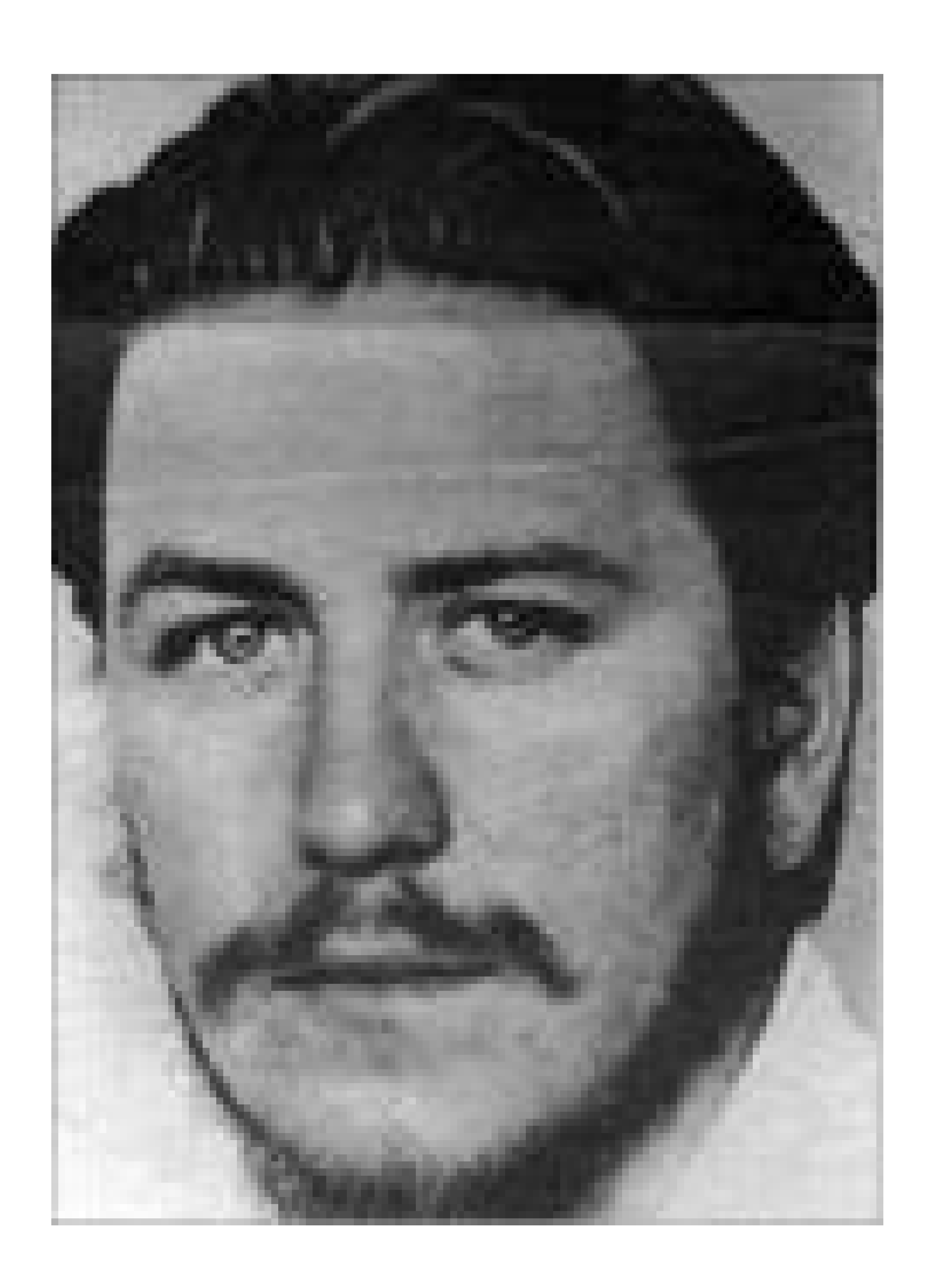
El teniente coronel Olagier Benavente Bustos, segundo comandante del Regimiento Talca, donde Arellano llegó el 30 de septiembre, declaró años después: «Pienso que una de las razones de la misión fue sentar un precedente de drasticidad para atemorizar la presunta voluntad de lucha del pueblo chileno. Pero sin lugar a dudas, fue también para infundir miedo y terror en los mandos

militares».

En la gira, Arellano también castigó a algunos oficiales de mando por no haber actuado con el rigor suficiente en contra de los prisioneros. Fue el caso del teniente coronel Efraín Jaña Girón, comandante del Regimiento de Montaña N° 16 de Talca, destituido ese mismo 30 de septiembre de 1973 por «incumplimiento de deberes militares», quien, además, permaneció dos años preso en Santiago. Otro afectado fue el mayor Fernando Reveco Valenzuela, que presidió los primeros Consejos de Guerra en Calama hasta el 2 de octubre y que fue relevado ese día de sus funciones por aplicar condenas demasiado «blandas». Fue trasladado a Santiago, donde se le torturó en la Academia de Guerra de la FACH y se le condenó a 15 meses de cárcel por incumplimiento de deberes militares.

Arellano seleccionó para la misión a varios oficiales de Ejército, casi todos los cuales pertenecieron luego a la DINA y han sido condenados por diversos crímenes ocurridos en los años de la dictadura militar. Ellos son el teniente coronel Sergio Arredondo González, jefe de Estado Mayor de Arellano al mando de la Agrupación de Combate Santiago Centro el día del golpe y los inmediatamente siguientes; el mayor Pedro Espinoza Bravo, que luego pasó Departamento de inteligencia del Ejército, pasó a ser el jefe de Operaciones de la DINA; el capitán Marcelo Moren Brito, que llegó a ser comandante de Villa Grimaldi; el teniente Armando Fernández Larios, más tarde agente operativo de la DINA, involucrado en el asesinato del canciller Orlando Letelier y otros atentados fuera de las fronteras del país; el teniente Juan Chiminelli Fullerton, luego integrante del Departamento de Operaciones Exteriores de la DINA; Antonio Palomo Contreras, piloto de helicóptero que años después fue sindicado como uno de los responsables de lanzar al mar cuerpos de detenidos desaparecidos; el mayor Carlos López Tapia, quien llegó a ser jefe de la División de Inteligencia Metropolitana que operó desde la Villa Grimaldi; y los pilotos Emilio de la Mahotiere González y Luis Felipe Polanco.

El 18 de octubre de 1973 Arellano llegó a Antofagasta, donde fueron asesinados catorce prisioneros. Años más tarde, el general Joaquín Lagos, comandante de la Primera División del Ejército y jefe de la zona en Estado de Sitio, consultado acerca de por qué no se habían entregado los cuerpos de los ejecutados a sus familias, explicó que le avergonzaba que se descubriera la barbarie con que los oficiales de Arellano asesinaron a los prisioneros:



–Me daba vergüenza verlos. Si estaban hechos pedazos. De manera que yo quería armarlos, por lo menos dejarlos en una forma humana. Sí, les sacaban los ojos con cuchillos, les quebraban las mandíbulas, les quebraban las piernas... Al final les daban el golpe de gracia. Se ensañaron. Se los mataba de modo que murieran lentamente. O sea, a veces los fusilaban por partes. Primero, las piernas; después, los órganos sexuales; después, el corazón. En ese orden disparaban las ametralladoras –declaró a los periodistas según publicó el diario El País de España el 9 de abril de 2011.

En el itinerario de la Caravana de la Muerte fueron asesinadas o ejecutadas en el norte 71 personas, según lo establecido por la justicia. De ellos, 18 eran dirigentes y militantes comunistas: Jorge Mario Jordán Domic, médico, director del hospital de Ovalle; Óscar Gastón Aedo Herrera, técnico forestal, director del Servicio Agrícola Ganadero, SAG, en La Serena; Víctor Fernando Escobar Astudillo, técnico agrícola, secretario comunal en Salamanca; José Eduardo Araya González, obrero agrícola de Salamanca; Hipólito Pedro Cortés Álvarez, funcionario municipal de Ovalle; Óscar Armando Cortés Cortés, dirigente vecinal de La Serena; Manuel Jachadur Marcarian Jammet, agricultor de Los Vilos; Ricardo Hugo García Posada, ingeniero, gerente general de Cobresal en Copiapó; Alexis Valenzuela Flores, presidente del sindicato de Soquimich en Tocopilla; Manuel Segundo Hidalgo Rivas, obrero de la Empresa Nacional de Explosivos, Enaex, en Calama; David Ernesto Miranda Luna, subgerente de Relaciones Industriales de Chuquicamata; Carlos Berger, director de la Radio El Loa y jefe de Comunicaciones de Chuquicamata; Marco Felipe de la Vega Rivera, alcalde de Tocopilla, Carlos Alfonso Piñero Lucero, chofer en Chuquicamata, José Boerlindo García Berríos, dirigente sindical de Tocopilla; Luis Alberto Hernández Neira, empleado de Chuquicamata; Bernardino Cayo Cayo, obrero de Enaex en Calama; y Mario del Carmen Arqueros Silva, gobernador de Tocopilla.

3.12. Siete comunistas en el Regimiento Tucapel



Alberto «Tito» Molina

Al momento del golpe militar, el secretario regional del Partido en Cautín era Alberto «Tito» Molina. El Comité Regional lo integraban Raúl Buholzer Matamala, Guillermo Quiñones, Amelia Vargas, Iván Ljubetic, Juan Bascuñán, Sergio Riquelme, Jesualdo Millar, Oscar Bascuñán, Alberto Núñez, Sergio Aguayo y Juan Chávez, secretario regional de la Jota. El 11 de septiembre tres o cuatro dirigentes llegaron a la sede del Regional en calle Miraflores, reunieron papeles, cuadernos y documentos y los quemaron en una estufa. De ahí, cada uno a sus casas.

En El Diario Austral de Temuco se publicó el 2 de noviembre una lista de treinta y dos personas que debían presentarse ante la Fiscalía del Ejército; entre ellas, Sergio Aguayo. Se presentó al Regimiento Tucapel. El actuario era un nuevo simpatizante del Partido que había sido presidente del Instituto Chileno Soviético de Cultura. Le dijo a Aguayo que leyera un documento, que lo firmara y que se fuera para su casa.

Durante la noche del sábado 10 de noviembre siete comunistas murieron asesinados luego de ser sometidos a prolongadas y crueles torturas por oficiales y personal de planta del Regimiento Tucapel. Las víctimas fueron Alberto Molina Ruiz, 44 años de edad, obrero, miembro del Comité Central y secretario regional del PC de Cautín; Carlos Aillañir Huenchal, obrero agrícola de 57 años; Juan Antonio Chávez Rivas, 29 años, integrante del Comité Central de la Jota y secretario regional de la misma; Juan Carlos Ruiz Mancilla, 21 años; Amador Montero Mosquera y Pedro Juan Mardones Jofré. Los últimos cuatro eran estudiantes de la sede Temuco de la UTE. El quinto joven, Víctor Hugo Valenzuela Velázquez, de 22 años, trabajaba como empleado público. Todos fueron conducidos fuera del regimiento, eliminados con ráfagas de ametralladoras y luego arrojados al río Allipén.

Ese día también permanecían en la unidad militar el profesor Raúl Buholzer Matamala, el empleado del Instituto de Investigación y Capacitación de la Reforma Agraria, Icira, Sergio Aguayo, y el estudiante universitario Herman Carrasco Paul. Los diez comunistas fueron torturados por el capitán Nelson

Ubilla Toledo, jefe del SIM local, y los tenientes Manuel Vásquez Chahuán, Jaime García Covarrubias y Raimundo García Covarrubias. Algunas sesiones de tormento fueron presenciadas por el comandante del regimiento, el teniente coronel Pablo Iturriaga Marchesse[22].

Al atardecer de ese sábado, Herman Carrasco y Raúl Buholzer fueron trasladados a la cárcel de Temuco. Eso les salvó la vida. Aguayo, en tanto, fue mantenido en el cuartel hasta el lunes, cuando también fue remitido al penal de la ciudad[23].

Tanto El Diario Austral, de Temuco, como El Mercurio y el resto de los medios de comunicación difundieron la versión del Ejército:

«Siete terroristas que intentaron volar el polvorín del Regimiento Tucapel, de Temuco, fueron dados de baja en el mismo lugar de los hechos, durante una escaramuza con militares de dicha unidad. Un grupo calculado en veinte extremistas se acercó al paradero Prat, en Temuco, disparando contra la guardia que protegía el polvorín. También, según informes de testigos, pretendieron en ese momento lanzar al interior del regimiento bombas incendiarias y cócteles molotov, mientras otro grupo protegía su accionar con armas automáticas. El suceso conmovió a Temuco porque sucedió en el horario de toque de queda».

Al interior del regimiento, la situación era muy diferente. Durante el proceso judicial, el ex detenido Herman Carrasco acusó al oficial Jaime García Covarrubias: «… comenzó a golpearnos y desnudos nos obligó a efectuar actos sodomíticos, sin éxito».

Entre los responsables también fueron identificados el general Hernán Ramírez Ramírez, intendente de Cautín; el mayor Luis Cofré, fiscal militar; y el abogado Alfonso Podlech Michaud, asesor de la Fiscalía Militar.

A comienzos de noviembre de 2013, el juez de la Corte de Apelaciones de Temuco, Álvaro Meza, procesó a veinticinco miembros retirados del Ejército por los delitos de tortura y homicidio calificado cometidos en noviembre de 1973[24].

3.13. El «Choño» Sanhueza



Manuel Sanhueza Mellado

A comienzos de 2016, la Segunda Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago ordenó procesar a Enrique Fuenzalida Puelma, ex fiscal militar de Arica entre abril de 1974 y junio de 1976, por su responsabilidad en el asesinato del militante comunista Manuel Sanhueza Mellado, ocurrido en julio de 1974. El abogado uniformado sería el responsable del delito de secuestro y homicidio de Sanhueza, cuyos restos fueron encontrados en 1990 en Pisagua. El tribunal dispuso la inmediata detención del acusado, quien en los días siguientes ingresó al penal de Punta Peuco.

Manuel Sanhueza –el «Choño» Sanhueza– fue un destacado dirigente de las Juventudes Comunistas desde mediados de los años sesenta, miembro del Comité Central, Encargado Nacional de Pobladores y secretario regional en Arica al momento de su detención por miembros del Servicio de Inteligencia Militar, SIM.

Su cuerpo, desaparecido desde su arresto, fue encontrado en una fosa oculta en Pisagua, junto a otros diecinueve cuerpos, el 2 junio de 1990, tras una denuncia de la Vicaría de la Solidaridad. El descubrimiento del cadáver del «Choño», conservado por la sal del desierto, fue captado en una fotografía ampliamente difundida en Chile y en el mundo, donde aparecía con los ojos vendados, baleado en el pecho y con un rictus de horror que estremeció a los miles de familiares de ejecutados y detenidos desaparecidos en los años de la dictadura militar de Augusto Pinochet.

El «Choño», hijo de Víctor Sanhueza y Margarita Mellado, nació en Concepción el 22 de noviembre de 1943, muy cerca de la población Agüita de la Perdiz, en los faldeos del cerro Caracol. Desde muy joven fue mueblista y un esforzado dirigente poblacional al igual que su padre. También fue un muy talentoso mediocampista del club de fútbol vecinal «La Toma», cuya habilidad deslumbró a dirigentes de la Universidad de Chile, quienes trataron infructuosamente de llevarlo a jugar a su plantel de honor, el entonces afamado «Ballet Azul».

Manuel prefirió seguir en las barriadas obreras penquistas, organizando nuevos clubes deportivos, trabajando junto a su padre y ayudando a sus vecinos. En

1960 ingresó a las Juventudes Comunistas, y en 1966 ya participaba entusiastamente en la Brigada Ramona Parra. Muy pronto los «viejos» se fijaron en él y en 1967 fue enviado a un curso de cuadros en la Unión Soviética. A su regreso, en 1969, lo destinaron al Comité Regional de la Jota en Valdivia y en 1970 ya estaba cumpliendo funciones en el Comité Central como Encargado Nacional de Pobladores.

Manuel Guerrero Ceballos, integrante también en esos años de la dirección juvenil del PC, fue su compañero y amigo. Mientras estaba preso en Cuatro Álamos, en 1976, escribió un texto recordando al «Choño», que años después difundió su hijo –Manuel Guerrera Antequera– a través de las redes sociales:

En una organización revolucionaria nadie es imprescindible, pero es difícil imaginarse un mejor encargado del trabajo poblacional que el Choño, cargo que le cupo desempeñar durante los últimos años antes del golpe fascista. Era un activista infatigable, recorría los barrios estimulando la organización de los centros culturales y juveniles, las juntas de vecinos, de abastecimiento y precios y las jornadas del trabajo voluntario.

Antes había sido líder de varias tomas de terreno que los pobladores sin casa efectuaban ocupando por la fuerza sitios estatales o privados desocupados, donde levantaban una choza de cartón o sábanas, sin más protección que su organización y decisión, así como las infaltables banderas chilenas que enarbolaban, cual escudo, la ocupación de los terrenos y los enfrentamientos con la policía. El Choño conocía esa lucha como la palma de su mano. Hombre nacido y criado en los barrios, peleador por el sustento, desde niño fue el creador de su vida, con más imaginación que con dinero. Bueno para la talla, amigo de sus amigos, conversador, piropero, gustador de la buena mesa y del buen vino.

Manuel Guerrero recuperó la libertad poco después y siguió trabajando en la clandestinidad hasta marzo de 1985, cuando fue secuestrado por agentes de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros, Dicomcar, y degollado junto a otros dos dirigentes comunistas a la berma de un camino rural en la zona poniente de Santiago.

Con su lenguaje pintoresco y claro, el «Choño» se distinguía entre sus compañeros. Hablaba sin rodeos, sin pelos en la lengua. Cuando las discusiones se enredaban, solía decir que lo más importante era saber que el imperialismo era el enemigo fundamental; teniendo claro eso, en lo demás no había problema. A pesar de haber cursado sólo algunos años en la primaria, poseía un amplio conocimiento cultural, producto de sus esfuerzos autodidactas. Acostumbraba a andar con un libro que leía con esmero y que luego discutía con quien estuviera dispuesto a escucharlo.

Con la misma sencillez con que hablaba en las poblaciones, se dirigía a los estudiantes universitarios que lo invitaban siempre a sus actos, charlas y foros. Con su semblante y figura característica, con sus piernas arqueadas y entusiasmo a toda prueba, estaba donde se le requiriese. Era inagotable.

Su contagioso entusiasmo encandiló a Víctor Jara, quien se dejó conducir por el «Choño» a través de las barriadas más pobres del país, para conocer la médula de lo que el artista ya conocía. Así se le abrieron las puertas de las mediaguas de los pobladores, que le contaron sus penas y anhelos. El ritmo vital de ambos se amalgamó y creció, por lo que era habitual verlos entrar y salir, conversar y discutir, arrollar todo con sus programas en diversas poblaciones y comunas de Santiago.

José Manuel Parada decía que si la fiebre del «Choño» y Víctor los hubiera contagiado a todos los jóvenes comunistas, habrían terminado dedicados exclusivamente al trabajo poblacional. De aquella relación entre los dos innatos activistas nació el conjunto de canciones de Víctor Jara aglutinadas en el disco «La Población».

Desde que se instaló en Santiago vivió en Quinta Normal y pasaba regularmente al local del PC, donde había decidido militar, en la base de la población Paula Jaraquemada, en el antiguo barrio de Carrascal, cuyos militantes eran bastante indisciplinados, pero de los más luchadores a la hora de defender al gobierno popular. La sola presencia del «Choño» ponía orden en las reuniones más alteradas.

El «Choño» comenzaba su intervención sacándose el reloj, el cual ponía sobre la mesa y con su voz tan característica decía: «Compañeros, ¿qué chuchas pasa?», y enseguida, calmadamente iba enumerando las dificultades hasta llegar a las responsabilidades; y ahí su voz se alzaba, golpeaba con su puño en la cubierta de

la mesa y terminaba sentenciando: «y ahora, compañeros… ¡se acabó el hueveo!».

Siempre se daba el tiempo para enseñar a los más aplicados cómo dirigir una reunión, cómo realizar un informe político, cómo organizar una marcha… Al final, ya más relajados todos, invitaba a conversar una botella de vino tinto donde Don Rigo, que era una quinta de recreo ubicada en la plazoleta Tropezón, por ahí por Walker Martínez con Mapocho, en una punta de diamante donde –se decía– morían los valientes.

A mediados de 1972 lo enviaron a Arica para apoyar el trabajo juvenil comunista en la campaña parlamentaria de 1973. Sus esfuerzos y los de sus compañeros lograron que el PC mantuviera como diputado por un nuevo periodo a Vicente Atencio y eligiera como diputado al Orel Viciani, ambos por la circunscripción de Arica, Iquique y Pisagua. El «Choño» se había enamorado de una «jotosa» –Cecilia Rojas Orellana– y decidieron casarse, radicarse en la «ciudad de la eterna primavera» y sumarse a las tareas de apoyo al gobierno de Salvador Allende.

Allí lo sorprendió el golpe, pero no se amilanó. Asumió como secretario regional de la Jota y les puso el pecho a los problemas. Trató de reorganizar al Partido, recorrió los poblados de la zona animando a los militantes, fundó un periódico clandestino y se le ocurrió convocar a pequeñas reuniones en las playas. Fue mucho, y su nombre estaba en todas las listas que portaban los agentes de la represión.

A las cuatro de la madrugada del 10 de julio de 1974 una patrulla de inteligencia militar irrumpió violentamente en el hogar del «Choño» en la población Venceremos –ex 11 de Septiembre y hoy Cardenal Silva Henríquez– y junto a su esposa embarazada, su cuñado Patricio Poblete y su suegro Orlando Rojas, fue trasladado hasta el Regimiento Rancagua, en Arica, que comandaba el entonces coronel Odlanier Mena.

Manuel Sanhueza fue sometido a salvajes torturas durante diecisiete días en esa unidad militar. Incluso fue trasladado hacia un sector precordillerano, donde lo siguieron flagelando otros dos días, colgado desnudo a la intemperie del frío altiplánico.

El 27 de julio los tres hombres fueron sacados del Regimiento Rancagua y conducidos hacia dependencias de carabineros en Pisagua. El 28 por la mañana,

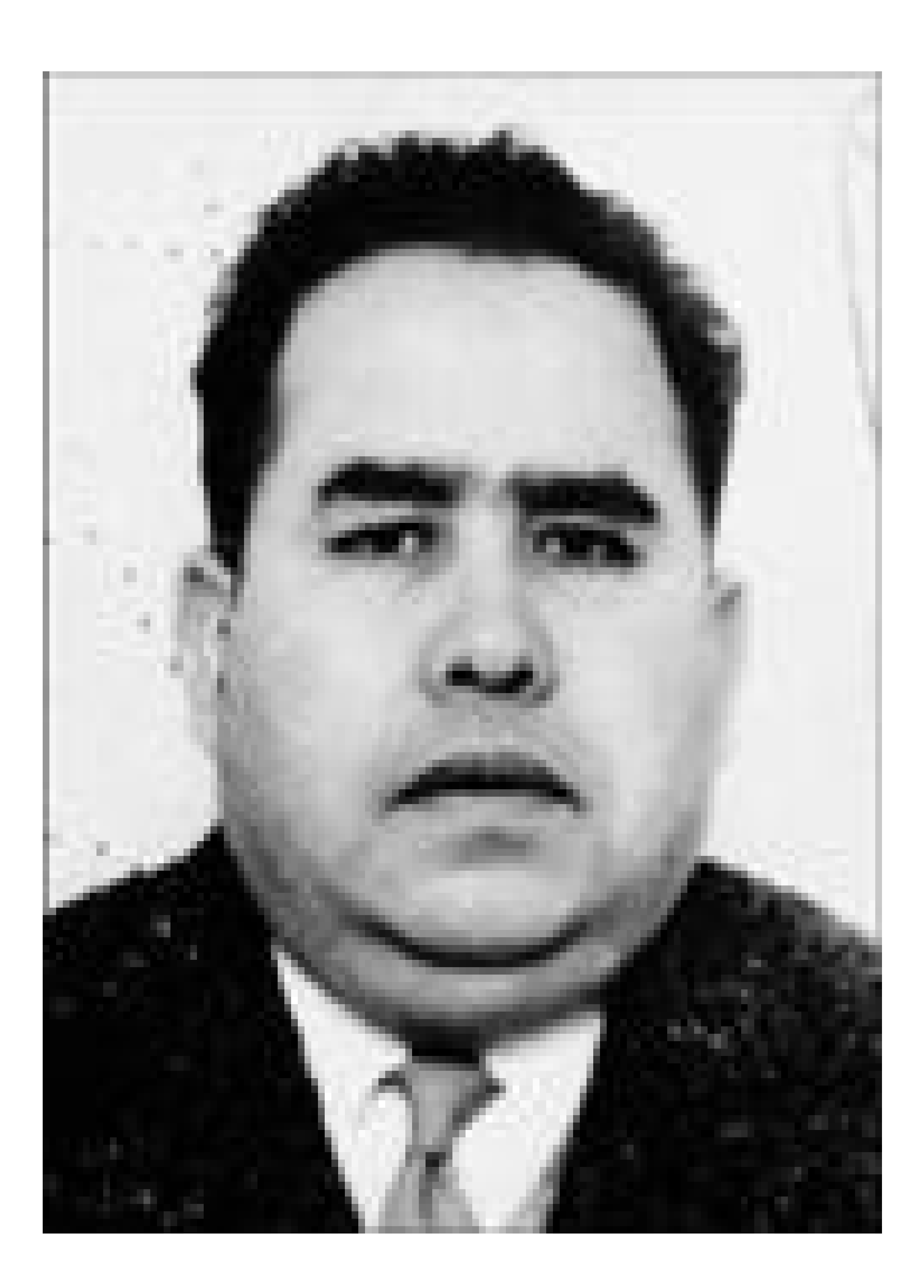
el cuñado y el suegro fueron llevados a Arica nuevamente y encerrados en el campo de prisioneros de guerra de esa ciudad, de donde a los pocos días los condujeron a la Fiscalía Militar. Allí un funcionario les leyó un telegrama que decía que Manuel Sanhueza había fallecido en un accidente de pesca junto a otros dos reos comunes, salvando con vida sólo el gendarme que los custodiaba y que su cuerpo no había podido ser rescatado.

Cecilia, la esposa del «Choño», perdió al hijo que esperaba debido a las torturas a que fue sometida. Ella, su hermano y su padre buscaron a Manuel infructuosamente, hasta que no pudieron más. La mujer partió al exilio.

Recién el 18 de junio de 1990, en el Servicio Médico Legal de Iquique, María Maluenda, la madre de José Manuel Parada, reconoció el cadáver del «Choño», encontrado en la fosa de Pisagua. Había sido torturado con intencionada saña y brutalidad, sin que lograran arrancarle ninguna delación. De haberlo hecho, habría caído mucha gente, dado el conocimiento que Sanhueza tenía de su organización, tanto en el plano local como a nivel nacional. Sus restos fueron trasladados a Concepción, donde su familia y los pobladores de la Agüita de la Perdiz le dieron una sepultura definitiva.

El primer campo de prisioneros de Pisagua se construyó a fines de los años cuarenta, durante la presidencia de Gabriel González Videla, como centro de detención para comunistas. Ubicado 192 kilómetros al norte de Iquique, fue habilitado nuevamente los primeros días después del golpe militar de 1973. Por allí pasaron cerca de 2.500 prisioneros, bajo el mando del teniente coronel Ramón Larraín Larraín.

El 6 de mayo de 1974 el Ejército trasladó a todos los detenidos al segundo piso de un galpón en el mismo caserío. Diez días después llegaron 126 presos comunes y de ellos casi nada se ha sabido.



Aunque no existe evidencia de fusilamientos masivos de presos comunes, pues no hay denuncias, en 1998 Carlos Herrera Jiménez, ex agente de la inteligencia militar, reconoció haber participado en la ejecución de delincuentes y menores de edad.

En 1973 Pisagua era un pequeño poblado con una base militar y una cárcel. La mayor parte de los prisioneros fueron encerrados en las 26 celdas de la cárcel, diez de ellas de dos por cuatro metros de superficie. Las mujeres permanecieron cautivas en un inmueble vecino al teatro del poblado. En general, los prisioneros provenían de las distintas ciudades del Norte Grande, mientras otros tantos eran ex prisioneros del Buque Escuela Esmeralda y habían sido llevados hasta allí en el carguero Maipo, propiedad de la Compañía Sudamericana de Vapores.

Los testimonios de sobrevivientes describen haber sido víctimas de golpizas constantes, a veces con manoplas; cortes en el cuerpo con corvos o yataganes; simulacros de fusilamiento; torturas en parrilla, el teléfono, el submarino en agua y excrementos, quemaduras con cigarrillos. Señalan haber sido enterrados en fosas hasta la cabeza y ser orinados encima, a pleno sol, por largos períodos; se les golpeaba hasta ocasionarles fracturas; los obligaban a pelear entre ellos por comida; se les encerraba en unos toneles para lanzarlos cerro abajo. Existen relatos de personas sometidas a violencia y agresiones sexuales. Se les mantenía a torso desnudo bajo el sol hasta provocar quemaduras graves en sus cuerpos, y por las noches quedaban a la intemperie, sufriendo las bajas temperaturas. Hasta ahora se sabe que allí fueron ejecutadas diecinueve personas: siete en virtud de sentencias pronunciadas por consejos de guerra, cinco por sentencia de muerte en consejos de guerra cuyo texto se desconoce y siete por la aplicación de la denominada Ley de Fuga[25].

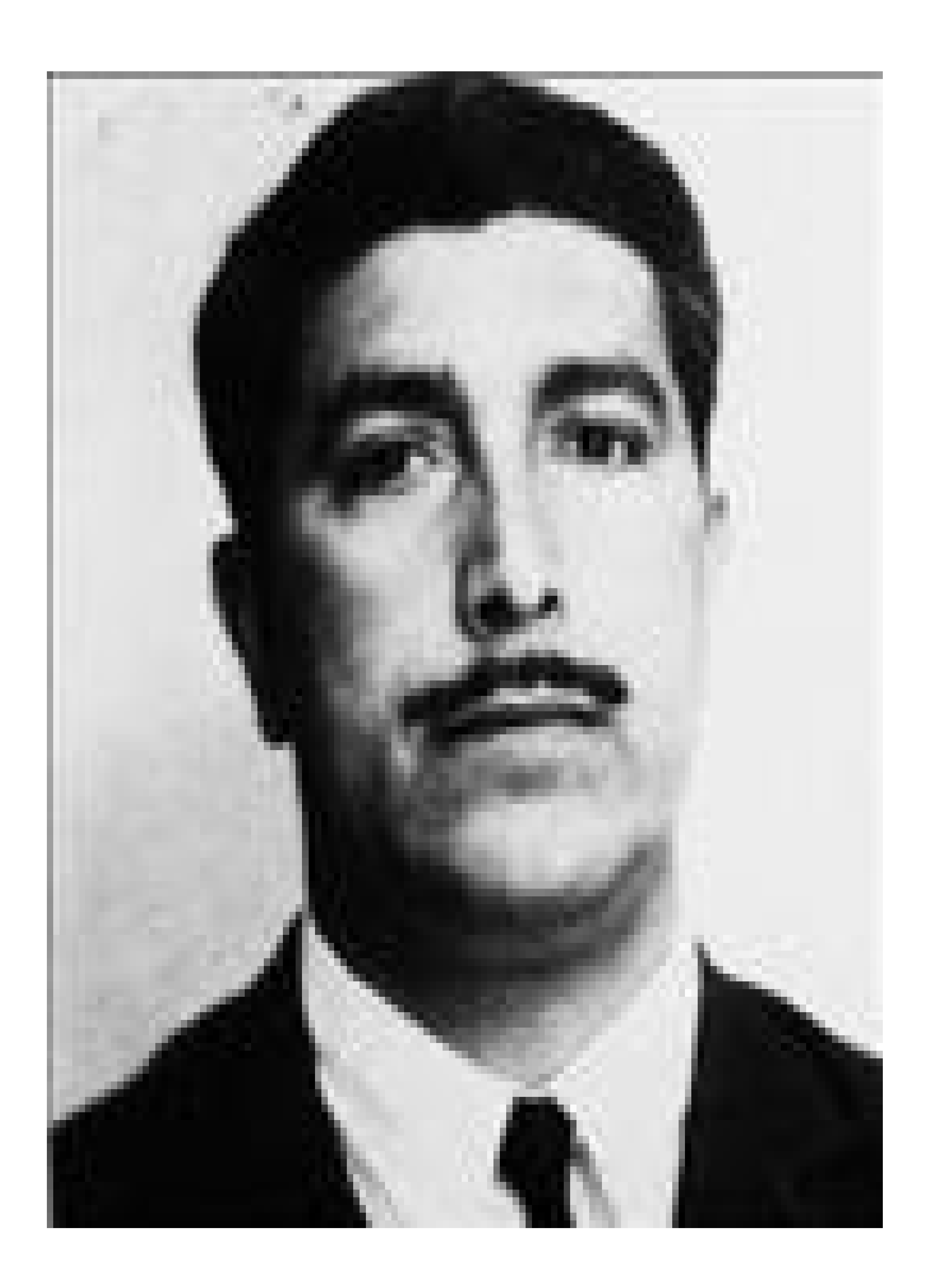
3.14. La caída de Jorge Montes

El senador Jorge Montes fue ocultado inicialmente en un barrio de Vitacura, a la espera de ser sacado del país, pero la Dirección ordenó que se le mantuviera allí un tiempo. Estaba oculto en la casa de José Díaz Iturrieta, que había sido diputado del Partido. También escondieron gente los ex diputados comunistas Justo Zamora y Humberto Abarca. Américo Zorrilla fue huésped de Humberto Abarca.

Montes estaba muy a gusto y se arranchó con Díaz Iturrieta hasta que el Partido acordó darle una importante tarea, incorporándolo como coordinador de los comités regionales de todo el país. Novedoso en las estructuras del Partido, su objetivo era esconder mejor la cabeza de la Comisión de Organización y hacer compartimientos estancos de cada comité regional, con un diminuto equipo central integrado por tres coordinadores: del norte, de santiago y del sur del país.

La gente del escalafón intermedio eran de los mejores cuadros del Partido: Marta Ugarte Román, Esmeraldo Tapia, Gabriel Castillo Tapia, César Cerda, Nicomedes Toro Vásquez, Hugo Vivanco Vega, Pedro Silva Bustos, José Corvalán Valencia, Héctor Véliz Ramírez y otros. Eran militantes invisibles, pero terminaron por caer desde mediados hasta fines de 1976, como consecuencia de las filtraciones del anterior mes de mayo.

Antes, a mediados de 1974, cayeron en un operativo de la FACH Jorge Montes, Rosa Barrera, Águeda Jara y Emilio Rojo, a quien estaban siguiendo. Se requería una restructuración de responsabilidades y Águeda preparó en una libreta el resumen con los enlaces de todos los casi cuarenta regionales del país, la que portaba en su detención. A continuación, cayó Josefina Miranda, la Pepa, compañera de Montes, y sus dos hijas, Diana y Rosa María. Todos fueron llevados a la AGA. El hallazgo de la libreta tuvo como consecuencia la caída de numerosas direcciones regionales, del norte, del sur y de Santiago, todas nuevas, formadas después del golpe.



José Luis Baeza Cruces

El 8 de julio de 1974, al día siguiente de la detención de Montes, cayó Alfonso Carreño Díaz, dirigente sindical; horas después fue capturado José Luis Baeza Cruces, pieza clave en el trabajo de Organización. Ambos fueron sometidos a feroces torturas en la AGA. Carreño fue encontrado por su familia muerto en el hospital de la FACH días más tarde; Baeza fue visto con vida por última vez a fines de julio[26].

3.15. Vicisitudes en el Frente Sindical

El Frente Sindical era uno de los pilares del Partido y gran parte de sus dirigentes estaba en la mira de los golpistas. A fines de 1974 mostraba un balance desolador, sobre todo en los ámbitos mineros y de la construcción. Alamiro Guzmán, presidente de la Federación Industrial Nacional Minera, FINM, detenido el 11 de septiembre de 1974, había sido largamente torturado en la AGA y luego trasladado a Tres Álamos y finalmente al campo de prisioneros de Puchuncaví. Entre los asesinados figuraban David Miranda Luna, dirigente del salitre, secretario de la FINM y gerente de relaciones industriales de Cobre Chuqui; Alexis Valenzuela, dirigente de Soquimich y de la CUT en Tocopilla; Arturo Vargas, presidente del Sindicato Industrial de María Elena; Isidoro Carrillo, ex dirigente del Sindicato de Empleados de Lota y gerente de Enacar; Abel Cabrera, dirigente de los mineros del carbón; Victorino Martínez, dirigente de la construcción y secretario regional del Partido en San Fernando; y Romilio Garcés, minero del carbón y gobernador de Coronel, entre otros. Otros, tras ser detenidos y torturados, permanecían en diversas cárceles y campos de prisioneros: Solercio Maluenda, dirigente de la FINM, estaba preso en la cárcel de La Serena; Ernesto Huastein, dirigente de Schwager y regidor de Coronel, estaba preso en Chacabuco; Manuel Sanhueza, dirigente metalúrgico de Enacar y regidor de Lota, también en Chacabuco; Juan Bravo, dirigente de la CUT en Concepción, en Chacabuco; Omar Sanhueza, dirigente del sindicato industrial de

Lota, en Chacabuco; Luis Fuentealba Medina, ex dirigente de Lota, diputado, en la cárcel de Concepción, donde también estaban Manuel Rodríguez, Jorge Chamorro, Abel Sánchez, Fedor Carrillo, Julio Matamala, Carlos Clemente Leiva y Juan González Machuca; Armando Montiel, dirigente de La Disputada de Las Condes, en Chacabuco; Hugo Troncoso, dirigente de Polpaico; Róbinson Ruiz, también en Chacabuco.

En la Cárcel Pública de Santiago estaba Guillermo Cid, secretario de la gerencia general de Enacar. En el penal de San Felipe estaban Amador Sánchez, presidente del sindicato de la Fundición Chagres; Waldo Vega, presidente de la Unión de Sindicatos del salitre en Tocopilla, entre muchos otros cuyo paradero aún se desconocía[27].

A Luis Trujillo González lo sorprendió el golpe como encargado sindical del Comité Regional de Concepción. Trabajó en la reorganización del Partido allí y luego se hizo cargo del Comité Regional de Talcahuano.

Gabriel León, dirigente de los suplementeros penquistas, tuvo mala suerte. Un día se emborrachó y empezó a gritar vivas al Partido Comunista. Lo detuvieron los navales, lo golpearon con especial dureza, y luego lo llevaron a la Colonia Dignidad. Murió de un ataque cardíaco.

Había otros, muchos otros, que seguían trabajando. Destacaba Héctor Cuevas –el legendario «Loco» Cuevas, que encabezaba a los obreros de la construcción–, pero también estaban Nicolás López, Manuel «Chueco» Gallardo, José Concha, Lecaros, «Montoya», Abelardo Campos, Engel Rojas, Caro y muchos viejos más.

El 1° de mayo de 1975 se vieron los primeros frutos de la labor realizada. Las veinticuatro federaciones de trabajadores más importantes del país llamaron a una movilización. Un mes después, en junio, se hizo una concentración de trabajadores en el Teatro Caupolicán, convocada por la Federación Nacional de la Construcción y la Madera. El orador, Héctor Cuevas, fue apresado de inmediato y enviado a Tres Álamos[28].

1 Secretaría de Comunicación y Cultura. Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Santiago: Ministerio Secretaría Nacional de Gobierno, febrero de 1991.

2 Conversaciones con David Canales.

3 Ver Orlando Millas. Memorias 1957-1991. Una digresión. Santiago: Ediciones Chile América Cesoc, 1996, y Volodia Teitelboim. Noches de radio (Escucha Chile). Una voz viene de lejos. Santiago: LOM ediciones, 2001.

4 Ver textos completos de estas declaraciones y otras en: Desde Chile hablan los Comunistas. Partido Comunista de Chile. Santiago: Ediciones Colo-Colo, 1976.

5 Toro, La guardia muere, pero no se rinde… mierda. Fernando Villagrán. Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH. Santiago: Editorial Planeta Chilena S.A., octubre de 2002.

6 Manuel Salazar. Las letras del horror, Tomo I: la DINA. Santiago: LOM ediciones, 2011.

7 Entrevista con el ex detective Quintín Romero, ex miembro de la guardia presidencial del presidente Salvador Allende, noviembre de 2014.

8 Peter Kornbluh. The Pinochet File: A Dossier on Atrocity and Accountability. Nueva York: The New Press, 2003.

9 Pascale Bonnefoy Miralles. Terrorismo de Estadio. Prisioneros de guerra en un campo de deportes. Santiago: Ediciones Chile América-Cesoc, marzo de 2005.

10 Andrés Aylwin, Simplemente lo que vi.

11 Carlos Huneeus. El régimen de Pinochet. Santiago: Editorial Sudamericana, 2000.

12 Patricia Bravo. «Los secretos de la FACH», Revista Punto Final, N° 527, octubre de 2002; y, Hernán Soto. «La FACH torturó a sus propios oficiales». Revista Punto Final, N° 530, octubre de 2002.

13 Salazar, Las letras del horror, Tomo I.

14 Ver Manuel Salazar: «El rol de los civiles en la represión». Revista Punto Final N° 763, 3 de octubre de 2002.

15 Ver: Programa de Chilevisión «En la Mira»: Investigación compromete a

empresa de los Matte con crímenes de trabajadores en 1973; 19 de agosto de 2005. Revistanos.cl, septiembre de 2011. Archivo Memoriaviva. Fortinmapocho.com, 9 de julio de 2007.

16 Andrés Aylwin: Simplemente lo que vi…

17 Ibíd.

18 Diario La Segunda, 3 de octubre de 1973.

19 Putaendoinforma.cl: «A 40 años del golpe la historia de los fusilados de Las Coimas aún permanece en el olvido». Ver también: diario La Estrella de Valparaíso, jueves 13 de marzo de 2008.

20 <www.memoriaviva.com>

21 Manuel Salazar. La lista del Schindler chileno. Santiago: LOM ediciones, 2014.

22 En 2010 se descubrió que el general (r) Jaime García Covarrubias trabajaba para el Pentágono de Estados Unidos.

23 Entrevista con Sergio Aguayo, 2012.

24 El 11 de noviembre de 2013, el juez de la Corte de Apelaciones de Temuco, Álvaro Meza, procesó a 25 miembros retirados del Ejército, carabineros en retiro y civiles, por los delitos de tortura y homicidio calificado de siete prisioneros políticos en noviembre de 1973. Los procesados fueron: Jaime García Covarrubias, Raimundo García Covarrubias, Pablo Gran López, Mario Arias Díaz, Carlos Oviedo Arriagada, Norberto Uribe Moroni, Pedro Tichauer Salcedo, Romilio Lavín Muñoz, Juan Labraña Luvecce, Orlando Moreno Vásquez, Aquiles Poblete Müller, Raúl Schonherr Frías, Daniel San Juan Clavería, Omar Burgos Dejean, Alfonso Podlech Michaud, Hernán Quiroz Barra, Manuel Campos Ceballos, Juan Carlos Concha Belmar, Sergio Vallejos Garcés, Gabriel Dittus Marín, Héctor Villablanca Huenulao, Juan Carrillo Rebolledo, Libardo Schwartenski Rubio, José Insunza Reyes y Hernaán Ramírez Ramírez.

25 Conversaciones con Juan Carlos Arriagada. Sobre Pisagua ver: <http://www.memoriayjusticia.cl/espanol/sp_enfoque-pisagua.html>.

26 El 2 de septiembre de 2014, el ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, Miguel Vásquez Plaza, dictó sentencia de primera instancia en la investigación por los delitos de homicidio calificado, secuestro calificado y secuestro simple de Alfonso Carreño Díaz, José Luis Baeza Cruces, Rosa Barrera Pérez, Jacinto Nazal Quiroz, Águeda Jara Avaca, Jorge Montes Moraga, Guillermo Teiller del Valle, Magdalena Contreras Weise, Rosa María Montes Miranda, Diana Montes Miranda, María Josefina Miranda Tejías, José Canales Pérez y Guillermina Fresia Cervantes. Los últimos once mencionados sobrevivieron a la aplicación de tormentos en la AGA. En la resolución, el ministro Vázquez condenó a Edgar Ceballos Jones a 15 años y un día de cárcel por el homicidio de Alfonso Baeza Cruces, y 12 años de presidio por los secuestros calificados; a 7 años de presidio a Luis Campos Poblete y Juan Bautista González o por el secuestro de José Luis Baeza Cruces; a 10 años y un día de presidio a Franklin Bello Calderón por los secuestros de José Luis Baeza Cruces, Guillermo Tellier del Valle y Guillermina Fresia Cervantes: y a Víctor Mättig Guzmán a 5 años y un día de presidio por el secuestro de José Luis Baeza Cruces.

27 Boletín Internacional del Partido Comunista de Chile, Santiago, noviembre de 1974.

28 Más antecedentes sobre el sindicalismo bajo la dictadura en Manuel Salazar. Las letras del horror. Tomo II: La CNI, Capítulo V. Santiago: LOM ediciones, 2012.

Capítulo 4

1975: el ataque del Comando Conjunto y de la DINA

4.1. La importancia de «Santiago»



Ricardo Ramírez Herrera

A comienzos de 1974, el equipo de Inteligencia del Partido, al mando de Ricardo Ramírez Herrera, «Santiago», acometió la tarea de informarse de la estructura y formas de trabajo de la contrainteligencia militar, de la DINA y luego del Comando Conjunto. También se abocó a informarse sobre quién era quién en el gobierno militar, qué hacía la ultraderecha y cómo se inmiscuían en la política interna las diversas agencias del gobierno de Estados Unidos y de otros países alineados con la potencia norteamericana. Sondearon, además, la influencia de la dictadura en los diversos estratos de la población en los ámbitos laborales, en las universidades, en la administración pública y en múltiples otras esferas del acontecer nacional.

David Canales, una pieza importante en esas labores, recuerda y analiza el período:

Ricardo Ramírez creció mucho en este trabajo. Para nosotros todo era nuevo y distinto y había que acomodarse a las circunstancias, entregando a la Dirección del Partido información útil para el desarrollo de su política. El ámbito nacional y el internacional se conjugaban estrechamente. Ayudó mucho la experiencia de cuadros como Carlos Sánchez Cornejo, jefe del Departamento de Análisis y del Archivo de este aparato. Sánchez era una especie de jefe de Estado Mayor y venía de la seguridad desde los años cincuenta[1].

Con Sánchez trabajó un grupo de bastante experiencia y disciplina, lo que yo denomino la «oficialidad superior», en verdad unos seis o siete cuadros de primer nivel. Pero también estuvieron cerca de él un pequeño número de jóvenes inexpertos que en 1975 y 1976 terminaron entregándose al enemigo o simplemente se rindieron ante su brutalidad.

De todos modos, el trabajo operativo de Inteligencia aportó gran ayuda a la Dirección y asumió tareas en apoyo directo de la estructura central del Partido, particularmente sus equipos de exploración, análisis y documentación. El equipo tenía relativamente claro lo que sucedía en la ultraderecha, en el Ejército, en la FACH, en Carabineros, en Investigaciones, pero la Armada era impenetrable.

Hay que considerar, por lo demás, que el encumbramiento de Pinochet como dictador absoluto fue un proceso en el cual las otras diferentes armas y sus comandantes en jefe fueron cediendo poco a poco. El ordenamiento del poder central requirió tiempo, lo que hizo de nuestras informaciones también un mecanismo con calidad de menor a mayor.

El año 75 se elevó la calidad de este trabajo y comenzamos a distinguir con más claridad el tipo de órganos represivos con que nos enfrentábamos, la orientación de cada uno de ellos. Sabíamos perfectamente que las inteligencias de cada rama de las Fuerzas Armadas tenían autonomía y propósitos algo diversos. Por la experiencia de los sobrevivientes, logramos saber más de los campos de detención, tortura y exterminio. Casi entendíamos ya el significado que tenía ser capturados por tal o cual organismo, el caer a determinado centro de detención. Nos ayudó mucho el mantener por un canal separado la relación con los escasos comunistas que quedaron, a pesar de todo, dentro de los cuarteles o en las policías.

No obstante, no podemos esconder que la dirección de la Seguridad se desplomó a fines de 1975 y que a la Dirección del Partido le sucedió lo mismo a fines de 1976, y aún más, que antes de ella había caído innumerable cantidad de compañeros del aparato militar. Tengo que recalcar que este desplome de la estructura no impidió que siguieran apoyando a la Dirección clandestina numerosos miembros de la seguridad que no fueron tocados en esa razia. Pero los aparatos desaparecieron como tales[2].

4.2. Razia de la contrainteligencia

Desde julio de 1975 en adelante se puso en práctica la razia concebida en la Dirección de Contrainteligencia de la FACH y operada por el Comando Conjunto. Comenzaron por detener a numerosos miembros del aparato militar central del Partido y de los regionales Sur y Norte de Santiago. En noviembre la embestida golpeó de lleno a los miembros del aparato de inteligencia, relacionados con los anteriores por los cursos especiales efectuados en común en el extranjero en los años 1971 y 1972.

Varios militantes de los frentes militar e inteligencia, muy jóvenes o inexpertos aún, se quebraron y arrastraron a toda su estructura central. En los últimos días de 1975, esta se desplomó, incluida parte de la seguridad que sostenía a la Dirección. La mayor parte de los integrantes que quedaban, incluyendo sus jefes, debieron dejar el trabajo y esconderse. En las redadas del Comando Conjunto cayeron numerosos comunistas, parte de los cuales fueron asesinados luego de bárbaras torturas. Entre ellos estaban:

–Miguel Ángel Rodríguez Gallardo: Integrante de la Comisión Militar del Regional Santiago Sur, 23 años, casado, dos hijos, tornero mecánico. Fue detenido en la vía pública el 28 de agosto de 1975 por agentes del Comando Conjunto. Apodado «El Quila Leo», permaneció en «Hangar Cerrillos», en «Nido 20» y en «Nido 18, lugares donde fue torturado. El octubre de 1975 fue trasladado a la Base Aérea de Colina. A comienzos de 1976 fue asesinado, junto a varios compañeros, en terrenos militares de Peldehue. Los cadáveres fueron quemados y enterrados clandestinamente. Un testigo que lo vio con vida en el inmueble ubicado en la calle Perú N°9.053, Paradero 18 de Vicuña Mackenna, conocido como «Nido 18», relató que Rodríguez Gallardo gritaba: «Si alguno de nosotros sale con vida de aquí, que se sepa que Carol Flores fue quien nos delató».

–Arsenio Orlando Leal Pereira: Integrante de la Jefatura Militar, 44 años, casado, cuatro hijos, comerciante. El 1 de septiembre de 1975 fue detenido en su casa y llevado a un recinto de la FACH, donde el 6 de septiembre de 1975 se suicidó, presionado por las malas condiciones físicas en que se encontraba a consecuencia de las torturas causadas por miembros del Comando Conjunto.

–Gustavo Humberto Castro Ahumada: Jefe del aparato militar, 54 años, casado, tres hijos, jubilado de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Conocido como «Camarada Díaz» o «Chino», fue detenido en la madrugada del 3 de septiembre de 1975, falleciendo el 14 de septiembre del mismo año, asesinado a tiros personalmente por Roberto Fuentes Morrison, «el Wally».

–Juan Segundo Cortés Cortés: Integrante de la Comisión Militar Sur, 58 años, casado, cinco hijos, obrero de una industria corchera, donde trabajaba desde hacía 37 años. Fue detenido el día 4 de septiembre de 1975 en un operativo realizado por agentes del Comando Conjunto en el sector cercano a su lugar de trabajo. Desde esa fecha Juan Cortés se encuentra desaparecido.

–Alonso Fernando Gahona Chávez: Integrante de la Comisión Militar central, 32 años, casado, dos hijos, dirigente de los obreros de la Municipalidad de La Cisterna. Fue detenido el 8 de septiembre de 1975 en La Cisterna por agentes del Comando Conjunto. Permaneció recluido en el centro de detención «Nido 20». Murió a consecuencias de las torturas a que fue sometido y su cadáver fue hecho desaparecer[3].

–Luis Desiderio Moraga Cruz: Integrante de la Comisión Militar, 40 años, casado, una hija, chofer, ex empleado de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado, ETCdelE. Al momento del golpe militar era parte del equipo de seguridad de Luis Corvalán. Fue detenido en su domicilio por el Comando Conjunto el 20 de octubre de 1975 y conducido primero a «Nido 20» y luego a «Nido 18», lugar donde a consecuencia de las torturas intentó suicidarse. Desde «Nido 18» fue trasladado a la Base Aérea de Colina, donde permaneció hasta que a fines de año fue subido a un helicóptero junto a otros detenidos. Fueron drogados y arrojados al mar luego de que comandos del Ejército les abrieran con corvo los vientres para que no flotaran.

–Francisco Ortiz Valladares: Integrante de la Comisión Militar, 45 años, casado, tres hijos, mueblista. Había sido secretario de Luis Corvalán. Fue detenido cerca de las 18:30 horas del 30 de octubre de 1975 en su domicilio por agentes del Comando Conjunto. A las 23:30 del mismo día, ocho sujetos armados que dijeron ser de la FACH allanaron el domicilio del matrimonio Castro Acevedo, llevando consigo al afectado, que iba esposado, y desarmaron un clóset construido por Ortiz, investigando un posible doble

fondo. Desde esa fecha la víctima se encuentra desaparecida.

–José Santos Rocha Álvarez: Integrante de la Comisión Militar, 43 años, casado, artesano textil, dirigente sindical, amigo desde la infancia de Francisco Ortiz. Fue detenido en la madrugada el 31 de octubre de 1975 en su domicilio, ante testigos, por agentes del Comando Conjunto. No se volvió a saber de él.

–Alfredo Ernesto Salinas Vásquez: 45 años, casado, tres hijos, obrero de la construcción, integrante del equipo de auto-defensa del regional Santiago Norte del Partido Comunista. Fue detenido en su domicilio el 3 de noviembre de 1975 por agentes del Comando Conjunto y conducido a la base aérea de Colina. No se ha vuelto a saber de él. Un testigo que estuvo detenido junto a Salinas y que logró sobrevivir, relató: «… después de haber sido sometido a horrendas torturas, fui llevado a una pieza utilizada como enfermería, donde trajeron a Alfredo Salinas Vásquez. Las condiciones en que venía eran extraordinariamente serias. Había sido salvajemente torturado; le habían cortado los testículos y ya no podía ni siquiera hablar. Estuve con el afectado en un cuarto de aproximadamente 4 x 4 mts., con dos literas, donde nos mantenían desnudos y éramos observados por una pequeña ventana con barrotes una vez que terminaban de torturarnos. Permanecí con él aproximadamente dos días, siendo careados una y otra vez. Los castigos infligidos a Alfredo Salinas son difíciles de describir, por lo inhumano de su naturaleza. Alfredo tenía sus oídos perforados debido a palos que le introdujeron en ellos. Lo hacían correr sobre clavos; correr con sacos de arena. Se le aplicó corriente eléctrica, amarrado a un catre. Le pusieron bolsas plásticas en la cabeza, amarradas al cuello, haciéndolo sufrir principio de asfixia para obligarlo a confesar su participación en la dirección de equipos paramilitares. Lo ponían en sacos y lo sumergían en aguas servidas. Le colocaban inyecciones para hacerlo hablar. Lo amarraban con pies y manos a la espalda y luego de pasar un palo bajo las ataduras, lo colgaban de allí por largos períodos de tiempo. También en otras ocasiones lo hacían correr, soltando perros entrenados, con el fin de perseguirlo».

–José del Carmen Sagredo Pacheco: Integrante de la Comisión Militar, 64 años, viudo, dos hijos, maestro carpintero, ex dirigente sindical de la construcción, ex miembro de la Comisión Nacional Sindical. Detenido esa misma madrugada del 3 de noviembre de 1975. Dirigente sindical del PC.

Fue trasladado por el Comando Conjunto a la base aérea de Colina, a «Remo Cero», donde fue sometido a feroces y variadas torturas que le produjeron la muerte. Su cuerpo fue hecho desaparecer.

–Humberto de las Nieves Fuentes Rodríguez: Dirigente de uno de los comités regionales de Santiago, 59 años, casado, seis hijos, maestro cerrajero, ex regidor de Renca. Fue detenido el 4 de noviembre de 1975 en Renca por agentes del Comando Conjunto y conducido a la base aérea de Colina. Fue sacado de ese recinto a fines de año, junto a otros detenidos, para ser arrojado al mar desde un helicóptero. Testimonios ante la Comisión Rettig señalan que durante el vuelo la víctima recobró la conciencia, por lo que un comando del Ejército le pegó con un fierro en la cabeza y acto seguido le abrió el estómago con un corvo y lo arrojó al mar[4].

–Ricardo Manuel Weibel Navarrete: Integrante del aparato de Inteligencia, 29 años, casado, tres hijos, chofer de la locomoción colectiva. Fue detenido en su casa, en Conchalí, el 7 de noviembre de 1975 por agentes del Comando Conjunto. El 27 de octubre había sido detenido por el mismo organismo y vuelto a su casa el 6 de noviembre en malas condiciones físicas y con huellas de haber sido torturado. Fue conducido a la Base Aérea de Colina junto a Miguel Rodríguez Gallardo y asesinado en los terrenos militares de Peldehue[5].

–Ignacio Orlando González Espinoza: Integrante del aparato de Inteligencia, 24 años, casado, egresado de Artes de la Universidad Católica. Fue detenido el 4 de diciembre de 1975 en la población Juan Antonio Ríos por agentes del Comando Conjunto ante numerosos testigos. Permaneció recluido en la base aérea de Colina. Fue sacado desde ese recinto a comienzos de 1976, junto a otros detenidos –Ricardo Weibel y Rodríguez Gallardo– para ser ejecutado en los terrenos militares de Peldehue, donde fue enterrado clandestinamente[6].

–Carlos Enrique Sánchez Cornejo: Uno de los jefes del aparato de Inteligencia, 59 años, casado, tres hijos, jubilado del Servicio de Correos y Telégrafos del Estado. Fue detenido el 17 de diciembre en el sector de San Diego por agentes del Comando Conjunto. Fue conducido a la base aérea de Colina, desde donde se le pierde el rastro[7].

–David Edison Urrutia Galaz: Integrante del aparato de Inteligencia, 25

años, soltero, estudiante del Departamento Universitario Obrero Campesino de la Universidad Católica. El 20 de diciembre fueron allanados los domicilios de varios de sus familiares por agentes del Comando Conjunto que buscaban a David y llevaban consigo a su hermano Guillermo, detenido tres semanas antes por el mismo Comando. La detención de David se debió a la delación de Miguel Estay Reyno, que lo identificó y dio la pista para dar con su paradero al momento mismo de ser detenido, siendo testigo de ello María Eugenia Calvo Vega. Del mismo modo denunció a sus colaboradores más cercanos, que fueron detenidos inmediatamente, en el transcurso de la noche o a la mañana siguiente. David Urrutia Galaz se encuentra desaparecido desde esa fecha. Antes había sido miembro del Regional Sur de las Juventudes Comunistas, y su jefe en la estructura partidaria era René Basoa Alarcón[8].

–José Ramón Ascencio Subiabre: Integrante de la Comisión Militar, 30 años, casado, dos hijos, artesano, presidente de una JAP de Conchalí. Fue detenido el día 29 de diciembre de 1975 en su taller por agentes de la DINA. Estuvo recluido en Villa Grimaldi, lugar desde donde se perdió su rastro en febrero de 1976.

Los sobrevivientes de los aparatos de seguridad fueros escasos; entre ellos Amanda Velasco, Mauricio Lagunas, Edna Canales, Sergio Buschmann, Lilian Soto, María Teresa Quezada, Lautaro Badilla, aunque no se salvaron de atroces torturas. Los caídos, en cambio, se sumaron a los otros comunistas asesinados en 1975: Pedro Gabriel Acevedo Hernández, Hugo Orlando Barrientos Añazco, Santiago Abraham Ferru López y Leandro Llancaleo Calfuquén, detenido en diciembre de 1974 en Mendoza, en un día no precisado.

En el embate del Comando Conjunto se destacaron como traidores

y colaboradores en la búsqueda, detención y tortura de sus ex compañeros Carol Flores Castillo, René Basoa Alarcón y Miguel Estay Reyno.

4.3. Un traidor puede más que cien valientes

De los principales integrantes del «alto mando» de la Seguridad del Partido Comunista en los años sesenta y setenta, sólo tres están vivos. Uno de ellos, «Rolando», tiene 92 años y se resiste a hablar de lo ocurrido; el segundo, «Daniel», es un profesional reconocido y prefiere mantenerse en el anonimato; el tercero, otro «Rolando», David Canales, decidió hacer públicos sus análisis acerca de ese período. De allí, por la relevancia que ellos tienen, es que hemos decidido reproducir en extenso sus reflexiones.

Avanzado el año 1970 estaba aún en plena organización el aparato de seguridad comunista que operó durante el periodo de gobierno de Salvador Allende. En esa época, dirigían políticamente el frente juvenil de autodefensa Ulises Merino Varas y René Basoa Alarcón, desde sus puestos en la Comisión Nacional de Cuadros y miembros del Comité Central de las Juventudes Comunistas, al mismo tiempo que coordinaban el ingreso de los jóvenes militantes al Servicio Militar y a las escuelas de suboficiales de las Fuerzas Armadas y Carabineros, todo ello bajo la supervisión de José Weibel Navarrete, Subsecretario General de la Jota.

Estas mismas personas se encargaron, a partir de los años setenta, de seleccionar de entre los militantes de las Juventudes Comunistas a aquellos que se incorporarían a las escuelas de oficiales de las Fuerzas Armadas, de Carabineros y del entonces Servicio de Investigaciones.

En 1971 –probablemente a mediados de abril–, José Flores Garrido[9], un destacado miembro de la dirección de la autodefensa de la Jota, fue designado para viajar a la RDA a prepararse en materias de seguridad. Entre sus compañeros de escuela estuvieron Daniel Escobar Cruz, que fue apresado en La Moneda para el golpe y luego asesinado; Malaquías Delgadillo Navarro, detenido y torturado por el Comando Conjunto desde el 24 de octubre de 1975 y que luego, tras su liberación, escapara a Canadá, donde hoy reside; Eduardo Valenzuela, ex estudiante de la Universidad de Chile, actualmente radicado en Suecia; y yo mismo, David Canales.

A su regreso se le asignaron a Flores Garrido altas responsabilidades en el frente de seguridad del Partido.

Desde al menos noviembre de 1975 fue incorporado al mismo nivel de jefatura que tenían «Santiago» y «Rolando», a quienes la Dirección ordenó salir del país por haber sido identificados y estar prácticamente cercados, viaje que tuvo lugar el 5 de marzo de 1976, luego de estar escondidos y después asilados en la embajada de Hungría desde el 31 de diciembre anterior.

Debido a la traición de Carol Fedor Flores Castillo –detenido primero el 5 de junio del 74 y luego definitivamente el 7 de junio del 75–, quien era miembro del aparato militar en el Comité Regional Sur, cayó la mayoría de estas estructuras tanto en esa zona como en los comités regionales Norte y San Miguel, sobre todo a partir de mediados de 1975. Lamentablemente esto también arrastró a la jefatura nacional del frente militar en septiembre, octubre y noviembre de 1975.

Desde la caída, tortura y pronta entrega de información por parte de Carol Flores en 1974, lo que permitió su liberación, éste fue hostigado por la inteligencia de la FACH y amenazado de muerte él y su familia, hasta que se entregó totalmente a sus designios, primero con simples datos y luego con el organigrama del frente militar regional y parte de la dirección regional y la de algunos comités locales. Un año después, a la fecha de su segunda falsa captura, Carol Flores era ya un activo colaborador asalariado y miembro del Comando Conjunto, y comenzó así su masiva y aterradora caza de militantes comunistas.

La Inteligencia de la FACH fue el ente mejor preparado para la represión de las organizaciones de izquierda. Poseía la dirección de mayor nivel en Chile y deseaban limpiar la mancha de haber tenido en sus filas durante todo el gobierno de Allende no sólo la mayor cantidad de jóvenes oficiales progresistas, sino también haber aglutinado el mayor número de oficiales medios y superiores –constituidos formalmente como grupo– cursando en universidades e institutos de investigación materias de economía y ciencias sociales, en el espíritu de servir al

gobierno y con tendencias claramente socialistas y constitucionalistas. Tal grupo fue desbaratado desde el mismo 11 de septiembre y sus integrantes tomados prisioneros, torturados, asesinados o expulsados al exilio.

Al vislumbrarse la primavera de 1975, las detenciones practicadas por el Comando Conjunto dejaron de ser selectivas y devinieron en masivas. Los miembros de uno de los grupos de detenidos comunistas, resultantes de una razia hacia los comités regionales de la Jota, estuvieron provisoriamente juntos en un centro de detención y acordaron, dado que sus captores sabían mucho de su participación partidaria, reconocer lo que había sido su actividad hasta el 11 de septiembre de 1973. Desde allí –dirían– no participaban en nada y sólo los unía la vieja amistad. Finalmente tuvieron que nombrar, bajo tortura, a dirigentes y militantes conocidos. Los represores obtuvieron una buena base de datos de militantes en el Frente Militar; también en el de Seguridad. Obviamente, entre los identificados estaba parte importante de la Dirección Militar y de la Seguridad del Partido, plenamente activos en la clandestinidad, y también la mayoría de los compañeros que viajaron al extranjero a recibir cursos de carácter paramilitar, de seguridad e inteligencia, entre los años 1969 y 1972[10].

Desde el comienzo de esta operación, el Comando Conjunto tenía el objetivo de identificar y cazar a los integrantes de todos los grupos que salieron al exterior –URSS, RDA y Cuba– a formarse paramilitarmente desde antes del gobierno de Allende, grupos que componían centenares de compañeros que salieron por períodos cortos, de dos, tres o más meses. Entre ellos viajaron:

–A Cuba, sólo como ejemplo, Ulises Merino Varas (detenido el 2 de febrero de 1976 y desaparecido después de su paso por «Remo Cero», «Bellavista», Comisaría Las Tranqueras y «La Firma») y David Urrutia Galaz (capturado el 22 de diciembre de 1975 y asesinado en «Remo Cero»). Ambos fueron en fecha posterior también al curso de Inteligencia o Seguridad a Europa.

–Lo hicieron también en otro grupo que fue a Moscú, Ricardo Ramírez Herrera

(hecho desaparecer desde Buenos Aires el 16 de abril de 1977, en la «Operación Cóndor»), Carlos Piñero Lucero (asesinado por la «Caravana de la Muerte» en Calama en 1973) y Rodolfo Núñez Benavides (hecho desaparecer el 18 de mayo de 1976 en el marco de la encerrona de calle Conferencia).

–Posteriormente viajaron a Moscú diez personas, entre los que estaban Miguel Estay Reyno (convertido luego en traidor, interrogador y ejecutor de sus propios compañeros); Víctor Vega Riquelme (asesinado luego de pasar por «Remo Cero» y por la Escuela Nacional de Inteligencia, ENI, de Rinconada de Maipú); Jorge Cueto Román y otros.

–En una subsiguiente delegación se dirigieron también a Moscú, Gastón Oyarzún Martínez, destacado montañista chileno, que recuperara su libertad gracias a su amistad con Roberto Fuentes Morrison, «El Wally»; Ignacio González Espinoza (asesinado en «Remo Cero»); Ricardo Weibel Navarrete (asesinado en «Remo Cero»); Juan Quiñones Ibaceta (capturado en una trampa que le tendió «el Fanta»), contemporáneamente a un grupo del frente de Propaganda, el 23 de julio de 1976, y hecho desaparecer desde «La Firma»), entre otros.

–También salió a hacer el mismo tipo de curso, en una oportunidad distinta, René Basoa Alarcón, «Renato», convertido en traidor a poco de caer prisionero[11].

4.4. El objetivo prioritario: la Dirección comunista

El 24 de octubre de 1975 cayeron y fueron llevados a «Remo Cero», en un grupo numeroso, los hermanos Matías y Malaquías Delgadillo. Ricardo Weibel cayó el 26 de octubre, hasta el 6 de noviembre, cuando fue liberado. Malaquías y Ricardo habían trabajado después del Golpe reorganizando las estructuras

paramilitares del PC. Ambos conocían las tareas de José Flores Garrido –el nuevo hombre clave en la Seguridad del Partido– y, con certeza –porque está documentado en sus propias declaraciones hechas bajo tortura y que forman parte de los archivos judiciales– lo nombraron. Como otros, ellos no resistieron la tortura. Delgadillo salió de Chile apenas lo soltaron. En cambio Ricardo Weibel, que había sido detenido por su relación con el frente militar regional, volvió a ser capturado el 7 de noviembre luego de que supieron que en verdad pertenecía al aparato de Seguridad, del cual era su jefe regional, y casi inmediatamente lo ejecutaron.

Por estos dos casos concretos, a lo menos, la Inteligencia de la FACH se abocó y ordenó al Comando Conjunto dedicarse especialmente a la Seguridad del PC, convencidos de que éste era el camino más corto para llegar hasta la Dirección nacional del Partido.

Las declaraciones de este grupo de personas, obtenidas bajo tortura, contribuyeron en gran medida al conocimiento que el Comando Conjunto tuvo de la organización, no sólo en la esfera del Frente Militar sino también en los nombres de los componentes de otros organismos y direcciones regionales y comunales del Partido en Santiago.

Esta es la explicación de las subsiguientes caídas, como la de Ignacio González Espinoza, capturado el 4 de diciembre de 1975, quien no soportó el salvaje maltrato y entregó su casa, su taller y la ubicación del sitio donde se guardaban los materiales para la confección de documentos falsos. Luego de González Espinoza cayó Gastón Oyarzún Martínez, el 10 de diciembre 1975, que también fue incapaz de resistir la tortura y colaboró, siendo liberado el 13 de enero de 1976.

Ignacio González también llevó a la caída del jefe del Archivo del aparato de Seguridad, para todos un objetivo muy valioso: Carlos Enrique Sánchez Cornejo, «Alejandro», detenido desde el 17 de diciembre del 75 y ejecutado en «Remo Cero» poco después de su captura y sin que lograran sacarle una palabra sobre los integrantes de la seguridad del Partido.

Ignacio González, luego de ser bárbaramente torturado, entregó y llevó al grupo represor a una cita en la que cayó René Basoa Alarcón, el 19 de diciembre. En esta diligencia también llevaron a Carlos Sánchez para mostrarlo como si ya estuviese colaborando.

Es necesario tener presente que los agentes del Comando Conjunto y de la DINA sacaban de inmediato a porotear a los prisioneros, estuvieran o no colaborando, incluso en evidente muy mal estado físico. De ese modo, quienes los veían en las calles junto a los represores creían que sus compañeros estaban colaborando[12].

Después de la Desaparición Forzada de Sánchez Cornejo, y por las debilidades de Basoa, cayeron Miguel Estay Reyno, la madrugada del 22 de diciembre, Sergio Bushmann y Lilian Soto, colaboradores directos de Ricardo Ramírez; Edna Canales Úbeda, la esposa de Ricardo Ramírez Herrera, todos los últimos el 25 de diciembre. También fueron capturados, entre el 23 y el 31 de diciembre, María Eugenia Calvo Vega, Lautaro Badilla Olhbaum –hermano de Pablo, compañero de curso en Moscú de Gastón Oyarzún–, Jaime Estay Reyno, Isabel Stange y Víctor Vega Riquelme, poco antes llegado de Moscú, donde se formó como radista y cifrador, ejecutado y hecho desaparecer; María Teresa Quezada Salas, esposa de David Canales; Mauricio Lagunas Sotomayor, Amanda Velasco Pedersen, académica de la Universidad de Chile, entre otros.

René Basoa y Miguel Estay cayeron a fines de 1975, luego que agentes del Comando Conjunto siguieran a un grupo de comunistas liberados tras un tiempo de detención en Talca. El «Fanta» había sido tiempo antes enlace de José Weibel, dirigente máximo de las Jota, quien se había integrado a la Dirección del Partido, haciéndose cargo de Organización. Basoa, en tanto, había trabajado en la Comisión de Control y Cuadros y tenía un acabado conocimiento de muchos militantes y dirigentes del Partido.

A esa fecha, el Comando Conjunto ya respiraba en las orejas de Ricardo Ramírez Herrera, «Santiago»; de David Canales Úbeda, «Rolando»; y de otros jefes e integrantes de las diversas instancias de la Seguridad del Partido.

Al analizar con atención los hechos ocurridos en la secuela de detenciones, es posible apreciar que René Basoa y Miguel Estay no conocían todos los componentes del aparato que ayudaron a destruir. Sólo lo llegaron a vislumbrar más tarde, cuando ya eran activos colaboradores del Comando Conjunto. El conocimiento de la información o los retazos de ella que se obtenían de cada persona torturada bárbaramente y hasta morir, fue fruto de la creciente conexión entre traidores y captores, programada por la inteligencia militar en un esquema previo sobre cómo avanzar en la búsqueda y obtención del llamado «material de información». Así, cuando los analistas de los organismos represivos y los colaboradores empezaron a compartir conocimientos sobre los detenidos y las

estructuras del Partido, la cantidad e importancia de datos reunidos y evaluados les permitió la destrucción de las direcciones de la Juventud Comunista y del Partido, que consiguieron –parcialmente– hacia fines de 1976.

4.5. Movimientos y jugadas evasivas

A mediados de 1975 el encargado de la administración de la infraestructura de los lugares donde vivían y se reunían los dirigentes del PC era Lenin Díaz, quien provenía del frente de profesionales.

Víctor Díaz habitó por algún tiempo la casa ubicada en Ramón Cruz 3030, domicilio de Luis González, dirigente regional de Antofagasta, que usaba la chapa de «Gustavo», se había integrado a las tareas de Infraestructura y Finanzas, y comprado esa propiedad, luego de vender la que habitaban su hijo Patricio y su esposa Graciela, en Vitacura, allanada varias veces. Antes de Víctor Díaz, a fines de 1974, vivió allí Américo Zorrilla.

En 1975, cada dos meses llegaba el jefe del comunismo chileno en la clandestinidad y se quedaba dos o tres semanas en un departamento independiente con baño que tenía la vivienda Allí también se efectuaban reuniones de la Dirección. Esporádicamente aparecía Eliana Espinoza, la enlace de «Don Víctor», y hablaba con Luis González para establecer la rutina de la familia. Díaz era «José Santos Garrido», un tío abuelo que venía de paso desde el sur. Veía la teleserie Yesenia y jugaba brisca con los dueños de casa. Selenisa, su esposa, lo visitó en muy contadas ocasiones. Ese año de 1975, el buscado dirigente llegó en julio y en agosto. En la primavera se operó de la próstata en una clínica y se recuperó en la casa de Ramón Cruz.

Un día llegó hasta el lugar, sorpresivamente, Jaime Godoy, militante de la Jota, amigo del dueño de casa, quien había sido secretario del Regional Cordillera. El visitante se retiró sin decir una palabra luego de ver a «Don Víctor».

En la segunda quincena de diciembre, en el boletín «Unidad Antifascista», apareció una entrevista a «un dirigente del PC» titulada «Comenzó el ocaso de la dictadura». En ella, Víctor Díaz destacaba los problemas económicos, la

rearticulación del movimiento sindical, los crímenes de los militantes obreros Orlando Leal y Humberto Castro, asesinados por agentes de la DIFA, y el montaje en Rinconada de Maipú, donde murieron siete jóvenes. Pedía también la «tan necesaria unidad de las fuerzas antifascistas».

Jorge Insunza Becker, que había tenido estrecha relación con los principales dirigentes del Partido Socialista –Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos–, se congeló en junio y salió del país el último trimestre de 1975. Se había tornado insostenible mantener una infraestructura sólida para él, dado el grado de exposición que tenía.

El grupo de Documentación del Partido le entregó un pasaporte y un juego de papeles franceses. Por razones de seguridad, en esa operación no intervino nadie más. Colaboradores comunistas en Investigaciones sólo le entregaron el papel de ingreso y salida. «Jacinto» lo llevó en su Peugeot 404 hasta el paso Los Libertadores, y poco antes de cruzar la frontera lo embarcó en un bus Cata de horario normal. El organizador del escape cometió un error que casi hace fracasar la misión: no incluyó entre los papeles exigidos el formulario de salida. Insunza, muy bien caracterizado como un intelectual galo, hablando un fluido francés, hizo un escándalo y exigió que llamaran a la Embajada de Francia en Santiago. Al final, cansados por los airados reclamos del supuesto snob «franchute», los detectives de Extranjería decidieron autorizar su salida. En Buenos Aires lo estaban esperando algunos integrantes de la red comunista en esa capital, quienes le entregaron un pasaporte y un pasaje para Europa. Américo Zorrilla, en tanto, encargado de Organización, fue sacado por la misma ruta a fines de diciembre de 1975 por algunos detectives que colaboraban con el Partido. En su cargo en la Dirección interna fue reemplazado por Mario Zamorano, hasta que esa función la asumió Víctor Canteros y luego el ex diputado Víctor Galleguillos.

Ese año 1975 reingresó a Chile un pequeño grupo de dirigentes para ayudar en la reorganización del Partido; entre ellos, Crifé Cid Díaz y Horacio Cepeda, que se integraron al equipo de Mario Zamorano. Al promediar el invierno, los comités regionales de Santiago estaban encabezados por los siguientes dirigentes: Rodolfo Vivanco, en el Comité Regional Sur; Miguel Nazal, en el Comité Regional San Miguel; Luis Olivares, en el Comité Regional Cordillera, Edras Pinto, en el Comité Regional Costa, Galindo, en el Comité Regional Oeste; Nelson Jeria, en el Comité Regional Norte y Oscar Ramos, en el Comité Regional capital[13]. Para «atender» a los comités regionales, Mario Zamorano

citaba mediante «buzones» a las reuniones a tres secretarios regionales, encuentros que eran organizados por su enlace Crifé Cid Díaz, una de los dirigentes que trabajaban en su equipo. También tuvo un papel importante Eliana Ahumada, quien había sido secretaria del Regional Cordillera antes del golpe y pertenecía al Comité Central[14].

En enero y febrero de 1976, Víctor Díaz asistió a reuniones en la casa de Guido Díaz, hermano de Lenin, en Ñuñoa, en la parte de atrás de la Villa Frei, muy cerca de la rotonda Grecia. Guido había llegado de Pueblo Hundido y se había integrado al trabajo del Frente Sindical. Díaz llegaba algunos días antes de la cita y se quedaba en un dormitorio donde había un camarote habilitado por Elisa Escobar, enlace de Mario Zamorano. Allí acudieron también el propio Zamorano, Jorge Muñoz y Pedro Henríquez, un dirigente de la Jota que colaboró con la Dirección clandestina hasta comienzos del año 77, cuando, muy acosado por los servicios de seguridad de la dictadura, debió salir del país rumbo a Francia.

Junto con el otoño del 76, «Don Víctor» empezó a acudir a citas programadas en un departamento ubicado en Santa María 0316, tres cuadras al oriente de Pío Nono, en el primer piso, es un espacioso lugar habitado por Hugo Zamorano, el menor de los hermanos de Mario Zamorano, quien le había pedido que se descolgara del Partido y se mudara con su esposa y sus dos hijos desde su casa en San Pablo a su nuevo departamento en la comuna de Providencia. Así fue posible usar ese lugar para reuniones de la Dirección

Víctor Díaz compartía habitación con Guido Zamorano, entonces de 15 años, que estudiaba música en el Conservatorio. El visitante llegaba algunos días casi todas las semanas. Era, supuestamente, un tío del sur. Allí se hizo en 1975 una primera reunión ampliada de la Dirección interna. También Díaz se reunió en ese lugar con la Dirección de la Jota, poco antes de la caída de José Weibel, a fines de marzo. Luego llegó Juan Carlos Arriagada, quien sucedió a Weibel en la Jota.

En los días previos, Arriagada había acudido a una cita en una casa de dos pisos en la calle Santa Mónica, en el barrio Brasil. Lo esperaban Víctor Díaz, Weibel, Zamorano y Fernando Ortiz. Deseaban apurar una declaración de la Juventud de la Unidad Popular apoyando la constitución de un Frente Antifascista.

A mediados de abril hubo una nueva reunión de la Dirección colectiva de la Jota con Víctor Díaz en una amplia casa en Gerónimo de Alderete, en La Florida,

habilitada con camarotes que ocupaban los asistentes en la medida que iban llegando escalonadamente en los días previos. El último en aparecer fue Víctor Díaz. Ya estaban Arriagada, Alfredo Vargas, Jorge Espíndola, Manuel Guerrero y Juan Orellana, como encargado sindical de la Jota.

4.6. «Vitoco», el buscado «agente de la KGB»



Víctor Vega Riquelme

Víctor Humberto Vega Riquelme tenía 24 años al ser detenido el 3 de enero de 1976. Luego del golpe militar se asiló en la embajada de la República Democrática Alemana. Salió hacia la RDA, y luego se trasladó a Hungría, donde residió hasta abril de 1975, fecha en que volvió clandestinamente a Chile. Vivió con un familiar hasta diciembre de 1975, cuando les comunicó a los dueños de casa que su seguridad y la de muchos otros compañeros del partido estaban en serio riesgo y debía cambiarse de domicilio. Se mudó entonces a la casa de un tío paterno, en la comuna de Conchalí.

Perteneció a esa hornada de muchachos que ingresaron a las Juventudes Comunistas en los años 68 y 69, período de gran desarrollo de esa organización. Su promoción dentro de la Jota fue rápida y ascendente, muy parecida a la que tuvieron los hermanos Miguel y Jaime Estay Reyno, que procedían del Liceo Gabriela Mistral. Víctor asumió como secretario de Organización del Comité Local Norte de la Dirección de Estudiantes Comunistas Secundarios.

Desde fines de 1969, Víctor se sumó a la organización de los Trabajos Voluntarios de Verano que la Jota programó en el sur de Chile y desde enero asumió como jefe de ellos en la provincia de Malleco.

Vitoco –así le decían sus amigos– tenía la virtud de apasionarse fácilmente con canciones sentimentales de la época y «Lisa ya no eres tú», del italiano Nicola di Bari, era uno de sus temas preferidos y lo entonaba cada vez que podía.

En marzo de 1970 comenzó a estudiar Pedagogía en Castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Por esos meses, Víctor y Miguel Estay Reyno ya estaban orientados a las tareas de seguridad e inteligencia en las JJ.CC. Víctor marchó poco después a efectuar su servicio militar obligatorio en un regimiento de Los Andes. A su regreso, durante el gobierno de la Unidad Popular, se incorporó al equipo de inteligencia del Partido, donde también estaba «El Fanta». El jefe directo de ellos era René Basoa («El chico Basoa», Renato), que luego del golpe pasó a trabajar con los aparatos de inteligencia del régimen militar y tiempo después murió acribillado en la calle.

«El 3 de enero de 1976, cerca de las 17:30 horas, Víctor recibió una llamada telefónica. Yo estaba presente, sus contestaciones se limitaban a decir sí y no. Luego de cortar, recogió un libro y me dijo en forma tranquila que lo tenían en la mira y que debía trasladarse. Se marchó con lo que tenía puesto: un pantalón de cotelé plomo, un chaleco verde que se amarró a la cintura, camisa manga corta con rayas, de un color claro. Me dio un abrazo y se fue caminando por calle Independencia. Luego de esto no volví a verlo nunca más...», declaró el tío materno ante notario público, luego de la desaparición de Víctor Vega.

A la fecha de su secuestro, Víctor usaba las «chapas» de Eduardo o «Vitoco»; era especialista en códigos y, aparentemente, la Dirección del Partido le había encargado una «misión especial». Su vínculo político más cercano era Héctor Jorquera Chellew, a quien –el 1 o 2 de enero– le informó personalmente sobre la detención de Miguel Estay Reyno, en diciembre de 1975.

El 3 de enero, Víctor Vega, Jaime Estay Reyno e Isabel Stange Espínola fueron detenidos por agentes del Comando Conjunto en la esquina de Alameda con General Velásquez. Los tres fueron conducidos a la base del Regimiento de Artillería Antiaérea de la Fuerza Aérea de Chile, ubicado en Colina, en cuyo interior funcionaba un centro de detención secreto denominado «La Prevención», también conocido como «Remo-0».

Héctor Jorquera Chellew relató que en la madrugada del día 4 de enero de 1976, alrededor de las 06:00 horas de la mañana, su casa fue asaltada por un grupo de doce hombres fuertemente armados, que ingresaron violentamente por los cuatro costados y que conducían en calidad de detenido a Víctor Vega, esposado y en mal estado físico. Jorquera reconoció posteriormente, por fotos aparecidas en la prensa, como jefe del grupo secuestrador y a quien los demás llamaban «Papi», al agente del Comando Conjunto, Roberto Fuentes Morrison, alias «El Wally»:

Una vez esposado, fui introducido en un furgón Citroen modelo AK-6, color beige, con listones laterales de madera barnizada, en el cual se encontraba Víctor Vega tendido boca abajo, esposado y con los ojos vendados. Luego de un viaje más o menos corto, llegamos a un lugar céntrico, pero de muy poco movimiento –como si se tratara de una calle sin salida–, en la cual fui cambiado de vehículo, y no vi más a Víctor Vega. Por sobre la venda logré ver la parte superior de un edificio gris claro estucado con marmolina, con balcones de baranda con

balaustradas. En recorridos posteriores me parece haber reconocido esa calle sin salida que existía en Vicuña Mackenna llamada General Bueras.

Desde ese último lugar, Jorquera fue conducido a otro recinto, después de un viaje más o menos largo que duró aproximadamente treinta minutos, que él ubica en la Panamericana Norte, cerca de Lampa, donde atravesaron un portón y luego de un camino de tierra, entraron a una construcción de madera parecida a galpones, donde fue ingresado a una sala alta recubierta de madera, lugar en que se le sometió a fuertes torturas e interrogatorios, entre medio de acusaciones de «traición a la patria». El declarante indicó que durante el período que permaneció en ese lugar secreto de reclusión y torturas, pudo percibir que se trataba de una construcción de un piso, con una planta en forma de C conformada por tres galerías que dejaban un patio interior; en esas galerías se distribuían 25 celdas, dato fácil de obtener, puesto que obligaban a los detenidos a numerarse desde el interior de las celdas todas las mañanas. Él permaneció solo en la última celda, la número 25. El lugar se notaba recién terminado, en albañilería estucada. Agrega que por debajo de la venda le fue posible apreciar las botas y el uniforme verde del personal que les llevaba comida y acompañaba a los baños.

Finalmente, el día 8 de enero en la madrugada, Héctor Jorquera fue dejado en libertad, siendo sacado en un Austin Mini blanco. Posteriormente, fue cambiado a un automóvil Fiat 600 blanco, el que dio varias vueltas por la ciudad, siendo abandonado en las cercanías de la casa de sus padres.

El ex detenido Luciano Mallea Correa, en declaración jurada prestada ante notario público en la ciudad de Melbourne, Australia, señaló haber sido detenido el 30 de septiembre de 1976 por agentes del denominado Comando Conjunto y conducido a un recinto secreto de reclusión, donde fue interrogado, entre otros, por Miguel Estay Reyno. Mallea agregó que en un momento le mencionaron a una persona a quien sus amigos conocían como «Vitoco», al cual los interrogadores le imputaban ser agente de la KGB y decían que al ser detenido había intentado arrancar y que ya estaba muerto. Luego de bárbaras torturas, Víctor habría decidido colaborar con el Comando Conjunto, específicamente en la entrega de claves usadas por los rusos para cifrar información.

Luego de bárbaras torturas, Víctor habría decidido colaborar con el Comando

Conjunto, específicamente entregando información sobre su método de claves. Se ha dicho que Víctor terminó siendo entregado al Ejército como «expositor del tipo de claves usado por los rusos» en la Escuela de Inteligencia del Ejército antes de ser asesinado.

4.7. Encargado del reclutamiento de conscriptos



Ulises Merino Varas

Ulises Jorge Merino Varas tenía 33 años al ser secuestrado por el Comando Conjunto el 2 de febrero de 1976. Inspector del Tránsito en la Municipalidad de La Granja, había sido integrante del Comité Central y miembro de la Comisión de Cuadros de la Jota hasta 1971. Su chapa era «Arturo». Casado con Francisca Wolff Cornejo, tenía un hijo. Vivía en José Joaquín Pérez 10117, Paradero 22 de Vicuña Mackenna, comuna de La Florida, en Santiago.

Al momento de su captura era el encargado de mantener la relación con los comunistas que aún permanecían en el servicio militar y en las escuelas de suboficiales y oficiales de las FF.AA. Desde 1971, fue uno de los colaboradores más directos de «Santiago», jefe del aparato de Inteligencia del PC. Denunciado por Basoa, estuvo en «La Firma», en la Comisaría de Las Condes y en la «casa de solteros de Bellavista» (vivienda-cuartel de los miembros solteros del Comando Conjunto) junto a Basoa, «El Fanta» y José Weibel para engañar y hacer hablar a este último y a Merino.

Sus padres eran obreros y también militaban en el Partido Comunista. Vivió sus primeros años en Talca y Curicó. Estudió las preparatorias en Hualañé. Era buen compañero, alegre y comunicativo. Dirigió a la Jota en la zona sur de Santiago y luego pasó al Comité Central de la misma. Viajó a Cuba y a la Unión Soviética para seguir varios cursos de perfeccionamiento.

Desde el año 1963 trabajó como funcionario municipal de la comuna de La Granja. Durante muchos años estuvo cumpliendo funciones como Inspector de Patentes, cuya oficina estaba en el Paradero 28 de Santa Rosa, donde en la actualidad se encuentra el hospital Padre Hurtado. Tenía mucha cercanía con su hermano, José Merino, y era amigo y compañero de los alcaldes Pedro Cabeza y Pascual Barraza.

Dentro de la planificación de su secuestro, semanas antes de su detención, fue trasladado al Departamento de Tránsito, ubicado en el Paradero 25 de Santa Rosa, donde hoy se ubica la Municipalidad de La Granja.

El 2 de febrero de 1976, cerca de las 14:30 horas, cuando regresaba al trabajo

luego de su colación, Ulises Merino fue detenido por dos agentes del Comando Conjunto al bajar de un microbús y fue subido a un automóvil Chevy celeste que se encontraba cerca. Ello ocurrió en el Paradero 25 de Santa Rosa, frente a la Municipalidad de La Granja. Un compañero de trabajo fue testigo del secuestro.

Merino fue conducido a «La Firma», luego a «Bellavista 122». Fue sacado de allí aproximadamente el 22 o 23 de abril y conducido al Cajón del Maipo. Allí el agente denominado «Luti» –Tito Figari Verdugo– lo ejecutó con disparos y su cuerpo fue lanzado al río Colorado, en el sector de Puente Viejo, según una carta anónima aportada por el agente Otto Trujillo.

Su hijo, Mario Merino Wolff, cuenta hoy, a los 41 años de edad, que su padre era querendón de su familia y principalmente de su madre. «Mi madre me contaba que él los días domingos me llevaba a un Cristo, ubicado en el paradero 23 de Vicuña Mackenna. Él iba caminando; yo pedaleaba un auto de lata, tipo triciclo», recuerda.

4.8. «Checho» Weibel, uno de los pilares



José Weibel

José Arturo Weibel Navarrete nació el 25 de septiembre de 1942 en Santiago, en el sector de Avenida Matta, y creció en el barrio El Salto, en la entonces comuna de Conchalí. Sus padres eran Luis Weibel Weibel, obrero municipal; y Laura Navarrete, auxiliar de enfermería. Fue el cuarto de nueve hermanos: Ricardo, Roberto, Fernando, José, Luis, Ana, Patricio, Rosa y Graciela.

Su infancia transcurrió en los pasillos de los hospitales, donde lo llevaba su madre porque no tenía con quien dejarlo. Ya adulto, José contaba que en esos tiempos empleaba las camillas como camas y algunos implementos médicos como juguetes. La vida de su familia era difícil y tuvo que empezar a trabajar a los once años. Lo hizo en la construcción, en mueblería y en el área de la salud, de auxiliar en el Hospital El Salvador. Fue un activo miembro de la Juventud Obrero Católica, JOC, de Conchalí, hasta los 13 años. Luego, a los 14, decidió ingresar a las Juventudes Comunistas, llegando a ser secretario del Comité Local donde militaba. Allí fue un activo organizador de centros juveniles y estimuló la preocupación por las actividades deportivas. Usaba una boina ladeada en su cabeza y megáfono en mano animaba con entusiasmo las marchas juveniles de aquellos años. Al mismo tiempo, leía todo lo que caía en sus manos y poco a poco fue adquiriendo una vasta cultura.

Cursó las humanidades en el Liceo Industrial de Conchalí, desde donde egresó en 1956 con un diploma de obrero mueblista. Era tranquilo, aunque bueno para las bromas y muy activo en las organizaciones sociales en las que participaba. Pronto se transformó en líder de los jóvenes comunistas que frecuentaban la sede ubicada en el cuarto piso de la galería Capri, muy cerca de la Plaza de Armas, un abandonado taller textil que fue habilitado después del Cuarto Congreso Nacional de las JJ.CC, en 1960, y donde funcionaban el Comité Central y el Regional Santiago.

Weibel se casó con Libertad Guerrero, de la que enviudó tempranamente al fallecer esta durante el parto de su primera hija, Libertad. El dolor fue intenso, pero siguió adelante dedicándose por entero a su trabajo político. La dirección de la Jota debió abandonar, a comienzos de 1961, el local del centro y se trasladó a

una nueva sede, en Avenida Matta, al llegar a la calle San Francisco. Allí conoció a María Teresa Barahona, una profesora normalista que estudiaba Ciencias Políticas en la Universidad de Chile. Se hicieron amigos y más tarde se transformaron en pareja y decidieron casarse.

Manuel Guerrero, en su libro Desde el túnel, cuenta que conoció al «Checho» Weibel en el local de la galería Capri, donde un día vio a «un gallo flaco, de pelo muy tieso, que daba paletazos en una mesa de ping pong y se reía como un cabro chico». Ahí también llegaban los jóvenes comunistas arrancando de los carabineros que los perseguían en las frecuentes marchas callejeras en los comienzos de los años sesenta. En una oportunidad irrumpieron corriendo ya entrada la noche. No había luz y temían que la sede fuera allanada por los «pacos». En medio de la tensión, el «Checho» tiró una talla y las inmediatas carcajadas lograron relajar el momento. En esa época Weibel fue detenido en una huelga y flagelado por la policía política, la temida «PP» de Investigaciones[15].

En 1965, Weibel era secretario del Regional Santiago y pasó a la Comisión Ejecutiva de la Jota, bajo la conducción de Gladys Marín. Durante el gobierno del presidente Salvador Allende, José fue nombrado Subsecretario General de las Juventudes Comunistas y asumió también la conducción de la Unidad Popular Juvenil, cargo que compartió con el socialista Carlos Lorca, quien se transformó en uno de sus mejores amigos.

Tras el golpe, el «Checho» combatió con fuerza cualquier asomo de autoinmolación en su partido, insistiendo una y otra vez en la necesidad de mantener viva la organización.

En los encuentros, citas y puntos a los que acudía preguntaba sobre la actividad de la Jota en cada lugar. Las primeras manifestaciones de acción juvenil las examinaba una y otra vez. Lo importante, decía, era la capacidad de los jóvenes de ponerse en movimiento, de superar el terror que la dictadura desataba. Eso sí, todo debía ser más metódico y cuidadoso. Cada paso debía medirse para no mostrar flancos a la represión. Tenía paciencia, además, para abordar y explicar los asuntos más complicados.

Su padre murió poco después del golpe militar, producto de los allanamientos, amenazas y persecuciones a sus hijos. El «Checho» se lamentó siempre de no haber podido asistir a sus funerales y despedirse de aquel hombre enérgico, disciplinado y trabajador que había sido su primer gran modelo a imitar.

A Weibel le gustaba narrar anécdotas de su infancia y de agregar chilenismos al lenguaje político. Una expresión habitual suya era «sancochar», que utilizaba para ejemplificar la preparación y maduración de un determinado asunto.

Disfrutaba jugando con los niños de las casas que visitaba; se comunicaba fácilmente con ellos y era frecuente observarlo en largas conversaciones con los pequeños. En 1975, debió extremar sus precauciones. Ya tenía tres hijos y el Partido lo había nombrado recientemente secretario de Organización; en la práctica, el número dos después de Víctor Díaz. Integraba, además, el Comité Central y el Secretariado. Su «chapa» de ese momento era «Joel». En la Jota asumió en su reemplazo el «flaco» Juan Carlos Arriagada.

El 5 de julio de 1975, José Arturo era buscado por los organismos represivos. En esa fecha, preguntaron por él en la casa de su suegra. El 26 de octubre de 1975 agentes del Comando Conjunto detuvieron a sus hermanos Ricardo y Patricio, quienes fueron liberados el 6 de noviembre. Ricardo Weibel le contó a su esposa, Catalina Avendaño, que había permanecido recluido en la base aérea de Colina, donde fue interrogado y torturado. Agregó que lo sacaron del recinto en un automóvil Austin Mini rojo y lo llevaron hasta el domicilio de su hermano José, para arrestarlo, pero no lo encontraron.

Sólo habían transcurrido 33 horas desde que Ricardo había recuperado su libertad, cuando a las 22:00 horas del 7 de noviembre de 1975 llegaron hasta su domicilio cinco individuos jóvenes, vestidos de civil, armados con ametralladoras, los que se movilizaban en una camioneta tipo furgón, marca Chevrolet, modelo C 10, de color plomo claro, con una franja verde oscuro por los costados. Dos de los agentes se acercaron a la puerta de entrada y al responder sus moradores preguntaron por Ricardo, añadiendo que «Roberto lo necesita». Minutos después se lo llevaron para no volver nunca más.

En enero y febrero de 1976, la casa donde residía María Teresa Barahona y los niños en La Florida, y a la cual llegaba esporádicamente José Weibel, era vigilada constantemente.

El 28 de marzo un joven llegó hasta la vivienda de los Weibel Barahona preguntando por una lavadora en venta. María Teresa se alarmó. Eran seguidos en los últimos días y creyó que la DINA los había localizado. Esa noche tomaron la decisión de dejar la casa a primera hora de la mañana. A las 7:30 salieron con sus dos hijos, Mauricio y Álvaro, de nueve y siete años, para llevarlos al Colegio

Latinoamericano de Integración. En la esquina María Teresa vio al hombre del día anterior. Weibel decidió seguir. Los cuatro subieron a un bus de la Circunvalación Américo Vespucio y se sentaron en el primer asiento derecho. A unas diez cuadras, cuando cruzaban la población Lomas de Macul, una pasajera gritó que le habían robado la cartera. Tres vehículos interceptaron el bus y se bajaron seis hombres que subieron por ambas puertas. Un sujeto bajo, delgado, de unos 27 años, acusó a Weibel del robo. A él se sumaron otros cuatro hombres que viajaban en el microbús simulando que eran pasajeros. Apuntaron a Weibel con un arma, lo empujaron para descender y lo introdujeron a un automóvil. Dos carabineros que viajaban en el bus no hicieron nada.

María Teresa puso un recurso de amparo por su marido y regresó a las 12:30 a su casa acompañada del cura párroco de San Gerardo, Víctor Gislain. Vecinos le contaron que varios hombres habían ingresado con llaves a su casa. Habían llegado en una renoleta celeste, un taxi y un Fiat rojo. Weibel, al parecer, iba encapuchado en uno de los autos.

Ocho días después los hombres volvieron a la casa y sacaron especies que acumularon en el jardín. Los vecinos impidieron que se las llevaran.

Más de ocho años después, uno de los agentes que detuvieron a Weibel, el soldado de la FACH Andrés Valenzuela Morales, relataría ante un notario aquel episodio:

Los seguíamos desde hacía varios días. Vimos que tomaron el bus y nos fuimos subiendo uno a uno. Yo fui el tercero. Ya estaban arriba «Alex» (de la Marina) y Raúl Horacio González Fernández, alias «Rodrigo». El cuarto fue el «Huaso» Flores. Un joven robó una cartera y aprovechamos para culpar a Weibel. Lo bajamos y llevamos a «La Firma». Participaron César Luis «Fifo» Palma, «Nano», el «Lolo» Muñoz, Roberto Fuentes Morrison, Daniel Guimpert, la «Pochi» y otras dos mujeres de la Armada. La operación fue seguida por radio desde un vehículo por el director de Inteligencia, Enrique Ruiz Bunger, quien quería saber cómo operaba el grupo del «Fifo» Palma y que luego mandó felicitaciones[16].

En «La Firma», en calle Dieciocho, metieron a Weibel a la sala de

interrogatorios. Allí había tres organigramas que contenían la estructura completa del PC, con los cargos y los nombres de las personas que los habían ocupado en los últimos años. Cuando alguno era detenido, se ponía una cruz sobre su nombre y se agregaba el del posible reemplazante. También había un grueso libraco fiscal –que los agentes bautizaron como «el libro gordo de Petete»– con fotografías y los datos de cientos de militantes. Era el producto del trabajo de René Basoa, Miguel Estay y Carol Flores, que se agregó a la cuantiosa información acumulada a través de los interrogatorios que el grupo había efectuado desde su nacimiento en la Academia de Guerra Aérea y en otras dependencias de la FACH.

Las flagelaciones a Weibel fueron durísimas, pero el Comando Conjunto nunca supo que tenía en sus manos al segundo hombre del PC. Días después fue sacado de «La Firma» y llevado con Basoa y Estay, a quienes los hacían pasar por detenidos, a la casa de Bellavista N° 122, usada por los agentes solteros. Los otros prisioneros fueron conducidos a la comisaría de Las Tranqueras, en Las Condes, donde estuvieron una semana. Se había autorizado el ingreso de una comisión internacional de la Cruz Roja y se temía que hiciera una visita sorpresiva a los cuarteles secretos. Una noche sacaron a Weibel de la casa de Bellavista y lo hicieron desaparecer en el Cajón del Maipo. En ese grupo estaba el «Fifo» Palma. Allí mismo, cerca de la fecha de los hechos relatados, fueron descubiertos tres cadáveres, razón por la cual María Teresa Barahona fue hasta el Instituto Médico Legal con la intención de reconocer su cuerpo. Sin embargo, debido al estado de deterioro de los mismos, fue imposible su identificación. Luego, acudió al Instituto con la ficha dental de José Weibel, ocasión en que el médico legista le informó que no se trataba de su esposo. Posteriormente, se encontraron otros siete cuerpos en el Cajón del Maipo, sin que se lograra establecer si alguno de ellos correspondía a José Arturo. Varios de los cadáveres se encontraban sin ropas y con sus extremidades amarradas con alambres.

Al ser detenido Weibel, fue reemplazado en la Dirección por Oscar Ramos, como encargado de Organización, quien a su vez fue sucedido en el Regional Capital por Nicasio Farías.

4.9. Los agentes de la DINA inician su ofensiva

A comienzos de 1976, el coronel Manuel Contreras Sepúlveda, director de la DINA, puso al teniente de Carabineros Ricardo Lawrence Mires a disposición del capitán de Ejército Germán Barriga Muñoz en el cuartel de Venecia, una casa ubicada en el barrio Independencia que había sido requisada al MIR. Las instrucciones fueron perentorias: la resistencia del MIR se daba por superada y todos los recursos de la DINA se abocaban en adelante a la eliminación del Partido Comunista. En el contexto estaba la fuerte pugna entre la DINA y la FACH por los métodos y objetivos de la «inteligencia» y porque la FACH había alcanzado metas más altas en la captura de dirigentes y organismos comunistas.

El alto mando de Carabineros envió a Lawrence a presentarse ante Contreras, en la Academia de Guerra, en diciembre de 1973 y en los dos años siguientes se transformó en uno de los oficiales operativos favoritos del jefe de la DINA. En noviembre de 1975, el teniente Lawrence comandaba el grupo Águila en Villa Grimaldi, integrado por tres equipos de agentes. El capitán Barriga, en tanto, dirigía en terreno a la brigada Purén, cuyo jefe era el mayor Eduardo Iturriaga Neumann, también con base en Terranova –el nombre que ellos le daban a Grimaldi– e integrada, a su vez, por varios grupos de agentes.

Paralelamente, Contreras decidió que la brigada Lautaro, encargada de su seguridad y de la de otros mandos del gobierno militar, con asiento en dos pisos de una de las torres de San Borja, situada frente al edificio Diego Portales, en la Alameda Bernardo O'Higgins, se sumara a la tarea de acabar con las dirigencias comunistas.

En agosto de 1975, la brigada Lautaro, al mando del capitán de Ejército Juan Morales Salgado, se trasladó a un nuevo cuartel en calle Simón Bolívar 8630, en la comuna de La Reina. Mientras, en Terranova, se aceleró el trabajo de inteligencia sobre el PC a cargo de la brigada Purén, el cual recibió un importante apoyo a comienzos de 1976 de parte de algunos agentes del Comando Conjunto.

El coronel Contreras ordenó entonces que se formara una nueva brigada, denominada Delfín, e integrada por agentes provenientes de diversas agrupaciones de Villa Grimaldi, pero preferentemente de Purén y Águila.

En mayo de 1976, los hombres y mujeres de Delfín se trasladaron al cuartel de Simón Bolívar y empezaron a operar, crecientemente fusionados con los miembros de la brigada Lautaro. En septiembre el cuartel Simón Bolívar contaba

con una fuerza operativa cercana a los setenta agentes, apoyados, además, cuando era necesario, por los otros contingentes disponibles en Terranova, que siguió sirviendo como centro masivo de detención, tortura e interrogatorios para los militantes comunistas capturados[17].

4.10. Caen en Quintero un ex diputado y su esposa



Bernardo Araya y María Olga Flores

El ex diputado Bernardo Araya Zuleta, de 64 años, fue intensamente buscado en los días previos a su detención. Su casa en Santiago, en el sector de Pudahuel, habitada por una hija, fue allanada en cinco ocasiones. Finalmente, los agentes de la DINA se enteraron de que tenía un domicilio en la calle Barros Luco 1220, en el balneario de Quintero, donde llegaron el 2 de abril de 1976, cerca de las 22:30 de la noche. Alrededor de siete agentes bajaron de un automóvil celeste y de un taxi, saltaron la reja del antejardín e ingresaron a la vivienda. En el mismo operativo, junto a Araya Zuleta, fueron detenidos su cónyuge, María Olga Flores Barraza, quien, al igual que la víctima, también se encuentra hasta hoy en calidad de detenida desaparecida; su cuñado, Juan Flores Barraza, y sus nietos Ninoska Henríquez (9 años de edad), Wladimir Henríquez (15) y Eduardo Araya (9).

Araya nació en Tocopilla el 1 de diciembre de 1911. Hijo de Abelardo Araya y Carmela Zuleta. Jubilado, ex director nacional de la CUT, miembro del Comité Central. Se casó con María Olga y tuvieron cuatro hijos.

Estudió en colegio particular y Liceo de Hombres de Antofagasta. A la edad de 16 años trabajó como mensajero de Telégrafos de Chile en Antofagasta; de ahí, pasó a la Maestranza del Ferrocarril de la Anglo-Chilena en Tocopilla, donde aprendió su profesión y trabajó hasta el año 1932. Allí comenzó a trabajar en las organizaciones obreras. En Tocopilla organizó, en 1932, la Unión Obrera Ferroviaria, en el Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, siendo dirigente del Sindicato Industrial hasta 1938, año en que lo despidieron.

En Antofagasta fue dirigente provincial de la Central de Trabajadores de Chile, CTCH; y, en 1940, secretario provincial. En 1943, fue dirigente nacional de la Central Obrera y elegido delegado de Antofagasta en Santiago. En el año 1936, ingresó al Partido Comunista en Antofagasta. Fue miembro de la Comisión Política del Comité Central de su partido. Fue redactor de la Página Obrera en el Diario Popular de Antofagasta. Diputado por la Segunda Agrupación Departamental Antofagasta, Tocopilla, El Loa y Taltal para el período 1945-1949. En 1961 fue reelegido diputado por la Séptima Agrupación Departamental

Santiago, Primer Distrito, período 1961-1965.

Tras su captura, el grupo familiar fue trasladado hasta un recinto de detención en Santiago, el denominado Cuartel Venecia[18]. Una vez en el recinto secreto, una casa de dos pisos con dos ventanas pequeñas en el frontis y una grande en la parte de arriba, cercada por rejas y de gran fondo, los detenidos fueron interrogados por separado. Bernardo Araya fue llevado hasta el segundo piso de la casa, donde lo colgaron de los brazos y empezaron a golpearlo. Al resto del grupo lo hicieron permanecer en el primer piso, donde podían escuchar las torturas aplicadas al ex diputado comunista.

Aproximadamente a las 19:00 horas del día 3 de abril, Juan Flores escuchó cuando bajaban desde el segundo piso a su hermana y a su cuñado y los sacaban de la casa con rumbo desconocido. Cerca de las 22:00 horas, él y sus tres sobrinos pequeños fueron subidos a un vehículo y puestos en libertad cerca de la casa de un hijo de Bernardo y María Olga.

Testigo de la reclusión del matrimonio Araya Flores fue Carlos Mario Ossandón Cañas, dirigente del Mapu, quien fuera detenido con algunos de sus compañeros el 10 de abril de 1976 por un comando integrado por militares y carabineros. Ossandón fue llevado a una casa de dos pisos ubicada en un pasaje que –según relata– tenía entrada y salida a la calle Vivaceta. Allí pudo ver juntos al matrimonio en un pasillo: ella sentada en una silla y Araya hincado sobre el piso. Al igual que otros detenidos en ese recinto, Ossandón vio en una sala de interrogatorios un organigrama del Partido Comunista. También escuchó a uno de los agentes decir «aquí tengo un viejo del Comité Central».

Los niños que fueron detenidos junto a sus abuelos y sus hermanos debieron partir al exilio, al igual que el padre de ellos. El hermano mayor de los niños en esa época, Wladimir Henríquez Araya, fue asesinado por efectivos de la CNI, en junio de 1987, en la denominada «Operación Albania». Una hija, Mónica Araya Flores, fue uno de los profesores secuestrados por carabineros en la AGECH cuando degollaron a tres profesionales comunistas en marzo de 1985.

4.11. Un pirquinero en Copiapó y un zapatero en Renca.

Rafael Araya Villanueva trabajaba como pirquinero en Copiapó. Era dirigente minero y militante del Partido Comunista. El 6 de abril de 1976 fue detenido en plena vía pública por agentes de seguridad. Desde esa fecha se desconoce su paradero.

Basilio Eugenio Eugenio tenía 44 años cuando fue detenido. Era zapatero, con un taller en la Villa Balmaceda, en Renca. Casado con Norma Delgado Ruiz y un hijo de 13 años. Estaba ligado a la Comisión Militar del Comité Regional Norte de Santiago y habría sido delatado por miembros del aparato que cayeron en la primavera de 1975.



Basilio Eugenio Eugenio

El 29 de abril de 1976 fue con su hijo al centro de Santiago a comprar materiales para su taller. Al regreso, se bajó del bus, caminó al taller y el niño siguió en un microbús del recorrido San Pablo-Matadero hacia su domicilio. En calle Colo Colo con Arturo Prat, Eugenio fue detenido por agentes de la DINA.

Dado que el afectado, de rigurosos hábitos personales, no volvió a su hogar, Norma Delgado Ruiz, su esposa, de inmediato realizó múltiples gestiones para localizar el paradero de Basilio Eugenio, concurriendo a diferentes centros de reclusión, hospitales, centros asistenciales, Instituto Médico Legal de Santiago, entre otros. Todas ellas resultaron infructuosas. En su caso, no hay certeza de que fuera llevado a la Villa Grimaldi, aunque un indicio hace suponer que su suerte, tal como la de Moisés Mujica Maturana, estuvo ligada a la caída de Manuel Recabarren Rojas, detenido reconocido por Juan Morales Salgado en el cuartel Simón Bolívar.

4.12. «Roberto», miembro del equipo de Finanzas



Juan Cortés Alruiz

Juan Elías Cortés Alruiz nació en Limache el 4 de marzo de 1945 y sus primeros años los vivió en Valparaíso y Talca. Su padre, Elías Cortés Ormazábal, era suboficial de la Armada, buzo; la madre, Medalia Alruiz, dueña de casa. Tenía cinco hermanos: José, Hernán, Medalia, Edith y Cecilia. Sus estudios básicos los hizo en Talca y en la Escuela 94 de hombres en Quilpué. Siendo el mayor de seis hermanos, a la muerte de su padre cuando solo tenía 12 años, tomó muy en serio su papel de reemplazante del padre. Secundaba a su madre, viuda con sólo 34 años, en la vigilancia de sus hermanos menores, quienes difícilmente aceptaban su autoridad. Sus humanidades las cursó en el Liceo Técnico de Quilpué y prosiguió sus estudios de Mineralurgia del Cobre en la UTE de Santiago.

Una de sus primeras actividades como joven comunista fue participar en la marcha por Vietnam que se realizó en 1968, partiendo desde Valparaíso hacia Santiago.

Terminado su servicio militar en la capital, concursó al Hospital San Juan de Dios, donde fue contratado y posteriormente fue elegido dirigente sindical por sus colegas. Durante la UP abandonó esa labor para dedicarse de lleno al trabajo político en el PC y ocupó un cargo de responsabilidad en la dirección de uno de los regionales en Santiago.

Juan Elías era de carácter reservado, algo misterioso. Su madre y sus hermanos desconocieron a la gran mayoría de sus amigos y compañeros. Tampoco supieron de alguna relación seria de pareja. Siempre le dijo a su madre que él estaba casado con la revolución y no quería dejar hijos abandonados.

Cuando se produjo el golpe militar tuvo que salir fuera de Santiago por un tiempo, ya que agentes de Investigaciones lo fueron a buscar a su casa y lo tuvieron retenido un día entero. Llamaba de tiempo en tiempo a su madre para decirle que se encontraba bien. No obstante, el alejamiento de su hogar y el apego que tenía hacia su madre lo hicieron regresar a Santiago. Ahí comenzó su tarea clandestina en el PC, trabajando en la Comisión de Finanzas hasta el día de su desaparición. Su última chapa fue «Roberto». Miembros de su familia, que lo vieron por última vez el 29 de abril de 1976, supieron que uno de sus contactos

era Marta Ugarte, que fue encontrada muerta en una playa de Los Molles.

Los familiares de Cortés Alruiz creen que fue detenido por la DINA en la vía pública, junto a un contacto, cuando se dirigía, el 7 de mayo, a la calle Conferencia. Fue conducido primero a Tres Álamos y luego a Villa Grimaldi.

4.13. Ex empleado de Quimantú



Moisés Mujica Maturana

Moisés Eduardo Mujica Maturana tenía 30 años a la fecha de su detención. Técnico corrector de pruebas, ex empleado de Quimantú, militante comunista. Casado con Marina Irarrázabal Alarcón, dos hijos.

El 29 de abril de 1976, a las ocho de la mañana, mientras estaba con su esposa en la esquina de las calles Mapocho con Domeyko, en lo que hoy es Cerro Navia, fue detenido por tres agentes de la DINA que utilizaban un automóvil Chevy color celeste –empleado por la brigada Delfín–, donde los esperaba un chofer. Al pedir una explicación, Mujica fue severamente golpeado e introducido a la fuerza al interior del vehículo tras lo cual emprendieron veloz fuga hacia el centro de la ciudad. Testigos del secuestro fueron su cónyuge y varias personas que se encontraban esperando locomoción en el lugar señalado.

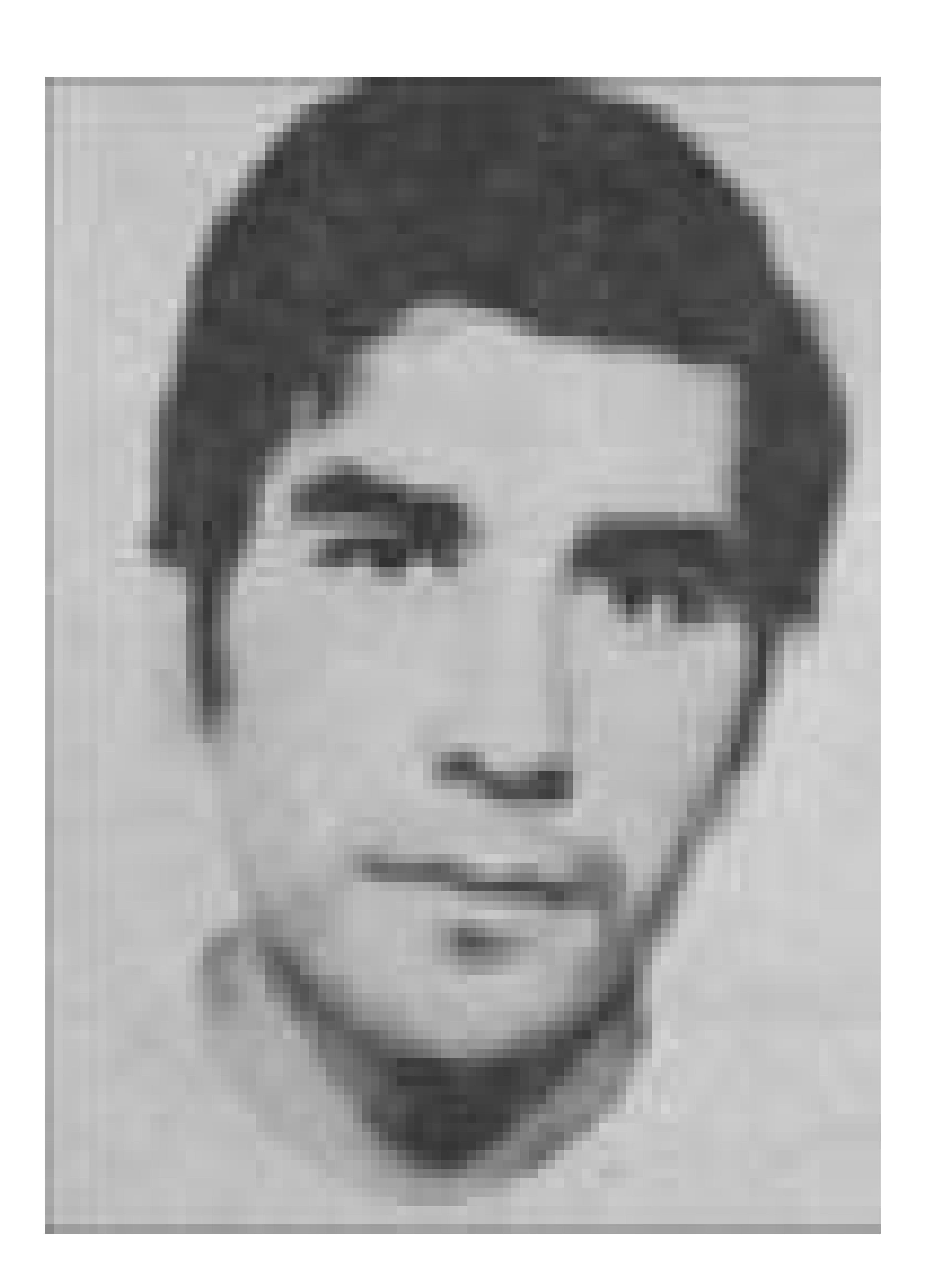
4.14. El padre, los hijos y la nuera



Manuel Recabarren Rojas

Los Recabarren González eran una familia comunista de esfuerzos permanentes, como si ese apellido con varias erres fuera no sólo un emblema, sino una forma de vida. El padre, Manuel Segundo Recabarren Rojas, había nacido, además, un 18 de septiembre en 1925. Frisaba los 50 años, estaba casado con Ana González y tenía seis hijos. Era comunista, obrero gráfico jubilado y encargado de pobladores del Comité Regional San Miguel. También se enorgullecía de haber sido presidente de los sindicatos de la Editorial Universitaria y de la Editorial Nascimento. Su mujer lo recuerda:

Como toda la gente de su clase, fue una persona esforzada y sacrificada. A los siete años andaba afanado por Las Condes, cuando ahí no había ni caminos. Su viejo trabajaba en la construcción y él le ayudaba a sacar arena o a enderezar clavos, porque era víspera de la Segunda Guerra Mundial y todo se aprovechaba. Entró a los talleres del diario El Siglo muy joven, llevado por su madre. Era el mayor de ocho hermanos y la familia pasaba apuros. Estuvo sólo dos años en la escuela. Les decía a los niños «Llegué hasta El Pato y me eché». Trabajó en el diario La Nación. De ahí pasó a Nascimento y jubiló en la Editorial Universitaria. Como dirigente sindical, lo eligieron apenas tuvo edad suficiente para presentarse. Era un hombre tranquilo, pero de mucha entereza. Como gráfico sentía el orgullo de haber participado en la edición clandestina de dos obras de Pablo Neruda en tiempos de González Videla: primero, el Canto General, que fue haciéndose por pliegos que se escondían en los pliegos de otras obras y, luego, el Cuándo de Chile, donde el poeta exiliado recuerda su patria. De Manuel no sé otra cosa que desapareció aquella mañana del 30 de abril en la vía pública, en San Miguel, luego de haber salido a las 07:10 de la mañana en busca de dos de sus hijos y de una nuera. ¿Lo detuvieron en la calle, en el micro? No lo sé».





Manuel Recabarren González

Luis Emilio Recabarren González

La noche anterior, alrededor de las 22 horas, agentes de la DINA habían capturado a Luis Emilio y Manuel Guillermo Recabarren González, de 29 y 22 años, junto a Nalvia Rosa Mena Alvarado, esposa del primero, cuando volvían a casa desde el lugar de trabajo de ambos jóvenes, en calle Nataniel 47, en la Plaza Bulnes, frente al palacio de La Moneda, en pleno centro de la ciudad.

Luis Emilio era técnico gráfico, montajista, y dirigente de la Asociación de Funcionarios de la UTE. Con Nalvia Rosa tenían un hijo de 2 años. Manuel Guillermo era gásfiter y también estaba casado.

Lautaro Cotal, hoy en Suecia, fue la última persona amiga que vio a Luis Emilio y Nalvia. Recordó aquel episodio:

La última vez que lo vi estaba eufórico. El proyecto de las tarjetas iba a concretarse, además iba a saber si era cierto que su esposa esperaba un nuevo hijo. Estaba en la oficina y pronto llegó Nalvia con su hijo. Ella le confirmó que esperaban un nuevo retoño. Era tarde y me llamaron para que compartiera con ellos, pero la cercanía del toque de queda no me permitía quedarme. Les recordé la hora, pero al parecer iban a ir donde un pariente cerca de Estación Central. Al día siguiente o al subsiguiente, no recuerdo con exactitud, al llegar a la oficina había temor e inquietud entre quienes estaban ahí. Un amigo de Lucho de apellido Bustos nos decía que ni Lucho ni su familia habían llegado a casa y que, por el contrario, su niño había aparecido llorando cerca de la casa de su abuela. Luego apareció la madre de Lucho y preguntaba qué sabíamos y si había algo que pudiera ayudarla a saber de lo que sucedía.

Nalvia y Luis eran jóvenes llenos de vida y de sueños. Cuando nos sentíamos con temor o la desesperanza afloraba en alguno de nosotros, ellos nos impulsaban a no decaer, a tener fuerzas. Nos decían que éramos jóvenes y que

con esfuerzo y tenacidad saldríamos adelante.

Otro de sus amigos, Jorge Bustos, también recordó a Luis Emilio:

Fue vicepresidente del Centro de Alumnos del Convenio CUT-UTE, secretario de las JJ.CC. en la Cuarta Comuna y delegado de los trabajadores del taller gráfico en el Sindicato de Funcionarios de la UTE. Si se lo hubiera propuesto, Luis Emilio habría tenido una gran proyección como dirigente político, sindical o social. Como persona, tenía un toque de humor medio negro, fuerte, transgresor. De buena pinta, tenía mucho éxito con las mujeres. No temía agarrarse a combos si las circunstancias así lo ameritaban. En su trabajo como montajista fotolitógrafo había llegado a un nivel técnico muy desarrollado, en un campo con muy pocos expertos en Chile.



Nalvia Rosa Mena Alvarado

Nalvia Rosa tenía 20 años al ser detenida. También era comunista, como casi toda la familia. Su padre, Segundo Mena Salinas, era dirigente del Partido, casado con Ernestina Alvarado Rivas, y en total tenían 11 hijos, Nalvia era la séptima. La familia era pobre, pero todos los hijos fueron a la escuela y recibieron la enseñanza básica. Los mayores, al momento del golpe, estaban en la universidad. «Esa familia tenía una pobreza muy digna», cuenta Ana González, y agrega:

Nalvia era alta, esbelta, de grandes ojos café claros, pelo castaño liso, de mirada muy dulce, igual que su carácter; callada y tímida, pero muy expresiva, de pocas palabras. Se destacaba por sus habilidades, por su afán de superarse.

La muchacha llegó a la enseñanza media sin dificultades. De hermosa voz, fue seleccionada para el coro de su población. Poco a poco empezó a interesarse por los problemas sociales y participó en diversos trabajos voluntarios. En su adolescencia empezó a militar en las Juventudes Comunistas. Durante el Congreso del año 1972 conoció a Luis Emilio, militante al igual que ella.

Luego del golpe ambos intentaron asilarse, pues el hermano mayor de Nalvia había sido detenido y ambas familias estaban amenazadas por la represión; sin embargo, fueron rechazados por la embajada de Holanda porque Nalvia se encontraba embarazada. Durante meses debieron vivir de allegados en la casa de los padres de Luis Emilio. Más tarde, Luis Emilio y su hermano Manuel lograron trabajar en una pequeña oficina de comercialización de impresos en Nataniel 47. Por primera vez tuvieron una ligera tranquilidad económica. Nalvia acostumbraba a ir con su pequeño hijo, todas las tardes, a buscar a su esposo y a su cuñado Manuel. Así sucedió el día en que todos fueron secuestrados. La madre de la joven Nalvia relata aquel episodio:

El 29 de abril de 1976, Nalvia Rosa junto a su hijo me visitó. A las 19:30 salió con sus dos hermanas, que la acompañaron al lugar de trabajo de Luis Emilio y de su hermano. A las 21:30 los cuatro se dirigieron a su hogar. Antes de llegar a su casa fueron interceptados por seis individuos de civil que portaban metralletas, los que bajaron de un auto Chevy de Investigaciones, un taxi y una furgoneta, agrediéndolos ferozmente. Nalvia fue golpeada en el vientre con una metralleta y cayó desmayada. Fue entonces introducida a uno de los vehículos junto con su hijo, su esposo y su cuñado. Los vehículos partieron con rumbo desconocido. Alrededor de la medianoche, a media cuadra de la casa de la familia Recabarren Mena, fue arrojado desde un taxi el hijo de Nalvia, por un hombre alto y corpulento. El niño se encontraba muy nervioso e impresionado por los hechos de la detención. Fue encontrado llorando por Ana, su abuela paterna.

A Manuel Segundo Recabarren, el padre, lo llevaron a la Villa Grimaldi y luego al cuartel Simón Bolívar, según afirmó el agente de la DINA Juan Morales Salgado en una de sus declaraciones ante los tribunales de Justicia. De los tres jóvenes no se sabe nada.

Militantes comunistas sobrevivientes que han seguido de cerca las investigaciones de los jueces y de las policías y que han recabado datos en su partido para ayudar a esclarecer lo ocurrido, afirman que Elisa Escobar Cepeda, la enlace de Mario Zamorano que se transformó en colaboradora de la DINA, fue vista varias veces en el lugar de trabajo de los Recabarren González días antes de que estos fueran detenidos. La mujer habría estado confirmando la presencia de varios militantes comunistas en diversos lugares del centro de Santiago, los que poco más tarde fueron capturados por los agentes de la DINA[19].

4.15. Buzón en un buque manicero



Miguel Morales Ramírez

Miguel Luis Morales Ramírez tenía 31 años a la fecha de su detención. Casado con Georgina Sánchez, una hija, trabajaba como comerciante ambulante en un buque manicero situado en la esquina de las calles Catedral y Teatinos, en pleno centro de Santiago. Formaba parte del aparato de seguridad del PC junto con Hugo Pinto Yáñez, su cuñado. Había sido secretario del Sindicato Profesional del Mote con Huesillos.

Pinto Yáñez había sido detenido en diciembre de 1975 y liberado poco después. Según Joaquín Parra Castillo –detenido en el mismo período–, Pinto Yáñez entregó a Santiago Ferrús y el nombre de Martínez Quijón.

Morales Ramírez fue detenido el 3 de mayo de 1976, cerca de las 13 horas, en su lugar de trabajo, cuando se alejó algunos metros de su buque manicero para conversar con un compañero de un microbús. Tres sujetos lo esposaron y subieron a un automóvil. Luego apresaron a Fernando Edmundo Martínez y a Nelson Antonio Zurita, a quienes suponían «enlaces» del PC, los que fueron liberados dos días más tarde. Morales y su buque manicero, aparentemente, eran un buzón del Partido en el centro de la capital.

4.16. La ratonera de Conferencia

En la madrugada del día 30 de abril de 1976, cerca de las 3:30 horas, agentes de la DINA, apoyados en las inmediaciones por integrantes del Comando Conjunto, llegaron hasta la casa ubicada en calle Conferencia 1587, en el sector surponiente de la comuna de Santiago, donde funcionaba un taller de carteras, propiedad del obrero marroquinero Juan Becerra Barrera. Le dijeron que su cuñada, María Teresa Zúñiga, quien vivía en la calle Alejandro del Fierro 5113, en Quinta Normal, había sufrido un trágico accidente automovilístico. Becerra accedió a acompañarlos, subiéndose al vehículo en que se movilizaban. De

inmediato fue esposado, vendado y trasladado hasta la Villa Grimaldi.



La casa de calle Conferencia

Ese fue el inicio de una operación diseñada por los mandos de la DINA para capturar a la cúpula del Partido Comunista. Punto favorable para los objetivos de Manuel Contreras fue el haber logrado la colaboración de Elisa Escobar Cepeda, enlace de Mario Zamorano, detenida por los agentes de la DINA a fines de marzo o comienzos de abril de 1976.

Becerra era amigo de Zamorano desde comienzos de los años sesenta, y en 1974 el dirigente del Partido le había pedido ocupar su casa de Conferencia para efectuar reuniones cada dos o tres meses. Zamorano también llegaba con frecuencia a la vivienda de la madre de Becerra, ubicada en la calle Alejandro del Fierro, en la comuna de Quinta Normal. Elisa Escobar conocía ambos lugares y entregó sus características, además de las probables fechas de las reuniones, a los hombres de la DINA.

Así, aquella noche de fines de abril los agentes de la brigada Purén, apoyados por otras agrupaciones del cuartel Terranova, detuvieron a varios de los moradores de ambas casas, a los que torturaron durante casi dos días antes de llevarlos de nuevo a sus domicilios y montar las ratoneras en espera de los dirigentes comunistas que acudirían a la cita programada.

El 30 de abril los agentes ocuparon la vivienda de Alejandro del Fierro y retuvieron allí a cuatro adultos y un niño de diez años. Ana María Becerra, hermana de Juan, casada con Julio Maigret, uno de los retenidos en la casa de Quinta Normal, se enteró de lo que allí ocurría y acudió el 2 de mayo a dar aviso a la Vicaría de la Solidaridad. En ese lugar se encontró con el obispo auxiliar de Santiago, Enrique Alvear, y le contó lo que estaba pasando con su familia. El prelado, portando unos medicamentos que requería uno de los apresados en la casa de Alejandro del Fierro, se apersonó en la vivienda inquiriendo a los agentes de la DINA por su proceder. Éstos quisieron retenerlo también, pero uno de los jefes del grupo decidió dejarlo ir. Alvear comunicó por escrito al presidente de la Corte Suprema y al ministro de Justicia lo que había presenciado.

No obstante aquella circunstancia, cinco agentes de la DINA se instalaron el 2 de

mayo en la casa de Conferencia y a sus ocupantes los obligaron a simular que estaban trabajando en el taller de marroquinería que funcionaba en el lugar.

Los dirigentes comunistas convocados a la reunión entrarían sin mayores precauciones, salvo que faltara una cierta cartera colgada en la ventana, la señal convenida para advertir sobre un peligro inminente. Becerra había cedido en la Villa Grimaldi a las tortura y confirmó los detalles de la cita en su casa. Lo que Becerra no sabía era que a esa reunión, programada para tratar el tema sindical, debía asistir el propio Víctor Díaz, que a última hora fue marginado por seguridad y reemplazado por Jaime Donato, miembro de la Comisión Sindical del Partido.

El 3 de mayo Elisa Escobar acudió a la casa de Conferencia para avisar que al día siguiente Mario Zamorano llegaría con otras personas.

A las 19 horas del 4 de mayo, ignorante de las detenciones ocurridas en las horas anteriores, se apersonó en el taller de Conferencia Mario Zamorano, uno de los máximos dirigentes del Partido. Todo estaba aparentemente normal e ingresó tirando del cordel que abría la puerta. Dos hombres le cayeron encima; intentó resistir, pero le dispararon en una pierna y cayó sangrando profusamente. Lo envolvieron en una frazada y lo arrastraron a una pieza interior. Sólo minutos después ingresó a la trampa Jorge Muñoz Poutays, miembro también de la Dirección.

Esa madrugada una camioneta se llevó a los detenidos. A la mañana siguiente, miércoles 5 de mayo, llegó a la casa Jaime Donato Avendaño, miembro del Comité Central y encargado del Frente Sindical. Poco después apareció Uldarico Donaire, conocido como «Rafael Cortez», otro de los máximos responsables del Partido, encargado de la Comisión de Control y Cuadros.

Elisa Escobar volvió a la casa el 6 de mayo, cerca de las 13:30 horas. Preguntó por Zamorano y, en una evidente operación de encubrimiento, fue detenida por los agentes de la DINA.

Estando en manos de la DINA, Elisa Escobar acudió el 8 de mayo a la casa de Eliana Espinoza, enlace de Víctor Díaz, y al no encontrarla le dejó un recado con su padre, donde le pidió que se juntaran en un determinado punto de Santiago. Eliana Espinoza llegó al lugar, pero no encontró a nadie. Fue en ese momento cuando la DINA inició su seguimiento.

Entretanto, Víctor Canteros, miembro también de la Dirección del Partido, llegó a una reunión de los comités regionales de Santiago, a la cual debían asistir Donaire y Muñoz, los que no aparecieron. La reunión se levantó de inmediato y cundió la inquietud entre los dirigentes.

Tras el aparente fallido contacto con Elisa Escobar, Eliana Espinoza decidió ir a ver a Víctor Díaz para hacerle presente su preocupación. Se reunieron el 11 de mayo y, al término de la cita, ella quedó de volver para sacarlo del lugar.

Víctor Díaz, cabeza del comunismo criollo en la clandestinidad, fue detenido a las 2:00 de la madrugada del 12 de mayo de 1976, por un numeroso contingente de la DINA. Bajo el nombre de José Santos Garrido Retamal, residía con un matrimonio amigo donde el dueño de casa era el ingeniero Jorge Canto Fuenzalida, en la calle Bello Horizonte, en Las Condes. Periódicamente lo visitaba una mujer llamada «Ana», que realmente era Eliana Espinoza Fernández, su enlace con la plana mayor del PC.

Cuando ese día 11 Eliana llegó a visitarlo estaba visiblemente alterada. Hablaron como siempre en voz baja y en un aparte. Ella se retiró muy luego. Esa noche, cerca de las 2:00 de la madrugada del día 12, insistentes timbrazos despertaron a la familia. Al asomarse a la calle, el dueño de casa pudo ver a seis sujetos de civil armados, algunos con ametralladoras largas. Uno de los agentes gritó: «¡Somos de la DINA!».

Sacaron a Víctor Díaz de la casa cerca de las 3:00 de la madrugada. Iba vestido con su pijama, con zapatos sin calcetines y una chaqueta sobrepuesta sobre los hombros. Llevaba las manos atadas a la espalda y, a causa de los fuertes y numerosos golpes, tenía un ojo semicerrado, el labio inferior hinchado, respiraba con dificultad y caminaba y cojeaba más que de costumbre.

Al día siguiente, la ofensiva de la DINA prosiguió con la detención de Fernando Lara Rojas, 27 años, dirigente regional del PC en Talca y que desde 1975 colaboraba con un equipo del Partido en Santiago. El 19 de mayo, ante un llamado de Eliana Espinoza para encontrarse, fue detenido en la calle César Cerda Cuevas, 47 años, obrero de la construcción, dirigente nacional de la CUT e integrante del Comité Central. Fue visto por última vez en Villa Grimaldi en septiembre.

A fines de mayo, en los comités regionales se supo que toda la Dirección del

Partido había caído. Sólo estaban a salvo Víctor Canteros e Inés Cornejo, esta última alejada de la organización por motivos de salud. La DINA quería a Canteros, el hombre al que presumían responsable de los dineros. En la persecución, los agentes secuestraron a los hermanos Julio y Eduardo Budnik. A continuación, a Eduardo Canteros y a Clara Canteros de 22 años, hermano e hija de Víctor, respectivamente. Los restos de Eduardo fueron encontrados en 1990 en el fundo Las Tórtolas, que había sido terreno militar. De Clara aún no se encuentra nada. Desapareció desde Villa Grimaldi.

A mediados de julio de 1976 la División Nacional de Comunicación Social, Dinacos, informó que los organismos de seguridad habían logrado desbaratar 32 casas buzón del Partido Comunista, las que servían de enlace entre la Dirección y los regionales de dicho partido.

Los oficiales que comandaban la represión directa contra el PC condujeron a los dirigentes comunistas a lugares secretos de detención. Desde Villa Grimaldi los llevaron al cuartel de Simón Bolívar, donde fueron sometidos a feroces tormentos y usados, además, como conejillos de experimentación por Michael Townley, quien buscaba probar en humanos los efectos del gas sarín que había logrado producir el químico Eugenio Berríos.

En los últimos días de aquel mes de julio, lo que quedaba de la Dirección del PC instruyó a Víctor Canteros y a Inés Cornejo para que abandonaran el país y entregaran a otro equipo la dirección del Partido. Antes, a fines de mayo y luego de una rápida consulta entre los sobrevivientes del Comité Central, se coincidió en que el elegido debía ser Fernando Ortiz Letelier, profesor universitario y miembro del Comité Central. En medio de condiciones dramáticas, donde cada día algún dirigente desaparecía, Fernando Ortiz asumió la conducción del PC secundado por Waldo Pizarro, Horacio Cepeda y Fernando Navarro. A fines de octubre, Canteros y Cornejo se asilaron en la embajada de Italia. También se ordenó hacerlo a Luis Canales, Virginia González y Víctor Galleguillos.

A principios de agosto de 1976 se inició otro devastador golpe en contra del aparato de Organización del PC. Al mediodía del 4 de agosto fue detenido en la vía pública, muy cerca de su casa, Hugo Vivanco Vega; poco después capturaron a su esposa, Alicia Herrera, en su domicilio. El día 5, en su casa, fue arrestado Oscar Ramos Garrido, ex intendente de Llanquihue, miembro del Comité Central y encargado de Organización, y su hijo Oscar Ramos Vivanco.

El 9, fueron detenidos Víctor Morales Mazuela, José Corvalán Valencia, Mario Juica Vega, Jorge Salgado Salinas y Pedro Silva Bustos, todos dirigentes intermedios vinculados a los organismos de Dirección. El mismo 9, apresaron a Marta Ugarte Román, integrante del Comité Central. El 10 de agosto cayó Nicolás Vivanco, hijo de Hugo. El 7 había desaparecido Manuel Vargas Leiva, ex alcalde de Tiltil y miembro del Comité Central. El 11 de agosto, Miguel Nazal Quiroz, integrante del Comité Central y secretario del regional de San Miguel; y Carlos Vizcarra Cofré, ex dirigente de la Jota que había pasado al Partido; el 16, Julio Vega Vega, dirigente sindical; el 18, Nelson Jeria, secretario del Regional Norte de Santiago; el 26, el Comando Conjunto detuvo a Víctor Cárdenas, y la DINA, a Gabriel Castillo Tapia y Pedro Silva Bustos, miembros del equipo de Organización que mantenían contactos con los regionales.

El 12 de septiembre de 1976, un ciudadano francés admiraba los rompientes de la playa La Ballena, en el balneario de Los Molles, cerca de La Ligua, cuando entre los roqueríos vio el cuerpo atado de una mujer que había sido arrojado por el mar. Era Marta Ugarte, la tesorera del PC, secuestrada a comienzos de agosto, antes de llegar a su casa.

En las semanas previas habían aparecido varios cuerpos desfigurados en las riberas del río Maipo. Exhibían huellas de balazos y estaban amarrados con alambre desde el cuello a las piernas, dentro de sacos paperos.

La segunda dirección del PC empezó a caer el 9 de diciembre, al ser detenido Armando Portilla Portilla, miembro del Comité Central. El 13, en la vía pública y ante numerosos testigos, fue capturado Fernando Navarro Allende, también miembro del Comité Central.

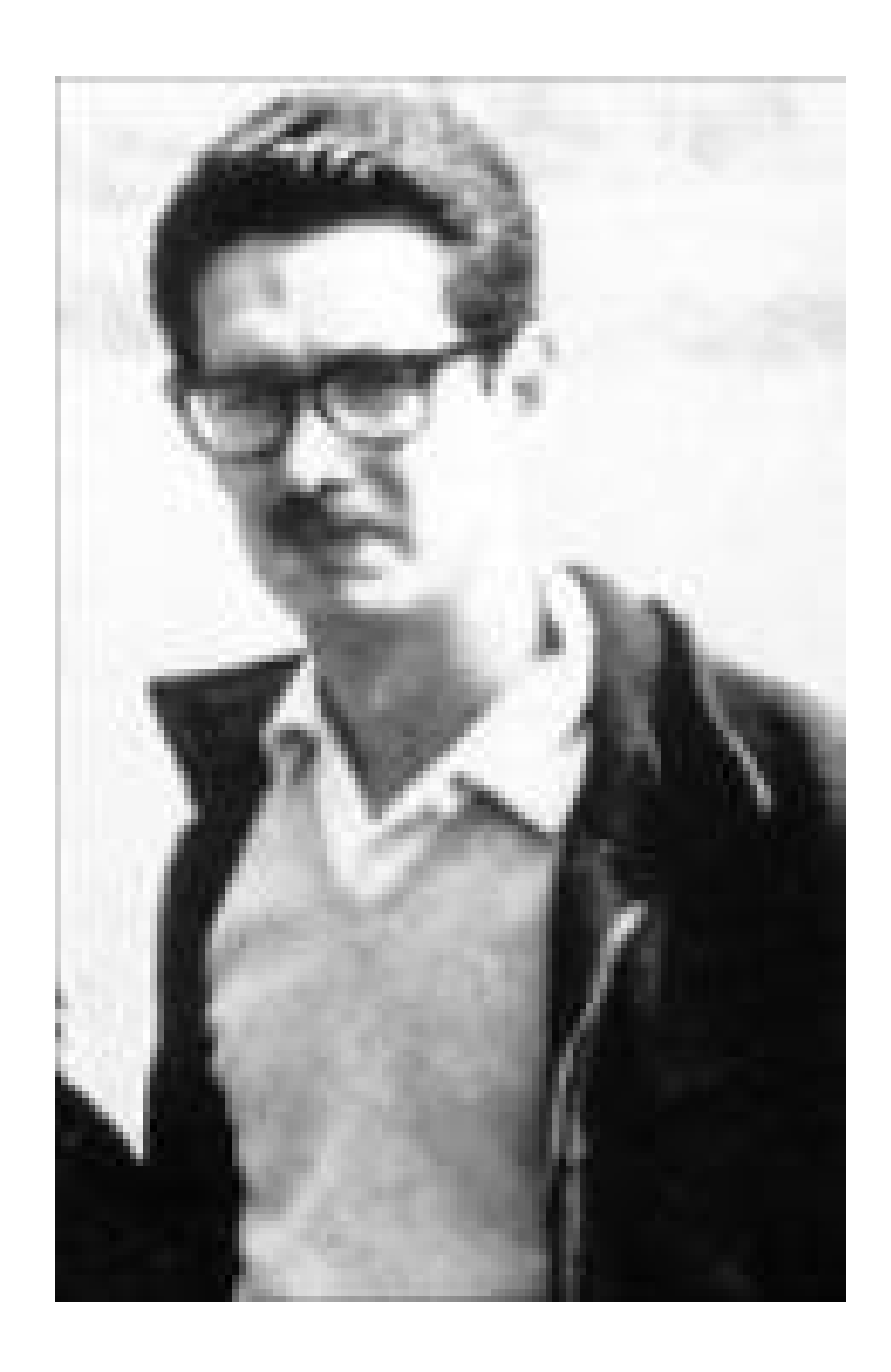
Dos días después, el 15 en la mañana, fueron detenidos en la rotonda Lo Plaza, en Ñuñoa, Horacio Cepeda Marinkovic y Lincoyán Berríos Cataldo. Esa misma tarde cayeron, en calle Larraín, Fernando Ortiz Letelier y Waldo Pizarro Molina, y en otros barrios de Santiago, Héctor Véliz Ramírez, Luis Lazo Santander y Reinalda Pereira Plaza, 29 años, embarazada de cinco meses.

Tres días después fueron secuestrados por la DINA Lisandro Cruz Díaz y el mirista Carlos Durán González. El 20 de diciembre, con la detención de Edras Pinto Arroyo, ex secretario de los diputados del PC, terminó la ofensiva de la DINA en contra de los comunistas.

A los detenidos se les torturó hasta matarlos. Se les inyectó cianuro y otras sustancias letales. Se les arrancó de su boca las tapaduras de oro que algunos poseían. Se les quebraron los huesos. Se les asfixió con bolsas plásticas. Se experimentó en ellos con gas sarín. Se les aplicó un soplete para borrarles sus rostros, cicatrices, huellas dactilares y cualquier otro rastro que permitiera identificarlos. Finalmente, sus cuerpos fueron introducidos en sacos paperos, con pedazos de rieles amarrados con alambre, subidos a helicópteros del Ejército y lanzados al mar en el litoral central.

A comienzos de 1977, la DINA había logrado casi completamente su objetivo: exterminar a la Dirección del PC. También había logrado acumular una gran cantidad de información sobre la orgánica interna y las redes de apoyo construidas en el exterior por los comunistas. Se enfocaron entonces en otra de las metas prioritarias: identificar y capturar a los encargados de las finanzas y apropiarse de los fondos que venían de Europa y de los que, muy secretamente, algunos operadores financieros locales administraban en Chile.

4.17. El líder del Frente de Profesionales



Jorge Muñoz Poutays

Onofre Jorge Muñoz Poutays tenía 42 años al momento de su detención. ingeniero en minas, casado con Gladys Marín Millie, dos hijos, encabezaba el Frente Nacional de Profesionales y el Universitario, entre otras responsabilidades. Era miembro de la Dirección clandestina del PC. Su chapa era «Carlos» y su enlace era en ese momento Marta Friz.

Tras su detención en la casa de calle Conferencia, fue conducido a Casa Piedra, en el cajón del Maipo. Después de su asesinato, su cuerpo fue supuestamente arrojado al mar frente a San Antonio. El padre de Jorge Muñoz recordó: «Siempre lo sueño delgado, con ropas muy gastadas y pidiéndome que tenga cuidado. Es el mayor de tres hermanos –prosigue–. Siempre se destacó por ser un buen alumno del Internado Barros Arana. Ya a los 22 años era ingeniero. Es que era muy serio, quizás excesivamente serio. Le gustaba tanto la música. Tenía una colección completa de discos de ópera, colección que desapareció, claro, cuando su casa fue allanada por la DINA».

4.18. Un marroquinero eficaz



Mario Zamorano Donoso

Mario Jaime Zamorano Donoso tenía 44 años a la fecha de su detención. Obrero marroquinero, encargado de Organización y miembro de la Dirección central del PC. Sus chapas eran «Osorio» y «Solís». Casado con Isolina Ramírez, tres hijas, vivía en Estrella Solitaria, en la comuna de Ñuñoa.

A comienzos de los años cincuenta estaba a la cabeza del Comité Regional Santiago de las JJ.CC. Era de regular estatura, frente amplia, nariz aguzada, con un tono algo nasal en su voz; siempre muy preciso en sus intervenciones; de enorme sencillez, modestia y fraternidad. Era un joven obrero que tenía una innata condición de educador y siempre daba un consejo oportuno.

En el IV Congreso de las JJ. CC., efectuado en febrero de 1960, Mario fue elegido Secretario General de la Jota, cargo que desempeñó hasta 1965, cuando pasó al Partido.

La reunión que se iba a realizar en la casa de calle Conferencia 1587, en Santiago, tenía por objetivo estudiar el tema sindical. Por eso, además de parte de la Dirección clandestina –Mario Zamorano, Jorge Muñoz y Uldarico Donaire–, concurrió también Jaime Donato, del equipo sindical. Se había tomado como norma de seguridad que a toda reunión de la dirección, dos de sus miembros no participaban. En esa ocasión les correspondió no asistir a Víctor Díaz, Inés Cornejo y Víctor Canteros.

Desde Conferencia fue conducido a Casa Piedra. Su cuerpo fue supuestamente lanzado al mar frente a San Antonio.

4.19. «Rafael Cortez», gran «piedra del medio»

Uldarico Donaire Cortez nació el 28 de octubre de 1924 en la Oficina Salitrera de Huara, cercana a Iquique. Hijo de Silverio Donaire Castro, minero del salitre,

y de Juana Cortez Alvarado, dueña de casa que daba pensión a los trabajadores de la pampa. Uldarico tuvo siete hermanos: Gilberto, Héctor, Néstor, Orlando, Sara, Emilia y Daniel. Vivió sus primeros años en la Oficina Salitrera Mapocho, una de las más grandes de la zona. Cursó sus estudios primarios en la Escuela de Hombres de esa oficina y luego una parte de los secundarios en la Escuela de Artesanos de Iquique.



Uldarico Donaire

En su infancia y adolescencia se caracterizó por ser muy reservado e introvertido. También creció en él una gran preocupación por sus hermanos menores y por sus padres. Un hecho que lo retrata fue la decisión de abandonar sus estudios porque sus hermanos no tenían la misma oportunidad de educarse.

Por esos años supo que su padre, Silverio, había formado parte del grupo de militantes del Partido Demócrata que acompañó a Luis Emilio Recabarren en la fundación del Partido Obrero Socialista. Desde ese instante, al igual que casi toda su familia, decidió sumarse a una generación de hombres y mujeres, muchos de ellos provenientes de las faenas salitreras, que dió forma y desarrolló por más de cincuenta años al PCCH. Así, se integró a las Juventudes Comunistas junto a su amigo y compañero Melquíades González durante una conferencia juvenil en la Oficina Buenaventura, a la que asistieron como delegados de la Oficina Mapocho. En 1943, Donaire fue elegido dirigente del poderoso sindicato que agrupaba a las oficinas San José, Mapocho y La Santiago. Con él fueron nominados también José González, Jacinto Salas y Melquíades González.

En 1945, durante las elecciones de la directiva del Sindicato de Trabajadores del Salitre, Uldarico tenía 21 años y era el más joven de los candidatos. El colectivo electoral estimó que él debía asumir la presidencia porque era quien menos aspiraba a ejercerla.

Poco después, durante el gobierno de Gabriel González Videla, como consecuencia de la represión en contra de los comunistas en 1947, fue detenido en su lugar de trabajo. Lo mismo hicieron con su padre, a quien arrestaron en su hogar, frente a sus hijos pequeños y a quienes, en presencia del grupo de militares que lo llevaban, les dijo: «¡No lloren. Frente a estos no hay que mostrar debilidad!». Padre e hijo fueron conducidos a Huara y más tarde al campo de prisioneros de Pisagua.

El resto de la familia fue deportada hacia el sur, llegando a la ciudad de Quillota, donde fueron acogidos por algunos sindicatos del lugar. Vivieron por meses en gimnasios, hasta que finalmente los encontró un amigo que les cedió un pequeño terreno en La Calera. Toda la familia se dedicó al trabajo agrícola, al que se

sumaron Uldarico y Silverio, tras ser liberados de Pisagua sin cargo alguno. Uldarico retomó sus actividades políticas clandestinas y muy pronto se trasladó a Santiago, donde en 1950 asumió como funcionario del Partido a tiempo completo, bajo el nombre político de Rafael Cortez, y pasó a trabajar en la organización del Comité Central, incorporándose poco después a esa estructura superior del PC. En el Décimo Congreso Nacional clandestino de abril de 1956, realizado en Cartagena, pasó a encabezar la Comisión Nacional de Control y Cuadros y a integrar la Comisión Política. Ese mismo año desarrolló tareas partidarias en Iquique.

A comienzos de los años sesenta viajó a China a conocer la experiencia de la naciente Revolución Cultural. También visitó Cuba, donde compartió con el Che Guevara y con Raúl Castro y se interiorizó de la experiencia revolucionaria en la nación caribeña. Más tarde, en 1967, se dirigió a la URSS para participar en uno de los congresos del PCUS.

Uldarico no cursó estudios superiores formales, pero fue un autodidacta constante y sistemático en todas las áreas del conocimiento. Otra vertiente de su aprendizaje fue la formación política que obtuvo al interior de su partido. Ambas formas de educación cimentaron la base fundamental para que hombres y mujeres forjaran un proyecto político y social que iba a ser llevado a la práctica en el gobierno del presidente Salvador Allende.

Se casó con Marta de las Mercedes Pérez, con quien tuvo cuatro hijos: Marta, Miriam, Roberto y Víctor, quienes le dieron seis nietos. Sus familiares y amigos le apodaban «El Negro». En el Partido fue conocido como «Rafael Cortéz», y en la clandestinidad bajo la dictadura militar empleó el nombre de «Julio». Sus más cercanos, según los miembros de su familia, fueron Mario Arqueros, el «Chico» Vega, Óscar Astudillo, Carmen Vivanco y Virginia González.

Realizaba su vida «normal» en lo cotidiano: salía temprano en la mañana a realizar el trabajo político, reuniéndose con el resto de los integrantes del Partido, y regresaba al atardecer para ser padre, abuelo y esposo. Vivía en calle Juan Vicuña 1596, a una cuadra de Santa Rosa y a tres de avenida Matta. Los días previos a su detención estuvo enfermo con gripe, con reposo en cama por varios días. Se levantó y salió hacia la casa de una persona desde donde hizo un llamado telefónico. A través de la línea le habrían dado un «santo y seña» y luego se dirigió a la calle Conferencia, lugar donde fue detenido por los agentes de la DINA.

La esposa, los hijos y los nietos de Donaire intentaron resumir para este libro algunos recuerdos imborrables del familiar desaparecido. Juani, la hija mayor, dice:

En la niñez nos llevaba tomados de la mano a la escuela, su ayuda con las tareas escolares, estar atento a ofrecernos un libro, llevarnos de paseo las tardes de domingo, al parque, el cine, el ballet, el circo, a tomar once o simplemente comprarnos dulces o pasteles para comerlos en la casa mientras resolvíamos crucigramas o conversábamos.

Compartir almuerzos y comidas en familia, distribuir su sueldo sentados a la mesa y destinar nuestras mesadas. Pasear a Penélope, su nieta, al regresar a casa después de su jornada de trabajo. Su presencia, a pesar de sus múltiples preocupaciones, para nuestra madre fue todo. Fue aquella persona que la acompañó en su desarrollo como persona desde una infancia y juventud pueblerina a conocer la existencia de un mundo múltiple y amplio. Nos queda un vacío profundo, persistente, una orfandad de quien nos escuchaba, nos respetaba y amaba por sobre todo, sentimiento que hemos podido sobrellevar con sus enseñanzas, con cada una de sus palabras, con sus caricias y su habitual sonrisa.

4. 20. Presidente de los trabajadores eléctricos



Jaime Donato Avendaño

Jaime Patricio Donato Avendaño tenía 41 años al momento de su detención. Mecánico electricista, casado con Mariana Guzmán Núñez, cinco hijos. Dirigente comunista, miembro del Comité Central y de la Comisión Sindical. Ex presidente de la Federación de Trabajadores Eléctricos hasta 1973 y ex director nacional de la CUT.

En noviembre de 1973 fue detenido en el domicilio de su suegra, trasladado al Regimiento Buin y liberado al final del día con arresto domiciliario que duró tres meses. El 5 de mayo de 1976 llegó pasadas las nueve de la mañana a la casa de calle Conferencia 1587, siendo detenido por agentes de la DINA. No se sabe con certeza si fue llevado a Villa Grimaldi, pero sí se sabe que lo condujeron junto con otros detenidos a la Casa Piedra del cajón del Maipo.

El capitán de Carabineros Ricardo Lawrence, uno de los jefes de la Brigada Delfín, dirigió el traslado desde Casa Piedra a Peldehue de los ya asesinados Muñoz Poutays, Zamorano, Donaire, Donato, Cantero Prado, Nicolás Vivanco, Atencio y Pizarro. En Peldehue, los cuerpos fueron subidos a un helicóptero y llevados al litoral, donde fueron arrojados al mar.

4. 21. El alevoso aroma de la perfidia



Elisa Escobar

Elisa del Carmen Escobar Cepeda tenía 42 años a la fecha de su detención. Obrera, soltera, era enlace de Mario Zamorano. Su chapa era «Marcela», vivía en calle Santa Rosa y mantenía vínculos cotidianos con José Manuel Guggiana, Virginia González, con quien vivió por mucho tiempo, con Eliana Espinoza, Héctor Véliz, Gabriel Castillo, Hugo Vivanco, Oscar Ramos, Lenin Díaz y otros, todos detenidos desaparecidos.

Fue integrante de la Comisión de Organización del Comité Central, dirigida por Mario Zamorano, hasta el golpe. A partir de entonces fue el enlace más cercano, y probablemente la que tenía mayor movilidad y conocimientos de la infraestructura del aparato de Dirección.

Su familia nortina perdió contacto con ella a fines de marzo de 1976. Su hermana, con quien vivió hasta febrero de ese año, la vio por última vez a comienzos de abril. Un vecino de la hermana afirmó que Elisa fue detenida en la calle el 10 de abril, cosa poco probable. Otras versiones indican que fue capturada semanas antes en la vía pública, tras haber caído en una trampa amorosa urdida por los agentes de la DINA.

El ex suboficial de Ejército Pedro Bitterlich Jaramillo, integrante de la brigada Lautado de la DINA, declaró ante la justicia que Elisa Escobar fue sacada de Villa Grimaldi con el propósito de poder ubicar a otros dirigentes del Partido Comunista. Recordó que la mujer tenía el cabello rubio, posiblemente teñido para no ser reconocida por los miembros de los aparatos de seguridad, y que era de estatura baja.

Relató Bitterlich:

En una oportunidad fue llevada en auto a ubicar a otra persona. Yo iba en el auto que seguía al que la llevaba. En el primer vehículo iba Mario Rojas Yévenes, alias el «Dago», agente de la DINA que pertenecía a la agrupación de mi capitán Barriga. Recuerdo muy particularmente a esta mujer porque ella, cuando pasaron

los autos por calle Ahumada, repentinamente abrió un puerta del lado derecho y logró escapar y lanzarse sobre un joven cadete de carabineros que transitaba por ahí, para pedirle ayuda. Sin embargo, el uniformado se negó a prestarle ayuda y la mujer volvió a ser capturada y metida adentro del auto. Efectivamente, como ha sido señalado antes (ver subtítulo 4.16), diversos antecedentes confirman la participación de Elisa con la DINA desde aproximadamente principios de abril de 1976, ratificando por lo tanto su relación no sólo con detenciones ocurridas en el episodio de calle Conferencia, sino también de otras del mes de abril, como las que diezmaron a la familia Recabarren. Yo pienso que con ella querían encontrar la casa de «Chino» Díaz[20].

Sergio Ovalle, uno de los pocos integrantes del Comité Central de esos años que aún permanecen vivos, confirmó las sospechas sobre Elisa Escobar:

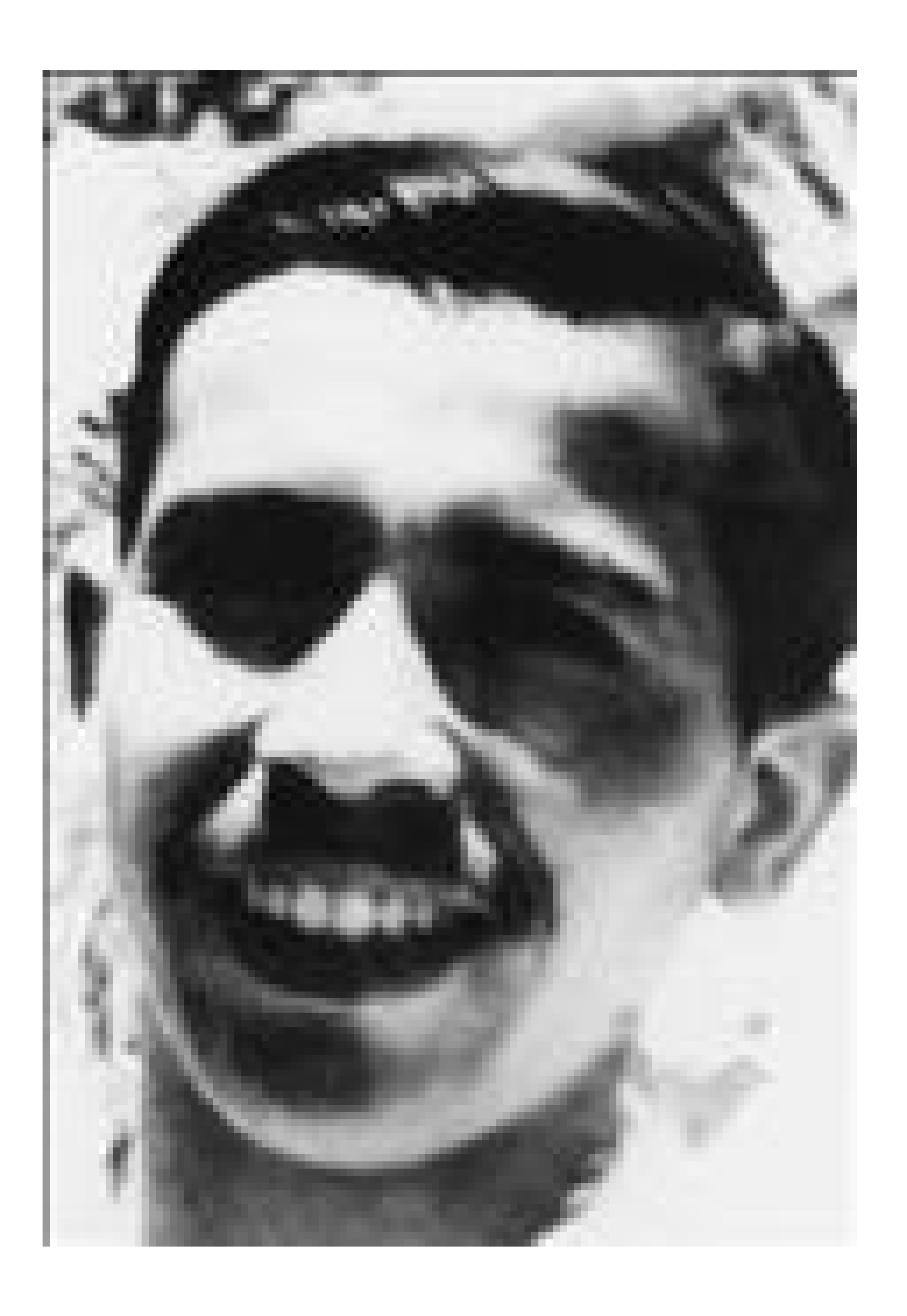
En 1976, en las caídas de las dos direcciones del Partido, tuvo un papel relevante Elisa Escobar, a quien le decían «La Chica» y una de cuyas chapas era «Marcela». Una pareja integrada por Ariel Valenzuela y Cristina Castillo fue capturada por la DINA luego de la detención de Víctor Díaz. ¿Qué papel habían jugado ellos? Ellos escondieron en su casa de Las Condes al «Chino» Díaz. Yo tomé la decisión de sacar al «Chino» de esa casa porque se había cometido un error: la compañera del «Chino» había estado viviendo con él, haciéndose pasar por empleada doméstica en la casa de Ariel. Resolvimos sacar al «Chino» primero, pero su mujer se resistió. Ella tenía que irse después a la casa de unos parientes que tenía por ahí por Rengo o Rancagua, pero ella quería irse a su casa, en la población que estaba al lado de La Victoria. Le explicamos que si se iba a su casa la iban a detener, y al final entendió y se fue sola donde sus familiares. Cortamos entonces el vínculo con Ariel y Cristina y ellos pasaron a «reposar». Todo salió bien y el «Chino» salió hacia otra casa donde vivió dos meses.

Cuando la DINA agarró al «Chino», poco después detuvieron a Ariel y a la Cristina. ¿Por qué cayeron si estaban cortados los vínculos? Cayeron porque Elisa conocía ese vínculo.

Años después, en un pueblo de Inglaterra, Cristina Castillo me relató que cuando estaba en manos de la DINA y la estaban interrogando, desnuda sobre una parrilla, se abrió de improviso una puerta y entraron conversando y riendo varios agentes. Al medio, contando chistes, estaba Elisa Escobar. Al ver a Cristina se le acercó y le dijo: «Mira, Cristina, ¿para qué haces tantos esfuerzos de negar y negar todo? ¿No me estás viendo al lado de ellos? ¿Tú crees que no les he contado todo? Ellos saben todo»[21].

4.22. Secretario regional de Antofagasta

José Manuel Guggiana Espoz tenía 40 años a la fecha de su detención. Su padre era comerciante y militaba en el Partido Radical. Tenía siete hermanos y estudió en la Escuela Normal de su ciudad natal, titulándose de profesor en 1956. Fue el mejor de su promoción y pudiendo haber elegido entre los mejores lugares para ejercer su profesión, optó por hacer clases en el pueblito de Los Loros –al interior de Atacama– y después en Caspana, distante a 90 kilómetros de Calama, en la cordillera, donde estuvo más de diez años.



José Guggiana Espoz

Se casó con Nancy Figueroa Martínez y tuvo tres hijos. Militante comunista, al momento de ser secuestrado trabajaba muy cerca de la Dirección del Partido, en el equipo de Organización. Guggiana había sido detenido por primera vez el 4 de octubre de 1973, cuando militares llegaron hasta su domicilio ubicado en Villa Toconce, en Antofagasta, y no lo encontraron. Se dirigieron entonces a la Escuela Nº34, donde era profesor. Desde allí lo sacaron en presencia de los alumnos, lo condujeron hasta su hogar, allanaron el domicilio y después se lo llevaron al regimiento de Antofagasta. Quedó en libertad ese mismo día como a las 19:00 horas. Al retornar a su casa contó que un oficial le había dicho que le seguiría los pasos de cerca.

Hasta julio de 1974, continuó trabajando como profesor. En ese mes asumió como secretario regional en Antofagasta, donde ya habían sido detenidos los dirigentes locales anteriores. Sin embargo, no alcanzó a ejercer el cargo más allá de tres o cuatro meses. El 24 de julio de 1974, como a las 18:45 horas, llegaron hasta su casa cinco civiles preguntando por él. A las 21 horas, volvieron otros desconocidos. En la madrugada del 25 de julio, integrantes del Servicio de Inteligencia de Carabineros, Sicar, allanaron la casa, llevándose consigo libros, discos y documentos de su pertenencia.

Apenas aparecieron los agentes en su domicilio, Bernardo Javier –hijo de 14 años del afectado– se dirigió rápidamente a la parada de micros y advirtió al padre de lo que estaba sucediendo. Este se retiró del lugar y le pidió que, al día siguiente, fuera a entregarle ropa a una esquina de la población. Bernardo Javier hizo personalmente la entrega y Guggiana viajó a Santiago.

Una vez en la capital, José Manuel se quedó a vivir en una casa arrendada por un amigo y compañero de Partido, ubicada en la Gran Avenida. Al poco tiempo se contactó con Hugo Vivanco –detenido y desaparecido en agosto de 1976– y empezó trabajar con los regionales que el Partido mantenía en el sur del país. Viajaba constantemente y se contactaba epistolarmente con su familia.

Alrededor del 20 de enero de 1975, su hijo Bernardo Javier viajó al sur en una gira con la orquesta sinfónica que tenía su colegio. Cuando llegaron a Temuco

alojaron en el regimiento de esa ciudad. Un profesor le dijo que vería a su padre y le entregó una dirección donde se encontró con él. En esa cita su padre le regaló una radio. Fue la última vez que lo vio.

En la capital su chapa era «Juan» o «Juanito», y mantenía estrechos vínculos con Marta Ugarte, Elisa Escobar, Eliana Espinoza y Juan Carlos Arriagada.

El 4 de mayo de 1976, Guggiana comentó al dueño de la casa donde vivía que estaba muy extrañado porque Marta Ugarte no había llegado a una cita, y lo mismo había ocurrido con Elisa Escobar. El día de su detención –el 7 de mayo de 1976– salió a las nueve de la mañana desde su domicilio en el paradero 13 de Gran Avenida para intentar ubicar a Marta Ugarte; dijo que regresaría a almorzar. Nunca más retornó ni se le volvió a ver.

El agente de la DINA Víctor Manuel Álvarez Droguett, alias «Larguirucho», integrante de la brigada Lautaro, declaró haber participado en la detención de dos jóvenes que parecían universitarios en Independencia con Zañartu, muy cerca del hospital San José, donde fueron subidos por los hombres de la DINA a un Fiat 125 de color rojo y conducidos a Villa Grimaldi. Álvarez no pudo o no quiso identificar a los secuestrados. Miembros de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos creen que podrían ser Guggiana y Fernando Lara Rojas.

4.23. El técnico agrícola que llegó de Talca



Fernando Lara Rojas

Fernando Antonio Lara Rojas, técnico agrícola, tenía 27 años a la fecha de su detención. Sus padres eran José Efraín Lara Ávila, agricultor, y Marta Elena Rojas Almuna, dueña de casa. Tenía once hermanos y sus primeros años los vivió en la localidad maulina de Duao. Sus estudios básicos los realizó en la Escuela Básica Chequén de la Peña, ex F-272, en la localidad de Chequén, comuna de San Clemente, y la enseñanza secundaria en el Liceo Agrícola de Duao, de donde egresó como técnico agrícola. Le gustaba jugar fútbol, era estudioso y muy alegre. Trabajó en el área de la salud en Higiene Ambiental en Talca. En la UP, ya como militante comunista, hizo trabajo político en poblaciones de diversas provincias de la zona central del país. Era un gran conversador, con mucha facilidad de palabra, amante de la naturaleza y de la poesía.

El 11 de mayo de 1975, agentes DINA habían montado tres noches y dos días una «ratonera» en el domicilio que Fernando Antonio y sus hermanas, Lidia y Carmen Lara, ocupaban en Talca, ubicado en calle Ocho Sur Nº 1970, donde les arrendaba una pieza. Hasta allí, a las 16:00 horas de ese día llegaron varios civiles armados que se identificaron como detectives de Santiago. Uno de ellos –alto, macizo y cara grande– preguntó por Fernando Lara, a quien le decían «Feña». Informaron buscar al afectado por ser el «jefe de la resistencia contra el gobierno». Como la víctima no se encontraba, los agentes se retiraron. Sin embargo, retornaron horas más tarde, a las 22 horas. En esa oportunidad coparon la manzana con vehículos y agentes, y tres de ellos, armados con metralletas, se introdujeron en el domicilio para allanarlo.

Al no presentarse Fernando esa noche ni en las siguientes –posiblemente alertado de la presencia de los agentes de la DINA–, estos se quedaron en el domicilio durante tres noches y dos días, rotándose cada tres o cuatro horas y ejerciendo un absoluto control y vigilancia sobre los moradores de la casa.

Además, se encontraba entre los agentes el cabo de Carabineros Nelson Antonio Morales Soto –reconocido por testigos de ser ex jefe del retén de Duao–. En declaraciones prestadas ante el ministro en visita Servando Jordán, en agosto de

1979, Morales reconoció que efectivamente en 1975, y hasta abril de 1979, se desempeñó en la DINA de Talca, agregando que había participado en el allanamiento del domicilio de Lara.

Fernando se trasladó a mediados de 1975 a Santiago y se integró al trabajo que el Partido mantenía en las regiones del centro y sur del país. Su chapa era «Néstor». Tuvo dos hijas con madres distintas. Su última relación fue con Teresa, la mujer que lo acompañó durante la clandestinidad y que estuvo con él hasta el día de su desaparición. Vivían juntos en La Reina, en calle Goethe, en una casa que hasta marzo de 1976 ocupó Lenin Díaz con su familia. Y allí lo esperó Teresa a almorzar, según le avisó por teléfono. Pero Fernando no llegó. Adivinando y temiendo su detención, hizo los preparativos de seguridad necesarios y abandonó la casa. Tras la detención de Lara Rojas, esta casa fue allanada y desmantelada por la DINA.

Lara fue detenido por agentes de la DINA el 7 de mayo de 1976, aproximadamente a las 11 horas, en la vía pública, presumiblemente en las inmediaciones de la esquina de las calles San Diego y Mena. Otras versiones señalan que fue capturado en la actual comuna de Independencia. Fue llevado a la Villa Grimaldi, y a Tres y Cuatro Álamos. Una sobreviviente de Colonia Dignidad entregó un testimonio donde afirma haber visto a Fernando en ese lugar, información que no ha podido ser comprobada. Tampoco se ha podido precisar si colaboraba con Lenin Díaz en el equipo de infraestructura o si coordinaba a los comités regionales de la zona centro sur del país.

4.24. Responsable de las casas de seguridad

Lenin Adán Díaz Silva tenía 31 años cuando fue secuestrado por la DINA el domingo 9 de mayo de 1976, a las 9.00 horas, en el domicilio de su suegro, ubicado en calle Gaspar de Orense 993, comuna de Quinta Normal. Aquél día debía reunirse con Elisa Escobar, quien llegó acompañada de un hombre joven, alto y bien vestido, cuya identidad es desconocida hasta hoy. Tras breves minutos, el sonido de la puerta de calle al cerrarse cuando Lenin y sus dos acompañantes abandonaron el lugar, sorprendió y preocupó al dueño de casa, porque su yerno jamás dejaba la vivienda sin despedirse. Salió a la calle pero no

vio ni escuchó nada. Hoy se sabe que Elisa ya estaba detenida cuando llegó al encuentro.

Nació el 2 de mayo de 1945 en Vallenar, en el seno de una familia comunista. Hijo de Gaspar Díaz Gallardo, pirquinero del cobre; y de Lidia Silva Sepúlveda, dueña de casa. Tuvo cinco hermanos: Gastón, Guido, Galvarino, fallecido en el exilio en la URSS; Guacolda y Lautaro.

Economista, estudió en la Universidad Patricio Lumumba, en Moscú, como sus amigos Marcelo Concha y Mariano Turiel, también detenidos desaparecidos. Regresó a Chile en septiembre de 1970, fue de inmediato promovido desde la Jota al PC, incorporado a la Comisión Técnica del Partido y designado miembro del directorio del mineral La Exótica. Luego, desde Codelco, participó en la nacionalización del cobre e integró la plana ejecutiva del mineral El Teniente, hasta el 11 de septiembre de 1973. A cargo de la Comisión Técnica estaba José Oyarce, secundado por Bernardo Araya.



Lenin Díaz Silva

Sólo en 1990, se supo por primera vez algo de él: Isaac Godoy Castillo, militante PC que estuvo detenido en Villa Grimaldi vio allí a Lenin Díaz entre el 24 y el 26 de agosto de 1976, y así lo declaró en Tribunales.

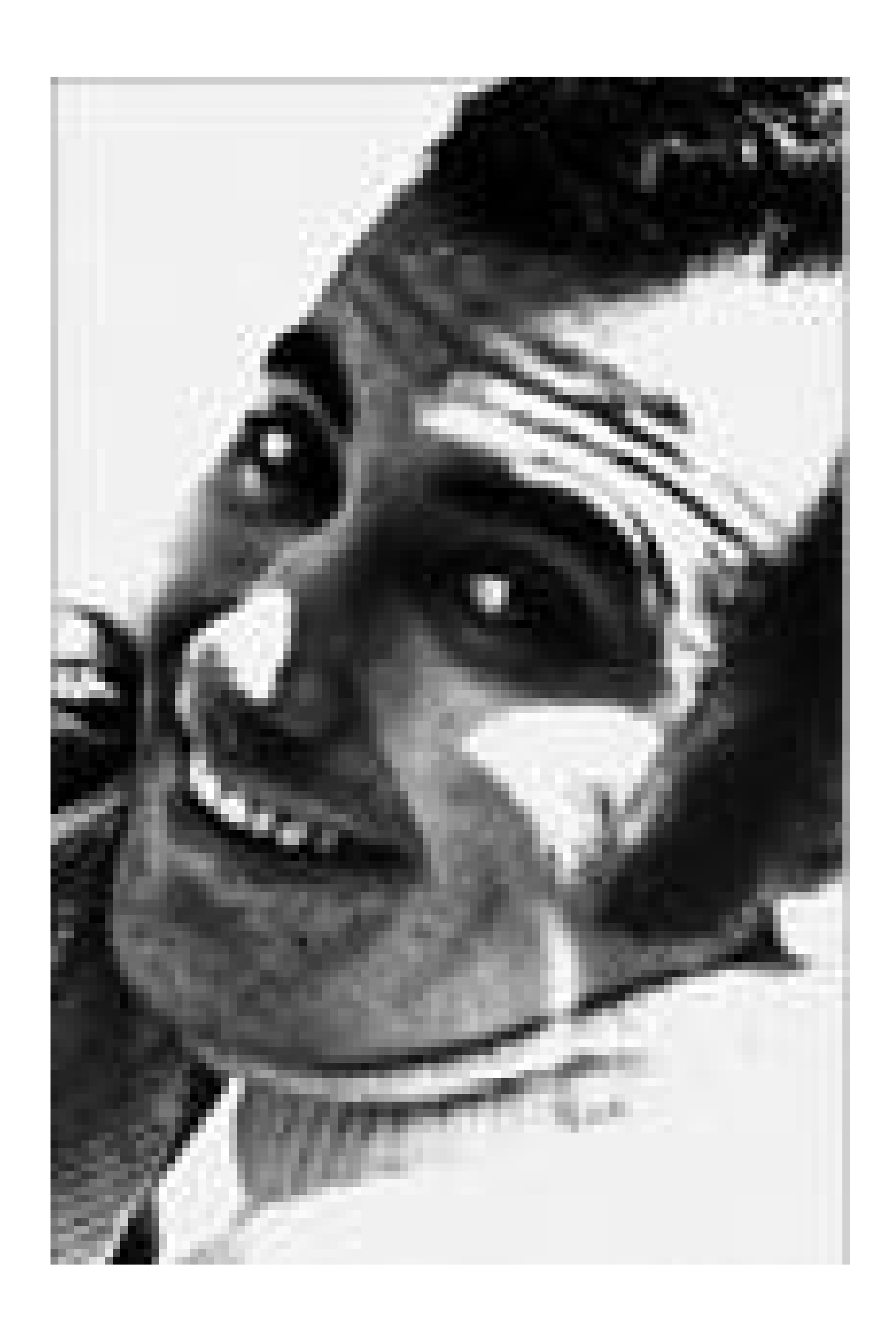
Lorena, su única hija, se encontró a los 38 años de edad con Verónica Troncoso, quien estaba trabajando en un proyecto llamado Arqueología de la Ausencia, que reconstruía la vida de los detenidos desaparecidos por medio de textos, fotos y objetos, entre otros elementos. La arqueóloga había logrado ubicar el film titulado Continente en llamas, del documentalista ruso Román Karmén en 1972, que registraba los profundos cambios políticos y sociales que vivía Latinoamérica en esos años y entrevistaba a los jóvenes que los lideraban, entre ellos a Lenin Díaz. Lorena había esperado toda la vida encontrar esa película, y cuando Verónica se la envió, se encerró sola en su pieza. Se sentó en el suelo, puso play al computador y empezó a mirar. El corazón le latía con fuerza inusitada. Habían pasado 13 minutos cuando vio a Lenin en primer plano. Durante un minuto y 54 segundos pudo ver la imagen y oír la voz de su padre. Lo miró gesticular. Observó detenidamente sus rasgos y el color de sus ojos. Veía por primera vez con vida al padre que sólo conocía por fotografías en blanco y negro. Lorena recuerda:

Me sentí afortunada, privilegiada… Quería abrazarlo y decirle que habíamos sobrevivido, y que yo estaba viva, que tenía hijos, familia, trabajo, un esposo, que era feliz[22].

4.25. El agrónomo encantador

Marcelo Renán Concha Bascuñán tenía 30 años cuando fue detenido. Nació en Talca y vivió sus primeros años en el campo. Era hijo de Carlos Concha

Huidobro y María Bascuñán González. Su padre, socialista, había pertenecido al grupo universitario Avance, era muy cercano a Salvador Allende y se ganaba la vida administrando predios. La madre provenía de una familia de destacados comunistas. Los Concha Bascuñán eran cuatro hermanos: Carlos, Lilia, María Elena y Marcelo. La familia era, en suma, una novedosa mezcla de ancestros aristócratas y gente progresista; entre ellos, sus primos, los Insunza Becker y los Insunza Bascuñán.



Marcelo Concha Bascuñán

Marcelo cursó sus estudios primarios en las tierras del Maule y los secundarios en el Liceo de Aplicación de Santiago. Los abuelos, tíos y amigos han contado que desde niño todo lo que hizo lo abrazó con pasión. En cada actividad que realizaba se le iba la vida. Así, fue un deportista destacado, llegando a ser campeón nacional de natación por la rama de la Universidad de Chile en 1964; gustaba de tocar la guitarra y cantar, y siendo zurdo, por imitación aprendió a tocar la guitarra en la misma dirección que los diestros. Era muy inquieto, sociable, audaz y amistoso, con una personalidad muy alegre. Bailaba cueca y otras danzas folclóricas, jugaba ajedrez, tomaba fotos y hacía filmaciones de sus viajes.

Militante de las Juventudes Comunistas desde muy joven, viajó a mediados de la década del sesenta a la Unión Soviética e ingresó a estudiar Agronomía a la Universidad Patricio Lumumba. Se casó en Moscú con Dora Carreño Araya, unión de la que nació su primera hija, Lilia Concha Carreño. En la capital rusa la pareja se divorció y Marcelo estableció una relación sentimental con una bailarina rusa, con quien tuvo su segunda hija, Larisa.

Regresó a Chile solo a fines del gobierno de Eduardo Frei Montalva, convalidó su título profesional en la Universidad de Chile e hizo su práctica en la estación La Platina, del Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria, INIA. Durante la Unidad Popular lo nombraron director zonal del Servicio Agrícola y Ganadero, SAG, en Cautín, y más tarde gerente general de la Empresa Nacional Avícola, Enavi, controlada por la Corfo. En ese período conoció y se casó con Aminta Traverso Bernaschina, de cuya unión nacieron sus hijos María Paz y Marcelo. La mayor nace mientras Concha Bascuñán estaba detenido en Chacabuco, por lo que va a conocerla después de recobrar la libertad. A su hijo menor no alcanza a conocerlo.

Su hermano mayor, Carlos Concha Bascuñán, veterinario y también comunista, viajó a Suecia con una beca de perfeccionamiento de las Naciones Unidas, pocos meses antes del golpe. Marcelo, en tanto, permaneció en Chile y fue detenido el mismo 11 de septiembre en el Ministerio de Agricultura y llevado hasta el

Estadio Nacional. Ahí estuvo preso por tres meses, hasta que cerraron el Estadio como centro de detención. Fue trasladado al campo de concentración de Chacabuco, en el norte del país, muy cerca de Antofagasta.

El Consejo de Ancianos de Chacabuco, que encabezaba la organización que se dieron los presos políticos, creó una universidad popular dirigida por Patricio Corbalán Carrera; un consultorio de salud, con más de quince médicos prisioneros; una pulpería, a cargo de Atilio Gaete; y diversos departamentos que impulsaron campeonatos deportivos y actividades culturales, como un show dominical. La estrella de ese espectáculo –al que asistían también los militares– fue el conjunto folclórico Chacabuco, que dirigía Ángel Parra y donde participaban Julio Vega, Manuel Ipinza, Ricardo Yocelevsky y Marcelo Concha.

Marcelo fue liberado el 25 de abril de 1974, sin cargos en su contra. Desde esa fecha se incorporó a la clandestinidad comunista, vinculado estrechamente a las estructuras agrarias y a las tareas de reorganización. Trabajó con Sergio Aguayo, José Campusano y Gaspar Díaz y, a través de ellos, se relacionó con la envasadora Proinfa, que funcionaba en las cercanías de Maipú y se vinculaba a una cadena de farmacias que administraba Jorge Schindler y que servía de cobertura para las múltiples actividades secretas del PC.

A fines de 1975, cuando la DINA y el Comando Conjunto arremetieron en contra del Partido Comunista, su hermano Carlos lo llamó por teléfono varias veces desde Suecia pidiéndole que saliera del país. En la última oportunidad, incluso le contó que le había comprado el pasaje, pero Marcelo se negó a abandonar Chile. Trabajaba por esos días como encargado de producción en una empresa de exportaciones, propiedad de un amigo de la familia, cargo que le permitía mantener una buena cobertura para viajar a las provincias y mantener contactos con los regionales del Partido. Era muy cercano, además, a Lenin Díaz, uno de los encargados de las estructuras de seguridad y financiamiento y a quien la DINA detuvo el 9 de mayo de 1976. Marcelo cumplía también labores de enlace entre la dirección del PC y los doctores Iván Insunza y Carlos Godoy.

Marcelo Concha fue secuestrado por agentes de la DINA el 10 de mayo, alrededor de las 15 horas, en la vía pública, en el trayecto entre la casa de su suegra, donde él vivía, ubicada en calle Juan Díaz 41, y el Instituto de Fomento Pesquero, IFOP, situado muy cerca de la esquina de las calles Irarrázaval con Pedro de Valdivia, en Ñuñoa. Aquella mañana, había concurrido en forma habitual a su trabajo en la Compañía de Exportaciones Chile España, ubicada en

la Galería España, en Estado 337, oficina 608, desde donde se dirigió a las oficinas del IFOP, oportunidad que aprovechó para almorzar en su casa, distante a cuatro cuadras. A las 15:00 horas salió hacia el IFOP señalando que a las 18:00 horas estaría de regreso, porque esa noche debía viajar a Los Ángeles. Concha no llegó al instituto de la Corfo, no viajó al sur y tampoco regresó a su domicilio.

En la mañana de ese mismo día se recibieron varios llamados telefónicos en su oficina, preguntando por él. Incluso, dos individuos se hicieron presentes en las dependencias de la empresa exportadora, donde se entrevistaron con el gerente, José López, inquiriendo información respecto de Marcelo y su horario de llegada, señalando que tenían un negocio de exportación pendiente con él. Eso llamó la atención de sus compañeros de trabajo, debido a que las exportaciones no eran de su responsabilidad. El padre de Marcelo recibió ese mismo día, cerca de las 13:30 horas, un llamado telefónico de un hombre que se identificó como Jaime Zamora, quien le preguntó por Marcelo.

Unos diez días antes de su desaparición, Marcelo Concha visitó la casa de Luis Corvalán –preso en ese tiempo– convocado junto a otros amigos y camaradas de la dueña de casa, Lily Castillo, esposa del Secretario General del PC. En aquella ocasión, Marcelo se lució bailando una polka chilota con su compañera, Aminta.

Su hija mayor, Lilia Concha Carreño, lo recuerda:

Se casó muy joven la primera vez. Tuve la fortuna de nacer de ese amor. Un padre protector, acogedor, tibio en el abrazo, admirable en su conducta y sincero en sus defectos.

Fue un fotógrafo con una Zenit y un camarógrafo por afición. Heredamos metros de películas familiares que me mostraba con o sin excusa cada vez que había oportunidad.

Grande, fuerte, alto como cordillera, así lo veía yo. Abrazarlo era escalar hasta su cuello afirmándome en sus brazos y sentir el olor a padre, el que te ama y te cuida. Me dormí más de una vez escuchando su voz cantando canciones de

Víctor Jara.

El 10 de mayo de 1976 yo tenía ocho años. Hacía un mes habíamos festejado mi cumpleaños yendo al teatro Caupolicán a ver el Circo de las Águilas Humanas y a comer cuchuflíes. Ese mismo 10 de mayo de 1976 fue detenido y llevado a Villa Grimaldi. Fue la última vez que se le vio.

1 Sánchez Cornejo es detenido desaparecido desde el 17 de diciembre de 1975 hasta la fecha; se sabe que nunca entregó información. Fue visto por Joaquín Edmundo Parra Castillo al momento de ser ingresado al centro de detención y tortura Cuatro Álamos.

2 Conversaciones con David Canales.

3 El 6 de octubre de 2005 el juez Miguel Vásquez acusó a diez agentes del Comando Conjunto por los secuestros de Alonso Gahona Chávez y Miguel Ángel Rodríguez Gallardo. El magistrado acusó a Edgar Benjamín Cevallos Jones, Juan Luis Fernando López López, como coautores del delito de secuestro calificado de Alonso Fernando Gahona Chávez. Asimismo, responsabilizó a Edgar Benjamín Cevallos Jones, Juan Francisco Saavedra Loyola, Sergio Fernando Contreras Mejías, Fernando Patricio Zúñiga Canales, Eduardo Enrique Cartagena Maldonado, Emilio Mahias del Río, Gonzalo Eduardo Hernández de La Fuente, Hans Luis Gesche Walker y Tito Alejandro Figari Verdugo, como coautores del delito de secuestro calificado de Miguel Ángel Rodríguez Gallardo.

4 El 26 de abril de 2010 la Corte Suprema condenó definitivamente a ex integrantes del Servicio de Inteligencia de la FACH, por el secuestro calificado de Humberto Fuentes Rodríguez. El tribunal condenó a cinco años de presidio sin beneficios a César Palma Ramírez; a cinco años de presidio con libertad vigilada a Freddy Ruiz Bunger, Juan Saavedra Loyola, Eduardo Cartagena Maldonado y Manuel Muñoz Gamboa. En tanto, Otto Trujillo Miranda fue condenado a 541 días con remisión condicional.

5 El 25 de febrero de 2002 el titular del Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, Mario Carroza, procesó a agentes del Comando Conjunto por la detención y

secuestro de los dirigentes comunistas Ricardo Weibel y Juan Orellana Catalán. Los procesados fueron César Luis Palma Ramírez; el mayor (r) de Carabineros, Manuel Agustín Muñoz Gamboa; Alex Damián Carrasco Olivos, el «Loco Alex»; el oficial (r) de la Armada Daniel Luis Enrique Guimpert Corvalán, «Horacio»; el funcionario de la FACH (r) Raúl Horacio González Fernández, alias «Rodrigo» o el «Wally Chico»; y Roberto Flores Cisterna, conocido como «El Huaso»; y Otto Silvio Trujillo Miranda, empleado civil de la FACH. El fallo se sumó al del juez del 25° Juzgado del Crimen, Carlos Hazbún, quien sometió a proceso a 21 personas integrantes del Comando Conjunto por el delito de asociación ilícita. Los encausados fueron el general (r) de Aviación Freddy Enrique Ruiz Bunger; general (r) Mario Vivero; el oficial superior de la FACH (r) Carlos Madrid Hayden; César Luis Palma Ramírez, Miguel Estay Reyno, Otto Trujillo Miranda, Raúl Horacio González, Manuel Muñoz Gamboa, Pedro Camaño Medina, Alejandro Forero Álvarez, Andrés Potin Lailhacar, Robinson Suazo Jaque, Fernando Zúñiga Canales, Eduardo Cartagena Maldonado, Carlos Pascua Riquelme, Juan Chávez Sandoval, Daniel Guimpert Corvalán, Jorge Cobos Manríquez, Guillermo Urra Carrasco, Pedro Zambrano Uribe y Alejandro Segundo Sáez Mardones.

6 El 5 de mayo de 2015 los ministros en visita extraordinaria para causas por violaciones a los derechos humanos de la Corte de Apelaciones de Santiago, Miguel Vázquez Plaza y Mario Carroza Espinosa, dictaron procesamientos por los secuestros calificados de Luis Desiderio Moraga Cruz, Ricardo Manuel Weibel Navarrete e Ignacio Orlando González Espinoza.

7 El 30 de enero 2004 la titular del Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, Graciela Gómez, sometió a proceso a seis ex uniformados por su participación en el secuestro del ex dirigente comunista José Weibel y la detención de Carlos Sánchez Cornejo. El encausamiento afectó a los ex miembros de la FACH Enrique Ruiz Bunger, Juan Francisco Saavedra Loyola, Jorge Rodrigo Combos y Daniel Luis Guimpert; al ex carabinero Manuel Muñoz Gamboa, y a César Luis Palma Ramírez.

8 David Urrutia fue detenido el 22 de diciembre de 1975 por ocho agentes vestidos de civil integrantes del Comando Conjunto y desde entonces se perdió su rastro. Las gestiones judiciales de esos años interpuestas por la familia resultaron nulas. En 2001 el proceso por su desaparición fue reabierto y la jueza del Primer Juzgado del Crimen de San Bernardo, Cecilia Flores, luego de una exhaustiva investigación, logró dar con la identidad de cuatro ex agentes del

Comando Conjunto y los sometió a proceso por el delito de secuestro.

9 Flores Garrido logró sortear la represión hasta el 11 de agosto de 1976, fecha en la que es secuestrado y desde la que es detenido desaparecido.

10 Todos los comunistas que viajaron fuera del país a cursos de perfeccionamiento entre 1965 y 1973 lo hicieron con sus identidades verdaderas y pasaportes legítimos.

11 Conversaciones con David Canales.

12 Porotear significaba sacar a pie o en un vehículo a un detenido y pasearlo por algunos barrios de Santiago para que identificara a sus compañeros de partido.

13 Cepeda, Zamorano, Nazal, Pinto y Ramos son detenidos desaparecidos desde 1976.

14 Ver: Rolando Álvarez Vallejos. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista. LOM ediciones: Santiago de Chile, 2003.

15 José Manuel Guerrero Ceballos. Desde el túnel. Santiago: LOM ediciones, 2008.

16 Ver Proceso 120.133-C. Secuestro de José Weibel y otros.

17 Una notable descripción sobre cómo operó el cuartel de Simón Bolívar se encuentra en: Javier Rebolledo. La danza de los cuervos. Santiago: Ceibo Ediciones, 2012.

18 Cuartel Venecia, ubicado en calle Venecia 2722, en comuna de Independencia, ocupada por la DINA luego de que en diciembre de 1974 fuera allanada y encontrado en ella un arsenal del MIR.

19 Más antecedentes sobre Elisa Escobar en Capítulo 5 de este libro.

20 Ver Proceso 2.182-98. Villa Grimaldi.

21 Conversaciones con Sergio Ovalle, septiembre y octubre de 2014.

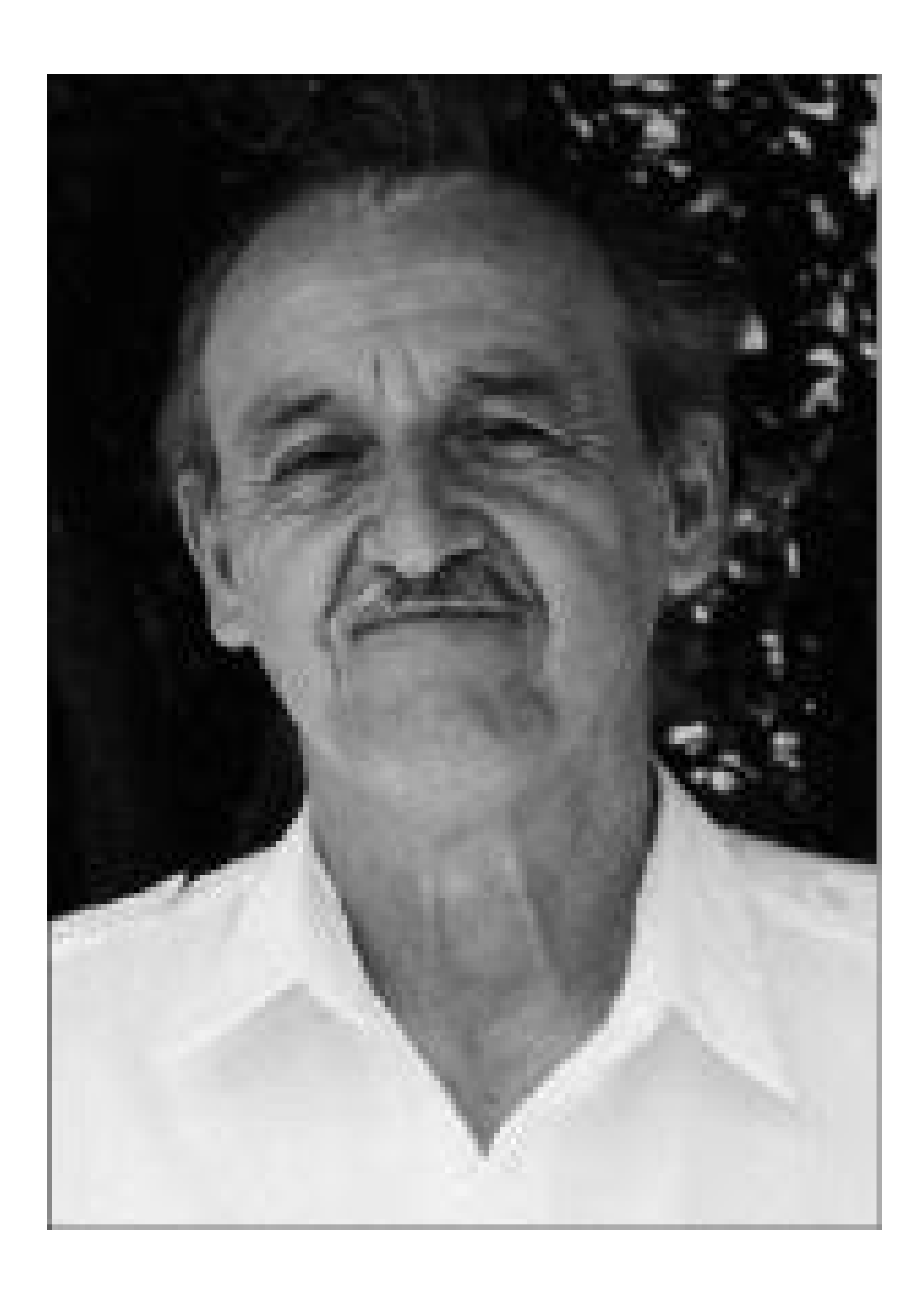
22 Testimonio de Lorena Díaz, en Pablo Basadre, «Mi papá Lenin», The Clinic

on line, 10 de septiembre de 2013.

Capítulo 5

Los caídos bajo los meses fríos de 1976

5.1. Algunos recuerdos del «Flaco» Arriagada



Juan Carlos Arriagada

Pasó el 1° de mayo de 1976 y hubo que evaluar el resultado de las tareas de movilización y propaganda del Partido. Juan Orellana entregó a Juan Carlos Arriagada, el Secretario General de la Juventud, un informe oficial que el «Flaco» llevaría a Víctor Díaz en reunión programada para el 6 de mayo en una casa en Carmen 1840, cerca de Ñuble. Poco antes, Arriagada se encontró con Eliana Espinoza, «Ana», en una casa de Rodrigo de Araya, donde ella le proporcionó las señas del encuentro. La cita con «Don Víctor» sería poco después del mediodía. Arriagada estaba muy resfriado y presentía que algo muy grave iba a ocurrir.

Faltaba el análisis del Partido sobre el Día del Trabajo, que se efectuaría al día siguiente –el 7 de mayo– en una casa de calle Conferencia, a la que asistiría Jaime Donato, el encargado sindical.

Arriagada llegó a la reunión con Víctor Díaz, le entregó el informe de Juan Orellana y luego analizaron los daños que estaban provocando Miguel Estay Reyno y René Basoa en el Partido. Coincidieron en que había que cambiar de domicilio a los que habían trabajado con Basoa. «Don Víctor» sabía de las técnicas que estaban aplicando el Comando Conjunto y la DINA. Antes de partir le recomendó a Arriagada que tuviera mucho cuidado. Un taxi lo recogió para llevarlo a su refugio en la calle Bello Horizonte, en Las Condes.

Por esa misma fecha, la Dirección decidió la salida del país de Inés Cornejo, que estaba muy enferma. Sería reemplazada en sus funciones, dentro de la Dirección Clandestina, por Jorge Muñoz. Su salida no estuvo exenta de dificultades y se produjo meses después.

Ella se había reunido las últimas veces con Víctor Díaz, Mario Zamorano y Rafael Cortez en la casa de Conferencia 1587. Hija de Víctor Cornejo, muy amigo del jefe del Partido en la clandestinidad, Inés no quería abandonar a sus compañeros y le pidió llorando a Díaz quedarse. «Don Víctor» fue inflexible. Antes de salir, Inés se abocaría a colaborar con el equipo de Solidaridad.

Juan Carlos Arriagada recuerda aquel período que siguió al golpe de Estado de

septiembre de 1973:

Pedrito Merino era un joven líder poblacional. Tenía 20 años y pertenecía a una familia muy pobre. Su padre era obrero de la construcción y estaba alcoholizado; su madre era empleada doméstica; y tenía cinco hermanos. Pedrito, que era el mayor, hacía fletes en la feria y aportaba algunos ingresos para la casa. Entró a la Jota, empezó a formarse y sacó la profesión de sastre. Al final de la UP era secretario de la Jota en Colchagua. Se le sacó de allí y se le mandó al Regional del Carbón. Fue denunciado y cayó el 14 de septiembre en Coronel. Lo trasladaron a Santiago y terminó en la Colonia Dignidad como detenido desaparecido.

Cuento ese caso porque el golpe fue duro y nos hizo apreciar abruptamente el aterrizaje en la nueva realidad. El año 1974 la Jota se orientó primero a sostener una forma de organización diferente a la que teníamos en la Unidad Popular. Llevó tiempo acostumbrarse a la clandestinidad. Partimos con enlaces, pero muy luego empezamos a usar los buzones para los recados y contactos indirectos que nos duró hasta más o menos septiembre de 1974.

La Dirección de la Juventud funcionó con un equipo chico de seis compañeros. Pasaron al Partido, Jorge Cáceres, que era el encargado de cuadros, y Máximo Guerrero, hermano mayor de Manuel. Aprovechando el 18 septiembre usamos buzones para invitar a una reunión. Se hizo el encuentro en el barrio de Independencia, a la altura del 2000, en la casa de un matrimonio que eran compañeros. Era la primera vez que unos 12 dirigentes nos podíamos juntar después del golpe. El 19 allanaron la vivienda. Uno de los buzones era un junior de una pequeña empresa y guardó la convocatoria en una casilla que abrió el dueño y llevó el papel a los detectives. Hubo que ayudar a los dueños de casa a salir del país. Desde ese momento los buzones pasaron a ser peligrosos y los usamos cada vez menos.

Empezamos a perfeccionar los «mantos» o «leyendas» para los encuentros y las

señales de normalidad. Sin embargo, no siempre se hacían bien, o no se cumplían, lo que nos acarreaba graves problemas.

En julio de 1975 yo estoy atendiendo a cinco secretarios regionales de Santiago –Cordillera, Norte, Sur, Costa y Capital– y a dos de Concepción. Un día estoy atendiendo a Benito Pascual y a Mariano Turiel, en un conjunto de bloques de departamentos en Grecia con Pedro de Valdivia. La cita era temprano en un departamento de una compañera que trabajaba como modista. Entró al final el más importante. El manto acordado era que íbamos a pedirle la confección de unos ternos.

Terminada la reunión yo me retiré y media hora después llegaron a allanar el departamento por una denuncia de un vecino. Detuvieron a Benito, a Mariano y a la modista. En los interrogatorios surgió el problema: hubo discrepancias entre quienes ponían la tela y los materiales para los ternos. Ese tipo de detalles eran los que nos perdían. Fueron a dar a la Villa Grimaldi y luego a Cuatro Álamos. Estuvieron seis meses en prisión. Salieron en diciembre de 1975. Cuando, más tarde, se enteraron de que ambos eran dirigentes de dos regionales de la Jota los empezaron a buscar. Agarraron a Mariano y lo hicieron desaparecer. Benito se salvó.

Desde la RDA nos empezaron a llegar documentos miniaturizados con orientaciones para la clandestinidad obtenidas en las experiencias que los comunistas europeos habían tenido con los nazis. En varios de ellos se afirmaba que las direcciones clandestinas no podían durar más de dos años.

La Jota se mantuvo en pie gracias a la mística que venía desde la UP, pero tuvo que enfrentar desafíos muy distintos a los vividos en el gobierno popular. Nos metimos entre los estudiantes, en lo poblacional y en la cultura, elegimos usar el verde como el color de la esperanza y desarrollamos una gran inventiva. También pudimos sostener a la Unidad Popular Juvenil que siguió funcionando hasta 1975, aunque con una propaganda muy básica.

El equipo de Dirección nuestro se mantuvo estable. Cayeron, sí, Sergio Muñoz Riveros, yerno de la compañera Julieta Campusano, y el enlace del «Checho» Weibel para la UP Juvenil. La caída de Carlos Lorca también trajo diversos coletazos para nosotros por los enlaces que teníamos con los dirigentes socialistas. La compañera Shaira Sepúlveda estuvo en Tres y Cuatro Álamos. Se salvó porque nunca supieron cuál era su verdadero trabajo político.

Luego, a fines de 1975, cayó «El Fanta» que era enlace complementario del «Checho», y también capturaron a Basoa y a Ulises Merino, que estaban en el trabajo de información.

Trabajé un año con Américo Zorrilla; ambos éramos los encargados de organización en la Jota y en el Partido. Se había ido de su casa y era muy exigente. Nos juntábamos cada 15 días. Mario Zamorano también se reunía con nosotros para entregaros la línea, lo mismo que Rafael Cortez.

En la Dirección estábamos el «Checho», como Secretario General interino; Cáceres, en cuadros, que después fue reemplazado por Alfredo Vargas; Juanito Orellana y Espíndola, en lo sindical; Manuel Guerrero, en relaciones políticas y solidaridad; Carlitos Contreras, en la cosa estudiantil y universitaria; y yo, en la orgánica.

Cayó Alfredo Vargas, que venía de la extrema pobreza y considera al Partido como su padre. En la tortura entregó a Carlos Contreras Maluje. Los agentes del Comando Conjunto lo siguieron usando al igual que a otros muchachos bajo un chantaje muy duro.

Otro militante, Roberto Carmona, «El Calluya», casado y con un par de

mellizos, también entregó información, pero no fue un traidor. Logró viajar más tarde a Suecia. Poco antes de morir pidió la bendición del Partido. La dictadura consiguió una de sus metas más anheladas: logró dividir y transmitir desconfianza entre los comunistas.

El «Checho» salió hacia Moscú en la Semana Santa de 1975 gracias al apoyo de algunos funcionarios de la Policía de Investigaciones. Volvió en octubre y en diciembre pasó al Partido como encargado de organización y de otras tareas muy relevantes para la Dirección. Ese mismo mes Rafael Cortez se reunió con cinco dirigentes de la Jota y nos comunicó que yo pasaba a ser el nuevo Secretario General de las Juventudes Comunistas.

En enero de 1976 tuve mi primera reunión con «Don Víctor» en un departamento de Bellavista. Su enlace, Eliana Espinoza, se encontró conmigo y me señaló el lugar poco antes del encuentro. En abril hubo una nueva reunión en una casa de calle la Santa Mónica, entre Cummings y Maturana. A ella acudieron Zamorano, Cortez y yo. Al Partido le interesaba darle un impulso a la Unidad Popular Juvenil para que esta insistiese en la necesidad de crear un Frente Antifascista.

Por esos meses yo tenía de enlace a un muchacho que estudiaba Ingeniería Comercial y que más tarde llegó a ser supervisor en Chuquicamata. Él arrendó una casa en Maipú y llevó a sus padres. Yo ocupaba una pieza y pasaba como sobrino de ellos. Anteriormente yo vivía cerca del matadero de Lo Valledor y hasta allí llegaba el compañero Juanito, que era mi enlace con parte de la Dirección del Partido.

A fines de abril, el compañero Juanito me pidió que nos juntáramos unos días después, caminando por la calle Guanaco, en Conchalí. Cuando llegué al lugar, el 5 de mayo, me percaté que había dos calles con el mismo nombre, una con H y la otra con G, y no nos topamos. Dos días después, el 7 de mayo, el compañero Juanito fue detenido por la DINA. Sólo ahí supe que se trataba de José Guggiana

Espoz, profesor de música y ex secretario regional del Partido en Antofagasta.

Luego del encuentro con Víctor Díaz en la calle Carmen me pareció que me andaban siguiendo. Le mandé un recado a mi segundo en la Jota, Alfredo Vargas, diciéndole que necesitaba congelarme un par de semanas, que no me sentía seguro. Me empecé a cambiar de casas y en un momento llegué a una en la calle Pedro de Valdivia, donde había dos perros que comían con nosotros en la mesa. Ahí me enteré de la caída de «Don Víctor».

El compañero «Ignacio» –Américo Zorrilla– se había fondeado[1] y yo establecí relación con Víctor Canteros, quien le había sucedido en Organización. Me junté un día con él en calle Seminario esquina de Sucre. Estaba lloviendo y nos pegamos una larga conversación. «Nos faltó capacidad para sacar a "Don Víctor"», me dijo. Poco después también a él lo sacaron fuera del país[2].

5.2. Todos lo llamaban «Don Víctor»



Víctor Díaz López

Víctor Manuel Díaz López nació en 1919 en Ovalle. Tenía 56 años al momento de su detención. Hacia mediados de la década de los veinte su padre, Lorenzo Díaz, su madre, María López, y él con sus cuatro hermanos se trasladaron desde el Norte Chico hasta Tocopilla, donde el jefe de la familia se integró a las faenas mineras y la madre se dedicó a lavar ropa ajena. Víctor empezó a trabajar a los ocho años vendiendo diarios, entregando la ropa lavada por su madre o acarreando maletas en la estación de trenes.

Estudió hasta tercera preparatoria y a los 16 años entró a trabajar a la mina «La Despreciada». Allí el alcalde de Tocopilla, Víctor Contreras Tapia, lo invitó a militar en el Partido Comunista. Pocos años después fue elegido secretario regional en Antofagasta. A los 28 años se casó con Selenisa Caro Ríos, integrante de la Acción Católica de Antofagasta. Antes de cumplir un mes del matrimonio, Víctor debió pasar a la clandestinidad debido a la represión desatada en contra del Partido por Gabriel González Videla. Lo detuvieron y fue relegado a Pisagua. Allí enfermó gravemente y fue operado de urgencia en Iquique. Lo llevaron al retén Cosapilla, al interior de Arica, en plena cordillera altiplánica. Logró evadirse de la prisión y llegó a Santiago donde pudo conocer a Victoria, su primera hija, que ya tenía siete meses, y luego pasar a la clandestinidad, mientras Selenisa mantenía la casa con sus labores de modista.

Víctor logró un trabajo en la construcción y después en Elecmetal. En 1951 ingresó a la imprenta Horizonte donde llegó a ser jefe de personal. Desde 1953 fue delegado sindical ante la CUT Provincial de Santiago. En 1955, debido a una discopatía fue operado de la columna vertebral. En 1957 fue relegado a Pisagua junto a los trabajadores de la imprenta Horizonte y enviado a Putre. Estuvo más de seis meses en el altiplano. En 1960, la familia se avecindó en la comuna de San Miguel. De esa época lo recuerda su segunda hija, Viviana:

Fue un hombre de gran disciplina en la lectura. Muchas veces nos sorprendía con conocimientos que se adquieren sólo después de largos años de estudio. Vivía leyendo, subrayando, tomando anotaciones. Era metódico. No se permitía cabos

sueltos. Esa actitud nos sirvió para aprender a tener sentido de responsabilidad, a no llegar atrasados en nuestros compromisos, a compartir con todo el mundo, a ser respetuosos de las opiniones de otros. Cuando estaba en casa, era el primero en levantarse para atendernos.

Américo Zorrilla, emblemático dirigente del PC, le contó al periodista José Miguel Varas algunas características de Víctor Díaz:

Creo haberme encontrado con él por allá por 1947, cuando El Siglo funcionaba en el caserón de Moneda con Mc Iver. En ese entonces, él integraba el Comité Regional de Antofagasta. En 1952 trabajamos juntos en la Editora Horizonte. Allí pude apreciar su actividad infatigable para sacar adelante y mantener en buen pie una empresa que, por ser la editora del diario comunista, tenía que vencer dificultades de toda naturaleza, luchando contra poderosos enemigos. Pude apreciar cómo se transformaba rápidamente en un técnico de alta calificación de la industria gráfica. La Dirección del Partido lo designó jefe de producción, lo que significó prácticamente poner en sus manos el funcionamiento de talleres cuyas tareas eran múltiples y difíciles. Con aquella vieja rotativa y una decena de linotipias no muy nuevas, se sacaban dos diarios: El Siglo y Última Hora; las revistas Vistazo y Ercilla y diversas publicaciones gremiales. Cada día de la semana se imprimía una revista distinta. Todo: la organización de turnos de trabajo, la distribución de equipos, la planificación de las tareas para cada sección, para cada compañero, para cada máquina, estaba a cargo de Víctor Díaz.

El 21 de agosto de 1971 fue elegido Subsecretario General del PC. José González y Oscar Astudillo, habían sido sus antecesores en el cargo. El 1º de mayo de 1971, en el acto del Día del Trabajo, como presidente interino de la CUT, compartió la tribuna junto al cardenal Raúl Silva Henríquez y el presidente Allende, fue el orador central del acto de masas de los trabajadores chilenos. Victoria, la hija mayor, agregó:

Dedicó su vida al Partido, pero nunca se despreocupó del hogar. Era tierno y cariñoso. Gozaba contándonos cuentos de tesoros, de Pedro Urdemales, de mineros y de la pampa. Hasta hoy, él está presente para nosotros en mil aspectos. Sentíamos por él un cariño enorme.

En los días posteriores al 11 de septiembre de 1973, por la seguridad del PC y la propia, Víctor Díaz debió, una vez más, hacer abandono del hogar y pasar a la vida clandestina. Usaba la chapa de «Antonio» y se vinculaba políticamente con Eliana Espinoza, su enlace en la dirección del partido, así como con Mario Zamorano, Uldarico Donaire, Jorge Muñoz, Américo Zorrilla, Inés Cornejo y Víctor Canteros.

Mientras usaba el nombre de José Santos Garrido Retamal, fue detenido el 12 de mayo de 1976, en Bello Horizonte 979, comuna de Las Condes, en casa del ingeniero Jorge Canto Fuenzalida y Sandra Vila. Fue vejado, brutalmente golpeado y conducido posteriormente a la Villa Grimaldi, luego a la Casa Piedra del cajón del Maipo y finalmente al cuartel de la brigada Lautaro de la DINA, en la calle Simón Bolívar.

En la Villa Grimaldi fue visto por una buena cantidad de prisioneros que se aglomeraban allí en esa fecha. Uno de ellos, Isaac Godoy Castillo, liberado posteriormente, contó que a otro detenido llamado Pedro Silva, «le quitaron el abrigo para dárselo a él, ya que los agentes le dijeron que andaba con muy poca ropa». Pedro Jara, detenido por segunda vez el 18 de agosto de 1976 y llevado nuevamente hasta Villa Grimaldi, afirmó que allí estaba Víctor Díaz. En su testimonio señaló que en la celda contigua a la de él estaban María Galindo y Marta Ugarte, con las que conversaba por un orificio que tenía el tabique que los separaba. Una noche Marta Ugarte le comentó que había sido colgada y careada con Víctor Díaz, que era tratado duramente por los agentes de la DINA, por lo que estaba muy mal.

Luego de numerosas diligencias y denuncias hechas por la cónyuge de Víctor Díaz, el 6 de octubre de 1976 llegaron hasta su casa dos agentes de la DINA, que no se individualizaron. Estos le entregaron a Selenisa Caro de Díaz un sobre y le pidieron que leyera la carta que contenía. Así lo hizo; inmediatamente pudo reconocer la letra de su querido Víctor. La carta estaba dirigida a ella y le enviaba saludos a ella y a sus tres hijos, le manifestaba que quería saber de ellos,

le pedía que «todo trámite que tú hagas en cuanto a mi persona se refiere, te ruego no seguir». Le solicitó indicar un día y hora para llamarla por teléfono y terminaba la carta diciendo: «Me despido con todo cariño y el amor de tu esposo y el padre. Para ti Selita querida, para Toyi, Viviana y el Totín, muchos besos de...» (firma Víctor Díaz).

A las 6 de la tarde del día siguiente, 7 de octubre de 1976, sonó el timbre del teléfono. Victoria Díaz se acercó y lo contestó. Una voz masculina le dijo que iban a hablar con ella. Acto seguido pudo escuchar la inconfundible voz de su padre, quien le preguntó por su madre. Ella respondió que estaba haciendo trámites, entonces él le dijo que le había pedido que no siguiera haciéndolos, además «la carta no se la muestren a nadie. Es sólo para ustedes». Le dejó saludos para todos y le anunció que llamaría cualquier día después de las seis de la tarde, terminó diciéndole: «dile a tu mamá que entienda por qué, y que no siga».

El 19 de octubre, a las 11 de la mañana, llegó a la casa de la familia Díaz Caro, ubicada en Miguel Campos 3004, comuna de San Miguel, un agente de la DINA preguntando por la señora Díaz. Este fue atendido por su hija Victoria, que estaba sola en casa en ese momento. El agente le pidió que le entregara un paquete de ropa para su padre, a lo que ella se negó por no tener autorización de su madre. El agente se retiró molesto y dijo que a él le llamarían la atención por no cumplir con su misión. Al día siguiente, el 20 de octubre de 1976, aproximadamente a las 20:50 horas de la noche, Viviana Díaz contestó una llamada telefónica. Era su padre, y de inmediato pasó el fono a su madre. Víctor Díaz le preguntó a su señora cómo estaba de salud. Ella dijo: «no voy a contestar a este llamado, no quiero llamados, quiero verte aquí, en mi casa», ella insistió en que «no hablo más mientras no te traigan a la casa». Víctor Díaz le preguntó si ellos le habían prometido eso, a lo que ella le respondió afirmativamente, su esposo afirmó al instante «entonces no llamo más». Ella de inmediato colgó el fono. Selenisa, Victoria, Viviana y Víctor nunca más volvieron a saber de Víctor Díaz López[3].

Tras su detención, Víctor Díaz fue mantenido con vida ocho meses y finalmente fue asfixiado en enero de 1977, mientas la entonces agente DINA y teniente del Ejército, Gladys Calderón Carreño, le inyectaba cianuro. Su cuerpo fue lanzado al mar[4].

5.3. «Si no regreso, anda a la Vicaría»

Eliana Marina Espinoza Fernández tenía 44 años al momento de su detención. Comerciante, comunista, enlace exclusiva de Víctor Díaz con la Dirección del Partido. Usaba las chapas de «Sara» y «Ana». Soltera, sin hijos. Fue, en la legalidad, integrante de la Comisión Nacional de Propaganda. Vivía en Andormo 648, Recoleta, en Santiago.

El 8 de mayo, cuatro días antes de su detención por agentes de la DINA, en momentos en que Eliana no se encontraba en su casa, llegó Elisa Escobar acompañada por un sujeto joven. Elisa estaba muy nerviosa y fumaba mucho. Le dejó un recado a Eliana Espinoza con su padre, Juan Espinoza, indicándole que «fuera a su casa en Santa Rosa tres y tanto». El padre no logró entender muy bien el último número, según afirmaría más tarde.

El 11 de mayo, a la hora de almuerzo, Eliana visitó en su refugio a Víctor Díaz. Este le dijo que si no lo sacaban de esa casa, él se iría solo a la nueva vivienda que le tenían preparada. Eliana, ese mismo día, se enteró que el lugar que sería el nuevo escondite había sido allanado.



Eliana Espinoza Fernández

El 12 de mayo de 1976, el día de su detención, Eliana le dejó su carnet de identidad a su hermana y le dijo que, si no regresaba, acudiera a hacer la denuncia a la Vicaría de la Solidaridad. Su cuñado dejó a Eliana en Independencia con Nueva de Matte. Nilda Barra declaró en agosto de 2010 que «Eliana fue a sacar al "Chino" acompañada de César Cerda. Me consta que gente del Partido –que no recuerdo– los vieron partir juntos a la casa donde se ocultaba Víctor»[5].

5.4. Uno de los miembros más antiguos de la Seguridad

Marcial Rodolfo Núñez Benavides tenía 54 años a la fecha de su detención. Chofer y fletero, casado con Holanda Moya Quintero, tres hijos. Ex dirigente del Sindicato de Empleados Públicos de Osorno entre 1950-1965. Rodolfo era uno de los más antiguos miembros de la Seguridad del Partido. Se había incorporado a ella cerca de 1952 y era un cuadro experimentado. Salió en 1971 a un curso a la URSS y después del golpe tuvo importantes responsabilidades. Al momento de caer, estaba trabajando directamente con la Dirección.



Marcial Núñez Benavides

El 18 de mayo de 1976, mientras conducía su camioneta Renault Station Wagon del año 54, fue interceptado cerca de las 15:00 horas en la esquina de las calles Departamental y Ochagavía, en San Miguel, por cuatro agentes de la DINA que se lo llevaron en su propio vehículo. Los sujetos viajaban en un taxi Peugeot y en una camioneta Chevrolet C-10 de color blanco. Testigo de su arresto fue uno de sus hijos, Rodolfo Núñez Moya, que le acompañaba en aquel momento. Esa misma tarde, cerca de las 17:00 horas, su domicilio en calle Sergio Ceppi 0814, en La Cisterna, fue allanado por cuatro agentes. Cuando Holanda Moya Quintero -cónyuge de Rodolfo Marcial- les preguntó quiénes eran, se limitaron a responder «seguridad». En esa oportunidad, los agentes se movilizaron en una camioneta Chevrolet C-10 color blanco y permanecieron en el domicilio por el lapso de una hora.

En junio de 1978, Rodolfo Núñez Moya dijo haber visto el Renault en una compraventa de autos, «Automotriz Palmeira», ubicada en Gran Avenida 9570. El gerente del establecimiento informó que la inscripción de dicho vehículo se encontraba a nombre de otra persona y que el número de motor no correspondía al del furgón del afectado[6]. Núñez Benavides fue visto en Villa Grimaldi por Máximo Vásquez Garay. Se sospecha que esos y otros vehículos estarían enterrados en la Colonia Dignidad.

5.5. El encargado del Frente Agrario venía de Tiltil



César Cerda Cuevas

César Domingo Cerda Cuevas nació en Tiltil el primero de agosto de 1928. Hijo del agricultor Lorenzo Cerda y de la ordeñadora Mercedes Cuevas. Tuvo tres hermanos: Lidia, Eugenio y Antonio. Toda la familia –radicada en Tiltil- militaba en las filas de la izquierda. Se casó el 2 de mayo 1944 con Eufemia Torres, su compañera por 32 años. De esa unión nacieron tres hijos: Cristina, César y Juana. Su descendencia, además, incluye seis nietos y ocho bisnietos. Hizo sus primeros estudios en una escuela pública en Santiago. Llegó hasta sexta preparatoria. Ingresó a la Juventud Comunista en 1948 en Tiltil, donde se inició como dirigente agrario.

Se incorporó muy joven a la Federación Campesina e Indígena Ranquil, donde a partir de 1958 se desempeñó como funcionario y donde llegó a ser director en 1973. Esa organización y el Partido fueron sus principales escuelas de aprendizaje y formación. Entre 1970 y 1973 fue representante del gobierno de la Unidad Popular en la Corporación de la Reforma Agraria, CORA. También, en ese mismo período, fue dirigente nacional de la CUT y llegó a ser miembro del Comité Central del Partido.

Sus compañeros y amigos más cercanos fueron Santos Leoncio Medel, Jorge Montes, José Cademártori, Bernardo Araya, Marta Ugarte, Julieta Campusano, Luis Corvalán, Carlos Rosales, Oscar Astudillo, Luis Barría, Víctor Díaz y Virginia González, entre otros.

César Cerda leía todo impreso que cayera en sus manos. Le gustaban el campo y la playa; las largas caminatas; la vida al aire libre y estar con su familia. Una de sus chapas era «Rosamel». Tenía otras, que sus hijas no recuerdan. Los agentes del Estado lo buscaban y preguntaban por Cesar Mejías, su nombre político.

Su hogar fue visitado en varias oportunidades por agentes de seguridad. El 11 de enero de 1976, a las tres de la madrugada, llegaron unos 20 agentes de la DINA fuertemente armados y portando brazaletes de color amarillo con negro. Registraron toda la vivienda dejando un caótico desorden. Golpeaban el techo buscando armas y preguntaban por el dueño de casa. A la esposa y a las hijas de Cerda las interrogaron sobre los amigos del buscado. Exigían nombres que nadie

les dio. El que parecía el jefe era moreno, crespo y con bigotes. Juana, una de las hijas, recuerda que aquel sujeto se parecía al cantante de cumbias Luisín Landaez, muy conocido en esos años. Estuvieron más de 20 minutos. Encontraron una fotografía donde César Cerda estaba con Juana, la hija menor. El jefe se la mostró a todos los agentes y se la llevaron[7].

Al momento de su detención, César Cerda estaba estrechamente vinculado a Jaime Donato, Uldarico Donaire, Mario Zamorano, Jorge Muñoz, Víctor Díaz y otros de los principales dirigentes del Partido, todos desaparecidos.

Luego de su secuestro, a la familia le informaron, a través de la Vicaría de la Solidaridad, que algunos detenidos que habían estado en Villa Grimaldi dijeron haber visto a César allí, en muy malas condiciones. Uno de esos testigos fue Máximo Vásquez Garay. Desde ese lugar se perdió su rastro para siempre.

A la fecha de su detención, él era miembro del Comité Central y encargado del Frente Agrario, y en tal condición se vinculaba directamente con Eliana Espinoza, Mario Zamorano y Víctor Díaz. Ese día, el 19 de mayo de 1976, debía juntarse en las cercanías de la Estación Central con Eliana Espinoza, ignorando que ella había sido detenida el día 12. Había salido de su hogar, en Copérnico 4832, en la población Mussa de San Miguel, a las 9:30 horas, diciéndole a su esposa que iba a buscar trabajo. Efectivamente, César Domingo Cerda se encontraba cesante y solía salir hacia distintos sectores. Dijo que volvería a almorzar.

En septiembre Cerda habría sido trasladado desde Grimaldi al cuartel Simón Bolívar. Testigo de su reclusión en ese lugar es el agente Jorge Hugo Arriagada Mora, quien declaró ante el juez Víctor Montiglio que Cerda se parecía a su padre y que por eso lo había tratado bien.

Eufemia, la esposa, siempre lo buscó. Fue un ejemplo de lealtad a toda prueba, iniciando infinitas acciones legales, realizando ayunos, encadenamientos, huelgas de hambre, sufriendo innumerables detenciones junto a sus compañeras de la AFDD. Falleció el 7 de septiembre de 1996. Se fue con la tremenda pena y el dolor de no haberlo encontrado.

Juana, la hija menor, cuenta que César Cerda siempre está en sus pensamientos por haber sido un padre ejemplar, por haberle dado mucho cariño, por hacerse tiempo para darle consejos y decirle que la quería mucho. Fue su regalona y ella

no se dormía hasta que su papá llegaba del trabajo. Siempre le llevaba un paquete de maní, y si ya estaba dormida, se lo dejaba bajo la almohada. Dice Juana:

En su vida clandestina lo acompañé en dos oportunidades. Me sentía muy bien al verlo, siempre lo miraba y pensaba que ojalá nunca le pasara nada malo, pero cuando nos separábamos, sentía un gran dolor, sin saber si nos volveríamos a ver. Siempre me decía que nunca dejara sola a mi madre.

Cristina Cerda, la hija mayor, lo recuerda:

Mi padre fue un hombre ejemplar, cariñoso, amante de su familia, consecuente, comprometido y soñador. Luchaba por una sociedad más justa y de igualdad para todos: Siempre estuvo dedicado a ayudar a los demás. Todo su trabajo fue comprometido y lo pagó con su vida. Cuando me casé, se preocupaba de que no nos faltara nada, guiándonos para enfrentar la nueva etapa. Cuando nació su primera nieta, Rosa Cáceres, él estaba muy contento, la regaloneaba mucho y venía a verla a nuestra casa. Desapareció el mismo día de mi cumpleaños.

Rosa Cáceres, la primera nieta, tenía cinco años cuando César Cerda desapareció. Lo recuerda como un abuelo consentidor y muy cariñoso. «Mi mamá trabajaba y me llevaba a la sala cuna; en la tarde, él nos iba a encontrar, sobre todo cuando llovía. A mí, que era muy floja para caminar, me gustaba que me llevara en los brazos», rememora.

5.6. «No me mate, soy profesor»



Luis Maturana González

Luis Emilio Gerardo Maturana González tenía 26 años al momento de su detención. Su padre, Juan Maturana Lagos, era obrero metalúrgico y militante comunista; su madre, Gricelda González Guzmán, era dueña de casa. Su hermana, Juana Maturana González, profesora. Sus primeros años los vivió en el barrio Toesca, en Santiago. Estudió en la Escuela Básica República de Colombia, donde destacó por su excelente rendimiento y fue elegido durante todos los años como mejor compañero de su curso. Posteriormente ingresó a Escuela Normal donde se tituló como Profesor de Enseñanza Básica.

Durante su infancia fue un niño ordenado, sistemático y creativo. Tenía habilidades motrices muy desarrolladas, era muy buen dibujante y le gustaba leer, sobre todo la revista Barrabases, y fabricar volantines. Durante su adolescencia formó parte de grupos juveniles en la iglesia de Jesús Obrero, donde organizaban funciones de títeres en la población Nogales. Pertenecía a un grupo scout y disciplinadamente asistía a encuentros y campamentos. También se interesó por la guitarra y cantaba en peñas, actos políticos y comunitarios. Le gustaba recitar. Fue alumno de Víctor Jara en la Casa de la Cultura de Ñuñoa, en un curso de cantos y danzas folklóricas.

Ingresó a las Juventudes Comunistas en 1970, en la cuarta comuna de Santiago. Trabajó a nivel de base y posteriormente perteneció al Regional Capital de las Juventudes Comunistas, donde integraba la dirección de control y cuadros. Era miembro, también, del Comité Central de las JJ.CC. y encargado sindical de la misma. Su chapa era «Antonio». Su esposa, residente hoy en Canadá, afirmó que al momento de su detención estaba encargado, además, de manejar las platas destinadas a pagar a los funcionarios de las JJ.CC.

Trabajó como profesor en su primer nombramiento en la Escuela N° 5 El Peral, en Puente Alto. Luego en una escuela de la comuna Estación Central. Al momento de su desaparición era profesor de música en el colegio Básico N° 3 de Santiago, ubicado en calle Santiaguillo. Allí integraba un conjunto musical que participó, cinco días antes de su desaparición, en el Festival del Sindicato del Cuero y del Calzado. Además, se encontraba terminando su carrera de Profesor

de Educación Musical en el Conservatorio Nacional de Música.

Vivía en la Villa Los Presidentes, block 119 A, dpto. 21, en Ñuñoa. Estaba vinculado políticamente con Alfonso Araya, Aníbal Riquelme, Jorge Muñoz, Juan Gianelli, Juan Orellana, todos desaparecidos e integrantes de las direcciones de la Jota y del Partido.

El día 8 de junio de 1976, salió de su casa aproximadamente a las 8:45 horas debido a que se encontraría con su amigo y compañero de Partido Juan Orellana Catalán, con quien asistiría a una reunión con otros dos dirigentes comunistas en el sector poniente de Santiago. Luego de la cita iría como todos los días a su trabajo en la Escuela Básica Nº 3, en Santiago Centro, donde iniciaba su jornada a las 13:30 horas. Sin embargo, jamás llegó a la escuela. Luis Maturana fue detenido en el transcurso de esa mañana junto a Juan Orellana en el sector de Estación Central, en Alameda con Bascuñán, por agentes del denominado Comando Conjunto.

Esta información fue confirmada por el agente Andrés Valenzuela Morales, miembro del mencionado comando, quien afirmó en una declaración jurada que emitió en octubre de 1984: «Puedo decir que también fueron detenidos por nuestro grupo Juan René Orellana Catalán y Luis Emilio Maturana González, ya que me recuerdo que (Manuel) Guerrero, al cual antes mencioné, fue interrogado –y se le aplicó corriente en la herida a bala que tenía– respecto de ellos y de uno de los hermanos Weibel»[8].

El agente Valenzuela agregó que Juan Orellana Catalán, detenido junto a Luis Emilio Maturana, permaneció en el recinto llamado «la Firma», ubicado en calle Dieciocho, y Juan Orellana, junto a otros detenidos, fue vendado, drogado y trasladado a la Cuesta Barriga. «Allí, –describió Valenzuela– el detenido Maturana me dijo: "No me mate, soy profesor"». Posteriormente, Fuentes Morrison echó del lugar a Valenzuela y más abajo este sintió los balazos que le propinó el «Wally». Años después sus restos fueron exhumados, amarrados a rieles y lanzados al mar frente a San Antonio. Su hermana, Juana Maturana González, lo recuerda:

El último día que vino a nuestra casa, una semana antes de desaparecer, tomó onces con mi madre y le ofreció un regalo que no pudo traer. Ella lo dejó en la

calle y lo miró hasta que dobló la esquina. Antes de doblar, se dio vuelta y se despidió con su mano en alto de ella. Mi madre se entró y lloró a solas. Era la última vez que vería a su amado hijo, que nació con los pies por delante, y con el que la unía un lazo de amor muy grande, porque mi hermano era un hijo ejemplar. Cuando Manuel García interpreta El Viejo Comunista, siento revivir esa vivencia de mi madre.

5.7. Prisionero en los buques «Maipo» y «Lebu»



Juan Orellana Catalán

Juan René Orellana Catalán tenía 34 años al momento de su detención. Casado, dos hijos, carpintero mueblista; miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas e integrante de la Comisión Sindical de la misma. Vinculado políticamente con Alfonso Araya, Aníbal Riquelme y Luis Emilio Maturana, todos detenidos desaparecidos.

Fue detenido el 11 de septiembre de 1973 en la sede del Partido Comunista en Valparaíso, trasladado al buque «Maipo» y liberado algunos días después. A fines de septiembre de ese mismo año fue arrestado nuevamente por infantes de marina y conducido al buque «Lebu». Tras recuperar su libertad viajó a Santiago y se dedicó a la reorganización de su Partido.

El 8 de junio de 1976 fue detenido en las inmediaciones de la Estación Central junto a Luis Maturana González por agentes del Comando Conjunto cuando ambos se dirigían al sector poniente de Santiago a una reunión con otros dos miembros del Partido Comunista.

Fue ejecutado en la Cuesta Barriga y años después sus restos fueron exhumados clandestinamente y lanzados al mar frente a San Antonio. Algunos residuos óseos encontrados en el lugar de su muerte fueron entregados a sus familiares el 30 de enero de 1993 y sepultados en el Memorial de los Detenidos Desaparecidos.

5.8. «Juanca», el primer renegado



Carol Flores Castillo

Carol Fedor Flores Castillo tenía 27 años al momento de su detención. Casado, tres hijos, mecánico tornero. Militante de las Juventudes Comunistas y luego colaborador del Comando Conjunto, donde usaba las chapas de «Juan Carlos» o «Juanca». Vinculado políticamente con René Basoa y con Miguel Estay Reyno.

Domiciliado en Los Tulipanes N° 10.285, población Cooperativa, en La Florida, Santiago. El día 13 de agosto de 1974, aproximadamente a las 11:00 horas, un grupo de sujetos vestidos de civil, que no se identificaron, movilizados en una furgoneta y en un auto marca Datsun patente DC 124, color blanco, patente DC 156 de Las Condes, se presentaron en el domicilio del padre del afectado, ubicado en la población El Almendral, en la comuna de San Bernardo. Los agentes, que permanecieron en el inmueble hasta aproximadamente las 17:00 horas, procedieron a detener allí a Carol Fedor Flores Castillo, junto a sus hermanos Boris y Lincoyán, siendo los tres trasladados hasta la AGA, recinto en el que permanecieron en calidad de prisioneros políticos y en el que fueron intensamente torturados, siendo posteriormente liberados.

Primero fue puesto en libertad Lincoyán Flores, quien debió ser internado en el Hospital Psiquiátrico, debido a una crisis de salud mental, tras haber sido víctima de severos apremios físicos y sicológicos en el recinto del AGA. Un mes después fue puesto en libertad Boris Flores Castillo, cuyos familiares pudieron también constatar que presentaba visibles muestras de haber sido flagelado.

Carol Fedor Flores fue liberado el 24 de febrero de 1975, sin que comentara nada de lo ocurrido durante sus más de cinco meses de reclusión en el recinto ya mencionado.

Jeanette Córdova Pérez, cónyuge del afectado, declaró en el año 1981, que Carol Flores luego de ser liberado, prácticamente no se comunicaba con su familia y se veía distante y pensativo. En esa época, agregó, concurrían a buscarlo a su domicilio diversos sujetos, entre ellos, el chofer del automóvil blanco que participó en su detención, uno que se identificaba como «Satín», un tal «Lito», de quien supo posteriormente que se llamaba Guillermo Bratti, un tal «Chirola» el «Otto», el «Lalo», y un sujeto apodado «Wally», cuya identidad conocería

luego y que correspondía a Roberto Fuentes Morrison.

Córdova agregó que cuando concurrían estas personas el afectado salía de inmediato en su compañía, enterándose posteriormente que se dirigían a un edificio ubicado en calle Juan Antonio Ríos. Incluso en una oportunidad, Carol Flores le habría indicado que si necesitaba ubicarlo rápidamente se contactara con un señor de apellido Ceballos.

Asimismo, el afectado comenzó a ausentarse de su hogar más de lo acostumbrado, llegando incluso a faltar por más de dos semanas. Aún más, entre octubre y diciembre de 1975, el afectado indicó a su familia que debían mudarse de inmediato a un inmueble ubicado en la calle Tulipanes N° 10.285 de La Florida.

En tales circunstancias, salió de su domicilio aproximadamente el día 1° de junio de 1976, sin regresar, y sin que su esposa tuviera noticias acerca de su persona.

Sin embargo, otros familiares sí tendrían contacto con Carol Flores después de la fecha indicada. El 10 de junio de 1976, el afectado se encontraba en la oficina de su padre, ubicada en las calles Moneda con Brasil de la capital. Alrededor de las 11:00 horas, Carol Flores recibió allí un llamado telefónico, indicando a su padre que los agentes de la DINA deseaban conversar con él, para solicitarle alguna información. Se retiró del lugar para contactarse con la persona del llamado, y desde entonces permanece desaparecido.

Paralelamente a todos estos acontecimientos, en el círculo de conocidos del afectado y militantes comunistas que habían tenido contacto con él, comenzó a correrse la voz de alerta, de que Carol Flores Castillo estaría colaborando con el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, SIFA.

Por otra parte, declaraciones de ex detenidos por efectivos de la FACH, y de testigos presenciales de las detenciones de personas que permanecen actualmente desaparecidas, como es el caso de Alonso Fernando Gahona Chávez, expresan que entre los agentes que practicaron las mismas se encontraba Carol Flores.

En declaraciones juradas prestadas por Andrés Valenzuela, de fechas 28 de agosto y 10 de octubre de 1984, el testigo relató y entregó los siguientes antecedentes relativos a Carol Fedor Flores Castillo:

Mi primer contacto con Carol Flores se produjo cuando este permaneció en calidad de prisionero en la Academia de Guerra Aérea, en el año 1974, en una de las piezas del subterráneo de dicho recinto, y siendo posteriormente liberado. A principios del tercer trimestre del año 1975, Carol Flores apareció nuevamente en escena, cuando el grupo operaba en el hangar situado en el interior del Aeropuerto Cerrillos. Lo apodábamos el «Juanca», por ser Juan Carlos su nombre de guerra. En esta época, Flores participaba en los interrogatorios de los detenidos, aportando antecedentes, pues conocía a un inmenso número de militantes del Partido Comunista. Precisamente, la aparición del «Juanca» coincidió con la detención de un gran número de militantes comunistas, más o menos en septiembre de 1975.

Carol Flores era un agente más e incluso se le facilitó una casa que había sido requisada al MIR y que quedaba ubicada en la comuna de La Florida. Usaba arma, intercomunicador, iba a nuestras prácticas de tiro y entraba a las reparticiones de la institución como cualquiera de nosotros.

Una circunstancia de excepción y que nos conmovió a todos, ocurrida a mediados del año 1976, fue cuando cayeron detenidos Guillermo Bratti Cornejo, Otto Trujillo y Carol Fedor Flores Castillo, siendo encarcelados en celdas con la vista vendada, interrogados y castigados en el interior del recinto conocido como «La Firma», ubicado en la calle Dieciocho de la capital. Nuestro jefe de operaciones, Roberto Fuentes Morrison, nos comunicó que el arresto se debía a que los tres habían pasado información al Partido Comunista y al MIR, pero esa explicación no nos satisfizo, ya que era normal que quien caía en desgracia era desprestigiado para que lo odiaran.

Otra versión que conocimos de su detención, era que habían entregado información que poseíamos a la DINA, la que efectuó operaciones perjudicando a nuestra agrupación. La DINA, según los dichos de los agentes detenidos, le habría ofrecido más dinero, vehículo y casa. Esto lo declaró Bratti y yo lo escuché en una cinta grabada de su interrogatorio, años después. A los tres los

alejaron de nosotros, y en ese momento se decidió que Bratti fuera dado de baja, y Trujillo y Flores fueron marginados de la institución.

Agregó el ex agente Valenzuela:

Paso a relatar ahora mi experiencia, en relación al Cajón del Maipo. Pocas semanas después de las detenciones de Bratti, Trujillo y Flores, se armó un operativo en el cual debí participar. Me pasó a buscar César Palma Ramírez, «Fifo», a la casa de Bellavista y me dijo que debía acompañarlo. Nos dirigimos al recinto de «La Firma», donde ya se encontraban el teniente de Carabineros Manuel Agustín Muñoz Gamboa, «Lolo», el oficial de la Marina de apellido Guimpert, Roberto Fuentes Morrison y otros agentes de Patria y Libertad. Había una mesa con cosas como para un coctel. Me serví, aun cuando no entendía nada de lo que pasaba. Al terminar, le dijeron al centinela que trajera «el paquete» –se trataba de un detenido–. Para mi sorpresa, trajeron a Bratti esposado, vendado y drogado. Lo metieron en el portamaletas de un auto y partimos en dos vehículos. Recuerdo que antes de salir me dieron una pastilla, la que también tomaron algunos agentes. Yo iba en el auto que conducía Palma, enfilando hacia el Cajón del Maipo. Palma hizo el trayecto con mucha seguridad y pasando un puente por donde atraviesa el río, de izquierda a derecha, dobló a la izquierda por un camino que queda en la ladera oriente. En ese sector se detuvo en un lugar que quedaba como a siete kilómetros adentro y a unos 40 metros de unos acantilados. Bajaron a Bratti vendado, Palma lo colocó cerca de una piedra y le dijo: «¿cómo querís morir?», además quiso hacer un juego macabro con él, ya que le decía: «si querís arrancai y te persigo». Estaba medio curado. Bratti le dijo: «sácame las esposas y la venda». Yo se las tuve que sacar e inmediatamente me mandó al vehículo a buscar cordeles y alambres. Cuando llegué al auto y comenzaba a sacar las cosas de la maletera, sentí una ráfaga de metralleta con silenciador. Al regresar al lugar vi que Palma lo remataba. No vi disparar al resto. Me pidieron que lo amarrara por los pies y en las manos; se le puso piedras de lastre, y me señalaron que lo empujara por los acantilados. Como había arbustos tuve que sacar el cuerpo hacia el vacío, alguien me sujetó de la mano y quedé colgando, llegando a pensar en algún momento que también me iban a matar, pero al final el cadáver de Bratti cayó al agua, y todos regresamos.

A Carol Flores, sé que también lo mataron, pero no puedo recordarme si fue días antes o días después que a Bratti. Palma hizo una alusión a que era el mismo lugar o sector.

Algún tiempo después de estos acontecimientos, el cadáver de Guillermo Bratti Cornejo fue encontrado en Puente Alto, en el sector del Cajón del Maipo, presentando efectivamente sus pies y manos atados con cuerdas y alambre. En cuanto a Carol Flores Castillo, en diciembre de 1985 su esposa reconoce sus restos; había sido ejecutado en el Cajón del Maipo por el Comando Conjunto.

5.9. La batida contra los tipógrafos

José Vicente Toloza Vásquez tenía 31 años a la fecha de su detención. Linotipista, ex dirigente gráfico del Departamento Juvenil de la CUT, casado con Teresa Salazar Cisterna, un hijo póstumo. Usaba la chapa de «Jaime» e integraba el aparato sindical del Partido.



José Toloza Vásquez

Fue detenido el 15 de julio de 1976, cerca de las 21:30 horas, sin testigos, en las inmediaciones del Paradero 2 y medio de la Gran Avenida –posiblemente en calle Milán– por agentes de la DINA que estaban realizando una batida en contra de los militantes comunistas vinculados a la actividad tipográfica, consecuencia de las operaciones en torno a la trampa de la calle Conferencia[9].

Ese día, Toloza salió de su casa a las 16:00 horas, para dirigirse a una de las sedes de la Vicaría de la Zona Sur, ubicada precisamente en calle Milán. Allí participó en una reunión en la que fue visto por varias personas y donde se analizó la forma de prestar un servicio de capacitación laboral para los trabajadores de la zona. El encuentro terminó alrededor de las 21:30 horas, momento en que todos los presentes hicieron abandono del lugar. Un sacerdote que participó en dicha reunión, declaró ante un tribunal que, a la salida –estaba ya oscuro– le llamó la atención ver pasearse frente al local a un individuo con gafas negras y ver un vehículo estacionado con varias personas dentro y en actitud de espera.

Aunque no existen mayores antecedentes de la desaparición del afectado, el hecho se inscribió claramente en los operativos represivos de la DINA dirigida en contra de los comunistas vinculados a la actividad tipográfica. El 29 de abril de ese año ya habían sido detenidos Moisés Mujica Maturana y los miembros de la familia Recabarren. Después de Toloza Vásquez fue detenido Guillermo Albino Martínez Quijón, tipógrafo y dirigente sindical de la Editorial Gabriela Mistral, el 21 de julio; el día 23, Juan Luis Quiñones, linotipista; el 28 de julio, Guillermo Gálvez Rivadeneira, periodista y dirigente sindical de Quimantú. La primera quincena de agosto fueron detenidas otras personas vinculadas a la Imprenta Horizonte, propiedad del Partido Comunista, Oscar Ramos Garrido y Juan Aurelio Villarroel Zárate. Todos, al igual que la víctima, permanecen en calidad de detenidos desaparecidos y varios de ellos fueron vistos recluidos en Villa Grimaldi, desde donde desaparecieron.

5.10. Salvó de la DINA y cayó con el Comando Conjunto



Mariano Turiel Palomera

Mariano León Turiel Palomera tenía 30 años al momento de su detención. Su padre, Mariano Turiel Rodríguez, era propietario de una tintorería industrial; su madre, Angelina Palomera Molina, dueña de casa, y tenía tres hermanas. Estudió en el Liceo N° 7 de Ñuñoa, donde fue un buen alumno, respetuoso y responsable. Luego, viajó a la Unión Soviética y estudió ingeniería hidráulica en la Universidad Patricio Lumumba. De regreso en Chile, militó en una célula comunista de la Dirección de Riego del Ministerio de Obras Públicas y en el Comité Regional Cordillera; luego fue secretario político del Comité Regional Capital y miembro del Comité Central de las JJ.CC., donde integró la Comisión de Control y Cuadros. Le gustaba leer, los paseos al aire libre, ir al cine, al teatro y al estadio a ver fútbol. Sus amigos más cercanos eran Alberto Alicera, Vicente Ríos, Juan Varas y Benito Pascual. Fue también jefe de las carreras técnicas en la UTE. Usaba los nombres políticos de «Rodrigo» y «Carlos». Antes de su detención se vinculaba con dos compañeras a las que conocía como «Wilda» y «Ester».

A partir del 11 de septiembre de 1973, Turiel fue buscado en ocho oportunidades en su trabajo por personal de la FACH, no logrando su objetivo ya que había dejado de laborar ahí. Más tarde fue detenido por la DINA el 21 de octubre de 1975, permaneciendo en Villa Grimaldi, en Tres y Cuatro Álamos hasta el 23 de diciembre, cuando fue dejado en libertad.

Fue nuevamente detenido el 15 de julio de 1976, cerca de las 12:30 horas, en calle Compañía, en el tramo entre Ahumada y Amunátegui, pleno centro de Santiago, por agentes del Comando Conjunto. Esa mañana había salido de su casa junto a su cónyuge, Sonia González, para realizar algunas diligencias. Cerca de las 10:30 horas se separaron en Moneda con Bandera acordando juntarse después del mediodía para almorzar en casa.

Su esposa lo esperó infructuosamente en la casa, Mariano Turiel no volvió jamás ya que, luego de ir al banco y a la tintorería –como ella lo comprobara posteriormente– fue detenido en la vía pública tras haberse reunido brevemente cerca de la Estación Mapocho con una mujer comunista que trabajaba en el

Arzobispado de Santiago y cuya identidad hasta ahora se desconoce.

Después de la desaparición de Mariano Turiel, su esposa recibió el 17 de julio de 1977 una llamada anónima de un hombre que le comunicó que Turiel Palomera se encontraba detenido. Posteriormente, Sonia González fue visitada en diversas oportunidades por dos sujetos que se identificaron como funcionarios de seguridad y que se movilizaban en un Fiat 125 color blanco, sin patente; estos agentes insistieron en todo momento que el afectado debía estar en el extranjero. En una de esas visitas, el 15 de marzo de 1978, insistieron en su versión y para probar que conocían al afectado le proporcionaron a su esposa una completa descripción física de Turiel, incluso hicieron referencia a unas cicatrices que él tenía bajo la ropa, las que sólo era posible reconocer luego de un minucioso examen.

Su esposa lo recuerda como «un hombre que no tenía doble discurso, que amaba la vida, la justicia y la libertad, y para quien su militancia en el PC era la principal razón de su existencia».

5.11. Sindicalista de la Editorial Gabriela Mistral



Guillermo Martínez Guijón

Guillermo Albino Martínez Quijón tenía 68 años al momento de su detención. Tipógrafo jubilado, miembro del Comité Local de la Sexta Comuna. Enfermo del corazón y de los bronquios. Ex secretario del Sindicato Único de la Editorial Gabriela Mistral. Casado con María del Carmen San Martín Reyes, de 72 años.

Fue detenido el 21 de julio de 1976 en su domicilio, en Roberto Espinoza 975, casa 12, a dos cuadras de la avenida Matta en el sector sur del centro de Santiago, en presencia de su esposa, por cinco agentes de la DINA, que lo trasladaron a la Villa Grimaldi, desde donde desapareció.

Ese día, a las cinco de la madrugada, el matrimonio Martínez San Martín fue despertado por fuertes golpes dados en la puerta de calle. La víctima se levantó a abrir vestida sólo con un pijama, un pantalón delgado puesto sobre este y zapatillas. Cinco individuos, que usaban cotonas blancas como de enfermeros, sin identificarse, irrumpieron en el hogar. María del Carmen, al sentir los ruidos, se levantó para ver lo que estaba ocurriendo. En esos momentos, dos agentes la tomaron bruscamente, le propinaron golpes en la cara y abdomen, y procedieron a atarla con vendas, de pies y manos, y a amordazarla. En esas condiciones la lanzaron sobre la cama. Uno de estos individuos era moreno pálido y de unos 30 años de edad.

Cuando ella logró zafarse de sus ataduras, unos 20 minutos después, los agentes ya se habían retirado de la casa llevándose consigo al afectado. Toda la acción se realizó en medio de un gran sigilo –los vecinos no se percataron de lo ocurrido– y en vigencia del toque de queda.

A Guillermo Martínez se le vio en Villa Grimaldi en muy malas condiciones físicas y junto a otros militantes del Partido Comunista detenidos que, al igual que él, son desaparecidos. Isaac Godoy, quien fuera detenido el 20 de agosto de 1976 y llevado a Villa Grimaldi, estuvo en el mismo calabozo con el afectado hacia fines de agosto de 1976. Según el testigo, Martínez se veía muy deprimido, con miedo y enfermo, no quería hablar con nadie, ni siquiera decir su nombre. También estaban en la misma celda Oscar Ramos Vivanco, Pedro Silva Bustos, Eduardo Canteros, Lenin Díaz, Enrique Jeria, Darío Miranda, Jorge Solovera,

Vicente Atencio, Jorge Salgado y Ángel Guerrero. Todos detenidos desaparecidos.

La detención y desaparición de Guillermo Martínez se inscribió en una batida que realizó la DINA en contra de los militantes comunistas vinculados con la actividad tipográfica. En este operativo fueron detenidos, entre otros, José Vicente Tolosa. Casi todos ellos fueron trasladados luego por las brigadas Delfín y Lautaro al cuartel Simón Bolívar, donde fueron asesinados[10].

5.12 El electricista que le escribía discursos a Salvador Allende



Raúl Montoya Vilches

Raúl Gilberto Montoya Vilches tenía 43 años a la fecha de su detención. A los cuatro años sus padres emigraron a la oficina María Elena, cerca de Tocopilla, en el norte de Chile. Su familia era de izquierda. Sus padres –él minero, ella costurera camisera– se separaron cuando era chico. Tuvo una infancia con muchas privaciones. Cuando joven trabajó largo tiempo de garzón. Se casó con Molly Romero Silva; cuatro hijos, Gilberto, Molly, Iván y Doris.

Después de casado estudió electricidad, trabajó en Yarur y en Desco, una empresa constructora, y se hizo militante del Partido Comunista. Durante la Unidad Popular integró la directiva del Sindicato de Electricistas y después pasó a ser encargado de conflictos de la Federación de Maderas y Materiales de la Construcción, FIEMC. En 1973 fue nombrado representante de los trabajadores de la construcción en la Corfo. Además, era una de las personas que elaboraba los discursos sobre temas laborales para el presidente Salvador Allende.

Molly Montoya, una de sus hijas, cuenta:

Mi padre comenzó a militar en el PC cuando trabajó en Manufacturas Yarur, junto con mi madre, mi abuela y una de mis tías. Allí, las diferencias de clases eran marcadas: existían obreros, empleados, administrativos, jefes; había casinos, baños, salas de juegos, turnos, poblaciones, casas, hasta los juguetes que regalaban a los hijos eran diferentes; por supuesto para los obreros eran de menor calidad, los que nosotros recibíamos en Navidad cada año. En el año 1962 los obreros iniciaron una huelga por mejoras laborales y salariales. Mi padre jugó un rol principal, lo que les costó el trabajo a él, a mi abuela y a mi tía; a mi madre la dejaron pues mi hermana menor había nacido hacía poco. Mientras duró la huelga, que fueron algunos meses, la persecución fue muy grande. Mi padre no podía vivir con nosotros en la casa porque era propiedad de los Yarur; se tuvo que ir para que no fuera desalojada toda la familia. Lo veíamos algunas veces en la noche, a mi madre la tenían amenazada: no podía dejar entrar a mi padre a la casa.

A Raúl Montoya le gustaba leer, escuchar tangos y pasear con sus hijos. Los fines de semana cocinaba: hacía postres de frutas con mote, preparaba mayonesa con ajo, conejos escabechados y otros platos. Era muy buen cocinero, recuerdan sus hijos. Otro gusto que tenía era dibujar, hacer planos; diseñó una pérgola que quería hacer en el patio de la casa y una reja que puso en la vivienda de su madre. Disfrutaba haciendo arreglos en maderas y cuando pintaba la casa usaba colores muy diferentes a los tradicionales.

Sus mejores amigos eran Héctor Cuevas Salvador, el conocido dirigente de la construcción; Nicolás López y otros del sindicato eléctrico, de la Federación y del partido. A Montoya le decían «Picho», porque le gustaba vestir bien y siempre andaba impecable, afirma su hija Molly.

Tras el golpe, tuvo que abandonar Corfo, pero siguió como dirigente en la Federación de la Construcción y esporádicamente hacía trabajos eléctricos. Su mayor tiempo lo dedicaba a reorganizar el partido. A veces llevaba a alguno de sus hijos a sus encuentros clandestinos o les pedía a los amigos de ellos que lo siguieran.

Antes de ser detenido, fue abordado en las afueras de la Federación de la Construcción, que en ese tiempo estaba en calle Vergara, por un hombre llamado Otto Trujillo Miranda, que era agente del Comando Conjunto, quien le ofreció –a cambio de dinero– fotos e información de los compañeros comunistas que estaban siendo detenidos y desapareciendo. Montoya accedió, sabiendo que era peligroso. Aquel episodio se los contó Hugo Cuevas Salvador a los hijos del detenido desaparecido.

Raúl Montoya fue detenido por el Comando Conjunto el 21 de julio de 1976. A las 9:00 horas salió de su domicilio en Club Hípico 2851, en la población Alessandri, en San Miguel, a tomar locomoción colectiva. En la esquina de San Joaquín con Club Hípico un auto Peugeot azul frenó a su lado, bajaron tres hombres y una mujer que lo inmovilizaron y lo subieron al vehículo.

La familia se enteró de su detención alrededor de las 14:00 horas de ese día, porque una vecina que fue testigo de los hechos le comunicó a uno de los hijos de la víctima lo ocurrido.

En la revista Análisis, en el número correspondiente del 29 de octubre al 4 de

noviembre de 1985, en la página 18, se publicó un artículo en relación a agentes del Comando Conjunto. Allí se afirma que Héctor Cuevas Salvador, quien fuera presidente de la Confederación de la Construcción, narró a los periodistas autores del artículo que «en julio de 1976, días antes de ser detenido, Raúl Montoya, antiguo amigo personal de Cuevas y también dirigente laboral, le confió que había conversado con un sujeto llamado Otto Trujillo. Al parecer Trujillo deseaba tomar contacto con la dirigencia del Partido Comunista, con el propósito de entregar información de capital importancia en ese momento en que esta agrupación política estaba siendo objeto de una feroz persecución[11].

Montoya le contó a Héctor Cuevas que el informante le exhibió un grueso legajo de fotografías de diferentes detenidos que habían sido asesinados por los servicios de seguridad, con los que él estaba relacionado. Le prometió, además, que estaba en situación de entregar nombres de los principales jefes de los Comandos encargados de la tarea de desarticular las cúpulas dirigentes del Partido Comunista. Y que esa información la entregaría a cambio de una considerable cantidad de dinero.

En la conversación, el ya fallecido dirigente de la construcción narró que él le aconsejó de inmediato a Montoya que, no sólo no volviera a tener contacto alguno con Trujillo, sino que lo mejor que podía hacer era tomar medidas de seguridad, porque corría grave peligro. Trujillo era empleado civil de la FACH y agente del Comando Conjunto.

Molly Montoya, la hija del detenido desaparecido, agrega:

Días antes de ser detenido, mi padre me llamó a su dormitorio y me comentó lo que le iba a pasar, me insistió que estaba en peligro y que podía ser detenido en cualquier momento, pero que no se iba a ir del país ni menos a esconder. Me dijo, más o menos, lo que podrían hacerle si era detenido, lloró mucho… Anotó en un papel de diario el nombre de Otto Trujillo, el que yo debía memorizar para informar luego que él estaba involucrado en su detención, Debía recurrir a su amigo Hugo Cuevas, ir con los curas… me recalcó que debía cuidarme, cuidar a mi madre, a mis hermanos y cuidar la casa… y que lo buscara.

Con el tiempo supe que se vinculó con José Flores Garrido, Nicolás López,

Víctor Díaz, Marta Ugarte. Tengo en la mente una persona que estuvo en mi casa por unos días, era muy parecido a Cesar Cerda. Además, pienso que mi padre estaba vinculado al Comité Regional Sur. Tiene que haber estado conectado con varios de los desaparecidos de este sector, porque generalmente algunos encuentros clandestinos eran en un restaurante ubicado en Carlos Valdovinos con Bascuñán Guerrero, este se llama Hualañé y aún existe; en otras ocasiones mis amigos lo seguían por la avenida Club Hípico hacia el norte, podría ser cerca de Antofagasta o Plaza Yarur.

Mi padre pasó por Villa Grimaldi, pero creo que también estuvo en el cuartel Simón Bolívar, porque trabajó en el Partido muy cerca de Víctor Díaz y Marta Ugarte. Ahí también estuvo el torturador Guillermo Ferrán Martínez, fue uno de los que llegó a mi casa preguntando por mi padre, lo reconocí porque estudiamos juntos en la enseñanza básica y en la media.

Lo recuerdo siempre. Me tenía mucho respeto, siempre me trató bien; exigía que mis hermanos me tuvieran respeto, decía que yo los cuidaba, les preparaba la comida, en fin… Me perdonaba mis caídas o desencuentros. Lo único malo es que no me dejaba pololear, pero nos entendíamos. Cuando se enojaba, sólo bastaba una mirada y lo entendíamos. Jamás nos pegó, jamás hubo una mala palabra, siempre hacía valer su autoridad con ejemplos.

En el año 1975, mi padre salió de Chile con destino Buenos Aires, de ahí a Francia y a otros lugares. Nosotros no sabíamos más detalles. Era una tarea del partido. En Francia se encontró con varios compañeros que estaban exiliados, intercambiaron información y, además, tengo entendido que volvió con una cantidad de dinero que era para el partido. En ese viaje mi padre estuvo en la OIT denunciando los crímenes de la dictadura, me consta porque me pidió que le escondiera dentro de sus ropas la información escrita que llevaba.

Admiro el valor que tuvo para enfrentar lo que venía. Pudo haberse salvado, pero prefirió el infierno. Creo que tenía la convicción de que podía salvarse y tal

vez salvar a más de algún compañero. No lo juzgo ni le critico la convicción que tenía por su partido y la esperanza de que Chile podía salir de ese infierno llamado dictadura. Eso lo llevó a dar su vida y creo que no fue en vano[12].

5.13. Obrero y dirigente deportivo de la construcción



Juan Moraga Garcés

Juan Héctor Moraga Garcés tenía 32 años al momento de su detención. Obrero, casado con Marta Delicia Catalán Navarro, cinco hijos. Domiciliado en calle Luis X N° 1219, población Yugoslavia, Pudahuel. Ex dirigente juvenil de la CUT. Ex secretario de cultura y deportes del Sindicato Profesional de Obreros de la Construcción de Santiago

Moraga fue detenido el 22 de julio de 1976, tras haber participado en un partido de fútbol con trabajadores del Hospital Militar de Santiago, que estaba en construcción. Se separó de sus amigos a las 22:00 horas en avenida Bernardo O'Higgins con Chacabuco y se dirigió a su hogar, donde no llegó ni esa noche ni al día siguiente.

El 24 de julio de 1976 su cónyuge y una vecina, Nora Guarda Guarda, hicieron averiguaciones en la Tenencia Franklin Delano Roosevelt, de la población Roosevelt, en la comuna de Pudahuel, próxima al domicilio del afectado. Allí, Carabineros, después de consultar el libro correspondiente, les informó que Juan Héctor Moraga Garcés había sido detenido por embriaguez el jueves 22 de julio y había sido conducido a la sección Capitán Yaber, unidad encargada de esas detenciones. Allí, sin embargo, les dijeron que Moraga no estaba detenido ni nunca había ingresado a ese recinto.

Isaac Godoy Castillo, quien permaneció detenido en Villa Grimaldi entre el 20 de agosto y el 26 de agosto de 1976 declaró haber visto detenidos allí a Darío Miranda, Jorge Solovera y otros. Mencionó también haber escuchado que un detenido de apellido Moraga estaba junto a Vicente Atencio Cortés, detenido el 11 de agosto de 1976, cuyos restos se encontraron en Colina en 1990, en un predio del Ejército.

Darío Miranda, Jorge Solovera y Juan Moraga, los tres comunistas, eran dirigentes sindicales que trabajaban en el frente cultural y deportivo del movimiento gremial, y que desaparecieron casi simultáneamente.

5.14. La persecución al equipo de finanzas

A fines de mayo de 1976 los agentes de la DINA trataban desesperadamente de identificar y atrapar a los integrantes del equipo de finanzas del Partido. Manuel Contreras, en particular, deseaba apoderarse de los fondos que llegaban del exterior, que suponía muy cuantiosos.

En una de las operaciones, el día 22 de julio, capturaron a los hermanos Julio y Eduardo Budnik, uno de los cuales colaboraba en esas materias con el Partido. Uno de ellos entregó información suficiente como para desatar aún más los apetitos de los escuadrones represivos, convencidos de que Víctor Canteros era el encargado de las finanzas. No obstante no pudieron capturar a su presa, pero sí lo hicieron con dos de sus familiares más cercanos.

Eduardo Canteros Prado tenía 48 años a la fecha de su desaparición. Casado con María Enolfa Gormaz Vera, cinco hijos y otros cinco de un matrimonio anterior, constructor civil, ex ejecutivo de Corhabit, domiciliado en Panamá Nº 8807, La Florida.

Eduardo Canteros Prado y Clara Canteros Torres

Fue detenido el día 23 de julio de 1976, alrededor de las 21:40 horas, en la vía pública, frente a su domicilio ubicado en calle Panamá Nº 8807, en la comuna La Florida, en los momentos en que regresaba a su hogar después de su jornada laboral. Prácticamente en las afueras de su domicilio, fue llamado por los ocupantes de un automóvil de color azul que se encontraba estacionado en la calzada, quienes resultaron ser agentes de la DINA los que procedieron a su aprehensión, introduciéndolo en uno de los tres vehículos en que se movilizaban.

Testigos presenciales de la detención fueron Jorge Antonio Muñoz Muñoz, sobrino político; José Desiderio Muñoz Muñoz, hermano del anterior y María Enolfa Gormaz Vera, cónyuge de Eduardo Canteros. Todos ellos pudieron

apreciar las circunstancias de la detención. Incluso los hermanos Muñoz establecieron un breve diálogo con Eduardo, previo a su aprehensión. Entre tanto, María Gormaz, minutos antes a la detención de su esposo, recibió en su hogar la visita de uno de los agentes, quien solicitó hablar con él bajo el pretexto de un supuesto accidente que habría sufrido su sobrina Clara Elena Canteros Torres, la que también fue detenida ese mismo día, y quien, al igual que su tío Eduardo figura como detenida desaparecida.

En el operativo participaron tres vehículos: un automóvil azul, en el que introdujeron a Eduardo Canteros, un taxi y un automóvil grande de color rojo.

Desde ese lugar, los aprehensores trasladaron al detenido a Villa Grimaldi, donde fue recluido y torturado. Allí, Eduardo Canteros Prado fue visto por Isaac Godoy Castillo, quien declaró que el día 26 de agosto de 1976, encontrándose recluido en Villa Grimaldi, pudo ver a Eduardo Canteros; éste formaba parte de un grupo de detenidos, entre los que recuerda a Pedro Silva Bustos, Lenin Díaz Silva, Darío Miranda Godoy y Jorge Solovera Gallardo, cuando los devolvían a sus respectivas celdas, después de haber aseado el lugar. Todos ellos permanecen hasta la fecha en calidad de detenidos desaparecidos.

Sin embargo, el 21 de marzo de 1990, mientras se realizan trabajos de excavación en terrenos del Fundo Las Tórtolas de Colina, que hasta el año 1980 había pertenecido al Ejército, fueron encontrados en dos fosas clandestinas los restos de tres personas, correspondiendo uno a Eduardo Canteros Prado. Otro de los restos pertenecía al ex parlamentario y miembro del Comité Central del Partido Comunista, Vicente Atencio Cortés, detenido el 11 de agosto de 1976 y quien fue visto por testigos en el recinto de la DINA de Villa Grimaldi.

Clara Elena Canteros Torres, la sobrina de Eduardo Canteros, tenía 21 años a la fecha de su detención. Casada, dos hijas, ex alumna de Ingeniería Química en la Universidad de Chile, empleada laboratorista. Militante de las Juventudes Comunistas, trabajaba en un lavaseco que pertenecía al PC y colaboraba con su padre, Víctor Canteros, con Crifé Cid y con Julio Irazzoky en el equipo de finanzas del Partido.

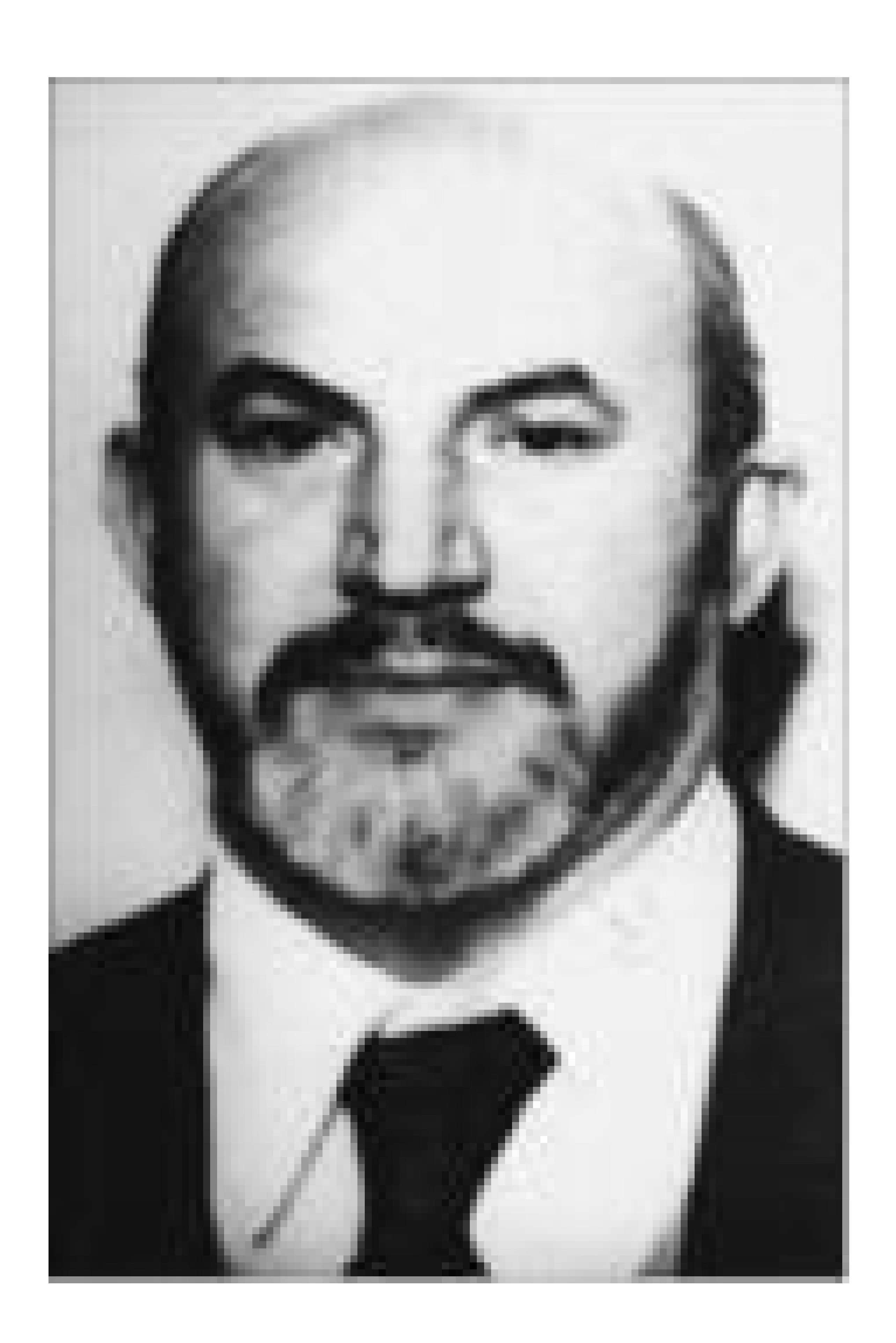
Fue detenida por agentes de la DINA el 23 de julio de 1976, alrededor de las 20:00 horas, en la vía pública, cerca de su domicilio, al bajarse de un bus de la locomoción colectiva en la intersección de las calles Panamá con Rojas Magallanes, en La Florida. Ese mismo día, en el mismo sector, horas después,

fue detenido su tío Eduardo Canteros Prado.

Antecedentes de que Clara Canteros estuvo recluida en Villa Grimaldi los entregó la ex detenida Rosa Elsa Leiva Muñoz, en declaración jurada del 18 de julio de 1991, donde relató que fue detenida por la DINA el 20 de agosto de 1976 y conducida a Villa Grimaldi. Al día siguiente de estar allí, vio a Marta Ugarte Román, quien días después le contó que el día que ella había llegado a ese recinto, iban sacando a tres detenidos: Clara Canteros, Oscar Ramos y Mario Juica.

Rosa Leiva conocía a la familia Canteros, ya que había sido secretaria del ex parlamentario Manuel Canteros, tío de Clara Elena.

5.15. Un arquitecto que dejó sus huellas en Concepción



Alejandro Rodríguez Urzúa

Alejandro Rodríguez Urzúa tenía 49 años a la fecha de su detención. Arquitecto, ex presidente del Colegio de Arquitectos, ex vicepresidente de la Corhabit durante la Unidad Popular, ex regidor de Concepción. Casado con Carmen Whipple Ascui, cinco hijos, afectado por la enfermedad de Forestier, un mal de carácter degenerativo. Domiciliado en calle Ibiza 5680, en Vitacura.

Terminó la educación secundaria en el año 1944 con el premio «Rosenblitt» al mejor egresado del Liceo Amunátegui. El año 1950 se casó con Carmen Whipple Ascui con la que tuvieron inicialmente tres hijos: Paz Alejandra, María Soledad y Pablo, actualmente médicos cirujanos. El el año 1953 obtuvo su título de Arquitecto con distinción unánime en la Universidad de Chile. Profesor de las Escuelas de Arquitectura de la Universidad de Chile y de la sede Concepción de la Universidad Técnica del Estado, unidad esta última que él contribuyó a crear. Arquitecto de la Dirección de Planeamiento del Ministerio de Obras Públicas y del Departamento de Edificación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile.

En 1958 se radicó junto con su familia en Concepción, naciendo sus otros dos hijos, Gonzalo y Marcelo, hoy arquitectos.

Director de Obras de Lota y Coronel y Asesor Urbanista de la Municipalidad de Coronel. Delegado del Ministerio de la Vivienda en las provincias de Ñuble, Concepción, Arauco y Biobío.

Fue presidente del Colegio de Arquitectos de Concepción entre 1966 y 1970.

Su obra arquitectónica destaca en todos los rubros: edificios educacionales, institucionales, vivienda social, industrias, hoteles, planos reguladores, residencias particulares y galerías comerciales. Ganó numerosos concursos, entre ellos el del Edificio Casa del Arte de la Universidad de Concepción, en el 1962; el Conjunto habitacional de Lota Corvi, en 1966; Edificio Manzana Catedral de Concepción, en 1968.

El 27 de junio de 1976, salió a las 17:15 horas de su oficina de calle Mallinkrodt

70, en el barrio Bellavista de Santiago, en dirección a la oficina de los ingenieros Carlos Sandor y Enrique Schlessinger, ubicada en Agustinas, entre Estado y San Antonio, para retirar unos planos de cálculo. Rodríguez hizo el trayecto en su automóvil Chevy, color celeste, modelo del año 70, patente DY821 de Las Condes. Sin embargo no llegó a la cita mencionada. Tampoco concurrió a la Empresa Constructora Musalem, donde debía ir más tarde. Su oficina había sido vigilada desde el 23 de ese mes por dos sujetos que se movilizaban en un Ford Falcon de color rojo y techo negro.

Le decían «el Burro Rodríguez» y fue miembro del equipo de profesionales desde 1974, con Iván Insunza, Carlos Godoy y Daniel Palma, entre otros. Su trabajo se orientaba a reorganizar a los profesores y empleados universitarios, a los profesionales y compañeros de la cultura, lo que era una labor muy abierta y riesgosa

Su cónyuge, Carmen Whipple, al percatarse de que su marido no regresaba al hogar como era su costumbre diaria, se dirigió hasta la oficina con el objeto de averiguar qué podría haber sucedido. Allí llegó cerca de las 23:30 horas. Al entrar pudo observar que todo el lugar estaba desordenado, con claras evidencias de que había sido registrado minuciosamente, a la vez que encontró destruidos numerosos objetos y muebles. También habían robado cheques, dinero, carpetas, documentos personales y la libreta de teléfonos de Alejandro Rodríguez[13].

Unos 15 días después del desaparecimiento de Alejandro Rodríguez, su esposa fue informada por un vecino, relacionado con personal de Carabineros, que su marido estaba vivo y se encontraba en Cuatro Álamos. En junio de 1977, el uniformado quiso informar directamente a Carmen Whipple. Ella se reunió con el capitán de Carabineros Voltaire Opazo Ibáñez de la Sexta Comisaría, quien le confirmó la información entregada, añadiendo que había visto su auto hasta diciembre de 1976 y que luego no supo nada más ya que habían desmantelado el recinto de Cuatro Álamos. Además, el oficial le señaló que los cargos en contra de su marido no eran tan graves, pero que dado que aún no había sido liberado, él la contactaría con otra persona, el capitán de Carabineros Rubén Aracena González, quien recibió a la mujer en el edificio Diego Portales, oficina 1002, el 2 de agosto de 1977. En la reunión, el uniformado, en un tenso diálogo, le comunicó que su función era mantener informado al presidente de la república de todos los antecedentes relativos a detenidos políticos, ya que él contaba con toda la información al respecto. Finalmente le dio a entender que su marido podría estar vivo, ya que él sabía incluso cuando un prisionero «dejaba de

existir». Luego de la entrevista, que duró una hora, Carmen Whipple fue donde el capitán Opazo y le solicitó que le dijera al capitán Aracena que él había visto a su marido en Cuatro Álamos, ante esto él se rió y le dijo: «Si él lo sabe tan bien como yo, pues a su marido lo vimos juntos, ya que ambos trabajábamos en Cuatro Álamos».

Alejandro Rodríguez también fue visto en Villa Grimaldi por el ex mirista Emilio Iribarren Ledermann, quien por esos días colaboraba con la DINA. Su automóvil, en tanto, fue encontrado en la Colonia Dignidad.

5.16. Uno de los dirigentes de la Autodefensa



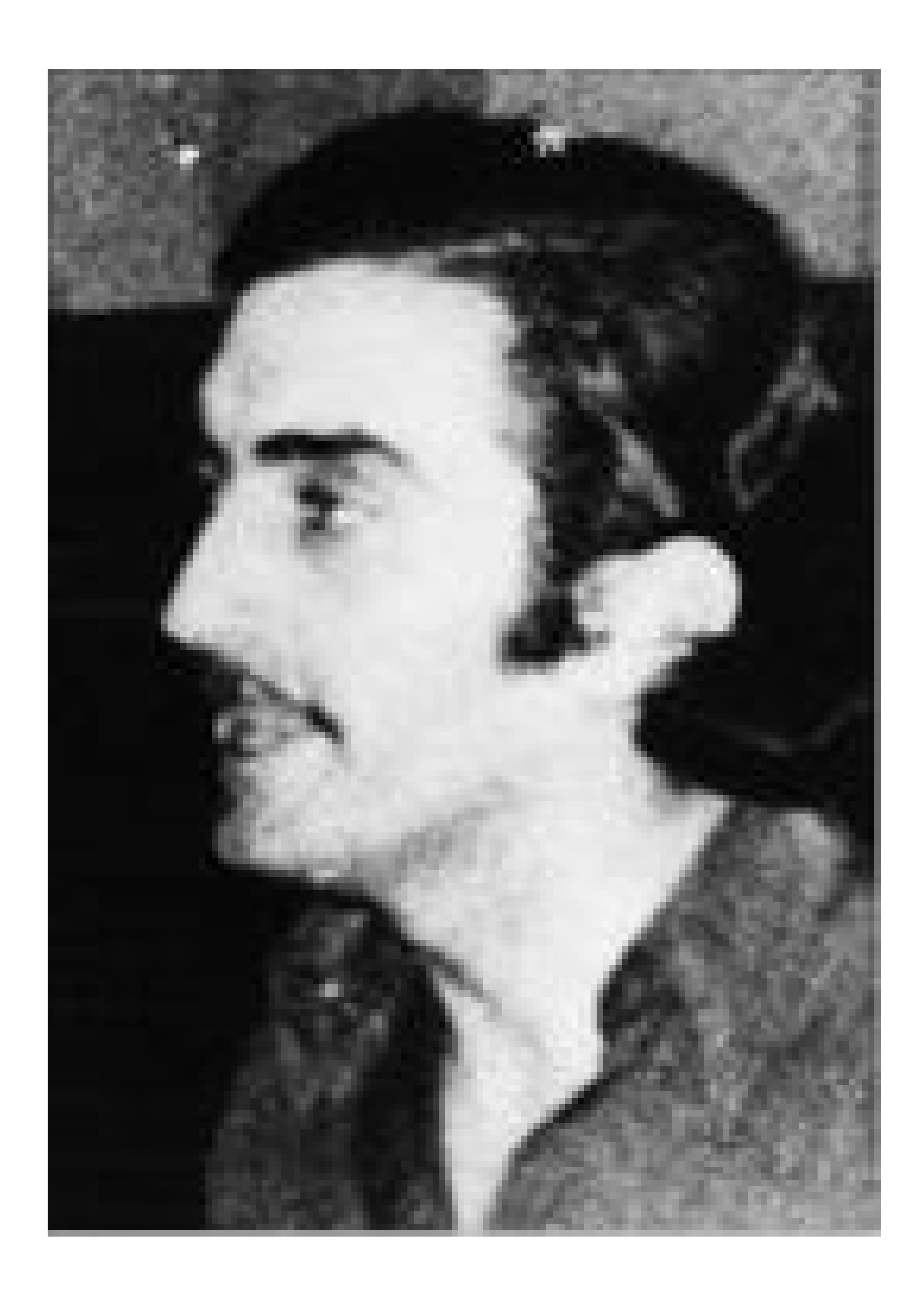
Juan Luis Quiñones Ibaceta

Juan Luis Quiñones Ibaceta tenía 31 años al momento de su detención. Casado con Ana Rebeca Núñez, dos hijos. Linotipista, ex dirigente estudiantil en la Escuela de Psicología de la Universidad de Chile, karateca. Vivía en Carmen 2572, Pasaje C, Población Navarrete, San Miguel, en Santiago. Había sido dirigente de Autodefensa de las JJ.CC., desde donde fue reclutado para formar parte del aparato de inteligencia del PC. Desde principios de 1976 estuvo descolgado y oculto, luego del golpe masivo propinado por el Comando Conjunto a su frente de trabajo[14].

Vinculado políticamente con varios compañeros del Partido relacionados a la actividad tipográfica, era intensamente buscado y en cuatro ocasiones agentes de seguridad se presentaron en su domicilio sin encontrarlo.

En los días previos a su desaparición estableció contacto con Miguel Estay Reyno, «el Fanta», quien le ofreció ayudarlo a salir del país. Se concertaron para reunirse el 23 de julio en Balmaceda con el Puente Bulnes. Quiñones fue detenido ese día, alrededor de las 13:00 horas en calle Balmaceda de la capital, entre los puentes Manuel Rodríguez y Bulnes, por agentes del Comando Conjunto, quienes lo subieron a un vehículo y lo trasladaron con destino desconocido; desde esa fecha se ignora su paradero. Ante el tribunal, Ana Rebeca Núñez –cónyuge de la víctima– señaló que los agentes actuaron en la vía pública con el propósito de que no hubiera testigo de los hechos. Sin embargo, ese objetivo no se logró por cuanto hubo testigos quienes informaron de lo acontecido, pero, por razones de seguridad, no quisieron identificarse.

5.17. El mejor bailarín de cueca del país en 1968



Juan Gianelli Company

Juan Antonio Gianelli Company tenía 29 años a la fecha de su detención. Profesor básico en la Escuela de Niñas Nº 24, de San Miguel. Su padre, Eduardo, era obrero linotipista de la empresa editora Zig-Zag; la madre, Herminda, dueña de casa; seis hermanos. Su infancia la vivió en el barrio Lo Ovalle oriente, en La Cisterna, donde hoy se ubica la estación Lo Ovalle del Metro. Su chapa era «el profe».

Sus estudios primarios los hizo en la Ciudad del Niño Presidente Juan Antonio Ríos Morales. La enseñanza secundaria la cursó en la Escuela Normal Particular Domingo Faustino Sarmiento, cerrada en la década de los setenta por ser un centro formador de maestros inspirados en la teoría marxista de la educación. Sus alumnos fueron reubicados en la Escuela Normal Superior Profesor José A. Núñez. El director de entonces, Jorge Palma Donoso, lo amedrentó apenas llegó: «mire jovencito, las puertas de la escuela son muy angostas para ustedes, los que vienen de la Sarmiento, y muy anchas para que se vayan».

Juan Antonio fue siempre una persona llena de inquietudes, planes y proyectos; deportista y bailarín folclórico, participaba en el Conjunto de Danzas y Bailes de Chile que dirigía Héctor Pavez. En 1966 se tituló de profesor de educación primaria; sus estudios de postgrado fueron truncados por el golpe militar.

En 1968 fue elegido el mejor bailarín de cueca del país y, junto a la profesora Nelly Pavez, integraron la embajada cultural que viajó a la URSS al cincuentenario de la Revolución rusa. Bailó en el Kremlin, en el Palacio de Invierno, en Milán, Madrid y otras ciudades de Europa.

Le gustaba la artesanía manual, en especial la técnica del papel recortado, aprendida de su amigo y colega Alberto Cruells. Sus mejores amigos eran un profesor normalista al que le decían el «Chico» Mondaca y su colega Nelson Alvear, del Politécnico de Menores en San Bernardo.

Se casó en 1969 con la profesora Anita Altamirano Aravena y fue padre de Antón Simón y My-Lai Melina.

Desde el mismo 27 de septiembre de 1973, día en que salió nuevamente a las calles y retomó sus actividades profesionales, gremiales y políticas, se dedicó a trabajar en la reorganización del Partido. Más tarde se abocó a censar a los dirigentes del magisterio que estaban activos y ayudó a proteger a los profesores que tenían que salir del país, asilarse o pasar a la clandestinidad.

Fue dirigente nacional de la Unión de Profesores de Chile, consejero nacional de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas; dirigente nacional de la CUT; dirigente nacional de la Agrupación de Profesores Experimentales, APEX; y, en 1972, fue dirigente nacional del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación, SUTE.

Junto a otros dirigentes sindicales, varios de ellos detenidos y hechos desaparecer en 1976, como Nicolás López, Darío Miranda, Jorge Solovera y Raúl Montoya, bajo el alero de la Iglesia católica se dedicó de lleno a impulsar la reorganización del movimiento sindical.

Su esposa Anita Altamirano lo recuerda: «Era un hombre simpático, buenmozo y entretenido. Muy talentoso para su poca edad; gran conductor y aglutinador de personas».

Gianelli estaba vinculado políticamente con Juan Orellana y Luis Emilio Maturana, dirigentes del frente sindical de la Jota; pero, en primer lugar, era dirigente del aparato sindical del Partido, con muchas responsabilidades después de los sucesos de Conferencia. El Comando Conjunto creyó que estaba capturando a un grupo específico y estaba vigilando a los muchachos de la Jota, aunque Orellana y Maturana fueron detenidos el 8 de junio[15].

Buscado intensamente por los organismos represivos, Gianelli le contó a su esposa el temor de ser aprehendido poco antes de salir hacia su trabajo, el mismo día que desapareció, el 26 de julio de 1976.

Cerca de las 13:30 horas, al llegar a la Escuela N° 24 de Independencia, donde ejercía como profesor, lo esperaban agentes del Comando Conjunto quienes, luego de apresarlo, lo llevaron al cuartel secreto conocido como La Firma.

El ex agente Andrés Valenzuela fue testigo de su reclusión y declaró que frente a la celda de Gianelli estaban sus amigos Orellana y Maturana, quienes fueron sacados y conducidos a la cuesta Barriga, donde fueron asesinados. Según Valenzuela, Gianelli también fue ejecutado en ese mismo lugar poco tiempo

después.

5.18. Director de la revista Hechos Mundiales



Guillermo Gálvez Rivadeneira

Guillermo Gálvez Rivadeneira tenía 49 años a la fecha de su detención. Periodista, viudo, cinco hijos. Ex presidente del Sindicato Único de la Editorial Quimantú, ex director de la revista Hechos mundiales.

Lucía Gálvez, una de sus hijas, recuerda:

Mi padre estaba sin trabajo cuando mi mamá –«la Gringa»– murió de un derrame cerebral en La Serena, en marzo de 1976. Yo tenía 20 años, había dejado la universidad por falta de recursos. Venían los preparativos del Primero de mayo y sabía a mi padre muy ocupado. Un día le pregunté :«¿por qué estás triste?», y me respondió: «Hija, entre menos sepa, mejor para usted». Le dije de nuevo: «estás preocupado». «Muchos de mis amigos ya no están, cada vez van quedando menos», me respondió. «Nunca he pensado en irme del país. Pero de irme, tendría que unificar a la familia. Nunca me iría sin todos mis hijos», agregó. Fue padre soltero y tenía una hija casada, Gladys Amada, con una hijita de un año, así que ya era abuelo; nosotros éramos tres: Guillermo, Alfredo y yo.

Mi papá tenía una nueva señora, con dos hijos pequeños, María Teresa y Patricio. Pero los hijos de «la Gringa» resistieron todas las presiones familiares para seguir viviendo juntos. Los tres hermanos decidimos no separarnos, porque la familia de mi madre quería repartirnos en distintas casas. En ese tiempo, mi papá pasaba un día con nosotros y un día afuera. El día de su desaparición, me anunció que necesitaba un remedio y que pasaría la noche con nosotros. Siempre cumplía su palabra. Me dijo: «Voy al Círculo de Periodistas a hablar con la doctora para conseguirme un remedio y me iré después». Dieron las nueve, las diez, las once, las doce de la noche… y no llegó.

Al otro día, llamé a un lugar donde podía dejarle recados o recibir los suyos:

«No, no está, no ha venido». Fui a una oficina donde podían tener noticias: «Lo ha llamado mucha gente, pero no lo hemos visto». Llamé a la casa de su madre. Se asustó. Uno de sus hermanos llamó desde Alemania. Al fin, sus hermanas Mireya y Gladys denunciaron su desaparición en la Vicaría, luego de recorrer hospitales y postas. Mi papá tenía muchos primos militares por parte de su madre, todos oficiales, como Gustavo Abarzúa Rivadeneira y el contador Rivadeneira. Sufrí mucho cuando algún pariente sugirió que nos había dejado para irse con otra mujer.

Recuerdo cómo le encantaba la ópera. Cuando chicos, nos contaba cuentos con el argumento de una ópera que después escuchábamos. Mi abuelita materna era inglesa y él disfrutaba mucho hablando con ella en inglés. Le gustaba mucho escribir. Había terminado unos libros, novelas; no supimos dónde quedaron. Su hobby era la carpintería. Él mismo se hizo su banco muy completo para trabajar y a nosotros, mesas y bancos.

Muy amante de todos sus niños, no hacía diferencias con ninguno. Compartí con él. Me llevaba a ver a los Beatles en El submarino amarillo. Con mis hermanos jugaba al trompo y encumbraba volantines. Era alegre, sociable. Cantaba tangos en las reuniones familiares. Le gustaba cocinar los domingos: se ponía un delantal, se hacía un gorro cocinero de papel y preparaba un estofado y una ensalada chilena.

En casa siempre se conversaba y se discutía, todos teníamos derecho a voz y voto. No nos metía ideas, pero nos enseñaba con el ejemplo y nos hacía ver cosas. Una vez, compró hartos juguetes y yo me enfadé cuando supe que no eran para mí, pero me llevó donde unos niños muy pobres y le ayudé a repartirlos.

Su desaparición no me convencía. Inventé un padre fantasma y cuando me invitaban amigos o pretendientes, decía: «No puedo, me está esperando mi papá». O bien: «No puedo salir, porque mi papá está en la casa». Hasta le inventé otra profesión. Cuando me preguntaban a qué se dedicaba, decía: «Él es

escritor».

El periodista Jorge Babarovic, camarada de su cofradía, ex vicepresidente, en 1996, de la Asociación Nacional de la Prensa, conocía muy bien a Guillermo Gálvez:

Solíamos encontrarnos todos los 14 de julio, día de la Revolución francesa, para recordar a un amigo fallecido, el periodista Mario Vargas Rosas. En 1976 Gálvez acudió por última vez a la reunión anual de nuestra cofradía, unida por el recuerdo de un amigo de gran calidad humana e integrada en su mayoría por periodistas de la vieja guardia: Reinaldo Lomboy, el autor de la novela Ranquil; el dibujante Carlos Ruiz, el periodista Hugo Cabezas, radical y masón que en la dictadura sufriría la desaparición de un hijo; Juan Lenin Araya, Fernando Opazo, Mario Mercado, Franklin Quevedo, Raúl Iturra Falcka y otros.

Nuestra peña sobrevivió a todos los sectarismos. Disfrutaba la tertulia en los bares Ciro's y La Unión Chica. Existía la más absoluta confianza, grande fue nuestra amistad, pero poco hablábamos de nuestra vida privada. En los comienzos de la dictadura, Franklin estuvo preso en Chacabuco, salió del país y ya no estaba. Mucho nos afectó la desaparición del hijo de Cabezas, quien –antes de la tragedia– visitó al abogado Jorge Ovalle para consultarle la conveniencia de sacar al joven del país, pero este le dijo: «No te preocupes, a tu híjo no le va a pasar nada». El muchacho desapareció para siempre… En julio de 1976, ocasión en que nos reunimos con Jaime Atria, Gálvez me confidenció que lo estaban siguiendo y que se sentía preocupado.

Conocí a Guillermo en La Voz del Sur, radio que dirigí en Punta Arenas. Recuerdo que José Miguel Varas me entregó el cargo cuando se fue a Praga. Guillermo, quien llegó a la ciudad austral en la década de los 60, era un gran periodista. Nuestro equipo -también estaban Antonio Benedicto y Fernando Reyes Matta- hacía un periodismo nuevo para Magallanes, a través del programa Impactos. Después del golpe, cuando Gálvez quedó cesante, desde Santiago hizo

pitutos magazinescos para La Prensa Austral. Además, editábamos un horóscopo anual, un libraco grueso que hizo Guillermo y que Hugo Cabezas vendía en los quioscos.

Gálvez fue también director de Hechos mundiales, exitosa revista de temas históricos y culturales, donde sucedió a Edwin Harrington cuando la revista, que era de Zig-Zag y se llamaba Sucesos, pasó a ser editada por Quimantú. Poco antes de su desaparición Gálvez comentó a su familia que varios ex trabajadores de Quimantú –casi todos comunistas– habían sido detenidos y que les preguntaban por él en los interrogatorios.

El 28 de julio de 1976, cerca de las 21:00 horas, Gálvez departió en La Taberna, el bar ubicado en el subterráneo del edificio del Círculo de Periodistas, en Amunategui al llegar a Alameda, a una cuadra del palacio de La Moneda, con dos sujetos que se presentaron como periodistas de Rancagua.

Heriberto Carrasco, «Carrasquito», el mozo que lo atendió esa noche, relató que los dos individuos se tomaron con Gálvez unos tragos y luego salieron tranquilamente del recinto. Probablemente, a la salida lo emboscaron y lo metieron a un vehículo o al local que la Inteligencia de la FACH tenía en el pasaje Nueva Amunategui, que hoy no existe, frente al edificio del Círculo.

Quienes trataban a Gálvez en La Taberna lo recuerdan como un hombre serio y discreto. Se abstenía de emitir opiniones, comentar chismes y comentar la situación que vivía el país. Años después, el Colegio de Periodistas investigó el origen de los dos sujetos que acompañaron esa noche a Gálvez. No eran amigos, ni menos periodistas. Con quienes estuvo, forzosamente fueron los verdugos que lo llevaron a su muerte.

La periodista Lidia Baltra conoció a Guillermo Gálvez en Quimantú, en la época de la Unidad Popular:

Gálvez presidía el Comité de Unidad Popular (CUP) y yo era encargada de la Izquierda Cristiana en la empresa. Era gordito, de mediana estatura, ojos cafés grandes y una mirada bondadosa y tranquila. Se le conocía como una persona trabajadora y seria.

Aquella mañana del 11 de septiembre, llegué a la empresa a la hora que se pudo luego de escuchar por la radio lo que estaba aconteciendo. Ese día, Guillermo recorrió las dependencias de la empresa ordenando que todos permaneciéramos en nuestros puestos. Pasaban las horas y lo único que hacíamos era escuchar la radio, censurada e intervenida por los militares, mientras la amenaza de bombardeo se cernía sobre La Moneda. Mi marido, Claudio Verdugo, volvió por mí en cuanto pudo. Cerca del mediodía bajé a la calle, donde me esperaba, y le dije con voz firme: «Hay que quedarse». Con gesto grave, me respondió que también se sumaría y reingresamos juntos a la empresa.

Gálvez estaba en las oficinas de Documentación, repitiendo las últimas instrucciones de la CUT: todos debíamos permanecer en nuestros puestos de trabajo. Claudio preguntó: «¿Con qué contamos para defendemos, compañero?»– Gálvez lo miró sorprendido y, luego de vacilar un poco, le respondió secamente: «Con nada, pues, compañero».

Pasaron los años y un día de 1976 me tropecé en la calle con un ex compañero de Quimantú, Jimmy Smith, dibujante y diseñador gráfico ya fallecido. En el ritual del intercambio de información que hacíamos en cuanto nos encontrábamos con algún amigo, Jimmy me dijo que sabía de buena fuente que la DINA buscaba a Gálvez, obviamente para detenerlo. Como nos enteramos que en esos días descansaba en las cabañas del Círculo en El Tabo, llegamos hasta allá una noche para avisarle. Lo encontramos muy tranquilo, departiendo con un colega que no conocíamos. Cuando le explicamos lo que sabíamos, con su tranquilidad habitual se encogió de hombros, dijo que no se ocultaría ni se iría, y que si lo detenían, lo detenían. Esta fue la última vez que lo vi.

Claudio se lo topó con Gálvez días después en el Café Do Brasil de Bandera y Huérfanos, cerca de los Tribunales. Estaba acodado en el mesón, aparentemente solo. Al comprar su vale para el café, Claudio lo saludó de lejos, moviendo la cabeza y sonriéndole, pero Guillermo lo traspasó con la mirada, sin hacer el menor gesto. De inmediato, Claudio comprendió que lo tenían detenido y, como

solían hacerlo, lo paseaban para que reconociera a sus camaradas. Mi marido sorbió su café rápidamente, sin mirarlo, y salió desesperado por contar lo que había visto a quien pudiera hacer algo.

5.19. Hijo y nieto de comunistas



Nicomedes Toro Bravo

Nicomedes Segundo Toro Bravo nació en Chuquicamata el 15 de enero de 1945. Tenía 31 años a la fecha de su detención. Obrero de la construcción. Miembro del Comité Regional San Miguel, donde trabajaba en propaganda. Ex integrante de la Brigada Ramona Parra. Vinculado políticamente con Benito Pascual. Domiciliado en Silva 636A, Villa Pintor Cicarelli, San Miguel, en Santiago. Su padre, Nicomedes Toro Vásquez, era corresponsal del diario El Siglo y de la revista Vistazo; su madre, dueña de casa. Tenía siete hermanos, todos muy cercanos al Partido.

El mismo año de su nacimiento, su padre fue encarcelado durante un año en el campo de concentración de Pisagua, en la recordada represión de Gabriel González Videla. En 1950, la familia emigró a Santiago. Nicomedes, el primero, influenciado profundamente por su padre –Abraham–, manifestó su simpatía por el PC desde los nueve años de edad, intensificando su participación en el mismo hasta llegar a ser secretario de organización del Regional Sur.

Nicomedes Segundo cursó la preparatoria en el Liceo Santo Tomás de Aquino, en la comuna de Recoleta. Sus humanidades las realizó en el Liceo Industrial de Huachipato, en la comuna de Coronel, actual región del Biobío. Desde pequeño fue un niño introvertido. Siempre colaboró con los quehaceres del hogar y se mostraba muy apegado a su madre. Sus hermanas mayores lo recuerdan como una persona humilde y respetuosa de sus padres, y que se destacaba por su gran amor a la lectura y por la confección de pequeñas esculturas y figuritas de alambres de cobre. Practicó natación, llegando a ser salvavidas en las playas de Coronel y en la piscina municipal de La Granja, en Santiago. Ya a la edad de 12 años Nicomedes comenzó a acompañar a su padre a las reuniones y asambleas que realizaba el Partido. En plena adolescencia, a los 16 años, ingresó a las Juventudes Comunistas. A los 18 años fue bombero en Coronel y luego en Santiago.

Si bien al comienzo de la Unidad Popular se desempeñó como obrero de la construcción, a fines de 1972 fue nombrado por el Partido Comunista interventor de una panadería de calle Lira, en Santiago. A su vez, paralelamente formó parte

de la Brigada Ramona Parra, siendo uno de los brigadistas que durante 1971 trabajaron junto al pintor Roberto Matta en la realización del mural «El Primer Gol del Pueblo Chileno», obra ubicada en la antigua piscina municipal de La Granja y que luego de un largo proceso de restauración fue reinaugurada en 2008.

Sus amigos más cercanos se encontraban en la Jota, entre ellos: Carlos Cuevas, Luis Canales, Carlos Mallea –los tres asesinados después del Golpe de 1973–, Benito Pascual, Ana García y Lina Benítez. Su última y más significativa pareja fue Angélica Rojas, enfermera del Hospital Barros Luco y también militante del PC, con quien no alcanzó a tener hijos.

Nicomedes Segundo fue detenido por primera vez el día 11 de mayo de 1974, por más de siete agentes de la Policía de Investigaciones. Regresó cinco días después a su hogar, con visibles muestras de haber sido víctima de apremios ilegítimos.

El 4 de septiembre de 1975, alrededor de las 04:30 horas, llegaron a su domicilio unos diez hombres de civil con sus rostros pintados de negro, gorros de color oscuro del tipo «pasamontañas», fuertemente armados con ametralladoras, y se movilizaban en dos vehículos, un Fiat 125 y una Citroneta AK6. Ordenaron a gritos a los vecinos que cerraran las ventanas y apagaran las luces. Hicieron varios disparos al aire y luego procedieron a romper los vidrios de las ventanas del domicilio de Toro, ingresando violentamente al inmueble y deteniendo al afectado. De esta manera, detuvieron a Nicomedes Toro y a su madre, Delfina Bravo, manteniéndolos en calidad de rehenes, pues el propósito era obtener la detención del padre del afectado, Nicomedes Toro Muñoz, el que hacía unos 10 meses había dejado el hogar familiar, por temor a los servicios de seguridad.

Delfina Bravo y su hijo fueron llevados hasta un recinto secreto perteneciente a la Fuerza Aérea de Chile, ubicado en el Paradero 20 de la Gran Avenida, y en cuyo interior el afectado fue mantenido con su vista vendada y manos esposadas, propinándosele diversos golpes y sufriendo todo tipo de vejaciones. La mujer fue liberada el 7 de septiembre, siendo llevada por miembros de la Fuerza Aérea hasta su domicilio, donde, en presencia de sus hijos, se le señaló que si tenía noticias de su esposo se comunicara de inmediato con un tal «Lito», al teléfono 716919.

Por su parte, Nicomedes Toro Bravo fue liberado el día 11 de septiembre de

1975, regresando a su hogar con visibles huellas de haber sido flagelado. Por secuelas a su salud física y sicológica empezó a ser atendido en el Hospital Barros Luco. El 28 de julio de 1976, siendo las 08:30 horas de la mañana, Nicomedes Toro se dirigió hasta el Centro Hospitalario mencionado, con el fin de consultar una vez más a su médico tratante. Sin embargo, no llegó a dicho lugar ni regresó a su hogar, encontrándose desaparecido desde entonces.

A las 19:30 horas del 28 de julio, llegaron hasta el domicilio del afectado dos individuos que se identificaron como agentes de la DIFA, los que se movilizaban en una camioneta. Los sujetos venían a dejar a Nicomedes Toro Muñoz –padre del afectado– ya que según expresaron, lo habían detenido por un alcance de nombres. Asimismo, los agentes manifestaron a la dueña de casa que más tarde traerían de regreso a sus hijos Sonia Rodina y Nicomedes Segundo, los que también habían sido detenidos por ese servicio. Efectivamente, Sonia Rodina Toro Bravo regresó a su casa el mismo día 28 de julio, alrededor de las 21:30 horas. Sin embargo, el afectado no regresaría jamás.

Nicomedes Toro (padre) y su hija Sonia relataron a sus familiares que habían permanecido recluidos, junto al afectado, en un recinto secreto de detención y tortura, que no pudieron identificar por permanecer en todo momento con su vista vendada. En dicho lugar, pudieron escuchar la voz y los gritos del afectado, en los momentos en que sufría la aplicación de apremios ilegítimos, acompañados de fuertes insultos.

En el mismo recinto y fecha, Nicomedes Toro Bravo fue careado con otro detenido por los organismos de seguridad, Benito Pascual Arias –amigo personal del afectado– quien más tarde, después de obtener su libertad, viajó al extranjero con el objeto de preservar su vida.

El ex miembro de la Fuerza Aérea de Chile, Andrés Antonio Valenzuela Morales, señaló en su declaración jurada, realizada a fines de 1985 en la Vicaría de la Solidaridad, que el afectado fue detenido por agentes del Comando Conjunto en el año 1975, permaneciendo recluido en el centro de detención y tortura denominado «La Firma». En esta declaración, sin embargo, hay un error grave. «La Firma» sólo se usó desde principios de 1976, luego de desocuparse «Remo Cero».

Agregó, asimismo, que el teléfono 716919 –a que ya se ha hecho mención– corresponde a una de las oficinas que usaba el equipo, y el tal «Lito», a quien

debía llamar a Delfina Bravo era el miembro de la FACH e integrante del llamado Comando Conjunto, Guillermo Bratti Cornejo, quien provenía de la Base Aérea El Bosque y a quien posteriormente asesinó el mismo grupo represivo. No se debe olvidar que Bratti Cornejo, junto al «Juanca» y a Otto Trujillo estaban detenidos por el Comando a fines de 1975 por venderse a la DINA.

En 1990 su hermana Sonia Rodina declara que estando ella detenida el 28 de julio de 1976, pudo escuchar los gritos de su hermano Nicomedes Toro cuando era intensamente torturado y que repentinamente cesaron los gritos, escuchó carreras y un agente que recriminaba a otro diciéndole «a ti siempre se te va la mano». Horas más tarde, cuando era trasladada en una camioneta para ser liberada en la parte trasera llevaban un cuerpo inmóvil, que ella piensa que puede haber sido el de su hermano.

Nicomedes Segundo Toro colaboró hasta 1973 con el aparato de las JJ.CC. que reclutaba muchachos para el servicio militar.

5.20. Una trampa de Otto Trujillo



Nicolás López Suárez

Nicolás Alberto López Suárez tenía 40 años a la fecha de su detención. Minero, ex presidente del Sindicato Minero de la Oficina Salitrera María Elena, ex dirigente de la CUT, donde era el Encargado Nacional de Organización; integrante de la Comisión Nacional Sindical y de la Subcomisión de Propaganda para el Frente Sindical del PC. Trabajaba como distribuidor de libros y artículos de escritorio para la firma Calderón Hermanos. Era considerado un hombre brillante, gran orador. Su chapa política era «el tío». Se vinculaba políticamente con Santander Miranda, detenido desaparecido y, con Guido Díaz, en la Subcomisión de Propaganda. Su pareja era Juana Muñoz Tapia, tenía dos hijos. Vivía en Providencia 1765, depto. 2201.

En la víspera de su desaparición, López le contó a Guido Díaz que se había entrevistado con Otto Trujillo, un empleado civil de la FACH que era agente del Comando Conjunto, y que este no le había llevado un informe prometido, acordando tener un nuevo encuentro. Díaz le dijo que no fuera a esa cita, pero López insistió, afirmando que el «deber» estaba primero. Por esos días, Trujillo estaba ofreciendo a diversos dirigentes del PC información sobre los militantes que estaban siendo buscados o ya permanecían detenidos en recintos secretos de los aparatos represivos. Todo ello a cambio de dinero.

López Suárez concurrió el 30 de julio de 1976, como era su costumbre, a almorzar al restaurante Carrera, ubicado en las calles Alameda con Maturana, en Santiago, en compañía de Anita Altamirano, esposa de Juan Gianelli, amigo y compañero de Partido, quien había sido detenido el 26 de julio por agentes del Comando Conjunto unos días antes y que está desaparecido hasta hoy. Un sobrino de López, Juan Montalván López, quien trabajaba allí, vio que entraron al local dos civiles que se sentaron en un extremo del mesón y desde allí comenzaron a observar a los recién llegados. Esos mismos agentes lo detuvieron.

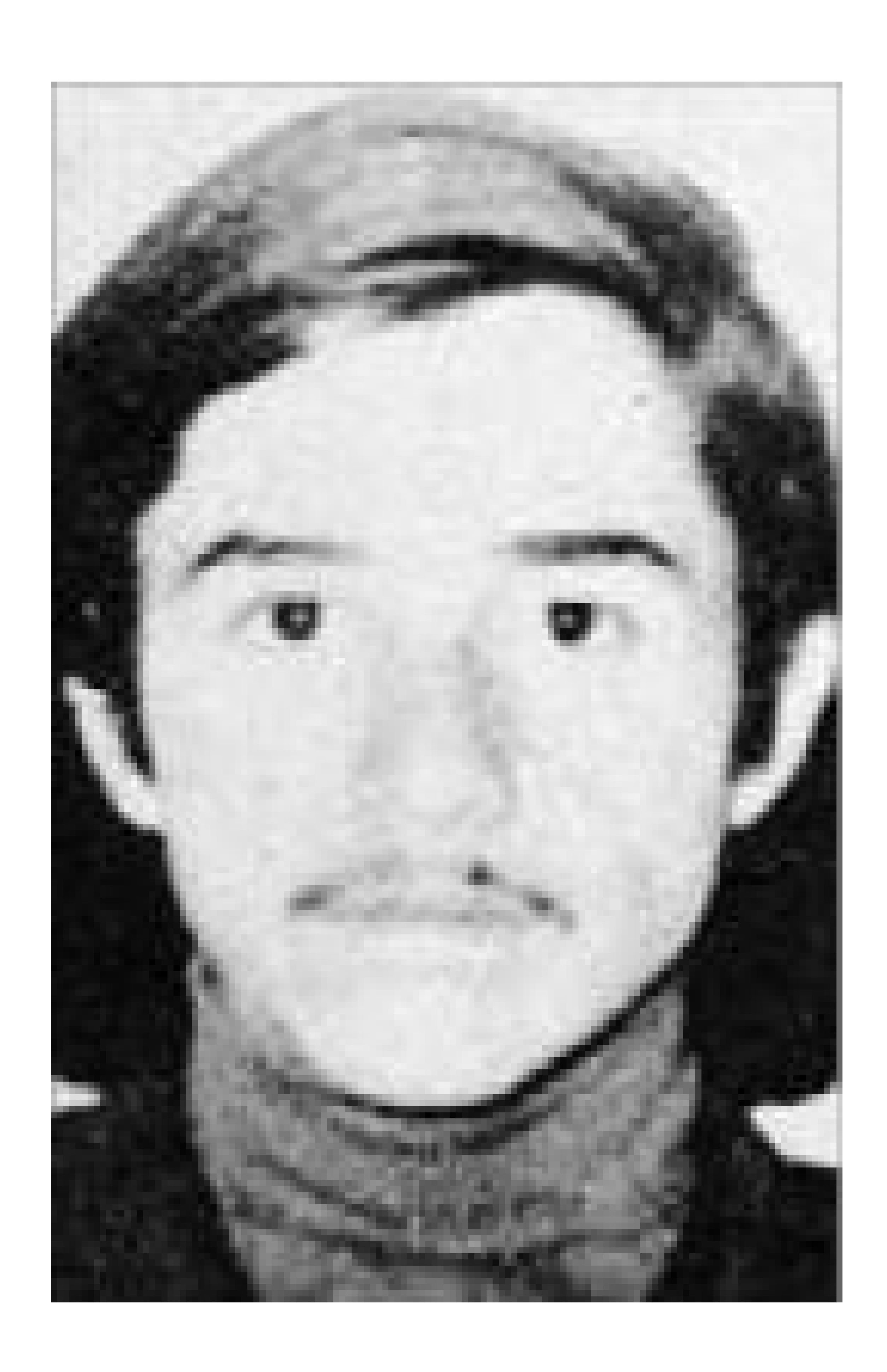
Nicolás López, al percatarse de que estaba siendo vigilado, decidió marcharse del lugar, y de inmediato salió del restaurante, subió a su acompañante a un taxi y él se dirigió rumbo a las calles Alameda con Cummings, con el objeto de tomar un microbús. Minutos después, cerca de las 14:00 horas, Juan Montalván

–que había acordado juntarse con su tío a esa hora– salió a la calle, sin encontrarlo. Posteriormente, los familiares del afectado tomaron conocimiento que Nicolás López fue visto cuando era bajado de un microbús por dos civiles que lo condujeron con rumbo desconocido.

En agosto de 1976, Juana Muñoz Tapia –pareja de Nicolás López– fue informada extraoficialmente de que el afectado, luego de su detención el 30 de julio pasado, había sido llevado al Ministerio de Defensa, siendo trasladado el 16 de agosto a un regimiento de la capital, recinto en el que permanecía en muy malas condiciones físicas, pues se había negado sistemáticamente a hablar, aun siquiera para decir su nombre.

Este dirigente había sido detenido anteriormente el 11 de septiembre de 1973 por efectivos militares, los que lo condujeron hasta el Estadio Nacional, recinto en el que permaneció privado de libertad hasta el 16 de ese mismo mes.

5.21. Dirigente de los obreros industriales metalúrgicos



Darío Miranda Godoy

Darío Francisco Miranda Godoy tenía 22 años al momento de su detención. Actor, casado con Aída Toro Hoffman, un hijo, ex subdirector de la revista La Voz del Metalúrgico y ex programador del Departamento de Cultura de la CUT, militante de las Juventudes Comunistas, secretario administrativo y encargado de cultura de la Federación Nacional de Sindicatos Industriales Siderúrgicos y del Metal, Fensimet.

Fue detenido el 30 de julio de 1976 junto con Jorge Solovera Gallardo, en la vía pública, en Lastra con Maruri, Santiago, a la salida del local de la Fensimet, ubicado en Maruri 347, institución en la cual los dos participaban como dirigentes sindicales. La detención se produjo a las 17:30 horas aproximadamente y fue efectuada por agentes de la DINA, que los obligaron a subir a un automóvil Peugeot blanco. Cuando se produjo la detención, Miranda y Solovera se dirigían a Servicios Culturales Puelche, ubicados en la calle Milán, en la Gran Avenida, Santiago, para participar en una reunión para programar la organización de un acto folclórico.

La detención fue presenciada por un funcionario del Consultorio del Servicio Nacional de Salud que existía en la proximidad del lugar de la detención, y quien no desea identificarse por temor a represalias. Este testigo informó poco después a Fensimet de los hechos ocurridos.

Según testimonios de otros detenidos, Miranda y Solovera permanecieron recluidos en el centro de torturas Villa Grimaldi, ubicado en Av. José Arrieta 8200, Peñalolén, comuna de La Reina, Santiago.

Isaac Godoy Castillo, que estuvo detenido por ser dirigente del Regional Norte del PC, en declaración jurada realizada el 22 de noviembre de 1990, describe que estuvo en el centro de torturas Villa Grimaldi del 20 al 26 de agosto de 1976. En otra declaración, Godoy señala: «Un rato después, ese mismo día, devolvieron a los detenidos que estaban haciendo el aseo. Entre ellos estaban Darío Miranda Godoy, Jorge Solovera Gallardo». Señaló además le habían mostrado fotografías de todos los detenidos desaparecidos durante 1976, de entre los cuales reconoció con certeza las correspondientes a Jorge Solovera Gallardo

y Darío Miranda Godoy.

Su cónyuge Aída Toro Hoffman, denunció que el 20 de noviembre de 1976 fue detenida junto a otra persona. La condujeron vendada a un lugar desconocido donde fue interrogada, torturada y amenazada, quedando en libertad al día siguiente.

La madre del afectado, Ernestina Godoy Salas, fue amenazada en su hogar, en la ciudad de Chillán, por funcionarios de la DINA, quienes le aseguraron que Darío estaba bien y se le iba a dar la libertad. Le dijeron que no fuera más a Santiago «a revolver el gallinero», que pensara que tenía dos hijos más. Estos hechos ocurrieron en noviembre de 1976.

Hasta la fecha Darío Miranda Godoy permanece desaparecido, la última noticia que se tuvo de él fue que se le vio en Villa Grimaldi la segunda quincena del mes de agosto de 1976.

5.22. Encargado de cultura en la CUT



Jorge Solovera Gallardo

Jorge Gerardo Solovera Gallardo tenía 27 años a la fecha de su detención. Casado, dos hijos, músico. Sufría de asma y tenía un solo riñón. Presidente del Departamento Nacional de Cultura de Interfederaciones; miembro de la Federación Nacional de Sindicatos Industriales Siderúrgicos y del Metal, Fensimet; y del Departamento de Cultura de la CUT. Vivía en la calle María Cristina 6777, en La Florida, en Santiago

Fue detenido el 30 de julio de 1976 junto con Darío Francisco Miranda Godoy en la vía pública, en la intersección de las calles Lastra con Maruri, a la entrada del barrio Independencia, en Santiago, a la salida del local de la Federación Nacional de Sindicatos Industriales Siderúrgicos y del Metal Fensimet, ubicado en Maruri 347, institución en la cual ambos participaban como dirigentes sindicales. La captura se produjo cerca de las 17:30 horas y fue efectuada por agentes de la DINA, que los obligaron a subir a un automóvil Peugeot blanco.

Cuando se produjo la detención, Miranda y Solovera se dirigían a Servicios Culturales Puelche, ubicados en la calle Milán, en el paradero dos y medio de la Gran Avenida, para organizar un acto folclórico. No llegaron nunca a ese lugar.

La detención fue presenciada por un funcionario del Consultorio del Servicio Nacional de Salud que existía en la proximidad y quien no aceptó identificarse por temor. Este testigo informó poco después a Fensimet de los hechos ocurridos. Según testimonios de otros detenidos, Solovera y Miranda permanecieron recluidos en Villa Grimaldi.

Isaac Godoy Castillo, persona que estuvo detenida por su vinculación con el Partido Comunista, en declaración jurada realizada el 22 de noviembre de 1990, relató que estuvo en Villa Grimaldi, del 20 al 26 de agosto de 1976. Allí reconoció entre los detenidos a Solovera y Miranda. «Un rato después, ese mismo día, devolvieron a los detenidos que estaban haciendo el aseo. Entre ellos estaban Darío Miranda Godoy y Jorge Solovera Gallardo», contó.

Godoy agregó que «me acuerdo de 13 nombres de los que estábamos en la celda. En un lado, el joven que trabajaba con el tesorero del Sindicato de Artistas,

Darío Miranda Godoy. En el extremo opuesto uno de apellido Solovera, al que yo sólo conocía allí por "Solovera" y no sabía si era chapa o nombre propio; ahora sé que es su apellido».

Posteriormente la familia de Solovera fue objeto de un hostigamiento permanente. Su cónyuge Patricia Salas, interpuso un recurso de amparo ante la Corte de Apelaciones de Santiago, el 12 de enero de 1978, denunciando que fue detenida ese mismo día por agentes de la DINA, conducida a un centro de torturas donde recibió apremios y fue interrogada acerca de la Fensimet. Se le exigió que cooperara si quería volver a ver a su cónyuge. Quedó en libertad al día siguiente. Hasta la fecha, Jorge Solovera Gallardo se encuentra desaparecido. Fue visto por última vez la segunda quincena del mes de agosto en Villa Grimaldi.

1 A inicios de 1976 Américo Zorrilla fue enviado por el PC al Congreso del PCUS.

2 Conversaciones con Juan Carlos Arriagada.

3 www.memoriaviva.com

4 Varas, José Miguel. Don Américo: un chileno comunista. Savona: Coop Tipograf, 1981; Villagrán, Fernando. En el nombre del Padre. Historia íntima de una búsqueda. Vida, clandestinidad y muerte de Víctor Díaz, líder obrero Comunista. Santiago: Catalonia, 2013.

5 Testimonio de Ninfa Espinoza, hermana de Eliana, en libro La interminable ausencia: estudio médico, psicológico y político de la desaparición forzada de personas, de Paz Rojas, Santiago: LOM ediciones, 2008.

6 <www.memoriaviva.com>

7 <www.memoriaviva.com>

8 <www.memoriaviva.com>

9 Entrevista a David Canales.

10 <www.memoriaviva.com>

11 <www.memoriaviva.com>

12 Testimonio entregado por Molly Montoya para este libro.

13 <www.memoriaviva.com>

14 <www.memoriaviva.com>

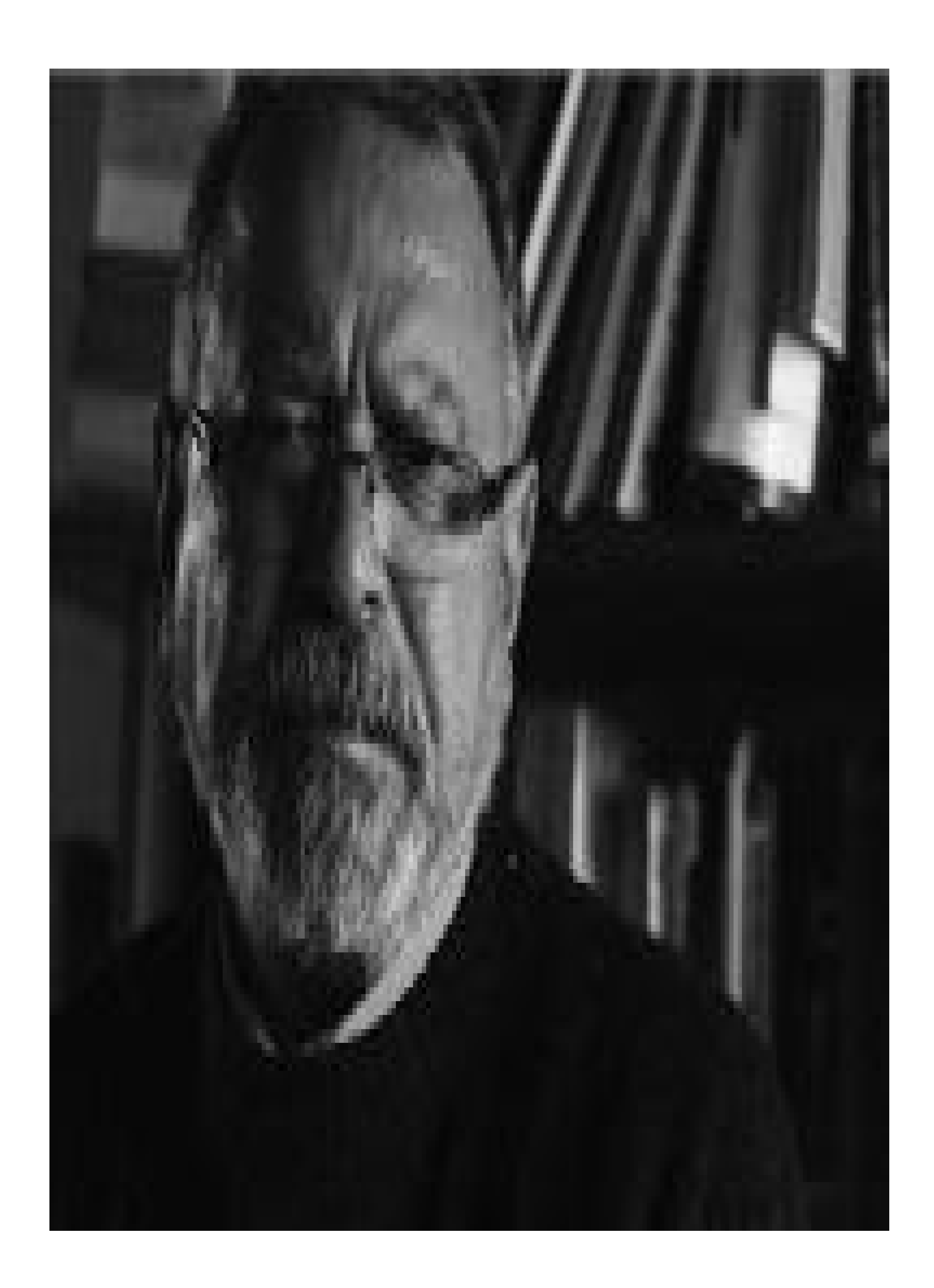
15 Entrevista a David Canales.

Capítulo 6

Los mecanismos de la represión

6.1. Las razones de la debacle de la Jota

David Canales analiza después de 40 años las razones de la detención de José Weibel y de otros militantes del Partido:



Aunque se busquen atenuantes para deslucir la victoria enemiga, como el hecho de que Weibel no logró imponerse a la actitud de su esposa –que no permitía que él viviera solo, acorde a su seguridad personal– y que fue la razón de que lo encontraran en un lugar vigilado, su propia casa; o que Miguel Estay, el traidor, había formado parte de su infraestructura después del golpe, y conocía buena parte de su entorno de apoyo, la verdad es que el método usado por la inteligencia de la Fuerza Aérea fue el más efectivo para liquidar a la dirección comunista: ir de un prisionero al otro, alguno de los cuales aportaba –queriendo o sin querer– un dato más para proseguir la persecución. Los que no aportaban nada fueron dejados en libertad; otros, los más duros y también los que hablaron, fueron asesinados para no dejar testigos en libertad.

El caso de la debacle de la dirección de la Jota en 1976 tiene otras raíces, aunque la traición de Basoa y Estay jugaron un papel incidente. Pero, por desgracia, alejados José Weibel, Jorge Cáceres y Juan Carlos Arriagada de su cabeza, la dirección de los jóvenes comunistas sufrió un desgaste político, ideológico y moral considerable. José Espíndola, Alfredo Vargas y Luciano Mallea, nunca tuvieron la estatura de verdaderos dirigentes ni menos los lechuguinos que salieran al exilio. De ellos, Mallea y Vargas fueron detenidos y colaboraron de inmediato con sus captores para conseguir el secuestro de Carlos Contreras Maluje, que fue asesinado al corto par de días. Le siguieron Adrián Saravia, Roberto Carmona, Roberto Hormazábal, Carlos Paredes, María Moreno, Blanca Allende. A excepción de las mujeres, los demás colaboraron ampliamente. El peor traidor del grupo fue Vargas, cómplice directo del asesinato de Carlos Contreras Maluje.

Mallea aprovechó esta detención para que su desfalco de las finanzas de la Jota pareciera poca cosa; lo cierto es que el dinero lo gastaba en grandes cantidades en las juergas y el juego. Luego vino su colaboración para cercar y detener a su suegro, Horacio Cepeda, miembro de la Dirección clandestina del Partido y a

señalarlo en compañía de otros dirigentes, atrapados también en diciembre de 1976. Antes, fraguaron repetidamente desde La Firma, donde alojaban, compartían con los agentes y jugaban ping pong, puntos de encuentro con la Dirección del Partido, que afortunadamente no se llevaron a cabo. De todos modos lograron culminar el trabajo de Basoa y «el Fanta», en la confección del más complejo cuadro de la estructura, dirigentes y militantes de nuestra Jota y parte de los organismos regionales del Partido. Debo añadir, para derribar mitos, que tanto Basoa como Estay comenzaron a hablar desde el mismo minuto de ser detenidos, en la misma calle, ¡antes de subir al vehículo de sus captores! Eso explica que los agentes operativos requirieran sólo un viaje a Santiago (desde Remo Cero) para detener, en el caso del «Fanta», a tres de sus colaboradores más cercanos (y sólo porque otros dos no alojaron esa noche en su casa). En el caso de Basoa, detuvieron a dos más de inmediato.

Creo que los comunistas, al menos los dirigentes y los cuadros de mayor responsabilidad, no hemos terminado de hacer el análisis de cuál fue la mecánica real de la debacle, especialmente la de 1976. Han pasado 40 años, pero en el futuro se vivirán situaciones que requieran manejar estos asuntos, no como recuerdos del pasado sino como herramientas para enfrentar lo que venga. Lo cierto es que con el correr de los años, aunque el Partido Comunista no fue destruido, incluso habiendo desarrollado su táctica y su teoría para preparar militarmente sus huestes y combatir con sus armas la dictadura militar, y en un plano de franca recomposición, no fuimos capaces unilateralmente de cambiar la esencia del enfrentamiento tal como se expresó desde el primer día: nuestra derrota del 11 de septiembre de 1973 fue una derrota política. Los años 1973, 1974, 1975 y 1976 son un periodo que se puede definir como la etapa en que la dictadura militar fascista nos golpeó ferozmente porque sus fuerzas fueron superiores a las nuestras y lograron perforarnos y destruir buena parte de nuestros cuadros de dirección superior e intermedia.

En el plano de la seguridad, la lista de personas que conocían la identidad, especialización, viaje de instrucción y posterior ubicación de nuestros caídos, era muy reducida: Basoa como jefe de grupo y los cursantes que no resistieron la tortura. Pero permitía paso a paso atrapar a nuevas víctimas. Así queda demostrado al conocerse las fichas redactadas por el suboficial de Carabineros,

Carlos Pascua Riquelme[1], y su ayudante el carabinero Ernesto Lobos Gálvez en Remo Cero y en La Firma, que son el detalle ordenado pulcramente de todo lo que dijo cada prisionero: cada cual debió hacer una especie de biografía política de sí mismo, lo que no necesariamente hacía daño al resto de la organización clandestina, pero más de alguno sufrió una demoledora destrucción de su persona –física y psíquicamente– e incapaz de soportar el proceso de torturas, aportó datos para permitir que sus captores pudieran atrapar a los que cayeron a continuación. Una versión depurada de ellas, filtradas al extremo de no reconocerse captores ni la suerte de los interrogados bajo tortura son las fichas reelaboradas por la Dicomcar en los años ochenta, con la «altamente profesional» participación de Miguel Estay Reyno, parte de la cual entregó la Dirección de Carabineros al abogado Fidel Reyes, lo que permitió su incautación por la justicia años después[2].

Como parte de las operaciones del Comando Conjunto efectuadas en paralelo a la DINA, el 18 de mayo inmediato a la operación de Conferencia, cayó Rodolfo Núñez Benavides, viejo cuadro de la seguridad ligado al compañero Rafael Cortez. El 23 de julio de 1976 cayó Juan Luis Quiñones Ibaceta, miembro de nuestro aparato de seguridad, que se salvó de la debacle de principios de año y a esa fecha estaba descolgado. Había hecho un curso en la URSS junto a Ignacio González, Ricardo Weibel y Gastón Oyarzún, quienes no resistieron la tortura y entregaron datos al Comando Conjunto. El 11 de agosto cayó José Flores Garrido, que, en el último par de meses de actividad clandestina, estaba creando condiciones para montar una imprenta, con dineros de la familia. Le permitiría una mejor cobertura, habiéndose puesto ya de acuerdo con sus posibles socios, Pablo Lagos Sepúlveda y Patricio Maggi, con los cuales se encontraba con frecuencia en la imprenta de calle Esmeralda. José Flores Garrido se había salvado de la debacle de fines de 1975, y de la caída numerosa de dirigentes y militantes a partir de la ratonera de calle Conferencia, y cayó ligado a la nueva dirección que encabezaba ahora el compañero Fernando Ortiz Letelier. Fue capturado porque el Comando Conjunto y la DINA conocían bien su existencia, su papel y su formación dentro del Partido Comunista. Miguel Estay Reyno es el funcionario operativo del Comando Conjunto que más hizo por describir, perseguir y finalmente capturarlo. Yo deduzco que él mismo lo mató, para dar prueba de fidelidad al Comando Conjunto, a la vista de los jefes.

El Comando Conjunto, ahora prohijado por la Inteligencia de Carabineros, dueños de casa en «La Firma» de calle Dieciocho, estaba compuesto por agentes, uniformados y civiles, que venían operando juntos desde la AGA, «Hangar Cerrillos», «Nido 18», «Nido 20», «Casa Apoquindo» y «Remo Cero». Esta agrupación operativa, en fuerte pugna con el Ejército y más exactamente con la DINA y con la DINE, porfiadamente se mantuvo en funciones por el apoyo de las direcciones de inteligencia de la Armada, la FACH y Carabineros. Continuó operando objetivos específicos, la cúpula comunista –en paralelo a la DINA– pero con sus propios métodos y líneas de investigación y destrucción que arrastraban desde 1973. Desde «La Firma» se ordenó y ejecutó también el asesinato y desaparición de Carlos Contreras Maluje, René Orellana Catalán, Luis Emilio Maturana González, Juan Antonio Gianelli Company, entre otros.

Cabe hacer notar que uno de los aspectos más secretos y compartimentados de los diversos aparatos de «inteligencia», en verdad aparatos de aniquilamiento, es precisamente la estela de crímenes que va dejando en su actuar y la obligación de seguir los casos en el tiempo, para borrar huellas, confirmar o garantizar que queden impunes los crímenes y en el anonimato los ejecutores directos. Esto hace que, a la fecha del tercer trimestre de 1976, aún a sabiendas de que Pinochet consideraba que la DINA y la DINE se bastaban para terminar con el aniquilamiento de las organizaciones de izquierda, las otras ramas de la inteligencia militar y de Carabineros, lideradas por la FACH, porfiaran por culminar de todos modos su trabajo. Ello se tradujo en la pervivencia del Comando Conjunto y su traslado a la sede de la DICAR, a partir de entonces responsable de la mayor parte del trabajo de contrainteligencia interna, la represión policial. Pero el Comando Conjunto requería terminar muchas tareas antes de «cerrar la puerta». Una de ellas era la de tapar efectivamente sus crímenes. Y para ello mantuvo un contingente remanente pero impenetrable por su propia ley del silencio, hasta el año 1986. Borrar las huellas incluye, hoy en 2016, que los organismos militares, con la ayuda de la «empresa privada», sigan desfigurando los terrenos de Cuesta Barriga, desde Rinconada de Maipú y hasta Cuesta Lo Prado, con el objetivo de sepultar las evidencias de entierros clandestinos efectuados por la bestial tiranía militar desde el mismo día 11 hasta al menos el año 1989. Y también hasta hoy, año 2016, los encausados –sólo a título de ejemplo– de los casos «Cóndor» y «Quemados», siguen pasando, antes de ir a declarar ante los Ministros especiales, por las oficinas del oficial de contrainteligencia de turno, quien les instruye sobre qué declarar, aprovecha de

amenazarlos si dicen lo inadecuado y les envía con abogado al lado a las cortes[3].

Respecto de la acción de la DINA, se sabe también fehacientemente que, desde su caída el 6 de mayo de 1976 en la encerrona que este organismo ejecutó en calle Conferencia, Elisa Escobar entregó además a Lenin Díaz, a Eliana Espinoza Fernández (enlace de Víctor Díaz, que luego de su identificación fue seguida por un grupo operativo que descubrió así el lugar donde vivía el ex subsecretario del Partido Comunista), y a Marcelo Concha Bascuñán, para luego colaborar en la identificación y captura de cuadros inmediatos a la dirección del Partido –usando sus conocimientos de la gente y de los lugares en que se reunían– y participando dentro de los equipos represivos, en los interrogatorios, etc., por un periodo indeterminado.

Todas estas delaciones dieron cabida a la larguísima lista de detenidos de mediados de 1976, entre ellos a Eduardo Canteros Prado, Clara Canteros Torres, Nicomedes Toro Vásquez, Guillermo Gálvez Rivadeneira, Nicolás López Suárez, Marta Ugarte Román, Carlos Godoy Lagarrigue, Gabriel Castillo Tapia, Hugo Vivanco Vega, Alejandro Rodríguez Urzúa, Iván Insunza Bascuñán, Daniel Palma Robledo, Manuel Vargas Leiva, Víctor Hugo Morales Mazuela, Vicente Atencio Cortés, Miguel Nazal Quiroz y a muchos otros dirigentes del Partido. Elisa Escobar fue posteriormente asesinada y hecho desaparecer su cadáver.

Estas detenciones, practicadas entre mayo y septiembre de 1976, en las que nuestros compañeros fueron hechos desaparecer con el mismo modus operandi, se sabe fehacientemente que correspondieron al aparato de la DINA que operaba desde Villa Grimaldi y del cuartel Simón Bolívar durante todo 1976.

El método de aniquilar a las personas y organizaciones políticas fue, de todos modos, común a todas las fuerzas represivas militares, que terminaron intercambiando conocimientos y técnicas. Desde el refinado método de Edgar Ceballos, caracterizado por su extrema dureza acompañada por la oferta de

libertad a cambio de la colaboración, hasta el más bestial procedimiento de trato a las víctimas que caracterizó a la brigada Purén de Germán Barriga y Ricardo Lawrence, que mataban a la mayoría de sus prisioneros en presencia de los otros para lograr una confesión de los sobrevivientes, se usaron indistintamente todos los métodos de terror que hacía a las víctimas perder el sentido de la realidad hasta no saber qué realmente hacían o decían en medio de la tortura[4].

No bastaron las formas enunciadas tan académicamente por la Comisión Europea en 1972 o la Convención de 1984, tales como privación de sueño, alimentación y líquidos, encapuchamiento, exposición a ruidos fuertes, manguerear con agua gélida, y obligación de mantenerse en posiciones dolorosas por largos periodos. Aquí se usó, además, primero, el desnudar al prisionero o prisionera inmediatamente, para lograr la máxima sensación de indefensión y vulnerabilidad, y de inmediato la «parrilla», el «teléfono», el «submarino», el pau de arará, colgamientos de tobillos o muñecas por días, la crucifixión, quemar genitales y rostros con soplete, el envenenamiento y la inoculación de tóxicos o de inyecciones de distintas drogas que provocaran desorden psíquico o mortíferas consecuencias; las descargas eléctricas en anos, vaginas, oídos, tráqueas; las violaciones sexuales a mujeres por perros o agentes en grupo y reiteradamente, la violación obligada de padres a hijas o en familia, la violación a los hombres por brutales agentes, la introducción de bichos o ratas por la vagina; el uso del gas sarín, el quebrar manos, pies, piernas, brazos o cabezas con fierros o palos, el torturar a los hijos frente a sus padres o viceversa, quemar con fierros ardientes caras o pechos, espaldas, glúteos; meter agujas o pinchos ardiendo debajo de las uñas; sacar las uñas con tenazas, cortar los dedos de manos, pies u orejas con tijeras podadoras; encierro por largos periodos en donde el cuerpo ni siquiera pudiera plegarse, lleno de piojos.

El mecanismo fue siempre torturar primero como método de ablandamiento, sin preguntar o interrogar de manera coherente. Luego, torturar sistemáticamente con el objetivo de obtener respuestas o la rendición de la víctima. El horror no tuvo límites y muchas veces llevó al suicidio o a la demencia. Ningún sobreviviente, salvo excepciones, terminó sin grave deterioro físico y psíquico. Y no fue usado sólo para demoler a los militantes comunistas; sucedió con el MIR, con el Partido Socialista, el Mapu y otros resistentes.

Aunque las agrupaciones represivas fueron múltiples y actuaron en todo el país, operó siempre el esquema vertical de las FF.AA. y policías y su manoseado «compartimentaje». En general, contrainteligencia propiamente tal se elaboró sólo en las jefaturas: Pinochet, Manuel Contreras, los comandantes en jefe de cada rama o fuerza y un selecto y pequeño grupo de oficiales con escuela de inteligencia. La mayoría de los altos oficiales y de ahí hasta abajo, fueron nada más que el «perraje» útil, sólo actuaron como jefes de las agrupaciones punitivas y compartieron el conocimiento de la suboficialidad, la tropa y los agentes civiles. Recibieron órdenes y las cumplieron. Los grupos especializados en captura y torturar, en general los agentes de la DINA, del Comando Conjunto y las agrupaciones zonales, no sabían por qué, pero sí sabían que había que atrapar a tal número de personas, torturarlos, hacerlos hablar lo que supieran y, una vez muertos, hacerlos desaparecer. Eso explica la brutalidad «profesional», con que actuaban por parejo.

Tal práctica no era resultado de un capricho; estaba ligada estrechamente al objetivo de causar en las víctimas un inconmensurable estado de indefensión y desesperanza: había que rendirse porque todo estaba perdido. En primer lugar, lograron en muchos casos que los simples militantes o colaboradores de la resistencia pensaran que sus propios jefes los habían delatado y, una vez hacinados todos en el cautiverio, se hiciera creer a pie juntillas que «todos estaban hablando».

En innumerables casos, al descubrir que un prisionero estaba ligado al dinero o se le podía expoliar en sus bienes personales, los grupos de exterminio prolongaron algo más sus vidas o les aislaron absolutamente por un breve periodo. Todos los grupos o unidades represivas robaron descaradamente dinero, ahorros, cuentas corrientes, vehículos, propiedades y los usaron para su beneficio. A los muertos les arrancaron sus dientes de oro.

En la mayoría absoluta de las detenciones, hicieron que la víctima saliera a rostro descubierto a «porotear», a identificar a sus compañeros, mecanismo que

buscaba que la gente creyera de inmediato que la víctima estaba colaborando. Una buena parte participó en este juego sin ninguna intención de colaborar. Otros lo hicieron para no perder la vida. Pero no había mucha posibilidad para los prisioneros de comprobar el comportamiento de cada cual, entendido que dentro de la prisión también operaba en alguna medida el «sálvese quien pueda» y el aislamiento era frecuente y selectivo. El contexto se resume en el hecho de que los prisioneros, salvo contados casos, no sobrevivieron mucho tiempo, no más de algunas semanas. Y la proximidad de la muerte hacía inclinar la balanza a los débiles, que se rindieron en un acto de dolor insoportable.

Los grupos torturadores y exterminadores se nutrieron de los angustiosos estertores sacados en medio de los apremios físicos y por la información que, una vez «depurada» les entregaban sus oficiales y jefes, quienes, a su vez, la recibían de la unidad de contrainteligencia. Eso explica en múltiples casos el conocimiento tan uniforme de las unidades represivas, ya fuese respecto del comportamiento de un prisionero o de un grupo de ellos. De esta forma, la contrainteligencia «desbordaba» la noticia hacia custodios y prisioneros, y estos entendían que sus compañeros e incluso sus jefes «estaban hablando», puesto que los guardianes tocaban estos temas abiertamente con los reclusos.

6.2. Operación psicológica para enlodar a Víctor Díaz

Un caso destacado, como importante operación de inteligencia fraguada desde arriba, lo constituyó la suerte seguida por el compañero Víctor Díaz López, jefe de la Dirección clandestina comunista desde el 11 de septiembre de 1973 hasta la fecha de su caída, el 12 de mayo de 1976. Fue, en primer lugar, la víctima de reclusión más prolongada de todos los dirigentes comunistas exterminados, puesto a la vista o conocimiento, deliberadamente, de todos los detenidos de la época. Fue tratado con cierto respeto e incomodidad al principio. Luego, se le torturó indistintamente en Villa Grimaldi, Casa Piedra y Simón Bolívar. Lo interrogaron desde el principio sólo los jefes de la contrainteligencia, sin permitir otra presencia. Luego, continuaron los simples agentes, torturándolo con saña, y simplemente torturándolo y sin hacer preguntas atinadas o apropiadas a su rango.

En Casa Piedra, fue a verlo –como se exhibe un trofeo– el propio Pinochet, lo que da luces de dónde partió la orden de tratarlo de manera especial. Se jugó con la moral del resto de los prisioneros comunistas llevando a su celda de Villa Grimaldi, en al menos dos oportunidades, a la compañera Marta Ugarte para que «pasara la noche» con nuestro dirigente, juego que se repitió en Simón Bolívar. Se continuó torturándolo, mientras se hacía otra jugada con él: se le permitió hablar por teléfono a su casa, aunque Selenisa, su compañera, les cortó secamente a sus captores la posibilidad de ablandarlo por este camino. Se jugó también a pedir ropa limpia y abrigadora a su casa, manteniendo en vilo a la familia por largo tiempo. Se le mantuvo tanto en Villa Grimaldi –exhibido frente a la mayor concentración de prisioneros de aquel año en un solo campo– separado la mayor parte del tiempo y con «privilegios». Lo mismo se hizo con él en su cautiverio de Simón Bolívar, y todos los agentes lo hablaban abiertamente. Más ilustrativo aún de esta operación de inteligencia es que, transcurridos los años –y puesto que la existencia del Cuartel Simón Bolívar recién fue conocida públicamente en los años 2000, fecha hasta la cual sus carceleros permanecían en la oscuridad[5]– los agentes de las brigadas Lautaro y Purén, incluido el «Mocito», declararon judicialmente ante el ministro Víctor Montiglio, sin alterar ni levemente el similar tenor de sus deposiciones, que Víctor Díaz, el jefe del Partido, había colaborado con sus captores y que fue pieza clave para detener a la Dirección a fines de 1976. Todas las declaraciones posteriores se dan en el mismo sentido por estos agentes, que deben haber conocido esta «disposición» del compañero Víctor Díaz a colaborar, de boca de sus jefes, en la época que se le tuvo cautivo, y considerando el hecho que, cada vez que los agentes fueron a declarar, antes o de allí en adelante, en esta causa judicial o en otras, previa y disciplinadamente pasaron por la oficina de un oficial de la contrainteligencia que les instruyó a declarar lo que su libreto establecía, así como el mismo oficial les recibía luego de prestar las declaraciones para saber exactamente qué habían dicho en ellas. De modo que el afirmar que «Don Víctor» estaba colaborando fue una mentira, un montaje que buscó aterrorizar al resto de los prisioneros y desmoralizar al conjunto del Partido, que no pudo dejar de escuchar dentro y fuera del cautiverio esta versión fraguada en una reducida unidad de inteligencia militar. El comidillo, por tanto, salió más allá de los pasillos de tribunales, donde esperaban declarar los agentes, a mediados del 2000, y si alguien lo creyó, quedó como incauto y, mientras más alta su responsabilidad política, como imbécil.

El compañero Víctor Díaz fue, sin dudas, uno de los prisioneros más torturados

física y moralmente, y por el periodo más prolongado. Y a pesar de todos los esfuerzos de la dictadura, ningún comunista u otro preso que haya sido su compañero de cautiverio o miembro de la Dirección, de los organismos intermedios o militantes de base, ninguno, aceptó tal mentira ni testificó hasta hoy su constancia personal de que este alto jefe del Partido haya sido un traidor. Esta particular guerra psicológica no la ganó el fascismo. Víctor Díaz fue un héroe, uno de los mejores, y su Partido así lo reconoce[6].

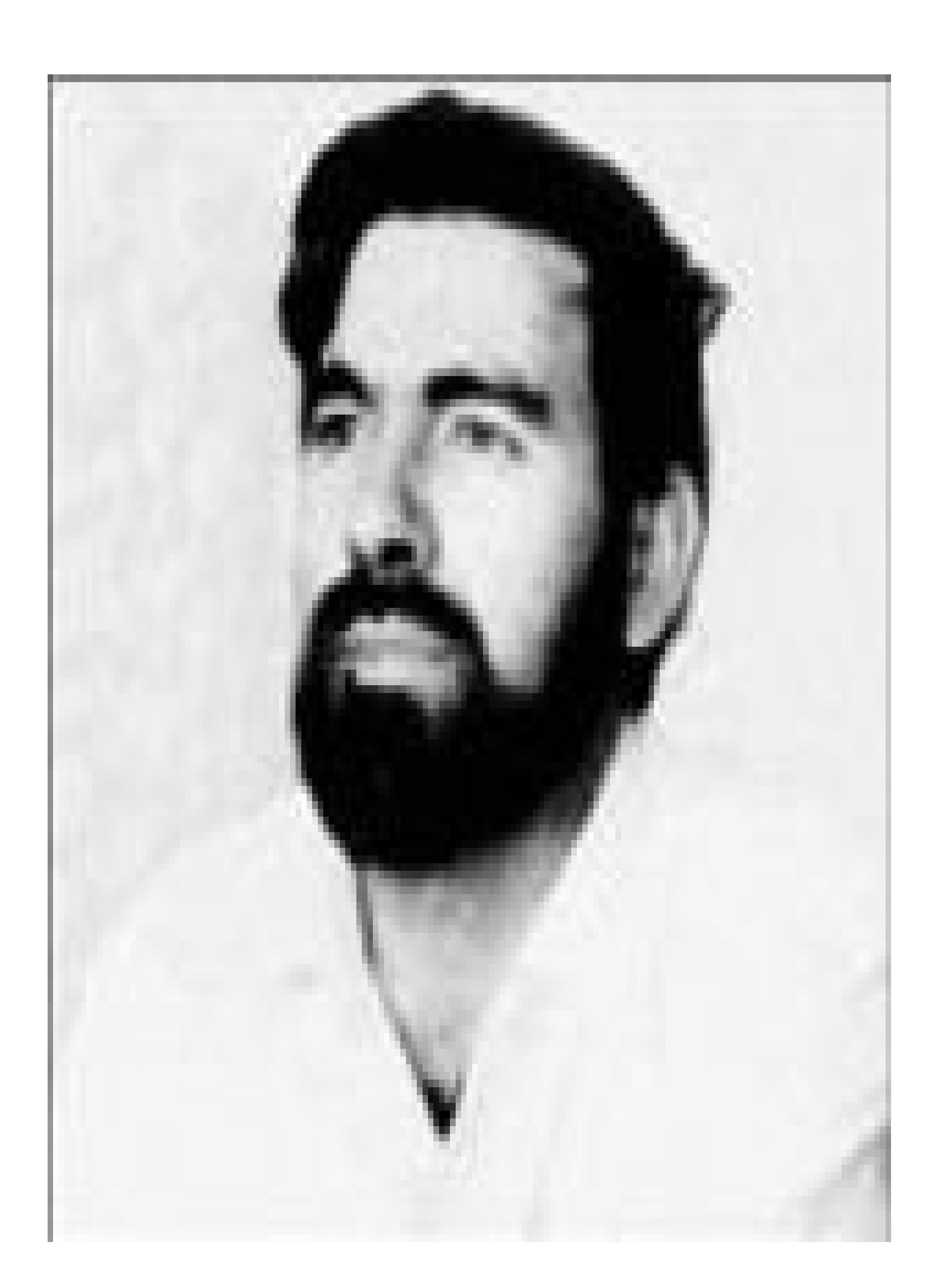
Es muy importante entender por qué el enemigo golpeó exclusivamente a la Dirección clandestina del Partido y de la Jota, haciéndolas caer a fines de 1976, pero no tocó a la base del partido y de la Jota. Por supuesto, las filas comunistas dejaron de ser de miles y miles y pasaron a convertirse en destacamentos relativamente poco numerosos, de no más de cinco mil o más militantes. La liquidación física de generaciones de dirigentes comunistas, la desmoralización y el miedo fueron contundentes. Decenas de miles se fueron al exilio, otras decenas de miles se alejaron. Incluso hubo disensos internos que culminaron con la salida de otros tantos. La dictadura militar, prisionera de sus propios acartonados conocimientos y aspiraciones creía que era suficiente liquidar físicamente algunos centenares o miles de dirigentes para crear el terror y lograr que nunca más nadie se atreviera a desafiarlos. Nunca vieron el asunto desde un punto de vista político, sino militar, y de una escuela añeja e ignorante de las leyes sociales.

Es cierto que los comunistas no logramos hacer funcionar nuestra organización clandestina durante toda la dictadura. En el fragor de la lucha se improvisa, se prueban caminos no escritos de antemano, se busca una línea recta en lugar de demorar el cumplimiento de las tareas al elegir sólo las sendas conocidas y probadas. El temple de los hombres, por otra parte, no resulta ser siempre, al final, el que esperábamos. No somos distintos ni especiales. En el fondo, simplemente somos luchadores con empuje y disciplina, probablemente un poco más preclaros que nuestros compañeros de ruta. Pero el Partido Comunista no fue derrotado en esta etapa de la guerra, en 1976, por sus errores o por una disposición orgánica equivocada. Fuimos derrotados al tener enfrente un enemigo muy superior en fuerzas, medios y aliados, nacional e internacionalmente. La mecánica de la dictadura produjo un crecimiento

circunstancial de sus fuerzas, en tanto nosotros vimos mermados nuestros efectivos, perdimos incesantemente militantes y dirigentes que fueron asesinados, en tanto se nos aislaba políticamente.

A partir de 1977, el Partido volvió a desarrollarse y, a la postre, su accionar fue uno de los elementos más determinantes de la caída de la dictadura militar.

6.3. Entre los más respetados profesionales del Partido



Carlos Godoy Lagarrigue

Carlos Enrique Godoy Lagarrigue tenía 39 años a la fecha de su detención. Médico cirujano, ginecobstetra, trabajaba en el Hospital Parroquial de San Bernardo y en el Policlínico Escolar San Francisco, en La Granja. Integrante de la Comisión Nacional de Profesionales. Hijo de Pedro Godoy Pérez, exvicerector de la Universidad de Chile. Casado con Dolores González, una hermosa hija de españoles que habían llegado a Chile en el barco Winnipeg, que trajo al país a un grupo de refugiados republicanos de la guerra civil española, con quien tuvo tres hijos, de 11, 8 y 2 años al momento de su desaparición. Vinculado políticamente con Iván Insunza, Alejandro Rodríguez, Daniel Palma Robledo y con Marta Ugarte, todos del Frente de Profesionales del PC y detenidos desaparecidos. Tras el golpe militar de 1973 fue exonerado de sus funciones en la Dirección General del Servicio de Seguro Social, sin que se formularan cargos en su contra. Vivía en Máximo Jeria 668, en Ñuñoa.

Carlos Godoy aceptó integrar la Dirección del Partido Comunista luego de que cayera el equipo que encabezaba Víctor Díaz. Pasó a ser parte de los equipos que en esos meses dirigían Víctor Canteros y Fernando Ortiz. No era una decisión fácil, porque él era un personaje conocido. Fue candidato a diputado por Melipilla el año 69 y, al inicio de la dictadura, fue investigado porque era propietario, junto al arquitecto Miguel Lawner, del terreno donde estaba la antena de la radio Magallanes. Era, como Fernando Ortiz, de los más respetados dirigentes entre los académicos y profesionales del Partido. Hasta ahí los recuerdos de David Canales.

El 4 de agosto de 1976 trabajó hasta las 16:00 horas, luego de hacer el turno de noche, en el Hospital Parroquial de San Bernardo. A esa hora se retiró para ir hasta al Policlínico Escolar San Francisco, en La Granja, en el paradero 25 de Santa Rosa, donde debía atender algunos pacientes. Cuando se encontraba en el estacionamiento del recinto hospitalario, un funcionario del servicio le informó que un paciente lo buscaba, a lo que Godoy respondió que lo atendería en su consulta a las 18:00 horas. Luego se subió a su vehículo Citröen AX 330, color verde, patente LOG11 de Calera de Tango y partió en la dirección señalada.

De acuerdo a lo informado por testigos, Godoy fue detenido en el trayecto por agentes de la DINA, quienes desde hacía tiempo realizaban llamadas anónimas y consultas a su domicilio para tratar de averiguar sus horarios y desplazamientos.

En el transcurso de ese día también fueron capturados por la DINA los militantes comunistas Alicia Herrera Benítez y Hugo Vivanco Vega. Asimismo, en horas de la noche fue secuestrado en la vía pública, el doctor Iván Insunza Bascuñán, íntimo amigo y camarada del afectado. Ambos médicos fueron llevados a Villa Grimaldi y más tarde a Cuatro Álamos.

Isaac Godoy Castillo, militante comunista que estuvo detenido en Villa Grimaldi entre el 20 y el 26 de agosto de 1976, declaró que Pedro Silva, otro detenido en el lugar y también desaparecido, le indicó que hacía unos 15 días había visto cuando llegaron Godoy e Insunza, agregando que: «Godoy se puso muy enérgico y lo patearon en la mandíbula y luego cayó al suelo donde lo siguieron golpeando».

Gestiones de la familia de Godoy con Alicia Godoy, esposa del general César Mendoza, director de Carabineros y miembro de la Junta Militar, de quien eran familiares, permitieron comprobar que el médico también estuvo en Cuatro Álamos. En una conversación telefónica, Alicia Godoy le comunicó a una hermana del médico, Victoria Elisa, que efectivamente Carlos estaba allí detenido y que pronto se resolvería su caso.

Claudia Godoy González, su hija, lo recuerda:

Mi papá estudió en el Liceo Experimental Manuel de Salas. Fue un alumno querido, integrado, muy líder, revoltoso, pichanguero, siempre transpirando porque no había recreo en el que Carlos y sus compañeros no jugaran a la pelota. Fue presidente del gobierno estudiantil, egresó en 1954 y ya estaba muy cerca de las Juventudes Comunistas.

Carlos conoció a Lola, mi mamá, hija de españoles en las marchas de la Jota; los dos con sus camisas amaranto, quedó bien prendado de ella. Lola era muy linda, con una cola de caballo rubia y él que era bien coqueto y galante la vio, la siguió, le hizo la guardia ¡y la consiguió! Logró conocer a mis abuelos maternos,

españoles, quienes se constituyeron en un ámbito exquisito para Carlos. Rayó con la comida de mi abuela María, andaluza hermosa y gran cocinera; y para qué mencionar las nutritivas conversaciones con Basilio, riojano, comunista, republicano, exiliado del franquismo.

Mi papá, por ser médico, hizo su generalato de zona en Melipilla, donde vivimos un tiempo. Sus compromisos políticos, sociales y profesionales, lo llevaron en 1971 a trabajar en la Dirección General del Servicio Nacional de Salud. El conocimiento que adquirió de la realidad rural lo llevaron a hacerse cargo de la planificación nacional de la dotación de médicos en diversas zonas rurales de Chile. Le tocó designar y distribuir a los profesionales de la salud con distintas especialidades y en las más extremas e inasequibles áreas geográficas de nuestro país. Los médicos jóvenes debían vivir en esos años la experiencia de la ruralidad para luego obtener su beca.

Yo era rechica, pero algunos recuerdos tengo de nuestra vida en Melipilla. Recuerdo que fuimos a los trabajos voluntarios a sacar choclos con mi papá, mi mamá y mi hermano. Yo también tenía un canastito de mimbre chiquitito con el que acompañaba a mi mamá a la feria y los caseros me ponían cualquier cosa en diminuto.

Yo tenía cinco años para el golpe, y lo pasé debajo de mi cama con mi muñeca negrita. Nuestra casa está en Ñuñoa cerca del Estadio Nacional y se sentía todo fuerte: el helicóptero, las bombas, el silencio incómodo. Ese día no fuimos al colegio y nos juntamos con toda la familia y había un aire extraño, las caras de mi mamá, mis tíos, mis primos, todo extraño. Pasaron algunos días en que no vi a mi papá, debió esconderse, cortarse la barba que yo quería tanto, y cuando volvió –sin barba– apareció por la reja y no lo reconocí. Me dio mucho miedo, tuvo que hablarme, llamarme por mi nombre, decirme algunas cosas como códigos entre él y yo para saber que era mi papá.

Estaba trabajando en ese momento en la maternidad del Barros Luco y pasó el

golpe resistiendo. Resistiendo es una metáfora: resistiendo con el estetoscopio, cuidando a las recién parturientes y a los nuevos chilenos que llegaban al mundo. Resistiendo, dando ánimos y levantando las angustias de sus alumnos becados, de sus auxiliares de servicio, de la gente común y silvestre de cada día que quedó con tanta vida interrumpida. Luego, quedó cesante.

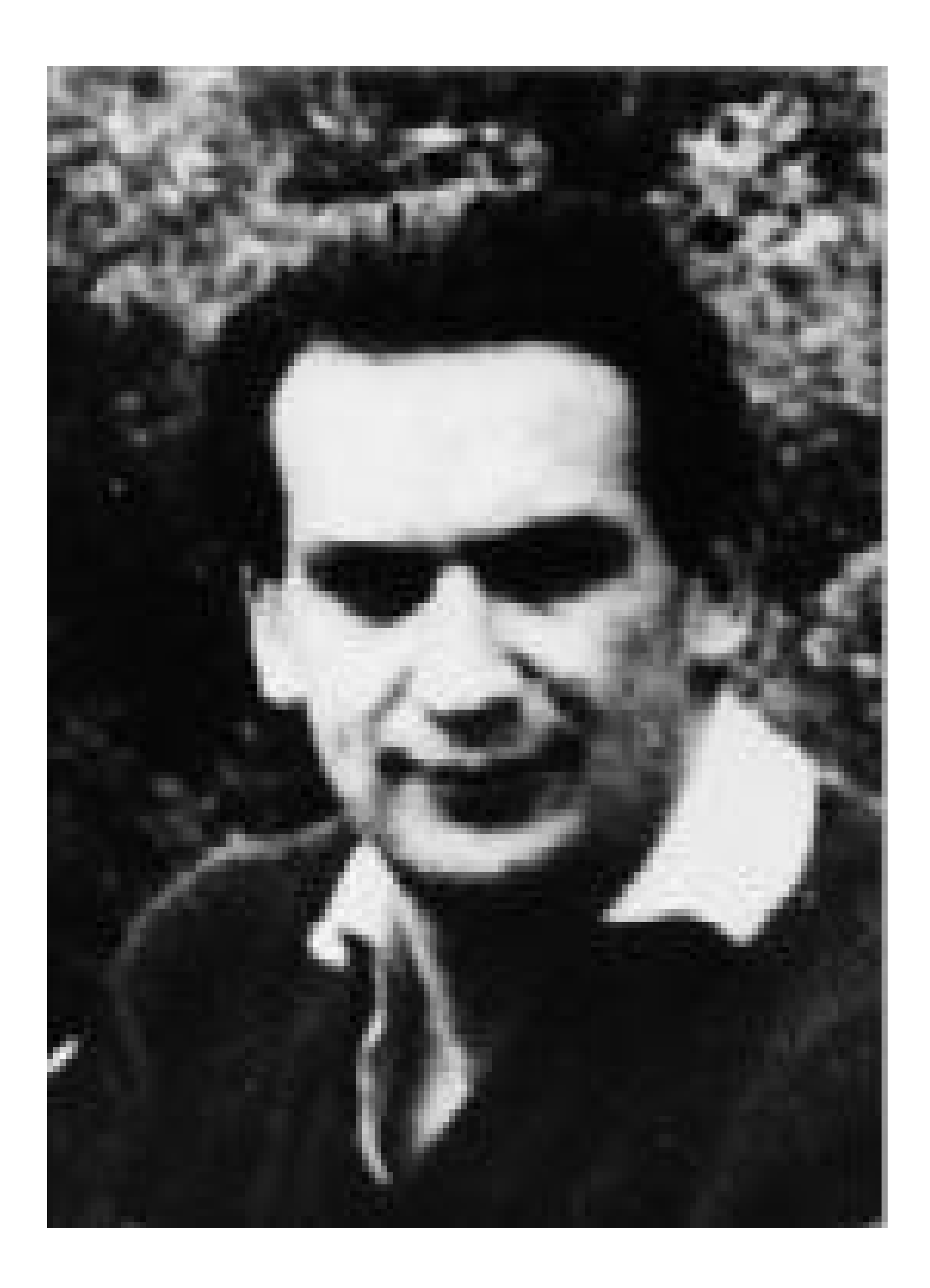
Mi mamá, Lola, debió trabajar más horas fuera de la casa, ella era profesora. Fue la contenedora de la desazón de Carlos. Empezaron a confeccionar telares, hermosos y coloridos tejidos que no lograban paliar todas las necesidades del hogar. En 1974 nació Carlitos, mi hermano menor y con él la casa se alegró, se iluminó. Mi papá se refugió en el abrazo de su pequeño, en largas siestas, cobijado en la transpiración de su retoño.

El día 3 de agosto de 1976, salió de la casa pues tenía turno de noche en el hospital, llevaba un maletín negro, su pijama a rayas y un cepillo verde.

Se había comprometido conmigo a traerme unos pasteles maravillosos que hacían las monjas del Parroquial, ellas lo habían conquistado invitándolo a esos ricos pasteles. Carlos era así, capaz de ser tan cercano con todo el mundo, incluidas monjas y curas, era muy humanista, muy receptivo. Mi papá intuía que lo iban a detener. Ese día era martes y el sábado anterior había ido a la feria, fue con mi tía, la hermana de mi mamá, y le dijo: «me están siguiendo».

No llegó ese día 4 de agosto. Yo escuchaba la citroneta que tenía un sonido de motor muy particular y corría a abrir la reja porque venían mis pasteles. No llegó el sonido del motor y por más que tuve la reja abierta… no entró la citroneta, nunca llegó la citroneta, nunca más llegó el papá, mi papá. Los pasteles sólo son un recuerdo dulce de su barba con merengue[7].

6.4. Director del Sermena durante la Unidad Popular



Iván Insunza Bascuñán

Iván Sergio Insunza Bascuñán tenía 43 años a la fecha de su detención. Médico cirujano, director del Servicio Médico Nacional, Sermena, entre 1971 y 1973, integrante de la Comisión Nacional de Profesionales del Partido, colaborador muy cercano de Jorge Insunza, vinculado políticamente con Carlos Godoy Lagarrigue. Tenía una consulta médica particular en Monjitas 485, domiciliado en Carrera Pinto 2015, en Santiago centro. Casado en segundas nupcias con Ana María Araya, dos hijos.

Fue detenido la noche del 4 de agosto de 1976 por agentes de la DINA, mientras se dirigía en su automóvil a su hogar luego de retirarse de atender a una paciente de la comuna de Macul. Desde esa fecha permanece desaparecido. Anteriormente a su detención, el afectado había recibido un llamado anónimo, en el que una voz masculina le advertía que era buscado por los servicios de seguridad; testigo de este hecho fue su cónyuge Ana María Araya. El día 4 de agosto, el doctor Iván Insunza atendió pacientes en su consulta particular en Monjitas 485, de Santiago Centro. Cerca de las 21.15 horas su secretaria, Ruth Alarcón, al retirarse del lugar se encontró al salir a la calle con un sujeto elegantemente vestido que intentó impedir su salida. En ese momento, otro hombre ubicado a unos 10 metros, parado justo bajo la ventana del afectado, le indicó que la dejara seguir. Ella se retiró sin poder avisar al doctor Iván Insunza de lo ocurrido; lo que sí logró fue ver que los agentes se colocaban en la otra acera frente a la oficina del afectado. Este se retiró de la consulta unos 15 minutos más tarde, aproximadamente a las 21:30 horas. De ahí se dirigió a hacer una consulta médica particular a la casa de una pariente que estaba enferma, domiciliada en Froilán Roa 4621 de la comuna de Macul, hasta donde llegó cerca de las 22:00 horas en su vehículo Renault 4S del año 1969, patente OE76 de Santiago.

Luego de atender a Maité Barrios, salió hasta la calle acompañado del padre de ella, Germán Barrios Insunza. Este dejó al afectado en su vehículo y pudo observar que en ese instante a unos 30 metros de ellos había estacionado «un auto, grande, tipo americano y en su interior se veían dos personas» que –hoy se sabe– eran miembros de la agrupación de la DINA que dirigía Ricardo

Lawrence. Iván Insunza salió en dirección a su casa, según manifestó a su tío, viaje en el que debía demorar una media hora. Sin embargo nunca llegó a su domicilio. Fue detenido entre las 23:00 y 23:30 horas de esa noche en la calle. Al afectado se lo llevaron con su automóvil Renault 4S.

Iván Insunza Bascuñán portaba al momento de ser detenido un depósito a plazo de Finansa, Nacional Financiera S.A., el que fue cobrado el 3 de septiembre de 1976, fecha de su vencimiento en la sucursal de Viña del Mar, por un sujeto que utilizó cédula de identidad falsa.

El 9 de agosto de 1976 fue detenida por la DINA la dirigente del Partido Comunista, Marta Ugarte, quien ese mismo día comunicó a sus familiares que tenía consulta con el doctor Insunza. Su sobrino, el ex diputado Jorge Insunza Gregorio de Las Heras, lo recuerda:

Mi tío tuvo dos hijos. El mayor, Iván, es su reproducción casi exacta, físicamente y también en su carácter. Su segundo hijo, Felipe, todavía no nacía cuando él desapareció. No lo alcanzó a conocer, parece que ni siquiera supo de su gestación y cómo si fuera un sino del destino, Felipe murió a los 18 años en un trágico accidente. Una noche de lluvia cayó al canal San Carlos. Pasaban las horas, los días, y no aparecía. Una nueva angustia nos recorrió. La historia se repetía. Al final, secado el canal, fue encontrado y pudo ser sepultado.

Este recuento me impacta personalmente, porque mi padre, Jorge Insunza Becker, era parte de esa primera dirección del PC y hoy sigue aquí porque sus compañeros lo conminaron a salir de Chile unos meses antes. Mi papá se salvó de ser un detenido desaparecido.

A Iván le gustaba ayudar y era demasiado orgulloso como para dejarse vencer por el miedo. A él nunca le interesaron mucho los cargos, pero asumía las responsabilidades que le daban. Durante el gobierno del presidente Allende fue director del Sermena y, luego, en los primeros años de la dictadura, organizaba a los profesionales comunistas. Además, era uno de los médicos que atendía a dirigentes que vivían en la clandestinidad. Pocos días antes de su detención

había recibido en su consulta a Marta Ugarte y, tal vez, a través de él querían llegar a mi padre. Incluso, entre las mentiras con que Manuel Contreras respondió a los recursos de amparo fue que Iván había salido a Argentina a encontrarse con Jorge Insunza, porque él era su enlace y correo. Esa mentira desnuda la responsabilidad de Contreras, porque la DINA sabía que mi padre había salido de Chile: el «guatón Romo» lo había reconocido en Argentina cuando él salió clandestinamente a fines de 1975.

Iván tenía una especie de juramento: él no se iba a ir de Chile; no iba a dejar su país. Él vivía ese espíritu estoico de su generación y creía en la trascendencia de lo que hacía. Era parte de una causa. Estaba luchando por lo que creía y amaba. Eso era parte del sentido del deber que tenían y de la famosa disciplina comunista en la que se habían formado; ellos sólo iban a dejar sus responsabilidades si el partido se lo pedía o se los exigía. Sentían que no podían abandonar sus tareas. Hacerlo era herir su propia dignidad, su sentido del honor personal. De alguna manera, era traicionarse a sí mismos.

En esos días, aún había campos de concentración. En esos mismos meses a algunos de los prisioneros que antes habían estado en Dawson, Ritoque u otros lugares, los expulsaban al exilio. A Fernando Flores lo expulsaron del país el 9 de agosto de 1976. Luis Corvalán fue canjeado el 16 de diciembre de ese año, un día después de que secuestraron a Fernando Ortiz.

A mi tío Alfonso, el papá de Iván, lo llamaron en varias ocasiones para pedirle plata a cambio de información e incluso le ofrecieron un rescate pagado. Como cualquier padre, hizo lo que le pedían para salvar a su hijo.

Iván era sencillo, no tenía pretensiones. Se apasionaba con sus cosas y más de una vez defendió a puñetes a sus amigos. Tartamudeaba un poco y era entrador, no se hacía problemas para empezar una conversación. También era tenaz, exigente y con explosiones de mal carácter. Mi abuelita Raquel, una vez, se ofendió con él porque gritó desde la escalera que las visitas bajaran la voz,

porque no lo dejaban estudiar tranquilo. Ella, que era severa y tradicional en esas materias, encontró que había que retarlo. En cambio, mi abuelo Jorge no le daba importancia. Ese era un sello de familia.

Como hermano mayor era bien catete. Era mandón, le gustaba ejercer su autoridad. A sus hermanas las reprendía por usar faldas cortas o un escote pronunciado; aunque él se preciaba de ser galán y seductor[8].

6.5. Encargado de Seguridad en los años cuarenta



Daniel Palma Robledo

Daniel Francisco Palma Robledo tenía 60 años al momento de su detención. Empresario, director de Estudio, Evaluación y Ejecución de Proyectos S.A. Casado con Rosalía Keller, cinco hijos. Fue un destacado dirigente del Partido Comunista hasta 1949, cuando se marginó de la tienda y se relacionó indirectamente con una tendencia conocida como PC Bandera Roja, que formaron Luis Reinoso, Benjamín Cares y Marcial Espinoza, entre otros[9].

Fue un cercano colaborador de Carlos Godoy, Iván Insunza y el «Burro» Rodríguez, aglutinados todos ellos desde el primer día por Fernando Ortiz. Se vinculaba también con Marta Ugarte y otros miembros del Comité Central. Domiciliado en Villaseca 2330, dpto. 10, en Providencia.

Fue detenido por agentes de la DINA el 4 de agosto de 1976, quienes además robaron su vehículo que él mismo conducía, marca Renault, modelo 4S color celeste, año 1972, Patente VI552 del año 1976, Municipalidad de Ñuñoa. Ese día se perdió su rastro, luego que en horas de la mañana pasara al correo N° 3 de Santiago, ubicado en Avenida Matta, entre las calles San Diego y Arturo Prat, y fue visto salir de este recinto por un cuidador de automóviles.

La participación de la DINA en el secuestro y posterior desaparecimiento de Palma Robledo quedó establecida cuando en 1977 se encontró su vehículo en poder de agentes de ese organismo de seguridad. Es así como el día 21 de marzo de 1977, en circunstancias que el ciudadano francés Marcel Duhalde conducía su renoleta patente TH310 del año 1977 por calle Huérfanos, entre Bulnes y García Reyes, fue abordado por dos civiles armados –que circulaban en una renoleta similar a la suya– siendo atado y abandonado en un lugar solitario del Cajón del Maipo por los civiles que le robaron su vehículo. Luego de la denuncia de estos hechos a la policía, la Sección Encargo y Búsqueda de Vehículos de Carabineros, procedió a ubicar la renoleta y detener a los responsables, identificados como Manuel Jesús Leyton Robles y Heriberto del Carmen Acevedo Acevedo, ambos miembros de la DINA en esa época. Asimismo, fue aprehendido Julio Lorenzo Leyton Robles, hermano del primero de los anteriores, en cuyo domicilio, calle Los Pioneros 0286, La Florida, fue hallado el vehículo robado, junto a una

segunda renoleta, que resultó ser la de Palma Robledo, repintada de color rojo sobre el celeste original, según detectaron los peritajes de Carabineros.

Los detenidos fueron puestos a disposición de un Fiscal Militar ad hoc, en atención al fuero de los dos primeros, quienes extrajudicialmente manifestaron ante los funcionarios de Carabineros aprehensores, que la renoleta de Palma Robledo les fue proporcionada por la DINA, y la Renoleta de Marcel Duhalde fue robada por los agentes a raíz de órdenes de su jefe directo, el oficial de Ejército Germán Barriga Muñoz, a fin de proveerse de repuestos para el vehículo más antiguo, pues el «organismo se hallaba con poco presupuesto para adquirir repuestos en el mercado».

El director de la DINA, el coronel Manuel Contreras, denunció que los inculpados habían sido torturados por Carabineros, quienes les arrancaron así sus confesiones extrajudiciales. Días más tarde, en extrañas circunstancias Manuel Leyton Robles falleció en una clínica de la DINA de un supuesto estado asfíctico provocado por arritmia[10].

Por otra parte, la familia de Daniel Palma fue víctima del delito de extorsión, por parte de dos sujetos que luego fueron identificados como Raúl Contreras Carrasco y Samuel Román Vera. Tiempo después de la detención del afectado los individuos señalados ofrecieron información del detenido a cambio de dinero. La familia en principio se negó, pero como estos daban señas de poseer datos reales finalmente aceptaron. No obstante, Palma siguió desaparecido y fue visto en Villa Grimaldi, desde donde fue trasladado al cuartel Simón Bolívar.

6.6. Distribuidores de la prensa popular



Hugo Vivanco Vega

Hugo Ernesto Vivanco Vega tenía 58 años al momento de su detención. Empleado, ex trabajador de la imprenta Horizonte, miembro de la Comisión Nacional de Organización del Partido. Vinculado al rubro tipográfico y, en particular a Mujica Maturana, ex obrero de Quimantú.

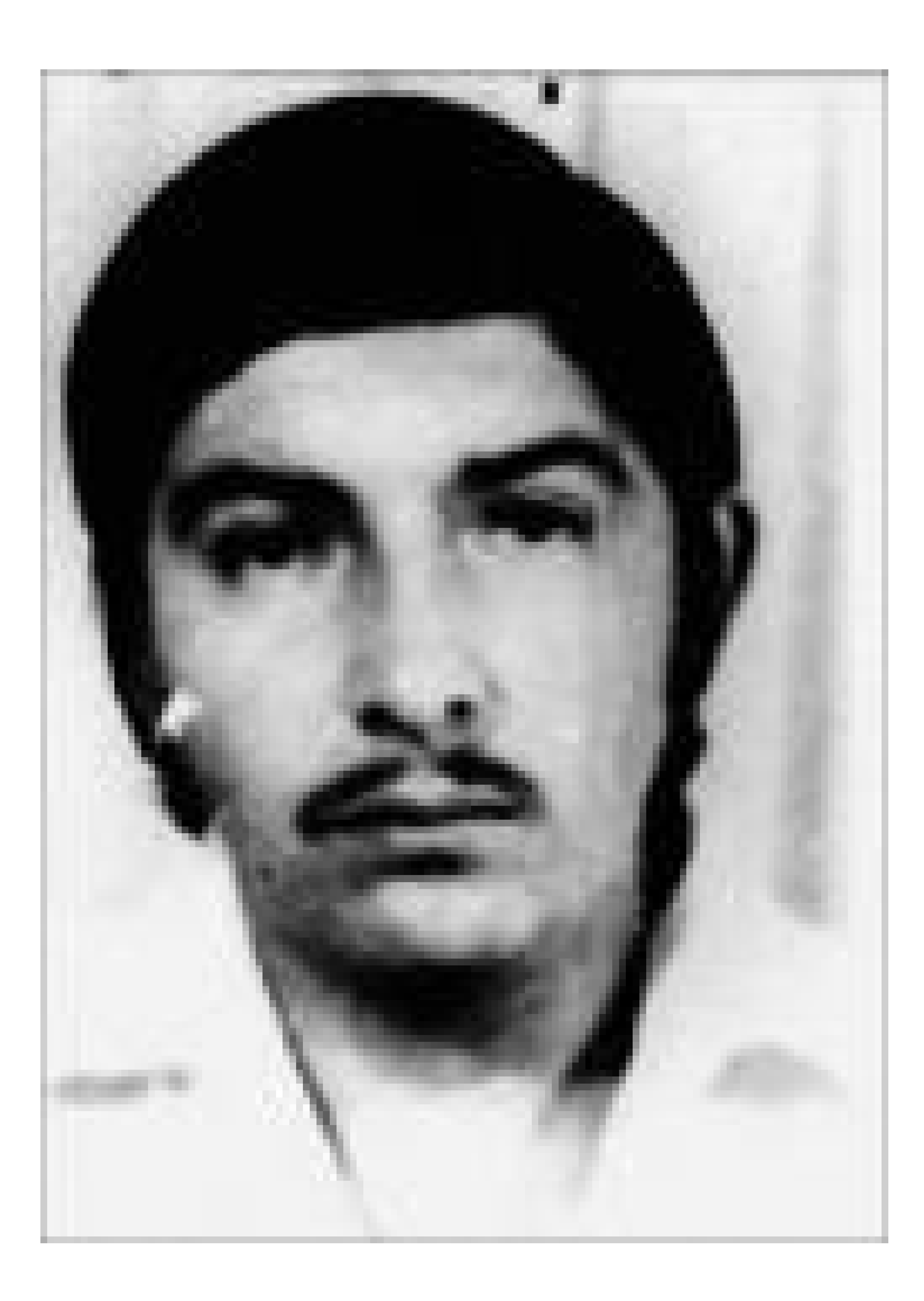
Casado con Alicia Herrera Benítez; un hijo. Vivía en Cóndor 745, casa 6, en Santiago centro.



Alicia Herrera Benítez

Desde niño fue un distribuidor nato y muy entusiasta de la prensa popular. Vivía en las salitreras, en la oficina Aníbal Pinto, y caminaba kilómetros por la pampa con su hermana –Carmen Vivanco–, en plena noche, repartiendo el diario El despertar de los trabajadores. Lo hacían de noche porque estaba prohibido aproximarse a las casas. Había que esperar que pasaran los «bienestares», –los rondines–, para acercarse y golpear la puerta.

Carmen tenía entonces entre los 13 ó 14 años y Hugo era dos años menor. Cerca de su casa había una estación desde donde partían los obreros a los centros de trabajo. Mientras esperaban, le pedían a Hugo: «Ya, cabrito, qué diario tenís, lee pues».



Nicolás Vivanco Herrera

En Aníbal Pinto había sólo tres años de escuela, pero ambos niños leían todo lo que llegaba a sus manos, especialmente historia de Chile. A los siete años Hugo empezó a cargar latas. Quedó con problemas en las manos y un hombro caído. Casi no pudo hacer el servicio militar.

Hugo Vivanco permaneció en su puesto de trabajo hasta el 11 de septiembre de 1973, día en que el nuevo régimen clausuró y confiscó el diario El Siglo y la empresa Horizonte, al mismo tiempo que enviaba a prisión al gerente, Luis Barría.

Su hermana recuerda que a Hugo le aconsejaron que se fuera, al norte o al sur, como lo hizo mucha gente, pero no quiso. Vivió un tiempo donde un hermano, pero volvió en cuanto pudo.

«Mi hermano se entregó de lleno en todo el periodo difícil, porque había que poner muchas cosas a salvo, según decía. De algún modo se las arregló para hacer de vendedor ambulante, ofreciendo jabones, peinetas, para tener la ocasión de tomar contacto con los viejos compañeros. Junto con la impresión de algún volante, ese contacto era la única posibilidad de resistir, de no sentirse arrollados y diezmados por el terror», cuenta.

Vivanco estaba enfermo, tenía una afección grave a las piernas y a la cintura; apenas podía caminar. Estaba comenzando a reponerse cuando tuvo la mala idea de salir a comprar pan. Al mediodía del 4 de agosto, dos hombres de complexión robusta lo detuvieron, apartaron a una vecina que quiso intervenir, lo arrastraron hasta el auto en que habían llegado y se lo llevaron a Villa Grimaldi.

Testigos de la detención informaron de lo ocurrido a su cónyuge, Alicia Herrera Benítez, quien comunicó telefónicamente lo acontecido al hijo de ambos, Nicolás Hugo Vivanco Herrera, que vivía en San Felipe. Luego Alicia, cerca de las 14:00 horas se dirigió al domicilio de su cuñada, Carmen Vivanco Vega, para contarle lo que había pasado, retornando enseguida a su hogar. Alicia Herrera, militante comunista también, fue detenida alrededor de las 16:00 horas por agentes de la DINA que allanaron su vivienda.

Apenas recibió el llamado de su madre, Nicolás partió angustiado a Santiago. Llegó tarde, porque en la casa paterna no había nadie. Todo estaba revuelto. Por gente del barrio supo que su madre había sido detenida a las 16:00 horas. Cuando su prima Genoveva Ramos llegó a ver la casa, lo encontró desesperado en medio del desorden, revolviendo cosas en busca de fotografías para llevarlas a la Vicaría de la Solidaridad. Quería pedir ayuda, pero no encontraba las fotos. Genoveva lo convenció de no permanecer allí; buscarían las fotos después. Nicolás durmió esa noche en casa de los tíos Ramos Vivanco y a la mañana siguiente regresó a San Felipe para renovar el permiso y continuar la búsqueda. Su tía Carmen Vivanco también salió temprano a hacer diligencias.

Alicia Herrera, según testimonios de sobrevivientes, fue trasladada a Villa Grimaldi, desde dónde se le perdió el rastro hasta hoy.

El 10 de agosto de 1976 fue detenido en la vía pública, Nicolás Hugo Vivanco Herrera, casado, tres hijos, obrero automotriz, militante comunista. Su detención ocurrió alrededor de las 21:00 horas, en la vía pública, en la intersección de las calles Cóndor con San Francisco, en Santiago, sector en el que tenían su domicilio sus padres, cuando regresaba de ir a dejar a una tía al terminal de buses norte. En ese punto fue secuestrado por individuos de civil, hecho que fue presenciado por vecinos del sector, quienes conocían a Nicolás desde pequeño. Era hijo único del matrimonio Vivanco Herrera, y en esos momentos hacía gestiones para averiguar el paradero de sus padres.

6.7. Encargado de organización del Regional Capital



Óscar Ramos Garrido

Oscar Orlando Ramos Garrido tenía 59 años a la fecha de su detención. Linotipista y radiotécnico, comunista, miembro del Comité Central y de la Comisión Nacional de Organización del Partido. Ex intendente de Llanquihue hasta el 9 de septiembre de 1973, ex trabajador de la imprenta Horizonte. Casado con Carmen Vivanco Vega, dos hijos. Vivía en el Parque Apoquindo, calle 7 N° 7801, en Las Condes.

Fue detenido el día 5 de agosto de 1976, alrededor de las 13:00 horas en su domicilio, por cinco agentes de la DINA que, además, allanaron su vivienda y procedieron a su aprehensión, introduciéndolo por la fuerza en un vehículo Peugeot de color rojo. Junto a Oscar Orlando, fue detenido su hijo Oscar Arturo Ramos Vivanco, 24 años, soltero, técnico en radio, militante comunista. Ambos se dedicaban a la reparación de radios, labor que realizaban en una habitación de la misma vivienda habilitada para tales efectos.

Testigos presenciales del allanamiento y de las detenciones, fueron, Genoveva Ramos Vivanco y un pequeño hijo de ésta, de cuatro años de edad.

Padre e hijo fueron conducidos hasta Villa Grimaldi, donde fueron vistos por varios testigos que lograron sobrevivir a las torturas. Al respecto, Isaac Godoy Castillo, declaró haber conversado con Ramos Vivanco, quien le contó que había sido detenido junto a su padre, el que también se encontraba en ese lugar.

Carmen Vivanco, su compañera, hoy de 98 años, rememora:

Lo recuerdo estudiando sus preparatorias en el norte, desempeñándose como junior y aprendiendo electricidad por correspondencia en María Elena. Luego supo «parar tipos» en una imprenta clandestina que, en los años 40, imprimía El Popular de Antofagasta, trabajo que le costó un año de relegación en Pisagua. Cuando llegó a Santiago fue cargador de camiones de un frigorífico y secretario del diputado Santos Leoncio Medel, de Arauco, hasta que llegó a Horizonte, donde se hizo linotipista. Fue dirigente sindical, con fama de hombre serio, firme y a la vez ponderado. Tuvo compañeros que fueron altos dirigentes políticos, como el jefe de producción Víctor Díaz, también nortino, y el linotipista

Uldarico Donaire, ambos detenidos desaparecidos.

Compartió también muchas peripecias de esa imprenta que dio vida a diarios y revistas como El Siglo, El Espectador, Ultima hora, Puro Chile y Vistazo, aparte de varios periódicos sindicales.

En 1957 fue relegado con casi todo el personal de Horizonte, después que fuerzas policiales con apoyo militar en la calle destruyeron pieza por pieza la maquinaria de imprenta. Los autores fueron descubiertos y castigados tras un largo proceso militar.

Durante los tres períodos de candidatura de Salvador Allende, Carmen Vivanco formó parte de la Comisión de Control y Cuadros, después pasó a integrar la Comisión Femenina junto con Julieta Campusano, Mireya Baltra y otras compañeras. Antes del golpe la mandaron varias veces a Antofagasta y a Pedro de Valdivia.

Carmen recuerda:

En el gobierno del presidente Allende, Oscar se incorporó de lleno a la política. En 1972 fue designado Intendente de la provincia de Llanquihue. Tuvo que investigar y leer de todo para interiorizarse de la historia y los problemas de la región.

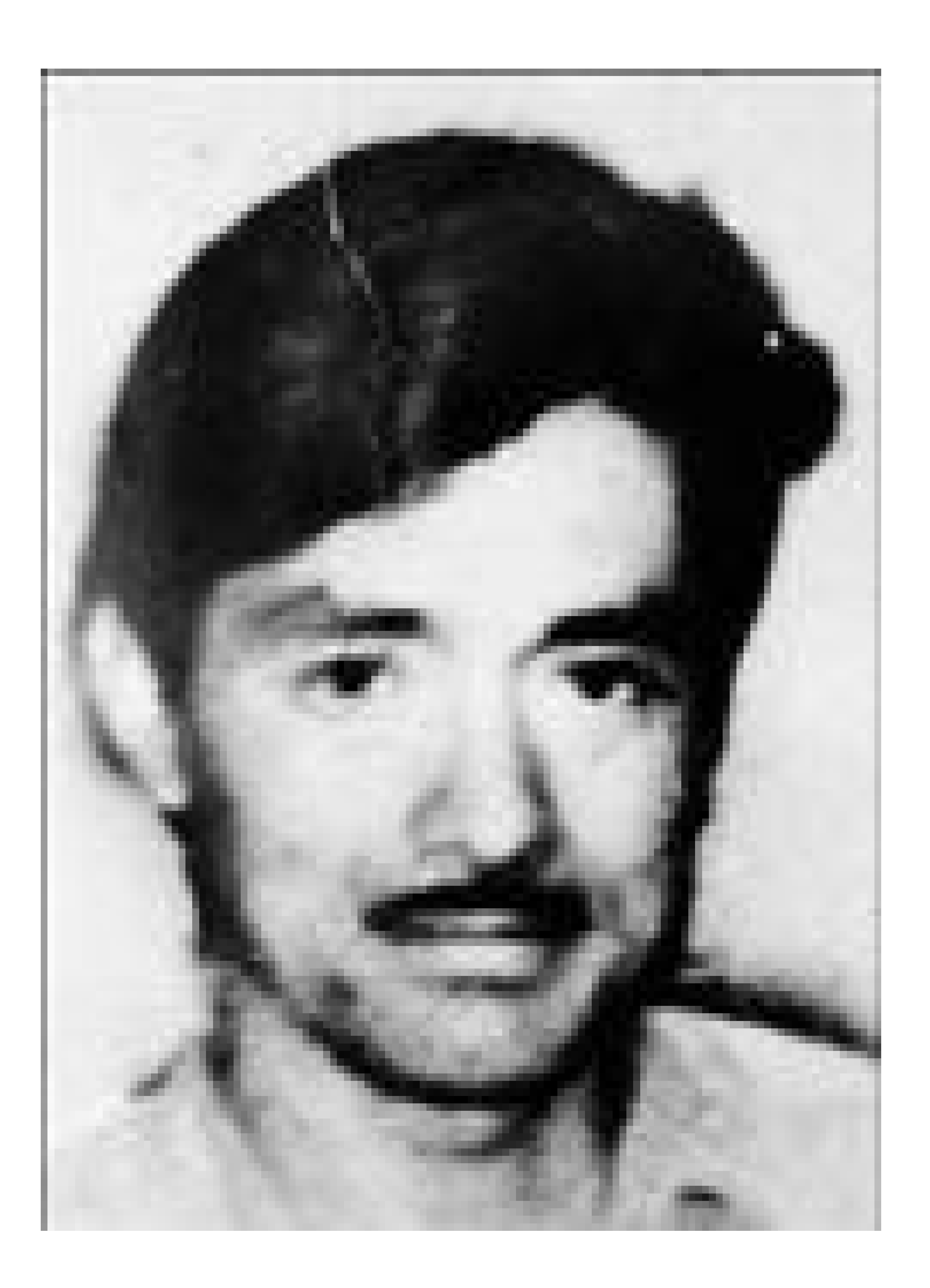
Debido al exceso de tensiones vividas a diario, Oscar enfermó gravemente a fines de agosto de 1973. Se le reventó una úlcera en el duodeno. El 9 de septiembre, el médico determinó trasladarlo de urgencia a Santiago. Le ordenaron inmovilidad absoluta y el 11 debía someterse a chequeo clínico en el hospital. No pudo hacerlo, porque justamente aquel día se produjo el golpe. Debí administrarle las medicinas recetadas en Puerto Montt mientras se presentaban condiciones favorables para hospitalizarlo. En ese tiempo tan difícil, de frecuentes tiroteos, vivíamos en una casa arrendada, a cuyo 2° piso subían una y otra vez los militares, sosteniendo que allí había francotiradores. Me correspondió muchas veces abrirles la puerta para que subieran a investigar. Afortunadamente, ninguna vez intentaron registrar nuestra casa. Debido a la urgencia con que debimos partir, mi hijo tuvo que quedarse en Puerto Montt y

estuvimos una semana sin tener noticias de él. El jefe militar que asumió el cargo, le permitió salir de la Intendencia con el compromiso de que no tomaría participación en ninguna actividad política. Óscar Arturo, en cuanto le fue posible, viajó a Santiago a reunirse con nosotros. En el intertanto pude hablar con el doctor Moreno quien me aconsejó trasladar a mi esposo al hospital San José e ingresarlo bajo un nombre distinto al suyo. Así lo hice. Permaneció allí 21 días y logró mejorarse. Como era buscado por la policía política, al ser dado de alta debimos llevarlo a casa de uno de sus hermanos y allí permaneció oculto durante un año. Cuando llegaban los detectives a buscarlo a nuestro domicilio, yo decía simplemente: se fue de la casa y no sé dónde se encuentra.

Oscar siempre fue excelente padre y buen marido. Me ayudaba en los quehaceres de casa y, cuando yo, debido a mis obligaciones, llegaba más tarde a la casa, me esperaba hasta con la comida preparada.

Ramos Garrido había seguido funcionando en la clandestinidad como encargado de organización del Comité Regional Capital, secretario del mismo e importante pieza en la Comisión Nacional de Organización. Trabajó en tareas asignadas por la Dirección del PC hasta las 13:00 horas del 5 de agosto de 1976.

6.8. Secretario del Regional San Miguel



Gabriel Castillo Tapia

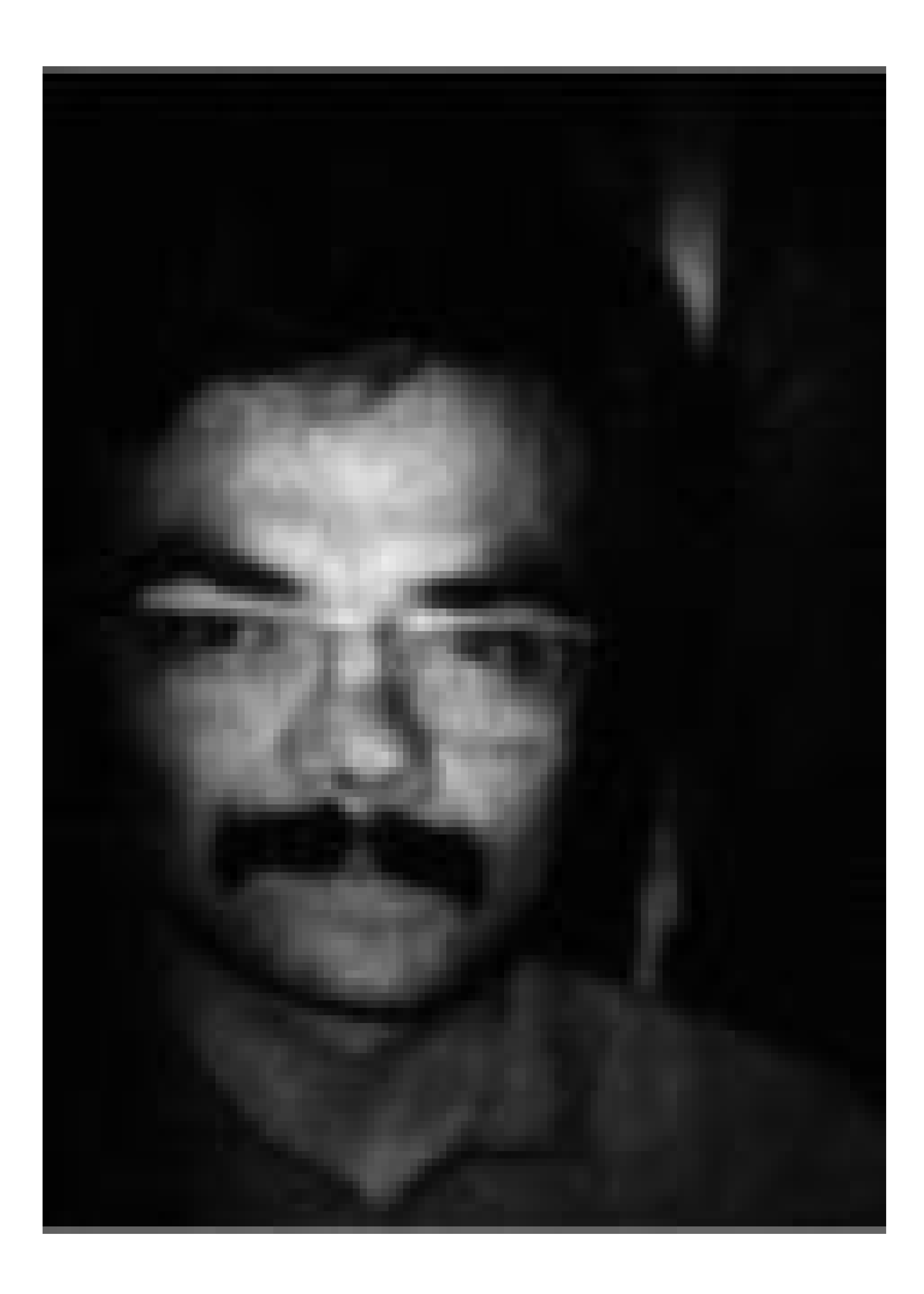
Gabriel del Rosario Castillo Tapia tenía 35 años a la fecha de su detención. Hijo de un matrimonio de campesinos –Nicolás del Rosario y Josefina– vivió en el pueblo El Morado, en las cercanías de Combarbalá, hoy Cuarta Región, hasta los 18 años. Era el mayor de cuatro hermanos. Cursó sus estudios básicos en la Escuela Paul Harris, en La Isla de Cogoti. En el pueblo donde vivía, un vecino compraba el diario El Siglo y después que lo leía se lo daba a Gabriel, que lo revisaba muy interesado. Luego viajó al norte y trabajó en las oficinas salitreras de Pedro Valdivia y María Elena, donde se transformó en dirigente sindical y empezó a militar en las Juventudes Comunistas. Durante el gobierno de la Unidad Popular fue secretario del Regional Norte Loa Calama de las JJ.CC. y viajó en esa condición a la Unión Soviética. Sus amigos más cercanos eran Héctor Cuevas, dirigente de la construcción, y Osvaldo Araya, regidor de Combarbalá, ambos comunistas. Casado con Lidia Argandoña, dos hijos, ambos ingenieros industriales en la actualidad.

Tras el golpe de 1973, luego de ser llamado por radio para que se presentara en el regimiento, salió de Calama hacia villorrios del altiplano, donde estuvo hasta 1974. Viajó a Santiago y tomó contacto con Héctor Cuevas, reincorporándose al trabajo partidario y laborando ocasionalmente como obrero de la construcción. Vivía en Apolo 5771, población El Cortijo, en Quilicura.

Gabriel Castillo, «Efraín», fue encargado del coordinador de comités regionales hasta la tercera semana de julio de 1976. Luego fue el secretario del Comité Regional San Miguel hasta el día de su captura

Cayó detenido por la DINA el 5 de agosto de 1976, cerca de las 17:00 horas, luego de salir de su domicilio con destino al centro de la ciudad. Debía encontrarse con un compañero para entregarle un documento en donde se daba cuenta con detalles de la detención de Víctor Díaz. Los agentes lo interceptaron en la avenida Salvador Gutiérrez esquina de la avenida Las Torres, en lo que es hoy la comuna de Cerro Navia. Lo llevaron a Villa Grimaldi y luego a Cuatro Álamos, desde donde desapareció.

6.9. Acometidas en contra de la Comisión Nacional Sindical



José Santander Miranda

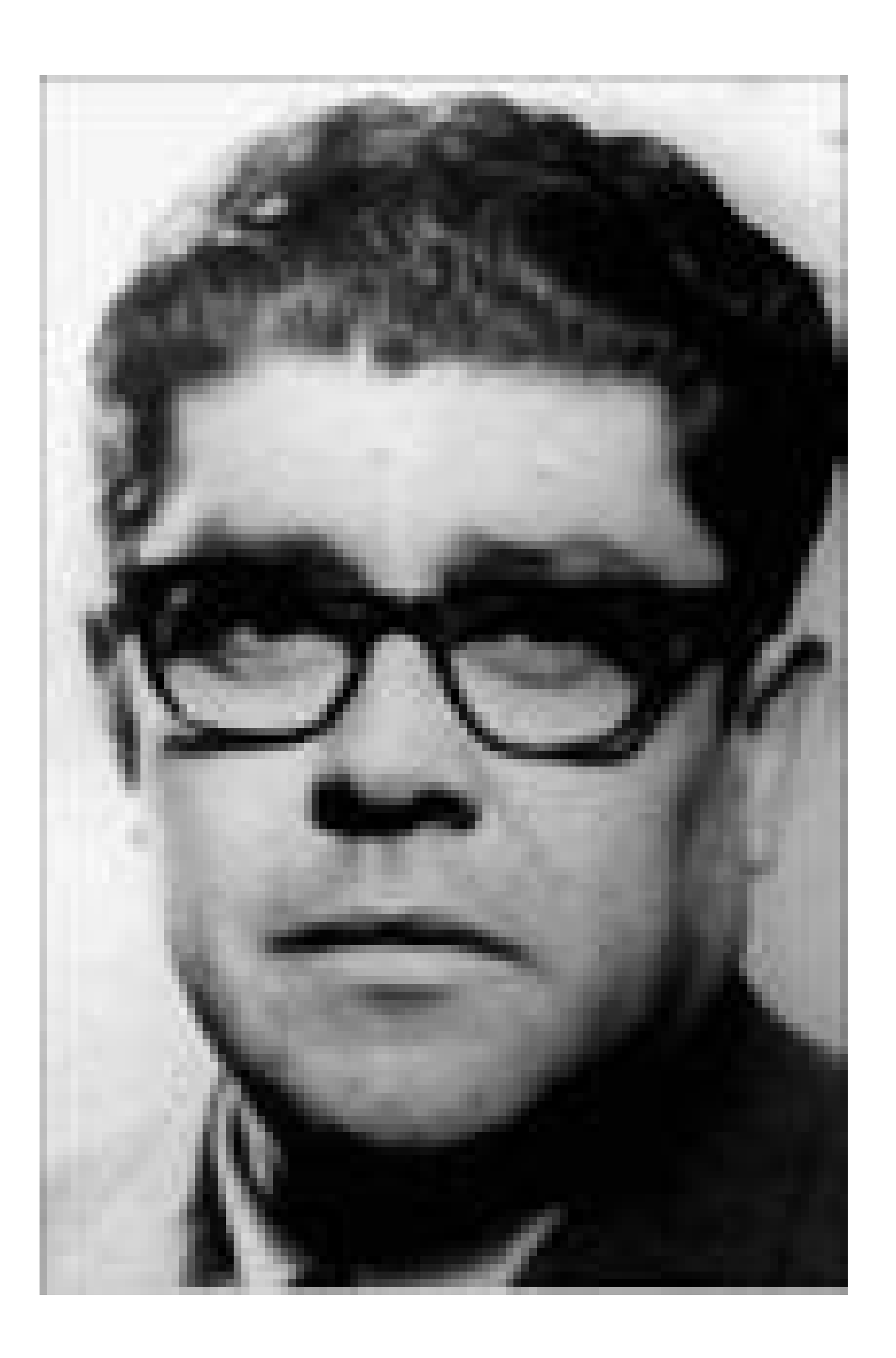
José Eduardo Santander Miranda tenía 29 años a la fecha de su detención. Operador IBM, dirigente juvenil de la CUT y del Sindicato de la Tesorería General de la República. Integraba la Comisión Nacional Sindical y la Subcomisión de Propaganda. Casado, dos hijos. Mantenía vínculos políticos con Nicolás López Suárez y con Guido Díaz. Vivía en la Avenida Central 305, en Gran Avenida, paradero 36 y medio, en San Bernardo.

El 18 de diciembre de 1973, Santander Miranda fue detenido y trasladado al Cuartel General de Investigaciones, siendo liberado el 28 del mismo mes.

El 6 de agosto de 1976, alrededor de las 09:30 horas, en la Avenida Central de San Bernardo, en circunstancias que se dirigía a tomar el bus para dirigirse a Santiago. Los aprehensores fueron cuatro civiles que se movilizaban en un vehículo de color celeste, marca Chevrolet, sin patente, al cual fue introducido a la fuerza. José Santander, al momento de ser capturado, gritó su nombre a las personas que presenciaron los hechos. pidiéndoles que avisaran a su mujer que la DINA lo estaba deteniendo. Entre los testigos de su detención se encontraban su hermana Lidia Santander Miranda, Sonia Carroza Silva y María Toledo Quezada. Tras ser subido al mencionado vehículo, fue trasladado con destino desconocido, perdiéndose desde entonces todo rastro acerca de su persona.

Tres días después, el 9 de agosto de 1976, otros cinco dirigentes sindicales pertenecientes al Partido Comunista fueron detenidos por la DINA y trasladados a Villa Grimaldi, desde donde desaparecieron. Ellos son Víctor Hugo Morales Mazuela, José Enrique Corvalán Valencia, Pedro Eduardo Silva Bustos, Jorge Salgado Salinas y Mario Jesús Juica Vega.

6.10. Ex alcalde, ex regidor y miembro del Comité Central



Manuel Vargas Leiva

Manuel de la Cruz Vargas Leiva tenía 54 años a la fecha de su detención. Jubilado de Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Ex regidor y ex alcalde de la comuna de Tiltil, casado con Irene Marín, cuatro hijos. Miembro del Comité Central e integrante de la Dirección clandestina, junto con Fernando Ortiz y Eliana Ahumada. Vinculado políticamente con Mario Juica, detenido desaparecido.

Fue detenido alrededor del mediodía del 7 de agosto de 1976 por agentes de la DINA, en las inmediaciones de la Estación Central. Momentos antes había estado en ese mismo lugar con su hijo Manuel Enrique, quien relató que su padre le había comentado que por esos días estaba siendo buscado por agentes de seguridad. Además, le señaló que se dirigía a encontrarse con su cónyuge ya que debía entregarle dinero para los gastos de la casa. Manuel Enrique se despidió de su padre y sólo volvió a saber de él cuando le informaron que no había llegado a la cita con su esposa. Ella, Irene Marín, relató posteriormente que el afectado: «ese día, debía reunirse conmigo a fin de entregarme la pensión mensual y no concurrió a nuestra cita. Esa mañana me llamó por teléfono y me preguntó si yo iba a salir y le contesté que no. Él quedó de llamarme nuevamente esa tarde, para ponernos de acuerdo sobre el lugar donde me entregaría el dinero del mes, pero no me llamó más».

Los agentes de la DINA trasladaron a Manuel Vargas Leiva a Villa Grimaldi. En declaración jurada del 4 de diciembre de 1979, Juana del Carmen Vicencio Hidalgo, detenida el 13 de agosto de 1976, relató que estando detenida allí fue interrogada intensamente para que aportara datos de Manuel Vargas Leiva. Agregó que pudo ver allí a Vargas conversando con Mario Juica Vega, persona que siempre acompañaba al primero; la última vez que los había visto juntos era el 30 de julio. Juica Vega había sido detenido el 9 de agosto y al igual que el afectado se encuentra desaparecido. Posteriormente, a fines de septiembre de 1976, llegaron al domicilio del afectado en Tiltil cuatro sujetos de civil. Allí conversaron con la suegra de Manuel Enrique Vargas, hijo del afectado. Su interés era establecer los bienes que eran propiedad de la víctima. Esa fue la última oportunidad en que los agentes se hicieron presentes.

Años antes, en 1949, Manuel Vargas Leiva siendo alcalde de Tiltil fue detenido y relegado a la isla de Melinka. Años más tarde, después del golpe militar de 1973, precisamente en la madrugada del 22 de enero de 1975, llegaron hasta el domicilio de Vargas cinco sujetos de civil, movilizados en una camioneta Station Wagon marca Fargo, sin patente. Los sujetos allanaron la casa y se llevaron «secuestrados», ya que no hubo orden competente, a sus hijos Flavia y Manuel Enrique. Los trasladaron hasta las cercanías de una playa donde los encerraron en unas casetas. Al mediodía del día siguiente los interrogaron respecto de las amistades de su padre, los lugares que visitaba y si tenía armas en la casa. Durante el interrogatorio los agentes golpearon a ambos hermanos permanentemente, incluso los amenazaron de muerte. Ya en la noche los sacaron del lugar y los devolvieron a su domicilio.

El 21 de mayo de 1976 al mismo domicilio anterior concurrieron civiles que se movilizaban en un taxi Peugeot, cerca de la cuatro de la tarde. Los sujetos preguntaron a Manuel Enrique si ahí vivía Vargas, y como les respondiera que él era el único Vargas que allí vivía los agentes se retiraron sorprendidos.

Una semana más tarde, el 27 de mayo de 1976, volvieron al domicilio señalado los mismos sujetos, acompañados de otros tres y movilizados en un auto Peugeot celeste. Los agentes hablaron con Norma Cimino, suegra de Manuel Enrique, y le preguntaron por él. Agregaron que estaban buscando al afectado y que se les había escapado, pero en Santiago lo ubicarían.

Nuevamente volvieron el 3 de junio de 1976. En esa oportunidad mostraron una foto carnet de Flavia Vargas, hija de la víctima, y le preguntaron a Norma por la dirección de ella en Santiago, además le preguntaron por la edad y descripción física de Manuel Vargas Leiva. Finalmente los agentes de la DINA lo detuvieron, y permanece hasta la fecha en calidad de detenido desaparecido.

6.11. Ex dirigente sindical de la Municipalidad de Santiago



José Corvalán Valencia

José Enrique Corvalán Valencia tenía 46 años al momento de su detención. Ex empleado de la Empresa Nacional de Frigoríficos, Enafri, y dirigente sindical en la Municipalidad de Santiago hasta septiembre de 1973. Casado, seis hijos. Vivía en la población Arauco, Pasaje Trigal 1769, en Santiago.

Fue detenido por la DINA el 9 de agosto de 1976, alrededor de las 10:00 horas, en el domicilio de Alfredo Sánchez, de 70 años de edad, ubicado en Ayacara 8523, en la población San Ramón, en La Granja. Fueron también detenidos el dueño de casa y otra persona cuya identidad se desconoce y que llegó a la casa cuando los agentes se encontraban en su interior.

Los tres aprehendidos fueron trasladados a Cuatro Álamos, desde donde Alfredo Sánchez fue dejado en libertad al día siguiente, bajo amenaza de no contar lo sucedido. José Corvalán fue visto en Cuatro Álamos por Alfredo Sánchez. Más tarde permaneció recluido en Villa Grimaldi, donde fue visto por Máximo Vásquez Garay. Finalmente estuvo recluido en el Cuartel Simón Bolívar; Morales Salgado reconoció su foto y Carlos Marcos Muñoz recuerda haberlo visto.

6.12. Secretario del Comité Regional Norte de Santiago



Mario Juica Vega

Mario Jesús Juica Vega tenía 34 años a la fecha de su detención. Comerciante, casado con Marta Floriana Rocco López, cinco hijos. Ex presidente del Sindicato de Obreros Municipales de Renca, ex secretario del senador Jorge Montes. Su chapa era «Mauricio». Vinculado políticamente con Julia Retamal, Haroldo Pérez y Eliana Soto Calderón. Vivía en Santa Mónica 0589, en La Cisterna.

Mario Juica fue un destacado cuadro del Comité Central de la Jota que pasaron al Partido en la etapa previa al gobierno de Salvador Allende. A la fecha de su detención era secretario del Comité Regional Norte de Santiago y antes cumplió distintas tareas que le asignó la Dirección, particularmente en el frente de Organización.

El 9 de agosto, cuando Juica caminaba al mediodía por las inmediaciones de la Plaza Ñuñoa rumbo a una reunión del Partido, un automóvil se detuvo al lado suyo, bajaron dos sujetos que lo esposaron, lo obligaron a subir al vehículo en que viajaban y lo condujeron a la Villa Grimaldi. Allí fue visto por varios testigos: Jara Alegría, Isaac Godoy, Rosa Leiva, Omar Rosales Chávez y Máximo Vásquez Garay. Este último declaró que a Juica «lo tenían crucificado; estaba agónico».

Sobre la permanencia de Juica Vega en Villa Grimaldi, dieron cuenta los testimonios de seis ex prisioneros. Omar Rigoberto Rosales Chávez expresó en declaración jurada haber sido detenido el 11 de agosto de 1976, junto a Héctor Mario Núñez Ferrada, por agentes de la DINA que transportaban en calidad de detenido a Víctor Hugo Morales Mazuela, dirigente regional del PC. Rosales fue trasladado con la vista vendada a Villa Grimaldi, donde permaneció dos días, siendo luego dejado en libertad. Durante su estadía en ese lugar, mientras estaba en un patio, pudo escuchar movimiento de personas y vehículos que al parecer se preparaban para un operativo, por cuanto le estaban cambiando patente a los vehículos. En un momento dado, uno de los agentes dijo que les faltaba una persona para salir y llegó alguien a quien le preguntaron su nombre, identificándose esa persona como Mario Juica, tras lo cual, varios vehículos

abandonaron el lugar.

Rolando Jara Alegría fue detenido en dos oportunidades por la DINA, el 30 de julio y el 18 de agosto de 1976 respectivamente. En esta última fecha, los agentes tenían en calidad de detenida a Juana Villavicencio y, al igual que la vez anterior, fue trasladado a Villa Grimaldi en donde fue desnudado, amarrado de pies y manos a un catre metálico y torturado con electricidad. Después de haber permanecido unos cinco días en unas «cajoneras» ubicadas en el sector de La Torre, fue trasladado a una celda en donde permaneció junto a Juana Villavicencio y a Rosa Leiva; en el cuarto próximo se encontraba Marta Ugarte, quien le relató que había soportado fuertes torturas y que había estado colgada durante tres días. También conversó con otro detenido, Carlos Vizcarra –detenido desaparecido– quien le refirió que pocos días antes habían trasladado a Mario Juica a otro lugar.

Más tarde, Juica fue llevado a Cuatro Álamos, donde lo vio Juan Carlos Cárdenas Núñez; y, desde allí, fue trasladado al cuartel Simón Bolívar, donde fue visto por Morales Salgado.

6.13. Uno de los fundadores de la población La Victoria



Víctor Hugo Morales Mazuela

Víctor Hugo Morales Mazuela tenía 45 años a la fecha de su detención. Jefe de obra y dirigente sindical de la construcción. Encargado de organización del Comité Regional Oeste de Santiago. Ex oficial administrativo de Corhabit. Casado con Elsa Castro Vargas, cuatro hijos: Jenia, Olga, Natacha y Félix. Tres nietos a la fecha de su desaparición: Víctor Manuel, Vladimir y Vania. Vinculado políticamente con Marta Ugarte, detenida desaparecida; y, con Omar Rosales, Víctor Carrasco y Alberto Muñoz. Usaba la chapa de «Carlos». Domiciliado en Ranquil 4788, San Miguel.

Su padre, Roberto, era carpintero; su madre, Ana, dueña de casa. Tenía dos hermanas: Graciela y Eliana. Casi toda su familia era comunista. Sus primeros años los vivió en el barrio Zañartu y luego se trasladaron a la población La Legua. Tras cursar sus preparatorias, estudió tres años de carpintería en una escuela vocacional. Durante la Unidad Popular completó su enseñanza media para poder ingresar a la administración pública, en el Ministerio de la Vivienda.

Ingresó a las Juventudes Comunistas a los 15 años en la población La Legua. Para la represión de Gonzales Videla formó parte de la estructura de choque constituidos para esa época por el Partido. En 1957 participó en la organización y posterior toma de terreno que dio origen a la población la Victoria. Ahí continuó desarrollando su militancia hasta llegar a ser, durante la UP, dirigente en el Comité Regional San Miguel.

Disfrutaba del campo, la pesca y la caza. Le gustaba también la crianza de animales y aves, pero su gran pasión fue ser hincha del club de fútbol Magallanes, su querida y vieja academia. Ir al estadio con la familia era su mayor felicidad.

Su mejor amigo era Erwin Vargas, compañero de lucha en el periodo de González Videla, y luego padrino de su hija Jennia, la cual falleció trágicamente al ahogarse en una playa en 1972. También fueron sus compinches Ricardo Uribe y Johnny Godoy con los que salía al Cajón del Maipo a cazar perdices.

Morales Mazuela fue detenido por la DINA el 9 de agosto de 1976, en la

mañana, en la esquina de las calles Blanca y Las Torres, en los alrededores de la Villa México, muy cerca de Maipú. Al revisarlo, le encontraron un escrito con los datos de una reunión a la que debía acudir. Dos días después, los agentes de la DINA lo condujeron al sector de la calle Apóstol Santiago con Monseñor Edwards, en la comuna de Quinta Normal, donde debía juntarse con Omar Rosales Chávez y Héctor Núñez Ferrada, a quienes también detuvieron. De vuelta en Villa Grimaldi, a los tres los sometieron a violentas torturas. Esa misma tarde Rosales y Núñez fueron trasladados a Cuatro Álamos.

Omar Rosales declaró más tarde que en Villa Grimaldi fue careado con Víctor Hugo Morales Mazuela. Luego fue trasladado a otra dependencia, donde escuchó que era interrogado Vicente Atencio. Más tarde fue llevado a otra pieza donde permanecía colgado Víctor Hugo Morales, quien se quejaba mucho. Estuvo sólo un instante ahí para luego continuar los interrogatorios. Finalmente lo dejaron en una pieza por algunos momentos, en la que se encontraban otros dos detenidos que se lamentaban y que no logró identificar. Tras esto fue sentado nuevamente con Héctor Núñez. Así pudo percatarse que los agentes se aprestaban a realizar un operativo para lo cual estaban cambiando las patentes a los vehículos, llevándose con ellos a un detenido que se identificó como Mario Juica. Al atardecer de ese día fue trasladado a Cuatro Álamos junto a Héctor Núñez, donde permanecieron unos 15 días para ser luego pasados a libre plática a Tres Álamos, recuperando su libertad el 18 de noviembre de 1976 desde el campamento de prisioneros de Puchuncaví.

Morales Mazuela fue trasladado después al cuartel Simón Bolívar, desde donde desapareció.

Uno de sus nietos, Alexis Cortés Morales, lo recuerda:

No hace mucho tiempo, en un homenaje a los fundadores de la población La Victoria, un compañero y amigo tuyo, me presentó a otro compañero y le dijo: «Mira, este es el nieto del chico Morales» y sus miradas me hicieron sentir que en sus ojos era yo quien te veía. O aquella vez en que la célula del Partido que lleva tu nombre te homenajeó convidando a tus vecinos de la Ranquil a la ceremonia y ellos cantaron la Internacional con nosotros.

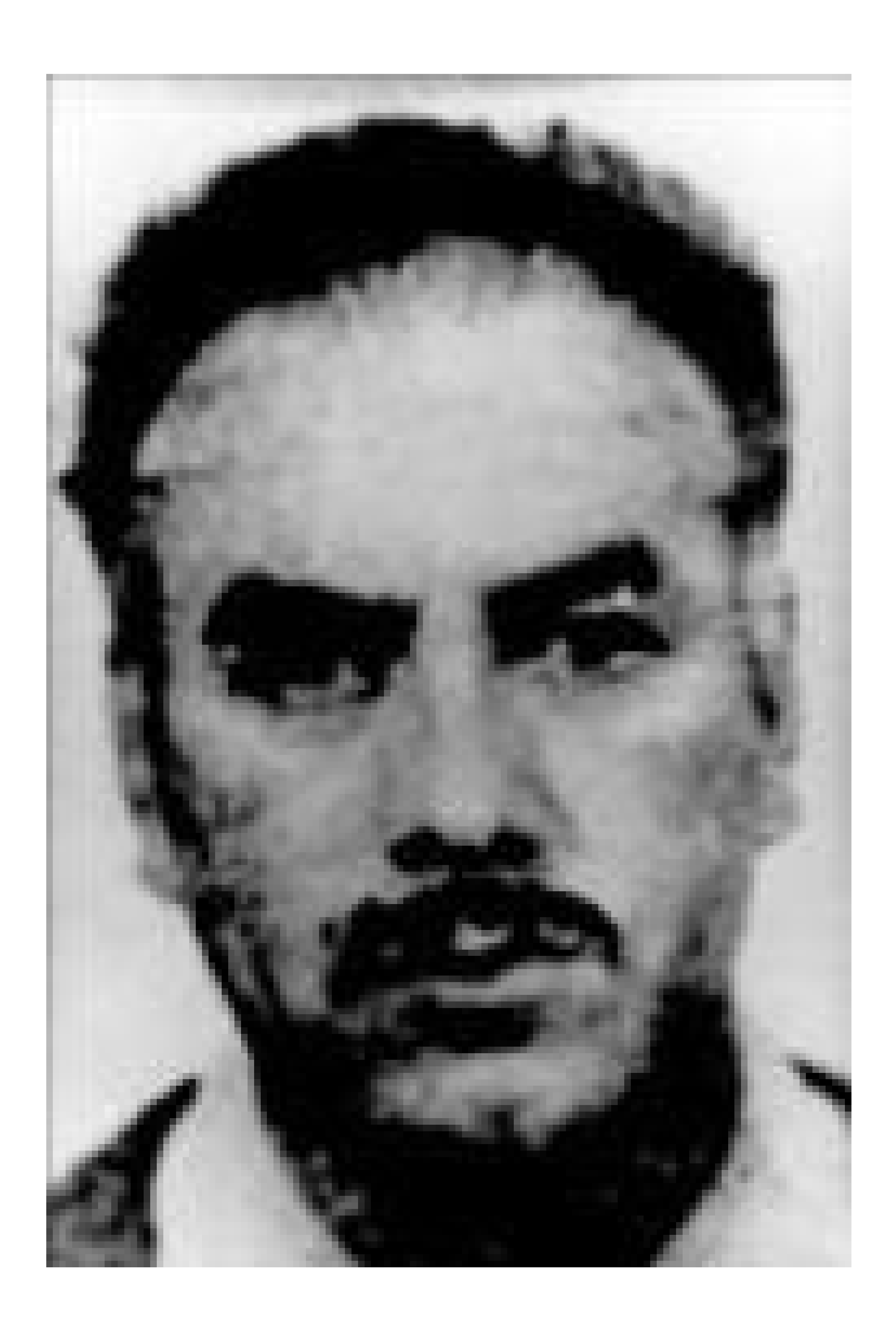
A veces el tío Vlady, tu compadre, contaba historias de bares en las que estabas presente. Por él supe que eras bueno pa' la talla, amigo de los amigos y excelente bailarín, al igual que él. Que eras porfiado y valiente y que, por eso, seguramente no hablaste en medio de la tortura; que al contrario, como decía Benedetti, puteaste como un loco, que es una linda forma de callar.

Todos aquellos que te conocieron me han dicho que eras una gran persona y sobre todo un gran compañero, un gran comunista, fiel a sus ideas y principios. Hasta el día de hoy me enorgullece tu trayectoria, tu condición de obrero autodidacta.

Cómo me hubiera gustado escuchar tus historias de los tiempos de la «Ley maldita», cuando por reinosista casi te echaron de la Jota. Que me contaras cómo fue ese rayado en el centro en plena represión de «el traidor» González Videla.

Aunque más me gustaría que supieras cómo tu compañera te buscó, cómo luchó, cómo, con su pena a cuestas, deambuló por cada rincón de Santiago pronunciando tu nombre, cómo desafió a la dictadura, con tu foto en el pecho, preguntando ¿dónde está? El pecho se te hincharía al saber cómo ella y las esposas de tus compañeros los buscaron y se convirtieron en las primeras en enfrentar a la dictadura, marchando, haciendo huelga de hambre, denunciando y manteniendo viva la memoria de nuestro pueblo.

6.14. Presidente de 107 sindicatos agrícolas de Valparaíso



Jorge Salgado Salinas

Jorge Orosman Salgado Salinas nació en Quillota el 12 de agosto de 1933. Tenía 42 años a la fecha de su detención. Cargador de la Vega Central. Casado con Luz Ernestina Jaque Rojas, cinco hijos. Ex presidente de la Federación Provincial de 107 sindicatos de trabajadores agrícolas de Valparaíso. Vinculado políticamente con Fernando Ortiz. Vivía en San Gregorio 3951, San Miguel.

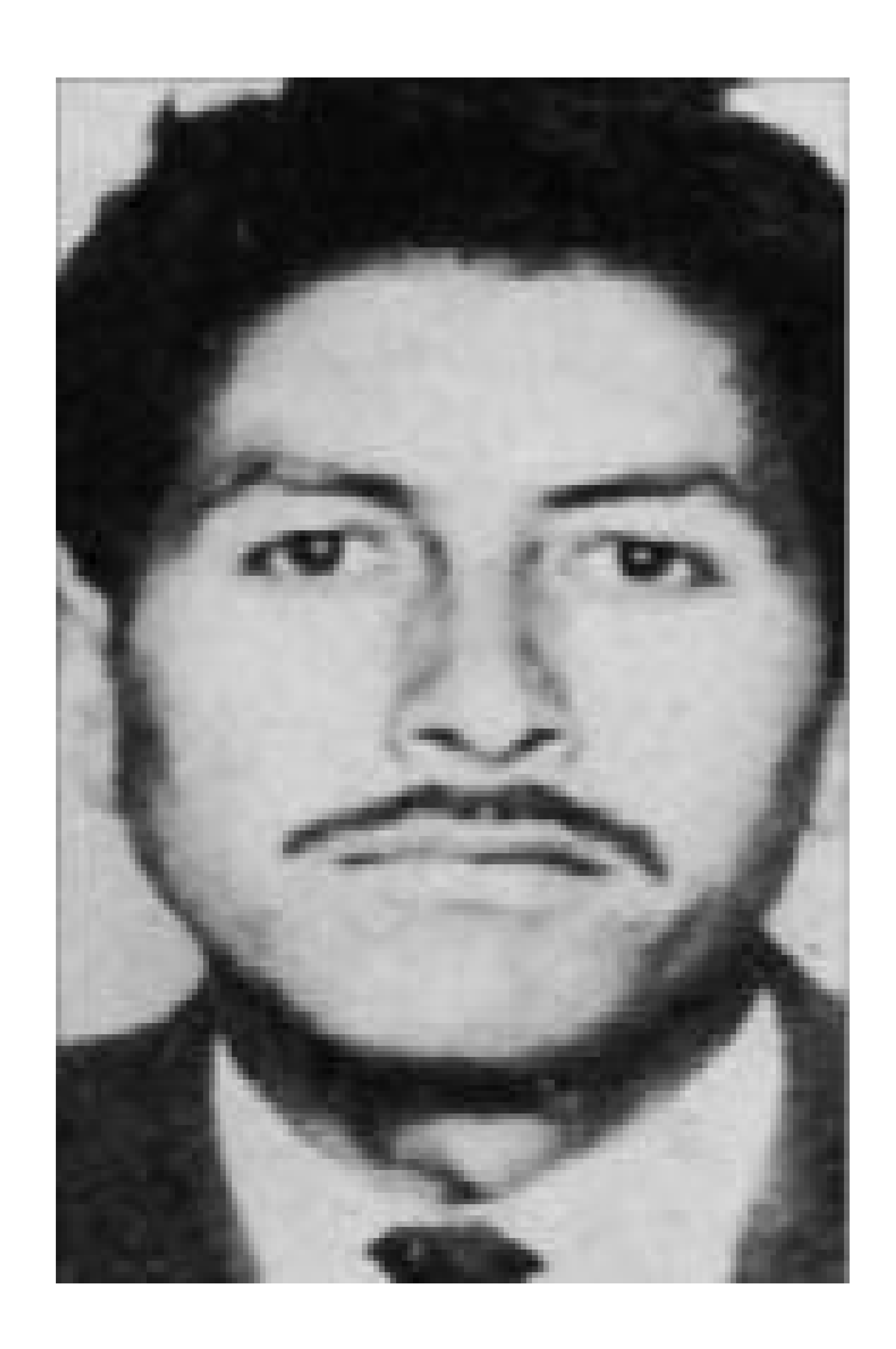
Fue detenido por agentes de la DINA el 9 de agosto de 1976, en las cercanías de la Vega Central junto a Pedro Silva Bustos, también militante comunista y detenido desaparecido.

De su permanencia en Villa Grimaldi, dio cuenta el testimonio de Isaac Godoy Castillo, donde expresó que había hablado con Salgado y este le había relatado que lo habían capturado cuando se encontraba cargando sacos en la Vega.

Días antes de la desaparición del afectado, su domicilio fue allanado por agentes que dijeron ser funcionarios de Investigaciones.

6.15. Dirigente nacional de los obreros municipales

Pedro Silva Bustos tenía 39 años a la fecha de su detención. Obrero, cargador de la Vega. Ex dirigente nacional de la Unión de Obreros Municipales, ex secretario político del Comité Regional de Viña. Integrante de la Comisión Nacional de Organización del Partido.



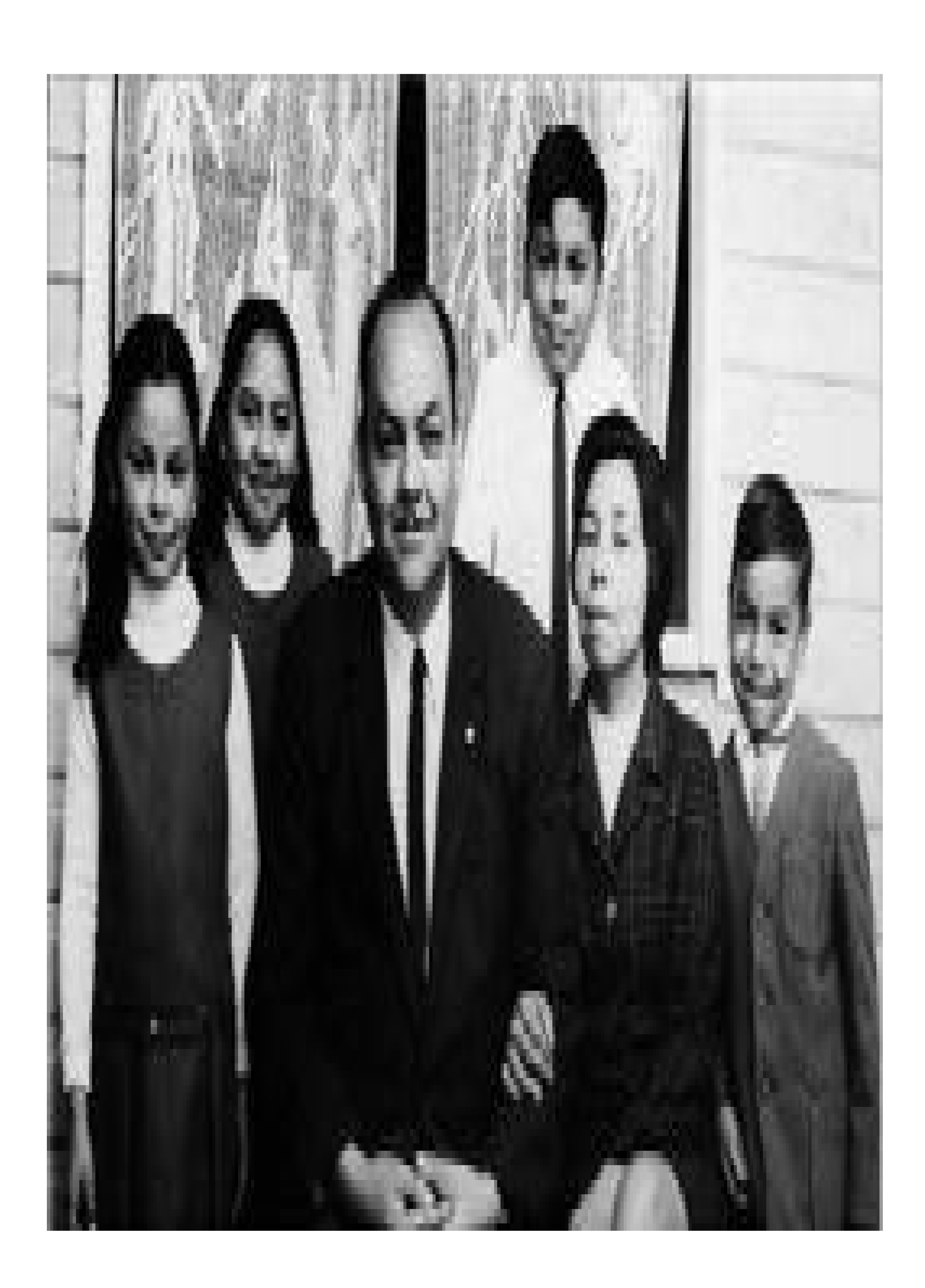
Pedro Silva Bustos

Casado. Vinculado políticamente con Jorge Salgado Salinas y Oscar Ramos. Fue detenido por agentes de la DINA el 9 de agosto de 1976, en horas de la tarde, en la vía pública, en circunstancias que se dirigía a su trabajo en la Vega Central donde se desempeñaba como cargador.

Siete días después del arresto de Pedro Silva, el 16 de agosto, alrededor de las 13:30 horas, su domicilio de calle Catedral 1739, dpto. 11, Santiago, fue allanado por tres civiles en momentos en que este se encontraba sin moradores. Los sujetos destrozaron la aldaba que sostenía el candado de la puerta de acceso y tras revisar las dependencias preguntaron a los vecinos por las actividades de los moradores de la casa y por las horas de salidas y de llegadas, para luego manifestar: «la señora llegará, pero él no». Los agentes se movilizaban en un automóvil Austin Mini de color rojo, sin patente. Uno de ellos lucía barba, otro era rubio.

Acerca de su estadia en Villa Grimaldi, dio cuenta el testimonio de Isaac Godoy Castillo, quien permaneció en ese recinto del 20 al 26 de agosto de 1976. Expresó el testigo que un día, tras terminar su faena de retirar basura, pudo ver en su celda a un nuevo grupo de detenidos, entre ellos a Pedro Silva Bustos, a quien conocía de antes; Pedro Silva le dijo que una colchoneta vacía que se encontraba en la celda correspondía a un prisionero de apellido Vizcarra, a quien tenían desabollando vehículos. Conversó en varias ocasiones con Pedro Silva, quien le manifestó que el miércoles anterior habían sacado a Mario Juica del recinto y no había regresado; en otra oportunidad le manifestó que a él le habían pedido su abrigo para dárselo al «Chino» Díaz a quien después divisó de lejos portando su abrigo.

6.16. Alcalde de Arica y diputado por el Norte Grande



Vicente Atencio Cortés y su familia

Vicente Atencio Cortés nació en Valparaíso el 16 de septiembre de 1929. Tenía 46 años a la fecha de su detención. Obrero, miembro del Comité Central y de la Comisión de Organización. Ex presidente de la CUT de Arica, ex regidor y ex alcalde de Arica, diputado al 11 de septiembre de 1973. Casado con Zaira del Carmen Abarca Leiva, cuatro hijos. Vinculado políticamente con Marta Ugarte y Carlos Godoy, ambos detenidos desaparecidos, y con Rodolfo Vivanco, en Organización. Su chapa era «Ignacio». Vivía en Doce Sur 5325, población José María Caro, en La Cisterna.

Realizó sus estudios primarios en la Escuela Superior Pedro de Valdivia de Valparaíso. Al finalizar su etapa escolar, trabajó como obrero de la construcción y estucador. Inició sus actividades públicas y políticas cuando asumió como dirigente de pobladores. En 1957 ingresó al Partido Comunista.

Fue detenido por la DINA en horas de la mañana del 11 de agosto de 1976, luego que saliera de su domicilio a realizar sus labores cotidianas. Atencio Cortés fue trasladado a Villa Grimaldi en donde se le vio hasta fines de agosto. El 21 de marzo de 1990, sus restos fueron encontrados en una fosa clandestina junto a osamentas de otras dos personas, en un sector ubicado en el fundo Las Tórtolas de Colina, terrenos que fueron propiedad del Ejército hasta 1980.

De su estadía en Villa Grimaldi, dieron cuenta los testimonios de testigos que también fueron detenidos por la DINA. Omar Rosales Chávez, expresó en declaración jurada que fue detenido el 11 de agosto de 1976, junto a Héctor Núñez Ferrada, por efectivos de la DINA que transportaban en calidad de detenido a Víctor Hugo Morales Mazuela, también detenido desaparecido. Fue trasladado con la vista vendada a la Villa Grimaldi. Allí, encontrándose en una especie de sala de espera, pudo escuchar los comentarios de algunos guardias del lugar respecto de un detenido de quien decían se trataba de un «pez gordo»; a ese prisionero le preguntaron su nombre, contestando que era Vicente Atencio, ex diputado por el Partido Comunista, quien les señaló que había llegado a Santiago hacía 15 días y que recién se había vuelto a vincular con el Partido.

De pronto, los guardias se percataron de la presencia del testigo, sacándolo del

lugar junto a Héctor Núñez. Otro ex prisionero, Pedro Rolando Jara Alegría, quien fuera detenido por la DINA en dos ocasiones, el 20 de julio y el 18 de agosto de 1976, contó que la segunda vez fue trasladado a Villa Grimaldi, donde fue intensamente torturado e interrogado en relación al Partido Comunista. En una oportunidad, tuvo ocasión de conversar con otro prisionero, de nombre Carlos Vizcarra, quien le refirió haber visto en Villa Grimaldi a Vicente Atencio. El testigo fue liberado el 25 de agosto tras ser advertido que «no olvidara que tenía mujer y cuatro hijos», y que por ningún motivo «recurriera a los curas» si no quería pasarlo mal.

Vicente Atencio era un hombre muy poco dado a la rigurosa etiqueta; era muy sencillo, amable, carismático. Siendo alcalde de Arica, un día que él estaba en su casa, amigos y otros llegaron a pedirle que intercediera ante la policía, por una toma de terrenos cerca de su casa. A él nadie le había informado y, como reconocía que estaba para servir a los más pobres, fue inmediatamente al lugar del suceso. Al llegar, la gente se detenía a mirarlo. Entonces se acercó un cabo de Carabineros para decirle en voz baja: «Alcalde le proporcionamos el carro celular para que se cambie ropa en su casa». Ahí soltó la carcajada y se dio cuenta de que había salido con el pantalón de pijamas puesto y sólo una chaqueta encima.

Atencio fue trasladado desde la Villa Grimaldi al cuartel Simón Bolívar y asesinado en ese lugar.

6.17. Un pequeño comerciante en el Comité Central



Miguel Nazal Quiroz

Miguel Nazal Quiroz tenía 44 años a la fecha de su detención, casado, cuatro hijos. Pequeño comerciante, miembro del Comité Central y secretario del Regional San Miguel, ex director de la CUT en Villarrica. Vivía en calle Martín Henríquez 4459, en San Miguel.

El 11 de agosto de 1976 salió de su casa alrededor de las nueve de la mañana hacia una farmacia cercana a comprar un remedio para uno de sus hijos que se encontraba enfermo. El afectado emprendió rumbo a la Gran Avenida José Miguel Carrera, a la altura de la calle Salesianos, según expresó a su familia, anunciando que regresaría de inmediato.

Desde entonces no se ha vuelto a tener noticias respecto de la suerte y paradero de Miguel Nazal, el que permanece desaparecido hasta hoy.

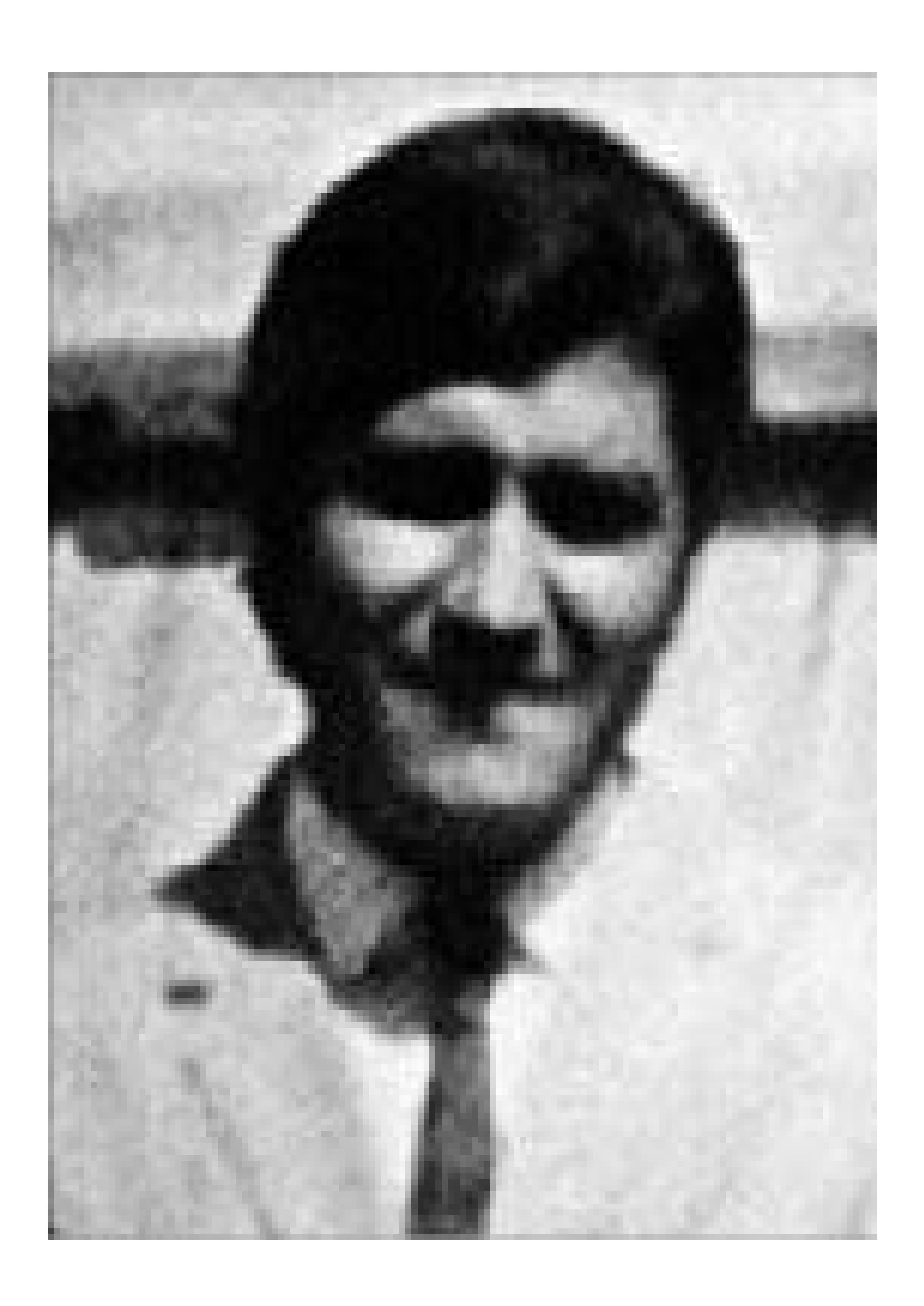
El día 7 de marzo de 1974, el domicilio anterior de Miguel Nazal Quiroz, ubicado en la ciudad de Chillán, fue allanado por agentes vestidos de civil, en circunstancias que la víctima no se encontraba allí. Los civiles llevaron a la esposa del afectado, Mercedes Arévalo Pantoja, hasta el Cuartel de Investigaciones, donde se la mantuvo retenida hasta las 21:00 horas.

Al día siguiente, la cónyuge fue nuevamente conducida hasta el local de la Policía de Investigaciones de Chillán, permaneciendo allí entre las 09:00 y 15:00 horas, siendo interrogada exhaustivamente sobre su esposo y familia. Cuando fue regresada a su hogar, se le indicó que permanecía con arresto domiciliario hasta que se tuviera noticias del afectado.

Jacinto Nazal Quiroz –hermano de la víctima– fue detenido por agentes de la DINA, en julio de 1974, y fue recluido en diversos recintos hasta septiembre de 1975, fecha en que fue expulsado del territorio nacional, dirigiéndose a Panamá.

Miguel Nazal –según la Comisión de Verdad y Reconciliación– fue visto en Villa Grimaldi.

6.18. El enlace que sabía demasiado



José Flores Garrido

José Edilio Flores Garrido tenía 28 años al momento de su detención. Ex alumno de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile. Miembro del equipo de Inteligencia del PC y colaborador cercano de Mario Zamorano al momento de su caída. Vivía en Nahuelhuapi 3581, en la población Magallanes, en San Miguel.

El padre, Roberto, era obrero; la madre, María, dueña de casa. Dos hermanos: José Edilio y Roberto. Su infancia y juventud las pasó en la población Magallanes, en la comuna de San Miguel, hoy Pedro Aguirre Cerda. Toda su familia ampliada era cercana al Partido Comunista. Sus preparatorias las cursó en la Escuela Normal de San Miguel; las humanidades en el Liceo Manuel Barros Borgoño, como alumno de las clases nocturnas, mientras en el día trabajaba en la textil Yarur. Al terminar la secundaria, ingresó a Ciencias Políticas y Administrativas en la Universidad de Chile.

Sus hermanos lo recuerdan como muy cariñoso con su madre, curioso de las ciencias y las artes, amante de la música clásica y muy perseverante en sus objetivos.

Flores Garrido se incorporó a las Juventudes Comunistas en 1967 y en la universidad fue un destacado dirigente estudiantil en su escuela. Durante la Unidad Popular fue incorporado al aparato de seguridad del Partido.

También le gustaban la lectura y la carpintería. Fue dirigente del club deportivo de su barrio, llegando a ser presidente de la rama de basquetbol entre 1973 y 1976. Alrededor de un año antes de su desaparición conoció a Jacqueline, con quien tuvo un hijo, Wladimir. La pareja había programado casarse en septiembre de 1976.

José Flores fue enlace y colaborador de la Dirección clandestina del PC, junto a Eliana Espinoza, Nilda Barra, Marcelo Concha, Ulises Merino, Elisa Escobar, Lenin Díaz, Gabriel Castillo y Flora Estay, entre otros. Usaba las chapas de «Pablo», «Marcelo» y «Juaco», esta última la más conocida.

José era ya, hacia fines de 1975, enlace de la Dirección y trabajada directamente

con Mario Zamorano y Uldarico Donaire, en conjunto con Elisa Escobar, Nilda Barra y Lenin Díaz en la seguridad e infraestructura, lo que se había convertido en un equipo multidisciplinario.

José retomó parte de lo que hacían los que cayeron a fines de 1975, puesto que ya en septiembre anterior, se había hecho un reajuste de asignaciones por la caída de los grupos de seguridad y organización de los comités regionales Norte y Sur, debido a las delación de Carol Flores y de otros miembros del Partido y de la Jota.

En septiembre de 1975, Flores Garrido fue asignado a ayudar a la Dirección en tareas distintas, y separado físicamente del aparato de Inteligencia que encabezaba Ricardo Ramírez Herrera. La organización compartimentada le salvó de caer en diciembre de 1975 y en mayo de 1976, porque no era conocido en ese trabajo por quienes traicionaron al Partido, entre ellos René Basoa, Miguel Estay Reino y otros. La compartimentación salvó vidas, pero a la vez entorpeció enormemente la continuidad del trabajo, puesto que los sobrevivientes, en la mayor parte de los casos, desconocían los detalles e incluso el contenido del trabajo, las personas, los medios y los métodos.

Sustituyó a los que salieron del aparato el 31 de diciembre de 1975, porque su trabajo específico rebalsaba las responsabilidades y preparación de los enlaces, como los recién mencionados Elisa, Nilda Barra o Eliana Espinoza, e incluía la dirección del grupo de operaciones, especialidad que no era del campo de los enlaces, generalmente ex dirigentes políticos o cuadros del aparato estatal, sino de la seguridad, desde donde provenía José Flores Garrido.

Fue detenido por agentes de la DINA el 11 de agosto de 1976, cerca de las 16:00 horas, en Pirihueico con Club Hípico, en San Miguel, a tres cuadras de su casa, desde donde había salido para tomar un microbús. Lo abordó súbitamente un individuo que lo apuntó con un arma de fuego y lo obligó a subir a un automóvil Peugeot, patente FM1, de Santiago, de color celeste, en cuyo interior se encontraban otros agentes, todos vestidos de civil. Se advirtió también la presencia de otros dos vehículos, uno de los cuales era una renoleta, patente EM81, de Santiago, de color crema y ocupado por individuos de civil en su interior. Los hechos descritos fueron presenciados casualmente por Esteban Munizaga, amigo de la familia Flores, y por la madre del afectado, María Garrido Espinoza. Otro testigo, el morador de la vivienda frente a la cual fue detenido José, identificó, entre sus captores, a Miguel Estay Reyno, «el Fanta».

El 15 de agosto de 1976, el padre del afectado, José Roberto Flores Flores, se dirigió a la Oficina Central del Banco de Talca, ubicada en Bandera N° 237, y preguntó por la cuenta corriente que mantenía su hijo en dicha institución financiera. Para su sorpresa, se le informó que el 12 de agosto, un día después de la detención, se habían entregado los fondos de ella a dos personas que portaban cheques con la firma de José Edilio Flores Garrido. Las personas que en conjunto retiraron una suma superior a los $8.000 pesos, respondían a los nombres de María Pilar Valdés Yáñez y Francisco Mansilla Elgueta, cédulas de identidad N° 114.841 y 123.316, ambas de Punta Arenas.

Análoga situación ocurrió con los fondos de la cuenta personal de José Flores Garrido en la Cooperativa de Ahorros y Préstamos «Casa Propia», ascendentes a la suma de $3.000 pesos, los cuales fueron retirados por María Pilar Valdés Yáñez, mediante el certificado de depósito N° 83958 de fecha 16 de agosto de 1976.

En la querella interpuesta por los delitos de secuestro y robo, ante el Tercer Juzgado del Crimen de San Miguel, se pudo establecer que el vehículo Marca Peugeot, utilizado en la detención de la víctima, pertenecía a la Armada Nacional, con domicilio en Santo Domingo N° 3998. Asimismo, se estableció la falsificación de las identidades de las dos personas que retiraron dolosamente los fondos de las cuentas personales de José Flores Garrido.

El afectado fue visto en Villa Grimaldi, en agosto de 1976, por el prisionero Isaac Godoy Castillo.

Roberto Flores Garrido, su hermano menor, lo recuerda:

Su rol de hermano mayor me quedó grabado para toda mi vida. No pasa día que no recuerde su sonrisa, sus cariños, sus consejos. Fue mi apoderado en la escuela secundaria, hasta segundo medio. Cuando tuve problemas en el colegio con un ramo, un mes antes de su desaparición, le conté. Él me propuso estudiar la materia durante tres semanas. Rendí el examen. El mismo día que se lo llevaron le traía a él, con un inmenso orgullo, la nota 6,5 que me había sacado. El resto fue el comienzo de una larga pesadilla que me acompañó en mi exilio durante 20 años y que aún persiste… Sólo tenía 16 años cuando a mi hermano, mi héroe, se lo llevaron[11].

1 Reconocido integrante del Comando Conjunto.

2 Dicomcar corresponde a la Dirección de Comunicaciones de Carabineros, nombre de cobertura de la Dirección de Inteligencia de la policía uniformada, Dicar.

3 En numerosas declaraciones judiciales queda en evidencia que los acusados recibieron instrucciones sobre lo que debían decir ante los jueces.

4 El coronel (R) de Ejército Germán Barriga Muñoz, conocido como «Don Jaime», uno de los jefes que tuvo la brigada operativa Purén y el grupo Delfín del cuartel Simón Bolívar, se suicidó el 17 de enero de 2005 lanzándose al vacío desde un edificio en la comuna de Las Condes. Barría estaba procesado por el ministro Juan Guzmán, como autor del secuestro y la desaparición de la dirección clandestina del Partido Comunista en 1976 en la ratonera de calle Conferencia, y por las juezas de dedicación exclusiva Raquel Lermanda, como autor del secuestro y desaparición de Julia Retamal Sepúlveda, y María Estela Elgarrista, como autor de los homicidios de Jorge Lamich Vidal y Héctor García García. Asimismo, lo encausó el ministro Joaquín Billard por el secuestro de Miguel Rodríguez. También estaba imputado en querellas por las desapariciones de Juan Cortés Alruiz, Miguel Ovalle Narváez y Gabriel Castillo Tapia, además de una decena de otros casos.

5 Recién el año 2007 se supo públicamente de la existencia del Cuartel Simón Bolívar.

6 Gran parte de los agentes del cuartel Simón Bolívar coincidieron en declarar ante el ministro Víctor Montiglio que Víctor Díaz colaboraba en la captura de los militantes comunistas libres. Casi todos ellos, también, negaron haber sabido y menos participado en los asesinatos cometidos en ese cuartel de exterminio.

7 Relato de Claudia Godoy González, tomado del archivo del Museo de la Memoria.

8 <www.memoriaviva.com>

9 David Canales afirma al respecto: «Por la historia escuchada de boca de Luis Corvalán y Samuel Riquelme, Daniel Palma no fue reinosista, sino mantuvo,

desde su posición de Secretario General de las Juventudes Comunistas (desde el 40) y luego encargado de la seguridad del PC (desde el 46 ó 47), discrepancias con la línea del núcleo de la Dirección encabezada por Galo González, hecho que se hizo muy incómodo por existir paralelamente el reinosismo, que sí fraccionó al Partido y luego formó Bandera Roja. El punto político e ideológico de la divergencia con el reinosismo fue si se enfrentaba en forma paramilitar y putchista en combate abierto a la dictadura o si se luchaba con una amplitud táctica que permitiera desarmar el esquema prooligárquico y proimperialista de González Videla. Mis citadas fuentes aseguraron que Daniel Palma se vio envuelto en una lucha fraccional contra su voluntad, aunque finalmente fue separado del partido, tanto él como su compañera. Daniel no fue reinosista ni trotskista, sino interpretaba a la mayoría de la juventud y buena parte de la intelectualidad comunista, que se sentían presos de una política que consideraban insuficientemente revolucionaria. La situación era casi como la que vivimos en los años 1983-1989, donde las distintas ópticas no encontraron una línea común. Lo más interesante en esta particular historia, es que Fernando Ortiz, también Secretario General de la Jota en 1951, año de las expulsiones de los reinosistas y de Palma, fue separado de su alto cargo y relegado al papel de simple militante por un largo periodo. Después del golpe de 1973, Fernando hizo grandes esfuerzos por incorporar a Daniel Palma a un papel relevante en la resistencia antifascista, y lo logró plenamente, resultando ser ambos héroes del Partido muertos cuando estaban a la cabeza de su lucha».

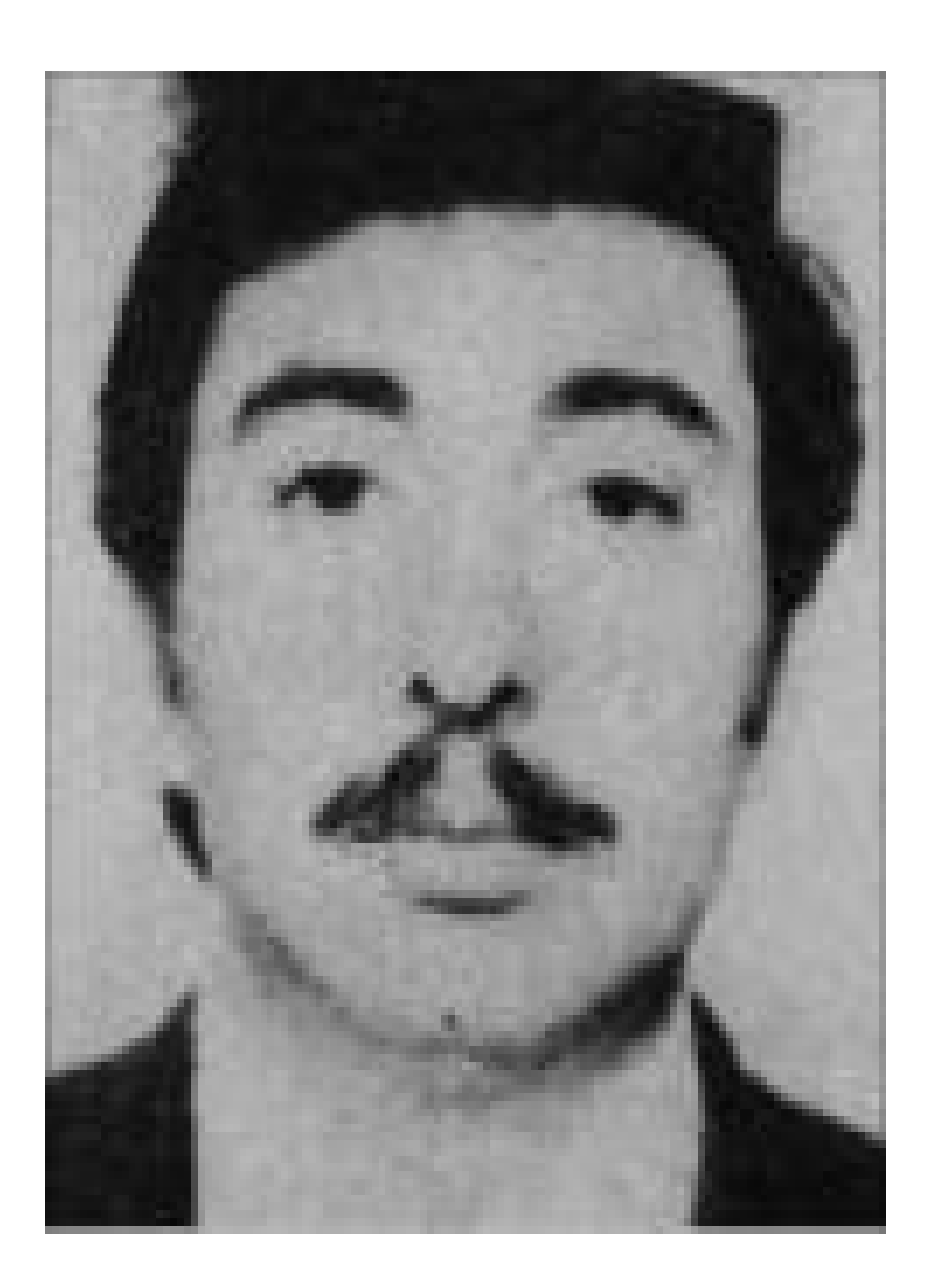
10 El soldado Manuel Leyton, que atendía el bar en el casino de oficiales en el regimiento de Puente Alto fue reclutado para la DINA por Marcelo Moren Brito poco después del golpe militar de 1973.

11 Ver más antecedentes sobre José Flores Garrido en el Capítulo 4.

Capítulo 7

El dramático segundo semestre de 1976

7.1. Encargado de la Comisión Sindical de la Jota



Carlos Vizcarra Cofré

Carlos Mario Vizcarra Cofré tenía 31 años a la fecha de su detención. Casado con Margarita González Medina, dos hijos. Su padre, Carlos, muerto en 1953, había sido maestro zapatero; su madre, María Catalina, dueña de casa. Una hermana, María.

Su infancia la vivió en Quinta Normal, en Gaspar de Orense 356, en la antigua población Celada.

Los estudios básicos los cursó en un colegio mixto, en la Escuela N° 8 de Hombres y en la Escuela N° 50, en Alameda con Amegual. Muy joven aprendió de unos amigos el oficio de desabollador, el que le permitió trabajar más adelante en la fábrica de autos Fiat, donde fue dirigente sindical. Exdirigente juvenil de la CUT hasta el golpe militar de 1973, fue candidato a regidor por Barrancas en 1971 en representación del PC. Miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas, donde era el encargado de la Comisión Sindical.

Sus amigos más cercanos eran Orlando Figueroa, Daniel Ahumada, el «Chico Mario» y los hermanos Santiago y Alfredo Manzo.

Poco antes del golpe había dejado la Jota, incorporándose al Partido. Lo apodaban el «Lolo» Vizcarra.

Fue detenido el día 11 de agosto de 1976, presumiblemente en la vía pública, después de las 18:15 horas, luego que saliera de su hogar ubicado en Quinta Normal. Los aprehensores fueron efectivos de la DINA, quienes lo llevaron a Villa Grimaldi, donde fue visto por otros prisioneros hasta el 25 de agosto del mismo año, fecha en que los testigos fueron dejados en libertad.

Casi un mes después, el 7 de septiembre de ese año, el domicilio del afectado fue allanado por civiles armados que rompieron el piso con un chuzo. En la vivienda, propiedad de su madre María Cofré, con quien vivía, se encontraban también presentes unos arrendatarios de dependencias posteriores: el matrimonio formado por Luis Caballero Álvarez e Isabel Rozas Osorio. Los agentes encerraron a Caballero en su dormitorio y lo golpearon. Los agentes, que al

ingresar preguntaron por la víctima, se retiraron más tarde y pidieron disculpas a la madre señalando que ellos eran «mandados».

Vizcarra Cofré fue visto en Villa Grimaldi y pudo conversar con otros detenidos, compañeros del Partido. Entre estos se encuentra Pedro Jara Alegría, con quien fue obligado a desabollar una camioneta, oportunidad en que les permitieron quitarse las vendas con que los mantenían permanentemente. Esto ocurrió aproximadamente el 23 de agosto, es decir, doce días después que fuera detenido. En esta misma tarea también estuvo junto al detenido Isaac Godoy.

Compartió reclusión y torturas con otros detenidos que también se encuentran desaparecidos, entre otros, Julio Vega, Pedro Silva Bustos, Jorge Solovera, Darío Miranda, Guillermo Martínez, Lenin Díaz, Vicente Atencio y Eduardo Canteros.

7.2. Encargada de Solidaridad en el Comité Regional Norte



Julia Retamal Sepúlveda

Julia del Rosario Retamal Sepúlveda tenía 54 años a la fecha de su detención. Profesora básica. Tenía un taller de tejidos en Suárez Mujica, un poco más arriba de Pedro de Valdivia. Era la encargada de Solidaridad del Comité Regional Norte. Soltera, sin hijos. Usaba la chapa de «Roxana». Vivía en Mujica 0275, en Santiago.

Julia fue detenida por agentes de la DINA en la tarde del 13 de agosto de 1976, en la vía pública, entre las calles Vivaceta y Nueva de Matte, en el sector norte de Santiago. Su aprehensores viajaban en auto y llevaban a otra persona detenida, Juana del Carmen Vicencio Hidalgo, quien presenció el arresto. La testigo describió la detención en declaración jurada: «Al llegar a Vivaceta con Nueva de Matte me quitaron la venda y en el mismo punto, a pocos metros, se concretó el arresto de Julia, que iba sola caminando con unos bolsos. La forzaron a subir al auto, me preguntaron si era ella y regresamos al centro de detención».

Julia fue vista en Villa Grimaldi, por varios testigos. Uno de ellos, Pedro Rolando Jara Alegría, detenido entre el 18 y el 25 de agosto, la vio el día 24 de agosto de 1976, un día antes de ser liberado el mismo: «Fui sacado de mi celda y llevado a una sala grande dividida por tabiques y que tenía el piso de una piedra roja. El agente que me trasladó a ese lugar me autorizó para sacarme la venda y así vi detenidas a tres mujeres que yo conocía: una de ellas era Juanita Vicencio; otra mujer de chapa «Roxana», de unos 35 a 40 años a quien yo conocía de antes, por lo que sabía que era profesora. Tiempo después y estando ya en Suecia, Haroldo Pérez me comentó que el nombre verdadero de «Roxana» era Julia o Julieta Retamal».

También Rosa Elsa Leiva Muñoz, detenida por la DINA con fecha 10 de agosto de 1976, declaró haber visto a Julia Retamal: «Había otra militante del Partido Comunista a quien le decíamos «Roxana», de nombre Julia Retamal... Era una señora de unos 50 años de edad, de pelo teñido rubio, delgada, que pintaba en género».

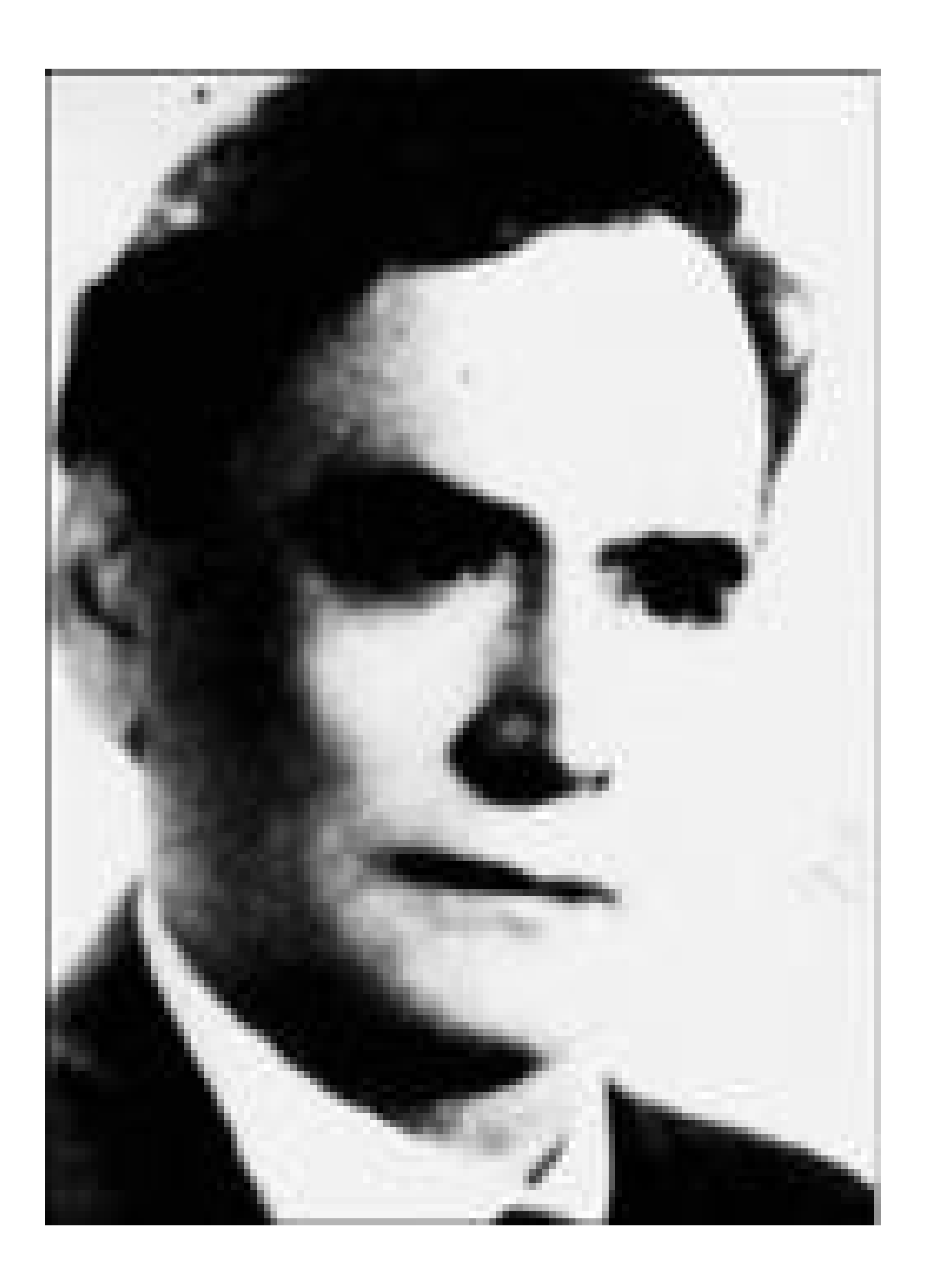
Juana del Carmen Vicencio, en tanto, declaró: «En cuanto llegamos a Villa Grimaldi me dejaron en una celda en la que apenas podía estar sentada en

cuclillas. Seguramente oscurecía cuando fui conducida, por segunda vez, a la pieza donde estaba “la parrilla”. En ella tenían a Julia Retamal, desnuda, y en ese preciso momento le estaban aplicando corriente. Querían los torturadores que yo recordara o dijera el nombre de una persona por la cual interrogaban a Julia. Manifesté desconocer de quien podría tratarse y volví, custodiada, a la celda. Al tercer día recibí compañía: los guardias trajeron a Julia Retamal. Ella tenía la cara hinchada, negra o totalmente amoratada, moretones y huellas de golpes recibidos en los brazos y las piernas. Como apenas cabíamos en la celda, para sentarnos debíamos hacerlo una sobre la otra, turnándonos. Mi compañera sólo decía que le habían pegado mucho y deseaba morir. Estuvo conmigo dos días con sus noches al cabo de los cuales la trasladaron a la celda aledaña. El sector en que nos encontrábamos, era más conocido como “La Torre”».

7.3. Treinta años en la Imprenta Horizonte

Juan Aurelio Villarroel Zárate tenía 56 años a la fecha de su detención. Fotograbador, ex dirigente sindical de la imprenta Horizonte. Casado, seis hijos. Vivía en General Gambino 4584, en la población Arquitecto Oherens, en Conchalí.

Fue detenido el 13 de agosto de 1976, cerca del mediodía, en la vía pública y sin testigos, por agentes de la DINA que lo condujeron a Villa Grimaldi. Había salido de su casa como a las 11:30 horas para dirigirse hasta el domicilio de una tía enferma que vivía en Cerrillos. Junto a una vecina, tomó el bus Nº 78 y se bajó en las cercanías de la Estación Mapocho, con el fin de abordar locomoción hasta la casa de su pariente. No llegó al domicilio de su tía y su familia no volvió a verlo.



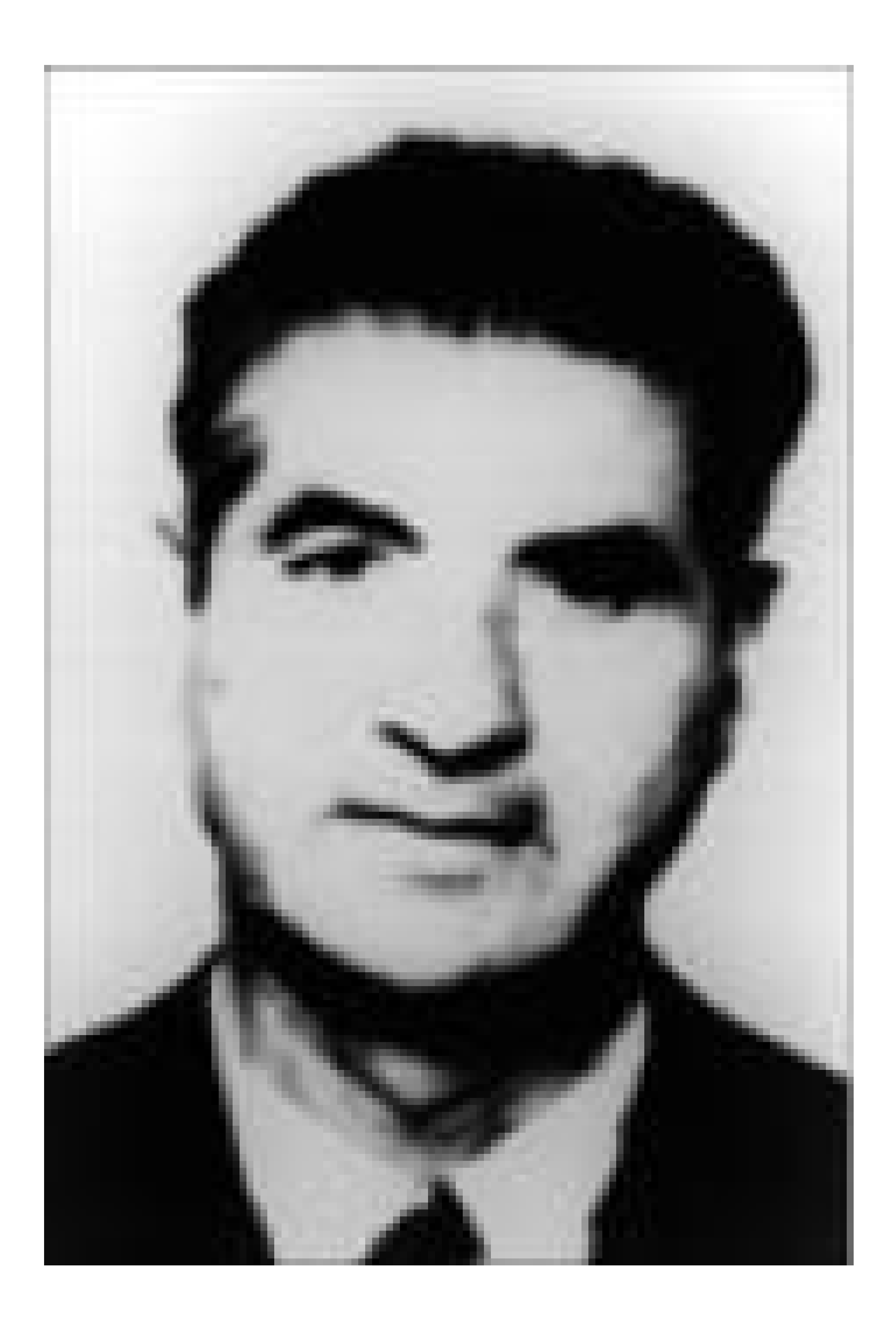
Juan Villarroel Zárate

Eliana Villarroel Vera –hija del afectado– declaró ante el tribunal que su padre siempre había pertenecido al Partido Comunista y que, durante 30 años, trabajó en la Imprenta Horizonte. Después del 11 de septiembre de 1973, el hogar fue allanado en dos oportunidades por militares del regimiento Buin. En esa época el afectado se encontraba en La Serena trabajando en construcción y sólo retornó a Santiago en 1975, sin tener problemas hasta la fecha de su desaparición. Posteriormente, en febrero y en septiembre de 1977, llegaron agentes hasta la casa de la familia, inquiriendo información relativa a la víctima. En septiembre de ese año, cuatro civiles, movilizados en un Fiat 600, se presentaron en el domicilio requiriendo antecedentes relacionados con gestiones que estaba realizando la familia.

7.4. Secretario político del Comité Regional Norte

Julio Roberto Vega Vega tenía 61 años al momento de su detención. Obrero gráfico, secretario político del Comité Regional Norte. Presidente del Sindicato de Obreros Municipales de Renca hasta 1973, ex dirigente sindical en Chuquicamata, en la Municipalidad de Calama y en diversas oficinas salitreras. Casado con Adriana Alvarado Herrera, ocho hijos, vinculado políticamente con Enrique Jeria Silva, detenido desaparecido. Sus chapas eran «José» o «González». Vivía en Las Cañas 1691, en Conchalí.

Fue detenido el 16 de agosto de 1976 en la vía pública, en avenida Presidente Balmaceda, entre Cueto y Libertad, en el sector norte de Santiago, aproximadamente a las 11:30 horas. Sus aprehensores fueron civiles que lo introdujeron en un vehículo de color rojo.



Julio Vega Vega

Vega militaba en el PC desde antes de su matrimonio, en 1944. En septiembre de 1973, al producirse el golpe militar, ocupaba el cargo de presidente del Sindicato de Obreros Municipales de Renca, desde donde fue inmediatamente despedido. En octubre de ese año fue buscado por servicios de seguridad en su lugar de trabajo y decidió abandonar Santiago por un tiempo. Se radicó en Ovalle desde donde regresó a la capital en marzo de 1976.

El día de su detención, Julio Vega salió de su hogar a comprar remedios para su cónyuge enferma a una farmacia de Avenida Panamericana con Santa María, no regresando a su hogar.

Varios testigos lo vieron recluido en Villa Grimaldi, donde fue brutalmente torturado. A este respecto, Pedro Rolando Jara Alegría señaló, en declaración jurada, que agentes de la DINA le mostraron a Julio Vega para ver si lo reconocía. Agregó que fue mantenido en el sector conocido como «La Torre», desde donde era sacado por lo menos una vez al día para ser sometido a interrogatorios y careado con otras personas, entre las cuales estaban Manuel Mieres, Julio Vega, Juana Vicencio, Horacio Silva y otra persona de apellido Albarrán.

Juana del Carmen Vicencio Hidalgo, confirmó la detención en ese recinto de Julio Vega. En declaración jurada del 4 de diciembre de 1979, relató que fue a su vez detenida el día 13 de agosto de 1976 en la mañana por cinco sujetos –entre los cuales iba una mujer– y conducida a una casona grande, cuya descripción coincide con el recinto de Villa Grimaldi. En ese lugar se le conminó para que se pusiera de acuerdo con Manuel Mieres Alegría, sastre, también vecino del sector norte cuyo arresto habría ocurrido con anterioridad. La detenida estuvo con Mieres y luego conducida a otra pieza «donde había muchos agentes de civil y se estaba torturando a una persona. Me sacaron la venda para presenciar precisamente esa tortura. Reconocí a la víctima como Vega; lo vi desnudo, atado a un catre metálico donde se le aplicaba corriente y luego lo colgaron de las muñecas».

Isaac Godoy Castillo, sobreviviente de Villa Grimaldi, relató que le hacían

preguntas relacionadas con la organización y militantes del Partido Comunista, particularmente sobre la Dirección del Comité Regional Costa. En el auto al que lo introdujeron al ser aprehendido llevaban a otro militante comunista de apellido Bobadilla. Cuenta que luego de ser interrogado por agentes: «Me encerraron en una pieza de madera con Vega y Bobadilla para que entregáramos los nombres de los militantes de las células que aparecían en un papel, que le fue encontrado a un hombre de Quilicura de chapa «Jorge». Nosotros anotamos a todos los que estaban presos como Julio Mieres, Pedro Jara, Juana Vicencio, nosotros y otros que sabíamos que no estaban en Chile».

Con posterioridad a la detención de Julio Roberto Vega, la casa de la familia fue vigilada por diversas personas que, incluso, seguían a los hijos de este. En tres oportunidades llegaron a la casa agentes de Investigaciones u otros no identificados: el 16 de febrero de 1977, el 30 de julio de 1977 y el 3 de noviembre de 1977.

La primera de estas visitas, ocurrida el día 16 de febrero, fue realizada por dos personas jóvenes, una era mujer. Un tercer individuo esperaba en un auto celeste alargado patente IVE39 de Santiago. Ninguno de ellos se identificó y las preguntas las hicieron en relación a la desaparición del dueño de casa. Se pudo comprobar posteriormente, durante la tramitación del proceso por secuestro de José Hinojosa Araos, Rol 122.215 del Tercer Juzgado del Crimen, que las patentes IVE del número 1 al 59, son «de gracia reservada otorgadas de la Municipalidad de La Cisterna».

7.5. Ex alumno del Liceo José Miguel de la Barra



Nelson Jeria Silva

Nelson Enrique Jeria Silva tenía 37 años al momento de su detención. Obrero de la construcción. Enlace entre la Dirección del PC y Julio Vega, secretario político del Comité Regional Norte. Casado con Dolores Campos, dos hijos.

Jeria vivió gran parte de su vida en Valparaíso. Estudio en el Liceo José Miguel de la Barra, donde hoy una célula del Partido lleva su nombre. Durante la Unidad Popular se trasladó a San Antonio a efectuar trabajo político. Después del golpe de septiembre de 1973 fue llamado por un bando a través de la radio en San Antonio y el 21 de septiembre fue detenido y recluido en la cárcel de ese puerto, desde donde en los días siguientes se le trasladó a Tejas Verdes. Allí fue torturado y luego sometido a un Consejo de Guerra que lo condenó a la pena de relegación en la localidad de Chanco, quedando en libertad el 24 de noviembre de 1974, después de cumplir su pena.

Regresó a Valparaíso a reencontrarse con su familia, pero en 1975 se trasladó solo a Santiago y se integró al trabajo clandestino del Partido. Arrendó una pieza en una pensión familiar en calle Domingo Santa María 1479, en el barrio de Independencia.

Fue detenido por agentes de la DINA, el 18 de agosto de 1976, cerca de las 14:30 horas. A las 18:00 horas debía encontrarse frente al Mercado Central con Horacio Silva Balbontín, quien era su enlace con los comités locales del Regional Norte del Partido. A la hora convenida, los agentes de la DINA capturaron a Silva Balbontín y lo subieron a un automóvil Fiat 125, adentro del cual tenían a Jeria, con signos evidentes de haber sido duramente golpeado y con gafas negras.

Isaac Godoy Godoy, dirigente de un comité del área norte de Santiago, quien permaneció en Villa Grimaldi entre el 20 y el 26 de agosto de 1976, declaró que no vio a Jeria personalmente pero supo que había sido ubicado en la misma pieza suya y en los días que él permaneció detenido, Jeria continuaba siendo interrogado. Godoy sí pudo ver una camiseta de la víctima que había quedado en la celda, la cual estaba completamente ensangrentada y evidenciaba el maltrato a que era sometido. En ese mismo calabozo se encontraban también Pedro Silva

Bustos, Eduardo Canteros Prado, Darío Miranda Godoy, Guillermo Martínez Quijón, Lenin Díaz Silva, Vicente Atencio Cortés, Jorge Solovera Gallardo, Carlos Vizcarra Cofré, Julio Vega y otros, todos los cuales se encuentran desaparecidos. En la celda contigua estaba María Galindo, militante del MIR, y Marta Ugarte, miembro del Comité Central del Partido Comunista, ambas también desaparecidas.

7.6. Secretaria de Mireya Baltra y de Luis Figueroa



Rosa Morales Morales

Rosa Elena Morales Morales tenía 46 años a la fecha de su detención. Soltera, ex dirigente vecinal, ex secretaria de los ministros del Trabajo de la Unidad Popular, Luis Figueroa y Mireya Baltra. Enlace del secretario del Comité Local Juan Antonio Ríos con el Regional Norte. Visitaba a Luis Barría, preso, pese a la prohibición del Partido de hacerlo.

Fue detenida por efectivos de la DINA el 18 de agosto de 1976, alrededor de las 20:00 horas, en la vía pública, en Avenida Matta con Lord Cochrane, cuando viajaba en un taxi junto a su amiga Berta Laporte del Solar. La afectada se encontraba transitoriamente viviendo en el domicilio de Berta Laporte, ubicado en la comuna de Las Condes, desde el 10 de agosto de ese año y el día de su detención le solicitó a Laporte que la acompañara a buscar unas pertenencias a una vivienda ubicada en calle Lord Cochrane. A este lugar se dirigieron cerca de las 19:00 horas, siendo recibidas por otra mujer, María Galaz.

Después de reunir unas ropas, ambas se retiraron en un taxi, el que, al llegar a la intersección con Avenida Matta fue interceptado por un automóvil Peugeot color burdeos del cual descendieron tres individuos que procedieron a detenerlas y ordenaron al taxista retirarse del lugar. De inmediato fueron trasladadas, esposadas y vendadas con parches sujetos por papel engomado, a Villa Grimaldi.

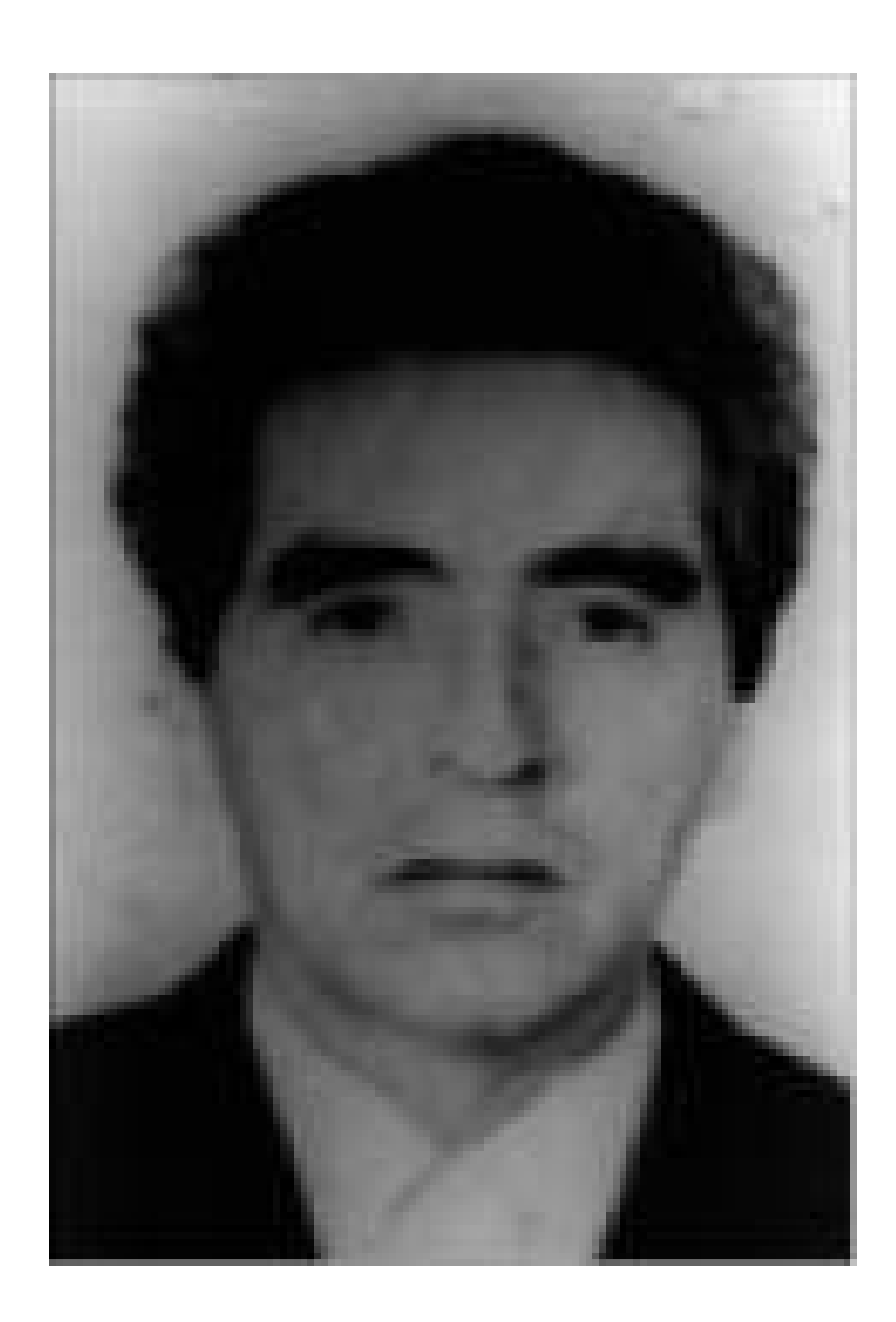
Al llegar al recinto fueron separadas; no obstante, Berta Laporte pudo escuchar gritos desesperados de la afectada, los que cesaron momentos después. En tanto, ella fue interrogada acerca de la vida y actividades de Rosa Morales, quedando también registrados los antecedentes de su cónyuge. Finalmente, alrededor de las 24:00 horas, fue llevada a su domicilio, el cual fue allanado por los agentes que retiraron unos bultos y una cartera que buscaban afanosamente, todos pertenecientes a Rosa Morales.

Rosa Morales estaba siendo buscada por efectivos de seguridad desde mediados de junio de 1976, fecha en que dos civiles fueron a buscarla al domicilio de su sobrino Nibaldo Miño. En seguida, los agentes, que portaban una fotografía de la víctima, se dirigieron al lugar de trabajo del sobrino, ante quien se identificaron como «policías» y lo interrogaron acerca del paradero de su tía. Estos hechos se

repitieron en dos oportunidades más y el domicilio del joven quedó con una vigilancia ostensible.

En este mes de agosto cayó detenida casi toda la dirección del Regional Norte del PC, al igual que miembros de los comités locales dependientes de esa estructura partidaria.

7.7. Organizador de los regionales del sur del país



Víctor Cárdenas Valderrama

Víctor Modesto Cárdenas Valderrama nació en La Calera el 4 de noviembre de 1923. Tenía 52 años a la fecha de su detención. Electricista, miembro de la Dirección clandestina del Partido Comunista, integraba la Comisión Nacional de Organización como encargado de la zona sur del país. Ex subdelegado del gobierno de la UP para La Calera entre 1970 y 1973. Casado con Raquel del Carmen Ardiles Tabilo, un hijo. Vinculado políticamente con Gabriel Castillo Tapia. Vivía en Club Hípico N° 154, población Juan Hamilton, San Miguel, en Santiago.

Cárdenas Valderrama salió de su domicilio ubicado en la comuna de San Miguel el 26 de agosto de 1976, alrededor de las 18:30 horas, señalando que regresaría pronto. Sin embargo el afectado, de rigurosos hábitos personales, no volvió a su hogar, encontrándose desaparecido desde entonces.

Hacía una semana que el domicilio del afectado era vigilado por civiles que se movilizaban lentamente en vehículos sin patente. Hecho que, además, resultaba extraño por desarrollarse en las calles habitualmente desiertas de una población modesta.

Por otra parte, en una ocasión un sujeto desconocido que señaló ser cartero había preguntado por el número exacto del domicilio del afectado, lo que no ocurría desde que Víctor Cárdenas y su familia residían en Santiago, unos tres años aproximadamente.

El 29 de agosto de 1976, alrededor de las 09:30 horas, llegó hasta el hogar de la familia Cárdenas Valderrama un hombre de aproximadamente unos 40 años de edad, el que, sin identificarse, aduciendo temer por su seguridad personal, manifestó, en forma muy asustada, conocer a Víctor Cárdenas Valderrama y haber presenciado como el 26 de agosto pasado, a eso de las 20:00 horas, en las calles Departamental con Club Hípico, este había sido introducido por dos civiles a un automóvil Fiat 125, de color azul oscuro, en cuyo interior permanecía otro individuo.

Por otra parte, debido al cargo de subdelegado que el afectado desempeñó

durante el gobierno de Salvador Allende en la localidad de La Calera, debió abandonar dicha localidad después del golpe militar por haber sufrido él y su familia amedrentamiento por parte de las nuevas autoridades. Tuvo arresto domiciliario hasta enero de 1974 y su hijo Iván fue detenido y torturado.

Andrés Valenzuela, desertor de la FACH, declaró que Víctor Modesto Cárdenas fue detenido por agentes del Comando Conjunto, siendo trasladado hasta el centro secreto de detención y tortura denominado «La Firma», que se ubicaba en la calle Dieciocho de Santiago.

7.8. Esposa del alcalde de Puente Alto

Lila Ludovina Valdenegro Carrasco tenía 48 años a la fecha de su detención. Modista, militante comunista. Casada con Sergio Bone, ex alcalde comunista de Puente Alto, un hijo. Fue detenida el 2 de septiembre de 1976, a las 23:00 horas, en su hogar, en Valparaíso. La captura la realizaron cuatro agentes de la DINA, armados con metralletas, que se movilizaban en un automóvil Peugeot de color azul, sin patente. Estos agentes se llevaron a viva fuerza a la afectada. La detención fue observada por numerosos vecinos del sector. Desde aquella fecha Lila Ludovina permanece desaparecida.

Esa misma noche, en horas de toque de queda, su casa fue allanada y saqueada, llevándose el televisor, refrigerador, radio, muebles y artefactos electrodomésticos, todos los que fueron trasladados en un camión sin patente, donde se movilizaban agentes civiles y personal uniformado.



Lila Valdenegro Carrasco

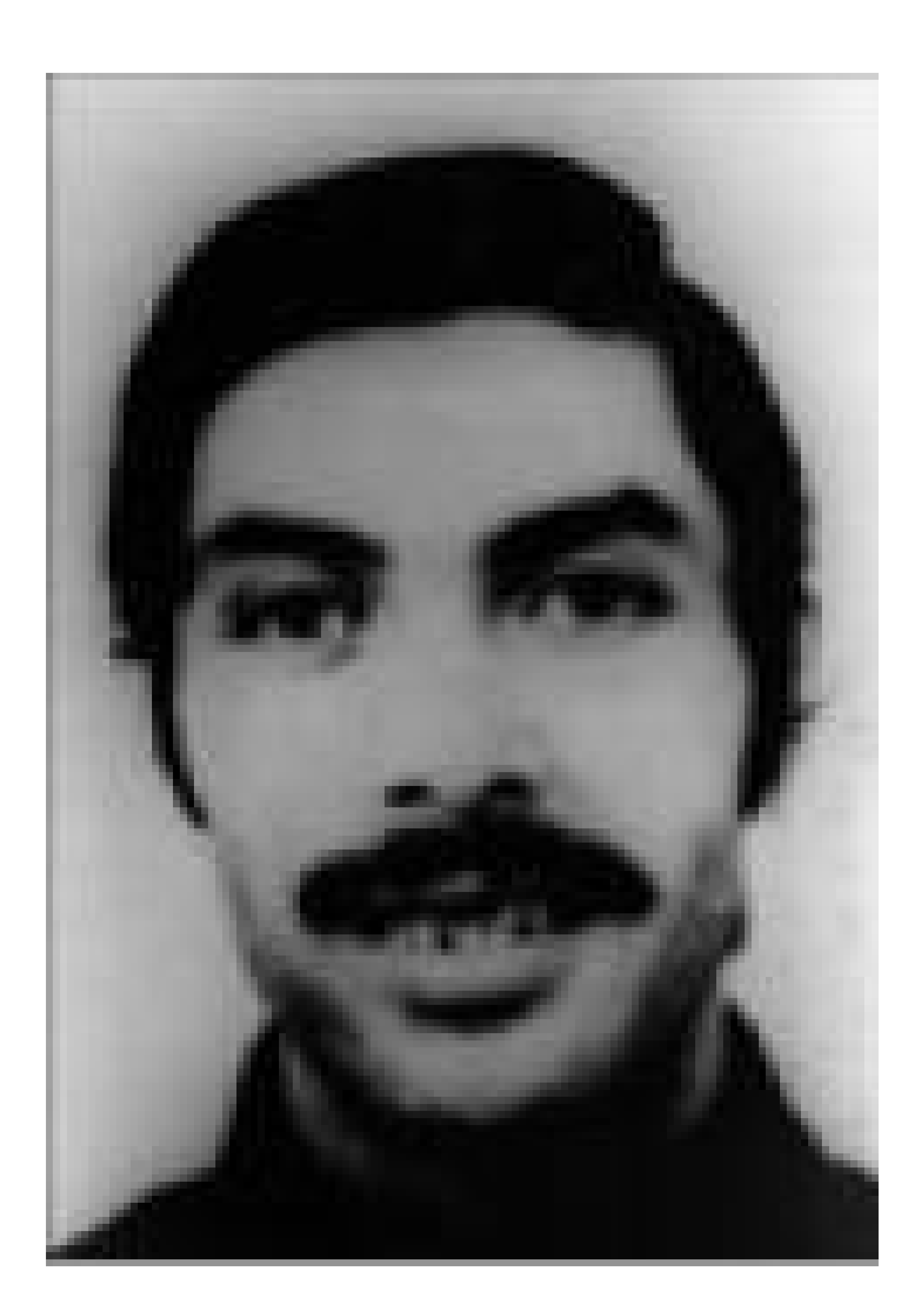
Había sido detenida por carabineros el 11 de septiembre de 1973 e interrogada sobre el paradero de su cónyuge, siendo informada por los policías que tenían órdenes de fusilar a su marido.

El 3 de marzo de 1976 personal de la Armada allanó el hogar de Lila en busca de su marido y el domicilio quedó vigilado durante seis meses. El hogar de la madre de Lila Valdenegro, ubicado en Poniente 528, en el Cerro Bellavista, en Valparaíso, fue allanado en cinco oportunidades, después de la detención de la afectada.

7.9. Dirigente de la Jota en diversas ciudades

Alfonso del Carmen Araya Castillo tenía 27 años a la fecha de su detención. Mueblista. Miembro de la Dirección de las Juventudes Comunistas. Ex dirigente de la Jota en Ovalle y ex dirigente sindical de la construcción. Casado con Madelina Araneda Gallardo; una hija póstuma. Domiciliado en Panamericana Norte 1130, dpto. 13, en Renca.

A principios de abril de 1976, Pedro Castillo Castillo, medio hermano de Alfonso, fue detenido en Ovalle por efectivos del Servicio de Inteligencia de Carabineros, Sicar, quienes lo condujeron hasta el regimiento Arica de La Serena, recinto en el que permaneció recluido 15 días, periodo en que fue interrogado acerca de la existencia de supuestas armas y sobre la persona, actividades y paradero de su hermano Alfonso.



Alfonso Araya Castillo

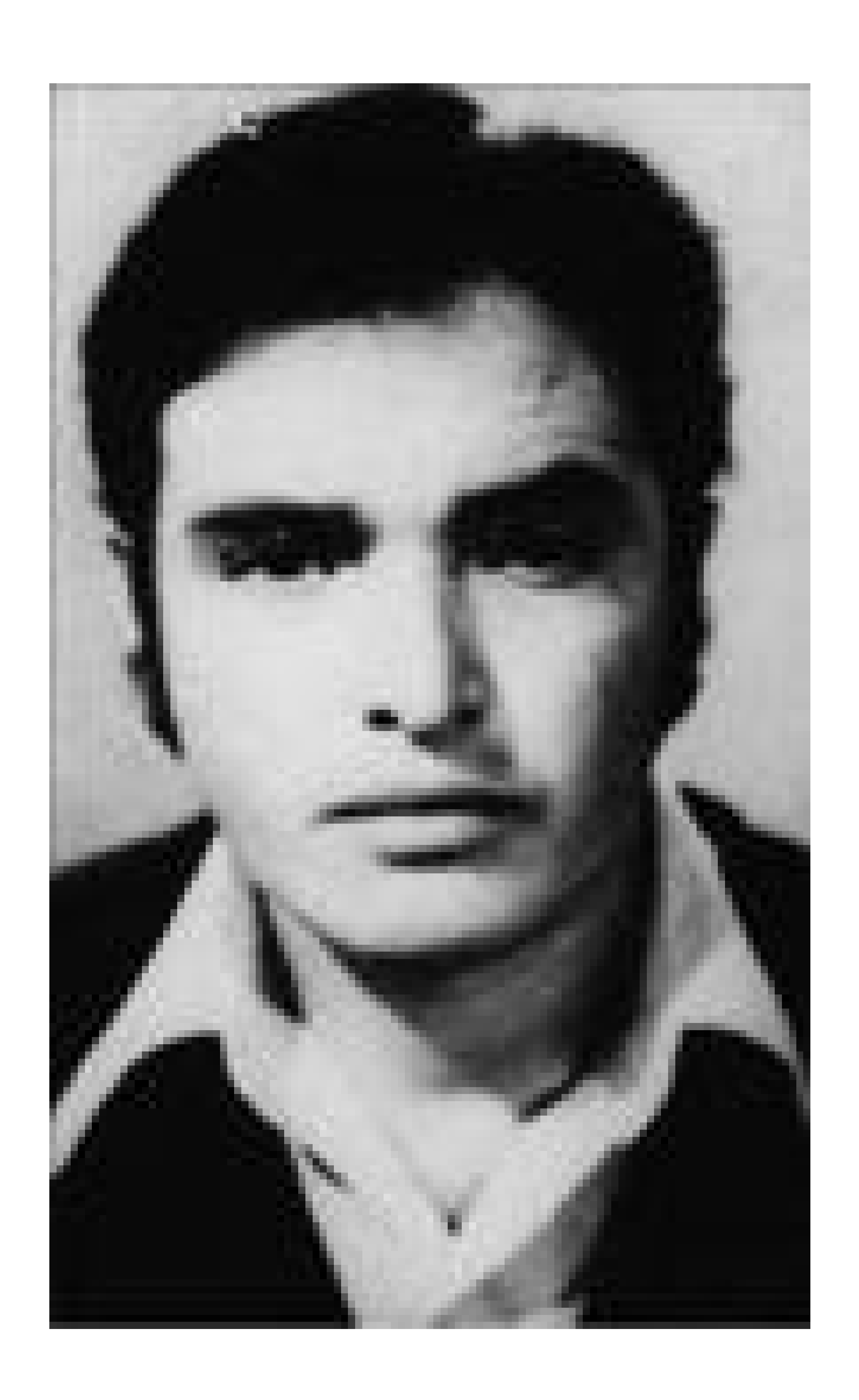
Alfonso fue apresado el 9 de septiembre de 1976, cerca de las 15:30 horas, en el sector de la plaza Pedro de Valdivia, en la comuna de Providencia, lugar donde minutos antes se había reunido con un compañero del Partido. Era seguido desde hacía dos días. Al día siguiente de la detención dos sujetos vestidos de civil se presentaron en el domicilio de una pariente, Laura Araneda, y preguntaron por la esposa del afectado.

Familiares de Alfonso recibieron el 15 de septiembre de 1976 un llamado telefónico de un amigo del afectado, el que sin identificarse les señaló que el día 9 de septiembre pasado se había reunido con Araya Castillo en la plaza Pedro de Valdivia, lugar donde conversaron un rato, separándose aproximadamente a las 15:30 horas, y manifestando el afectado que se dirigiría por calle Pedro de Valdivia, en dirección a Providencia, pues debía realizar un trabajo al que se había comprometido como mueblista.

El mismo 9 de septiembre de 1976 fueron detenidos otros dos dirigentes sindicales de la construcción y militantes del Partido Comunista: Aníbal Raimundo Riquelme Pino y Francisco Juan González Ortiz, los que también se encuentran desaparecidos.

Durante el proceso que siguió a su secuestro, Alfonso Araya apareció en el registro del Departamento de Extranjería y Policía Internacional con un ingreso al país del 16 de abril de 1973, procedente de la Unión Soviética. También figuraba en los registros de la Primera Zona Naval, como miembro de las Juventudes Comunistas de Valdivia, ocupando en el año 1973 el cargo de secretario regional. Ernesto Baeza, director de la Policía de Investigaciones, informó al tribunal que el 3 de septiembre de 1974 se detectó en Valdivia la existencia clandestina de un comité regional de las Juventudes Comunistas, en cuya directiva ocupaba el cargo de secretario regional Alfonso Araya Castillo. Además, según Baeza, Araya integraba la organización marxista clandestina denominada «Pandora».

7.10. El Comando Conjunto lo entregó a la DINA



Francisco González Ortiz

Francisco Juan González Ortiz tenía 27 años a la fecha de su detención. Instalador sanitario, trabajaba en la empresa Marín Michel y Cía. Ltda. Sus padres –Francisco y Latenia– eran comerciantes, seis hermanos. La familia vivía en el sector norte de Santiago, en el barrio Vivaceta. Sus estudios básicos los cursó en una escuela normal y las humanidades en un liceo nocturno.

Serio, respetuoso, reservado, y amable. Muy considerado con los niños, siempre preocupado de sus necesidades: alimentación, salud, juegos. A sus hermanos chicos y a sus hijas, les leía cuentos y les cantaba canciones. Los niños lo enternecían, buscaba que les dieran comida y los atendieran.

De muy joven, alrededor de los 13 años, se inició como delegado de las obras de construcción en las que trabajaba, luego fue delegado del Sindicato de Excavadores y después pasó a la Federación de Trabajadores de Materiales, Madera y de la Construcción. Más tarde entró a estudiar por convenio con los trabajadores, a través de las políticas del presidente Allende para la educación superior. Cursó Construcción Civil en la Universidad Técnica del Estado.

Sus padres y familia siempre le reprocharon sus ideas políticas. Su esposa lo respetaba en sus ideales, pero no le gustaba que fuera funcionario del Partido, porque ganaba muy poca plata y el sueldo no alcanzaba para mantener a la familia. A él no le gustaba que ella trabajara e insistía en que debía dejar de hacerlo, aunque el dinero no alcanzara.

Sus colores favoritos eran el rojo y el blanco; su comida preferida era el bistec con puré. Le gustaba escuchar baladas y el mar. También le gustaba bailar cueca y su película favorita era La naranja mecánica. Le encantaba leer y no se le podía interrumpir cuando estaba durmiendo.

No era de festejar, pero le gustaba beber vino tinto. Su primera fiesta de cumpleaños se la celebró su mamá a los 19 años. Sus amigos eran Maldonado, un excavador; Miguel Hernández, comunista como él, también dirigente sindical, y Jaime Palma.

Se casó con Matilde Del Canto Aliaga, que era viuda, y asumió la paternidad de los dos hijos de su primer matrimonio, René y Matilde; ambos tuvieron dos hijas, Paola y Gricel, y un hijo, Panchito, que murió en 1976, el mismo año de la detención de su padre.

González se mantuvo como dirigente sindical durante la dictadura y apoyaba a las familias de los miembros de su sindicato que caían detenidos. Visitaba a los presos y generaba diligencias para su defensa. En la familia le decían «Pancho» y su nombre de clandestinidad conocido era «Abelardo». Vivía en Manzana 2, sitio 26, Villa Los Álamos, La Florida, en Santiago. Su esposa lo recuerda:

Estaban desapareciendo sus conocidos de diversos sindicatos. Teníamos cerca gente que lo vigilaba, que vigilaban la casa. Había un vehículo que siempre estaba parado a una o dos cuadras de la casa. A veces, una persona bajaba de ese auto y se acercaba a la casa, daba una vuelta y pasaba por frente a la casa mirando.

Francisco me conversaba de las personas que caían detenidas. Cuando tomaron a Vicente Tolosa, en agosto, fuimos a acompañar a Teresa, su mujer, a su casa, porque era amiga y la madrina de uno de mis hijos.

A Pancho lo detuvo el Comando Conjunto, cerca de Cienfuegos con la Alameda, pasadas las 20:00 horas. Poco antes dirigió una reunión en el segundo piso de la Federación de la Construcción. Su oficina estaba al fondo, entraron dos personas desconocidas y miraron que estaba el Pancho en la oficina, Hugo Cuevas se acercó a preguntarles qué estaban haciendo; le respondieron que se habían equivocado y se fueron.

De la federación se fue con su hermano Víctor y se separaron en la estación Los Héroes del metro; Víctor lo vio aparecer después al lado norte de la Alameda, debía llegar a Erasmo Escala, y desapareció.

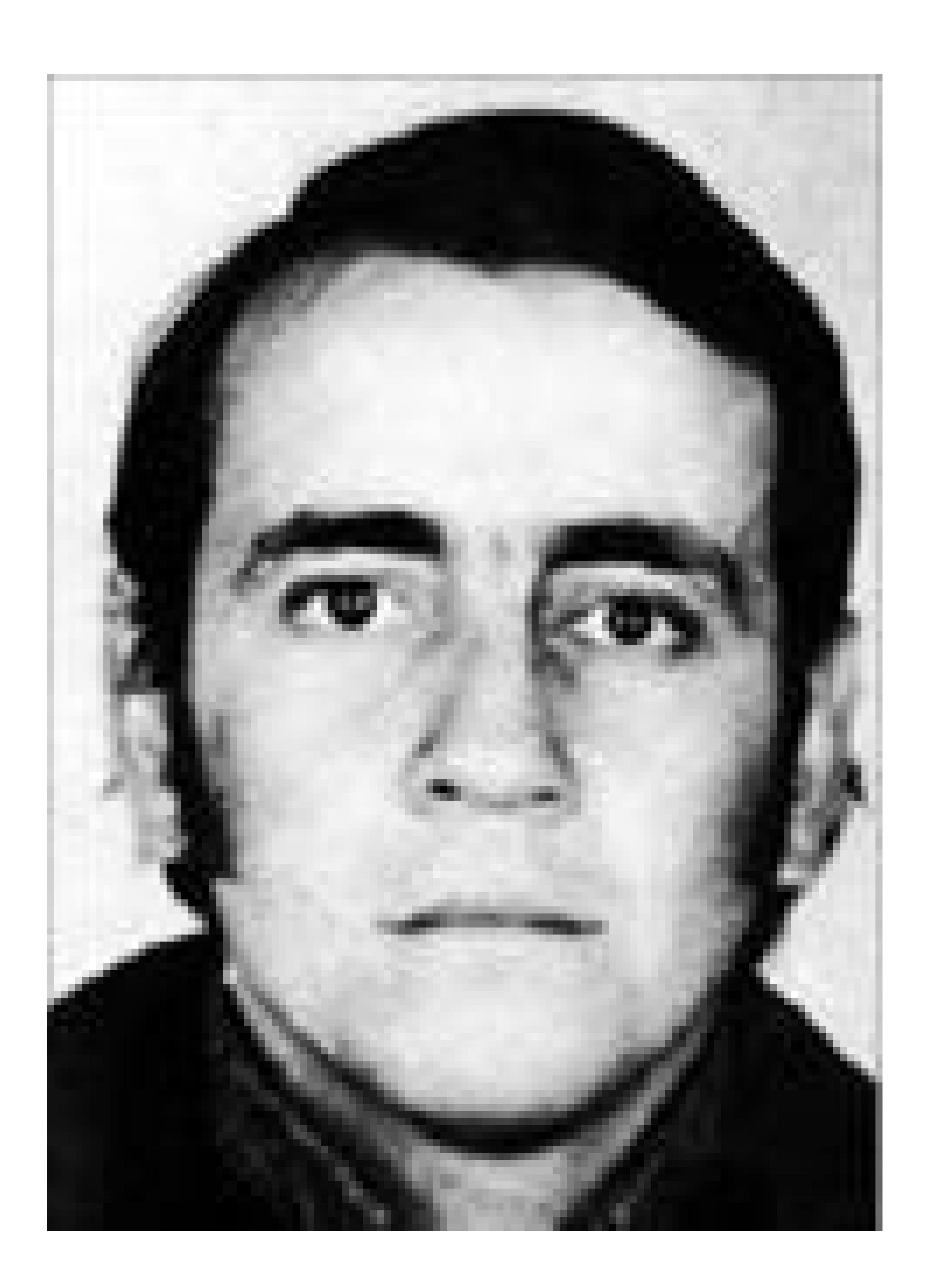
Al principio se supo que lo tenían en Tres Álamos, recuperándose; que lo habían torturado en otro lugar, pero era información sin comprobar, alcanzaban sólo a ser rumores.

Luego, Andrés Valenzuela entregó información a la Vicaría de la Solidaridad, sobre el grupo en que habría estado detenido el Pancho. Esos datos resultaron ser veraces, y corroborados por la información entregada por «el Mocito», fue llevado al cuartel de exterminio de Simón Bolivar, lo habrían torturado por un largo periodo, fusilado y luego lo habrían tirado al río Maipo. No sabemos si el Comando Conjunto se lo entregó a la DINA.

El 22 del mismo mes fue detenida una funcionaria de la empresa en que trabajaban Aníbal Riquelme y Francisco González, siendo trasladada a un recinto de reclusión no identificado en el que fue careada con Riquelme, para ser posteriormente liberada.

7.11.- Embestida contra los sindicatos de la Construcción

Aníbal Raimundo Riquelme Pino tenía 28 años a la fecha de su detención. Instalador sanitario, trabajaba en Martín Michel y Cía. Ltda. Dirigente de la Federación de la Construcción. Miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas e integrante de la Comisión Sindical de la misma. Ex presidente del Sindicato Profesional de Obreros Gasfíter, Calefaccionistas y Obras Sanitarias de Santiago, entre 1968 y 1971. Casado con Aurora Villarroel Vera, un hijo. Vivía en Santiago Watt N° 3330, Recoleta, en Santiago.



Aníbal Riquelme Pino

Riquelme fue detenido por agentes de seguridad el 9 de septiembre de 1976, en las inmediaciones de la Plaza Pedro de Valdivia, comuna de Providencia.

En julio de 1976, su domicilio fue vigilado por cinco civiles en actitud sospechosa que permanecían en el interior de una camioneta Chevrolet C-10, de doble cabina, color rojo, que estuvo estacionada frente a su casa durante un día y una noche. Riquelme concurrió al domicilio de unos amigos –la familia Soto Urbina– solicitándoles que le permitieran quedarse en su casa, pues estaba siendo objeto de persecución por efectivos de seguridad. Permaneció en ese lugar hasta el día de su detención y llevó durante todo este tiempo una vida rutinaria, sin mayores variaciones; leía, salía poco de la casa y las veces que lo hizo fue en horas de la noche, oportunidades en que solía ir a una plaza cercana, para «estirar las piernas», siendo muy cuidadoso de su seguridad personal.

El 9 de septiembre de 1976, Riquelme le señaló a la dueña de casa que tendría que salir, pues debía encontrarse con una compañera, en la intersección de las calles Pedro de Valdivia e Irarrázaval, para «hacerle entrega de un trabajo».

Ese mismo día, alrededor de las 13:00 horas, Aníbal llegó hasta el domicilio de su esposa, compartiendo con ella hasta las 18:00 horas, cuando se retiró señalándole que regresaría algunas horas más tarde. Posteriormente, dos sujetos que se negaron a identificarse, concurrieron hasta el domicilio de la mujer indicándole que habían presenciado que Aníbal fue subido a un automóvil en la vía pública.

El 30 de julio de 1976 se presentó en el hogar paterno del afectado, ubicado en Villa Alemana, un sujeto vestido de blue jeans, parka color azul y lentes de sol oscuros, identificándose verbalmente como carabinero. Este individuo preguntó a la madre de Aníbal, Gloria Pino Barra, por su hijo –individualizándolo por su nombre completo– agregando que portaba una orden de detención en su contra por un presunto robo en el lugar de trabajo de la víctima.

Casi un mes después, el 3 de septiembre de 1976, llegó hasta el mismo hogar un sujeto moreno que vestía terno café, el que identificándose como obrero de la

Compañía de Teléfonos, preguntó por Aníbal Riquelme agregando que «lo necesitaba en forma urgente, pues sabía de unos terrenos que vendía en Villa Alemana». Tan pronto se le hubo señalado que tal afirmación no era efectiva, el individuo insistió, solicitando se le proporcionaran las señas físicas del afectado.

El mismo día de la detención del afectado, el 9 de septiembre de 1976, en horas de la mañana, el mismo sujeto que identificándose como carabinero había concurrido al domicilio de la madre de Aníbal Riquelme en julio pasado –y que constantemente vigilaba el sector– interceptó a un joven, vecino del lugar, a quien solicitó su cédula de identidad. Al constatar que no se trataba del afectado, le consultó si conocía a Aníbal Riquelme Pino y si dicha persona visitaba aquella casa. Finalmente le señaló que «si veía llegar allí a Riquelme, les avisara de inmediato a la Comisaría, pues necesitaban hablar urgentemente con él».

Tiempo después, en el proceso criminal sustanciado para investigar una presunta desgracia del afectado, ante el Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, se identificó a este carabinero como el cabo 1° José Guillermo Muñoz Ruiz, quien en el año 1976 prestaba servicios en la Subcomisaría de Villa Alemana. Este individuo fue plenamente reconocido por la madre de la víctima ante la presencia judicial.

7.12. Médico psiquiatra con aversión a la dictadura



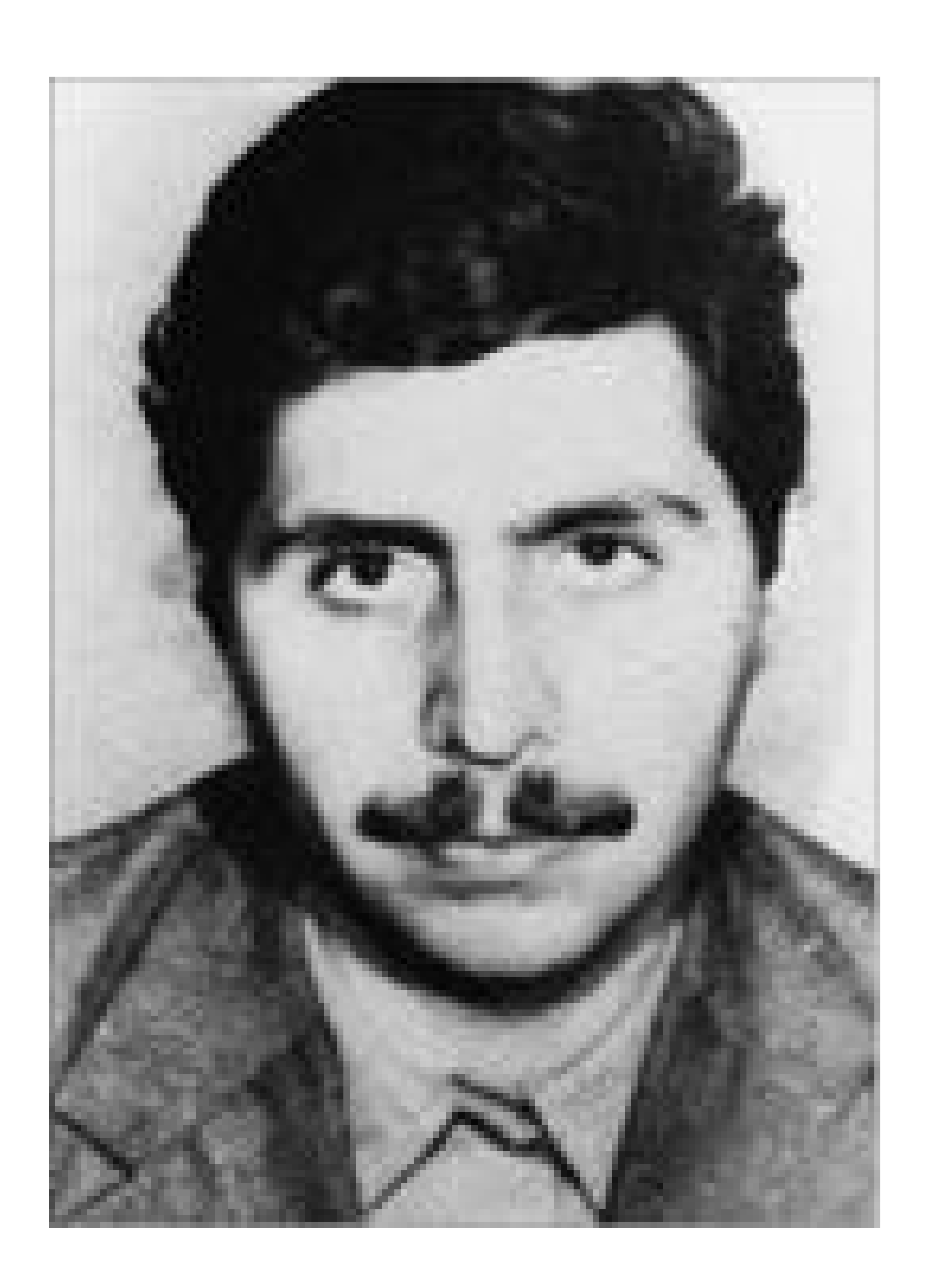
Gabriel Castillo Cerna

Gabriel Castillo Cerna tenía 43 años al momento de su detención. Médico psiquiatra con consulta privada en Cirujano Guzmán 24, dpto. 42, en Providencia. Ex profesor de la Universidad Católica. Casado, una hija. Tenía problemas sicológicos y una fuerte aversión por la dictadura militar. Fue médico tratante, entre otros pacientes, de la madre de la abogada Fabiola Letelier, y de la madre de Mónica Echeverría, esposa del fallecido arquitecto Fernando Castillo Velasco.

Castillo Cerna fue detenido el 11 de octubre de 1976 en las inmediaciones de la Parroquia Universitaria, a un costado de la plaza Pedro de Valdivia, en la comuna de Providencia. Había salido a las 11:30 horas de su domicilio en la parcela 12, de calle José Zapiola, en la comuna de La Reina. Dijo que llegaría de noche.

El afectado había padecido de algunos problemas sicológicos y desarrollado una fuerte aversión al gobierno militar, manifestando públicamente su odiosidad al régimen, particularmente después del asesinato en Washington del ex canciller de Salvador Allende, Orlando Letelier, ocurrido en septiembre de 1976, a cuya familia conocía por razones profesionales.

7.13. Un grito desesperado en la calle Nataniel



Carlos Contreras Maluje

Carlos Humberto Contreras Maluje tenía 29 años a la fecha de su detención. Químico farmacéutico. Integrante de la Dirección clandestina de las Juventudes Comunistas y encargado de la Comisión Nacional Universitaria de la misma. Ex regidor de Concepción y ex dirigente estudiantil. Casado con María Adriana Pablos; dos hijos. Mantenía relaciones políticas con Hugo Rivas Lombardi, que era su enlace, y con Alfredo Vargas. Domiciliado en Tokio 6729, población Tokio, en La Florida.

La dirección del PC le había ofrecido salir del país, pero se negó de manera terminante. Asumió como miembro de la Dirección de las JJ.CC. en agosto de 1976, junto a José Espíndola y Alfredo Vargas, y eran secundados por Adrián Saravia, en Organización, y Luciano Mallea, en Finanzas, quien por seguridad se había separado de su esposa, Antonia Cepeda, y de su hijo. No obstante sus preocupaciones, Mallea fue capturado por la DINA el 30 de septiembre, cuando transportaba un maletín lleno de dinero. Fue llevado a «La Firma» y duramente torturado. Le encontraron en su cinturón un papel con las cantidades de dinero a distribuir en los distintos buzones y un mensaje de «José», Alfredo Vargas, quien lo citaba a una reunión en casa de «Pepe», en la Gran Avenida. Lo siguieron torturando con mayor energía y empezó a entregar diversas casas buzones. En un momento le sacaron la capucha y pudo ver a René Basoa y a Miguel Estay, que estaban entre sus interrogadores. Mallea fue llevado por los agentes del Comando Conjunto a la cita con Vargas, a quien capturaron sin resistencia. En aquella casa, los agentes encontraron un mensaje de Adrián Sarabia, obrero textil, miembro también de la dirección de las JJ.CC. En los días siguientes cayó otro enlace: Blanca Allende, de sólo 22 años, cuyo padre, también comunista, había sido detenido por la DINA en julio de 1976. La mujer conocía a José Espíndola, que había sido número uno de la Jota hasta la reestructuración. Los agentes del Comando tenían unas cuatro mil fichas de militantes comunistas, muchas de ellas con fotos. En el trabajo de análisis participaba un individuo que llevaba una capucha de papel que nunca se sacaba y que era experto en el PC.

El 30 de octubre, Contreras Maluje celebró con su esposa y su hijo Pablo Egidio, de seis años, el cumpleaños número tres de su hija María. Desde hacía días nada

sabía de sus compañeros Luciano Mallea, Adrián Saravia y Alfredo Vargas, pero había llegado un mensaje de este último citándolo a un encuentro en una casa de San Bernardo al que decidió acudir. Vargas llegó con 12 agentes del Comando Conjunto. Contreras intentó huir pero –pese a su feroz resistencia– fue capturado. Lo subieron a una camioneta Kleinbus, que pertenecía a la Armada, y conducido a «La Firma». Resistió las torturas largamente, pero en un momento le mostraron a todos los dirigentes comunistas que tenían detenidos. En ese instante, Contreras Maluje les dijo que tenía que hacer «un punto» al día siguiente a la calle Nataniel con Leandro Arratia.

El 3 de noviembre de 1976, alrededor de las 11:30 horas, los agentes del Comando Conjunto cubrieron todo el sector de calle Nataniel Cox, entre Coquimbo y Aconcagua, donde se realizaría el encuentro. Llevaron a Luciano Mallea para que identificara a Arratia. Le pusieron lentes oscuros y una peluca crespa. Una mujer lo acompañaba con una pistola pegada a sus costillas. Bajaron a Contreras Maluje y en un descuido este se lanzó contra las ruedas delanteras de un microbús de la locomoción colectiva.

Contreras Maluje tenía las muñecas rotas producto de las torturas. El impacto del microbús le fracturó un hombro y le rompió la cabeza, pero alcanzó a gritar su nombre, que lo tenía secuestrado la DINA y que lo querían matar. Pidió a los transeúntes que observaban la escena que avisaran a su familia en Concepción, en la farmacia Maluje.

Sus esfuerzos fueron en vano. Tres agentes lo levantaron en vilo y lo metieron a un Fiat 125 de color celeste. Un oficial de Carabineros que llegó en una patrulla trató de intervenir, pero los agentes –que portaban metralletas, radios y pistolas– le mostraron sus credenciales y el policía debió abstenerse.

Aquella noche, Contreras fue salvajemente golpeado en «La Firma». En la madrugada lo trasladaron a la cuesta Barriga y lo ejecutaron.

7.14. Encargado sindical del Partido

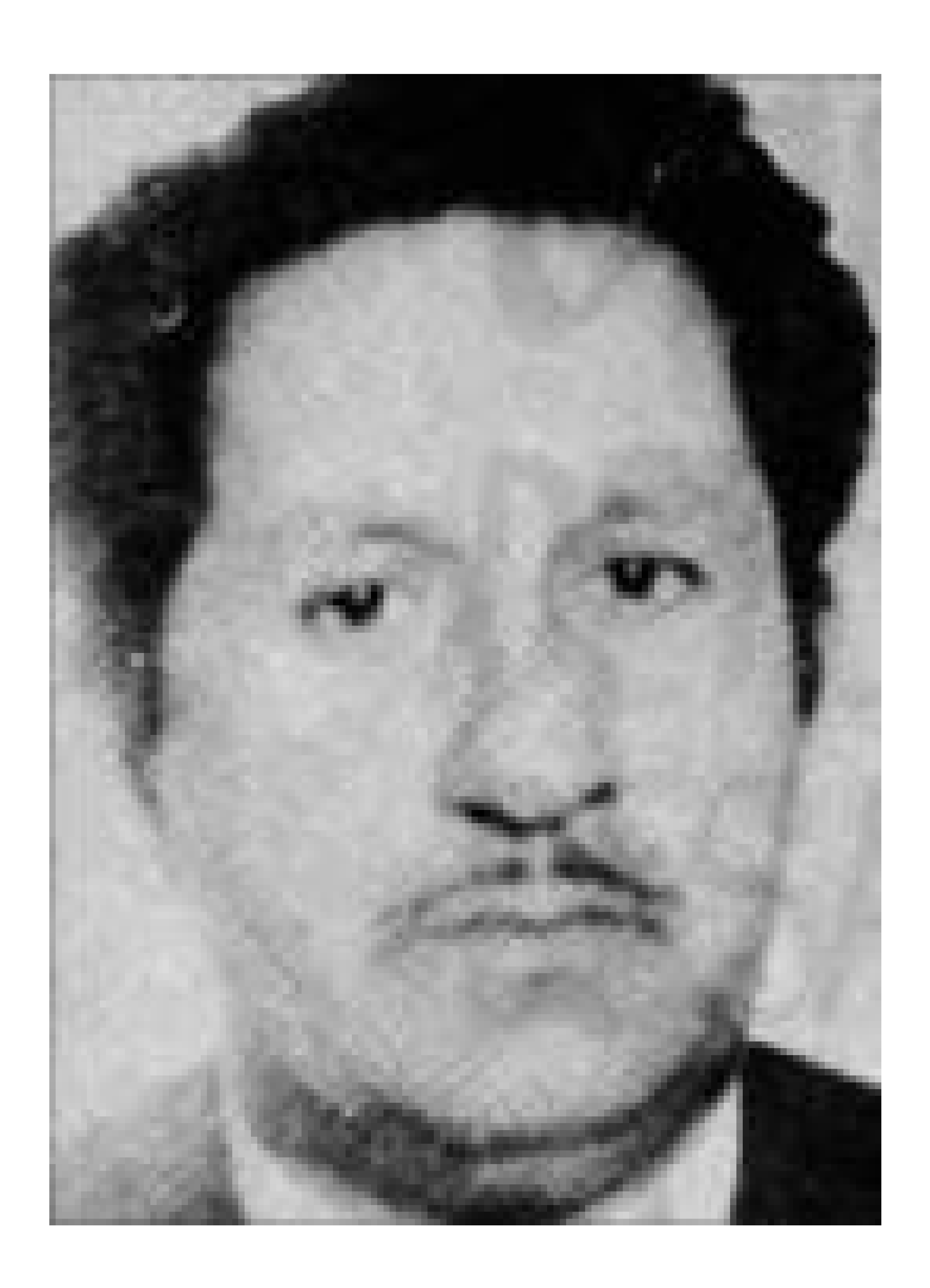


Armando Portilla Portilla

Armando Portilla Portilla tenía 48 años a la fecha de su detención. Operador mecánico. Promotor de ventas del Laboratorio Analmet. Encargado Sindical del Partido Comunista. Ex subgerente de Relaciones Industriales del Mineral El Salvador al 11 de septiembre de 1973, ex integrante del directorio de Endesa, en representación de los trabajadores. Casado con Irma Arellano, tres hijos. Vinculado políticamente con Waldo Pizarro.

El 9 de diciembre salió de su casa para reunirse en calle Maruri con un dirigente del Sindicato de Excavadores de Santiago. Luego, no llegó a su trabajo. Meses después, su esposa recibió una carta donde le expresaban que Portilla había sido detenido en las inmediaciones de la plaza Chacabuco, en la comuna de Independencia. Vivía en avenida Estrella N° 1281, Pudahuel, en Santiago.

7.15. El Encargado de la Comisión de Cuadros



Fernando Navarro Allendes

Fernando Alfredo Navarro Allendes tenía 49 años a la fecha de su detención. Jubilado de Ferrocarriles del Estado. Miembro del Comité Central; a la fecha de su captura era miembro del equipo de la Dirección clandestina; se había incorporado con Waldo Pizarro en agosto de 1976 y estaba a cargo de Movilización (contacto interior-exterior), de la Comisión de Cuadros y de la Comisión Nacional Sindical; atendía, además, a la Comisión de Solidaridad y Asilo que dirigía Reynalda Pereira. Usaba la chapa de «Pedro Pablo». Ex dirigente de la CUT, ex presidente de la Federación Santiago Watt de Ferrocarriles, sede Valparaíso. Casado con Edith Díaz, tres hijos. Padecía de una afección cardíaca y de diabetes.

Vinculado políticamente con Reinalda Pereira, a través de la Comisión Nacional de Asilo, con Fernando Ortiz y con Waldo Pizarro, todos detenidos desaparecidos.

Luego del golpe militar, Fernando Navarro comenzó a ser buscado para ser detenido; su hogar fue allanado en múltiples ocasiones por efectivos del Ejército y de la Armada, y, en el último de ellos, a mediados de octubre de 1973, debido a que no lo encontraron, detuvieron a su cónyuge, Edith Díaz Bahamondes, que fue conducida al Cuartel de Artillería de la Armada «Silva Palma» de Viña del Mar, donde se le preguntó insistentemente por el paradero de su marido; además, con su detención, se pretendía obtener que el afectado se entregara. Por espacio de 15 días su cónyuge permaneció privada de libertad en aquel recinto, lapso en el que fue incomunicada y apremiada físicamente. Luego de obtener su libertad, debió firmar semanalmente, durante un año, un libro en una comisaría del sector de su domicilio.

La requisitoria para el afectado, de presentarse ante las nuevas autoridades, apareció publicada en el diario El Mercurio de Valparaíso el 13 de septiembre de 1973, donde se reprodujo el Bando N° 11 de fecha del día anterior, dictado por el Intendente de la zona, contralmirante Adolfo Walbaum Wieber. En esa publicación, Fernando Navarro y otras personas aparecían sindicados como peligrosas para la seguridad nacional.

Todos estos hechos, indujeron a Navarro a tener que dejar de vivir en su hogar, y apartarse forzadamente de su seno familiar, pero siempre manteniendo contacto con su esposa.

Pasados algunos años, concretamente el 18 de diciembre de 1976, su esposa recibió un llamado telefónico anónimo de una persona que le avisó que su marido había sido detenido y que fuera a la Vicaría de la Solidaridad en Santiago para más información. En esa institución de la Iglesia, Etelvina Figueroa Pacheco dejó un relato de una detención que en Santiago, junto a varias personas, presenció el día 13 de diciembre de 1976, en Avenida Grecia con Ramón Cruz, en un paradero de micros, alrededor de las 13:40 horas, momento en que se aproximaron a ese punto dos automóviles: un Peugeot de color celeste con patente argentina, y un Dodge de color naranja. Del Peugeot celeste bajaron cinco sujetos vestidos de civil, que rápida y brutalmente agredieron y detuvieron a un hombre de unos 50 años, canoso, gordo, que se encontraba en el paradero, según refiere la testigo. Agregó que lo forzaron a subir a un vehículo, pero junto con oponer resistencia, alcanzó a gritar su nombre y a decir ¡son de la DINA!

A la testigo le llamó la atención «el carácter bestial de la agresión y de los golpes recibidos por el detenido, quien cayó inconsciente dentro del automóvil. El Peugeot celeste siguió a toda velocidad por Ramón Cruz y el naranja continuó por Grecia».

7.16. «Eres nuestro viejo comunista…»



Lincoyán Berríos Cataldo

Lincoyán Yalú Berríos Cataldo tenía 48 años a la fecha de su detención. Empleado municipal jubilado. Miembro del aparato político clandestino, donde trabajaba en la Comisión Nacional Sindical y en Organización, vinculado a Julio Irazzoky. Ex secretario de la Federación de Empleados Semifiscales, ex presidente de la Asociación de Empleados Municipales de Chile y ex dirigente de la Central Latinoamericana de Trabajadores Estatales, CLATE. Casado, tres hijos. Vivía en Mariano Latorre N° 4169, Ñuñoa, Santiago.

Tras el golpe militar de 1973, Lincoyán Berríos fue intensamente buscado por organismos de seguridad. En diciembre de ese mismo año, su hogar fue allanado por agentes de Inteligencia de la Fuerza Aérea, que portaban una orden de la Dirección de Operaciones, donde el comandante Luis Muñoz Sáenz de Tejada, del Departamento de Contrainteligencia, facultaba a descerrajar, requisar documentos, armamento no inscrito e incluso detener personas.

El 15 de diciembre de 1976, Berríos desapareció. La última persona que lo vio fue su propia cónyuge, Rebeca González Navarro, la que declaró judicialmente: «Como era costumbre entre nosotros, tomamos desayuno juntos y, posteriormente, como a las 08:20 horas, salimos de nuestra casa. Ya en la calle, Lincoyán se adelantó a tomar un microbús antes que yo, manifestándome que iba atrasado a juntarse con una persona en calle Rodrigo de Araya con Lo Plaza. En cuanto a mí, tomé el microbús siguiente, y tuve oportunidad de ver a mi cónyuge precisamente en la esquina mencionada, desde donde me saludó».

Con posterioridad a ese encuentro había quedado de reunirse en su propia oficina de calle Monjitas, en el centro de Santiago, con Manuel Rubio, y también de concurrir a obtener el pago de su pensión a la Caja de Previsión de Empleados Municipales, asimismo, ir a pagar la matrícula escolar de uno de sus hijos. Ninguna de esas gestiones las verificó, cuestión absolutamente inusual por su riguroso modo de vida.

Al día siguiente de su desaparición, el día 16 de diciembre de 1976, un cheque de su cuenta corriente por la suma de $1.500 pesos fue cobrado en el banco. Declarando sobre esto, su cónyuge indicó: «El cheque aparece íntegramente ex

tendido por mi marido, cuya firma y letra reconozco como suyas. Debo sí manifestar que el referido documento primitivamente mi marido me lo iba a entregar a mí para que hiciera unos pagos, pero como me diera otro cheque este quedó dentro del talonario, pero sin ninguno de los llenos, es decir totalmente en blanco, salvo con su firma. Este es el cheque que fue cobrado al día siguiente del desaparecimiento de mi marido por ventanilla en la oficina central del Banco Osorno y la Unión y para responder al cual hube de depositar $1.000 pesos en atención a que se hizo el pago sin consultar el estado de su cuenta, en la que mantenía solamente $800 pesos».

El 6 de agosto de 2012, su hija, Marisol Berríos González, despidió los restos de Lincoyán Berríos:

Hoy vuelvo a tu memoria clandestina, allí donde una vez se abrió la tierra.

Aquí estamos, padre nuestro: después de tantos años de espera, ayer hemos recibido tus restos para devolverlos a la tierra, la misma tierra que desde las profundidades de la mina en Cuesta Barriga guardó tus pequeños huesitos para que los encontráramos, para que los reconociéramos y para que los cobijáramos cariñosamente.

Con mi madre y mis hermanos, queremos hablar de ti desde la vida, porque sentimos que esa es la herencia más hermosa que nos dejaste: fuiste un hombre que por sobre todo, amó la vida y de tanto amarla, la entregó generoso en pos de la libertad y la democracia para tu pueblo.

Entonces, mi papito amado, quiero hablarte desde mis emociones y desde todos los lugares que me unen a ti.

Voy a hablarte como mi compañero de ideales y de militancia, porque de ti

aprendimos a abrazar la causa de la justicia y los sueños de construir una patria más justa para todos, especialmente para los más sencillos.

Te veíamos entregarte por entero a tu trabajo como dirigente sindical, cuántas veces nos alegramos contigo por cada lucha ganada, como cuando llegabas después de alguna elección, cansado pero feliz de haber logrado el triunfo de tus proyectos.

Fuimos parte también de los momentos duros, cuando no quedaba otro camino de consecuencia que el de unirse a la lucha clandestina por la recuperación de la democracia. Me acuerdo del día en que volviste a la casa y nos contaste que te habían contactado del Partido para integrarte al trabajo de la Dirección. Estabas tan emocionado que lloraste y nos hiciste sentir el compromiso enorme de esa decisión, pero no desde el miedo, sino desde el amor.

Esa fue una decisión de un profundo contenido ético, tú sabías los riesgos a los que te enfrentabas. Esa opción marcó tu entrega. Y aun cuando hoy día hablamos de ti como una de las tantas víctimas de la acción criminal de la dictadura, te reconocemos por sobre todo como un activo luchador por la democracia y nos sentimos orgullosos de tu actuar. Eres nuestro viejo comunista.

Quiero hablar de ti también como el hombre que fuiste, alegre, cariñoso, coqueto, porque tenías mucho arrastre entre las compañeras. Hablar de ti como fanático del Colo Colo, que disfrutaba a concho las idas al estadio a ver a su equipo. Seguramente estarías muy contento de saber que varios de tus nietos siguieron tus pasos en este cariño.

Hablar de ese hombre gozoso, que gustaba de compartir con su familia y sus amigos, de ese que cada vez que hacía un brindis con una buena copa de vino, hacía la declaración de amor más hermosa hacia mi madre, diciéndole «por sus

ojos» y ella te respondía «que son suyos».

O del padre que nos invitaba a la lectura, a escuchar música por el puro placer de adentrarse en otros mundos. Y ese legado está en tus nietos, músicos, poetas, artistas, creadores.

Quiero hablarte como hija, hablar también por mis hermanos. Han pasado casi 36 años y estamos todavía con todo nuestro amor hacia ti, con la tremenda necesidad de tu ternura, de tu cariño, de tu protección. Con un vacío en el cuerpo y en el alma, que hoy al encontrarte se va llenando y que ha estado a veces menos visible, o que hemos sentido menos cuando nos han acompañado los amigos que hoy son parte de nuestra gran familia.

¿Qué nos dirías, viejo, hoy día? ¿Qué conversaciones tendríamos sobre la vida, los hijos, el amor, la historia, los ideales, la militancia? ¿Sobre qué libros comentaríamos? ¿Qué música disfrutaríamos cualquier tarde de domingo? ¿Qué pretexto buscaríamos para celebrar y brindar?

Te hablamos desde el corazón, viejo comunista. Queremos decirte cómo nos hubiera gustado que nos abrazaras el día que terminamos el colegio. Que hubieses estado con nosotros cuando armamos nuestras propias familias. Que hubieras ido a conocer a tus nietas y nietos recién nacidos, al hospital. Que disfrutaras con ellos, que te vieras en sus risas, en sus cantos, en sus gestos. Que celebraras cuando terminamos la universidad. Cómo nos hubiese gustado tener al papá… La pena está aquí, escondida, más pequeñita quizás, pero aún duele tu ausencia.

Nos gusta pensar, papá, que la semilla que sembraste, hoy día brota y florece en nuestros hijos. Al verlos, sentimos que la vida ganó la batalla, son ellos los que hacen florecer nuevas primaveras y recogen tu legado. Te imaginamos feliz

participando de las marchas estudiantiles, seguro andarías por ahí con los abuelos exigiendo el fin al lucro. También te imaginamos discutiendo de política con ellos, reclamando de sus críticas o a lo mejor diciéndoles que se cortaran el pelo o que no se lo tiñeran de tantos colores, pero en el fondo, henchido de orgullo por las bellas personas que son.

Eso eres en nuestras vidas, Lincoyán, eres el compañero amoroso, el padre, el abuelo, el militante, el amigo.

Por eso, cuando termina esta larga espera y nos volvemos a encontrar contigo, hoy día que cerramos una etapa necesaria como familia, junto con declararte nuestro amor y lo orgullosos que estamos por tu herencia de vida, queremos reconocerte también como un luchador, verdadero héroe de la democracia. Y contigo reconocer a los Fernando, a Horacio, a Waldo, a Armando, a Héctor, a Reinalda, a Lisandro, a Santiago, a Luis, a Edras, a Carlos, a Ángel, a Víctor Díaz, y en ellos a todos los hombres y mujeres que dieron su vida por un Chile más justo. Te amo, papá.

7.17. El constructor que pavimentó las calles de Ñuñoa



Horacio Cepeda Marinkovic

Horacio Cepeda Marinkovic tenía 54 años a la fecha de su detención. Constructor civil, jubilado de la Corporación de Obras Urbanas, Cormu. Ex director de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado; Ex director del Instituto Chileno-Alemán de Cultura (RDA). Casado, cuatro hijos. Usaba las chapas de «Carlos Robles» y «Custodio». Detenido junto con Lincoyán Berríos. Vivía en Diego Rojas N° 753, La Reina, Santiago. Era miembro de la Dirección clandestina del Partido desde mediados de agosto de 1976.

En su calidad de director del Instituto Chileno-Alemán viajó el 8 de septiembre de 1973 a la República Democrática de Alemania y luego estuvo en Italia, para regresar a Chile en julio de 1975. Salió de su casa el 15 de diciembre de 1976, alrededor de las nueve de la mañana, en dirección al centro de Santiago para comprar pintura y juntarse con un compañero del Partido, quien probablemente corresponde a una de las personas detenidas ese mismo día y actualmente desaparecido. Cepeda fue secuestrado ese mismo día en la vía pública por agentes de la brigada Delfín, quienes lo trasladan al Centro de Exterminio Simón Bolívar. Existen testimonios de agentes que señalan que, entre otros tormentos, a Horacio le aplicaron la llamada «tortura vietnamita», que consistía en instalar a la persona bajo un sol ardiente con un neumático alrededor de su cuello, de manera que al dilatarse por efecto del calor lo estrangulaba lentamente.

Cabe consignar que el yerno del afectado, Luciano Mallea Correa, militante de las Juventudes Comunistas, fue detenido el 30 de septiembre de 1976 por miembros del Comando Conjunto, siendo trasladado a «La Firma», donde fue intensamente interrogado bajo torturas sobre personas de militancia de izquierda. En un momento le preguntaron por su suegro, Horacio Cepeda.

Luciano Mallea, desde el extranjero, envió una declaración en la que relató su experiencia, los interrogatorios, las torturas que sufrió, los casos de personas perseguidas o detenidas de que tuvo conocimiento durante su cautiverio; dio descripciones de agentes, del lugar de reclusión clandestino, etc. Varios de los agentes que nombró y describió, resultaron encargados reos por el ministro Carlos Cerda en el proceso rol 277. Mallea, al terminar su relato escrito, señaló:

«He hecho este testimonio, tratando de recordar al máximo los detalles que rodearon mi detención y con el objeto de que sirva para el esclarecimiento de aquellos casos de violaciones de derechos humanos, cuyas investigaciones se llevan en Chile. No tiene ningún otro alcance ni finalidad...».

Por otra parte, la cónyuge del afectado, Wilma Elena Antoine Lazzerini, en una declaración que prestó en el mismo proceso judicial, indicó que después de la desaparición de su marido, una amiga íntima, cuyo nombre se reservó por razones obvias, le confidenció datos sobre el paradero del afectado. Esto lo precisó más en otra declaración, diciendo: «La amiga íntima a que aludo... era... quien llegó a verme el día 31 de diciembre de 1976 y me ofreció hacer averiguaciones tendientes a ubicar el paradero de mi marido, Horacio Cepeda Marinkovic. Unos 15 días después me informó que un amigo suyo, al parecer miembro de la DINA, le había contado que Horacio estaba detenido en un departamento en el centro de Santiago, pero no me dio el nombre del informante. Calculo que una semana después... (la amiga) me informó que a Horacio lo conducirían a un campo de concentración en el norte del país; agregó que el dato le había sido proporcionado por la misma fuente. No recibí más información de mi amiga y cuando traté que estampara sus dichos en una declaración jurada, me manifestó su imposibilidad, porque el funcionario de la DINA le había advertido que cuidara de revelar tales antecedentes, bajo amenaza...».

Bárbara Cepeda, hija de Horacio, lo recuerda:

Lo único que me importa es hablar de mi papá. Sólo quiero hablar del hombre que quedó sin madre a los 9 años, que a los 16 abandonó la casa paterna y se dedicó a trabajar en Iquique mientras terminaba las humanidades. Deseo hablar del muchacho que entró a la Universidad de Chile a estudiar construcción civil y que a los 22 años se enamoró de Wilma, una guapísima estudiante de economía de 21 años que, al igual que él, militaba en las Juventudes Comunistas. Le entusiasmaba contar de su trabajo en la Corporación de Obras Urbanas, de la pavimentación de las calles de Ñuñoa gestada por él y de su misión en la Empresa de Transportes Colectivos del Estado.

Quiero describir al Horacio íntimo, al que fumaba pipa, usaba boina, dibujaba,

maestreaba y sabía hablar ruso, italiano y algo de alemán. El que construyó un taller en el patio de la casa de La Reina, un lugar donde cada domingo los niños Alonso, Bárbara, Antonia e Irene se reunían con el padre a estudiar, pintar o a jugar al kim, al relojito, al ludo o al bachillerato. De esa casa ubicada en la calle Diego Rojas Nº 753 que se poblaba de amigos y amigas de los chiquillos. El mismo hogar que estaban emperifollando en esos últimos meses del año 1976. Por eso él salió a buscar pintura y otros materiales aquella mañana del miércoles 15 de diciembre.

7.18. Sindicalista de Chilectra



Luis Lazo Santander

Luis Segundo Lazo Santander tenía 61 años a la fecha de su detención. Mecánico jubilado. Ex dirigente del Sindicato de la Compañía Chilena de Electricidad, Chilectra; ex dirigente de la CUT. Casado con Elisa Sepúlveda.

En los días previos a su detención una camioneta de color plomo fue vista en el sector de su ex domicilio, vigilando el lugar. Lazo estaba muy nervioso y se refería continuamente a las detenciones de sus amigos y compañeros Armando Portilla y Jaime Donato.

El 15 de diciembre de 1976, cerca de las 16:45 horas, cuando iba llegando a su ex domicilio, en Catamarca con Profesor Fuentes Maturana, en Quinta Normal, cuatro civiles bajaron de una camioneta de color plomo, lo redujeron violentamente y lo subieron al vehículo que partió en dirección hacia Carrascal. Testigo de su detención fue la vecina Celia Urra Zenteno, que negó ante tribunales haber visto algo al respecto.

7.19. «Lemus»: La cabeza de la segunda Dirección clandestina



Fernando Ortiz Letelier

Juan Fernando Ortiz Letelier tenía 54 años a la fecha de su detención. Historiador. Profesor de Historia y Geografía de la Universidad de Chile. Ex dirigente de la Asociación de Profesionales y Empleados de la Universidad de Chile, Apeuch; ex miembro del Consejo Superior Normativo de la misma Universidad; ex presidente de la FECH y ex Secretario General de las Juventudes Comunistas hasta 1951. Miembro del Comité Central del PC, dirigente máximo de la dirección del Partido que asumió a fines de mayo de 1976; encargado de las comisiones política, de profesionales, de cultura y de universidades. Usaba la chapa de «Lemus» y tenía un carnet de identidad a nombre de Mario Poblete Oyarzún. Casado, tres hijos.

Tenía relaciones políticas con Samuel Segundo González Rojas, «Eduardo», que era su enlace con los regionales del partido.

El 24 de junio de 1922, Talca fue azotada por un fuerte temporal. El río Maule, que corre al sur de la ciudad, comenzaba a subir peligrosamente. La gente pasaba corriendo por las calles avisando la amenaza de inundación. Carlos Ortiz, al escuchar las voces y, en vez de quedarse al lado de su esposa Estela, que ya iba a dar a luz, salió para ayudar a los damnificados. La naturaleza estaba desatada cuando nació el hijo de Carlos y Estela. Lo nombraron Juan, como señalaba ese día el onomástico el calendario católico. Era el hijo mayor.

Juan Fernando Ortiz Letelier tenía 13 años de edad cuando su familia se trasladó a Puerto Montt. Al padre se le presentó la oportunidad de instalarse allí con una tienda de géneros. Así, las cosas mejoraron para la familia integrada por los padres, Fernando y sus dos hermanas: Marta y Eliana.

En diciembre de 1939, luego de finalizar con excelentes calificaciones su sexto año de humanidades, Juan Fernando viajó a Santiago a rendir su prueba de bachillerato. Reprobó y volvió a Puerto Montt. En marzo de 1940 rindió de nuevo el bachillerato y lo aprobó. Se matriculó entonces en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Educación.

A mediados de 1942, cuando cursaba el tercer año, debió viajar con urgencia a Puerto Montt. Su padre había fallecido y debió hacerse cargo de la tienda. Asumió como jefe del hogar a la edad de 20 años. La madre, sin embargo, poco a poco, se fue haciendo cargo de la tienda. Fernando buscó un trabajo extra y logró que la directora del Liceo de Niñas le permitiera hacer algunas clases de Historia.

En 1943 se incorporó a las Juventudes Comunistas. Fue en una reunión realizada en medio de un bosque en los alrededores de Puerto Montt.

Fernando era un estudiante de escasos recursos, que necesitaba costear su estadía en Santiago. Logró en 1945 un puesto como inspector en el Internado Nacional Barros Arana, donde tenía alimentación y alojamiento. En 1947, ya era dirigente universitario y también de las Juventudes Comunistas. Había retornado a Santiago en agosto de 1945, después de haber permanecido tres años en Puerto Montt.

En 1948, durante la represión de González Videla, a Fernando Ortiz le aplicaron la «Ley maldita» y cayó preso.

Gracias al trabajo unitario de los jóvenes comunistas en la Universidad de Chile, el movimiento estudiantil ganó en fuerza e influencia. Fue así como la lista de izquierda ganó las elecciones en la FECH, que tuvieron lugar en agosto de 1950. Fueron elegidos José Tohá, de la Juventud Socialista, presidente; Luis Dodds, de la Juventud Radical, vicepresidente; y Fernando Ortiz, Secretario General. En medio de las luchas y acciones de los jóvenes chilenos, en ese turbulento año 50, Fernando asumió el cargo de Secretario General de las Juventudes Comunistas de Chile.

En los años 1954 y 1955, Fernando Ortiz era ayudante de la cátedra de Historia Social y Económica de Chile, creada por el profesor e historiador Hernán Ramírez Necochea. Recién entonces, pudo dedicarse seriamente a culminar sus estudios. En 1956 se tituló como profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Su tesis para graduarse lleva el título El Movimiento Obrero en Chile. 1891-1919, y fue publicada en Madrid en 1985.

En 1965, Ortiz era un destacado profesor universitario y en el Partido formaba parte de la Comisión Nacional Universitaria. También integraba el Consejo de

Redacción de la revista Principios. En el XVIII Congreso Nacional del PC, realizado entre el 10 y el 17 de octubre de 1965, fue elegido uno de los 55 miembros titulares del Comité Central.

Fernando Ortiz fue uno de los precursores de la Reforma Universitaria. Ya en 1960 apareció un artículo suyo bajo el título de «Notas para una discusión sobre el problema universitario», donde plantea tesis que servirán de base al movimiento reformista.

En 1967 el movimiento estudiantil dio el impulso inicial a la reforma universitaria. Primero en Valparaíso, luego en la Universidad Católica de Santiago. Sus alumnos se tomaron la Casa Central y colocaron en su frontis aquel famoso letrero: «El Mercurio miente».

Luego entraron a la pelea los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, donde encontraron rápido eco en numerosos académicos, entre ellos Hernán Ramírez y Fernando Ortiz. En la revista Apuntes, Ortiz escribió: «Si la crisis llegó a las Universidades es porque sus metas y estructuras eran la expresión de la vieja sociedad; una universidad profesionalizante, imbuida de un falso academismo, anarquizada, que servía para formar una intelectualidad apta para servir a la sociedad burguesa».

El 7 de agosto de 1976, el «Lolo» Muñoz Gamboa y una mujer, ambos del Comando Conjunto, buscaron a Ortiz en su domicilio. Luego llegaron a la casa de Estela, la hija mayor de Ortiz, y le dejaron un número de teléfono, que correspondía a la Villa Grimaldi. Todos los familiares fueron vigilados hasta el 23 de noviembre de 1976. René Basoa y Miguel Estay Reyno eran muy conocidos por la familia Ortiz.

El 15 de diciembre de 1976, alrededor de las 16:00 horas, su hijo Pablo dejó a su padre Fernando Ortiz en las cercanías de la Plaza Baquedano, con el compromiso de volverse a encontrar nuevamente en el Aeropuerto Internacional Pudahuel con más familiares, para despedir a María Luisa Azócar –esposa del afectado– que viajaría a México el 17 de diciembre.

Fue ese mismo 17, por la tarde, cuando Pablo Ortiz, estando en casa de sus hermanas, recibió a una persona de unos 30 años que llegó preguntando si ahí vivía algún familiar de Fernando Ortiz. Cuando Pablo le indicó que era su hijo, el hombre le manifestó que debía comunicarle que su padre, junto a un señor

Pizarro, había sido detenido el 15 de diciembre de 1976. El hombre aquel, era desconocido para Pablo Ortiz; fue la primera y última vez que lo vio, nunca más supo de él, pues este le dijo que no podía darle su nombre ni más detalles.

El 15 de diciembre de 1976, aproximadamente a las 19:00 horas, Fernando Ortiz y Waldo Pizarro caminaban por la avenida Larraín, a pocos metros de la Plaza Egaña. De improviso, varios sujetos bajaron desde tres vehículos sin patente y golpearon violentamente a Ortiz y a Pizarro: los cubrieron con capuchas y los introdujeron a uno de los vehículos, retirándose de inmediato del lugar.

Casi tres semanas después, el 3 de enero de 1977, dos agentes de la DINA llegaron hasta la Vicaría de la Solidaridad a la hora de almuerzo y pidieron hablar con José Manuel Parada, esposo de Estela Ortiz. Dijeron que habían sido mandados y que Fernando Ortiz estaba en la Villa Grimaldi junto a otras personas y había sido brutalmente torturado, pero que aún respiraba. Con esos antecedentes Estela pidió una entrevista con José María Eyzaguirre, presidente de la Corte Suprema. La recibió mucho tiempo después y tras escuchar la información que le transmitió la hija de Fernando Ortiz, se negó a concurrir a la Villa Grimaldi, argumentando que tenías que hacer las maletas porque al otro día se iba de viaje. «Entre medio él llamó a Manuel Contreras en mi presencia y le dijo que yo tenía esa información y él me estaba diciendo que estaba equivocada y todo era un invento. Yo le dije que al llamarlo iban a sacar a mi padre y a la otra gente de la Villa Grimaldi, y le dije que él no estaba haciendo nada por rescatar a una persona con vida y, ante la duda, su deber era ir. Él me dijo que no tenía auto y yo le ofrecí ponerle uno a su disposición. Igual no fue», relató Estela Ortiz en enero de 2001.

En julio de 2012, luego de once años de peritajes, el Servicio Médico Legal, SML, identificó a cuatro detenidos desaparecidos, asesinados en 1976 en el cuartel Simón Bolívar de la DINA. Entre ellos estaba Fernando Ortiz. Su identificación se basó en 200 pequeños fragmentos óseos, de la que también surgieron las identidades de los dirigentes comunistas Lincoyán Berríos Cataldo y Horacio Cepeda Marinkovic, y del militante del MIR Ángel Guerrero Castillo. Hoy está documentado que Fernando Ortiz, encargado de la Dirección del PC en el momento de su detención, fue secuestrado por la brigada Delfín (parte de la Brigada Lautaro) y trasladado junto a otros ocho detenidos al Centro de Exterminio de Simón Bolivar. Allí fue asesinado al día siguiente, a golpes de pies, puños y palos.

El sábado 28 de abril de 2012, los restos de Ortiz fueron sepultados en el memorial a los Detenidos Desaparecidos, en el Cementerio General. Licha Ortiz, hija del ex Secretario General del PC, despidió los restos de su padre:

Aquí estamos finalmente, con el corazón apretado, con una profunda tristeza, pero serenas. Después de 36 años, nos enfrentamos al extraño privilegio que algunas pocas familias de los detenidos desaparecidos logramos realizar: cumplir con el rito de enterrar a nuestros muertos, tantas veces negados hasta de su existencia. Y, sin embargo, aquí estamos: para gritar que sí, que era cierto, que sí existías, tenías nombre, oficio, militancia política y familia y era cierto que te habían detenido por ser comunista y decidido combatiente contra la dictadura.

Hemos dado mil batallas, hemos vivido furias y penas hasta llegar a este momento. Mil batallas desde esa mañana de diciembre en que nuestro querido hermano Pablo, tu compañero de las partidas de ajedrez en la infancia y cómplice permanente en esos días de dictadura, nos llamó para alertarnos que te habían detenido. Nos cayó como un rayo algo para lo que de algún modo creímos estar preparados. Llevabas ya tres años de vivir en la clandestinidad, de ser perseguido en todas nuestras casas, de saber que tus compañeros iban siendo detenidos, torturados o muertos. Ya no te nombrábamos como Fernando sino como Mario Poblete, y habías asumido la tarea de dirigir al Partido Comunista en Chile, después que la DINA detuviera a su dirigencia en mayo de ese año 1976.

Luego, la desesperación y la urgencia por salvarte la vida. Las horas y los días de correr de un lado a otro, denunciando tu detención en Chile y el mundo, pidiendo firmas solidarias, recurriendo a los tribunales. El encuentro con las familias de Horacio, Lincoyán, Reinalda, Waldo, Armando, Lisandro, Edras, Héctor, Luis, Fernando Navarro y de Santiago Edmundo y Carlos Patricio. Las semanas siguientes, los meses, los años; las huelgas de hambre, la protestas en la calles, las horas interminables en los tribunales de justicia, sin respuesta, sin respuesta, recibiendo sólo silencios y mentiras.

Y llegó enero del 2001 y la Cuesta Barriga, y los 90 días a las afueras de la mina, viviendo y reviviendo, llorando y riendo, como siempre ha sido, mirando el valle, interpretando cada nuevo golpe lejano en esa mina… viéndonos más de cerca de la posibilidad de encontrarlos, de encontrarte papá.

Han sido 36 años de búsqueda incansable por tratar de saber, buscar un dato, una seña, una información, testigos, aprendiendo a leer gestos y miradas, haciendo una y otra vez conjeturas sobre cómo habían ocurrido sus detenciones.

Luchamos cada día por saber la verdad, pero nos ha costado tanto enfrentarnos al horror, porque este horror estaba más allá de lo peor imaginable. En nuestros códigos éticos era imposible imaginar tanta barbarie. Desde el año 2007 en que comenzamos a saber de Simón Bolívar, nos vimos enfrentadas a lo indecible. Y sin embargo, saber siempre es mejor que la incertidumbre. Saber lo que pasó nos hace sentir que de algún modo podemos acompañarte en ese trance.

Pero me niego a quedarme en el horror. Hoy quiero recordarte como el hijo de Carlos y Estela, nacido en Talca el 24 de junio de 1922, el que se fue con la familia a Puerto Montt donde vivió la adolescencia y juventud y se hizo comunista, y siguió siéndolo con firme convicción hasta el último suspiro. Quiero recordarte como el hermano cariñoso y preocupado de Marta y Eliana; el compañero de María Eugenia nuestra madre y luego de María Luisa Azocar que nos trajo a sus hijas Bárbara y Viviana Délano para formar parte de una misma familia. Quiero evocar al joven dirigente de la FECH, al Secretario General de la Juventud Comunista, al académico comprometido con la reforma universitaria. Al profesor exigente y cálido. Al que asumió con responsabilidad y valentía el compromiso de dirigir a su partido en los peores años de la dictadura.

Quiero recordar al papá cariñoso, gozador de las pequeñas cosas cotidianas, divertido, conversador, educador incansable, exigente con el estudio. Al permanente calculista de los tiempos y trayectos a paso regular entre un punto y otro. Al padre presente a pesar de los tiempos que vivíamos, ideando mil formas

para encuentros casuales; apareciendo de improviso en una esquina, subiéndote a una micro en que viajábamos, esperándonos en algún paradero. Sin hablar, porque no era necesario, sólo vernos bastaba. Caminando fugaz frente a nuestra casa con la ilusión de divisar a los pequeños Javiera y Camilo. Contraviniendo las estrictas reglas de Pablo y Mirtha para que nadie asistiera al nacimiento de su hijo, ahí estuviste primero que nadie conociendo a Sebastián. Esas apariciones de improviso nos preocupaban, por el riesgo. Pero ¡qué bueno que las hiciste!, ahora atesoramos esos encuentros que nos dieron alegría en medio del terror y me impongo creer que fueron esas imágenes las que tenías en tu mente en tus últimos momentos con el cuerpo herido.

Nos hiciste una falta enorme cuando nos mataron a José Manuel y a Pablo, cuando murió Bárbara, la Abuela y la Eliana. Nos duele que no hayas conocido a la mayoría de tus nietos y que te hayan arrebatado de nuestro lado cuando quedaba tanta vida por compartir y tantas conversaciones por hacer.

Los atardeceres de diciembre seguro siempre nos traerán el recuerdo doloroso de esos tiempos, los seguiremos viviendo con la pena de la ausencia, pero al menos hoy sabemos una buena parte de la verdad que se nos debía.

Han sido tiempos muy tristes pero nos sentimos tan orgullosos de ti, de tu compromiso y dignidad a toda prueba, nos dejaste un gran legado de vida. Y hemos recibido tanto cariño por ser como eras.

Querido y valiente papá: recibimos sólo pequeñísimos fragmentos de tu cuerpo, aquellos que lograron vencer el silencio, el ocultamiento, la mentira, la impunidad, y lucharon como el cactus de la costa, ese pequeño héroe erizado, agarrado al fondo de la tierra. Nos duele, porque no es justo ni humano este extraño privilegio. Pero también nos sentimos agradecidas de este encuentro.

Dejaremos algo de ti en este Memorial, junto a tus compañeros, otra parte viajará al cementerio de Puerto Montt, para encontrarse con tu madre y tu hermana en ese sur que amabas. ¿Y otras? Bueno… en algún lugar de Chile estarás como todo tu amor pegado a las rocas, al mar y a las montañas.

No te digo Adiós porque nunca podré despedirme. Sólo me queda decirte que seguiremos batallando sin descanso como hasta ahora para que nada se olvide, para saber de los que aún buscamos, y sobre todo para exigir justicia. Porque exigir el castigo a los crímenes cometidos, no sólo es nuestro derecho, también es un deber ético irrenunciable para contigo y todos los detenidos desaparecidos, es un deber para hoy y para mañana, para el país al que aspiramos ser y con el que ustedes soñaron y por el que lucharon.

Ahí estaremos: Fernando, Horacio, Lincoyán, detenidos desaparecidos, compañeros, como siempre.

7.20. La tecnóloga médica de serenos ojos verdes



Reinalda del Carmen Pereira Plaza

Reinalda del Carmen Pereira Plaza tenía 29 años a la fecha de su detención. Tecnóloga médica, ex funcionaria del Hospital Sótero del Río. Integrante de la Dirección clandestina del PC.

Enlace de Eliana Ahumada y Navarro en el Frente Sindical y responsable de la Comisión Nacional de Asilo, creada en agosto de 1976. Ex dirigente de la Asociación de Tecnólogos Médicos, ex delegada de personal en el Hospital Sótero del Río y ex secretaria de la Federación de Profesionales y Técnicos de la Salud. Embarazada de cinco meses, casada con Max Santelices, fallecido en 2007, hija única.

Era de mediana estatura, delgada, de hermosos ojos verdes, de cabello muy fino, color castaño oscuro, liso, con una sonrisa permanente en los labios. De movimientos rápidos y cortantes. Muy altiva, introvertida, reservada y exigente con las amistades, pero con las pocas que tenía establecía lazos muy profundos. Muy ordenada y meticulosa. A veces ligera de genio. En general no era buena para bailar ni era muy amiga de las fiestas, pero según su madre «bailaba en forma muy especial la cueca».

Su padre, Luis Pereira Lobos, provenía de una familia humilde del pueblito de Viluco al interior de Maipo y su madre, Luzmira Plaza Medina, era de origen campesino.

Cuando Reinalda tenía cuatro o cinco años, sus padres se trasladaron con ella a Santiago a fin de darle una buena educación. Ella era la única hija. Muy pobres, la madre debió trabajar en diferentes oficios para ganarse la vida. Arrendaron una casita en Quinta Normal. El padre de Reinalda falleció cuando ella era aún una niñita; la madre continuó trabajando duro para educarla.

La hija respondió a los esfuerzos con inteligencia, dedicación y alegría. Aprendió de oído a tocar la guitarra, se esforzó en ser la mejor alumna, brillante para las matemáticas. Egresó a los 16 años como la mejor alumna de humanidades del Liceo N° 11. Su deseo era estudiar Medicina, pero su situación económica se lo impidió. Finalmente estudió Tecnología Médica

especializándose en Hematología y Transfusión Sanguínea. Al salir de la universidad, en 1969, trabajó en la Escuela Dental y luego en el Hospital Sotero del Río.

La madre no supo nunca cómo Reinalda fue adquiriendo su compromiso ideológico. «El padre que era de izquierda, le hablaba algo... de las injusticias, de la explotación, pero a mí eso no me gustaba, además siempre que le preguntaba algo ella me respondía haciendo el gesto, lo que sabe esta mano no lo puede saber la otra», contó doña Luzmira.

En julio de 1973 Reinalda del Carmen se casó con Max Santelices. «Previamente había tenido tres pololos, pero ella era exigente y ninguno la había convencido».

Max era kinesiólogo y, al igual que ella, trabajaba en el Hospital Sotero del Río, «Se adoraban... siempre juntos».

Para el día del golpe «salieron nuevamente a su trabajo, no pudieron volver hasta el cuarto día, ella venía triste pero serena». Advirtió a su madre «si nos pasa algo, trata de no desesperarte».

Siguieron trabajando normalmente pero el 29 de septiembre ambos fueron detenidos en el hospital, junto a otros funcionarios, por soldados del Regimiento Ferrocarrilero de Puente Alto. Durante todo ese día estuvieron en el cuartel, Reinalda fue liberada en la noche, con el compromiso de firmar semanalmente. Max fue conducido al Estadio Nacional.

Reinalda concurrió todas las semanas a firmar al Regimiento; al cabo de un año decidió no ir más. Max fue liberado luego de unos meses. En noviembre de 1973 ambos fueron exonerados de sus cargos en el hospital. Reinalda no descansó hasta conseguir nuevamente trabajo; lo hizo como secretaria en varias consultas médicas, en breves reemplazos como tecnóloga médica y además entró a Inacap a estudiar dibujo técnico. Cuando fue detenida trabajaba como auxiliar en un laboratorio particular. Ese día había salido de su casa a las 15:30 horas a realizar diligencias por su embarazo que ya cursaba su sexto mes.

Su esposo, Max Santelices declaró, ante el Ministro en Visita, designado por la Corte de Apelaciones de Santiago, para investigar el desaparecimiento de Reinalda: «Logramos determinar que su amiga y colega, Cristina Arancibia Caballero, la había dejado, el día de su desaparecimiento, siendo

aproximadamente las 19:00 horas, en el paradero de buses situado en San Joaquín con Sierra Bella, donde tomó un bus Lo Plaza. Testigos presenciales indicaron que fue violentamente tomada a viva fuerza por dos sujetos e introducida dentro de un automóvil Peugeot azulino, el día 15 de diciembre de 1976 a las 20:30 horas en la intersección de calle Rodrigo de Araya con Exequiel Fernández».

Cuando se practicó la detención de la afectada, intervinieron dos personas que fueron reconocidos como miembros de la Escuela Militar –uno de los cuales vivía en el mismo sector de los hechos– que, cuando trataron de socorrer a Reinalda del Carmen, fueron repelidos violenta y verbalmente por los aprehensores, ordenándoles «en esto no se metan». La operación de privación de libertad duró muy poco, y ya consumada, el automóvil Peugeot en que estaba la afectada emprendió la marcha por Rodrigo de Araya, enfilando hacia el norte, seguido por otro vehículo de igual marca; en cada uno de ellos iban cinco agentes.

Hoy se ha establecido que Reinalda fue detenida al ir a un punto con Navarro Wolff. Irónicamente se trataba de su última actividad política, dado su embarazo. Fue llevada al Centro de Exterminio Simón Bolívar, donde la torturaron salvajemente. Le aplicaron corriente al feto. Ella murió durante las torturas. Su cuerpo fue dejado botado en el gimnasio de ese reciento, sacado a la mañana siguiente y lanzado al mar desde un helicóptero Puma.

7.21. «Ulises», luchando hasta el final.



Waldo Pizarro Molina

Waldo Ulises Pizarro Molina tenía 42 años a la fecha de su detención. Técnico en minas, ex dirigente nacional de la Federación Textil. Ex candidato a regidor por el Partido Comunista en San Felipe; ex secretario del Comité Regional Aconcagua del PC; ex secretario en la Cámara de Diputados de los diputados comunistas Manuel Canteros y Luis Guastavino; ex secretario del Comité Regional San Miguel del Partido Comunista. Miembro del Comité Central y del aparato sindical del Partido Comunista. Incorporado a la Dirección clandestina junto con Fernando Navarro en agosto de 1976. Usaba la chapa política de «Ulises». Casado con Sola Sierra, tres hijas. Se vinculaba políticamente con Vilma Rojas, encargada nacional de Solidaridad; se veían regularmente. El día de su desaparición debía reunirse con ella en Irarrázaval con Pedro de Valdivia. Llegó su esposa Sola y le contó a Vilma la desaparición de Waldo Pizarro. Domiciliado en Rodrigo de Araya N° 4651-B, dpto. 42, Ñuñoa, Santiago.

Waldo Pizarro comenzó a ser buscado desde el mismo golpe militar de septiembre de 1973. También a personas que permanecieron detenidas se les preguntó insistentemente sobre este afectado, como ocurrió con Sonia Toro Bravo durante su cautiverio en manos de agentes del Comando Conjunto, en julio de 1976, quien es hermana de Nicomedes Toro Bravo, que se encuentra desaparecido desde esa época; lo mismo ocurrió con Juan Rojas Miranda que permaneció detenido de octubre a noviembre de 1975, y con el detenido Juan Ramírez Cortez, cuando permaneció en el Regimiento del Ejército de Tejas Verdes, San Antonio.

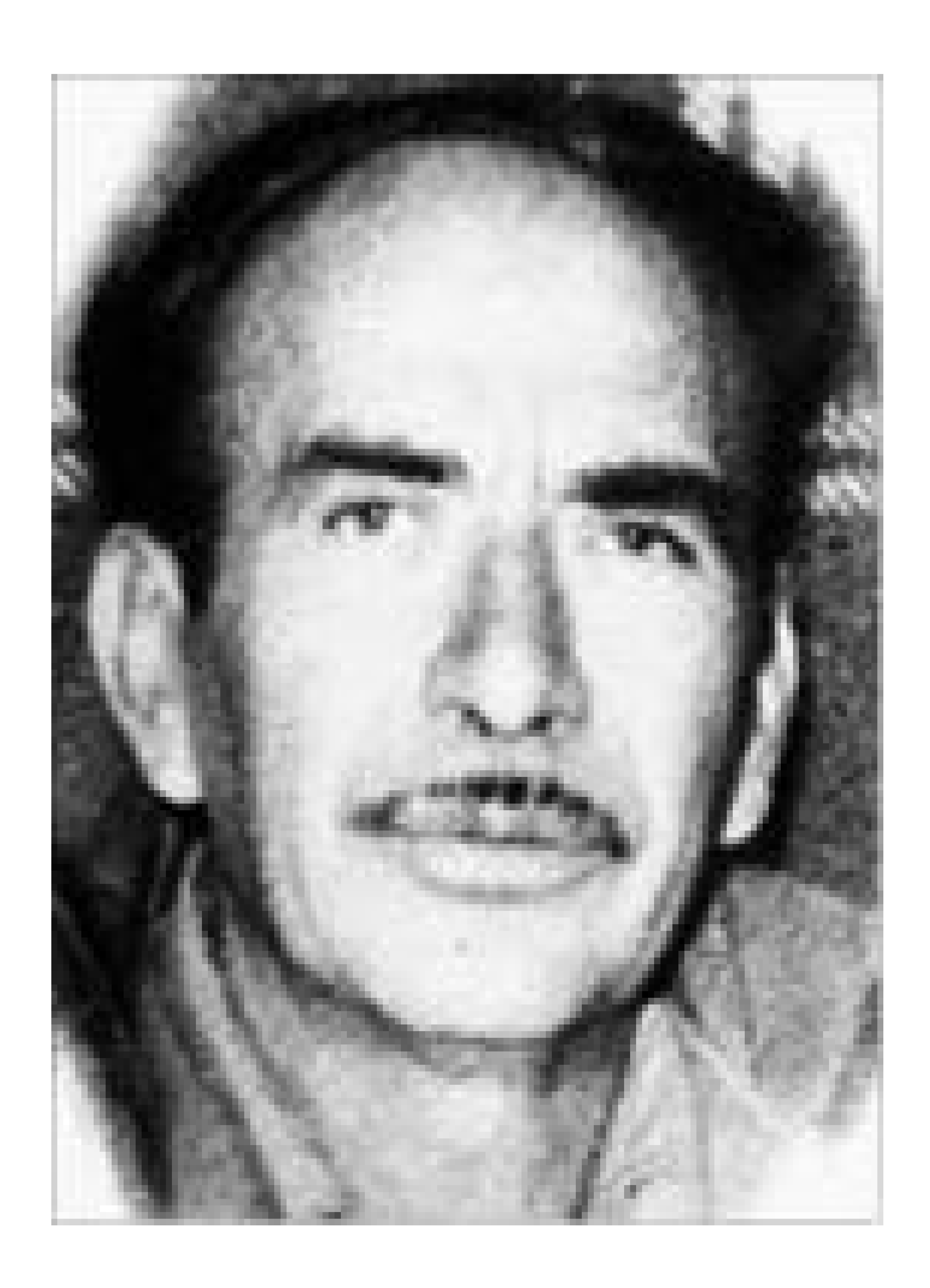
La casa de Waldo Pizarro fue varias veces visitada por desconocidos, como igualmente las viviendas de otros familiares de amigos y de ex compañeros de trabajo y más de alguno de estos quedaron sometidos a vigilancia.

El 15 de diciembre de 1976, como a las 16:30 horas salió de su casa junto a su hijo menor de edad, Waldo Pizarro Sierra. Fueron a una lavandería ubicada en calle Nataniel, en el centro de Santiago a dejar una ropa. Después se dirigieron a una peluquería ubicada en Lo Plaza con Irarrázaval. Padre e hijo se separaron como a las 18:30 horas.

Más tarde, el afectado se juntó con su amigo y militante del Partido Comunista, Fernando Ortiz Letelier. Cuando ambos, aproximadamente a las 19:00 horas, caminaban por Avenida Larraín, a pocos metros de la Plaza Egaña, desde tres vehículos sin patente descendieron individuos que por sorpresa golpearon violentamente a Fernando Ortiz y a Waldo Pizarro, causándoles lesiones. Por días quedaron impactantes manchas de sangre sobre la acera.

Como el afectado trató de defenderse de ese ataque, los sujetos volvieron a golpearlo duramente en la cabeza. Los sujetos portaban capuchas con las que rápidamente cubrieron a ambos apresados, para en seguida introducirlos a uno de los vehículos que utilizaron para esta rápida acción, retirándose del lugar.

7.22. El coordinador de los regionales



Héctor Veliz Ramírez

Héctor Véliz Ramírez tenía 43 años a la fecha de su detención. Obrero municipal, ex dirigente de la CUT; ex presidente del Comité Local Renca del Partido Comunista, ex candidato a regidor por el PC en Renca. Domiciliado en Alonso de Ercilla N° 1189, población Martin Luther King, Renca, en Santiago. Coordinador entre la Dirección y los comités regionales del Partido; secretario del Comité Regional San Miguel, donde sucedió a Eliana Ahumada cuando esta asumió como integrante de la Dirección clandestina. Usaba la chapa de «Raúl». Casado, cuatro hijos.

Se relacionaba políticamente con Nicasio Farías, en el Regional Santiago; con Luis Enrique Olivares, en el Regional Oriente; y, con Jorge Cárcamo Castro.

El 12 de diciembre de 1976 se reunió con Cárcamo, a quien le manifestó su preocupación por que dos días antes no había llegado un compañero a otra cita. En febrero de 1976, Véliz le había contado a un hermano que lo estaban siguiendo.

El 15 de diciembre de 1976 salió a las nueve de la mañana desde su domicilio. Almorzó con Nicasio Farías y con Olivares, separándose a las 14:00 horas. Debía juntarse con Crifé Cid cerca de las 15:00 horas en Macul con Irarrázaval. Véliz no llegó a esa reunión.

7.23. «El Newman»: Secretario del Regional Capital



Lisandro Cruz Díaz

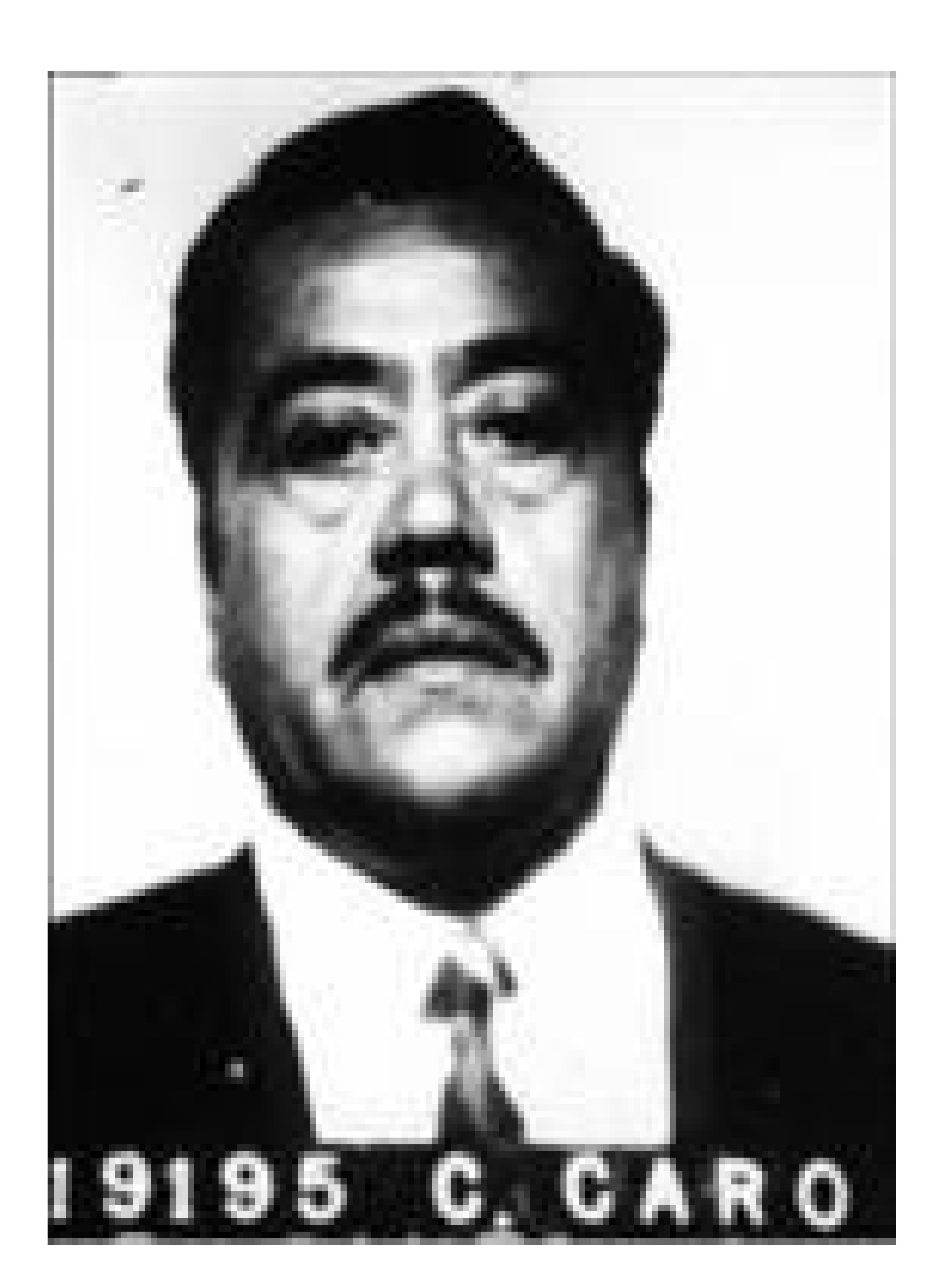
Lizandro Tucapel Cruz Díaz tenía 52 años a la fecha de su detención. Telegrafista, Era secretario del Comité Regional Capital del Partido Comunista. Usaba la chapa de «el Newman». Ex dirigente sindical de los trabajadores de la empresa Cementos Polpaico. Casado, cuatro hijos.

El día de su detención debía juntarse con Carlos Durán, militante del MIR, también detenido desparecido desde entonces.

Lizandro Cruz salió de su casa el 18 de diciembre de 1976, alrededor de las 07:30 horas, a realizar unas diligencias. Un rato después, cerca de las 08:45 horas, cuando se encontraba en la intersección de las calles Santa María con Panamericana Norte, en Renca, fue detenido por civiles que lo introdujeron a un vehículo y se alejaron del lugar.

Federico Cruz, hermano de Lizandro, declaró que, por dichos de personas que fueron testigos presenciales de su detención, supo que la practicaron cuatro civiles que bajaron de un vehículo blanco.

7.24. Secretario del Regional Costa


19195 C.CARO

Edras Pinto Arroyo

Edras de las Mercedes Pinto Arroyo tenía 48 años de edad a la fecha de su detención. Chofer, ex funcionario de la Cámara de Diputados, ex secretario de dos diputados del PC. Ex secretario del Comité Regional Costa. Casado, ocho hijos. Domiciliado en Pasaje 10 Norte N° 3912, Sector A, La Cisterna, Santiago.

Edras tenía por costumbre visitar todos los días lunes a su madre, Audomira Arroyo Quiroz, anciana de 82 años de edad. El lunes 20 de diciembre de 1976 llegó por la mañana hasta la casa de ella, ubicada en calle Patricio Lynch N° 10030, y a eso de las 10:30 horas, cuando se disponían a tomar desayuno, dos individuos que penetraron en la vivienda tomaron a viva fuerza por la espalda a Edras de las Mercedes, reduciéndolo y luego de sacarlo a la calle lo introdujeron en una camioneta que estaba estacionada en dirección contraria al sentido del tránsito en la calle Patricio Lynch. Todo esto se hizo en presencia de la anciana madre del afectado.

La detención también fue presenciada por Francisca Barraza Barraza, vecina de la madre de Edras y cuñada de este; ella vio cuando fue sacado por los sujetos e introducido a la camioneta de color blanco, que en seguida partió en dirección hacia calle Mapocho.

***

Los detenidos en diciembre de 1976 fueron asesinados en el Cuartel Simón Bolívar. Sus cuerpos fueron lanzados en cuesta Barriga. Posteriormente, en el marco de la Operación Retiro de Televisores, como la llamó la Comandancia en Jefe del Ejército, fueron exhumados y arrojados al mar. En la cuesta Barriga quedaron diseminados algunos fragmentos óseos y dentales. El peritaje practicado sobre esos restos permitió la identificación de Fernando Ortiz, Horacio Cepeda y Lincoyán Berríos.

Bibliografía

Agüero, Felipe y otros: Represión en dictadura; el papel de los civiles; Nosotros los chilenos N° 15; LOM ediciones; Santiago de Chile; s/f.

Ahumada, Eugenio y otros: Chile. La Memoria Prohibida; Tomos I, II y III; Pehuén Ediciones; Santiago de Chile; 1989.

Alarcón, Rodrigo: Brasil. Represión y tortura; Editorial Orbe; Santiago de Chile; 1971.

Álvarez, Rolando: Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista; LOM ediciones; Santiago de Chile; 2003.

Amnistía Internacional: Prisioneros desaparecidos en Chile; Publicaciones Amnistía Internacional; Plymouth, Inglaterra; 1978.

Arce Sandoval, Luz: Confesiones de una agente DINA-CNI. Declaración de Luz Arce ante la Comisión Rettig: Revista Página Abierta; Santiago de Chile; 18 de marzo de 1991.

Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo: Memoria de la izquierda Chilena. Tomo II (1970-2000); Javier Vergara Editor. Grupo Zeta; Santiago de Chile; 2003.

Aylwin Azócar, Andrés: Simplemente lo que vi (1973 – 1990); LOM Ediciones; Santiago de Chile; abril de 2003.

Baraona Urzúa, Pablo y otros: Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional; Ediciones Portada; Santiago de Chile; 1973.

Basso, Carlos: El último secreto de Colonia Dignidad; Editorial Mare Nostrum; Santiago de Chile; 2002.

Blixen, Samuel: El vientre del Cóndor; Ediciones de Brecha; Montevideo; 2000.

Bonnefoy Miralles, Pascale: Terrorismo de Estadio. Prisioneros de guerra en un campo de deportes; Ediciones Chile América-Cesoc; Marzo 2005.

Borosage, Robert L. y Marks, John: Los Archivos de la CIA; Editorial Diana; México; 1980.

Branch, Taylor y Propper, Eugene M.: Laberinto; Javier Vergara Editor; Buenos Aires; 1990.

Carmona, Ernesto: Morir es la noticia; Ernesto Carmona Editor; santiago de Chile; 1998.

. ¡Chile desclasificado!; Ernesto Carmona Editor; Santiago de Chile; 1999.

Carrasco Moya, Rolando: Prigué. Prisionero de Guerra en Chile; Ediciones Aquí y Ahora; Santiago, Chile; 1991.

Cavallo, Ascanio; Salazar, Manuel; Sepúlveda, Oscar: La Historia Oculta del Régimen Militar; Ediciones La Epoca; Santiago, Chile; 1988.

Cayuela, José: Chile. La masacre de un pueblo; Síntesis Dosmil C.A.; Caracas, Venezuela; sin fecha.

Contreras Sepúlveda, Manuel: La verdad histórica. El ejército guerrillero; Ediciones Encina Ltda.; Imprenta Nuevo Extremo Ltda.; Santiago de Chile; septiembre 2000.

Corvalán, Luis: De lo vivido y lo peleado. Memorias; LOM Ediciones; Santiago de Chile; agosto de 1997.

Davis, Nathaniel: Los dos últimos años de Salvador Allende; Biografías, Plaza y Janes Editores; Barcelona, España; 1986.

Dinges, John; Landau, Saul: Asesinato en Washington; Grupo Editorial Planeta; Santiago, Chile; 1990.

Dinges, John: Operación Cóndor; Ediciones B; Santiago de Chile; noviembre 2004.

Domínguez, Andrés: La construcción del Estado de seguridad nacional. Las violaciones a los derechos humanos; texto original; sin publicar; Santiago de Chile; 1987.

. El poder y los derechos humanos; Terranova Editores S.A.; Santiago, Chile; 1988.

Ediciones Especiales de la Editora Nacional Quimantú: El Caso Schneider; Santiago de Chile; Octubre de 1972.

Flores Durán, Jorge: Londres 38. (Un número desaparecido); Editorial Auco; Illapel, Chile ; 2003.

Frenz, Helmut: Mi vida chilena. Solidaridad con los oprimidos; LOM Ediciones; Santiago de Chile; 2006.

Gamboa, Alberto: Un viaje por el infierno; Libros de Hoy. Serie Testimonios; Empresa Editora Araucaria Ltda.; Santiago de Chile; 1984.

Garcés Fuentes, Magdalena: La Dirección de Inteligencia Nacional, DINA; Programa Doctorado Historia y Presente de los DD.HH; Universidad de Salamanca, España; octubre de 2008.

Gill, Lesley: Escuela de las América. Entrenamiento militar, violencia política e impunidad en las Américas; LOM Ediciones. Cuatro Vientos; enero de 2005

Gómez Araneda, León: Que el pueblo juzgue; Terranova Editores; Santiago, Chile; 1988.

Guastavino, Luis: Gente en el alma. Crónica de una solidaridad silenciosa; Catalonia; Santiago de Chile; septiembre 2005.

Guerrero, José Manuel: Desde el túnel; LOM Ediciones; Santiago de Chile; 2008.

Huneeus, Carlos: El régimen de Pinochet; Editorial Sudamericana; Santiago de Chile; 2000.

Kornbluh, Peter: The Pinochet File: A Dossier on Atrocity and Accountabilit; A National Security Archive Book; The New Press; 2003.

Labarca Goddard, Eduardo: Chile invadido. Reportaje a la intromisión extranjera; -Editora Austral; Santiago de Chile; enero de 1969

Larraín, Gerardo: Frei frente a Frente. El Kerensky chileno; Ediciones Cruzada; Buenos Aires; 1976.

Lillo Muñoz, Francisco: Fragmento de Pisagua; producción de Félix Reales Vilca; sin pie de imprenta; 1990.

López, Ricardo y Otero, Edison: Pedagogía del terror. Un ensayo sobre la tortura; Editorial Atena; Chile; diciembre 1989.

Lutz, Patricia: Años de viento sucio; Editorial Planeta; Santiago de Chile; 1999.

Lorca, Patricia: El día que nos cambió la vida; Colección Testimonios; Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas. Fasic; Andros Ltda.; Santiago de Chile; marzo 1990.

Loveman, Brian y Lira, Elizabeth: Las ardientes cenizas del olvido; Vía chilena de Reconciliación Política; LOM Ediciones. Dibam; Santiago de Chile; junio de 2000.

Magasich A., Jorge: Los que dijeron “No”. Historia de los marinos antigolpistas de 1973. Tomos I y II; LOM Ediciones; Santiago de Chile; 2008.

McSherry, J. Patrice: Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina; LOM Ediciones; 2009.

Maldonado, R.; Moya, L.; Romero, M. y Vega, A.: Ellos se quedaron con nosotros; Colección Septiembre. LOM Ediciones; Santiago de Chile; diciembre 1999.

Millas, Orlando: Memorias 1957 – 1991. Una disgresión; Ediciones Chile América Cesoc; Santiago de Chile; agosto 1996.

Miranda, Pedro: Terrorismo de Estado. Testimonio del horror en Chile y Argentina; Colección Expediente Negro; Editorial Sextante; Santiago de Chile; septiembre de 1989.

Monge Aristegui, Álvaro y Cuevas, José Ángel: video “Ningún libro de historia hablará de nosotros”. Relatos sobre la clandestinidad comunista; Santiago de Chile; 2004.

Montes, Jorge: La luz entre las sombras; Bruguera; Madrid; 1980.

Morin, Marie-Monique: Escuadrones de la muerte: La escuela francesa; Sudamericana; Buenos Aires; 2004

Moulian Jara, Iñaki: Bipolaridad en Chile 1960-1973; Revista Austral de Ciencias Sociales; N° 5; Universidad Austral de Chile; Valdivia, Chile; enero 2001.

Ortúzar, Carmen y Otero, Marcela; La guerra oculta; revista Hoy; Santiago de Chile; enero y febrero de 1986

Partido Comunista de Chile. Desde Chile hablan los Comunistas. Santiago: Ediciones Colo-Colo, 1976.

Pérez Carrillo, David: La Fronda Militar. El 11 de septiembre; Documento de Trabajo N° 82; Departamento de Ciencias Políticas; Instituto de Asuntos Públicos; Universidad de Chile; septiembre de 2006.

Pinochet Ugarte, Augusto: Camino Recorrido. Memorias de un Soldado, Tomos I y II; Instituto Geográfico Militar de Chile; Santiago, Chile; 1991.

Policzer, Pablo: The Rise & Fall of Repression in Chile; University of Notre Dame; Notre Dame, Indiana; Estados Unidos; 2009.

Prats González, Carlos: Memorias; Pehuén Editores Ltda.; Santiago, Chile; 1985.

Propper, Eugene; Branch, Taylor: Laberinto; Javier Vergara Editor; Buenos Aires, Argentina; 1990.

Quiroga Z., Patricio: Compañeros. El GAP: la escolta de Allende; Ediciones Aguilar; Santiago de Chile; 2001.

Renato, Sadi: Chacabuco y otros lugares de detención; LOM Ediciones Ltda.; Santiago de Chile; febrero 1994.

Rivas, Matías y Merino, Roberto: ¿Qué hacía yo el 11 de septiembre?; Colección Septiembre; Santiago de Chile; septiembre de 1997.

Rojas, María Eugenia: La represión política en Chile; Iepala Editorial; Madrid, España; 1988.

Rojas, Paz y otras: Todas Íbamos a Ser Reinas; Colección Septiembre. LOM Ediciones. Codepu; Santiago de Chile; octubre de 2002.

Rouquié, Alaín: El Estado militar en América Latina; Emecé Editores; Buenos Aires; 1984

Salazar, Manuel: Guzmán, Quien, Como, Por que; BAT Ediciones; Santiago de Chile; 1994.

. Contreras. La historia de un intocable; Grijalbo-Mondadori; Santiago de Chile; 1995.

. Chile 1970-1973; Editorial Sudamericana, Random House-Mondadori; Santiago de Chile, 2003.

. El rebelde de Patria y Libertad; Editorial Mare Nostrum; Santiago de Chile; 2007.

. Las letras del horror, Tomo I, la DINA; LOM Ediciones; Santiago de Chile; 2011.

. La lista del Schindler chileno; LOM Ediciones; Santiago de Chile; 2014.

Secretaría de Comunicación y Cultura: Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación; Ministerio Secretaría General de Gobierno; Santiago

de Chile; febrero de 1991.

Selser, Gregorio: Espionaje en América Latina; Ediciones Iguazú; Buenos Aires; septiembre de 1966.

. De cómo Nixinger desestabilizó a Chile; Hernández Editor; Buenos Aires, Argentina; diciembre de 1975.

Sepúlveda Ruiz, Lucía: 119 de nosotros; Colección Septiembre. Lom Ediciones; Santiago de Chile; 2005.

Teitelboim, Volodia: Noches de radio (Escucha Chile). Una voz viene de lejos; LOM Ediciones; Santiago de Chile; marzo de 2001.

Toro, Carlos: La Guardia muere, pero no se rinde…mierda. Memorias de Carlos Toro; Partido Comunista de Chile. Colección La Vida es Hoy; Santiago de Chile; septiembre de 2007.

Varas, José Miguel. Don Américo Un Chileno Comunista. Homenaje Póstumo. Santiago de Chile, s/e, 1992

Valdés, Hernán: Tejas Verdes; Editorial Laia; Barcelona, España; 1976.

Valdés Urrutia, Mario: El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Concepción. Las voces de los testigos; Cuadernos de Historia, Departamento de

Ciencias Históricas de la Universidad de Chile; Santiago de Chile; diciembre 2012.

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica: Camino al Golpe: El Nacionalismo a la Caza de las Fuerzas Armadas; Serie de Investigaciones; Universidad Católica Blas Cañas; Santiago de Chile; 1996.

. El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980; LOM Ediciones; Santiago de Chile; septiembre de 2003.

Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando y Pinto, Julio: Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973 – 1981); LOM Ediciones; Santiago de Chile; 2006.

Varas, Florencia: Conversaciones con Viaux; Impresiones Eire; Santiago de Chile; 30 de julio de 1972

Verdugo, Patricia: Tiempo de días claros. Los desaparecidos; Ediciones Chileamérica Cesoc; Santiago, Chile; 1990.

Vicaría de la Solidaridad. Arzobispado de Santiago: ¿Dónde Están? Tomos I al VII; Talleres Gráficos Corporación Ltda.; Santiago de Chile; mayo de 1979.

Villagrán, Fernando: Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACh; Editorial Planeta Chilena S.A.; Santiago de Chile; 15 de octubre de 2002.

. En el nombre del padre. Historia íntima de una búsqueda; Catalonia; noviembre de 2013.